





*Juan Duchesne Winter*

# La guerrilla

---

**narrada**

**Acción,  
acontecimiento,  
sujeto**

**San Juan, 2010**



**Ediciones Callejón**

© Juan Duchesne Winter, 2010  
Reservados todos los derechos  
de esta edición para:  
© 2010 Ediciones Callejón, Inc.  
Ave. Las Palmas 1108  
Pda. 18 P.O. Box 9024  
San Juan, Puerto Rico  
00908-0024

Tel 787-723-0088 Fax 787-723-5850  
edicionescallejon@yahoo.com

Diseño colección:  
SAMUEL ROSARIO

Portada: Ita Venegas Pérez

ISBN 10: 1-881748-72-3  
ISBN 13: 978-1-881748-72-4

Library of Congress:  
2010930206

---

**Colección En fuga**—Ensayos

Datos para catalogación:

Duchesne Winter, Juan

*La guerrilla narrada: acción, acontecimiento, sujeto*  
Ensayos  
Ediciones Callejón. 2010. Primera edición.

1. América Latina
2. Marxismo
3. Cuba
4. Guerrilla
5. Argentina, Guatemala, Congo

*Ninguna parte de este libro,  
incluido el diseño de la portada,  
puede ser reproducida sin permiso  
previo del editor.*

---

# Índice

Presentación.....	7
<b>Capítulo uno</b>	
<i>Pasajes</i> de Cuba: Ernesto Che Guevara y el foco .....	11
<b>Capítulo dos</b>	
<i>Los días de la selva</i> y la consumación del foco guevarista.....	77
<b>Capítulo tres</b>	
Otras narraciones de la guerrilla guatemalteca .....	115
<b>Capítulo cuatro</b>	
La guerrillera y los comandantes: Entrevista a Chiqui Ramírez.....	199
<b>Capítulo cinco</b>	
Relatos de la militancia armada en la Argentina: Composición de sujeto .....	261
<b>Capítulo seis</b>	
<i>Pasajes</i> del Congo: La deriva trasatlántica de Ernesto Che Guevara .....	373



## Presentación

**E**sta serie de estudios aborda la guerrilla *narrada*, es decir, discute algunas de las reflexiones críticas que suscita el acontecimiento de las guerrillas latinoamericanas en cuanto éste se articula en el plano de la narración. Cada estudio es en gran medida independiente y atiende a la lógica propia de experiencias guerrilleras que respondieron a situaciones específicas de sus países y regiones, pero también toma en cuenta las dinámicas que indudablemente signaron el acontecimiento a escala continental, comenzando por el modelo de *acción-narración* legado por la Revolución cubana. Los distintos estudios y secciones se presentan en el orden en que fueron escritos, por lo que se aprovecha la secuencia para no repetir en lo posible ciertas premisas o conceptos básicos. Además, algunos estudios introducen perspectivas y conceptos que no se abordan en los anteriores, también muestran diferentes matices de apreciación y valoración surgidos durante el proceso mismo de la investigación, que no puede ser sino temporal y adquirir cierta trama interna. La entrevista a Chiqui Ramírez, autora de *La guerra de los 36 años vista con ojos de mujer de izquierda*<sup>1</sup> (texto que narra su participación en los dos ciclos de la guerrilla guatemalteca), gira en torno la intersección indiscernible de la acción y la escritura desde donde un autor o narrador militante inscribe su subjetividad y entra en composición con el sujeto del acontecimiento.

<sup>1</sup> Chiqui Ramírez, *La guerra de los 36 años vista con ojos de mujer de izquierda* (Guatemala: Editorial Oscar de León Palacios, 2004).

Seleccionamos para el análisis solamente narraciones re-dactadas por actores de la guerrilla, bien se trate de ficción (novela) o no-ficción (memorias, recuentos autobiográficos, crónicas u otros). Ello responde a la tríada sujeto –acción–acontecimiento que provee el eje metodológico de estos estudios. Nos interesa el sujeto que emerge en la articulación del acontecimiento –en este respecto acudimos a ciertos conceptos de Alain Badiou que en su momento se verán. Además, partimos del principio de que la acción humana, dado su carácter temporal, se tiende a articular como trama narrativa. En consecuencia, toda acción se articula como un modelo narrativo y toda narración constituye un modelo de acción. Aquí nos beneficiamos de algunas ideas de Paul Ricoeur. Dada esta tríada, nos parece metodológicamente prioritario el análisis de narraciones cuyo lugar de enunciación es la participación misma en el acontecimiento, es decir, la militancia revolucionaria desde la cual se escribe.

En lo que a ello respecta, damos por asumido el carácter testimonial de todos los textos analizados. Independientemente del género del discurso o de la comunicación no verbal en que se manifieste, el testimonio constituye sobre todo un acto originario más allá del cual ya no puede retroceder la cadena interpretativa. Como nos deja ver Paul Ricoeur, sin el reconocimiento de ese punto de inmediatez, con todas las incertidumbres que lo constituyen, la interpretación queda condenada a la rutina (y ruina) circular de *las interpretaciones de las interpretaciones*. El testimonio no detiene la interpretación, sino que la hace saltar fuera del círculo lingüístico y la expone a la intemperie de la acción, incluida la acción misma de narrar la acción. Según esta definición, el acto de testimoniar es tan verbal como transverbal, tan histórico como antihistórico y tan ligado a la experiencia como liberado de ella: “El término testimonio debe aplicarse a palabras, obras, acciones y vidas que atestan una intención, una inspiración, una idea situada en el corazón de la experiencia y de la historia, que sin embargo trasciende la experiencia

y la historia”.<sup>2</sup> En este caso, nos acogemos a la idea de la Revolución que animó las narraciones aquí examinadas, aún las más críticas y recriminatorias. El lector sabrá vincular estas consideraciones al rico debate sobre el tema del testimonio ocurrido en tiempos no muy lejanos, con cuyo repaso no creemos necesario abrumarlo.

Hablando de testimonio, este trabajo en muchas maneras retoma el estudio sobre las narraciones guerrilleras incluido en mi libro *Narraciones de testimonio en América Latina*.<sup>3</sup> Además quiero atestar que concebí este otro libro sobre el tema casi en el mismo momento —no sé si unos días antes o unos días después— en que escuché la puntual conferencia de John Beverley (en el congreso LASA de Montreal, 2007) donde invitó a repensar el legado de la lucha armada en América Latina. Beverley propone en dicha intervención un reexamen que trascienda la actitud de *arrepentimiento* “picaresco” a que el tema fue condenado durante el auge del pensamiento neoliberal y reclama que... “hace falta hoy más que nunca recuperar la herencia de la lucha armada, no sin un sentido de distancia, a la vez histórica y crítica —no se trata de idealizar o repetir fórmulas anticuadas— pero sí con espíritu de admiración, amor y respeto”.<sup>4</sup> En ese espíritu se realiza esta serie de estudios, tomando en cuenta no pocas de las sugerencias de Beverley, entre ellas las de evitar atribuir la derrota de la lucha armada latinoamericana en el siglo veinte a una especie de maleficio esencial o congénito de esta forma de lucha y a repensar el tema sin los prejuicios del fracaso y la moralización.

Mi más profundo agradecimiento: a Áurea María Sotomayor, John Beverley, Elizabeth Monasterios y Ricardo Forster por el

<sup>2</sup> Paul Ricoeur, “The Hermeneutics of Testimony”, *Essays on Biblical Interpretation* (Philadelphia: Fortress Press, 1980), pp. 119-120.

<sup>3</sup> Juan Duchesne Winter, “Las narraciones guerrilleras: Configuración de un sujeto épico de nuevo tipo”, *Narraciones de testimonio en América Latina* (San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1992).

<sup>4</sup> John Beverley, “Balance de la lucha armada”, *Revista Casa de las Américas*, No 254, enero-marzo, 2009, p. 22.

## PRESENTACIÓN

---

apoyo moral e intelectual a esta gestión; a Chiqui Ramírez, por su generosa participación en la entrevista, a Juan Fratti por unirse a la misma; a mis estudiantes de posgrado y de pregrado por la entusiasta participación en dos cursos sobre el tema; a Dafne y René Duchesne Sotomayor, por sus preguntas inquisitivas; a la Universidad de Pittsburgh por la licencia con sueldo concedida para completar esta investigación y por los fondos que la auxiliaron; a Martha Eugenia Mantilla, directora de la Colección Latinoamericana Eduardo Lozano de la Biblioteca Hillman, por su asistencia diligente.

Pittsburgh - Guaynabo, 2009-2010

## Capítulo uno

### **Pasajes de Cuba: Ernesto Che Guevara y el foco**

*Uno puede muy bien precipitarse perfectamente en un vacío abierto: pueden muy bien formarse complots, extenderse rumores de sabotaje, los incendios, los asesinatos pueden muy bien ocupar el lugar del orden más ceremonioso; el orden de la ley no habrá sido jamás tan soberano, puesto que ahora abarca todo aquello que quiere derribarlo. Aquel que, contra ella, quiera fundar un orden nuevo, organizar una segunda policía, instituir otro Estado, se encontrará siempre con la acogida silenciosa e infinitamente complaciente de la ley.<sup>1</sup>*

—Michel Foucault

*Aquello que existe fuera-de-lugar encuentra que está colocado bajo la ley del lugar...<sup>2</sup>*

—Alain Badiou

#### **Refocalizar el foco**

**E**xaminaré el foco guerrillero en cuanto evento-concepto constituyente de una tradición verbalmente mediada, es decir, como objeto de acciones y enunciados configurados en textos narrativos de carácter histórico, documental y

<sup>1</sup> Michel Foucault, *El pensamiento del afuera*, trad. Manuel Larranz Lázaro (Valencia: Pre-Textos, 2004), pp. 51-52.

<sup>2</sup> Alain Badiou, *Theory of the Subject*. Trans. Alberto Toscano (London: Continuum, 2009), p.79-80; mi versión de la cita en español.

literario. Pero antes deseo *focalizar* varios aspectos.

Ya pocos recuerdan el foco. Inventado por Fidel Castro sobre la marcha en la Sierra Maestra, postulado, narrado y elevado como programa continental por el Che Guevara,<sup>3</sup> y “refinado” filosóficamente por Régis Debray,<sup>4</sup> el foco guerrillero ha compartido su poco sorprendente descenso hacia el desprestigio con la amplísima experiencia guerrillera latinoamericana que, como evento-concepto, indudablemente inauguró y modeló por décadas. Si en la primera década del siglo XXI la experiencia guerrillera continental sólo se discute en muy contadas ocasiones, cual oscuro y vergonzante culto sigloveintista, bajo los motivos del fracaso y la degradación, qué no será la concepción del foco, repudiado como semilla esencialmente ruinoso de la guerrilla por muchos de sus más notables practicantes de antaño, comenzando por su principal divulgador, Régis Debray,<sup>5</sup> e incluyendo a estrategias tan brillantes como Mario Payeras.<sup>6</sup> Pero es justamente el carácter intempestivo del tema lo que provoca hurgarlo y levantar las capas de olvido, incongruencia, desconcierto y disimulo que lo apartan de los días que corren. El foco es el paradigma esencial de una tradición guerrillera que, según pretendo demostrar en este capítulo y los que siguen, no deja de reclamar todavía una intensa revisión crítica. Sin importar la incomodidad que esta revisión provoque en creyentes y detractores, la acometo con el único propósito de rescatar en lo posible la verdad que se desprende de su situación única, aunque no nos sea dado comprenderla del todo, sin renegar de la política como horizonte

<sup>3</sup> Cf. Ernesto Che Guevara: *La Guerra de guerrillas, y, Pasajes de la guerra revolucionaria*, ambos en *Obra revolucionaria*, México: Era, 1967.

<sup>4</sup> Régis Debray, *Revolución en la revolución?* (La Habana: Cuadernos de la Revista *Casa de las Américas*, 1967).

<sup>5</sup> Cf., de Régis Debray, *La Critique des armes -I* (Paris: Éditions du Seuil), 1974, pp. 227 y ss; y *Loués soient nos seigneurs* (Paris: Gallimard, 1996). Agradezco a Dafne Duchesne haberme provisto este último libro.

<sup>6</sup> Mario Payeras, *Los fusiles de octubre: ensayos y artículos militares sobre la revolución guatemalteca 1985-1988* (México: J. Pablos Editor, 1991).

de la espera en el cual se inscriben, nos guste o no, tanto los más acertados como los más desconcertantes extravíos de la experiencia política latinoamericana.

Comencemos por aclarar que, pese a la impresión que puedan causar muchos enunciados explícitos de la tradición guerrillera moderna latinoamericana, foco y guerrilla no han sido siempre sinónimos. La guerra de guerrillas es un género de acción bélica con amplias variantes y antecedentes históricos, caracterizada, como lo sugiere el diminutivo, por pequeños grupos de combatientes irregulares con alta movilidad que se enfrentan a ejércitos regulares, compensando sus desventajas mediante el secreto, el mimetismo, el camuflaje y el ocultamiento, para emplear tácticas de sorpresa, ataque y retirada rápida. Generalmente las guerrillas se han vinculado a bases populares de apoyo, como sucedió en la guerra española contra el ejército napoleónico, en la cual la forma guerrillera por vez primera desafía con especial nitidez el orden moderno de la guerra y la política. En la década de 1930, gracias a Mao Zedong, presidente del Partido Comunista chino, la guerra de guerrillas ingresa al repertorio de formas insurreccionales anticoloniales inspiradas en el ideario marxista-leninista, vinculándose así por primera vez el objetivo de la revolución global con el reto a las formas modernas y europeas de hacer la guerra y la política.<sup>7</sup>

El foco, en cambio, es un modelo de la acción político-militar en el cual se entrelazan elementos conceptuales y narrativos articulados en Cuba durante la insurrección contra la dictadura de Fulgencio Batista que se extiende de 1956 a 1959. Sus raíces remontan a la tradición insurgente de las guerras de In-

<sup>7</sup> Cf. Carl Schmitt, *Theory of the Partisan (Intermediate Commentary on the Concept of the Political)*, trad. de G. L. Ulmen (New York: Telos Press, 2007), p. 55 y ss.

<sup>8</sup> Es de conocimiento general que la agrupación *Joven Cuba* organizada por Antonio Guiteras Holmes en los años 30 sirve de antecedente a la concepción político-militar de Fidel Castro.

<sup>9</sup> Cf. Alberto Bayo, *Mi aporte a la revolución cubana* (La Habana: Imprenta Ejército Rebelde, 1960). El capitán Bayo, entrenador en México del cuerpo expedicionario de Fidel Castro, tuvo una destacada

dependencia cubanas, al legado de la Revolución del 30,<sup>8</sup> y a aspectos de la experiencia militar de la guerra civil española.<sup>9</sup> El foco surge entonces como conceptualización *sui generis* de la guerra de guerrillas,<sup>10</sup> que sólo por convergencia histórico-política se convierte en modelo operativo principal de ese género de lucha armada, y se vincula casi indisolublemente al ideario anticolonial de inspiración marxista-leninista. Justo después de que “los barbudos de la Sierra” desfilan victoriosos por La Habana en enero de 1959, al menos desde 1960, Ernesto Che Guevara postula explícitamente la experiencia cubana como programa político-militar de ambicioso alcance americano, cuando inicia su libro *La guerra de guerrillas* con las siguientes palabras:

Consideramos que tres aportaciones hizo la Revolución Cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América, son ellas:

Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército.

No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas.

En la América sub-desarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo.<sup>11</sup>

El eje de este triple postulado es precisamente la palabra “foco” emplazada en medio de la segunda proposición. Según lo esbozará Guevara a partir de la obra narrativa que vamos a analizar aquí, el foco es un cuerpo expedicionario que se

---

participación en la guerra civil española. Otro veterano de la misma guerra que aporta al pensamiento guerrillero latinoamericano: Abraham Guillén, *Teoría de la violencia. Guerra y lucha de clases* (Buenos Aires: Editorial Jacama, 1965) y *Estrategia de la guerrilla urbana* (Montevideo: Ediciones Liberación, 1969).

<sup>10</sup> Cf. Irving Louis Horowitz, “Military Origin and Evolution of the Cuban Revolution”, en Irving Louis Horowitz and Jaime Suchlicki, eds., *Cuban Communism 1959-2003* (New Brunswick, New Jersey: Transaction Publishers, 2003), pp. 388-414.

<sup>11</sup> Ernesto Che Guevara, *La Guerra de guerrillas*, en *Obra revolucionaria*, México: Era, 1967, p. 27.

implanta en el campo latinoamericano para actuar como una columna militar embrionaria, altamente móvil, que de manera articulada segrega otras columnas similares a medida que moviliza las simpatías campesinas y adiestra y recluta más combatientes, ejecutando hazañas bélicas (primero pequeñas y luego de mayor proporción) contra el ejército semicolonial, basadas en un programa de profunda transformación política y social. Reconociendo siempre la iniciativa de Fidel Castro en la articulación paulatina del *foco insurgente* sobre el escenario geopolítico y militar cubano, Guevara lo describe como un organismo que funde funciones políticas y militares mediante una estructura vertical de mando y obediencia que expande su control sobre su ámbito de acción a partir de un grupo selecto de militantes en armas, comprometidos moralmente con un ideario social revolucionario. El principio constitutivo de un cuerpo de estas características es que se trata de una vanguardia armada políticamente autogestada y autosuficiente (organización político-militar). Ese principio, si se interpreta de manera estricta, contraviene el principio leninista de la primacía del partido, es decir, de la primacía de la vanguardia política de la clase obrera sobre toda otra formación o frente auxiliar (sindical, militar, o de masas). Sin embargo, en muchos casos se amortiguó ese diferendo por el expediente de equiparar el supuesto carácter “político-militar” de la vanguardia armada al partido leninista.

La especificidad del foco en el contexto global de la guerra de guerrillas remite a dos cualidades que Guevara le asigna a la *colmena madre*: la autosuficiencia política y logística y la capacidad genésica, es decir, la capacidad para fraguar un sujeto revolucionario a toda prueba:

Cuando la guerrilla ha alcanzado un poderío respetable en armas y en número de combatientes, debe irse a la formación de nuevas columnas. Es un hecho parecido al de la colmena que, en determinado momento, suelta una nueva reina que se va a otra región con parte del enjambre. La colmena madre, con el jefe guerrillero más notable, quedará en lugares

<sup>12</sup> Ernesto Che Guevara, *La guerra de guerrillas*, en op. cit., p. 33; el concepto de *colmena madre* se mantiene también en *Pasajes de la guerra revolucionaria*, en ibid., p. 244. El Che traslada este concepto

menos riesgosos, mientras las nuevas columnas perforarán otros territorios enemigos...<sup>12</sup>

En vista de ello, definen al foco guevarista unas atribuciones claves: 1) crea por sí mismo las condiciones de su desarrollo; 2) conquista la conducción hegemónica, política y militar, de la insurrección y *del estado revolucionario incipiente*; 3) es capaz de reproducirse, no sólo en la forma de columnas homólogas pero también en todo tipo de organizaciones y procesos políticos que plasman el ideario transformador del núcleo de vanguardia en el conjunto social (es decir, produce hegemonía por filiación y ejemplo verticalmente derivados); 4) es modelo del contrapoder que ha de sustituir al estado colonial-capitalista. Esta *teoría* del foco se configura en la obra narrativa del Che, *Pasajes de la guerra revolucionaria*, de manera mucho más completa que en *La guerra de guerrillas*. Ello se debe a la capacidad del discurso narrativo para desplegar el *espacio de la experiencia* como trama de acciones humanas. Recurro al principio metodológico e hipotético de que los modelos de acción, que pertenecen a un espacio dado de la experiencia, y que reciben sus óptimas configuraciones en el discurso narrativo, actúan como repertorios teóricos pasibles de lecturas específicas, asumibles a su vez como guías para acción sucesiva. El espacio de la experiencia es algo más que el recurso a un tiempo pasado. Constituye un acervo de acciones gestadas por hombres y mujeres de un contexto histórico dado, en el cual participa privilegiadamente el discurso narrativo, articulando representaciones e interpretaciones de la acción que en sí mismas constituyen formas de actuar y de crear paradigmas para la acción presente y futura, toda vez que la

---

a sus propuestas internacionalistas, cuando les propone a los guerrilleros africanos establecer un “núcleo ejemplo” en el Congo, con características semejantes a esta colmena madre, excepto que con funciones mayormente pedagógicas (de adiestramiento y concientización). De tal “núcleo ejemplo” se desprenderían guerrillas hacia distintos países de Africa; cf. Ernesto Che Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria (Congo)* (Buenos Aires: Sudamericana, 1999), 176. Ver capítulo seis de esta serie.

representación y la interpretación son actividades constructivas. Por tanto, un espacio de la experiencia también implica un *horizonte de la espera*, pues contiene ya, en gestación viva, los paradigmas positivos y negativos de las acciones disponibles para la interpretación activa de los hombres y mujeres lanzados al devenir histórico. Así, los textos narrativos enlazan pasado y futuro en el presente de la acción interpretativa. Baso este marco conceptual en la hermenéutica de la acción de Paul Ricoeur, quien elabora a su manera los conceptos gemelos de 'Espacio de la experiencia' y 'Horizonte de la espera' de Reinhart Koselleck.<sup>13</sup>

Como veremos, el punto ciego de la concepción guevarista es que si bien la estrategia del foco insurreccional se inspiró en la experiencia cubana, la manera en que el Che tiende a proyectar su contenido deja *fuera de foco* toda una serie de factores subjetivos y objetivos incidentes en la insurrección cubana, que constituyen condición de posibilidad de la estrategia foquista. El foco fue fruto del experimento cubano, pero no su semilla, en fin, no creó por sí mismo las condiciones de surgimiento y desarrollo del evento cubano, sino que sirvió como estrategia de consolidación y afianzamiento de un fermento insurreccional creado gracias a una gama de precondiciones que rebasan la competencia político-militar del foco.

Se podría aducir que, en su advocación concentrada y paradigmática, la llamada teoría del foco es resultante de la forma en que su más acendrado postulante, Ernesto Che Guevara, elaboró la trama narrativa de la insurgencia de la Sierra Maestra, de tal manera que ésta parecería encarnar una suerte de *razón infinita* de Hegel, con una aparente capacidad ilimitada de autodeterminarse y de crear las condiciones de su propia existencia y desarrollo. La trama que produjo el foco se redu-

<sup>13</sup> Paul Ricoeur, *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001); Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, vol. III (México: Siglo XXI, 1995), pp. 940 y ss.; Reinhart Koselleck, " 'Space of Experience' and 'Horizon of Expectation': Two Historical Categories", *Futures Past. On the Semantics of Historical Time*. Trad. Keith Tribe (New York: Columbia University Press, 2004), pp. 255-275.

jo al foco que debía ser resultado de una trama mayor: Régis Debray y otros epígonos simplemente refinaron y difundieron ese programa para la repetición de una trama que hallamos plenamente elaborada en la crónica de Ernesto Che Guevara dedicada a la insurrección cubana, *Pasajes de la guerra revolucionaria* (1961-1964).<sup>14</sup> Ciertamente, el foco nunca encarnó la *razòn infinita* hegeliana en la historia de la insurrección de Cuba. Sin embargo, sí se puede decir que eventualmente el foco forjó y legó un modelo de producción de subjetividad correspondiente a la composición de sujeto y acción insurgente imprescindible para la gestión revolucionaria del proletariado colonial y neocolonial, como veremos más adelante.

La segunda proposición teórica enunciada por Guevara en *La Guerra de guerrillas*, atinente a la supuesta capacidad del foco insurreccional para crear por sí mismo las condiciones revolucionarias, se basa en un desplazamiento de énfasis sobre el rol de los distintos actores del evento cubano. Esta reconfiguración del elenco es disputada fehacientemente por otras versiones del evento caribeño. *La Guerra de guerrillas* apenas menciona a los actores de la insurrección cubana que no pertenecían al núcleo guerrillero. *Pasajes* menciona con aprecio a los líderes *no guerrilleros* más próximos al círculo de Fidel Castro y reconoce de paso aspectos relativos a su aportación directa al foco, pero desatiende el impacto político global que tuvieron los sectores no guerrilleros y algunos sectores guerrilleros no participantes en el esquema de Castro y Guevara. La lectura crítica de *Pasajes de la guerra revolucionaria* saca a relucir las configuraciones guevaristas de la acción que moti-

<sup>14</sup> Las crónicas que componen esta obra narrativa, que desde el principio se anuncian con el título colectivo *Pasajes de la guerra revolucionaria*, van apareciendo en la revista del ejército cubano *Verde Olivo*, entre febrero de 1961 y noviembre de 1964. Cobran la que considero su forma definitiva de libro, en la edición del tomo *Obra revolucionaria*, realizada por Roberto Fernández Retamar para la editorial mexicana Era, en 1966, e impresa en 1967, año de la muerte del autor en Bolivia. Cf. Roberto Fernández Retamar, "Sobre *Pasajes de la guerra revolucionaria*", en *Casa de las Américas*, no. 163 (julio-agosto, 1987), p. 109, n. 2.

van ese desplazamiento de énfasis. Si bien no compete a este trabajo resumir la historia de la insurrección antibatistiana, sí corresponde, antes de exponer mi lectura de *Pasajes*, consignar que una variedad de actores políticos<sup>15</sup> convergieron, desde antes del desarrollo de la guerrilla, en la lucha contra la dictadura de Batista, con formas de activismo cívico y armado que incluyen el trabajo dentro de los movimientos laborales y sociales, la organización de aparatos clandestinos complejos (células secretas especializadas, sistemas de espionaje, acopio de dinero, armas y equipo), la propaganda, y la ejecución de acciones armadas tanto o más audaces que las que realizó la guerrilla en un principio.

No obstante el amplio elenco de organizaciones participantes, el grueso de la insurrección fue protagonizado por dos de ellas: El Directorio Revolucionario (DR) y el Movimiento 26 de Julio (del cual forma parte la guerrilla de Fidel Castro). Aunque una tensa rivalidad animó las relaciones entre ambos

---

<sup>15</sup> Además del Movimiento 26 de Julio (M-26-7), la organización política clandestina creada bajo los auspicios de Fidel Castro, participaron en la insurrección Acción Nacional Revolucionaria (ANR), dirigida por Frank País, el Directorio Revolucionario (DR), dirigido por José Antonio Echeverría, el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), dirigido por el profesor Rafael García Bárcena, la Organización Auténtica (AO), fundada por Carlos Prío Socarras (el presidente constitucional destituido por el golpe de Batista), y los jóvenes ortodoxos, además de otras agrupaciones menores. Es preciso aclarar que el Partido Socialista Popular (PSP), como se llamó en esa época el partido comunista de Cuba, siempre sostuvo alianzas explícitas e implícitas con Batista desde la revolución del 30 contra el dictador Machado, cuando apoyó al sargento contra la acción insurreccional de Joven Cuba, y en los años cuarenta, cuando participó en el gabinete de Batista. Por ello el PSP rechaza pasivamente a los insurgentes antibatistianos hasta la primavera de 1958, cuando decide buscar una alianza con Castro y coloca sus cuadros a la disposición del gran estratega. Una vez el PSP decide apoyar a la Sierra Maestra, contraviene la posición oficial de los partidos comunistas pro-soviéticos, que repudian la lucha armada en función de la política de coexistencia pacífica de la Unión Soviética; cf. resolución citada por Gabriel Rot, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en Argentina* (Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto, 2000), p. 89.

grupos (pese al llamado “Pacto de México” firmado en octubre de 1956), ello no impidió que con frecuencia éstos coordinaran sus acciones y que su esfuerzo se complementara. El DR, dirigido por José Antonio Echeverría, era una organización de base estudiantil, con miembros provenientes de diversos sectores de las clases medias bajas y algunos elementos obreros.<sup>16</sup> Aplicó en sus inicios una estrategia armada esencialmente blanquista<sup>17</sup> de asalto frontal a los centros de poder. El 13 marzo de 1957, mientras apenas 18 guerrilleros<sup>18</sup> de Fidel Castro ya comenzaban a implantarse precariamente en las montañas, cerca de 150 combatientes del Directorio desataron un abanico de acciones simultáneas que incluía tomas de cuarteles, la toma de una estación de radio y de la universidad, más el asalto al palacio presidencial con el propósito de matar a Batista. Debido a las dificultades nada sorprendentes de ese tipo de estrategia, la empresa culminó en un sangriento fracaso que puso fuera de combate al Directorio y significó la muerte de su carismático dirigente, José Antonio Echeverría; pero el evento fue tan pródigo en mártires como en hazañas de combate audaces y espectaculares, comparables a las que más tarde

<sup>16</sup> El DR coordinó con sindicatos rebeldes la exitosa huelga azucarera de diciembre de 1956, que obligó a Batista a ceder ante las reclamaciones laborales. Cf. Ramón L. Bonachea y Marta San Martín, *The Cuban Insurrection 1952-1959* (New Brunswick, New Jersey, 1974), pp. 56-58.

<sup>17</sup> Louis Auguste Blanqui (1805-1881), dirigente del movimiento estudiantil parisiense que promulgó la organización clandestina de un grupo selecto de conspiradores audaces para realizar asaltos armados directos y simultáneos contra los centros más icónicos y visibles del poder despótico.

<sup>18</sup> Ese mismo día Frank País hacía llegar a la Sierra Maestra a 17 hombres adicionales, reclutados en su organización santiaguina. *Ibid.*, p. 95.

<sup>19</sup> El PSP (comunista), veía en el DR y el M-26-7 movimientos *putschistas* de corte pequeñoburgués, desprovistos de un programa serio de transformación social. Existen alegatos de que algunos dirigentes del PSP llegaron a colaborar con la policía batistiana en la persecución de la dirección del DR tras el ataque al palacio presidencial. Se aduce que un cuadro del PSP condujo a varios sobrevivientes del Directorio

realizó la guerrilla. De hecho, semanas después, las armas salvadas de ese evento pasaron a los combatientes fidelistas de la Sierra Maestra. Sobrevivieron tan pocos miembros del DR,<sup>19</sup> que realmente les sobraban los fusiles. Tras una azarosa reorganización, el DR eventualmente abrió, en febrero de 1958, un frente guerrillero propio en la Sierra del Escambray, de cierta envergadura social y militar, aunque de limitado alcance político<sup>20</sup> dada la falta de definición ideológica y revolucionaria de los grupos no fidelistas enfrentados a la dictadura.

El Movimiento 26 de Julio desplegó un activismo más amplio que el Directorio, penetrando organizaciones laborales y sociales, publicando un periódico clandestino con tiradas de hasta 20,000 ejemplares, realizando actos de sabotaje, y construyendo la red logística que permitió la supervivencia de los expedicionarios del Granma, y que desde un principio sostuvo su esfuerzo de implantación y desarrollo. Las células del M-26-7 ya habían realizado el trabajo de captación y reclutamiento de los campesinos de la Sierra Maestra que primeramente alimentaron, refugiaron y guiaron a los expedicionarios del Granma en los primeros meses de su incursión. Esta labor recayó sobre Frank País. Antes de conocer a Fidel Castro, País ya había creado una organización clandestina en Oriente que llevó

---

a una “casa de seguridad” especialmente designada para inmediatamente informar su ubicación a las tropas policíacas que los cazaban. En cuestión de horas serían cercados y aniquilados, en lo que se conoció como “la masacre de Humboldt # 7”. Cf. Ramón L. Bonachea y Marta San Martín, *op. cit.*, pp. 127-130. Estos alegatos, ciertos o no, forman parte de la leyenda negra del comunismo en la que abrevaron muchas posturas anticomunistas del momento.

<sup>20</sup> El frente del Escambray del Directorio estableció una zona liberada con participación de la población campesina, dotada de 50 escuelas, 15 hospitales rústicos, una división legal, departamento de reforma agraria, una mini-central telefónica y 800 guerrilleros que infringieron considerables bajas al ejército batistiano. Sin embargo, este desarrollo nunca alcanzó dimensiones comparables a los frentes derivados de la columna madre de Fidel, sobre todo la magnífica zona liberada establecida por Raúl Castro en el Segundo Frente de Oriente (Ramón L. Bonachea y Marta San Martín, *op. cit.*, pp. 182-183).

los nombres de Acción Revolucionaria Oriental (ARO) y luego Acción Nacional Revolucionaria (ANR). Como resultado de una fructífera reunión entre País y Castro, sostenida en el verano de 1955, la ANR se integró *in toto* al recién creado Movimiento 26 de Julio, apenas meses después de que Castro partiera hacia México a finales de julio. Cuando a poco más de un año Fidel transmite en clave el aviso de que retorna por la costa de Oriente con sus expedicionarios entrenados en México, Frank País lanza las células de acción bajo su mando en Santiago y Guantánamo a un ataque contra el cuartel Moncada y otras guarniciones del ejército y la policía. En esta acción múltiple participan unos 250 hombres y mujeres. Durante el 1957 Frank País organiza y encabeza un aparato clandestino nacional, con iniciativas políticas y militares que rebasaban el simple rol de apoyo logístico a la guerrilla de la Sierra Maestra. Si bien la organización de Frank País suplió armas, dinero, equipo, hombres y contactos nacionales e internacionales a los guerrilleros de la Sierra, también asumía una estrategia nacional de insurrección, desencadenando actos de sabotaje, intentando abrir otros frentes guerrilleros y organizando frentes obreros. Frank País era, antes de caer abatido por la policía de Batista en las calles de Santiago, un líder de envergadura nacional. Por otra parte, cerca de un centenar de activistas civiles del M-26-7 comandados por Faustino Pérez apoyaron una conspiración de militares desafectos con Batista,<sup>21</sup> en la que también participaron militantes de la Organización Auténtica (OA), jóvenes ortodoxos y una población civil enardecida, para efectivamente tomar la ciudad de Camagüey el 5 de septiembre. Batista masacró a los insurgentes en cuestión de horas, pero el impacto político de la acción fue irreversible. En suma, un considerable fermento político e insurreccional creado por una diversidad de fuerzas políticas con variadas inclinaciones y trayectorias ideológicas, no importa lo difusas que estas fueran, ya aguar-

<sup>21</sup> Los militares conspiradores recibieron el respaldo de la CIA, lo que demuestra, irónicamente, la enorme amplitud del movimiento insurreccional, en cuanto incluía a quienes serían los mayores opositores a su eventual radicalización social; cf. Jon Lee Anderson, *Che Guevara. A Revolutionary Life* (New Cork, Grove Press, 1997), p. 273.

daba a los expedicionarios de Fidel Castro cuando arribaron a las costas de Cuba, y siguió complementando su esfuerzo durante toda la guerra, concertándose un impulso unitario definitivo con el “Pacto de Caracas” en julio de 1958.<sup>22</sup> Esto desmiente cualquier suposición de que el caso de Cuba se pueda leer a la luz del segundo principio enunciado por Guevara en *La guerra de guerrillas*, como ejemplo de una columna guerrillera que por sí sola crea sus condiciones de desarrollo, cual muchos llegaron a entender el concepto de foco.

El lector se extraña de las reiteradas referencias despectivas al Movimiento 26 de Julio que hace Guevara en sus escritos sobre la experiencia cubana. A veces parecería que habla de una organización ajena, en vez del movimiento creado por el propio Comandante en Jefe de la guerrilla. El Che expresa confianza sólo en gente muy cercana a Fidel, como Celia Sánchez, y registra una admiración reservada hacia Frank País. Ni que decir de su recelo hacia otros actores insurgentes ajenos tanto a la guerrilla de la Sierra como al M-26-7: es transparente. Pero ello responde al entendido del autor de *Pasajes*, de que la misma amplitud que potenciaba la insurrección general, también amenazaba con diluir su capacidad para forzar un cambio radical. Aparte de la guerrilla de la Sierra, ninguna de las entidades insurgentes, incluyendo los núcleos urbanos del propio M-26-7, demostraba poseer motivaciones más profundas que el simple derrocamiento de la dictadura y la captura continuista del régimen neocolonial; las más amplias, como el Directorio, ni siquiera eran claramente reformistas, qué se dirá revolucionarias. Guevara anticipa el efecto retardatario que el pluralismo liberal puede ejercer contra el cambio profundo en las etapas definitorias de una revolución. En consecuencia, por razones estratégicas de largo alcance, él repudia la autonomía y el pluralismo político manifestado por el M-26-7 en sus instan-

---

<sup>22</sup> Para documentación sobre el rol de diversas organizaciones y sectores políticos y sociales en la creación de las condiciones de la insurgencia cubana y de su desarrollo integral, según referido hasta aquí, recorro a Ramón L. Bonachea y Marta San Martín, op. cit.; y a Carlos Franqui, *Diary of the Cuban Revolution* (New York: Viking Press, 1980).

cias urbanas y propugna el desarrollo de la empresa guerrillera fidelista como núcleo dirigente de la revolución cubana tal cual su narrativa lo configura. Es un lugar común decir que Guevara era un buen guerrillero y un mal político, y presumir que su énfasis estratégico en el choque antagónico contra el poder implica un desprecio de lo político. Pero tales apreciaciones de la concepción guevarista suelen suscribir el concepto liberal de la política como ámbito de gobernabilidad, de tolerancia de la diversidad y negociación permanente de las condiciones del orden social existente. No toman en cuenta que en la concepción de Guevara lo político comienza cuando se plantea la demanda de igualdad y justicia desde un *fuera de lugar* que busca escindir el orden establecido a partir de la contradicción antagónica entre explotados y explotadores. Ese *fuera de lugar* es el umbral de pasaje donde adviene el sujeto revolucionario. En ese sentido el foco se aproxima a lo que hoy día Badiou llamaría la “concentración cualitativa” del “aspecto subjetivo de la fuerza política” indispensable, según él, para rebasar un umbral revolucionario.<sup>23</sup> Esa labor de concentración equivale a un pasaje o vía de “purificación” mediante la cual se construye el nuevo sujeto reclamado por toda transformación anticolonial y anticapitalista. Lo que la narrativa guevarista no clarifica es por qué esa “concentración cualitativa” tendría que ser el punto de partida o el “qué hacer” inmediato de un proyecto de transformación y no, por ejemplo, un efecto gradual y paulatino de las transformaciones buscadas. Es la excesiva preocupación con la necesidad de plantear *ab initio* la suma de los antagonismos políticos y sociales, lo que conduce a Guevara a confundir el foco en cuanto necesario efecto de una estrategia, con el foco como causa prima de la revolución.

Importantes sectores de la izquierda latinoamericana recibirán entusiastas la versión autosuficiente de los revolucionarios de la sierra configurada en la narrativa del Che. Es de conocimiento general que la guerrilla moderna latinoamericana halla

<sup>23</sup> Alain Badiou, *Theory of the Subject*, op. cit., pp. 44-45.

<sup>24</sup> Cf. Eduardo Pizarro Leongómez, *Insurgencia sin revolución. La guerra en Colombia en una perspectiva comparada* (Bogotá: Tercer

su evento inaugural en la revolución cubana y tiende a asumir como herencia casi indiscutida la concepción encarnada en esa gesta. Como sostiene Pizarro Leongómez, en América Latina “predominó en forma abrumadora la concepción foquista”.<sup>24</sup> Hay actores de la guerra de guerrillas latinoamericana que presumen de no asumir las premisas foquistas, que bien enunciando un desmarcamiento expreso, o no enunciándolo, han constituido, por ejemplo, entidades heterónomas a organizaciones e instituciones no militares y han reconocido en diversos momentos la mediación de diferentes instancias políticas y sociales en la creación de las condiciones de desarrollo de las organizaciones armadas.<sup>25</sup> Pero estos casos no caracterizan la tendencia continental y ni siquiera tendencias nacionales de largo alcance. Aún los casos que no presentan una estrategia foquista estrictamente ceñida al concepto de una vanguardia armada políticamente autogestada y autosuficiente (organización político-militar), permanecen, en aspectos importantes de su práctica, muy permeados por esa concepción. Surgen también, en los enunciados estratégicos guerrilleros, variantes que pretenden trascender ciertas limitaciones del foquismo, como

Mundo / Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales – Universidad Nacional de Colombia, 1996), p 36.

<sup>25</sup> Desde su fundación oficial en 1964, hasta 1976, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) respondieron a la dirección del Partido Comunista. Cf. Luis Alberto Matta Aldana, *Colombia y las FARC. Origen de la lucha guerrillera. Testimonio del comandante Jaime Guaraca* (Tafalla, España: Editorial Txalaparta, 1999). En el mismo país, el M-19 actuó de acuerdo a un programa concreto de búsqueda de concertación política y constitucional con las instituciones políticas dominantes, y una vez materializado dicho objetivo, no obstante la precariedad que impuso el momento, este movimiento desmanteló su organización político-militar. Cf. Darío Vilamizar, *Aquéél 19 será. Una historia del M-19* (Bogotá: Planeta, 1995).

<sup>26</sup> Todavía a finales de los 80, Mario Payeras afirma que una guerrilla tan experimentada como la guatemalteca, no ha podido trascender la concepción del foco a pesar de habérselo propuesto: “Uno de los lastres más pesados del movimiento guerrillero revolucionario de Guatemala, es la reiteración de un planteamiento estratégico para la toma del poder que, después de más de dos décadas, no ha logrado remontar del todo su raigambre foquista, aunque en teoría se lo haya propuesto.” Mario Payeras, op. cit., p. 89.

la *guerra popular prolongada y la vía insurreccional*. Estas variantes del paradigma no presentan necesariamente resultados muy diferentes de la concepción foquista usual en su modo de articular el problema del poder y muchas veces son más verbalizadas que implementadas.<sup>26</sup> El conocido experto en insurgencia y contrainsurgencia, Pizarro Leongómez, sostiene que las distintas variantes comparten el planteamiento de “la independencia de la acción militar con respecto de las relaciones sociales y políticas”<sup>27</sup> Este estudioso señala lo que bien podríamos considerar como el cogollo aporético del foco insurgente que atraviesa sus diversas inflexiones o variantes: “Todas las energías —dice él— se hiperconcentran en la pura acción, en el ensimismamiento del grupo y en el encerramiento doctrinario, con lo cual es fácil derivar hacia ideologías absolutas que sobrevaloran la actividad restringidamente militar”.<sup>28</sup> Recoge así tópicos de la crítica y autocrítica existente sobre el problema. Pero cabe acotar que si al referirse a “encerramiento doctrinario” o “ideologías absolutas”, Leongómez alude a la ortodoxia del marxismo-leninismo, se equivoca. Es más bien la carencia de doctrinas más precisas y más beneficiadas de interpretaciones creativas del marxismo-leninismo lo que empobrece la disciplina política del foco y lo conduce al “ensimismamiento” y “encerramiento”, de los cuales el militarismo es uno de los resultados. Veo el foco como un *modelo de acción* difuso (poco desarrollado dado los aspectos que precisamente deja *fuera de foco*), con el que sucesivas variantes de la estrategia guerrillera mantienen una relación intensa, pero poco definida.<sup>29</sup> En cierto modo se puede decir que no existe un modelo ortodoxo del foco, sino más bien una práctica común; es en verdad la falta de ortodoxia del modelo de acción-narración, aquello que queda sin analizar en el foco, lo que retorna una y otra vez en la práctica armada latinoamericana por más que se pretende haberlo superado. Irónicamente, la ortodoxia ‘realmete existen-

<sup>27</sup> Pizarro León Gómez, op. cit., p. 36.

<sup>28</sup> Loc. cit.

<sup>29</sup> Otros capítulos de esta serie toman en cuenta narraciones relacionadas con tales variantes.

te' del foco consiste en la afiliación incuestionada a la propia indefinición operativa y política que le sirve de modelo. El más puro foquista es el que menos articula una concepción explícita y precisa de dicho modelo, sino que lo reproduce en cierta práctica, como veremos en el caso del comandante guatemalteco Mario Payeras, en *Los días de la selva*. Más que la medida de conformación o desvío del modelo ortodoxo del foco que pueda ofrecer cada caso latinoamericano, lo que interesa aquí es la medida en que a partir de su carácter difuso, poco enfocado, según gestado en Cuba y plasmado como trama de la acción por Ernesto Che Guevara, irradia una concepción de la estrategia insurreccional que resurge en diferentes grados en las demás experiencias continentales. La fuerza seductora de esa irradiación es innegablemente efectiva.

Dado el carácter difuso de dicha irradiación, la innegable influencia del estado revolucionario cubano sobre la militancia continental insurgente no debe llevarnos a presumir que la proliferación casi unánime del modelo del foco respondiera a la promoción cubana de una supuesta ortodoxia "foquista". Si bien la primera dirigencia revolucionaria latinoamericana en alcanzar el poder del estado tenía innegable ascendencia entre tantas organizaciones "fraternas" del continente que pugnaban por tomar el poder en sus respectivos países desde posiciones muy frágiles, no se puede asumir que estas organizaciones aplicaran pasivamente un modelo entregado por sus "hermanos mayores" ya instalados en la cúspide revolucionaria. Lo que la revolución cubana legó, antes que nada, fue la certeza de que la toma del poder estaba al alcance de una generación política. Esta certeza impregnó el espíritu revolucionario de la época. Nada impactó más que la famosa sentencia de la Segunda Declaración de La Habana en el sentido de que "el deber de todo revolucionario es hacer la revolución", a la cual se añadía que "no es de revolucionarios sentarse en la puerta de su casa para ver pasar el cadáver del imperialismo".<sup>30</sup> Planteada de esta manera la absoluta prioridad del problema de la toma

<sup>30</sup> *La Segunda Declaración de La Habana* (New York: Pathfinder Press, 1997), pp. 33-34.

del poder para cualquier agenda política que sintonizara con el espíritu de la época, no debe sorprender que gran cantidad de pensadores y estrategias revolucionarios redundaran, por cuenta propia, sin responder a influencias específicas, en una concepción que aborda *sin mediaciones* la urgencia de la toma del poder, al convertir la lucha armada en *el* factor determinante.

A pesar del apoyo que suscitó, el modelo del foco no dejó de recibir su tanda de estreno en el escarceo ideológico de las izquierdas sesentistas, por lo que el tema dispone de una bibliografía polémica más o menos conspicua, si bien poco visitada hoy día.<sup>31</sup> El debate sobre el foquismo se ciñó mayormente a dos aspectos: al cotejo de su solvencia práctica sobre el terreno, y a la defensa o denuncia de su conformación o desviación con respecto a la ortodoxia marxista-leninista. El primer aspecto fue engañosamente fácil de constatar, y el segundo, engañosamente complicado por debates tan laberínticos como poco profundos.

El destino del foco es entonces, en América Latina el destino de la guerrilla misma. Es el modelo general y más visible de esta forma de lucha armada. Guerrillerismo y foquismo coinciden salvo en contadas excepciones. Esta concepción guerrillera resultó en una secuencia de reveses contundentes y trágicos, con la excepción obligada del evento inaugural que según el relato guevarista encarnaría el foquismo, el triunfo de

---

<sup>31</sup> Remito al recorrido crítico y bibliográfico de Matt D. Childs, “An Historical Critique of the Emergence and Evolution of Ernesto Che Guevara’s Foco Theory”, *Journal of Latin American Studies*, Vol. 27, No. 3 (Oct. 1995) pp. 593-624.

<sup>32</sup> Con el importante giro estratégico tomado durante la insurrección de Monimbó (Masaya) en febrero de 1978, el FSLN cambia, de concebir las masas como apoyo a la guerrilla, a una estrategia de la guerrilla en apoyo a la lucha de las masas. Cf. Donald C. Hodges, *Argentina, 1943-1987. The National Revolution and Resistance* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1988), p. 219. Ver relatos de Humberto Ortega y Joaquín Lacayo Cuadra, en Dirk Kruijt, *Guerrilla: guerra y paz en Centroamérica* (Guatemala: F&G Editores, 2009), pp. 127-128, donde ellos presumen que el giro estratégico hacia la lucha urbana descarta por completo el “foquismo”.

la guerra revolucionaria en Cuba en 1959. La segunda excepción fue la victoria sandinista de 1980 en Nicaragua, donde el FSLN, según el relato sandinista,<sup>32</sup> descarta el modelo foquista hacia 1977, para articular una amplia política de alianzas en los setentas, especialmente abierta a tendencias ideológicas plurales en las fases finales del proceso insurreccional.<sup>33</sup> A tono con las consideraciones antes vertidas valdría más suponer que ambas experiencias revolucionarias asumieron, con distintos resultados, la estrategia foquista en el sentido amplio, de procurar una concentración cualitativa de los factores subjetivos (i.e., crear un núcleo hegemónico de combatientes-militantes acendrados), pero no se ciñeron al sentido restringido, de asumirlo como causa suficiente de un proceso revolucionario. Un memorialista como Sergio Ramírez explica que a pesar de que el foquismo no prevaleció sobre el pluralismo político de los sandinistas, sí se mantuvo latente como ingrediente del proceso de conformación del estado postdictatorial.<sup>34</sup> En un período de dos décadas, la insurgencia alcanza a subordinar el foco, vía el trío de estrategias complementarias de la Tendencia Guerra Prolongada, la Tendencia Insurreccional y la Tendencia Tercerista, a una amplia estrategia de alianzas ideológicamente plurales, que incluye liberales. Esta estrategia promueve sólo

<sup>33</sup> Predomina la tendencia insurreccional, que establece un Frente Amplio Opositor en el que participa un abanico de opositores a la dictadura de Somoza con credenciales apenas demócrata-liberales o vagamente reformistas. Cf. Matt Child, op. cit., pp. 597-598; Jaime Wheelock Roman (entrevistado por Marta Harnecker), *Nicaragua: el papel de la vanguardia*, (Buenos Aires: Editorial Contrapunto, 1987), p. 101 y ss.

<sup>34</sup> Sergio Ramírez, *Adios muchachos. Memoria del sandinismo* (Madrid: Alfaguara, 2007) pp. 111-115 y passim.

<sup>35</sup> Los guerrilleros cubanos y nicaragüenses derrotaron a dictaduras unipersonales y patrimoniales políticamente aisladas, que generaron una oposición casi universal, con un apoyo militar y político estadounidense menor al recibido por otras dictaduras, algo que no se repitió en el siglo xx. Cf. Timothy P. Wikham-Crowley, *Guerrillas and Revolution in Latin America: A Comparative Study of Insurgents and Regimes Since 1956*, (Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1992) 269-275.

a medias el foco como modalidad de construcción del poder revolucionario, al punto que no logra valerse de él para consolidar un poder revolucionario.<sup>35</sup> El movimiento guerrillero nicaragüense no completa el proyecto utópico-ideológico en función del cual se forja esa estrategia, debido a que, en menos de una década de precaria gobernabilidad, sucumbe ante la contrainsurgencia imperial y ante las fuerzas electorales de sus antiguos aliados burgueses del Frente Amplio Opositor. En el transcurso del afianzamiento pos-insurreccional del nuevo estado revolucionario nicaragüense, el núcleo político-militar guerrillero no captura, sea por designio o por incapacidad, el poder del nuevo estado incipiente en la forma en que sí lo hace la comandancia guerrillera cubana.<sup>36</sup> Si se toma como cierto lo repetido por Guevara y tantos otros, que sólo un ejército derrota a otro ejército, los sandinistas cumplieron con esta máxima en el plano estrictamente nacional en la medida en que liquidaron el ejército de la dictadura e instalaron el ejército popular. Qué más se podía pedir. Sin embargo, en el plano transnacional, no se contaba con un ejército del proletariado<sup>37</sup> anti-colonial que contuviera la contrainsurgencia globalmente organizada por Estados Unidos. Postular la necesidad de este ejército internacionalista fue otra de las aportaciones de Guevara al pensamiento revolucionario contemporáneo, sintetizada en su mensaje a la Tricontinental.<sup>38</sup>

En suma, entre el triunfo cubano y la diluida victoria sandinista (1959-1979) se extiende por el continente una estela

<sup>36</sup> Como se sabe, el FSLN no logra instaurarse como centro hegemónico exclusivo del nuevo estado y debe acomodarse, forzado por la ofensiva de los “contras” y de la C.I.A., al desarrollo de una democracia constitucionalista tras la victoria electoral de Violeta Chamorro en 1989.

<sup>37</sup> Empleo el término “proletariado” en el sentido amplio de proletariado social, incluyente de todos los sectores potencialmente antagónicos al orden establecido, según los redefine el proceso de subsunción del capital. Ver Antonio Negri, *Marx Beyond Marx. Lessons on the Grundrisse*. Trans. Harry Cleaver et al. (Londo-New York: Pluto Press-Autonomea, 1991, passim.

<sup>38</sup> Ernesto Che Guevara, “Mensaje a la Tricontinental”, en *Obra revolucionaria* (México: Era, 1967).

de cadáveres y jóvenes talentos dañados por la derrota y sus consecuencias deletéreas, contando tanto las fatales pugnas intestinas como el contragolpe atroz de la represión. Todo lo que ha ocurrido después, en lo que a esta estrategia de lucha armada respecta, aporta las evidencias de una derrota histórica: las guerrillas de El Salvador, Guatemala y la misma Nicaragua, después de enmarañarse en ciclos catastróficos de insurgencia y contrainsurgencia, sólo evitaron el desgaste terminal negociando con el enemigo su desmantelamiento y su reconversión en el tipo de partido civilista y reformista<sup>39</sup> que tanto despreciara Ernesto Che Guevara. En el caso del Perú, Sendero Luminoso fue militarmente liquidado tras perpetrar, junto al ejército, una matanza de indígenas que haría palidecer a los Pizarro de la conquista española. La guerrilla colombiana, mientras tanto, se mueve como pez en el agua, en el narcotráfico y la extorsión, erosionando con sus propios actos su base social y política, ofreciendo al mundo el espectáculo de cientos de colombianos secuestrados y encadenados a árboles de la selva, como metáfora de la “nueva sociedad” a la que dice aspirar. Sólo el EZLN de México, tras quince años de existencia en los que ha acumulado dos días de combate, resiste en la región de Chiapas donde permanece confinado, lastrado por un sectarismo político que no necesariamente deriva de su práctica militar casi inexistente, sino tal vez de la ausencia de ella. Falta ver en qué medida, si alguna, la resistencia del FZLN ha sido más reivindicativa que el activismo agrario de masas al que pretendió suplantar y que todavía continúa realizando una labor menos “visible” ante el monopolio de los medios.<sup>40</sup> De todas maneras representa el FZLN una importante apertura a formas nuevas de insurgencia que reinterpretan el legado de la guerrilla, rebasando y negando algunos de sus dogmas.

El mayor valor de la reconsideración de esta derrota histó-

<sup>39</sup> Cf. “Prólogo” de Edelberto Torres-Ribas a Dirk Kruijtit, op. cit., pp. 25-27.

<sup>40</sup> Ver el detallado balance realizado por Manuel Estrada Saavedra, *La comunidad armada rebelde y el EZLN: un estudio histórico y sociológico sobre las bases de apoyo zapatistas en las cañadas tojolabales de la Selva Lacandona, 1930-2005* (México, D.F.: El Colegio de México, 2007).

rica podría ser la oportunidad de desconstruir la noción de “derrota” como prejuicio. El foco no necesariamente se articula en las páginas de su más prolífico exponente como una mórbida ‘teoría fatal’, como un artefacto autodestructivo que ha desaparecido justo cuando se lo expone formalmente. Más bien entraña desenfoces más allá de los cuales se puede leer una concepción del poder basada en la necesidad de contar con un núcleo de vanguardia cualitativamente reconcentrado y templado en la lucha armada, para garantizar la radicalidad y continuidad del proceso revolucionario. Así concebido, este núcleo ostentaría una facultad ejemplarizante de tales proporciones, que debería reproducirse como una “colmena madre” por toda la geografía del proletariado colonial y semicolonial. Pese a la presunta lógica interna de esta concepción de fondo, los desenfoces se manifiestan desde los primeros textos supuestamente “foquistas”. Una lectura atenta muestra que los reveses que sufrieron las primeras expediciones guerrilleras inspiradas por el ejemplo cubano inmediatamente después de 1959 (muchas con el auspicio directo del Che),<sup>41</sup> fueron tan estrepitosos que el filósofo foquista oficial, Régis Debray, al momento de escribir su primer texto sobre el tema, *El castrismo, la larga marcha de América Latina* (1964), se encargó de

<sup>41</sup> Ya en su primer cargo como comandante de La Cabaña en los primeros meses de poder revolucionario el Che atendía los pedidos de numerosos voluntarios cubanos y latinoamericanos para implementar expediciones guerrilleras a distintos países, que se organizaban artesanalmente. Surgió una verdadera fiebre guerrillera continental de proporciones epidémicas, que poco más tarde fue canalizada bajo la jefatura de Manuel Piñeiro a través del Departamento de Liberación y luego el Departamento de América del Partido Comunista (establecido en 1964); cf. Jon Lee Anderson, op. cit., p. 396. El grueso de la aportación cubana a la guerrilla latinoamericana consistió en capacitación y facilidades de asilo dentro del país. El gobierno cubano nunca aportó armas o dinero en las grandes cantidades que solía suponer la propaganda contrainsurgente, ver Timothy P. Wikham-Crowley, op. cit.

<sup>42</sup> Debray repasa una lista parcial: el levantamiento de los Uturunco en Argentina (diciembre 1959); el aniquilamiento del 14 de Mayo en Paraguay (noviembre 1959); el exterminio de la expedición del 14 de Julio en República Dominicana (verano de 1960); la derrota del

anotarlos para descontar que respondieran realmente a la concepción del foco, alegando que no reunían las condiciones del modelo cubano. Allí Debray asegura que el caso de Venezuela es el único que “respondería a las características del foco tal como lo concibe el Che Guevara”.<sup>42</sup> Debray no pretende proporcionar una lista exhaustiva, menciona los ejemplos más notables. Acepta que “al lado de la lista impresionante de fracasos que hemos presentado, es realmente poco” lo que se puede mostrar como fruto del foquismo. Opone unos cuantos contraejemplos a esta lista fatal. De los tres o cuatro movimientos más o menos afines al legado foquista que, según Debray, continúan activos sobre “bases sólidas”, (en Colombia, Venezuela y Bolivia)<sup>43</sup> en verdad todos menos el colombiano<sup>44</sup> dejan de existir casi en el mismo momento en que se publica *¿Revolución en la revolución?*<sup>45</sup> Entre esos ejemplos efímeros nombrados por Debray, figura aquél que luego conduce al más prestigioso postulante del foco guerrillero, Ernesto Che Gue-

Movimiento Obrero Estudiantil Campesino en Colombia (principios 1962); fin fatal del Frente Unido de Liberación Nacional en Paraguay (principios 1962); captura de la Unión Revolucionaria de la Juventud Ecuatoriana (marzo 1962); derrota de primeros núcleos guerrilleros en Mérida y Yaracuy, en Venezuela (marzo 1962); desaparición del Ejército Guerrillero del Pueblo, en Salta, Argentina (marzo de 1964); cf. Régis Debray, *El castrismo: la larga marcha de América Latina* (Montevideo: Editorial Sandino, 1967, pp. 15-19. Cf. Versión original: “Le Castroisme: la longue marche de l’Amérique”, *Les Temps Modernes* (Paris), no. 224, janvier 1965.

<sup>43</sup> Ibid., pp. 19-22.

<sup>44</sup> Ya hemos advertido que las FARC colombianas no siempre se ajustan a las características principales del foco, dado que en esa época reconocen la dirección política del Partido Comunista radicada en Bogotá y consideran la lucha armada como una forma de lucha que coexiste con otras tácticas disponibles en el momento, sin necesariamente reclamar la primacía del fusil. Las concepciones de las FARC, la guerrilla de mayor duración en la historia moderna, obviamente han cambiado a lo largo de los años.

<sup>45</sup> Op. cit. El gobierno cubano autorizó la impresión de 200,000 ejemplares de la primera edición de este libro (1967), que circuló ampliamente en América Latina, ver Matt D. Childs, op. cit., p. 619, n. 107.

vara, a la trampa de Ñancahuazu, Bolivia, donde el Guerrillero Heroico pierde la vida el 8 de octubre de 1967, en el intento de convertir la cordillera de los Andes en eje de operaciones del futuro Ejército Proletario Internacional.

Que tan impresionante récord de reveses se mencione justo cuando se publica el libro que coronaría la concepción del foco guerrillero, parecería que nos proporcionara la crítica automática del fenómeno y nos ahorrara toda consideración ulterior. Pareciera que el propio *fracaso de las armas* no sólo agotara y clausurara *la crítica de las armas* con su confirmación patente de los hechos, sino que redujera a la superfluidad *las armas de la crítica*.<sup>46</sup> En fin, pareciera que lo más sensato fuera concluir que una concepción de la acción política y militar tan desastrosamente inviable no amerita mayor reflexión crítica. El modelo guerrillero latinoamericano, indivorciable del foquismo, como hemos visto, sería *ab initio* caso cerrado. Pero su enorme impacto y capacidad de repetición contradice este supuesto. Precisamente por ello sostenemos que el argumento del fracaso no es definitivo en cuanto no cancela la demanda crítica de las armas. El expediente argumentativo del fracaso es engañosamente fácil, en la medida en que invita a suspender la mirada crítica sobre toda una tradición engendrada en torno a esta supuesta estrategia fatal. Propongo, en consecuencia, reabrir el examen del espacio de la experiencia dimensionado por el modelo guerrillero-foquista, con el propósito de reenfocar, mediante un breve recorrido crítico de la guerrilla narrada, no el foco, sino concepciones vinculadas a este *constructo* teórico-narrativo, que lo rebasan y plantean

---

<sup>46</sup> “Cierto es que el arma de la crítica no puede suplir a la crítica de las armas, que el poder material tiene que ser derrocado con el poder material, pero también la teoría se convierte en un poder material cuando prende en las masas. Y la teoría puede prender en las masas a condición de que argumente y demuestre ad-hominem, para lo cual tiene que hacerse una crítica radical. Ser radical es atacar el problema por la raíz. Y la raíz, para el hombre, es el hombre mismo”. Karl Marx, *En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Escritos de Juventud (1843-1844)*, en *Obras fundamentales*, tomo I (México: Fondo de Cultura Económica, 1982), pp. 501-502.

una gama de problemas e interrogantes más interesantes que cualquier intento de dirimir los factores de una derrota o una victoria. En las páginas que siguen abordaré varias configuraciones que se desprenden de la acción del foco insurreccional narrada por Ernesto Che Guevara en la crónica *Pasajes de la guerra revolucionaria*, la cual asumo como texto matriz de un *espacio de la experiencia* y de un *horizonte de la espera*<sup>47</sup> que a su vez pasará por transformaciones y mutaciones heterogéneas y divergentes en otros textos que dialogan en la tradición de la guerrilla latinoamericana.<sup>48</sup>

### **Muchos son llamados, mas pocos escogidos: La ley de la selección armada**

La configuración narrativa y teórica de la experiencia guerrillera cubana que Ernesto Che Guevara brinda en *Pasajes de la guerra revolucionaria* es mucho más que una memoria político-militar bien redactada y provista de plasticidad literaria. El texto rezuma un poderoso investimento de deseo que la aventajada posición de narrador en primera persona de acontecimientos directamente vividos no explica del todo. La columna de expedicionarios armados que incursiona en un paraje rural latinoamericano recibe de la pluma de Guevara el aura de la utopía, como si cada guerrillero, en especial los expedicionarios originarios arribados en el yate Granma, caminara por la Sierra Maestra con un halo sobre la cabeza que sólo el narrador nos puede ayudar a valorar. El narrador se encarga de representar a esa columna que constituye la comunidad-personaje del relato, como vector de un proyecto de transformación social y política tan ambicioso que involucra una transformación de la persona misma, de su “sensorium” más íntimo, de su sensibilidad física y moral. El estilo sobrio, escueto, cuidadoso en representar sin palabras sobrantes

---

<sup>47</sup> Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, loc. cit. Como señalo en nota anterior, Ricoeur incorpora a su propia “hermenéutica de la conciencia histórica” el planteamiento de Reinhardt Kosellek, loc. cit.

<sup>48</sup> Ver estudios subsiguientes en esta serie.

ciertas escenas, gestos, e imágenes simbólicas, y en permitir que la emoción se desprenda de la escena o el dato puntual antes que de la explicación o el adjetivo, transmite en casi todo momento ese *feeling* utópico inconfundiblemente guevarista que alcanzamos a identificar cuando lo leemos, pero que no podríamos definir si nos lo pidieran. Sin embargo, hay que cualificar este *feeling* utópico, pues diverge en varias maneras del “sentido común” prevaleciente sobre la utopía. De alguna manera este efecto se relaciona con la manera en que casi todo episodio, escena y comentario se recorta sobre la finalidad ulterior de las acciones que narra, que no dejan de ocurrir aquí y ahora en el sentido realista más ordinario, pero que también de alguna manera se desgajan del presente, para proyectarse, gracias a la propia configuración narrativa, sobre un tiempo colmado de expectativas que yace en una suerte de ‘todavía no aquí’ tanto más real para el narrador cuanto más se concreta en el significado real de los acontecimientos. Pero en verdad, más que a lo utópico en el sentido de *no lugar*, acudimos a un descubrimiento fenomenológico del *fuera de lugar*<sup>49</sup> político a partir del cual surge el sujeto antagónico a las condiciones reales de existencia. Es decir, el *todavía no aquí* se convierte en la narrativa del Che en el *fuera de lugar*, la *ectopía* dialéctica desde la cual la nueva subjetividad se predispone a atravesar el lugar de lo establecido. Dadas tales proyecciones ectópicas, el personaje guerrillero labrado por el testimonio de Guevara no es de ninguna manera un *ser para la muerte*, sino un inmortal. La impronta sacrificial guevarista constituye un testimonio de inmortalidad, pues parte del principio de que el revolucionario testifica con su muerte en combate la verdad eterna que lo consumiría como individuo integral y lo sobreviviría en la composición de sujeto colectivo, al cual da

<sup>49</sup> Sobre el “fuera de lugar”, (*horslieu*), cf. Alain Badiou, *Theory of the Subject*, op. cit., p. 26 y ss.

<sup>50</sup> Cf. “Mensaje a la Tricontinental”, en Ernesto Che Guevara, *Obra revolucionaria*, op. cit., p. 640. En el capítulo cinco retomo la presunta inmortalidad que define a un sujeto creado y acrisolado en el proceso de constitución de la verdad revolucionaria, según Alain Badiou. Dice

vida con su práctica. Recordemos que no sólo el triunfo de la guerrilla de la Sierra Maestra, sino toda la cadena de triunfos alcanzados y por alcanzar por la revolución cubana y por la revolución latinoamericana siempre se supeditan en los escritos del Che a una victoria final situada en la virtual culminación de todos los tiempos posibles que es la derrota total de la injusticia en el planeta.<sup>50</sup> Cada evento parece obrar como signo e instrumento de ese otro tiempo casi cósmico donde su actual acontecer cobraría su verdadero y más profundo significado. La entrega del narrador a la finalidad ulterior, trascendente, a veces es tan meticulosa que se confunde con el ademán utilitario. Sólo vale lo que es útil a la eventual consecución de la realidad alterna a la que sirve sin condiciones cada instante de este presente demasiado realmente existente. Esta disposición sostiene el impulso imaginativo de la escritura pero también lo restringe. Cada ente narrativo adquiere una seductora dimensión imaginaria en el tiempo nuevo, pero ese movimiento imaginario se restringe a su dimensión proyectiva. De alguna manera ello se relaciona, por supuesto, con la ya mencionada sobriedad y economía del estilo guevariano. Guevara despliega en instancias puntuales una imaginación poderosa, con la exactitud de un proyectil, pero no remonta el libre vuelo imaginativo. Por eso su relato escasamente modula los tonos novelescos que no dejan de aderezar las narraciones igualmente documentales de autores con imaginaciones mucho menos poderosas que la suya.

La utopía es ciertamente un género literario y con ese empaque adviene a la modernidad, basta recordar las obras fundantes de Tomás Moro, Tomasso Campanella y otros. Ninguno de los escritos de Guevara pertenece al género utópico, estrictamente hablando, porque lo que le interesa al Guerrillero

---

él en la versión inglesa de *L'Ethique* que manejo: "...the subject of a revolutionary politics is not the individual militant —any more, by the way, than it is the chimera of a class subject [...]. To be sure, the militant enters into a composition of this subject, but once again it exceeds him (it is precisely this excess that makes it to come to pass as immortal). Cf. *Ethics. An Essay on the Understanding of Evil*. Trans. Peter Hallward. (London: Verso, 2002), p. 43.

Heroico es infundir una dimensión política tan concreta como inconmensurable, en una escritura programática con claras funciones ideológicas y propagandísticas articuladas a un proyecto ejecutable. Impresiona el espíritu disciplinado de este autor, en la medida en que se ciñe a constatar a cada vuelta de sus recuentos el *dictum* que magnetiza, a mi juicio, toda la escritura que acompañó su intensa acción aún en los paréntesis más precarios de la batalla contra la inclemencia del medio y del enemigo: La guerrilla, afirma en su primer libro político-militar, “[s]e lanza contra las condiciones especiales de la institucionalidad de un momento dado y se dedica a romper, con todo el vigor que las circunstancias permitan, los moldes de esa institucionalidad”.<sup>51</sup> Pero ese trayecto de rompimiento y destrucción de los moldes no viene de la mano de la tradición milenaria cuasi-anárquica que a veces se pretende asociar a la visión utópica. Las narraciones de Ernesto Che Guevara siempre se despliegan en función utilitaria de su rol de ideólogo y postulante positivo de una proto-institucionalidad aparentemente análoga al Príncipe Moderno cual lo reinterpretara Arturo Gramsci a partir de Maquiavelo, pues el Che asume, en principio, la misión de coadyuvar a la instauración de la política como esfera de acción secular dotada de racionalidad propia, más allá de todo interés particular, de grupo o clase. Mas si para Gramsci el partido proletario encarna al Príncipe Moderno,<sup>52</sup> podemos decir que en el caso del Che (sin necesidad de implicar que él recurra conscientemente o inconscientemente a Gramsci), la guerrilla, sólo hasta cierto punto, encarna algo equivalente al Príncipe Moderno. Es decir, es un cuerpo destructor de ciertas impurezas despolitizantes del mito, de sus contaminantes trazas religiosas, atávicas, culturales, e incluso populares, en la medida en que éstas obstruyan la finalidad inherente a una racionalidad política dada. Pero al mismo tiempo el foco plantea un hiato, un vacío entre la destrucción

<sup>51</sup> *La guerra de guerrillas*, en op. cit., p. 29.

<sup>52</sup> Antonio Gramsci, *La política y el estado moderno* (antología tomada de *Note sul Machiavelli, sulla política e sullo stato moderno*, 1949), trad. de Jordi Solé-Tura (Barcelona: Ediciones Península, 1973), p. 71.

de una esfera institucional y la construcción de la esfera alterna. Destruye completamente una ley, y la destruye completa y directamente, por acción directa (i.e., violencia revolucionaria) cortocircuitando las mediaciones que Guevara despacha como burguesas y reformistas. La única mediación entre la institucionalidad destruida y su supuesto reemplazo parece ser la pura virtud del guerrero sumada a la potencia de las armas. Ello supone un salto en el vacío. El problema que me interesa calibrar aquí es cuán *otra* y cuán nueva es esa nueva ley implantada al calor de tal estrategia inmediata (que obviamente no cabría en la articulación mediadora de lo político asumida por un Gramsci) tomando en cuenta la interrogante implícita en el epígrafe de Foucault citado al principio de este capítulo: ¿No implica este tipo de asalto a la mediación de la ley (romper los moldes de la institucionalidad) el camino más corto al retorno no mediado de *la Ley*? ¿Cuán *otra* puede ser una institucionalidad, como la que propugna el foco guevarista, predicada sobre el corto circuito violento de la institucionalidad (de sus propios moldes)? ¿No implica ese corte suspendido en el vacío, un retorno o recaída en el poder del mito supeditado al mito mismo del poder, es decir, el retorno a la cruel Ley sin mediaciones que sostiene al poder despótico y arbitrario, legitimado exclusivamente sobre el mito de su fuerza? ¿Es decir, no conlleva, la opción guevarista, por tanto, pese a sus intenciones, una grave restricción de la política misma como esfera con una racionalidad inventiva e independiente del mito? El tenor de estas interrogantes no es invocar el horror liberal al “terror” revolucionario, sino dar cuenta del regreso dialéctico de aquello que se pretende destruir, a la luz del imperativo de forzar hacia delante la destrucción de los moldes establecidos de la institucionalidad tras su regreso dialéctico en el trazo de su negación misma. Dentro de esa lógica, se precisaría destruir dialécticamente aún la negación misma de la ley burguesa. Al derrocamiento debería seguir la *anulación dialéctica* del agente mismo del derrocamiento.<sup>53</sup> En otras palabras, el foco debería autoanularse una vez consumada su misión contrainstitucional,

<sup>53</sup> Cf. Alain Badiou, *Theory of the Subject*, op. cit., p. 82.

pero el problema es que el foco modelado por el relato del Che no puede sino autoperpetuarse en formas que desmienten la propia aversión de éste a una institucionalidad que rebasa la de la guerra revolucionaria permanente.

Debo aclarar que la historiografía de la insurrección cubana sí constata el surgimiento de una institucionalidad mediadora cuidadosamente procurada por Fidel Castro, con la intervención de nuevos códigos penales y civiles revolucionarios (atinentes a la transformación de las relaciones de clase y sociales en general) en etapas claves del proceso insurreccional. Fidel Castro elabora instituciones moldeadas por su práctica caudillista, pero las elabora, forjando una simbiosis entre burocracia y caudillismo destinada a reemplazar la proto-institucionalidad puramente guerrera, no obstante ésta mantenga elementos militaristas. Mas la narración de Guevara mantiene gran desconfianza ante casi toda gestión de mediación y representación. En gran medida ello corresponde a la dinámica interna de la propia forma de lucha elegida y en cierta medida se desprende de la especial intensidad disciplinaria del autor, que lo predispone contra las mediaciones ajenas a la lucha armada permanente. La disposición de Guevara es la revolución continua de los moldes institucionales establecidos, aun si ello implica negar la negación misma, es decir, las formas burocráticas posrevolucionarias que reemplazan la institucionalidad burguesa derrocada. Retomaremos este punto más adelante, para indagar ahora el molde mediador que Guevara sí adopta: los modelos de acción-narración articulados en su propia escritura.

Partamos de la premisa de que las acciones reales se nos presentan de entrada como cuasi-narraciones y como cuasi-textos. Existen repertorios del accionar humano pautados por la experiencia históricamente acumulada y articulada que cuentan de antemano, por así decir, con unos pre-textos, con sus libretos abiertos de opciones múltiples (pero no infinitas) a los que cada agente o cada actor acude. No son otra cosa que saberes y conocimientos transmitidos verbalmente, sobre

<sup>54</sup> Paul Ricoeur, op. cit., vol. I, p. 119.

todo mediante narraciones que pueden o no ser textuales. La potencia del agente para actuar se basa en un *poder-saber-hacer* que articula su deseo. Bien se ha dicho que “si, en efecto, una acción puede contarse, es que ya está articulada en signos, reglas, normas: desde siempre está mediatizada simbólicamente”.<sup>54</sup> La acción real misma participa entonces, ya de entrada, de una representación de la acción. Pertenece a lo que Paul Ricoeur llama la *mimesis I*: la acción misma como representación y configuración de acciones previas y futuras.<sup>55</sup> A esto hay que añadirle la advertencia wittgensteiniana de que hablar y actuar (y por tanto, narrar y actuar) se entretrejen inextricablemente, dado que toda acción comporta su juego de lenguaje. En consecuencia, el evento de la incursión e implantación del foco guerrillero, dado que supone una pre-comprensión en sus actores, lleva inherentemente preconfigurada en ciertos motivos básicos una trama, la correspondiente, en términos laxos, a la insurgencia armada, a la cual se vincula el género narrativo guerrillero. Los acontecimientos bélicos proponen su propia configuración narrativa. De esta manera, la *mimesis I* del evento (la acción misma como precomprensión manifiesta del mundo de acciones en que se inserta) será elaborada por la *mimesis II*,<sup>56</sup> la cual aporta la trama textual y poética (dada su actividad constructiva) en que consiste el relato. (En todo momento empleo las palabras “mimesis” y “representación” en el sentido inventivo, activo, lejos de la idea de copia o adecuación pasiva a un original.)

Los 82 expedicionarios comandados por Fidel Castro, salidos del puerto de Tuxpán en México, desembarcan del Granma el domingo 2 de diciembre de 1956, cuando el yate se atasca a sesenta metros de un manglar que les impone atravesar un extenso territorio de fango y raíces entrampadoras, con el agua al pecho, para perder casi todo el equipo excepto los fu-

<sup>55</sup> Ibid., p. 115.

<sup>56</sup> Cf. Paul Ricoeur, op. cit., p. 130.

<sup>57</sup> Pedro Álvarez Tabío, editor, *Diario del la guerra: diciembre de 1956 a febrero de 1957* (La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1986, pp. 22-25.

siles. Si algo destaca de las varias fuentes documentales que registran los primeros días de la incursión insurgente y sus esfuerzos desesperados por *implantarse* en el litoral suroriental cubano al que arriban, es la extraordinaria inclemencia del medio, el sentido de desorientación y la condición de hambre, sed y puro desgaste físico de los actores, en fin, un estado de extrema vulnerabilidad que basta por sí mismo para echar a perder un proyecto tal.<sup>57</sup> Estos hechos, en su poderoso *sufrir* y *padecer* real, proporcionan un motivo importantísimo para toda configuración de la experiencia bélica: la *prueba de resistencia*, que los expedicionarios reciben, providencialmente, desde el segundo en que desembarcan, y que Guevara configurará como uno de los grandes motivos de sus relatos. El primer párrafo de sus *Pasajes* consigna este motivo, que aporta uno de los tonos dominantes del libro. Guevara llevó un diario de la guerra, pero el libro *Pasajes*, publicado en serie entre 1961 y 1964 recién obtenida la victoria, si bien deriva del diario, sigue una estructura episódica con capítulos cronológicamente alineados que intentan configurar, cada uno, un haz de acontecimientos bajo cierta unidad temática, designada sin mayores pretensiones simbólicas por un título literal. Alegría de Pío, se llama el lugar donde la columna desembarcada del Granma, sumida en estado de postración tras la ordalía del desembarco, recibe el ataque sorpresivo y masivo del ejército en medio de un cañaveral. “Alegría de Pío” titula el Che el episodio que relata ese desastre, el cual figura como crisol inaugural de la guerrilla y del libro, precisamente porque esa fue la impronta para-textual de los hechos mismos, que en palabras del autor contribuyeron a “la forja de lo que sería el Ejército Rebelde”.

Así, el episodio de Alegría de Pío es desde siempre un texto automodelante. Se configura en los propios acontecimientos de ese 15 de diciembre en que, sin haberse repuesto siquiera mínimamente del estado deplorable resultante de la travesía por manglares y costas inhóspitas desprovistas de agua y de alimentos, los expedicionarios reciben también su “bautismo de fuego”. Las fuerzas batistianas los sorprenden con todo su poder de fuego en el paraje conocido como Alegría de Pío. Los

guerrilleros han cometido el error de dejar ir al guía campesino que los ha conducido hasta el momento, quien luego conduce al ejército hasta las posiciones de los expedicionarios. Es la primera traición en la epopeya fidelista que figura en el tercer párrafo de los *Pasajes de la guerra revolucionaria*, donde el narrador en primera persona, Ernesto Che Guevara, advierte cómo en lo sucesivo se deberá “aprender que los elementos de la población civil cuyos antecedentes se desconocen deben ser vigilados”.<sup>58</sup> El motivo de la “debilidad” de los no revolucionarios, estrechamente asociado al motivo de la traición, se incorpora desde ese momento al repertorio de tópicos narrativos, no sólo de los escritos del Guerrillero Heroico, sino del subgénero narrativo que él funda.

Sabemos que las balas enemigas matan, hieren y dispersan a la gran mayoría del grupo de Alegría de Pío, que sólo cuenta con 18 de los 82 expedicionarios iniciales tras varias semanas de extravío. Ni mandado a pedir. No hay nada como una primera batalla desastrosa para estrenar a un ejército triunfador, si éste, por supuesto, sobrevive a ella. Los hechos mismos modelan el importante motivo luctuoso de *la gran prueba de fuego*, la encrucijada desafiante, desproporcionadamente cargada de probabilidades nefastas concentradas en una fracción de tiempo, ante la cual el combatiente tiene la oportunidad de probar su valía guerrera, independientemente de que sobreviva o sucumba en el intento. Recurriendo a la clásica hipotiposis usada por los narradores de todos los tiempos, es decir, la selección vívida y detallada de imágenes para resumir una serie complicada de acciones, Guevara emplaza, con su estilo conciso, una movida secuencia de escenas relámpago evocadoras de sus motivos preferidos. El motivo de la muerte digna, cuando el guerrero asume su *ser-para-la-inmortalidad*, aparece en la muy citada alusión al cuento más conocido de Jack London, “Hacer un fuego”:

Quedé tendido [...]. Inmediatamente me puse a pensar en la mejor manera de morir en ese minuto en que parecía

<sup>58</sup> Ernesto Che Guevara, *Pasajes de la Guerra revolucionaria*, en op. cit., p. 114. La traición del guía sólo se conoció años después, por lo que no hubo oportunidad de juzgarlo.

todo perdido. Recordé un viejo cuento de Jack London, donde el protagonista, apoyado en un tronco de árbol se dispone a acabar con dignidad su vida, al saberse condenado a muerte por congelación, en las zonas heladas de Alaska.

El pasaje subsiguiente, menos citado por la crítica literaria, añade dos imágenes-secuencia contrastantes:

Alguien, de rodillas, gritaba que había que rendirse y se oyó atrás una voz, que después supe pertenecía a Camilo Cienfuegos, gritando: “Aquí no se rinde nadie...” y una palabrota después.

Cuando el guerrero herido, en acto de recogimiento estoico, para evitar sucumbir indignamente a la desesperación, asume su *ser-para-la-inmortalidad* al calor de una representación literaria que reconfigura su sufrir y padecer como acto concientemente asumido y auto-representado en cuanto reivindicación de inmortalidad ética, realiza además una *mimesis III*,<sup>59</sup> en la que la acción misma (la vida) se reinventa a partir de la narración (la literatura). Pero, acto seguido, la acción inmediata, le representa al personaje-narrador en el fragor del combate un micro-drama que encierra las disyuntivas de la prueba, *la* encrucijada: arrodillarse servilmente ante el miedo a la muerte dando el grito de rendición, o erguirse y dar el grito de guerra. Encierra una precomprensión universal perteneciente a todas las posibles narraciones de la guerra de todos los tiempos. El narrador le aplica la *mimesis II* a esa disyuntiva de acciones y la reinventa como motivo central de su relato. El texto, en una puesta en abismo, nos muestra cómo acción y narración se reinventan y reconfiguran mutuamente en cuanto reclamo de vida. Por eso hablamos de episodios de la acción que se constituyen desde siempre como un relato.

Esta brevísima secuencia de imágenes de la acción no sólo presenta el núcleo temático del episodio “Alegoría de Pío”, sino, como veremos, implica en gran medida la teoría político-orga-

<sup>59</sup> Paul Ricoeur, op. cit., p. 139.

nizativa articulada en los *Pasajes*. La engañosamente sencilla y universal disyuntiva *rendición/resistencia* compone un poderoso eje narrativo y político de toda la propuesta del foco insurgente. Para Ernesto Che Guevara este eje constituye mucho más que una condición existencial inevitable, inherente por demás a toda acción revolucionaria, en especial a una lucha armada cuyos actores ponen la vida sobre el tapete. Para Guevara la disyunción *rendición/resistencia* no es importante porque corresponda muy estrechamente a la forma de acción política (la lucha armada) a la que él concede la total primacía práctica y teórica, sino que él le concede primacía a la lucha armada porque esta garantiza el uso de la disyuntiva *rendición/resistencia* como operador capaz de desarmar toda mediación institucional o política que amenace, desde su perspectiva, con obstruir la implementación expedita del proyecto anticapitalista que ha abrazado en calidad de paladín o *adelantado* incorruptible. Para decirlo en lenguaje más coloquial y crudo: la primacía de la lucha armada garantiza, para él, la primacía ética del momento político. Pero esto no significa que *manda el más fuerte*, en el sentido bandoleril de la fuerza (no sólo de la fuerza vive el hombre), sino que quienes se arroguen la supremacía sean los más “auténticos”, según un régimen ético de legitimación de la autoridad que debe pasar por la prueba decisiva de la resistencia sobrehumana. Cierta ética situacional del guerrero (talante estoico, valor, dignidad ante la muerte, magnanimidad del más fuerte, respeto del vencido, protección del desarmado, auxilio del débil, sacrificio de la vida por los

---

<sup>60</sup> En lo que al Che toca, los testimonios de su “trato igualitario y recto con la tropa” son fehacientes; cf. Jorge G. Castañeda, *Compañero, vida y muerte del Che Guevara* (New York: Vintage Books, 1997), p. 150. Guevara escribe en *La guerra de guerrillas*: “Uno de los grandes factores educativos es el ejemplo. Por ello los jefes deben constantemente ofrecer el ejemplo de una vida cristalina y sacrificada” (op. cit., p. 61). La pedagogía del ejemplo personal: practicar personalmente lo que se dice, es el fulcro de legitimación ética y político-militar del Che. Todo en su biografía indica que encarnó ese ejemplo. Su estilo fue marca de distinción del Ejército Rebelde cubano en general, ver Jon Lee Anderson, op. cit., passim.

compañeros de armas, etc.) sirve de modelo virtuoso y, en tanto fuente de autoridad,<sup>60</sup> da entrada al mínimo estricto de mediación política tolerado para mandar con consentimiento, es decir, para generar hegemonía. Si alguna mediación institucional o representacional permite la concepción guevarista, debe pasar antes por el grado cero de un drama agónico como el prefigurado en la secuencia citada de “Alegría de Pío”, con sus códigos guerreros situacionales, por el cual pasa para él toda legitimación. Todo ello permite ascender políticamente sólo a los probados en un régimen de resistencia y sacrificio que se erige en medida del *poder-saber-hacer* dentro de cierto marco marxista-leninista que, como conocemos, la guerrilla fidelista sólo adopta *ex post facto*, una vez cumplida la fase insurreccional.

Ese marco ideológico, el marxismo-leninismo, no empece la manera en que converge con un proceso ya comenzado, no es necesariamente extraño ni disfuncional, sino que más bien le confiere una instrumentalidad conceptual a una demanda de transformación radical del orden social y provee bases para la concepción de una nueva institucionalidad. Debemos tener en cuenta que en *Pasajes* nunca se menciona al marxismo-leninismo como componente del ideario del guerrillero (ni tampoco en el manual casi gemelo del mismo autor, *La Guerra de guerrillas*), y ello simplemente porque no lo es. El M-19-7, la organización política que provee las bases organizativas y logísticas para la implantación del foco, así como numerosos reclutas, no es ni de lejos, marxista-leninista. De hecho, gran parte de la tropa era, en un sentido lato propio de la guerra fría, anti-comunista. El primer cuadro de la única organización marxista-leninista cubana en la época, *Partido Socialista Popular* (PSP), se une al Ejército Guerrillero bastante tarde en el proceso, a fines de 1957, cuando ingresa en la columna 2, comandada por Guevara, quien le pide que no revele a los demás guerrilleros su militancia comunista.<sup>61</sup> El proceso de incorporación del ideario marxista-leninista le sirve a la dirección guerrillera como herramienta de radicalización hegemónica de su progra-

<sup>61</sup> Ibid., 155-157.

ma, y se construye paulatinamente a medida que la burguesía nacional y la potencia colonial contraatacan. La meritocracia armada implícita en la práctica foquista descrita por el Che se acoplará así, virtual y eventualmente, al ideario igualitarista del marxismo para convertirse en una plausible herramienta de democratización social, en la medida en que pone al alcance de sectores sociales heterogéneos el ascenso a estratos de comando de un proyecto de hegemonía de carácter político-militar. Se marida así la meritocracia guerrera con el democratismo social, en una fórmula que provee el código genético del desarrollo del estado revolucionario cubano.

Así, como hipótesis derivada de la anterior, podemos concebir que el foco comienza bien temprano; si bien prospera en condiciones creadas por la concurrencia de múltiples concepciones de la acción política, comienza a actuar como espejo y germen de vanguardia del estado revolucionario que eventualmente modela e instrumenta en Cuba, aun antes que se acoja explícitamente la tradición marxista-leninista. El foco articula gradualmente las condiciones políticas creadas por actores políticos heterogéneos, para al cabo de su consolidación imponerse como modelo de concentración de fuerza que de una manera muy particular sirve de sucedáneo al partido leninista. En Cuba se refunda un Partido Comunista en 1964, pero el foco continúa siendo la matriz política del poder revolucionario. Los *Pasajes*, así como otros textos del Che sobre el tema, cobran una función ideológica clave en este sentido, al contribuir una potente configuración imaginaria a los efectos. Los *Pasajes* es un texto fundador del estado revolucionario cubano, que destaca por ser, a diferencia de otros textos, como *La guerra de guerrillas* y escritos afines, una narración, es decir, una trama representativa de acciones humanas singulares, de especial impacto imaginario.

Ello nos permite leer la secuela de pruebas físicas y morales que la guerra de guerrillas les plantea a sus combatientes como un especial proceso de selección y forja de aquéllos a quienes el propio Che siempre denomina como “los mejores”. En *La guerra de guerrillas*, el autor expone su convencimiento de que las propias condiciones físicas, sociológicas y político-

militares de la lucha en el campo conllevan en sí mismas una pedagogía de radicalización ideológica que transforma a la persona misma del combatiente en su mente y su cuerpo:

El guerrillero, como reformador social, no sólo debe constituir un ejemplo en cuanto a su vida, sino que también debe orientar constantemente en los problemas ideológicos, con lo que sabe o con lo que pretende hacer en determinado momento y, además, con lo que va aprendiendo en el transcurso de los meses o años de guerra que actúan [...] radicalizándolo a medida que las armas han demostrado su potencia, y a medida que la situación de los habitantes del lugar se ha hecho carne y hueso en su espíritu, parte de su vida, y comprende la justicia y la necesidad vital de una serie de cambios...<sup>62</sup>

Esta pedagogía radicalizante, en la cual debemos notar cómo interviene la demostración de la “potencia” de las armas, también actúa sobre la población que compone la base de apoyo virtual o real de los guerrilleros y se refleja en la afluencia de reclutas campesinos en calidad de guías, auxiliares logísticos y combatientes, pues “los directores de la guerra de guerrillas” también “enseñan al pueblo con los hechos la importancia fundamental de la lucha armada”.<sup>63</sup> *Pasajes*, en tanto texto narrativo, nos provee una sociología de la guerrilla que se despliega, gracias a los recursos de la narración, como espacio de experiencia, como escenario *vivido* en el curso de una serie de acciones idealmente conducentes a la proletarización del combatiente y de sus bases populares.

La dispersión que sigue a “Alegría de Pío”, narrada en el episodio subsiguiente titulado “A la deriva”, desde la perspectiva de la tropilla perdida de cinco compañeros entre los que se encuentra Guevara, se convierte en una carrera de obstáculos de la cual sólo saldrán indemnes los mejores. Es decir, la expedición original de 82 hombres se reduce, como hemos dicho, a los 18 héroes que finalmente se reencuentran días después en la finca de Mongo Pérez donde los aguarda Fidel. Sólo ellos son

<sup>62</sup> *La guerra de guerrillas*, op. cit., p. 48.

<sup>63</sup> Loc. cit.

efectivamente capaces de resistir la deshidratación, el hambre, el cansancio, la privación de sueño, las infecciones de las heridas, la desorientación, el aislamiento, el miedo a la muerte y la tortura, y sobre todo, la tentación de abandonar una empresa ardidísima desprovista de compensaciones materiales, a la cual solamente los vincula el compromiso ético. No es una carrera de obstáculos individualista, del ‘sálvese quien pueda’, pues la rige un imperativo solidario que le confiere a los supervivientes la proyección grupal indispensable para adquirir autoridad política dentro de un proyecto colectivo. Las disyuntivas de éxito o de fracaso de distintos personajes ante las pruebas que interponen la tentación perenne de la rendición<sup>64</sup>, con las implicaciones que hemos mencionado, se va desarrollando a lo largo de los episodios subsiguientes de los *Pasajes* hasta adquirir la intensidad de una verdadera *guía de la perfección*, no menos intensa que la disciplina mística que lleva ese nombre.

“Muchos son llamados, mas pocos escogidos” —dice el Evangelio.<sup>65</sup> Si en algo no es parco el narrador de *Pasajes*, es en consignar ejemplos negativos y positivos de este proceso de selección que, ante su mirada exigente, vertebra tanto a la guerrilla como al relato que la imagina dentro de un proyecto político. La traición espectacular de Eutimio Guerra recibe cuidadosas descripciones en varios pasajes, pero este campesino que aceptó la encomienda de matar a Fidel Castro e informar las posiciones de la columna inicial a cambio de promesas monetarias del enemigo, si bien había fungido de auxiliar clave de confianza, nunca fue un combatiente. Quizás sea más importante el registro narrativo de las debilidades sin cuento que van apareciendo en los guerrilleros a la luz de un proceso de depuración y saneamiento:

—Era necesario depurar la tropa, pues había un grupo de per-

<sup>64</sup> Me refiero a la rendición moral en sentido amplio, que para nuestros efectos incluye la deserción, la desmoralización, la corrupción, la desesperación y la traición.

<sup>65</sup> “Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros; porque muchos son llamados, mas pocos escogidos”. Cf. *Mateo* 20-16.

sonas con la moral muy baja y alguno que otro seriamente lesionado; en ese último caso estaban [...] Ramiro Valdez, e Ignacio Pérez [...]. Se fueron algunos otros muchachos cuya retirada fue más bien una ganancia para la tropa. Recuerdo uno al que le dio un ataque de nervios y empezó a gritar, en medio de aquella soledad de monte y de guerrilla, que lo habían enviado a un campamento con abundante comida y defensa antiaérea y que en vez de eso, los aviones lo acababan y no tenía lugar fijo, ni comida, ni siquiera agua para tomar.<sup>66</sup>

En la ética de la verdad y la inmortalidad que se va perfilando en estos episodios, lo mejor que le puede ocurrir a un personaje para recibir el beneplácito de una pluma tan exigente como la de Guevara es morir en *estado de heroicidad*, tal cual las hagiografías cristianas exigían a sus protagonistas morir en “estado de santidad”. Tiene esa suerte el campesino Julio Zenón Acosta, quien recibe un epitafio envidiable:

Julio Zenón Acosta. Fue mi primer alumno en la Sierra; estaba haciendo esfuerzos por alfabetizarlo y en los lugares donde nos deteníamos le iba enseñando las primeras letras [...]. Quizás su empeño en este año pudiera servir a muchos campesinos [...]. Porque Julio Zenón Acosta fue otra de las grandes ayudas de aquel momento y era el hombre incansable, conocedor de la zona, el que siempre ayudaba al compañero en desgracia o al compañero de la ciudad que todavía no tenía la suficiente fuerza para salir de un atolladero; era el que traía el agua de la lejana cascada, el que hacía el fuego rápido, el que encontraba la cuaba necesaria para hacer el fuego; era, en fin, el hombre orquesta.<sup>67</sup>

El epitafio, en cuanto testimonio de la inmortalidad ética del sujeto, será un motivo importantísimo incorporado por la narrativa guerrillera en general. Se puede leer la narración guerrillera misma como un gran epitafio, o al menos considerar el epitafio como metáfora central de ese género. Guevara, de he-

<sup>66</sup> Ernesto Che Guevara, op. cit., pp. 134-135.

<sup>67</sup> Ibid., 135-136.

cho, remacha este libro de memorias con dos conmovedores y logrados epitafios, uno de ellos dedicado, significativamente, a una pareja de mujeres auxiliares, y el otro a su amigo El Patojo. En este episodio del libro fundante del género, el joven Julio Zenón tuvo la dicha de que el pasaje de su vida por los *Pasajes* fuera muy breve gracias a su muerte en acción, lo que redujo las posibilidades de que se convirtiera en “ex-compañero” descartable ante los ojos del Che durante el arduo proceso selectivo del foco insurgente. Pero la dura selección de los más aptos no perdona ni a los míticos expedicionarios originales del Granma. Es el caso de Armando Rodríguez, quien...

...en los últimos días presentaba tal cara de espanto, tal cara de angustia cada vez que oía tiros por lugares distantes, pero en círculo alrededor de nuestra posición, que luego nosotros bautizamos esa expresión como *cara de cerco*. Cada vez que en un hombre aparecía la cara despa- vorida de animal poseído por el terror que presentó aquel ex-compañero [...], enseguida pronosticábamos algún desenlace desagradable; la *cara de cerco* era incompatible con la vida guerrillera.<sup>68</sup>

Armando Rodríguez no tiene, por supuesto, otra opción que desertar. La desertión es un recurso frecuente de los inadap- tados. La gran mayoría de los personajes que desertan de la guerrilla en este relato lo hacen por lo que el narrador define como “incapacidad física y moral para afrontar las inclemen- cias de nuestra vida”.<sup>69</sup>

El segundo es un motivo muy amplio, pues la “incapacidad

---

<sup>68</sup> Ibid., 138; énfasis del autor.

<sup>69</sup> Ibid., 162. No es posible exagerar la importancia que tiene la capacidad física en la teoría y la narración del Che y en la narrativa guerrillera en general, ni la manera en que el temple físico se liga indisolublemente a la capacidad moral. Afirma el autor de *La guerra de guerrillas*, que el guerrillero... “Debe ser sufrido hasta un grado extremo, no sólo para sobrellevar las privaciones de alimentos, de agua, de vestido y techo a que se ve sometido en todo momento, sino también para soportar las enfermedades y las heridas que muchas veces deben curarse sin la intervención del cirujano, con la sola acción de

moral” incluye, para Guevara, el descontento con cualquiera de los estilos, reglamentos y políticas aplicadas en un organismo estructurado, como todo cuerpo militar, de manera vertical en lo que corresponde a la toma de decisiones. Desde el principio el foco guerrillero fue una organización básicamente piramidal<sup>70</sup> fundada en el mando unipersonal del Comandante Fidel Castro.<sup>71</sup> Ello sigue simplemente la pauta de muchísimos cuerpos militares de diversas épocas y tradiciones nacionales, y no debería suponer ninguna sorpresa. El caudillismo militar no es noticia. Pero cobra una significancia especial a medida que el foco va reclamando y obteniendo hegemonía política dentro del resto del Movimiento 26 de Julio al que pertenece y dentro del cual en un principio Fidel Castro había figurado como integrante de una dirección política colegiada compartida con los activistas urbanos. La guerrilla de Fidel Castro representaba la lucha eminentemente militar de la Sierra, mientras el resto del

la naturaleza [...]. Para cumplir estas condiciones, necesita también una salud de hierro [...] que convierta su vida de animal acosado en un factor más de fortalecimiento, para hacerse, ayudado por la adaptabilidad natural, algo así como una parte misma de la tierra donde combate” (op. cit., p. 50).

<sup>70</sup> De hecho, Régis Debray, que actuó, según hemos dicho, como ideólogo semi-oficial de la política foquista del estado cubano, no vacila en asignar a la guerrilla una estructura piramidal de poder: “En la cúspide de la pirámide encontramos el núcleo del futuro ejército popular: un puñado de hombres expertos, móviles, en desplazamiento continuo [...]”. Cf. *El castrismo, la larga marcha de América Latina*, op. cit., p. 50. Citado también por Harmut Ramm, *The Marxism of Régis Debray: Between Lenin and Guevara* (Lawrence, Kansas: The Regents Press, 1978), p. 28.

<sup>71</sup> La manera en que toda la autoridad decisional simple y espontáneamente *emana* de la persona de Fidel Castro, lo ilustra el relato que nos proporciona Guevara sobre su nombramiento de comandante: “Enviábamos una carta de felicitación y reconocimiento a “Carlos”, nombre clandestino de Frank País [...]. La firmaron todos los oficiales del Ejército Guerrillero que sabían hacerlo [...] y al poner los cargos de los componentes [...], Fidel ordenó simplemente: ‘pónle comandante’, cuando se iba a poner mi grado. De ese modo y casi de soslayo, quedé nombrado comandante de la segunda columna del Ejército Guerrillero...”. Cf. *Pasajes*, op. cit., p. 184.

aparato representaba el activismo eminentemente político del Llano, que también contaba con milicias urbanas. Fidel Castro era reconocido dentro y fuera de la organización que fundó, como su líder de más talento y prestigio, pero ello no estaba plasmado organizativamente, como más tarde llegó a serlo durante el proceso en que el foco insurreccional se transforma en plantilla simbólica y efectiva del nuevo estado.

Los mecanismos y dinámicas de la guerra de guerrillas tal cual se estatuyen en el foco insurgente van sirviendo como operadores políticos que cortocircuitan toda otra mediación institucional. En tal contexto el proceso configurado en los *Pasajes* adquiere un significado fundante. La desertión, por ejemplo, no se diga la traición, se convierte en acto de hostilidad metafísica contra un cuerpo colectivo que se autoproyecta como la hipóstasis y encarnación virtual de la revolución, antes que como una simple organización política entre varias. Dado que no existen avenidas para el disenso crítico consecuente, aparte de algunas instancias limitadas de discusión, el combatiente-militante descontento o crítico, tiene un número cerrado de opciones: solicitar licencia, desertar o permanecer adentro, manejando el descontento propio como pueda, lo que de todas maneras se va a reflejar tarde o temprano ante los cuerpos disciplinarios como “incapacidad moral”. Claramente, tras la victoria, no todos los mandos de la guerrilla ocuparon puestos de mando en el Estado ni todos los directivos del Estado provinieron de los mandos guerrilleros. Pero la estructura básica del foco introdujo en el funcionamiento del nuevo estado un dispositivo de cortocircuito de las mediaciones institucionales, incluso de las recién constituidas por el propio estado nuevo, dispositivo gracias al cual prevaleció el principio de legitimación de autoridad del foco originario, cuyo ápice era la persona de Fidel Castro.

Dada la prevalencia de esta forma de autoridad en una organización que si bien posee un carácter militar, articula un proyecto político e interpela a sus adherentes en nombre de un programa de gobierno (no tanto el programa anti-dictatorial y ambiguamente reformista del M-26 urbano, sino el que articulaba la dirección de la sierra), no es de sorprender que sus

integrantes políticamente inspirados entren en fricción con la dinámica de mando y obediencia estricta propia del cuerpo guerrero. La estrechez de espacio político explicaría en parte la alta rotación (gran cantidad de altas descompensada por alto número de bajas, i. e., deserciones) en la matrícula del foco durante sus fases de implantación y reproducción inicial. El narrador advierte tal fenómeno con preocupación,<sup>72</sup> pero despolitiza su naturaleza, pues nunca lo adscribe a otro motivo que a “la incapacidad física y moral” para vencer las pruebas y disyuntivas propias de la vida guerrillera. El problema es que el trance de la deserción y aún el licenciamiento, convierte a sus actores en disidentes y parias políticos automáticos cuya posición política se ve reducida ante los ojos de este narrador privilegiado (a quien correspondieron posiciones de alta jefatura política en la construcción del estado cubano) a la de simples inadaptados: entes física y moralmente incapacitados que sucumben ante sus debilidades durante el rito de *pasaje* de la guerra revolucionaria. Esta visión, narrativamente articulada en *Pasajes*, contribuyó a imprimirle un sesgo autoritario a toda una cultura política revolucionaria en Cuba y en América Latina.<sup>73</sup>

Para resumir, deseo remarcar que la máquina de selección natural de la guerrilla opera en parte por *default*, como un automatismo vinculado a la propia pre-configuración cuasi-textual de la acción guerrera insurgente, que se manifiesta aún antes de ser contada, como una pre-comprensión narrativa, como *mimesis I* que reinterpreta experiencias recibidas. Pero sólo la

<sup>72</sup> Ibid., pp. 175 y 176.

<sup>73</sup> Hasta 2008 llegan los ecos de esta autoconcepción del medio guerrillero como un mecanismo idóneo de selección natural. Tras la deserción muy publicitada de la comandante guerrillera Karina en Colombia, voceros de las FARC reaccionaron con expresiones explícitamente darwinianas: “Con su deserción, se depuran las FARC [...]. En cualquier actividad sobreviven los mejor adaptados [...] en la selección de las especies [sic] Darwin es claro. En los movimientos sociales se aplica esa tendencia, y las FARC no se eximen de esa ley social”. Agencia de Noticias Nueva Colombia (Anncol), 20 de mayo de 2008.

*mimesis II*, la invención poética del texto narrativo de *Pasajes*, nos permite interpretar los motivos del relato que articulan, mediante la viveza de la narración, una práctica político-militar (la implementación hegemónica del foco) en tanto *trama* que recoloca la dinámica propia de la acción guerrera insurgente en función de prácticas y teorías políticas autoritarias. Esa comprensión de una dinámica específica inextricablemente ligada al modo de narrar la acción, constituye nuestro acto de lectura, que corresponde a la *mimesis III*.

### **El brazo móvil de la ley: matar o no matar –there is no question**

Una vez un grupo de personas se dispone a derrocar la ley del estado imperante, es decir, a “romper los moldes de la institucionalidad”, como asevera Guevara, mediante un ejercicio sistemático de la violencia que desafía el monopolio de la violencia ejercido por el estado, se enfrentará a la disyuntiva de sustituir al estado sin contar en muchos casos con más mediación institucional que la *ley de las armas*. Para expresarlo coloquialmente, quien se tira al monte con un fusil en pos de crear un poder alternativo al estado que ya existe, se va topar con el imperativo de usar el fusil, es decir, de hacer valer la ley de las armas de la cual se ha hecho cargo al desconocer las instituciones del estado existente, que es como *hacer* estado de nuevo a partir de *tabula rasa*. Y si bien *hacer* estado puede ser una oportunidad de institucionalizar el nuevo poder en virtud de una serie de mediaciones y representaciones consensuadas que refractan la pura fuerza, de todas maneras suplantará al estado entraña tarde o temprano, directa o indirectamente, la capacidad física y moral de matar. Aquí incide una de las aporías anti-políticas y desmovilizadoras de la interdicción bíblica “no matarás”.<sup>74</sup> En *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Ernesto Che Guevara nos presenta un libro de relatos con prestigio cultural y literario, elogiado por escritores como Julio Cortázar y

<sup>74</sup> Cf. Oscar del Barco y otros, *Sobre la responsabilidad: No matar* (Córdoba, Argentina: El Cíclope Editores / La Intemperie / Editorial de la UNC, 2007).

Ricardo Piglia, donde los protagonistas no vacilan en resolver esa aporía en favor de la razón de estado que anima su proyecto. En fin, estos protagonistas de Guevara matan sin mayores contemplaciones, tanto a criminales de la dictadura, como a traidores y “ex-compañeros” que desertan o se corrompen por “incapacidad física y moral”.

Guevara no actúa ni escribe dentro de lo que él considera como una lógica burguesa de derechos humanos ni detenta, por supuesto, el estatuto del escritor de oficio, ni tiene por qué estar imbuido de la hipereflexividad ética y crítica que caracteriza al letrado humanista con quien nunca se identificó.<sup>75</sup> Su resolución imperturbable en cuanto al problema de matar o no matar contrasta con el tratamiento que le da Alejo Carpentier al protagonista de la novela *Los pasos perdidos*. El personaje de Carpentier, intelectual de cuño tradicional, si bien “progresista”, se adentra en la selva ignota suramericana con un grupo de aventureros, no para derribar al estado, mas para fundar una nueva comunidad al margen del mismo. Todo transcurre con placidez, en un medio inclemente pero sano y gozoso, incontaminado por los vicios de la ciudad. Pero el mundo idílico recién descubierto por este escritor se le hace pedazos cuando se topa con la disyuntiva de disparar sobre el primer criminal que surge en la nueva comunidad, un leproso violador de una niña.<sup>76</sup> Otro de los aventureros convertidos en fundadores de la comunidad debe arrebatar el fusil que el escritor no se anima a disparar sobre el reo, y hacerlo él, es decir, *hacer* la ley. El escritor, desilusionado, abandona la comunidad selvática para siempre. Al narrador de *Pasajes* no le interesa ese tipo de conciencia ética, en gran medida paralizante de cualquier práctica política afirmativa de un orden particular, pues él no narra como escritor, en el sentido literario del oficio, sino como estrategia político-militar. Él es el aventurero empeñado en fundar una nueva ciudad, que asume sin sentimentalismos

<sup>75</sup> Guevara rechaza taxativamente la invitación a ingresar en la unión de escritores que le cursara Nicolás Guillén en una visita de cortesía. Cf. Roberto Fernández Retamar, loc. cit.

<sup>76</sup> Alejo Carpentier, *Los pasos perdidos* (La Habana: UNEAC, 1969), p. 245.

ni disquisiciones morales el poco delicado asunto de matar. Hay que agradecerle al autor de *Pasajes* la franqueza.

En *Pasajes*, no sólo los comandantes de columna, sino cada combatiente debe actuar como *brazo de la ley*, según lo hace este joven a quien han ordenado salir junto a un compañero en persecución del chino Wong, guerrillero que se ha fugado de la guerrilla:

Cuando íbamos caminando para alcanzar la Maestra, cerca de un lugar denominado La Jeringa, nos alcanzó uno de los dos hombres que habían ido a buscar al desertor; nos comunicó que su compañero de misión le había dicho primero que era amigo íntimo del chino Wong y que no lo podía traicionar, después lo invitó a desertar y manifestó luego que no volvía a la guerrilla. Este compañero le dio el alto, pero el desertor siguió caminando, por lo que disparó, matándolo. Reuní a toda la tropa en la loma anterior al teatro del suceso macabro, explicándole [...] lo que significaba aquello; el por qué se castigaría con la muerte la desertión y el por qué de la condena que había que hacer contra todo aquel que traicionara la revolución.<sup>77</sup>

Este incidente ocurre en la columna 2, que Fidel ha puesto al mando del Che. El narrador no puede sino reconocer que nos acaba de contar un “suceso macabro”, pues otra cosa no puede ser este acto de matar a sangre fría a quien tranquilamente prosigue su camino porque prefiere no perseguir al amigo cuyo único crimen es, a su vez, *preferir* no permanecer en la guerrilla. Pero esto no impide que el narrador, en una disposición ética muy distinta a la del escritor antes citado, asuma la voz de la ley y aproveche el incidente, el “teatro del suceso macabro”, con ademán cumplidamente pedagógico, para aleccionar a la tropa. Más adelante, el Che, siempre franco, comenta la consternación con que los guerrilleros desfilan ante el cadáver del compañero ejecutado sumariamente por preferir no perseguir a su amigo, y no se le ocurre atribuir el explicable sentimiento a otro motivo que “una debilidad política natural de aquella

---

<sup>77</sup> *Pasajes*, op. cit., p. 187.

época”. Esta explicación sólo es congruente con la intensa disciplina de la acción política, moldeada en la práctica militar, que esgrime el recién estrenado comandante de la columna 2.

En una organización militar cualquiera no debe sorprender el castigo inmisericorde de violaciones disciplinarias como la desertión. En este asunto la guerrilla no se distingue demasiado de otros cuerpos de su género. Es de suponer, también, que mientras más crítica sea la situación de seguridad y secretividad de una empresa militar dada, más severamente se castigue estas inconductas. Lo que sí solicita un examen particular, es el carácter que asume esta práctica en una organización que se atribuye competencias políticas, al autodefinirse como destacamento embrionario de un proceso político que pretende crear hegemonía con su ejemplo y dirección. En una organización que asume funciones de educación, formación y dirección política en el marco de un programa de reivindicaciones, el guerrillero es tanto un combatiente como un militante. Aplicarle a este militante el castigo militar de pena de muerte por la razón que fuere, adquiere en ese contexto un impacto político extraordinario, por cuanto constituye un procedimiento de restricción severa del espacio político, es decir, del espacio de la definición de posiciones de sujeto. Así, cuando el foco *hace* la ley hacia su interior de esta manera, afianza una disciplina política demasiado arraigada en el orden jerárquico militar. Esta manera de hacer la ley hacia el interior de la organización también se proyecta hacia fuera. Este es uno de los aspectos en los que el foco insurgente, como matriz política del estado revolucionario, prefigura la manera en que ese estado manejará al disentimiento político en general. Disentir, criticar, desobedecer, desertar, conlleva en tal contexto restringido, quierase o no, incurrir en una inconducta, en un acto de indisciplina o aun en una falta criminal en una situación donde estas acciones pueden poner en peligro la vida de la comunidad militante y el proyecto mismo del foco guerrillero.<sup>78</sup> Objetivamente es

<sup>78</sup> Tómese en cuenta que un desertor es siempre un potencial delator o fuente de información para el enemigo, igual la crítica irresuelta y la disensión afectan, a veces gravemente, la autoridad del mando, los vínculos de grupo y la moral de combate.

difícil trazar la línea entre disentir y desobedecer en un ámbito que funde de tal manera lo político y lo militar. La diferencia entre Fidel y el Che en este aspecto consiste en que el primero se ocupó en el decurso de la guerra y de la posterior construcción del estado revolucionario, de institucionalizar siquiera mínimamente tal dispositivo proto-estatal, mientras que la narración del Che apenas recoge este proceso y lo inscribe como puro dilema ético individual inmediado, de la forja de “los mejores”. Para él la ley emana entonces de la virtud del comandante-en-guerra. La guerra es la matriz permanente de la ley, es estado-de-guerra que suplanta al Estado civil. La actitud del Comandante Guevara, aunque a primera vista parecería arbitraria, descansa en su atenta vigilia contra todo regreso de la Ley burguesa derrocada o en proceso de ser destruida, y predispone una revolución constante de la organización misma de la insurgencia, una sospecha ante todo trazo de remanencia del orden derrocado aún en los propios actos de negación de este orden. A ello responde su actitud de juzgar caso por caso según la trama singular que le corresponde, calibrando el balance debido entre lo político y lo militar. El problema de este proceder es que coloca casi todo el peso sobre la virtud personal del guerrero, sobre “el individuo”, autoforjado a partir de una disciplina de la subjetividad.<sup>79</sup> Veamos.

La columna o “colmena madre” del foco que se desplaza por campos y montañas constituye un brazo móvil de la ley, que si bien al principio no defiende posiciones territoriales, va demarcando gradualmente a las áreas bajo su alcance periódico como territorios bajo su ley, es decir, “zonas liberadas” del control regular del estado imperante, donde debe ejercer funciones cuasi-estatales. La más básica de estas funciones es imponer el monopolio de la violencia que compete a toda estructura que haga las veces de estado. La guerrilla de la Sierra Maestra asumió rápidamente esta responsabilidad, aplicando la pena de muerte en la comunidad civil con la misma diligencia con que la aplicaba a su interior. El Ejército Guerrillero es

---

<sup>79</sup> Cf. Ernesto Che Guevara, “El socialismo y el hombre en Cuba”, en *Obra revolucionaria*, op. cit.

pronto en trazar las fronteras entre la violencia insurgente y la violencia anómica, lo que cobra gran significado político entre la población que desea un mínimo de protección, tanto contra los abusos de los representantes de la dictadura batistiana en el campo, como contra el desorden generalizado. El episodio “Lucha contra el bandidaje” narra, con sobrios toques de patetismo y humor, la administración sumaria de la pena de muerte contra bandidos locales que aprovechan la inestabilidad de la zona de insurgencia para cometer fechorías, simulando a veces ser guerrilleros. Luego de dar cuenta de las circunstancias de varios fusilamientos realizados bajo órdenes de Fidel Castro, que incluyen un simulacro de fusilamiento de varios jovencitos, el narrador se detiene a considerar, de pasada, las evidentes desproporciones entre algunos de los delitos y la naturaleza del castigo aplicado (pena de muerte tras juicio sumario):

Estas eran las gentes con que se hacía la revolución. Rebeldes, al principio contra toda injusticia, rebeldes solitarios que se iban acostumbrando a satisfacer sus propias necesidades y no concebían una lucha de características sociales; cuando la revolución descuidaba un minuto su acción fiscalizadora incurrían en errores que los llevaban al crimen con asombrosa naturalidad. Dionisio o Juanito Lebrigio [los dos fusilados], no eran peores que otros delincuentes ocasionales que fueron perdonados por la revolución y hoy incluso están en nuestro ejército, pero el momento exigía poner mano dura y dar un castigo ejemplar para frenar todo intento de indisciplina y liquidar los elementos de anarquía que se introducían en estas zonas no sujetas a un gobierno estable. Echevarría, aún más, pudo haber sido un héroe de la revolución [...], pero le tocó la mala suerte de delinquir en esta época y debió pagar en esa forma su delito.<sup>80</sup>

Así se *hace* estado en las “zonas liberadas”. La población de estas zonas queda sujeta a un régimen militar de carácter paternalista que aplica varias medidas puntuales de reforma social, en especial, agrarias. Este régimen cuasi-estatal instau-

<sup>80</sup> Ibid., p. 209.

ra formas de participación democrática, en el sentido social, dado el incipiente plan de distribución de la riqueza social (en un primer momento, la tierra) y el acceso socialmente heterogéneo a las instancias de mando que provee el modelo meritocrático-guerrero, pero estas formas no dejan de ser autoritarias en el sentido político, dada la verticalidad de las prácticas decisionales y el control jerárquico y militarizado que prevalece sobre toda gestión política de envergadura. Las relaciones entre la guerrilla y el pueblo, en ese sentido, son tan democráticas e igualitarias como unidireccionales. El Ejército Guerrillero dispone la igualación social y la participación amplia, pero estructuradas como órdenes que las masas se movilizan para cumplir al calor del entusiasmo. El entusiasmo se convierte en vehículo principal del consenso. El foco insurgente desarrolla una relación estrecha con sectores claves de la población campesina, que en términos sociales es igualitaria y responde a un ethos de respeto y valoración de la experiencia popular. Ciertamente Fidel Castro, los mandos político-militares que lo rodean y el Che Guevara sustentan en momentos cruciales una relación afectiva de escucha y atención a los deseos y reclamos de las masas, llevando además un estilo de vida sobrio, todo lo cual impacta favorablemente la imaginación de un pueblo en gran parte mestizo, victimizado por el abuso, el racismo y la arrogancia, primero de los colonialistas españoles y luego de la élite criolla blanca. En dicha conducta de la vanguardia ha radicado, en gran parte, la legitimidad social del poder que sustentaron sus cuadros, es decir, en la *virtud* del Príncipe Moderno, en este caso, su mutación criolla como Comandante Moderno. En ello radica, desde el principio, no sólo el consenso generado por la dictadura revolucionaria, sino su gran efectividad ejecutiva, y también su talón de Aquiles.

*La guerra de guerrillas* menciona la estrecha relación que debe sustentarse con las masas desde los primeros intentos de implantar el foco insurgente. Sería muy ingenuo creer, a partir de estos énfasis, que se proyectó o se realizó algún tipo de institución de participación política democrática abierta a las diferencias, al disenso real, y la soberanía participativa efectiva. Desde la época en que se configura la matriz po-

lítico-narrativa del foco, no se materializa ninguna institución efectiva de discusión y toma de decisiones abierta a la heterogeneidad de la sociedad civil. Los grandes niveles de participación se restringen a cauces de consensualidad. Las palabras de Guevara al respecto de la relación de aprendizaje mutuo practicada entre campesinos y guerrilleros no dejan de sonar sabias, pero sólo se refieren a una relación pedagógica de vaga inspiración igualitaria (habría que ver cuánto igualitarismo puede haber entre “expertos” armados y civiles desarmados) que no incluye la gestión política efectiva del subalterno:

...los directores de la guerra de guerrillas [...] son hombres que comprenden la necesidad de los cambios en cuanto al trato social de los campesinos pero no han sufrido, en su mayoría, las amarguras de ese trato. Y sucede entonces —y aquí estoy ampliando la experiencia cubana y partiendo de ella— que se produce una verdadera interacción entre estos directores que enseñan al pueblo con los hechos la importancia fundamental de la lucha armada y el pueblo mismo que se alza en lucha y enseña a sus dirigentes esas necesidades prácticas de que hablamos.

Todo esto está muy bien dicho, pero queda la conciencia de que una relación de empatía y aun movilización popular no equivale necesariamente a una gestión popular autónoma, de base, especialmente si no se da curso a la institucionalidad abierta y al juego de mediaciones y diferencias que ella supone. En suma, la narración de Ernesto Che Guevara deja abierta esta cuestión, practica una disciplina virtuosa del guerrillero atenta contra el desarrollo de una *trama* mítica del poder, pero no propone institucionalizaciones alternas, dada su sospecha, ya mencionada, de que éstas contengan trazos de la Ley burguesa, de los moldes de la institucionalidad que es preciso destruir. Es preciso señalar este impasse, pero mantenerlo también teóricamente abierto, para evitar demonizar el caudillismo popular en aras del mito de la democracia liberal representativa y su fetichismo de la institucionalidad.

### **La trama de la insurrección como matriz hegemónica permanente**

La lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista en Cuba es caso ejemplar de una convergencia de sectores y fuerzas políticas diversas en un esfuerzo político amplio que alcanza formas insurreccionales variadas. Obviamente concurren en él muchísimos sectores y personalidades que pretenden ganancia de pescadores en río revuelto, es decir, captar el proceso insurreccional en función de agendas oportunistas, continuistas y aun francamente contrarrevolucionarias. Ello es inevitable y exige capacidad para alianzas tácticas. Si un criterio puede echar a perder las alianzas amplias, es el de “pureza”. Sin embargo, habría que distinguir lo que significa “pureza” o “alianza” para el militante comprometido con transformaciones profundas destinadas a la destrucción de las relaciones coloniales y capitalistas, de lo que significan las mismas palabras para el ideólogo comprometido con la institucionalidad democrática dentro de la dialéctica del capital. Se trata de dos lógicas diferentes. La primera representa un antagonismo radical que sólo se resuelve con la liquidación social, política, cultural y económica del poder capitalista, la segunda corresponde a una relación dialéctica entre dominados y dominadores.<sup>81</sup> Ciertas secuencias políticas parecen demostrar que la institucionalidad democrática liberal no puede servir por sí misma de puente entre ambas lógicas sin que la reacción demuela esa misma institucionalidad (junto a los revolucionarios a que ampara, como en el caso de Chile en 1973) o la manipule como medio de reciclamiento liberal del régimen de acumulación dominante (como sucedió en Nicaragua en 1989). Fidel Castro tuvo la *virtú* principesca de usar las alianzas amplias, con sus obligadas impurezas, para en el proceso ganarse a los cooptables y desechar a los refractarios. Como bien aconsejaría Maquiavelo, se puede, por supuesto, deshacer unas alianzas cuando se

---

<sup>81</sup> Empleo la distinción entre resistencia antagónica y re juego dialéctico dentro de la lógica del capital que hace Negri en op. cit., p. 12 y ss.

obtienen otras. El proceso de captura y desecho comienza por el propio Movimiento 26 de Julio, la organización inspirada y liderada por Fidel Castro, que según consignamos al principio de este capítulo, había contribuido a crear las condiciones políticas y logísticas de la guerrilla con su trabajo a nivel nacional, no sólo en el llano y las zonas urbanas, sino en el mismo campo donde primero incursiona la guerrilla, como se encarga de recordarle Carlos Franqui a Guevara:

Yo sé Che, que sin la lucha y apoyo de la clandestinidad en el 57 la guerrilla hubiese sido liquidada; sin el apoyo organizado de los campesinos del 26, no de los otros campesinos, el núcleo del Granma no se reagrupa. Sin las armas enviadas desde Santiago y La Habana, como tus crónicas de guerra, Che, reconocen, sin nuestras acciones en toda la isla, que paralizaban el aparato militar y represivo de la tiranía, sin los esfuerzos de hombres, medicinas, alimentos, sin ayuda del exilio, la guerrilla sola no hubiese vencido.<sup>82</sup>

No empece el fuerte liderazgo de Fidel Castro en el M-26-7, la organización poseía una matrícula amplia y heterogénea y algunos dirigentes talentosos y prestigiosos, comenzando por Frank País, que actuaron con gran independencia durante el exilio de Fidel en México. Otras personalidades no tan talentosas ni prestigiosas no dejaron de faltar, dada la amplitud del movimiento. La polarización antibatistiana proveía camuflaje político a muchos elementos conservadores, burgueses y oportunistas dentro de la insurgencia. Una vez Fidel Castro retorna a Cuba a la cabeza de los expedicionarios del Granma, se ocupará de tomar las riendas firmes del movimiento y de purgarlo paulatinamente, con prisa y sin mucha pausa, de elementos indeseables o inmanejables, para convertir el foco insurgente en el núcleo de conducción hegemónico de la organización, y ésta en garantía de la pureza monolítica de la revolución. Dicha actitud es más que comprensible en un país que estuvo atribulado por altas tasas de corrupción, repleto de estafado-

<sup>82</sup> Citado por Jorge G. Castañeda, op. cit., p. 184.

res y aventureros suscribientes de todo tipo de ideología o de ninguna, que provocaron una inflación tal del discurso político que muchos gestos y palabras de la política se vaciaron de significado. Además, un antagonismo tan exigente y cortante como el planteado por el jacobinismo revolucionario corre el riesgo de diluirse si admite el grado incapacitante de ambigüedad correspondiente a sectores políticos inmersos en la lógica dialéctica del capital. Aplica dentro de esta lógica la máxima de Saint-Just: el revolucionario que no completa su labor cava su propia tumba. Sin embargo, la exigencia de pureza también condujo al angostamiento del registro de lo político dentro de la adhesión incondicional a la visión del líder incorruptible. Una lógica de purificación conducía, inadvertidamente para muchos, a una lógica de poder centralizado. Guevara mismo, en el episodio de los *Pasajes* llamado “Una reunión decisiva”, nos narra un momento álgido en el proceso afianzamiento de la hegemonía al cual nos referimos, cuando comenta las circunstancias de la reunión de mayo de 1958, realizada en Altos del Mompié, en la que el estado mayor del ejército de la Sierra (i.e., Fidel Castro y sus colaboradores más firmes), desplaza la ascendencia de la burguesía del llano dentro de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio:

La reunión fue tensa, dado que había que juzgar la actuación de los compañeros del llano, que hasta ese momento, en la práctica, habían conducido los asuntos del 26 de julio. En esa reunión se tomaron decisiones en las que primó la autoridad moral de Fidel, su indiscutible prestigio y el convencimiento de la mayoría de los revolucionarios allí presentes de los errores de apreciación cometidos. [...] más importante, es que se analizaban y juzgaban dos concepciones que estuvieron en pugna durante toda la etapa anterior de conducción de la guerra. La concepción guerrillera saldría de allí triunfante, consolidado el prestigio y la autoridad de Fidel y nombrado Comandante en Jefe de todas las fuerzas incluidas las de la milicia [urbana] —que hasta esos momentos estaban supeditadas a la Dirección del Llano— y el Secretariado General del Movimiento.

[...]

Después de los fracasos frente a las fuerzas de la dictadura, surgía ya una sola capacidad dirigente, la de la sierra, y, concretamente, un dirigente único, un Comandante en Jefe, Fidel Castro. Al final de una exhaustiva y muchas veces violenta discusión, se resolvió separar de sus cargos a Faustino Pérez, que sería reemplazado por Ochoa, y a David Salvador, reemplazado por Níco Torres.<sup>83</sup>

El contexto de esta reunión es el estrepitoso fracaso de la huelga general de abril de 1958. La huelga general fue un principio estratégico central del M-26-7 desde su fundación. Respondía a una estrategia insurreccional clásica. Contemplaba la toma final del poder como efecto de una amplia acción de masas donde convergieran las fuerzas anti-dictadura y las organizaciones sociales y laborales del país, que desembocaría en el establecimiento de un gobierno civil representativo de esa gama de actores. El comando político-militar de la Sierra Maestra llegó a recelar este principio de la huelga general como ocasión de un temido predominio de fuerzas rivales, no revolucionarias, del M-26-7 y fuera de él, en el proceso de insurrección final y toma del poder. Entre esas fuerzas rivales se contaban los sectores conservadores que permanecían en el M-26-7 aún después de la muerte de Frank País, el formidable líder urbano que en cierto momento intentó establecer bases de poder afiliadas a la dirección del llano y debilitar el predominio de la sierra.<sup>84</sup> También había elementos oportunistas del llano que jugaron con la ilusión triunfalista de una acción grandiosa. Dado su conservadurismo, se negaron a incluir al PSP (comunista) y a importantes sectores sindicales en la Huelga General. Los errores del movimiento urbano se sumaron a las presiones de la Sierra dirigidas a colocarlo en la situación de probar su

<sup>83</sup> Ibid., 237-238.

<sup>84</sup> Cf. Jon Lee Anderson, *op. cit.*, p. 275. En esta época Frank País también sondeó contactos con la CIA que nunca se concretaron; ello no desmerece la integridad de un líder del movimiento que no era antimperialista ni necesariamente veía a EEUU como antagonista de los luchadores cubanos; más bien evidencia sus deseos de ampliar las bases y contactos de la red urbana, cf. *ibid.*, p. 273.

capacidad real. La represión de combatientes urbanos que sobrevino mientras la comandancia guerrillera permanecía a resguardo en los altos de la Sierra, diezmó, efectivamente a la organización urbana y dejó el camino libre al predominio político y militar indisputado del Ejército Rebelde.<sup>85</sup>

En la reunión de los Altos del Mompié descrita por el Che, se responsabiliza a la Dirección Nacional del llano por el fracaso y se la desautoriza. René Ramos Latour es degradado. Faustino Pérez fue separado de su cargo, pero en los hechos, fue efectivamente promovido, pues cumplió el mandato de impulsar la huelga. A partir de ahí, Fidel Castro y Guevara afirman su visión marxista ante el sectarismo anticomunista de los elementos conservadores dentro del M-26-7. En consecuencia, se aproximan al PSP, entablan una relación privilegiada con importantes directivos de esta organización marxista-leninista, y comienzan a desplazar de la gestión insurgente a gran parte de los cuadros del M-26-7. El propio PSP ya había publicado una declaración de apoyo a la Sierra Maestra el 12 de marzo, antes de la Huelga General de la cual había sido excluido por los sectores del llano rivales de la sierra.<sup>86</sup> Como hemos visto, Guevara comenta en *Pasajes* las infaltables fricciones resultantes de este proceso que para él equivalía a desinfectar el parque humano revolucionario en un ambiente público infestado de quienes él consideraba como oportunistas y reformistas afiliados a intereses estadounidenses.

Es ampliamente conocido que el M-26-7 siempre poseyó un vago programa de reformas, más que moderado, *adocenado*, lo que contrastaba con el aparente radicalismo de su vía de acción contra la dictadura. En el contexto latinoamericano, a veces se asocia al M-26-7 con el espectro político próximo al aprismo,<sup>87</sup> inspirado en las enseñanzas de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, que Víctor Raúl Haya de la Torre estableció desde 1927 en el Perú. Esta tendencia tiene la parti-

<sup>85</sup> Cf. análisis de Ramón L. Bonachea y Marta San Martín, op. cit., cap. 10.

<sup>86</sup> Cf. Jon Lee Anderson, op. cit., p 315.

<sup>87</sup> Cf. Ramm, op. cit., p. 30.

cularidad de combinar un supuesto antiimperialismo reformista con una vocación anticomunista que en realidad encubre a duras penas una gran desconfianza hacia las reivindicaciones autónomas de las clases trabajadoras. Hay quien ni siquiera le concede ese grado de compromiso reformador al M-26-7, caracterizando la proyección pública real del movimiento como “ramplonamente reformista”.<sup>88</sup> Según hemos visto, en el relato del Che esta cara heterogénea y fluida del Movimiento 26 de Julio corresponde a la organización del llano, mientras el núcleo verdaderamente revolucionario, que surge del foco insurgente, corresponde a la Sierra. *Pasajes de la guerra revolucionaria* intenta demostrar en todo momento que el medio mismo de la guerrilla ha sido capaz de forjar un destacamento de luchadores puros e invencibles, algo que el medio supuestamente viciado de la ciudad y su entorno pequeñoburgués no pueden sino obstaculizar. Volverá sobre ello en un texto donde prácticamente preconiza al foco como matriz del partido marxista-leninista:

La sierra estaba dispuesta a derrotar al ejército cuantas veces fuera necesario, ir ganándole batalla tras batalla, conquistando sus armamentos y llegar algún día a la toma del poder sobre la base de su ejército rebelde. El llano era partidario de la lucha armada general en todo el país con un epílogo de huelga general revolucionaria que expulsara a la dictadura batistiana y sentara al autoridad de los “civiles” como gobernantes convirtiendo al nuevo ejército en “apolítico”.<sup>89</sup>

Aquí se expresa uno de los postulados que el Che desprendió de su experiencia en Guatemala tras el derrocamiento del gobierno reformista de Arbenz: el imperativo de que las fuerzas democrático-populares posean su propio ejército y destruyan el ejército burgués, para evitar que la oligarquía regrese al poder. Ve en ello la única garantía de proseguir un proceso

<sup>88</sup> Cf. Jorge Castañeda, op. cit., p. 132.

<sup>89</sup> Ernesto Che Guevara, “El partido marxista-leninista”, en *Obra revolucionaria*, op. cit., p. 567.

radical hasta su consumación revolucionaria. Es preciso consignar que si bien Guevara siempre sospechó de la fortaleza revolucionaria de “los compañeros del llano”, escrupulosamente reivindicó, por encima de las diferencias políticas, a aquellos que supieron morir heroicamente en la acción guerrillera, como es el caso, por ejemplo, de René Ramos Latour y otros a quienes “su carrera revolucionaria les valió un puesto en la lista selecta de nuestros mártires”.<sup>90</sup> No es preciso insistir que ante los ojos del Guerrillero Heroico la muerte digna en combate contra el enemigo purifica con su halo de inmortalidad hasta a los disidentes políticos. Cobra interés la mención de René Ramos Latour, dado que él, aparte de pertenecer a la dirección del M-26-7 desplazada en la citada reunión de marzo de 1958, y de ser la última persona próxima a Frank País con altas posiciones en el movimiento, polemizó en un momento dado con las posturas de Guevara ya instaladas en el marxismo-leninismo. Cuando el Che le asegura: “Pertenezco por mi preparación ideológica a los que creen que la solución de los problemas del mundo está detrás de la llamada Cortina de Hierro” y lo acusa de ser de derechas, Ramos Latour le reafirma el valor del trabajo político y conspirativo del llano, asegurando que no es una persona de derechas, reprochándole:

En cambio, los que tienen tu preparación ideológica piensan que la solución a nuestros males está en librarnos del nocivo dominio “yanqui” por medio del no menos nocivo dominio soviético.<sup>91</sup>

Es irónico que ese mismo “nocivo dominio soviético” eventualmente se ensañara contra el Guerrillero Heroico en su etapa internacionalista, congoleña y boliviana. En el momento a que nos referimos, este reproche es fundamental, pues adelanta uno de los diferendos claves que, tras la victoria e instalación del régimen revolucionario, condujeron a purgas y desplazamientos de la disidencia fuera y dentro del Movimien-

---

<sup>90</sup> Pasajes, op. cit., 239.

<sup>91</sup> Citado por Jorge G. Castañeda, op. cit., 149.

to 26 de Julio.<sup>92</sup> Ya a fines de 1959 se desencadena el quiebre definitivo entre el aparato de poder derivado del foco (que incorpora aceleradamente a personalidades marxista-leninistas) y la pluralidad de tendencias socialcristianas, socialdemócratas, liberales, cuando no fascistas y simplemente gangsteriles, muchas dentro del mismo M-26-7, que habían contribuido al derrocamiento de Batista. Este quiebre condujo, según Rafael Rojas, a una verdadera guerra civil que se extendió de 1959 a 1965.<sup>93</sup> Al calor del feroz proceso de desplazamiento de posi-

<sup>92</sup> Detonante de rupturas relacionadas con la reacción anticomunista, fue el caso de Hubert Matos: “En octubre [de 1959] había tenido lugar el proceso en contra del comandante Hubert Matos y sus compañeros del Ejército Rebelde. Matos era jefe militar de la provincia de Camagüey y decidió renunciar a su cargo, debido a que no estaba de acuerdo con la incorporación de cuadros comunistas en las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Así se lo hizo saber a Fidel Castro mediante una carta, por lo que fue llevado a juicio y condenado a prisión. Para muchos, el juicio contra Matos fue detonante que sirvió para romper con el poder revolucionario”; cf. Javier Figueroa Cárdenas, “El Deber y la Patria: El Directorio Revolucionario Estudiantil (DRE)”, *Encuentro Cubano de la Cultura*, no. 39 (invierno 2005/2006), dossier “La primera oposición cubana”, p. 152.

<sup>93</sup> Cf. Rafael Rojas, “Introducción” a dossier “La primera oposición cubana (1959-1965)”, *Encuentro de la Cultura Cubana*, no. 39 (invierno 2005/2006), p. 127; y Elizabeth Burgos, “Plantados: el cuerpo como territorio de resistencia y afirmación”, *Encuentro...* op. cit., p. 170. Esta autora cita cifras de envergadura: El estado revolucionario —dice— movilizó a 100,000 hombres durante cinco años para combatir a 200 grupos rebeldes a lo largo de la isla, “ocasionando 3,000 bajas mortales entre muertos en combate y fusilados, invirtiendo en ello 1,000 millones de dólares”. Factor de esta guerra fue el apoyo inconsistente y manipulador que Estados Unidos brindó a la oposición, la cual se empantanó en una estrategia militarista, muy ducha en mini-caudillos y jefecillos históricos (Cf. Javier Figueroa Cárdenas y otros autores del dossier citado, *Encuentro...* op. cit.). Testimonia el presidente Eisenhower en su autobiografía: “I ordered the Central Intelligence Agency to begin to organize the training of Cuban exiles, mainly in Guatemala, against a possible future day when they might return to their homeland. More specific planning was not possible because the Cubans living in exile had made no move to select among their number a leader whom we could recognize as the head of a government in exile”; citado por Richard Gott, op. cit., pp. 43-44. Es de conocimiento

ciones reaccionarias, críticas o simplemente diferentes, Guevara aprovecha toda ocasión para impulsar la visión que inscribe en la trama de los *Pasajes*, es decir, su percepción de una dialéctica antagónica (burguesía contra proletariado) subyacente a la diversidad mostrada por el movimiento cuya acción, como Franqui le recuerda, fue determinante en la exitosa implantación del foco y su evolución como Ejército Guerrillero. Así, en la introducción a la adaptación de un manual soviético sobre el partido marxista-leninista asignado en 1963 a los cuadros políticos del nuevo poder revolucionario, el Che llama a superar las contradicciones y evoca la época cuando...

...el ejército rebelde ya es ideológicamente proletario y piensa en función de la clase desposeída; el llano todavía sigue pequeñoburgués, con futuros traidores en su dirección y muy influenciado por el medio en que se desenvuelve.<sup>94</sup>

Más adelante se refiere como “traidores” al “grupo de compañeros que trataban de defender el movimiento del aparente caudillismo del compañero Fidel”.<sup>95</sup> Si éste es el tratamiento que reciben “compañeros” del Movimiento 26 de Julio, fundado y luego desplazado por Fidel Castro para forjar un partido revolucionario *comme il faut*, cabe imaginar el estatuto aplicado a críticos y opositores pertenecientes a otras instituciones y organizaciones aún más distantes de la pirámide de poder una vez se afianza la autoridad revolucionaria. Dicha pirámide se va a ampliar a gran escala una vez conquistado el estado,

---

general que la reacción armada ante la revolución de 1959 nunca alcanzó gran legitimidad, ni siquiera ante el propio gobierno estadounidense que la promovía, debido a la frecuente presencia en sus filas de aventureros, criminales y organizaciones pandilleras culpables de cometer atrocidades contra la población civil, como los temidos “Tigres de Rolando Masferrer”, acusados de asesinar a más de 2,000 civiles durante la dictadura de Batista.

<sup>94</sup> Ernesto Che Guevara, “El partido marxista-leninista”, *Obra revolucionaria* (México: Era, 1967) p. 527.

<sup>95</sup> *Ibid.*, p. 568.

con la gente que ya ha pasado el tamiz selectivo cuyo desarrollo embrionario se representa en la narrativa de Ernesto Che Guevara.

Cabe mencionar, sin embargo, un trasfondo histórico que permite adjudicar la concepción política de Guevara a algo más que una simple inclinación de carácter por el autoritarismo ideológico y militarista. Precisamente mientras transcurren los primeros momentos del paso del poder guerrillero al comando del estado revolucionario cubano, el compatriota de Guevara, John William Cooke, jefe de la resistencia peronista radical exiliado en La Habana en la época, leía unas lecciones importantes en la experiencia del M-26-7 y las incorporaba a su reflexión sobre el desarrollo coetáneo de la resistencia en su país. Cooke interpretaba que la heterogeneidad política del M-26-7, instrumental en la amplia movilización requerida para obtener el poder del estado, luego redundaba en contra del programa de transformación revolucionaria profunda que inspiraba a la vanguardia armada, al cobijar a los elementos burgueses que indefectiblemente entraban en contradicción con esa transformación. Según Cooke, la experiencia revolucionaria cubana demostraba que sólo el predominio indisputado de la vanguardia armada revolucionaria garantizaba el avance del proceso de transformación profunda, es decir, de liquidación definitiva de las relaciones de poder y de propiedad capitalistas.<sup>96</sup> El desastre al que condujo la extrema “amplitud” política (en verdad manipulación oportunista) de Perón a principios de los 70, al punto que una vez conseguida la victoria electoral sobre la dictadura, el general lanzó a la derecha peronista a la matanza impune del ala radical del movimiento, demuestra que la aprehensión (en la que coinciden los argentinos Guevara y Cooke) contra la heterogeneidad política de los procesos insurgentes y de toma del poder, arraiga en cierta lectura de la contradictoriedad de los procesos revolucionarios y en aporías irresueltas del concepto mismo de la revolución como ruptura antagónica. Si el guevarismo configuró a la vanguardia como aparato de purificación y captura autoritaria de las

<sup>96</sup> Cf. Donald C. Hodges, op. cit., pp. 52-55.

energías insurreccionales, el peronismo configuró la “conducción” caudillista difusa como aparato de captura del empuje insurreccional que una vez alimentó al movimiento. Ni el Che ni Cooke cuestionan el dispositivo de captura operante en ambos casos.

### Del foco al reenfoque

*Pasajes de la guerra revolucionaria* cumplió una función ideológica fundamental por ser la primera narración guerrillera latinoamericana, y por su notable coherencia y plasticidad. El otro texto fundamental de Guevara sobre el tema, *La guerra de guerrillas*, no alcanza a ser una narración, si bien se basa estrechamente en la *mimesis I*, es decir, en el cuasi-texto de la propia acción revolucionaria vivida por su autor. En este sentido, *La guerra de guerrillas* es un libro compañero de *Pasajes*, pero éste cobra mayor importancia e impacto por configurar el desarrollo histórico de la experiencia tal cual le es dada vivirla al ser humano: en el tiempo. *Pasajes* es un libro apegado a la experiencia que no deja, sin embargo de teorizar. Capta la guerra revolucionaria como memoria, como articulación en movimiento de lo percibido, sentido, pensado y vivido en un proceso en el que se sufre y padece en medio del vulnerable pasaje de sus personajes por el tiempo. *Pasajes* no acumula y analiza un archivo de *conocimientos*, como el manual más estrictamente teórico de *La guerra de guerrillas*, sino que representa el desenvolvimiento de *padecimientos* de la vida colectiva e individual de sus personajes. En cuanto tal, esta obra narrativa cumple muy efectivamente las tres fases o ciclos de la función ideológica: legitimación, integración, y simulación.<sup>97</sup> En la primera fase articula el pasado político-militar que legitima tanto la autoridad de los máximos dirigentes del nuevo estado revolucionario como su modelo de poder; en la segunda provee a la recién creada base política de la nación, una

<sup>97</sup> Paul Ricoeur, *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 354-356; y Paul Ricoeur, *L'idéologie et l'utopie* (Paris: Éditions du Seuil, 1997), pp. 31-34.

reactualización de los acontecimientos fundacionales de su nueva identidad; y en la tercera soslaya aspectos que puedan perturbar la poetización política de ese recuerdo.<sup>98</sup>

Parto de la idea de que un texto narrativo no es ideológico en sí mismo, sino que puede cumplir funciones ideológicas según las modalidades de lectura (la *mimesis III*) que suscite. Además, estas funciones ideológicas, en especial las de legitimación e integración, no necesariamente comportan una falsificación de la realidad, es decir, una falsa conciencia en cierto sentido marxista.<sup>99</sup> Aún la tercera fase, la de disimulo, no tiene que ser equivalente a un escamoteo flagrante de los hechos. La narración de Ernesto Che Guevara desatiende, en el sentido de que enfatiza y resta énfasis, minimiza o exagera, pero no necesariamente oculta. Su relato produce un coherencia ideológicamente polarizada hacia el proyecto de poder que impulsa. Desde la perspectiva de ese proyecto, en ese marco de intencionalidad, no necesariamente conlleva una falsa conciencia. Si esa conciencia fue la que acompañó el proceso, bastante ha debido coincidir con aspectos de la experiencia real, dado el éxito inmediato que tuvo en su contexto original cubano.

El foco guerrillero tuvo éxito en desarrollar la precomprensión práctica de la acción político-militar y del poder; a ello se agrega la secuencia de eventos de gran carga simbólica en que se basó la enorme autoridad política de sus protagonistas, reconocida en la medida en que todo ello formó parte de un imaginario popular y de una memoria colectiva. Todo ese proceso estuvo mediado verbalmente; intervinieron sin duda muchas narraciones, y *Pasajes* representa una instancia narrativa muy coherente de esa mediación. En esa medida, la obra de Guevara codifica, como hemos visto, la trama de legitimación de la autoridad revolucionaria.

Lo que la teoría de Guevara sobre el foco guerrillero desenfoca, tal cual se articula en sus obras principales, es que este dispositivo político-militar se implementa como un pro-

<sup>98</sup> Aquí me sirvo con liberalidad de los términos con que Paul Ricoeur explica su concepción de las tres operaciones de la *ideología* en los textos antes citados.

<sup>99</sup> Cf. Paul Ricoeur, loc. cit.

ceso efectivo de concentración del antagonismo dialéctico en un espacio político ya activado y predispuesto por una multiplicidad de fuerzas, pero no es el *primer motor* ni la *razón infinita* de la insurrección latinoamericana que supone ser. El foco es mucho menos un motor catalítico de la insurrección que un aparato de captura y conversión de la misma en acción efectiva y disciplinada del sujeto revolucionario. Independientemente de la complejidad de factores que expliquen el fracaso de los proyectos insurreccionales latinoamericanos, indisociables en su generalidad de la estrategia foquista, y de la atroz reacción contrainsurgente que le tocó enfrentar, no es descabellado suponer que algún aporte tuvo en tales desenlaces ese salto de *trama* a *programa* donde el foco se desenfoca. Este desenfoque compete a la muy importante distinción entre la derrota de una concepción dada de la insurrección, y el fracaso de la insurrección misma, es decir, de la lucha armada como opción política y como derecho irrenunciable de los pueblos ante situaciones específicas de despotismo, incluido el despotismo de regímenes resultantes de una lucha armada popular y fundados en el prestigio de ese tipo de legado. Que el foco guerrillero, comprendidas sus variantes (cual la guerrilla de orientación leninista<sup>100</sup> o de orientación maoísta<sup>101</sup> o el nacional-populismo caudillista<sup>102</sup>), orientadas a la conducción hegemónica de las energías insurreccionales de una situación dada, hayan probado no sólo no servir como estrategias detonadoras de la insurgencia, sino operar además como matrices de poder autoritario, despótico y dictatorial, no significa que se clausure el horizonte político para toda opción a la resistencia armada ni se cancele la viabilidad misma de “la crítica de las armas”. El autoritarismo claramente articulado en los *Pasajes*, al reproducirse como modelo de la acción, ha actuado como indudable obstáculo para el enriquecimiento político de las tradiciones de insurgencia democrática. Sin embargo,

---

<sup>100</sup> Caso ya mencionado de las FARC colombianas mientras operaron bajo la dirección política del partido comunista.

<sup>101</sup> Como, por ejemplo, Sendero Luminoso en el Perú.

<sup>102</sup> Cual la guerrilla peronista argentina.

no existe constatación de que el autoritarismo emergente en muchas insurgencias populares necesariamente explique por sí mismo su derrota histórica ni que automáticamente las deslegitime ante el autoritarismo naturalizado de la democracia liberal. Además, como advierte Daniel Avalos, “una determinada concepción no determina el triunfo o no de una revolución por sí sola. En todo caso, determina en parte la naturaleza de un régimen triunfante que se halla asentado en ese tipo de concepción”,<sup>103</sup> tal cual hemos mostrado aquí.

---

<sup>103</sup> Daniel Avalos, *La guerrilla del Che y Masetti en Salta, 1964. Ideología y mito en el Ejército Guerrillero del Pueblo* (Córdoba: Ediciones La Intemperie, 2005), p. 108.

## Capítulo dos

### **Los días de la selva y la consumación del foco guevarista**

#### **De Guatemala sin amor**

La efigie “Korda” de Ernesto Che Guevara calcada sobre fondo rojo fue la bandera inconfundible del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP). El texto que plasma el mejor retrato verbal de ese proyecto político es uno de los más afines a la trama guevarista en toda la narrativa guerrillera. La edición oficial de *Los días de la selva*, de Mario Payeras, lanzada en 1982 por la Editorial Nueva Nicaragua del gobierno sandinista, con tirada de 10,000 ejemplares, contiene un prólogo del Comandante en Jefe del EGP, Rolando Morán, y un epílogo donde el autor responde a preguntas de Marta Harnecker.<sup>1</sup> Rolando confiere su *nihil obstat* al testimonio de Payeras, coloca a Guevara en el centro de la concepción continental de la guerra revolucionaria a la que presumiblemente se adhiere el EGP y asume sin ambages el emblema del foco:

Por eso fuimos llamados “foquistas” y “guevaristas” por muchos, pero no rebatimos esos calificativos. Porque fo-

<sup>1</sup> Rolando Morán es el *nom de guerre* de Ricardo Arnoldo Ramírez de León (1923-1998), cuya biografía atraviesa la historia de la izquierda guatemalteca desde que conoció a Ernesto Che Guevara durante la efervescencia arbencista (1954), hasta la firma de los acuerdos de paz y la transformación del movimiento guerrillero en fuerza cívica electoral (1996). Ramírez contribuye a las primeras reflexiones críticas sobre la concepción del foco con sus *Lettres du front guatemalteque*. (Paris: Francois Maspero, 1970). Marta Harnecker es teórica política y autora de varios volúmenes de divulgación del pensamiento marxista latinoamericano.

quistas de hecho lo fuimos, aunque nunca consideramos el calificativo de “foquista” como una [cuestión] estratégica ni ideológica, y porque “guevaristas” en el sentido más amplio, que nosotros no consideramos eliminado con la muerte del Comandante Che Guevara en Ñancahuazu, lo hemos seguido siendo y lo demuestra que tenemos a su efigie por insignia.<sup>2</sup>

Las palabras de Rolando sin duda aciertan al confirmar que si acaso el EGP dejó de ser alguna vez “foquista” o “guevarista” en un sentido político-militar operativo o técnico, nunca dejó de serlo en el concepto general de la acción insurreccional que, según nuestro análisis, se plasma con gran consistencia en *Los días de la selva*. Cuando se leen estas memorias que obtuvieron el Premio Casa de las Américas de 1980, se recibe una fuerte impresión de contigüidad temporal con *Pasajes de la guerra revolucionaria*<sup>3</sup> (1961-1964), la narración fundante del género guerrillero que Guevara escribiera décadas atrás. No parecería que los episodios guatemaltecos correspondieran a una redacción acometida tras la clausura del ciclo foquista signada por la muerte del Guerrillero Heroico en octubre de 1967 en Bolivia. Es como si el tiempo se hubiese detenido. Surge también la idea de que tal vez no hubiera, fuera de Cuba, escenario más cónsono con la concepción guevarista de la acción que Guatemala. ¿Por qué mejor no se fue el Che a Guatemala,<sup>4</sup> en vez de Bolivia? —nos atreveríamos a preguntar tras leer *Los días de la selva*. La propia factura de ese texto induce tales conjeturas, por lo cual no cabe sino acudir, siquiera brevemente, al contexto histórico-político que le sirve de caldo de cultivo a la trama de Payeras.

<sup>2</sup> Cf. Mario Payeras, *Los días de la selva* (Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1982), p. 12.

<sup>3</sup> Ernesto Che Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria*, en *Obra revolucionaria*, México: Era, 1967.

<sup>4</sup> De hecho, persistió durante mayo de 1966 el rumor de que Guevara dirigía secretamente la guerrilla de la Sierra de las Minas en Guatemala; cf. Chiqui Ramírez, *La guerra de los 36 años vista con ojos de mujer de izquierda* (Guatemala: Editorial Oscar de León Palacios, 2001), p. 143.

El caso de Guatemala no es “como” el de Cuba, no guarda tanta relación de semejanza cuanto un vínculo causal, narrativo, en la medida en que aporta el umbral de gravitación inevitable hacia la convicción generalizada en América Latina de que la lucha armada se impone como paradigma de la acción política para todo un horizonte histórico abierto por la victoria cubana. Si un punto sirve para triangular la experiencia cubana de tal manera que se la conciba como extensible al plano continental, ése es el trauma del derrocamiento del presidente electo Jacobo Arbenz a manos de una acción urdida en los Estados Unidos —ápice, éste, del triángulo que instala el plano hemisférico donde se configura el antiimperialismo revolucionario cubano. La experiencia guatemalteca, aunque no siempre se la mencione, es un subtexto obligado de las declaraciones programáticas de los revolucionarios cubanos. Como asegura Yvon Le Bot al valorar el impacto del ataque norteamericano a Arbenz...

La incapacidad de un gobierno elegido y de sus aliados comunistas para defender una experiencia reformista [como la de Guatemala bajo Arbenz], que sería confirmada en Chile en 1973, sería una de las obsesiones del castrismo y uno de los principios sobre los cuales edificarán su teoría y sus estrategias los guerrilleros latinoamericanos...<sup>5</sup>

Régis Debray recoge, en síntesis inmejorable, el impacto del trauma de Guatemala en la casi instantánea legitimación de la opción armada a escala continental proyectada por los comandantes que él una vez admiró:

La caída del régimen nacional-democrático de Arbenz en 1954 es la experiencia decisiva para los movimientos revolucionarios latinoamericanos de nuestra época, su matriz negativa en cierto modo. Ese choque sirvió de enseñanza y fue la preocupación eterna de los dirigentes

---

<sup>5</sup> Yvon Le Bot, *La guerra en tierras mayas. Comunidad, violencia y modernidad en Guatemala (1970-1992)* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995), p. 15.

cubanos, a quienes inculcó la lección fundamental del marxismo revolucionario, rejuvenecido y demostrado en tierra americana: la revolución no tiene más garantía que la destrucción de la máquina estatal burguesa, la movilización y la entrega de armas al pueblo, el desarme de sus enemigos.<sup>6</sup>

Como cuentan los biógrafos, el Che sale de Guatemala con un tesoro de amistades y convicciones; allí es bautizado con su apodo histórico, “Che”, pero también sale sin un amor. Arriba a México sin amor a ninguna otra forma de la acción política que no sea la que pasa por el crisol definitivo y definitorio de las armas. Él arriba, ya predispuesto por el carimbo del cuartelazo antiarabencista *made in U.S.A.*, a la espontánea decisión de unirse a los expedicionarios cubanos.<sup>7</sup> Esta secuencia de convicciones les concierne a todos los discípulos del guevarismo: 1) Guatemala como constatación de que la vía cívico-electoral y reformista contra el orden neocolonial está inevitablemente sujeta a la respuesta violenta de la máquina de guerra oligárquica (con apoyo imperial), quedando como única opción la lucha armada; 2) Cuba como constatación de que esa supuesta única vía, la acción armada, puede efectivamente derrotar a la máquina de guerra oligárquico-imperial. Se trata de una secuencia sencilla pero clave. Si alguna trama fundante y legitimante tiene la lucha armada en el cuadro más amplio de la lucha moderna por la libertad y la igualdad, es la que demuestra su absoluta necesidad en cierto contexto, por un lado, y la que descubre su efectividad, por otro, frente a la violencia de las fuerzas retardatarias de la historia. Guatemala y Cuba aparecen como los dos eventos mínimamente necesarios y suficientes para la conformación de esa trama legitimadora.<sup>8</sup> Es esa íntima

<sup>6</sup> Régis Debray, *Las pruebas del fuego / La crítica de las armas* ñ 2 (México: Siglo XXI, 1975), p. 250.

<sup>7</sup> Jorge G. Castañeda, *Compañero: vida y muerte del Che Guevara* (New York: Vintage Books, 1997), p. 105 y ss.

<sup>8</sup> “Así, en la Contrarrevolución de 1954 y en la Revolución Cubana de 1959, podrán encontrarse los grandes hechos que trazarán el derrotero ideológico de la revolución guatemalteca hasta fines de

conexión lógico-argumentativa de los dos eventos políticos (el derrocamiento de Arbenz en 1954 y la victoria guerrillera en 1959) la que vincula especialmente los casos de Guatemala y Cuba,<sup>9</sup> al punto que el vínculo emerge en una narración guerrillera paradigmática como *Los días de la selva* (1980), dada su íntima afinidad con *Los pasajes de la guerra revolucionaria* (1961-1964). Un espacio de la experiencia y un horizonte de la espera se conforman así como paisaje narrativo compartido y dibujado por los actos de ciertos gestores históricos, más allá de las semejanzas sociopolíticas que puedan o no abonar a la comparación entre ambos países.<sup>10</sup> El modelo primario de esta articulación de experiencias en el marco de la acción concreta es Ernesto Che Guevara, en efigie, concepción y verbo narrativo. Si tanto en los sesentas como en los setentas el desarrollo de la lucha armada contra el orden neocolonial y oligárquico se le presenta a tantas personas como asignatura pendiente en Guatemala, el guevarismo representa la enciclopedia ideal y práctica a la cual recurren quienes asumen tal asignatura.

Sin embargo, como hemos dicho, no han existido demasiadas semejanzas sociopolíticas entre un país y otro. Fulgencio

---

los ochenta” —dice Carlos Figueroa Ibarra, en “Izquierda y violencia revolucionaria en Guatemala (1954-1960)”, *Fermentum* (Mérida, Venezuela), Año 16, No. 46, mayo-agosto 2006, pp. 395-414; cita en pp. 398-399.

<sup>9</sup> Como apunta Le Bot: “Habiendo pasado por Cuba, aureolada por la victoria obtenida en la gran isla, la idea que concibió el Che regresó así a Guatemala a principios de años sesenta. Allí se conserva desde entonces; y el país que en otro tiempo desempeñara un papel decisivo en la formación del ‘profeta armado’ [...] es uno de los últimos teatros de operación de la guerrilla guevarista”. Op. cit., p. 16.

<sup>10</sup> Para una comparación de factores estructurales y sociopolíticos que han determinado los márgenes de éxito (toma del poder) y fracaso de las insurgencias guerrilleras latinoamericanas, ver Timothy P. Wickham-Crowley, *Guerrillas and Revolution in Latin America. A Comparative Study of Insurgents and Regimes Since 1956* (Princeton: Princeton University Press, 1992). El enfoque instrumental que valora la acción guerrillera en función de su capacidad para tomar el poder es necesario, pero insuficiente, a la hora de comprender y valorar esa modalidad de la acción humana como espacio de la experiencia.

Batista encabezaba una dictadura unipersonal amparada en su control patrimonial del ejército y la policía, que excluía del ámbito activo del estado a un amplísimo espectro de sectores sociales y políticos, desde la derecha a la izquierda. Muchos de estos sectores concurrieron en la insurgencia antibatista, imprimiéndole a la lucha insurreccional una amplitud de intereses que benefició al propio movimiento guerrillero cubano. Así, la guerrilla cubana operó al margen de las constricciones ideológico-organizativas del marxismo-leninismo, las que luego, irónicamente, ésta le imprimiera a la guerrilla latinoamericana convocándolas en torno a su expresión teórica y narrativa prevaleciente, conocida como el foquismo.<sup>11</sup> Pero en Guatemala, el ejército asume corporativamente la custodia del régimen oligárquico, apuntalando un estado cohesionado ideológicamente tras los estandartes del virulento anticomunismo de la guerra fría, que incluyó el apoyo y asesoría norteamericana e israelí. Una sucesión de golpes y contra-golpes militares, amortiguados por elecciones ejecutivas y parlamentarias sumamente restringidas pero eficaces a la hora de neutralizar parte de la disidencia al interior del ejército y la oligarquía, brindan el juego de pie necesario al estado para mantener cierto consenso al interior del estrecho círculo de participación existente, mientras se reprime todo asomo de reforma real del régimen establecido, forzando a la gestión contestataria más firme y radical a lanzarse sola y sin mayores alianzas, vía la insurgencia guerrillera, al cerco de la guerra total anticomunista, es decir, al matadero.

Porque en un matadero se convirtió el ámbito de la acción cultural, social y política, aún mínimamente reivindicativa, una vez el espacio de la sociedad civil queda capturado por los aparatos contrainsurgentes. Contrario a las afirmaciones de Carl Schmitt aplicables a la realidad europea, en Guatemala no son los “partisanos”, es decir, los guerrilleros quienes cancelan, con la guerra irregular y la definición de un enemigo absoluto, las convenciones hasta cierto punto humanitarias de la

---

<sup>11</sup> Ver el estudio sobre *Pasajes de la guerra revolucionaria*, en esta serie.

guerra regular, relacionadas con la identificación adecuada de los soldados y oficiales, el respeto a terceros no involucrados, el trato correcto de prisioneros y civiles, el repudio de secuestros y atentados personales.<sup>12</sup> Más bien es el propio ejército estatal, la asesoría norteamericana y los cuerpos paramilitares que les son satélites, quienes crean una guerra contrainsurgente total, dirigida contra el enemigo absoluto, despojado de humanidad y agrupado sin matices bajo la denominación genérica de “amenaza comunista”. En fin, la dictadura batistiana fue un niño sin destetar, en comparación con el aparato contrainsurgente con el cual se topa la guerrilla guatemalteca, aun desde su primera fase en la década del sesenta, no se diga la segunda fase iniciada en la década del setenta, a la cual remite la narración de Mario Payeras. A ello se añade que los guerrilleros guatemaltecos enfrentan tal aparato *a capella*, sin nada parecido al variopinto concierto de actores y conspiradores pro-insurreccionales que complementó a sus homólogos cubanos.

Corresponde aclarar que la llamada contrainsurgencia guatemalteca no deriva como respuesta a la insurgencia. Es decir, tomado en perspectiva histórica, el aparato de estado contrainsurgente no surge en Guatemala como mera reacción o respuesta a la insurgencia guerrillera, cual suele presumir David Stoll,<sup>13</sup> quien responsabiliza a la guerrilla por las masacres genocidas perpetradas por el ejército de esa nación contra las

<sup>12</sup> Carl Schmitt, *Theory of the Partisan. Intermediate Commentary on the Concept of the Political* (New York: Telos Press Publishing, 2007). Cabe precisar que si bien Schmitt le atribuye a la guerrilla marxista-leninista la crucial fusión de *filosofía y guerra* (irregular) que conduce a la era de la guerra global total, admite que la legitimación originaria de la guerra total indiscriminada proviene del propio estado europeo, consignada en el emblemático edicto *Lanstorm* aprobado por la jefatura prusiana en abril de 1813 al calor de las guerras napoleónicas. Ver pp. 43-47 y ss.

<sup>13</sup> David Stoll, *Between Two Armies in the Ixil Towns of Guatemala* (New York: Columbia University Press, 1993). Las limitaciones del argumento de Stoll no invalidan, por otro lado, su seria advertencia contra tácticas de provocación irresponsables cuyas consecuencias son sufridas por los civiles.

comunidades indígenas en 1981-1982,<sup>14</sup> basándose en la tesis de que el EGP provocó innecesariamente a una suerte de bestia dormida que no podía responder de otro modo que asesinando indiscriminadamente a decenas de miles de civiles. Mejor no tocar a la bestia dormida —parece ser la moraleja “humanitaria” de Stoll— cosa que no vaya a masacrar inocentes, pues qué pena, si se le molesta, el ejército no puede hacer otra cosa que asesinar a mansalva a sus connacionales oprimidos. La moraleja ciertamente vale como precaución *ex post facto*, pero nubla la valoración histórica de un espacio de la experiencia dado, de las acciones y motivaciones humanas que lo articularon, según lo comunica la memoria narrativa de la época.

El estado oligárquico guatemalteco era ya un tigre vigilante y acechante desde antes que a nadie se le ocurriera organizar una guerrilla en ese país. Cuando Estados Unidos, por orden

---

<sup>14</sup> El lector debe estar al tanto de las dimensiones de la represión militar aplicada contra los civiles guatemaltecos. Pero aun a riesgo de redundar, cumplo con el deber de hacer constar estos hechos terribles: “La estrategia contrainsurgente no sólo dio lugar a la violación de derechos humanos esenciales, sino a que la ejecución de dichos crímenes se realizara mediante actos crueles cuyo arquetipo son las masacres. En la mayoría de las masacres se han evidenciado múltiples actos de ferocidad que antecedieron, acompañaron o siguieron a la muerte de las víctimas. El asesinato de niños y niñas indefensos, a quienes se dio muerte en muchas ocasiones golpeándolos contra paredes o tirándolos vivos a fosas sobre las cuales se lanzaron más tarde los cadáveres de los adultos; la amputación o extracción traumática de miembros; los empalamientos; el asesinato de personas rociadas con gasolina y quemadas vivas; la extracción de vísceras de víctimas todavía vivas en presencia de otras; la reclusión de personas ya mortalmente torturadas, manteniéndolas durante días en estado agónico; la abertura de los vientres de mujeres embarazadas y otras acciones igualmente atroces constituyeron no sólo un acto de extrema crueldad sobre las víctimas, sino, además, un desquiciamiento que degradó moralmente a los victimarios y a quienes inspiraron, ordenaron o toleraron estas acciones.” Cf. Comisión para el Esclarecimiento Histórico de las Violaciones de los Derechos Humanos y los Hechos de Violencia que han Causado Sufrimientos en la Población Guatemalteca (CEH), *Guatemala, memoria del silencio*; Tomos I-XII. (Guatemala: F&G Editores, 1999).

directa de Dwight D. Eisenhower, ejecuta el plan PBSUCCESS en 1953 para derrocar a Arbenz, y supervisa la creación del Movimiento de Liberación Nacional, sienta las bases de un estado contrainsurgente, independientemente que aún no se introdujeran del todo los clásicos procedimientos derivados de la contrainsurgencia francesa, norteamericana e israelí en Argelia, Indochina y Palestina. El programa de gobierno plural y amplio de Jacobo Arbenz apenas aplicaba moderadas y selectivas reformas modernizantes relacionadas con el orden agrario y laboral, mucho menos abarcadoras que las que el propio Estados Unidos promovería en esa época en países bajo su tutela directa como Puerto Rico, Corea y Taiwan.<sup>15</sup> Pero la lógica de guerra total anticomunista impuesta en Guatemala bajo la alianza de la oligarquía con la potencia norteaña de la guerra fría, asignó al arbencismo el rol de enemigo absoluto sin considerar que el sector comunista dentro de ese frente reformista constituía una secta minúscula en medio de tendencias mayores, mayormente comprometidas con la modernización de las arcaicas estructuras semif feudales del país dentro de la democracia de mercado institucionalizada. Desde entonces se definió un “enemigo interno”, blanco de una guerra total contra el que todos los medios de ataque eran permitidos. La CIA le proveyó a los oficiales derechistas del MLN una lista de funcionarios que debían ser asesinados.<sup>16</sup> Una vez derrocado Arbenz, sin atenerse demasiado a listas y distinciones, el nuevo régimen del MLN detuvo entre 9,000 y 14,000 supuestos arbencistas (i.e., “comunistas” para efectos prácticos) y ejecutó entre 2,000 y 5,000.<sup>17</sup> El 19 de julio de 1954 se creó el Comité Nacional de Defensa Contra el Comunismo, al que se otorgaron por ley amplias facultades acusatorias y punitivas para ser

---

<sup>15</sup> Cf. Ramón Grosfoguel, “Cambios conceptuales desde la perspectiva del sistema-mundo: del cepalismo al neoliberalismo”, en *Nueva Sociedad* No. 183, Enero / Febrero 2003, p. 158.

<sup>16</sup> Edelberto Torres-Rivas, “La metáfora de una sociedad que se castiga a sí misma” (Prólogo), en CEH, *Guatemala: Causas y orígenes del enfrentamiento armado interno*. (Guatemala: F&G Editores, 2000), p. 39.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 42.

aplicadas a discreción contra todo sospechoso de “simpatías comunistas”.<sup>18</sup> Cientos de sindicatos fueron disueltos. Miles de maestros y profesores despedidos. Las tierras legalmente concedidas por el gobierno de Arbenz a algunas comunidades agrarias les fueron entregadas a los oligarcas, e innumerables activistas campesinos fueron asesinados. Es contra esta institucionalización de la no-institucionalidad, que pone la tortura y el asesinato en el orden del día, en manos de la arbitrariedad hecha estado, que los elementos más audaces de la oposición se decantan por la lucha armada desde principios de la década del sesenta y van, de hecho, radicalizándose, en aproximación a las estrategias insurgentes de la nueva deriva marxistas-leninista inspirada en la revolución cubana. Esto incluyó a los oficiales arbencistas, o simplemente inconformes, del ejército, como Luis Trejo, Marco Antonio Yon Sosa y Luis Turcios Lima, quienes crearon las primeras columnas guerrilleras en 1962.

Pero una década después, a alturas de 1972, cuando el EGP incursiona sigilosamente por la selva del Ixcán al norte del Quiché, la guerrilla guatemalteca ya está curada de espanto. Cuenta con las lecciones, los muertos y las vidas dañadas resultantes de una azarosa década durante la cual el estado contrainsurgente, plenamente habilitado bajo la Doctrina de Seguridad Nacional, ha desarrollado la capacidad de destrucción máxima asequible en el momento con la ayuda de asesores, armas, equipo y apoyo logístico provenientes de Estados Unidos, Argentina e Israel.<sup>19</sup> A partir de 1966 el gobierno del profesor Méndez Montenegro ha desencadenado una ofensiva

<sup>18</sup> Ibid., p. 43.

<sup>19</sup> En los renglones de adiestramiento, asesoría, e inteligencia, Guatemala fue el país de la región que recibió la mayor ayuda contrainsurgente de parte de Estados Unidos en la década del sesenta. La asesoría alcanzó tal intensidad que se vio a oficiales norteamericanos efectivamente dirigir sobre el terreno acciones de combate e incluso combatir (caso Boinas Verdes). Cf. Timothy Wickham-Crowley, op. cit., pp. 80-83. Sobre la intervención argentina, por lo general poco mencionada, narran muchos detalles Juan Salinas y Julio Villaronga, *Gorriarán. La Tablada y las “guerras de inteligencia” en América Latina* (Buenos Aires: Mangin, 1993), pp. 177 y siguientes.

contrainsurgente con recursos renovados, que incluyen la involucración masiva de la población civil en tareas de información y vigilancia y la acción mortífera de fuerzas paramilitares, como los escuadrones de la muerte, que riegan de cadáveres las calles y descampados del país. El legendario Luis Turcios Lima, el jefe guerrillero de más talento, carisma y capacidad para unificar la insurgencia<sup>20</sup> muere en un misterioso accidente automovilístico el 2 de octubre de 1966, lo que disuelve las esperanzas de unidad en un precario mosaico de “regionales” rurales, así como de unidades urbanas mal manipuladas por el Partido Guatemalteco del Trabajo (comunista), de las cuales depende el sustento logístico de la guerrilla.<sup>21</sup> Hacia 1967 la guerrilla rural se desbanda. Hacia 1970 y 1971 ya apenas operan reductos urbanos diezmados.<sup>22</sup> Se ha dado la cifra estimada de 3,000 muertos no pertenecientes a organismos gubernamentales para el período comprendido entre 1966 y 1970, desglosados en 80 guerrilleros, 500 simpatizantes de la guerrilla y 2,400 desligados de cualquier actividad o simpatía insurgente.<sup>23</sup>

Pero también complementan este cuadro atroz, la cara “civilista” de la contrainsurgencia y mutaciones sociopolíticas complejas al interior de las comunidades indígenas que componen la gran mayoría de la población guatemalteca. Precedió a la incursión del EGP de 1972 una serie de tentativas de gestión social, muy limitadas pero significativas a nivel local, situadas

<sup>20</sup> César Montes, Orlando Fernández et al., *Turcios Lima* (La Habana: Tricontinental, s.f.)

<sup>21</sup> Cf. Régis Debray y Ricardo Ramírez (Rolando Morán), “Guatemala .3”, en Régis Debray, op. cit., pp. 295 y ss. Sobre el desencuentro, agudizado con el cisma de 1967, entre el PGT y las organizaciones armadas, ver: Chiqui Ramírez, op. cit., pp. 205 y ss.; Julio César Macías, *La guerrilla fue mi camino. Epitafio para César Montes* (Guatemala: Editorial Piedra Santa, 1999), pp. 137 y ss.; Miguel Ángel Sandoval, *Los años de la Resistencia* (Guatemala: Editorial Oscar de León Palacios, 1998), pp. 112 y ss.

<sup>22</sup> Cf. Régis Debray y Ricardo Ramírez (Rolando Morán), “Guatemala .3”, en Régis Debray, op. cit., p. 299 y ss.

<sup>23</sup> Edelberto Torres-Rivas, op. cit., p. 83. Al parecer, sobran 20 personas en este desglose estimado, que no pertenecen a las categorías designadas.

en el contexto de la Alianza para el Progreso y el proyecto de Mercado Común Centroamericano, en las cuales intervinieron los Cuerpos de Paz, la Agencia Internacional para el Desarrollo y, especialmente, la Democracia Cristiana.<sup>24</sup> Nuevas cooperativas, programas de préstamos, provisiones de abonos, y mejoras comunales dinamizaron, en medida muy parca pero sensible en algunos lugares, la actividad agraria. Surgieron ligas campesinas y proyectos educativos, algunos relacionados con la mujer indígena, que asumieron posturas reivindicativas si bien extremadamente cautelosas. A ellos se unió la misión catequista y social de Acción Católica.<sup>25</sup> En el terreno religioso, al interior de las comunidades indígenas ocurre además un lento pero masivo proceso de conversión al neocatolicismo y al pentecostalismo protestante que si bien presenta una ruptura radical con la “costumbre”, es decir, con las viejas creencias religiosas sincretizadas consustanciales a la identidad maya, también conlleva un fortalecimiento de la autogestión indígena, algo que los procesos políticos progresistas y de izquierda de la revolución del 1944 y la guerrilla de los sesenta nunca lograron impulsar ni por asomo, debido a su enfoque “ladino” excluyente de los indios.<sup>26</sup> Para algunos estudiosos,

<sup>24</sup> Cf. James Painter, *Guatemala, False Hope, False Freedom, the Rich, the Poor, and the Christian Democrats* (London: Catholic Institute for International Relations, 1987), p. 64 y ss.

<sup>25</sup> CEH, *Guatemala: Causas...*, op. cit., 75-79. Yolanda Colom, esposa de Mario Payeras y también dirigente del EGP, relata cómo se entera, después de ingresar a la guerrilla, del amplio trabajo educativo y organizativo que venía realizando Acción Católica durante años en las comunidades indígenas, asistiéndolas en su despertar autogestionario. Cf. Yolanda Colom, *Mujeres en la alborada* (Guatemala: Artemis & Edinter, 1998), pp. 56-58.

<sup>26</sup> Desde 1871 (tras la reforma liberal que destrona a la Iglesia) hasta la tercera década del siglo veinte, las comunidades indígenas guatemaltecas pasan por un proceso de *desevangelización* y preeminencia de la “costumbre”, es decir, del viejo culto maya-católico sincretizado a partir de la conquista. A partir de los años treinta la tendencia se revierte, iniciándose otro proceso de reevangelización misionera que desplaza la “costumbre”, pasando primero por el anticomunismo y tomando luego un giro reformista hacia la segunda mitad de los setentas. Cf. Le Bot, op. cit., p. 135 y ss.

esta mutación o conversión constituye el verdadero proceso de transformación del pueblo indígena guatemalteco, el más profundo desde la conquista, ante el cual movimientos como la guerrilla son epifenómenos o incidencias externas, aunque impactantes.<sup>27</sup>

Durante los años transcurridos en *Los días de la selva* se estaban implantando en diversas zonas del país otros focos guerrilleros, a saber: las nuevas FAR, reorganizadas a partir de militantes de las FAR de los sesentas que ante el descalabro de 1967 se habían replegado hacia la lucha de masas; la Organización del Pueblo en Armas (ORPA), organizada a partir de ciertos reductos de la vieja Regional de Occidente de las FAR que no aceptaron replegarse a la lucha de masas; y un desprendimiento del viejo PGT (comunista) fundado en la época de Arbenz. Los expedicionarios del EGP y estos otros grupos guerrilleros de los setentas no arribaron a un vacío sociopolítico, sino a un medio indígena y campesino con un grado nada desdeñable de concientización y experiencia reivindicativa alcanzado por métodos no armados e informado por visiones políticas distintas del credo insurgente. Acción Católica, que venía, por entronque histórico, de una tradición anticomunista, por ejemplo, pese a los golpes recibidos por sus más comprometidos activistas de parte de terratenientes y fuerzas gubernamentales no había coincidido como cuerpo ni como proyecto con la estrategia armada hasta que algunos de sus miembros sí se unieron a la guerrilla en respuesta a la represión y le sirvieron “en bandeja la base social a la guerrilla”.<sup>28</sup> Hubo pues, motivos suficientes para al menos reconsiderar si efectivamente el modelo guerrillero de la lucha armada era todavía a principios de los setentas la única vía de reivindicación indígena y campesina en el campo guatemalteco. La pregunta sobre la pertinencia de este tipo de lucha armada (y aún del empleo de las armas como tal) flota sobre la época como una nube, como lo testimonia una novela que remite a esos años,

<sup>27</sup> Cf. Le Bot, op. cit., p. 92 y ss.

<sup>28</sup> Mario Roberto Morales, *Los que se fueron por la libre* (México: Praxis, 1998), p. 65. Ver también David Stoll, op. cit., p. 128 y passim.

donde los personajes se preguntan si más bien “la guerrilla le había dado al ejército y a las clases dominantes una excusa para destruir a toda oposición”, si más bien “les dio el pretexto para eliminar a la izquierda moderada y desarmada” que quedó más expuesta a la represión, cerrándose así el campo de la acción política de masas.<sup>29</sup> Lo que sí queda claro es que ese campo no era para nada un medio política o legalmente abierto al tipo de demanda maximalista de expropiación y socialización radical sustentada por la guerrilla. Los catequistas y activistas interiores a las comunidades indígenas poseían concepciones micro-gradualistas, se podría decir. Sólo gente cuyas palabras iban acompañadas de fusiles podía hablar públicamente de reforma agraria o expropiaciones de medios de producción en la Guatemala de la época sin convertirse en blanco casi instantáneo de ataques homicidas o “desapariciones”.

Eso hicieron los hombres que figuran en *Los días de la selva*, de Mario Payeras. Se proveyeron de armas para incursionar una vez más, tras los intentos impactantes pero trancos de la década anterior, en las regiones selváticas y montañosas del país a hablarles de su gran programa utópico a unos habitantes predominantemente mayas. Es decir, comenzaron por realizar, en sus propias palabras, “propaganda armada”, la única forma de transmitir su particular mensaje de ruptura antagónica con el orden establecido en un país en guerra total permanente contra el “comunismo”.

---

<sup>29</sup> Ver Capítulo 3 de Edmundo Urrutia, *Nafragio de las palabras* (Editorial Cultura y Magna Terra Editores, 1998), p. 41. Como enfatiza el propio narrador, la viabilidad de una estrategia de transición pacífica a la democracia fue seriamente considerada por el PGT (comunista) antes del auge de la guerrilla; Carlos Figueroa Ibarra le adscribe el eventual abandono de esta opción al impacto de la revolución cubana, cf. op. cit., 407.

## Viaje en submarino por un mundo triste

*We all live in a yellow submarine.*<sup>30</sup>  
—John Lenon-Paul McCartney (1968)

La acción guerrillera en su modalidad foquista es siempre incursión, entrada, penetración, infiltración, implantación, y sobre todo, inmersión. Militantes esclarecidos, heroicos, excepcionalmente sacrificados y valientes, portadores de una buena nueva transformadora deben sumergirse en las zonas indicadas, en la mayoría de los casos, campesinas, según lo prescribe *La guerra de guerrillas*<sup>31</sup> de Ernesto Che Guevara, para vincularse, fusionarse a ese campesinado que condensa la esencia del “pueblo”. Estos combatientes predestinados, en especial los comandantes, provienen en gran medida de la clase media urbana,<sup>32</sup> pero completan sus filas con algunos hombres de origen obrero, campesino o indígena, que sirven de garantes del “indiscutible” contenido proletario y popular del grupo. Las zonas boscosas, agrestes, serranas, moral y naturalmente impolutas son el escenario primigenio donde la guerrilla fecunda al pueblo y el pueblo fecunda a la guerrilla durante las fases originarias de implantación de la columna madre, y de germinación de la guerra popular; la cual luego irradia, desciende hacia las zonas más burguesas y contaminadas del país hasta invadir la ciudad e instituir en el centro del estado la colmena mayor de la revolución. Para los co-

<sup>30</sup> El himno del Frente Javier Tambriz, de la Organización del Pueblo en Armas (ORPA) llevaba la música de “Submarino amarillo”, cf. Santiago Santa Cruz Mendoza, *Insurgentes. Guatemala, la paz arrancada* (Santiago de Chile: LOM, 2004), p. 59.

<sup>31</sup> Ernesto Che Guevara, *La guerra de guerrillas* (1960), en *Obra revolucionaria*, México: Era, 1967.

<sup>32</sup> Con escasas excepciones, la dirigencia guerrillera en América Latina proviene de sectores de clase media educada. Una muestra estadística para la Guatemala de los sesentas arroja un porcentaje de 100%. La proporción varía bastante para la matrícula de base, donde sí predominan en varios casos los combatientes de procedencia popular, especialmente en el segundo ciclo guerrillero de los setentas. Cf. Timothy P. Wickham-Crowley, op. cit., p. 25 y ss.

mandantes de origen urbano, la soñada entrada triunfal en la ciudad es el retorno del hijo pródigo al *nomos*, el regreso del *inconforme* marginal transformado en héroe poderoso después de sobrellevar exitosamente los rituales de purificación nomádica. Cuanto más sincero el compromiso de justicia reivindicativa que sustancia este modelo de acción, más firme es su arquitectura mítica.

Esta matriz mítica, este núcleo narrativo de la guerrilla guevarista, se depura en *Los días de la selva*, obra que difiere de su modelo implícito, *Pasajes de la guerra revolucionaria*, en la medida en que somete a un destilado mucho más intenso elementos significativos de su precursora. *Los días* de Payeras son como el perfume de los *Pasajes* de Guevara. Como vimos en el capítulo anterior, el cuerpo glorioso del foco guevarista es la columna o *colmena madre* que acomete la expedición fundante, esa que quema las naves, sobrepasando el punto de retorno, para brindar el prometeico fuego de las armas al pueblo oprimido. Es la columna originaria aquella donde se templan como el acero los combatientes-militantes que encarnan el modelo del orden revolucionario; la matriz de la cual se desprenden, en el debido momento de germinación, las demás columnas que ofrendan el instrumento de la guerra popular a una población sedienta de justicia. No empece los ribetes míticos de esta trama modelo, vimos en el estudio sobre *Pasajes de la guerra revolucionaria*<sup>33</sup> que la misma se sustenta sobre una dialéctica completamente racional, conducente a la purificación y concentración de la fuerza destinada a lanzarse desde el fuera-de-lugar político en que se constituye,<sup>34</sup> a la destrucción de los moldes de la institucionalidad burguesa vigente. Vimos cómo el narrador vigila el duro proceso de selección de los mejores, mediante el cual la comunidad político-militar (a la que trata como si fuera un personaje y también un cuerpo), se depura de los individuos ideológica, física y moralmente débiles. Vimos cómo la narración exhibe la transmutación del

<sup>33</sup> Ver Capítulo uno de esta serie.

<sup>34</sup> Cf. Alain Badiou, *Theory of the Subject*. Trans. Alberto Toscano (London: Continuum, 2009), pp. 41 y ss.

foco en fuente suprema de la ley, asumiendo, cual germen del estado, la facultad indisputada de castigar y matar, no sólo al enemigo en combate, sino a civiles y compañeros o “ex-compañeros” colaboradores con el enemigo. Además, vimos cómo el narrador recela de las relaciones demasiado promiscuas con cuadros políticos ajenos a la guerrilla, independientemente de que sean aliados de la insurgencia o aún miembros del propio movimiento insurgente al cual pertenece la guerrilla (como es el caso de los militantes del M-26-7 de Cuba). Este recelo hacia los elementos extraños al immaculado cuerpo político-militar se extiende a toda fuente de oportunismo y reformismo reaccionario que pueda contaminar el movimiento contra la dictadura de Batista. La narración del Che, en fin, da cuenta de la coraza inmunológica que todo foco guerrillero debe erigir para mantener intacta su pureza revolucionaria aún en un medio idóneo para preservar el aislamiento como lo es la ruralía americana. Cabría reflexionar sobre la función que cobran las posiciones de relativo aislamiento o encapsulamiento geopolítico, es decir, ciertas concreciones del fuera-de-lugar, en el proceso de purificación de la subjetividad destinada a convertirse en término dialéctico antagónico del Capital en ciertas situaciones históricas. Consideremos el rol del exilio en Lenin y sus principales colaboradores, la Larga Marcha de Mao, la Sierra Maestra de Fidel.<sup>35</sup>

*Los días de la selva* incrementa estas tendencias. En primer lugar, la identidad del grupo que es objeto de la narración, la colectividad guerrillera, queda subsumida por un narrador casi impersonal. Si bien en el texto queda claro que el narrador es uno de los integrantes del foco, éste no es uno más como los otros, pues es invisible. Describe a los otros pero no se describe a sí mismo; nunca se sabe bien qué rol específico juega el narrador dentro del destacamento ni se delinea su carácter individual. La voz narrativa nunca emplea la primera persona directamente, sino que la escuda tras el plural (nosotros) o tras

<sup>35</sup> Agradezco el comentario sobre estos ejemplos de “aislamiento” al profesor Luis Agrait (conversación personal).

paráfrasis eufemísticas como “quien escribe estas memorias”.<sup>36</sup> Habla, entonces, una especie de personaje neutro representativo del colectivo, como si, en vez de un individuo concreto, la guerrilla misma encarnara al narrador y personaje principal, mediante una voz que existiera independientemente de los integrantes individuales. El foco deviene un ente autónomo que se narra a sí mismo. En *Pasajes*, las peripecias del foco guerrillero son narradas por una fuerte personalidad, desde una perspectiva claramente situada. La guerrilla es el objeto de la narración. En *Los días*, la guerrilla es el sujeto del enunciado.

Los expedicionarios del Granma, pese a los contratiempos imprevistos del desembarque, que incluyeron una emboscada y una catastrófica dispersión, hallan muy pronto sus contactos preestablecidos en la Sierra Maestra, recuperan las líneas de comunicación y abastecimiento con los militantes del llano. Mensajeros, cuadros políticos, periodistas, personalidades, comienzan a ir y venir (ante la mirada un tanto celosa, si no irritada, del Che). En el relato de Payeras, la columna que se desliza río Lacandón abajo desde la frontera de México, penetra en la selva del Ixcán como si se sumergiera en submarino por un inmensurable mar verde. El narrador describe repetidamente la selva como un “océano”, retratándola cual espacio natural laberíntico en el que la guerrilla deberá inscribir su rumbo: “... la selva comenzaba a darnos la impresión de un océano, sin itinerarios definidos ni puntos de llegada”.<sup>37</sup> El vehículo de esta navegación es la columna guerrillera misma, que opera en cierto modo como un submarino, como precaria cápsula de organización humana que mal que bien protege a su tripulación, no sólo del enemigo virtual y de los peligros de

<sup>36</sup> Según la lectura que hace el crítico Roque-Baldovinos de esta borradura del yo, la mirada del narrador se convierte en “el grado cero desde donde el mundo vertiginoso de la revolución en marcha puede contemplarse con bastante fidelidad”, de acuerdo al “sujeto del saber” que el intelectual revolucionario pretende encarnar; ver Ricardo Roque-Baldovinos, “Prohibido decir ‘yo’: *Los días de la selva* y la voz de la vanguardia revolucionaria”, *Istmo*, N° 16, julio-diciembre 2008 (sin numeración de página, publicación en internet).

<sup>37</sup> Mario Payeras, op. cit., p. 26.

la selva, es decir, de la asfixia o ahogamiento en un elemento hostil, sino más que nada la protege de las posibilidades de disolución oportunista y reformista capaces de afectar el necesario proceso de purificación del sujeto revolucionario. Carl Schmitt es quien propone la metáfora del submarino para el tipo de guerra irregular que él llama, casi indistintamente, guerra del “partisano” o guerra de guerrillas.<sup>38</sup> Schmitt asocia la metáfora del submarino al “abismo oscuro”, desprovisto de estatutos humanitarios, que según él, surca la guerrilla bajo la superficie de la guerra convencional. En nuestro caso, nos referimos al abismo verde de la selva, tan alejado del nomos nacional, donde debe sumergirse el foco guerrillero, no sólo para obtener algún margen de maniobra ante un aparato contrainsurgente que recubre la totalidad de la superficie habitada del país, sino para construir el sujeto revolucionario sin el cual parece no haber manera de plantearle un reto antagónico al sistema imperante. Para el destacamento del EGP que protagoniza el relato de Payeras, el gran océano verde desprovisto de itinerarios o referencias es, en cierta manera, el abismo que la guerrilla debe señorear, sin sucumbir, para aprovecharlo como plataforma estratégica de *forja de sí* y de aproximación al pueblo, elementos indispensables para darle un cuerpo al sujeto revolucionario en ciernes.

En *Los días de la selva* los protagonistas soportan meses de travesías agotadoras en las cuales apenas se topan con algunas almas aisladas que en nada remedan las clásicas bases campesinas que pueblan con sus voces de bienvenida, con sus guisos reparadores y aún con camas y habitaciones rústicas pero reconfortantes los caminos rurales recorridos por Fidel Castro, el Che y sus compañeros, tal cual se describe en varios episodios de *Pasajes*. En el relato del comandante guatemalteco, pese a la proliferación de formas de vida que no dejan de captar la curiosidad de este narrador versado en el naturalismo de Humboldt,<sup>39</sup> la selva se presenta como un ámbito som-

<sup>38</sup> Carl Schmitt, op. cit., p. 70.

<sup>39</sup> Sobre la deriva humboldtiana de Payeras, ver Ana Lorena Castillo, “El paraíso recobrado. Historia y paisaje en *Latitud de la flor* y

brío, anímicamente yermo: “Llegábamos a un mundo triste, donde sólo con el tiempo aprendía la inteligencia a encontrar puntos de referencia.”<sup>40</sup> Aquí el lector recuerda que *selva* no es necesariamente sinónimo de *campo*. La de Payeras se trata de una selva, en sentido literal, una geografía despoblada, de casi nulo contenido social o político, muy diferente al *campo* agreste, aislado, pero dotado de un entorno social, que tienen en mente teóricos del foco como Guevara y Debray cuando prescriben la ruralía como zona idónea de penetración e implantación. Pero es precisamente ese carácter *liso* del espacio selvático, desprovisto de los itinerarios y referencias de la vieja sociedad abandonada por los aventureros, el que presenta un plano imaginario predispuesto a la invención de un fuera-de-lugar matricial. La selva-océano es el fuera-de-lugar (destrritorializado) desde el cual, literalmente, según lo proyecta este texto, comienza a escribirse la utopía guerrillera en la estela de los trayectos recorridos por sus aguerridos fundadores. Es el fuera-de-lugar del descubrimiento de lo nuevo en un mundo nuevo donde descubrir es igual a fundar y conocer es edificar ante un horizonte de expectativas utópicas insoslayables. El *liso* no-lugar socio-político de la selva provee la *tabula rasa* donde adquiere su justo relieve la alucinada dimensión utópica de esta portentosa experiencia latinoamericana que fue la guerrilla revolucionaria. Claro, esto es lo que proyecta el relato. El narrador no menciona que las comunidades dispersas del desierto verde del Ixcán, en contacto unas veces indiferente, otras hostil y otras solidario con la guerrilla, pertenecen a un amplio movimiento social de colonización de tierras y autogestión, imbuido de algunos valores igualitarios y comunitarios dentro de un proyecto pionero-religioso estructurado que antecede a los expedicionarios armados.<sup>41</sup> Es decir, que los indígenas ya fundan, si no utopías, sí pequeñas comuni-

*el granizo*, de Mario Payeras”, en Ana Lorena Castillo y Nathalie Galland, *Metáforas rebeldes: espacio y tiempo en discursos insurgentes de Guatemala y Chiapas* (Puebla, México: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades / B.U.A.P., 2007), pp. 47 y ss.

<sup>40</sup> Payeras, op. cit., p. 17.

<sup>41</sup> Cf. Le Bot, op. cit., 125.

dades concretas sustraídas de las prácticas expropiadoras de terratenientes y contratistas en otros lugares, inscribiendo así en la selva unas rutas y significaciones que convergen con el destacamento guerrillero encapsulado en su visión.

### Camino de la perfección

El contraste entre la inmensidad verde y las precarias figuras humanas que la convirtieron en escenario de un sueño político coloca la empresa en su perspectiva histórica deslumbrante. La “columna madre” recibe del narrador calificativos elocuentes: “aquel grupo de náufragos que había arrojado la selva”, “ejército hambriento”, “pequeño ejército improvisado”, “grupo de esqueletos”, “tropa de sombras”.<sup>42</sup> Esta tropilla armada con “mirada famélica” demasiado fácilmente evoca a los legendarios conquistadores alucinados que deambulaban por las selvas y cumbres de América en busca de El Dorado.<sup>43</sup> Pero, al menos en la voz narrativa de un humboldtiano declarado como Payeras, voz que encarna la personalidad del foco mismo, los expedicionarios foquistas se vinculan mejor al explorador ilustrado que persigue una utopía inseparable del régimen moderno del conocimiento, según comentaremos adelante. En más de un sentido la alucinación de estos guerrilleros es bastante diferente de la que enloqueció a los conquistadores. Se relaciona, para empezar, con la purificación del foco. Estos creyentes del foco guerrillero transitan el camino de la perfección que los aproxima a la narrativa boliviana del Che (i.e., el *Diario*) y hasta cierto punto los aleja de la fase cubana contada en *Pasajes*, que han tomado como punto de partida. Inician su aventura en 1972. Hace apenas cinco años que ha caído el Che. La soledad del guerrero guevarista hipostasiado en Bolivia persigue a estos hombres del EGP (“En nuestro pensamiento estaba presente la derrota de Bolivia”).<sup>44</sup> La columna madre

<sup>42</sup> Ibid., pp. 18, 26, 38, 88 y otras.

<sup>43</sup> Cf. Juan Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento. 3. El Dorado*, (Madrid: Alianza Universidad, 1989).

<sup>44</sup> Ibid., p. 18.

surca las profundas selvas de su patria bajo las copas impenetrables de los árboles sin fin, deambulando por meses y años largos, sola y sin compañía como el alma unitiva del poema de San Juan de la Cruz. ¿Qué sentido político tiene toda esta prevaricación táctica? Para el credo revolucionario ortodoxo, semejante actitud peca de delectación morosa en el vicio de la soledad. Una lectora tan competente en el tema como Marta Harnecker comparte esta inquietud. En la entrevista que sirve de epílogo a la edición nicaragüense del texto ella le pregunta a Mario Payeras cómo es posible que pasaran meses sin llegar a un lugar habitado, qué hacían procrastinando en una zona donde las escasas comunidades que topaban respondían con un hermetismo hostil, por qué se demoraron dos largos años (dos años tardó la guerrilla cubana en tomar el poder)<sup>45</sup> en tan solo iniciar la marcha hacia las áreas pobladas de la Sierra (donde único se podía establecer una base política campesina de impacto nacional).<sup>46</sup> Payeras responde con circunloquios, despliega un poco de la retórica de *academia militar foquista* popularizada por Régis Debray en la época, pero ante la insistencia de Harnecker va al grano. La respuesta es... la utopía. En el océano oscuro y triste de la selva había una isla de luz y remanso, es decir una zona de colonos pobres que marcaban nuevas referencias y nuevos itinerarios en medio de la nada. El submarino podía emerger. Los expedicionarios del Ixcán se demoraron allí, enamorados de una *comuna*. Le explica Payeras a su entrevistadora: “En los poblados ribereños [del Xaclbal] vivimos incluso una de las experiencias revolucionarias más aleccionadoras para la guerrilla: la creación de una comuna popular clandestina. Quizás te sorprenda saberlo, pero así

<sup>45</sup> Marta Harnecker pone aquí el dedo en la llaga al aludir oblicuamente a una deficiencia estratégica compartida por toda la guerrilla guatemalteca en sus dos largos ciclos de insurgencia, deficiencia que ninguno de los grandes comandantes ha asumido con la claridad con que lo hace quien fuera cuadro nacional de propaganda de las segundas FAR, Chiqui Ramírez: “La guerrilla, [...] nunca, después del Comandante Yon Sosa, se propuso disputar realmente al Estado guatemalteco, ni el terreno, ni la población”; cf. op. cit., p. 293.

<sup>46</sup> Ibid., pp. 119 y 124.

fue”. Y asegura el estratega: “Eran verdaderos representantes del campesinado desposeído de nuestra patria. Llegaban nada más que con sus familias [...] a enfrentarse a un mundo en gestación, hostil y desconocido”. El texto narrativo de Payeras describe, como si se tratara de una epifanía, el primer encuentro con este nuevo nomos que se gesta en la selva:

En las primeras horas de la tarde llegó la voz de que la vanguardia había topado casas. Recibimos orden de emboscarnos a la vera del sendero [...]. Todo lo que alcanzábamos a distinguir de la aldea era la intensa luz que producía el claro [...]. Era una hora de profundo silencio en la selva, apenas turbado por los discretos movimientos de las aves en las ramas altas. Esperamos un largo rato, escuchando los latidos de nuestro corazón. Entonces oímos en dirección de la aldea el canto de un gallo. Era la primera vez, en meses, que llegaba a nuestros oídos aquel grato clarín. Todos nos cruzamos una mirada que tenía al mismo tiempo algo de aflicción y algo de júbilo. Ahí estaban, por fin, los pobres de nuestro país; pero ignorábamos cuál iba a ser su respuesta.<sup>47</sup>

Los guerrilleros contemplan ocultos entre las ramas al borde del camino, cual faunos voyeristas, el objeto de sus ensoñaciones de implantación política. En el segundo encuentro con este claro de “intensa luz” decidirán permanecer, como los compañeros de Ulises en la isla encantada de la leyenda. Viven allí los mejores días de su gran aventura: “Nunca supimos si la felicidad interior que durante esa época experimentamos se debía al vuelco súbito de nuestra suerte o al influjo de la primavera. El bosque olía a miel y en nuestros caminos marchábamos sobre alfombras de flores amarillas que provocaban gratos vértigos”.<sup>48</sup> Asumen un ritmo de vida menos nómada: “Desde el refugio perenne de la selva cultivamos pacientes la amistad de los aldeanos y vigilamos esperanzados el curso de los días”.<sup>49</sup> A veces el narrador hace guiños garcíamarquianos, como cuando

---

<sup>47</sup> Ibid., p. 28.

<sup>48</sup> Ibid., p. 45.

<sup>49</sup> Ibid., p. 48.

parece aproximar estos caseríos ignotos de la selva en cuya vecindad se demora dos años, al Macondo donde un tiempo eternamente marginal supone descubrir e inventar el mundo una y otra vez: “Fue la época de los grandes inventos y del aprendizaje de la vida sedentaria. Inventamos el pan, descubrimos la bota de hule y aprendimos el arte de navegar en balsa”.<sup>50</sup>

El lector que conoce una narración como *Pasajes de la guerra revolucionaria*, ubicada sin mayores digresiones ni paréntesis en un calendario lineal conducente a la toma del poder, se pregunta ¿a dónde va esta gente? Es cierto que la intensa y demorada relación con estos pobladores “perdidos” de la selva adquiere el valor formativo, en el sentido guevarista, atinente a un cuerpo guerrillero comprometido con la forja de intensos lazos populares en el marco de nuevas relaciones sociales, pero... ¿Son necesarios dos años? Se produce la impresión de que en verdad estos expedicionarios de la columna madre se desvían y se detienen demasiado tiempo al margen del camino que conduce a la Sierra, su plataforma estratégica. Sin duda Marta Harnecker ha leído aquí un desvío táctico un tanto desconcertante, de ahí sus preguntas. Sólo una investigación histórica sacará a luz la combinación de factores que den cuenta de este hecho. En la entrevista, Payeras ofrece una explicación factible, aunque no del todo suficiente. Nuestra tesis es que, en lo que a la factura de la narración guerrillera corresponde, ello es, en la guerrilla *narrada*, la explicación es más asequible: la pluma de Payeras, por sobre otras consideraciones estratégicas, *se enfoca en el foco*, en la consumación ética y estética del narcisismo guerrillero implícito en la propia concepción de Ernesto Che Guevara. Existe un narcisismo colectivo en la dinámica foquista. Como ya lo ha notado Eduardo Pizarro Leongómez, la dinámica foquista conlleva un proceso en el cual “todas las energías se hiperconcentran en la pura acción, en el ensimismamiento del grupo y en el encerramiento doctrinario”.<sup>51</sup>

<sup>50</sup> Loc. cit.

<sup>51</sup> Eduardo Pizarro Leongómez, *Insurgencia sin revolución. La guerra en Colombia en una perspectiva comparada* (Bogotá: Tercer Mundo / Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales – Universidad Nacional de Colombia, 1996), p 36.

La hiperconcentración, el ensimismamiento y el encerramiento no contradicen que la organización logre trabar una relación estrecha con alguna base social, especialmente cuando se trata de pequeñas comunidades aisladas. Pero, como sabemos, en ciertos casos un pacto de soledad compartida puede ahondar el pozo de la soledad. Los lazos comunitarios son indispensables para una guerrilla en cuanto medios para un fin estratégico. El romance con las pequeñas aldeas a la vera del Xaclbal relatado en *Los días de la selva*, que reclama nuestra atención y la de una lectora como Harnecker, se aproxima perturbadoramente a una instancia que se vuelve fin en sí misma. Ciertamente es una instancia de la consumación utópica del foquismo, hipostasiado como fin en sí mismo, fruto de una desconsideración hacia su real viabilidad estratégica similar a la que exhibe el Che en su última gesta en Bolivia. Tal cual se despliega esta trama, asistimos a una desviación del proceso dialéctico de constitución del fuera-de-lugar, aquí consistente en permanecer en el afuera utópico sin dar el salto del *lugar*, a la *fuerza* requerida para atravesar el lugar propio del poder burgués. La fuerza es el momento dialéctico del antagonismo, el momento constitutivo de la clase revolucionaria como masa que conquista el espacio legal de la clase dominante.<sup>52</sup> Nos referimos, por supuesto a la manera en que lo presenta el relato, no necesariamente a la estrategia efectiva del EGP. La versión de Payeras se orienta en sentido casi post-estratégico. En la entrevista él le concede un valor intrínseco al hecho de que durante ese paréntesis selvático la columna madre logró crear un modelo en miniatura de la utopía comunista. Él aduce que “el único poder real en varios de los incipientes parcelamientos éramos nosotros”. Más adelante asegura:

Nada que atañera a los intereses comunales se decidía sin nuestra participación y aun sin nuestra decisión, tal era la confianza y la autoridad que se nos reconocía. [...] Sin darnos cuenta nos habíamos ido convirtiendo en *dirigentes de un estado en miniatura, modelo en pequeña escala de*

<sup>52</sup> Alain Badiou, op. cit., p. 45 y passim.

*lo que un día habrá de ser la Nueva Sociedad por la que batallamos.* En asamblea secreta expusimos la necesidad de que la tierra fuera trabajada en común y que el producto social se partiera sobre la base de la aportación individual y de acuerdo a las necesidades sociales.<sup>53</sup>

El autor pasa entonces a describir las tareas educativas (escolares) y militares (de adiestramiento) asumidas por este estado en miniatura en beneficio de sus “ciudadanos” clandestinos. Tales detalles no aparecen en el relato. El Mario Payeras narrador no es tan explícito en ese sentido como el Payeras entrevistado, pero su relato sí aporta un recuento inmejorable de una acción verdaderamente fundamental en el proceso de hiperconcentración y ensimismamiento del foco con su obsesión utópica, en cumplimiento del más puro credo guevarista. El relato nos muestra cómo el embebecimiento utópico con el poder va de la mano con cierta acción fundante. Esa acción fundante es la pena de muerte aplicada como política interna, casi inescapable en una gestión armada que pretende deslegitimar al estado existente y convertirse en ley soberana, cortocircuitando la institucionalidad convencionalmente establecida en una jurisdicción dada. Según he argumentado en el capítulo anterior, cuando se toma el fusil a título de establecer otro orden, se reclama el monopolio de la violencia para el ámbito de poder efectivo ganado con ese gesto, por tanto, el acto que virtualmente se impone como realidad inminente es el homicidio fundante del nuevo orden. El foco guerrillero, autoconcebido como aparato político-militar y proto-estatal, ha afrontado históricamente esa disyuntiva, convirtiendo esta

<sup>53</sup> Mario Payeras, op. cit., p. 125. Énfasis añadido. El colectivismo o “comunismo de guerra” impuesto por el EGP sobre la población bajo su control durante el conflicto funcionó como un mecanismo de extracción de plusvalía de los productores indígenas, del cual se sustentaba la guerrilla. Explican los indígenas: “En ese tiempo [...] tuvimos a un principio un acercamiento fraterno, lo cual fue cambiando paulatinamente conforme ellos [...] se fueron apoderando de nuestras gallinas, vacas y otros productos. Todo esto, según afirmaban los jefes guerrilleros, pasaba desde ese momento al poder de la revolución”. Citados por Le Bot, op. cit., p. 249.

virtualidad homicida en acción efectiva y así lo propone la narración guerrillera en general. El relato de Payeras eleva su mimesis de este modo de actuar a un grado de perfección no soñado (ni quizás deseado) por el propio Ernesto Che Guevara. Mario Payeras nos permite ver cómo una organización hiperconcentrada en autoforjarse como máquina de guerra, y por tanto de supervivencia (dada la apuesta constante de la vida de sus integrantes), no puede sino convertir la violencia, y con ella, su consumación última, el homicidio, en clave de bóveda de toda su cohesión interna y de su poder en general. Esta clave de bóveda, por supuesto, deja de sostener la estructura y más bien la hunde, en los casos en que su peso muerto excede su tensión sostenedora.<sup>54</sup> Con frecuencia conocida, cual cualquier cuerpo de combate regular o irregular, los guerrilleros suelen matar. Cuando se mata al enemigo en combate, se le llama “causar bajas”, cuando se efectúa un atentado fatal contra una figura asociada a las fuerzas represivas o a cualquier entidad equivalente, se habla de “ajusticiar”. Cuando se mata al compañero o al civil simpatizante por “debilidades” ideológicas, errores, desertión o traición, se habla también de ajusticiar o de “fusilar”.<sup>55</sup> Las muertes causadas a civiles y a otras terceras partes inocentes como producto colateral de la violencia o de acciones de terror indiscriminado se califican

<sup>54</sup> Jaime Arenas da cuenta de la lucha interna traducida en juicios y condenas de muerte que casi paraliza al ELN, en Colombia, hacia fines de la década del sesenta; cf. Jaime Arenas, *La guerrilla por dentro* (Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1971), pp. 123 y ss.

<sup>55</sup> “Bajo la denominación de ‘fusilamientos’, la CEH registró algunas ejecuciones arbitrarias de integrantes de los mismos grupos insurgentes. Aplicando lo que se denominó ‘justicia revolucionaria’ se tomó en algunos casos la decisión de dar muerte a algunos combatientes por intentos de desertión, sospechas de colaborar con el enemigo y otras acusaciones similares. De cualquier modo, en estos casos se violó abiertamente el derecho a la vida y todos los principios del debido proceso.” Cf. Comisión para el Esclarecimiento Histórico de las Violaciones de los Derechos Humanos y los Hechos de Violencia que han Causado Sufrimientos en la Población Guatemalteca (CEH), *Guatemala, memoria del silencio*; Tomos I-XII. (Guatemala: F&G Editores, 1999).

de muertes lamentables,<sup>56</sup> pero necesarias, atribuidas a las injusticias del sistema. No es un lenguaje muy diferente del que emplean las fuerzas represivas del estado. Los bandos insurgentes y contrainsurgentes comparten casi los mismos eufemismos a la hora de representar cómo matan a seres humanos. Mario Payeras no agrega nuevos eufemismos al lenguaje usual, sino escenarios narrativos en los cuales el acto de matar a un compañero de luchas porque no se ajusta al grupo se convierte en una bella manera de enriquecer el valor moral y estético de la lectura. El resultado nos recuerda al “asesinato considerado como una de las bellas artes” postulado (con una ironía que Payeras no asume) por el gran Thomas De Quincey.<sup>57</sup>

El homicidio fundante contado en medio de *Los días de la selva* ocurre precisamente durante la época en que el foco del EGP vive su trance de poder “en miniatura” gobernando la remota comuna revolucionaria en cuyas inmediaciones permanece dos años. Payeras dedica varias páginas al episodio de la ejecución de uno de los 15 integrantes de la expedición originaria que muestra preocupantes señales de inadaptación, irritabilidad y resentimiento y que, en consecuencia, decide pedir relevo o licenciamiento; petición que se le niega, y éste retira. El mando de la guerrilla decide, entonces, ejecutarlo como medida preventiva. Tomemos en cuenta que no se trata de un desertor ni de un traidor, figuras que sí están sujetas a fuertes sanciones, incluyendo la pena de muerte, en muchas convenciones militares, dependiendo de la gravedad del caso. El episodio se refiere a alguien que *solicita* licenciamiento. En el capítulo previo señalamos el carácter especial que cobran

---

<sup>56</sup> Se le adjudica a la guerrilla un 3% de las víctimas civiles: “Las masacres, es decir, las muertes colectivas de población en estado de indefensión, son parte de los hechos de violencia cometidos por la guerrilla [...]. La CEH tomó conocimiento de diversos actos de este tipo, ocurridos especialmente entre 1981 y 1982. Los registrados por la CEH son 32. La CEH dispone de información veraz en el sentido de que en algunas de estas masacres se habría dado muerte a mujeres y niños”. Ibid. Ver nota 10 supra.

<sup>57</sup> Thomas De Quincey, *Del asesinato considerado como una de las bellas artes* (Madrid: Valdemar, 2004).

estas situaciones de disciplina militar en una organización de eminente carácter político, como el foco guerrillero, donde el soldado es también un militante adherido a un ideario y a un programa. En tal caso, toda indisciplina militar cobra un carácter de disensión política y viceversa, lo que reduce el campo disponible para ejercer la crítica y el criterio político, y la posibilidad de la democracia del grupo a casi cero, dada la obvia preponderancia que cobra el argumento de la fuerza sobre el argumento de la razón en el contorno militarizado del foco.<sup>58</sup> Esta aporía sin aparente salida hasta la fecha, propia de las organizaciones político-militares aparece en *Pasajes de la guerra revolucionaria*, pero allí, pese a la reputada crueldad del Che, el narrador nunca postula la ejecución preventiva de compañeros por el mero hecho de mostrar síntomas de desafección o de solicitar licencia.

Payeras no tiene problemas con ello. Su lenguaje pastoral, próximo al discurso cristiano sobre la oveja descarriada, endulza lo que en verdad constituye un pliego acusatorio y un acta condenatoria de tipo inquisitorial. El acta que levanta contra Efraín refiere cómo “agotamos todos los recursos que teníamos a nuestro alcance para rescatarlo”. Entre las faltas que convierten a Efraín en potencial oveja perdida se menciona que “reclaba [...] de todo aquello que implicaba su individualidad frente al deber colectivo”. Otras faltas eran: “confesar su escepticismo” sobre las perspectivas de lucha y *dudar* del apoyo popular.<sup>59</sup> Se resumen los intentos para recuperar su alma: “Tratábamos de conmovirlo y ganarlo otra vez para el grupo”. Pero todo esfuerzo es vano. Como en el discurso pastoral, se

---

<sup>58</sup> Víctor Ferrigno, dirigente del EGP que escapa de ser ejecutado por sus compañeros de armas en esa organización, afirma que “muchas veces, ante la falta de argumentos en un debate se optaba por el fusilamiento” y pregunta: “¿cómo se hace entender a un comandante de poca formación la diferencia entre un espía y un disidente con razones de principio?”. El narrador de *Los días de la selva* que opta por el fusilamiento es un comandante con mucha formación. Citado en Dirk Kruijt, *Guerrilla: guerra y paz en Centroamérica* (Guatemala: F&G Editores, 2009), pp. 112-113.

<sup>59</sup> Payeras, op. cit., pp. 49-51.

adjudica la falla moral a una interioridad sublevada por la duda y el escepticismo (i.e., la impermeabilidad a la fe) que aleja al alma del rebaño y la conduce a una desobediencia amparada en el fuero individual, renuente a la penetración de la mirada pastoral.<sup>60</sup> Todo indica que, para Payeras y sus acompañantes, el pecado de Efraín no es otro que su potencial de desobediencia. Si bien el reo no ha cometido ningún acto específico de desobediencia, esta mera propensión basta como signo fatal de que su conciencia interior no es por completo transparente a la jefatura revolucionaria, es decir, a sus pastores. De manera que el pobre Efraín “terminó de aislarse definitivamente y selló su destino”. Se le aplica entonces, nada menos que la *ejecución preventiva*, evento que Payeras resume ‘artísticamente’ así: “Lo fusilamos en abril, una mañana en que cantaban muchos pájaros. Era el grato ruido del mundo que el condenado dejaría de oír en poco tiempo”. En fin, una experiencia dolorosa pero reconfortante para las bellas almas del rebaño revolucionario, si nos atenemos a las ponderaciones que hace el narrador al concluir el fusilamiento: “Al volver a nuestros puestos, un silencio significativo se hizo en el campamento. La guerrilla había alcanzado la madurez. Probablemente, a partir de entonces todos fuimos mejores.”<sup>61</sup> Ciertamente Payeras y sus socios se convirtieron en mejores inquisidores de sus compañeros, si nos atenemos a señalamientos actuales sobre su responsabilidad en sucesivas ejecuciones internas del

<sup>60</sup> Sobre la naturaleza del régimen disciplinario pastoral, cf. Michel Foucault, *Security, Territory, Population. Lectures at the Collège de France 1977-1978*. Trans. By Graham Burchell (New York: Palgrave Macmillan, 2007), p. 184. Es de advertir que, como tantas otras instituciones, la guerrilla latinoamericana no deja de estar permeada por algunos aspectos del régimen disciplinario pastoral que tanto ha contribuido a la “governabilidad” del individuo moderno.

<sup>61</sup> Yvon Le Bot, al comentar la particular inclinación del EGP por las ejecuciones internas, realiza una interpretación expedita de este pasaje: “Esta pureza y esta solidaridad adquiridas y selladas por la sangre, son las de los terroristas”, en op. cit., p. 214. Ver otra interpretación en Ricardo Roque Baldovinos, op. cit.

EGP.<sup>62</sup> En suma, si según el lenguaje de este episodio Efraín aparece como una “oveja perdida”, también es un chivo, es decir, un chivo expiatorio; es el fármaco que absorbe los pecados de la comunidad, aquél cuya expulsión purifica a esa comunidad y, en este caso, sella su pureza utopista. Efraín es también el *tercero excluido* que garantiza el cierre de la comunidad en torno a una identidad dada y define su borde fatal, el precipicio de no retorno para el resto de los miembros. Ahí radica el aspecto fundante de su ejecución. Si unimos a este acto purgativo el paréntesis utópico antes descrito, surge ante nuestra reflexión una de las aporías políticas de la *comunidad de los iguales*<sup>63</sup> ar-

<sup>62</sup> Tanto Mario Payeras como su esposa Yolanda Colom, autora de otro testimonio guerrillero (*Mujeres en la alborada: Guerrilla y participación femenina en Guatemala*. Guatemala: Artemis & Edinter, 1998), han sido señalados como responsables de ejecuciones internas de disidentes de la guerrilla. Jorge Dalton, hijo del poeta y revolucionario salvadoreño, ha denunciado el caso de Guisela Irasema López y Aida Aguilú, ejecutadas por el EGP en junio de 1981, en Nicaragua, con ayuda y encubrimiento del gobierno sandinista, después que, tras escapar de centros de torturas del ejército donde fueron confinadas en 1979, éstas se reincorporaron a su organización y señalaron haber visto a altos dirigentes del EGP colaborar con los militares en los interrogatorios. Dalton alega que las dos compañeras fueron ejecutadas por órdenes de la Comisión Ejecutiva del EGP (a la que pertenecía, a la sazón, Mario Payeras) cuerpo que, según Dalton estaba interesado en encubrir informaciones poco edificantes sobre la conducta de la dirigencia del EGP ante el ejército represor. Poco más tarde, otros parientes y compañeros que trataron de esclarecer estas dos ejecuciones, fueron también fusilados por el EGP. Asegura Dalton que “[Payeras] es la persona que estaba a cargo de la estructura militar de esa organización, se le señala como uno de los máximos responsables en este crimen [...]. Su esposa Yolanda Colom [...] es otra de las personas que se le vincula con mayor responsabilidad. En esa época [ella] fungía como responsable política del EGP, era la encargada de sacar a Guisela y a Aída Marilú a los interrogatorios y elaboraba los informes que sirvieron posteriormente para que se consumara la ejecución. Ver Jorge Dalton, “La noche de los asesinos”, *Cultura*, El Salvador (obtenido en <http://www.cubananet.org/>).

<sup>63</sup> Aquí me beneficio del tratamiento que da Rancière a las paradojas y aporías políticas de la “comunidad de los iguales”; cf. Jacques Rancière, *Aux bords du politique* (Paris: Gallimard, 2007), p. 147 y ss.

*mados* encarnada por la columna madre de la guerrilla. Para comenzar a realizarse sobre el terreno de combate, tal cual le corresponde a una organización político-militar, esta comunidad debe enclaustrarse en función de preservar, no sólo su seguridad, sino esa misma igualdad guerrera, más afín a la igualdad-en-la-obediencia propia de militares y monjes, que a la asociación de hombres libres predicada por los *ur-comunistas* del siglo xix. Tanto el paréntesis utópico realizado en la soledad selvática como la purga homicida de sus miembros “débiles”, nos revelan que cada avance en el cumplimiento de la hipóstasis ideal significa un mayor grado de exclusión del mundo social externo, un mayor afianzamiento metafísico del afuera. Lo cual lógicamente contradice el móvil político de una estrategia revolucionaria supuestamente volcada a movilizar a los pobres de toda la nación. Este es otro matiz de la metáfora del submarino a la cual hemos acudido.

El texto también asigna varias páginas, las últimas del relato, al caso del traidor llamado Fonseca, relatado con la misma retórica pastoral, aunque con tono aún más edulcorante, henchido de comprensión y amor por el compañero desviado que no se vacila en “ajusticiar”. El único otro episodio de armas, aparte de estos dos fusilamientos, que recibe atención comparable, es el “ajusticiamiento” de Luis Arenas, terrateniente local conocido como el Tigre de Ixcán. Es significativo, para entender la clave de articulación narrativa de este texto, que le dedica más páginas a la violencia cometida contra los propios integrantes de la guerrilla, contra sus infaltables desertores y traidores, que al reporte directo de combates contra el ejército enemigo. Ello se vincula al proceso de ensimismamiento hiperconcentrado del foco que ya hemos referido y que redundará en un camino de la perfección autocontemplativa en el cual la organización se representa como entidad que cumple su esencia en la hipóstasis gloriosa de su encapsulamiento purificador, independientemente de su viabilidad estratégica real. No importa que la organización entable algunos vínculos con comunidades, no importa cuántos votos de amor, adhesión y solidaridad por el pueblo y por la mayoría indígena de su país exprese sinceramente este narrador (encarnado como la

*guerrilla en persona*), el imperativo central de esta desviación de la trama foquista no es otro que representar una empresa heroicamente realizada, a la altura de los valores revolucionarios que sustenta la tradición guevarista, y sólo a ella se paga tributo de lealtad. El relato de Mario Payeras logra condensar así su experiencia con el EGP en una cápsula literaria adecuadamente representativa del ideal guevarista. Ello explica que los personajes de Payeras coincidan tanto con la metáfora del submarino adelantada, desde perspectiva un tanto distinta, por Carl Schmitt. Pues también tripulan, aislados en su culto heroico, un submarino que se desliza por los profundos abismos éticos de un mundo triste.

Pero si un rasgo caracteriza la escritura de Payeras en general, incluyendo las otras crónicas, ensayos y poemas que publicó, además de *Los días de la selva*, es la conciencia de inspiración ilustrada, que nunca lo abandona. Él narra la consumación y clausura de la concepción insurreccional guerrillera y foquista como si atendiera a la conclusión de un episodio de la historia natural, como si la dialéctica de las luchas humanas respondiera a una marcha cósmica de desarrollo del *mundo como conciencia*, que sintoniza con la voz impersonal del narrador asumida como conciencia de la guerrilla. El problema de esta *subsunción* del sujeto en el cosmos es que el sujeto en cuanto gestor del acontecimiento se adhiere a la historia, neutralizando el fuera de lugar mismo del acontecimiento. El acontecimiento se convierte en un lugar más en la marcha de una historia cósmica.

Dado ese cumplimiento cósmico, el relato queda suspendido allí donde se completa la germinación y reproducción de esa semilla y matriz que es la columna madre de la guerrilla. Payeras apenas cubre el tsunami contrainsurgente del ejército que ataca a la población indígena, causando una mortandad civil sin precedentes en la historia militar latinoamericana, con objeto de drenarle el agua al pez de la “subversión”. Entre los cientos de miles de desplazados por la violencia genocida, no pocos se “unen” a la guerrilla, más bien buscando algún refugio ante la matanza metódica y cruenta de civiles realizada mediante ejecuciones, quema, mutilación y violación de niños

y mujeres en presencia pública, realizada por los militares en aplicación de las enseñanzas de los asesores israelíes y estadounidenses.<sup>64</sup> El narrador menciona cómo cientos (meses más tarde serán miles) de indígenas y campesinos entran a la guerrilla, lo que crea una crisis de refugiados a su interior y diluye peligrosamente la consistencia político-militar, tanto de la columna madre, como de las nuevas columnas derivadas de ella. El submarino hace agua, debe confinarse a la superficie para no zozobrar. La relación con los civiles ya no es idílica como en la época de la pequeña comuna. La utopía reconfortante como un cocuyo, aislada en el no-lugar de una geografía supuestamente virgen, se contamina ahora en la Sierra superpoblada. La situación es ambigua. Los indios refugiados se convierten en cuasi-prisioneros de los guerrilleros que los protegen, pues constituyen, además de aliados, enemigos internos en potencia. Advierte el narrador: “La vigilancia de la guerrilla hubo de poner entonces un ojo sobre la tropa enemiga y otro sobre probables confabulaciones de refugiados. El trabajo político se redobló y la disciplina se hizo más estricta”.<sup>65</sup> Hasta ahí llega el libro. La evaluación político-militar que cierra la obra se convertirá en pronóstico de las fallas que, al momento de ir a prensa la edición sandinista del texto, ya habían sellado la derrota estratégica del EGP:

Sabíamos que las fuerzas armadas con que contábamos eran del todo insuficientes para retomar la iniciativa militar y provocar un cambio en la situación de cerco y de ofensiva enemigas. Para modificar la situación en la medida que era necesario hacía falta emprender una campaña militar continuada y victoriosa que obligara al adversario a colocarse a la defensiva y a aflojar la presión sobre las aldeas. Con los efectivos que contábamos y los incipientes grupos de autodefensa local esto era irrealizable.<sup>66</sup>

Pero este relato no sólo persigue inscribir una lección estratégica, sino un conjunto de vivencias humanas encapsula-

<sup>64</sup> Ver nota 9 supra.

<sup>65</sup> Payeras, op. cit., p. 98.

<sup>66</sup> Ibid., 108.

das en una interpretación extrema del modelo guevarista de la acción insurreccional. El texto coloca tan azarosa experiencia bajo el imperativo del conocimiento que en todo momento acompaña la aventura del narrador. Aquí retomo la deriva naturalista de Payeras antes aludida. En su lectura del ensayo poético-científico-político del mismo autor titulado *Latitud de la flor y el granizo*, Ana Lorena Carrillo señala ciertas reelaboraciones del discurso naturalista de Alexander von Humboldt. Observa cómo el estratega reorienta el naturalismo objetivista del sabio explorador para configurar el amplio conocimiento de la geografía centroamericana obtenido en sus largas andanzas por el Istmo, haciendo gala de un afán descriptivo que “funciona como una refundación del espacio guatemalteco”.<sup>67</sup> Según nos sugiere Carrillo, el impulso formal descriptivo, muy próximo al cientifismo naturalista, le sirve a Payeras para, en cierto modo, *des-realizar* el espacio demasiado real de un país sujeto a un estado neocolonial aplastante, superponiéndole otra mirada, exterior a los códigos de ese estado, reveladora de un espacio de la experiencia diferente, de otros puntos de referencia e itinerarios donde quepa la imaginación utópica. Coincido con Carrillo en que ya algo de eso vemos en *Los días de la selva*. Sencillamente no se ha leído esta obra si no se recuerda el toque singular que le confieren las pausadas descripciones del barroco mundo selvático y de los ritmos y dimensiones nuevos que descubre el expedicionario destinado a habitarlo por largas temporadas. Los verbos “avistar”, “aprender”, “conocer”, “descubrir”, “adivinar” se reiteran conspicuamente en el relato. La selva se convierte también en una gran biblioteca verde que sustituye la biblioteca libresca. Payeras remarca cómo “la espléndida biblioteca que habíamos acumulado a lo largo de meses había sido arruinada por la acción de los elementos”. Los guerrilleros se truecan en lectores del libro del cosmos. Abundan pasajes descriptivos, pautados por el estribillo “aprendimos”:

Pronto aprendimos que de la plaga de zancudos y jejenes más valía olvidarse. El canto melancólico de la guancolola marcaba las horas aquellos días de lluvia y soledad. Aprendimos

<sup>67</sup> Ana Lorena Carrillo, op. cit., p. 42 y ss.

dimos a distinguir las hojas buenas para envolver tamales y conocimos el bejuco del que se obtiene té y es a la vez resistente para el amarre de las casas. [...] Mientras tanto, aprendimos a orientarnos rudimentariamente, utilizando la luz y los acontecimientos del terreno. Por de pronto nos aventurábamos por en aquel silencio de mariposas y luciérnagas.<sup>68</sup>

[...]

Aprendimos a destazar animales y a extraer de aquel reino vegetal los raros recursos de sobrevivencia que ofrece: nueces de corozo, palmitos, zapotes, zunzas. Aprendimos a orientarnos, a distinguir los mil ruidos del bosque y nos iniciamos en la ciencia de calcular la edad de los retoños, la antigüedad de las huellas, la profundidad de los vados y el azimut de los rumbos.<sup>69</sup>

Escribir sobre la aventura guerrillera comporta un escrupulo pedagógico y crítico nada desdeñable en Payeras. Dicha vocación abre una escotilla de escape del submarino en que se ha labrado una versión extrema del dogma guevarista. Ello le permite a este autor, no sólo plasmar la consumación gloriosa del foco guerrillero en un relato seductor y coherente como *Los días de la selva*, sino contribuir más adelante, en obras posteriores, a la crítica de la tradición revolucionaria de la izquierda latinoamericana. Él es autor de otros libros sobre la carrera de las armas a la cual dedicó casi dos décadas de su vida. Uno de ellos, *Trueno en la ciudad*,<sup>70</sup> escrito cuando era jefe de la guerrilla urbana, combina el análisis estratégico con la crónica de la acción. Asoma en ese texto cierta conciencia de Payeras sobre el laberinto sin salida de ese modelo de lucha armada. El otro, *Los fusiles de octubre*,<sup>71</sup> presenta un análisis

<sup>68</sup> Ibid., p. 17.

<sup>69</sup> Ibid., p. 47.

<sup>70</sup> Mario Payeras, *El trueno en la ciudad: episodios de la lucha armada urbana en Guatemala* (Mexicali: México: J. Pablos Editor, 1987). Ver Cap. 3.

<sup>71</sup> Mario Payeras, *Los fusiles de octubre: ensayos y artículos militares sobre la revolución guatemalteca 1985-1988* (México: J. Pablos Editor, 1991).

histórico de la derrota estratégica del EGP, organización que ya él ha abandonado en 1985 por diferencias con la Comisión Ejecutiva. En los ensayos políticos reunidos bajo el título de *Asedio a la utopía*,<sup>72</sup> a principios de los noventa, ya Payeras se distancia definitivamente de la ortodoxia marxista-leninista y, como buen humboldtiano, apuesta al poder liberador del saber científico y a la refundación civilizacional regida por una ética ecologista. La certeza cósmica sustituye los avatares azarosos del acontecimiento. *Los días en la selva* queda, entonces, como máximo punto de coherencia estructural de una concepción de la acción política armada que luego de pasar por ese umbral, deberá atravesar, independientemente de la cronología, por inflexiones que confirman, deniegan o someten a la ambigüedad y la irresolución sus presupuestos teóricos, imaginarios y vivenciales. Corresponde al Capítulo tres de esta serie recorrer esas otras inflexiones en lo que a la narrativa guatemalteca del enfrentamiento armado respecta.

---

<sup>72</sup> Mario Payeras, *Asedio a la utopía: ensayos políticos 1989-1994* (Guatemala: Luna y Sol / Magna Terra, 1996).



## Capítulo tres

### Otras narraciones de la guerrilla guatemalteca

*Fracaso, lenguaje de fondo, pista de otro lenguaje  
más exigente, difícil de entrever es tu letra.*

—Rafael Cadenas

*La espera ignora y destruye aquello que espera. La  
espera no espera nada.*

—Maurice Blanchot

*Ama aquello en lo que no creerás dos veces.*

—Alain Badiou

Desde que los conspiradores de la administración estadounidense y el conciliábulo oligárquico-castrense del país<sup>1</sup> derriban el gobierno democrático de Jacobo Arbenz en 1954, el estado guatemalteco asume la contrainsurgencia como su forma de gobernabilidad. Como dice Edelberto Torres-Rivas, el aparato de poder antiarbenzista construye a su propio enemigo antes de que éste se constituya,<sup>2</sup> pues comienza a erigir un estado contrainsurgente que niega todo espacio a la diferencia política e institucionaliza el estado de excepción permanente antes de que siquiera exista una insur-

<sup>1</sup> Cf. Gregorio Selser, *El guatemalazo. La primera guerra sucia*. (Buenos Aires: Ediciones Iguazú, 1961); Stephen Schlesinger y Stephen Kinzer, trad. Romeo Medina et al., *Fruto amargo: la CIA en Guatemala* (México: Siglo XXI, 1982).

<sup>2</sup> Edelberto Torres Rivas, "Prólogo", en Gabriel Aguilera Peralta, Jorge Romero Imery et al., *Dialéctica del terror en Guatemala* (San José: EDUCA, 1981), p. 14.

gencia que lo “amerite”. Así, las diversas narraciones de la experiencia guerrillera en Guatemala se recortan sobre una gesta de resistencia ininterrumpida contra la gobernabilidad contrainsurgente de tal estado, que abarca desde 1960 hasta 1996. La que ya se conoce como “la guerra de los 36 años” tuvo dos ciclos o fases de actividad estrictamente guerrillera: la primera se extendió desde 1962 hasta finales de esa década; la segunda se implanta a partir de 1972 y experimenta la derrota estratégica en 1982, pero medra con miras a una negociación beneficiosa hasta que se firma el Acuerdo de Paz Firme y Duradera en 1996. Muchos actores de la insurgencia, incluyendo los jefes, participaron en ambos ciclos. No se habían enfriado las cenizas de un ciclo guerrillero cuando ya comenzaba el siguiente. Las organizaciones de los setentas entroncaron con las de la década anterior.

Protagonizaron el primer ciclo dos organizaciones estrechamente vinculadas en su origen: las Fuerzas Armadas Rebeldes al mando de Luis Turcios Lima y el MR-13 capitaneado por Marco Antonio Yon Sosa.<sup>3</sup> Ambos oficiales del ejército guatemalteco, Yon Sosa y Turcios Lima pasaron por las escuelas de contrainsurgencia de Estados Unidos y en par de años se convirtieron en los fundadores de la guerrilla moderna en Guatemala, aplicando en negativo las lecciones aprendidas. Ello no es una ironía sino una muestra de lo que señala Torres-Rivas: la iniciativa contrainsurgente creó a su enemigo insurgente. El MR-13 se desbanda en 1967 y luego de la caída de su jefe, se extingue por completo cerca de 1973. Pero reductos de las FAR sobreviven tanto a la muerte de Turcios Lima en 1966 como a la ola de terror estatal que le sigue, replegándose hacia la ciudad y manteniendo una actividad clandestina que le permitirá implantarse en la selva del Petén a los pocos años. Las dos organizaciones guerrilleras que debutan en los setentas, el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) y la Organización del Pueblo en Armas

<sup>3</sup> Turcios y Yon Sosa emergen como cabecillas indiscutibles de la opción armada con el levantamiento militar que protagonizan en 1960, en el cual representaban a elementos del cuerpo castrense inconformes con la remodelación del ejército como aparato contrainsurgente.

(ORPA), provienen de desprendimientos disidentes de las FAR ocurridos en la transición entre décadas.<sup>4</sup> Estos tres grupos y un desprendimiento armado del Partido Guatemalteco del Trabajo (comunista)<sup>5</sup> se unen en 1982 bajo una sombrilla llamada Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG),<sup>6</sup> en manos de la cual quedan las negociaciones de paz cumplidas en 1996. Casi cada organización y cada avatar de ese largo y azaroso proceso de resistencia cuenta hoy día con alguna narración particular que canta sus hazañas y sus penas para la posteridad. En ese abigarrado contexto nacional, el texto al que dedicamos otro estudio en esta serie, *Los días de la selva*, de Mario Payeras, casi la única narración guerrillera abordada por la crítica fuera de su país, se ve acompañado de un coro de voces diferentes que complican sus referencias monolíticas al evento revolucionario guatemalteco y relativizan su obvio posicionamiento como modelo de la acción y de la narración autorizado por las organizaciones revolucionarias oficiales.

*Los días de la selva* se publicó en 1981 tras recibir el Premio Casa de las Américas en La Habana, y figuró como imagen representativa de toda la guerrilla guatemalteca cuando en verdad retrataba un momento muy puntual del proceso. La nove-

<sup>4</sup> Para una relación detallada de la evolución organizativa de estos grupos, ver Régis Debray y Ricardo Ramírez (Rolando Morán), "Guatemala 3", en Régis Debray, *La crítica de las armas / Las pruebas del fuego-2* (México: Siglo XXI, 1975), pp. 247-339.

<sup>5</sup> El PGT (adscrito a la liga de partidos marxistas-leninistas de la Tercera Internacional) se funda en 1949 en el único período de gobierno democrático conocido por Guatemala (1944-1954), en medio del cual fue electo Jacobo Arbenz. A partir de 1960 el PGT, presionado por la represión contrainsurgente, aprueba la estrategia de lucha armada y mantiene desde entonces relaciones estrechas pero conflictivas con los grupos insurgentes. Cf. Carlos Figueroa Ibarra, "Izquierda y violencia revolucionaria en Guatemala (1954-1960)", *Fermentum*, Año 16, No. 46, mayo-agosto 2006, pp. 395-414.

<sup>6</sup> Entre 1982 y 1985 surgieron otras dos organizaciones no pertenecientes a la URNG: el MRP-Ixim, Octubre Revolucionario y PGT-6 de Enero. La primera, MRP-Ixim, fue duramente reprimida por el EGP, que asesinó y torturó a decenas de sus miembros. Cf. Mario Roberto Morales, *Los que se fueron por la libre* (México: Praxis, 1998), p. 90.

la *Los compañeros*, de Marco Antonio Flores,<sup>7</sup> publicada veinte años antes del acuerdo de paz, se anticipó al testimonio de Paye-ras pero fue silenciada por cierto *establishment* político-literario hispánico.<sup>8</sup> La guerrilla guatemalteca en verdad empieza a verse narrada con la amplitud histórica que le corresponde, a partir del Acuerdo de Paz Firme y Duradera de 1996. En obvio provecho del espacio de expresión que provee la paz, y motivadas por la clausura histórica de una larga experiencia, las narraciones guerrilleras van multiplicándose en los noventa y a principios de este siglo. Sus narradores han militado en distintos frentes y niveles de sus organizaciones; asumen voces intradiegticas, inmersas en el proceso que relatan y no pocos dan cuenta de una trayectoria que abarca los dos ciclos de la guerrilla.<sup>9</sup> Los autores

<sup>7</sup> Marco Antonio Flores, *Los compañeros* (México: Joaquín Mortiz, 1976).

<sup>8</sup> La novela se destinó a la publicación en 1971, pero no pudo salir hasta 1976. Sobre los factores políticos de esta demora, ver más adelante en este capítulo.

<sup>9</sup> Para propósitos de este análisis el efecto de “dar testimonio” sobre la experiencia guerrillera se verifica tanto en las narraciones ceñidas al dato factual como en aquellas que admiten la ficción. No pretendo considerar las narraciones guerrilleras como expresión de otro género que el correspondiente a la categoría general de la narración escrita; sólo procuro designar un conjunto de textos que articulan la experiencia de la guerra irregular o insurgente conocida en América Latina como guerra de guerrillas. En este sentido me separo de la amplia tendencia crítica que hasta finales del siglo pasado intentó fundar el testimonio como un género literario, en la que se incluye mi libro *Narraciones de testimonio en América Latina* (Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1991) y otras referencias centrales, como John Beverley, “El testimonio en la encrucijada.” *Revista Iberoamericana* 164-165 (Julio-Diciembre 1993), y Sklodowska, Elzbieta, *Testimonio hispanoamericano: Historia, teoría, poética* (New York: Peter Lang, 1992). Para un análisis que enfoca el acto testimonial asumible por enunciados narrativos irrespectivamente de su género o subgénero discursivo o literario, ver, Paul Ricoeur, “The Hermeneutics of Testimony”, in Paul Ricoeur, *Essays on Biblical Interpretation* (Philadelphia: Fortress Press, 1980). Un relato de ficción puede constituir un acto tan testimonial como un relato factual. Como dice Jaques Rancière, “testimony and fiction come under the same regime of meaning”; cf.. *The Politics of Aesthetics* (London: Continuum, 2004), p. 37. Ver más en nota 76.

no vacilan en identificarse con la voz narrativa que corresponde al personaje principal del relato, si bien los relatos de ficción mantienen las correspondientes mediaciones al respecto.<sup>10</sup> Mas no todos los narradores son comandantes como Payeras. Tampoco asumen una autoridad estratégica ni necesariamente se adecuan en la misma medida a la normatividad del proyecto político revolucionario. Más de una narración asume de lleno un carácter heteronormativo y aún severamente crítico ante la ortodoxia foquista, las derivas militaristas y la dirección errada que según algunos caracterizó al proceso. Pero si bien no todos los textos comparten la mirada estratégica configurada en el modelo de Payeras, la mayoría comparte su espíritu de resistencia y verbaliza una contra-conducta antagónica a la gobernabilidad contrainsurgente impuesta por el estado nacido de la alianza estadounidense-oligárquica en 1954. La muestra seleccionada para este estudio consta de 14 textos<sup>11</sup> publicados con posterioridad a *Los días de la Selva* (con la excepción

<sup>10</sup> En las ficciones de Marco Antonio Flores y Edmundo Urrutia los narradores no reparan en proporcionar índices que persiguen identificarlos con los autores reales.

<sup>11</sup> Pertenecen a 12 autores, ya que incluyo más de un texto de Marco Antonio Flores. Cf. Marco Antonio Flores, *Los compañeros* (México: Joaquín Mortiz, 1976); *En el filo* (México: Editorial Praxis, 1993); *Los muchachos de antes* (México: Alfaguara, 1996); (Mario Payeras, *Trueno en la ciudad. Episodios de la lucha armada urbana de 1981 en Guatemala* (México: Juan Pablos Editor, 1987); Ángel Cantú Aragón, *La hora cero en tiempos de guerra* (Guatemala: Artemis & Edinter, 1997); Yolanda Colom, *Mujeres en la alborada. Guerrilla y participación femenina en Guatemala, 1973- 1978* (Guatemala: Artemis & Edinter, 1998); Edmundo Urrutia, *Nafragio de las palabras* (Guatemala: Editorial Cultura/Magna Terra Editores, 1998); Miguel Ángel Sandoval, *Los años de la resistencia. Relatos sobre las guerrillas urbanas de los años 60* (Guatemala: Óscar de León Palacios, 1998); Mario Roberto Morales *Los que se fueron por la libre* (México: Praxis, 1998); Julio César Macías, *La guerrilla fue mi camino. Epitafio para César Montes* (Guatemala: Piedra Santa, 1999); Aura Marina Arriola, *Ese obstinado sobrevivir. Autoetnografía de una mujer guatemalteca* (Antigua, Guatemala: Ediciones del Pensativo, 2000); Chiqui Ramírez, *La guerra de los 36 años vista con ojos de una mujer de izquierda* (Guatemala: Editorial Óscar de León Palacios, 2001); Plinio Eduardo Cortés, *El sueño quebrado. Memorias de un sobreviviente* (Guatemala: Editorial Óscar de León Palacios,

ya mencionada, de *Los compañeros*, publicado en 1976). Estas narraciones destacan por referir mayormente la experiencia guerrillera vivida desde la perspectiva militante y combatiente de sus narradores/autores.<sup>12</sup>

Con miras a atender a la unidad y a la diversidad manifestada en el corpus he tomado en cuenta tanto las características propias del tipo de accionar humano que las narraciones mimetizan, como las modalidades del espacio de la experiencia que tienden a articular. La mimesis narrativa no sólo representa eventos, sino que articula acciones a fines de configurar o construir un espacio de la experiencia. En ese sentido, hay que tomar en cuenta que la mimesis de la narración actúa sobre las acciones, mientras que las acciones mimetizan modelos previos de la acción a su vez articulados por narraciones de todo tipo, (textual, oral, icónica...) a las que tienen acceso los actores en un determinado contexto cultural provisto de memorias. Esa dinámica heterogénea, de acciones pasibles de ser leídas como textos narrativos y de textos narrativos que constituyen una manera de actuar sobre las acciones que mimetizan, conforma un espacio de la experiencia de factura necesariamente colectiva, social e histórica al que cada individuo aporta ciertas modalidades singulares e irreductibles.

El espacio de la experiencia es el pasado re-articulado por ese proceso que llamamos experiencia. La experiencia es algo más que el recorrido del evento vivido o la llamada vivencia. Es preciso tomar en cuenta que una vivencia sólo se consolida en tanto legado comunicable y transmisible en la medida en que pasa por la elaboración imaginaria, simbólica y lingüística (palabra viva) integral atinente a una participación concreta en el mundo.<sup>13</sup>

---

2004); Santiago Santa Cruz Mendoza, *Insurgentes, Guatemala, la paz arrancada* (Santiago de Chile: LOM, 2004) pp. 10-11.

<sup>12</sup> Las posiciones de narrador y autor no necesariamente coinciden, especialmente en los textos de ficción, pero sostienen una estrecha basculación.

<sup>13</sup> Cf. Giorgio Agamben, *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2001), p. 70 y otras.

Giorgio Agamben asocia lo que supone es la creciente incapacidad para la experiencia en las sociedades mediáticas contemporáneas, a la incapacidad para narrar lo vivido desde la autoridad que otorga una tradición del lenguaje en cuanto destino de la verdad.<sup>14</sup> Paul Ricoeur, a su vez, señala la relación indisoluble entre experiencia y narración, partiendo del hecho de que tanto la experiencia como la narración se articulan sobre el eje del tiempo vivido y comunicable.<sup>15</sup> Además, no se debe perder de vista que la experiencia es sobre todo negación. La experiencia es, por definición, negadora, niega la experiencia previa. Un evento que se repite, que confirma lo siempre vivido, no es experiencia, sino remanencia en lo mismo. Hay quien dice que revive una experiencia del pasado, pero en verdad, la experiencia de algo ya experimentado transforma ese “algo” al que remite la memoria, negándolo, es decir, revela algo más que antes no era así, un *otro* dentro de ese “algo” que no se había vivido tal cual. El mero hecho de vivir algo de nuevo es una experiencia nueva, la propia expresión “de nuevo” así lo constata: se agrega a lo antes vivido el nuevo hecho, antes desconocido, de revivir ese instante al que se remite. Decir “pasé por la misma experiencia” es conocer la nueva experiencia de volver a experimentar un momento conocido. Por eso, hasta el *dèja vu* destaca en sí mismo como una experiencia particular, y no como mera repetición. Es en ese sentido que me refero a la experiencia de la escritura y a su capacidad de negar lo que anteriormente se tenía por experiencia.<sup>16</sup>

Las narraciones que nos conciernen producen, por supuesto, la mimesis verbal del accionar insurgente guatemalteco, variable nacional de la experiencia de la guerrilla en América Latina dotada de rasgos particulares. La experiencia guerrillera guatemalteca brinda los siguientes aspectos que en una u otra medida la singularizan:

<sup>14</sup> Ibid., *passim*.

<sup>15</sup> Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, vol. I (México: Siglo XXI, 1995), *passim*.

<sup>16</sup> Estos renglones sobre la experiencia como negación se benefician de Hans-Georg Gadamer, *Truth and Method* (London: Continuum, 2004), pp. 347-350.

1) Una duración de tres décadas que abarca casi toda la vida activa y productiva de una generación —y que además interseca parcialmente la vida de varias generaciones. Refiriéndose a la última década, un comandante de segunda generación, de los pocos que actuó personalmente en el terreno,<sup>17</sup> no puede evitar referirse en más de una ocasión a “la dilatación del tiempo en condiciones tan adversas”, a la “prolongación excesiva del conflicto” y a la “extrema situación de desgaste”.<sup>18</sup> La prolongación del trance insurgente constituye un factor determinante de su derrota.

2) Comparte con la mayoría de las guerrillas continentales el hecho de no alcanzar a tomar el poder, pero difiere en cuanto a que, pese a librar una lucha particularmente cruenta y prolongada, en ningún momento asume la iniciativa estratégica a escala nacional, lo cual sí sucede en experiencias como la uruguaya, la salvadoreña y la peruana.

3) En contraste con el número relativamente reducido de sus efectivos (un máximo de 600 en 1966 y un efímero pico de 6,000 en 1982<sup>19</sup>), se enfrenta a una respuesta represiva del estado desproporcionadamente masiva y de carácter genocida que implica la muerte de 150,000 mil ciudadanos (en gran proporción indígenas) en su gran mayoría ajenos a la insurgencia.

4) Actúa en una nación excepcionalmente fracturada por un legado colonial ultraconservador (Oligarquía racista, estado

<sup>17</sup> Los comandantes de primera generación se retiraron a dirigir desde bases de retaguardia casi siempre localizadas en México. Hay que tener en cuenta que ya alcanzaban la medianía de edad, lo que les dificultaba mantenerse sobre el terreno.

<sup>18</sup> Santiago Santa Cruz Mendoza, *Insurgentes. Guatemala, la paz arrancada* (Santiago de Chile: LOM, 2004), pp. 158 y 161.

<sup>19</sup> Cf. Timothy P. Wickham-Crowley, *Guerrillas and Revolution in Latin America. A Comparative Study of Insurgents and Regimes Since 1956* (Princeton: Princeton University Press, 1992); Yvon Le Bot, *La guerra en tierras mayas. Comunidad, violencia y modernidad en Guatemala 1970-1992* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995), p. 195. Al momento de la desmovilización y desarme se presenta un total de 2,700 guerrilleros, según Santiago Santa Cruz Mendoza, op. cit., p. 218. Otras cifras se presentan en Dirk Kruijt, op. cit., p. 73.

atrofiado, casta militar corporativa) y una profunda división étnico-racial entre la minoría ladina y la mayoría indígena igualada si acaso por la vieja Sudáfrica o por Bolivia en el continente. (La Independencia no acarreó siquiera en papel una ‘patria para todos’, pues como dice Severo Martínez Peláez, con la Independencia lo único diferente que hizo la clase criolla fue “entregarse a explotar a los indios y a las capas medias y pobres sin interferencia extranjera” —refiriéndose al dominio español, que esa clase simplemente veía como obstáculo a la mayor explotación de sus subalternos.<sup>20</sup>)

5) Se enfrentó a un fiero estado contrainsurgente (una “burocracia de la muerte”<sup>21</sup> que no tomaba prisioneros sino que escupía cadáveres), que no surgió en respuesta a una lucha insurgente, si bien perfeccionó sus instrumentos ante ella, pues se instaló desde antes que existiera la guerrilla de tal manera que condicionó a modo de una fatalidad el surgimiento de la lucha armada como única vía de acción política.

Con respecto a este último aspecto es sumamente elocuente la reflexión retrospectiva que aporta Alfredo Guerra Borges, uno de los miembros del Comité Central del PGT que más se opuso a la lucha armada desde 1960:

En las condiciones que creó la derecha en Guatemala, cualquiera me podía argumentar que yo estaba ciego si seguía pensando en una apertura democrática. Ante la gente que estaban matando o encarcelando, los sindicatos que eran reprimidos, los campesinos que eran aplastados poco podía yo decir. El que yo me haya opuesto a la lucha armada a partir de un determinado momento, puesto que

<sup>20</sup> Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca* (Guatemala: Editorial Universitaria, 1973), p. 576. Esta fractura afecta profundamente a la misma guerrilla. Como testimonia Chiqui Ramírez, en Guatemala, aparte de contados individuos sin influencia nacional, prácticamente ningún comandante o cuadro insurgente de envergadura se colocó jamás en una posición de escucha real del otro, es decir, del indio que representa a la mayoría de la población de ese país. Cf. Cap. 4: Entrevista a Chiqui Ramírez.

<sup>21</sup> Yvon Le Bot, op. cit., p. 80.

estaba convencido de que no se iba a ganar jamás, acaso le dé más valor a lo que te voy a decir: en Guatemala fue inevitable la lucha armada.<sup>22</sup>

Los aspectos antes enumerados se relacionan de alguna manera a ciertas posturas existenciales que embargan gran parte de las narraciones que nos ocupan, tales como el sentido fatal del compromiso revolucionario. La pregunta enigmática que hace Edelberto Torres-Rivas en el prólogo a un libro de la época, bien podría servir de epígrafe a todos los testimonios de la insurgencia: *¿Quién es consciente en este juego irracional del grado de responsabilidad que lo lleva a la muerte?* En lenguaje hegeliano podríamos decir que la acción revolucionaria, en las circunstancias extraordinariamente adversas enfrentadas por los guerrilleros urbanos y rurales, proporcionaba el careo con la muerte mediante el cual exponer a la destrucción una vida ordinaria confinada en una sociedad aplastante. Esta era la oportunidad límite, para algunos la única, de afirmar la vida como voluntad y libertad, de afirmar el sujeto como transición a la inmortalidad colectiva que excede al individuo mortal. Las primeras olas guerrilleras en Latinoamérica, especialmente en los sesentas, fueron fenómenos juveniles. Y Guatemala no es la excepción.<sup>23</sup> Cientos de jóvenes construyeron su identidad personal y colectiva en el ejercicio, mediante una práctica insurgente, de lo que podríamos llamar una ciudadanía del límite, la ciudadanía cincelada por las fronteras indisputables de la muerte.

Además de la fatalidad, se perfila en el conjunto de las narraciones una sensación de suspensión o *ralentissement* del tiempo que de alguna manera tiene que ver con la prolongación indefinida del estado de excepción y de la resistencia por la cual se optaba. Es preciso comparar el caso guatemalteco con la revolución cubana, modelo que todos los militantes revolucionarios llevaban impreso en los ojos de su mente: la fase propiamente guerrillera de la revolución cubana duró dos

<sup>22</sup> Entrevistado (1997) y citado por Carlos Figueroa Ibarra, op. cit., p. 405.

<sup>23</sup> Cf. Timothy Wickham Crowley, op. cit., p. 20.

años. La guerrilla venezolana, tan madrugadora como la guatemalteca en la primera racha de guerrillas continentales, fue un episodio de cinco o seis años, si bien concluyó en la derrota. En el caso guatemalteco (así como el colombiano) fue la de nunca acabar, hasta el punto que el trance insurreccional se convierte en un paréntesis indefinido que se asume como cumplimiento tautológico de lo que hay, en aceptación cínica de lo realmente existente, en cuanto que empuja indefinidamente hacia los márgenes la vivencia del tiempo como expectativa, desfondando la espera que debe animar todo pensamiento utópico. El trance insurreccional pasa así, en su entraña emocional y existencial, de la inicial negación de lo que existe a la negación complementaria de lo futuro por existir que se anega en la fatalidad y la tragedia, devorando su impronta utópica. Como ha dicho Maurice Blanchot, la espera “destruye aquello que espera”.<sup>24</sup>

Pero también el trance comienza a cobrar peso y densidad propia, gestando un espacio imprevisto al interior de la faena de instrumentación política del proyecto utópico convencional (sea la nación liberada, sea la sociedad comunista). En lenguaje trotskista se le podría llamar a ese pequeño espacio imprevisto la “burocratización” de la revolución, o también se le podría relacionar con la profesionalización del accionar político-militar. Pero entraña más que eso. Al menos en la primera fase de euforia activista que corresponde, lógicamente, a la primera juventud, narrada con entusiasmo por los protagonistas testimoniales, no se deja de gozar intensamente ese pequeño espacio alternativo de la experiencia. Podemos concebirlo como un *trance de alteridad*. Es muy precario, pero para el militante clandestino que ha dejado atrás su vida ordinaria es todo lo que tiene. Es un espacio *heterotópico* con respecto a la sociedad convencional que ese joven ha rechazado. Deriva de hechos tan rutinarios en la vida del militante insurgente o combatiente clandestino como el cambio de nombre, la sustitución de la estructura familiar, el desplazamiento o sustitución de la

<sup>24</sup> Maurice Blanchot, *L'attente l'oubli* (Paris: Gallimard, 1962), *passim*.

economía ordinaria del trabajo asalariado, del mercado laboral, o las exigencias del consumo; la creación de redes alternas de relaciones humanas que sustituyen al menos parcialmente a la comunidad convencional, el alineamiento de las expectativas de vida conforme a un proyecto utópico, el desplazamiento con respecto a la ley y la sujeción a una legalidad alterna en la que contienden las lógicas muchas veces incompatibles de lo militar y lo político, más la sujeción a nuevos principios de camaradería y de autoridad. Todo ello conforma una especie de comunidad insurgente que va adquiriendo una dinámica propia, no sólo heterotópica con respecto a la sociedad convencional y su vida ordinaria, sino con respecto al programa político-utópico en nombre del cual se constituye.

Así, esa dinámica, que en un principio va teñida de los colores gozosos de una vida *interesante* opuesta a la vida demasiado real, ordinaria, conformista, prosaica y en fin, aburrida, además de injusta, que le espera a la joven militante, toma más pronto que tarde el rumbo de la burocratización de la militancia, con la secuela de errores, rutinas, conformismos, hipocresía, corrupción y eventualmente, actos criminales, que dicha dinámica no está preparada para contener ni evitar, dada, no una aberración o maldad ingénita, sino su simple artificialidad, precariedad y falta de asidero en un medio social y comunal más denso. Lo interesante y desconcertante es que ese espacio de la comunidad insurgente no sólo deja de reflejar en cierto momento el contenido utópico del programa político que lo anima, sino que se convierte en el doble irreconocible de las expectativas que lo han inspirado, es decir en el doble deformado de la utopía. Sin embargo, el militante no deja de intuir que en los errores albergados por este pequeño espacio inconfesable y a veces abyecto de la experiencia política siguen marcadas las huellas del extravío, y por tanto, en forma negativa, las claves o las pistas de la utopía que se escapa sin tan siquiera haber pisado firmemente el mundo demasiado real en el cual se debate su búsqueda. El error y el fracaso de alguna manera preservan e indican la pista de la utopía, y es el trabajo de la crítica sin concesiones alimentar esa conexión entre la mirada franca y la posibilidad de contemplar el horizonte de la

espera sin el cual no hay acción histórica. Esa crítica contiene condenas y lamentaciones muy necesarias, pero está también tocada del ala pasajera del gozo, en tanto intensidad del vivir que abraza el dolor y el placer en el marco de un destino afirmado e irrenunciable, como la *Fata Morgana* de Nietzsche.

Por todo ello las nutridas narraciones de una experiencia prolongada, compleja, repetidamente interrumpida y fracasada como la guatemalteca, presentan una oportunidad especial de interpretación. Mi hipótesis principal consiste en que la crítica de la experiencia sostenida en estas narraciones se articula ella misma como el espacio simbólico e imaginario creado a partir de la acción guerrillera. Dicho espacio no consiste en la mera memoria y representación de lo vivido sino en una crítica que también incluye la negación de unas vivencias, que no sería enteramente posible sin la práctica narrativa aportada por estas narraciones. No corresponde al mero recuerdo de lo que fue la guerrilla, o al retorno de su vivencia, desplegar y ocupar el espacio de la experiencia, sino a la narración que niega esa vivencia mediante la crítica y por tanto la afirma como experiencia gracias a un trabajo de mimesis en el cual prevalece la construcción activa sobre la copia pasiva. Santiago Santa Cruz, autor de *Insurgentes, Guatemala, la paz arrancada*, hace un llamado a actuales y futuros narradores de la guerrilla donde puntualiza la necesidad de testimonio crítico: “Tenemos la obligación, al haber quedado vivos, de conservar nuestra memoria, reflexionar sobre lo acontecido, tener una visión convergente y abrir el debate sin restricciones.”<sup>25</sup> Quizás no sea posible ni deseable que exista una visión convergente, pero en lo fundamental, el llamado a recordar, reflexionar y abrir el debate interesa más allá de las fronteras de Guatemala, e incluso de América Latina; le incumbe a futuras generaciones. No hay legado más vigente de la guerrilla que la crítica sin concesiones que la constituye en experiencia y por tanto, en contribución a la apertura de nuevos horizontes de expectativas políticas y sociales relacionadas con el ideario de igualdad, comunidad y libertad propio del ciclo de acciones históricas populares en el

<sup>25</sup> Santiago Santa Cruz Mendoza, op. cit., pp. 10-11.

cual esa particular forma de lucha jugó su papel problemático, tan sobrevalorado como subestimado. Intentaré demostrar que existe un corpus de *otras* narraciones guerrilleras, es decir, narraciones de inspiración heteronormativa, que alcanzan a inscribir un espacio de la experiencia que niega los modelos normativos y adquiere por sí mismo los contornos de un legado divergente de las tradiciones revolucionarias de donde proviene.

Los demás aspectos singulares o característicos de la guerrilla guatemalteca que acabo de enumerar son vinculables muchas veces a las críticas implícitas y a veces explícitas suscitadas en las narraciones a ella consagradas. Se harán evidentes en el comentario de los textos individuales. En lugar de colocar todos los textos del corpus bajo una plantilla de categorías a las cuales unos y otros se ajustarían de una u otra manera, les pasaré revista con el propósito de destacarlos como expresiones singulares y de examinar la manera en que complican las consideraciones avanzadas hasta aquí, así como la hipótesis planteada.

Dado que la calibración del contenido crítico es fundamental en este análisis, procedo por clasificar las narraciones del corpus en tres grupos: normativas, heteronormativas y mixtas. Las *normativas* propenden a un mensaje ejemplarizante y pedagógico afín a la ortodoxia revolucionaria y se inscriben de alguna manera en el modo épico-heroico de la acción. El grado transformador de su mimesis es de poco alcance, tendiendo a la mera captura de una vivencia que cumpla normas políticas preestablecidas. Las *heteronormativas* se desplazan considerablemente de ese patrón exhibiendo rasgos irreverentes, satíricos o simplemente singulares con respecto a la norma heroico-épica del discurso guerrillerófilo prevaleciente en el último tercio del siglo. Algunas de ellas asumen la crítica explícita de las organizaciones involucradas, de ciertas visiones estratégicas o de la práctica guerrillera en general, incluyendo sus premisas políticas y revolucionarias. Las narraciones *mixtas*, por supuesto, oscilan entre estas dos tendencias generales.

Normativas	Heteronormativas	Mixtas
<i>La guerrilla fue mi camino</i> (1997) Julio César Macías (César Montes)	<i>Los compañeros</i> (1976) Marco Antonio Flores  <i>En el filo</i> (1993) Marco Antonio Flores  <i>Los muchachos de antes</i> (1996) Marco Antonio Flores	<i>El trueno en la ciudad</i> (1987) Mario Payeras
<i>La hora cero</i> (1997) Miguel Ángel Cantú	<i>Los que se fueron por la libre</i> (1998) Mario Roberto Morales	<i>Ese obstinado sobrevivir</i> (2000) Aura Marina Arriola
<i>Los años de resistencia</i> (1998) Miguel Ángel Sandoval	<i>Nafragio de las palabras</i> (1998) Edmundo Urrutia	<i>El sueño quebrado</i> (2004) Plinio Eduardo Cortés
<i>Mujeres en la alborada</i> (1998) Yolanda Colom	<i>La guerra de los 36 años vista por una mujer de izquierda</i> (2001) Chiqui Ramírez	
<i>Insurgentes</i> (2004) Santiago Santa Cruz Mendoza		

Privilegiaré, lógicamente, el comentario de los textos heteronormativos, destinando los otros a una función de contraste. Interesan, además de las expresiones críticas, otras preguntas o visiones existenciales que plantean estas narraciones, sugeridas de modo implícito por la particular configuración de los eventos, las acciones y las pasiones, los personajes, los objetos del deseo y otros indicios. También nos interesa el horizonte de la espera que de un modo u otro se desprende de esta múltiple reconstrucción de una manera de intervenir en la historia política que asumió la fatalidad del careo directo con la violencia y la muerte como su expresión principal.

## El retorno a la escena del fracaso: Marco Antonio Flores

### *Los compañeros - En el filo - Los muchachos de antes*

*Voy a volver a dar mi testimonio del fracaso de las gestas heroicas y de otras utopías mortíferas. No voy a hablar de Perico de los Palotes ni del culo de Miss Universo: voy a hablar del fracaso de la utopía.*<sup>26</sup>

—Marco Antonio Flores

Si la necesidad es la madre de la invención, el fracaso es padre de la literatura y la reflexión. Indudablemente una especial escena del fracaso constituye el venero en el que Marco Antonio Flores abreva una y otra vez: se relaciona con su proximidad militante y problemática a los dos ciclos de la guerrilla guatemalteca en los años sesentas y setentas. La necesidad de dar cuenta de ese choque se traduce en una vocación testimonial sostenida que conjuga literatura y reflexión política en una expresión originalísima. Cuando Gloria Hernández afirma que “el balance entre el registro testimonial e ideológico y el registro literario es magistral en *Los compañeros*”,<sup>27</sup> sabemos que su juicio se aplica también a las dos otras novelas del autor que, décadas después, enfocan la experiencia guerrillera. Flores es un reincidente terco, la carrera de los años no le impidió que retornara más de una vez al testimonio del fracaso. El novelista salvadoreño Horacio Castellanos Moya ha comentado que Flores es “narrador de una sola frecuencia”.<sup>28</sup>

*LOS COMPAÑEROS* comparte con *País portátil* (1968),<sup>29</sup> del venezolano Adriano González León un menú muy provocador en la época: fuerte dosis de innovación narrativa, abordaje de la insurgencia de los sesentas y *huit clos* o encierro urbano

<sup>26</sup> Cf. J.L. Perdomo Orellana, *El insurrecto solitario. Vida y obra de Marco Antonio Flores. Conversaciones* (Guatemala: Editorial Óscar de León Palacios, 1997), p. 41.

<sup>27</sup> Gloria Hernández (ed.), *Los compañeros. Texto fundador de la nueva poesía guatemalteca* (Guatemala: Abrapalabra/Universidad Rafael Saldívar, 2001) p. 192.

<sup>28</sup> Conversación personal.

rezumante de fracaso y abyección; pero distingue a la obra del guatemalteco su especial compromiso con la sustancia lingüística y testimonial de la experiencia inmediata. Fueron esos dos aspectos los que determinaron las increíbles vicisitudes editoriales de *Los compañeros*. La novela trabaja con despreocupada libertad el dialecto urbano guatemalteco, especialmente sus registros masculinos clasemedieros y lumpen (entre estos la *jerga de juergas*), regodeándose estilísticamente en la procacidad. Además proyecta su irreverencia crítica contra toda la sociedad guatemalteca *en bloque*, sin distinciones, manifestando gran hostilidad contra sus formas de socialidad y gobernabilidad, incluyendo la contrainsurgencia. A ello se aúna una mirada descarnada de la derrota militar y política del proyecto guerrillero en su país, con un poder de resolución microscópica que sólo puede brindar un testigo directo. Esto ocurría a principios de los setentas, años de la plena consagración del Guerrillero Heroico muerto en Bolivia y el repunte de las guerrillas en Centroamérica. Fue una alineación de factores que le trajo a la novela la hostilidad activa de derechas e izquierdas, incluyendo la presión política contra la decisión del jurado que la declaró finalista del premio Barral en España, que impuso el retiro del laudo e impidió su publicación en ese país; más la objeción que el Partido Comunista Mexicano le interpuso poco después a la editorial Joaquín Mortiz, hasta que finalmente ésta la publicó en 1976, con cuatro años de demora. Sin que acabara ahí la cosa, la embajada cubana en México exigió entonces la retirada de la edición y boicoteó su venta. Los sectores más impermeables al pensamiento crítico en una izquierda que controlaba suficientes instituciones y ambientes culturales actuaron con notable diligencia para convertir al autor de *Los compañeros* en poco menos que un paria del mundo literario.<sup>30</sup>

Estas prosaicas aventuras son síntoma de la época y también lo son del carácter precursor de una obra que adunó la

<sup>29</sup> Adriano González León, *País portátil* (Barcelona: Seix Barral, 1968).

<sup>30</sup> Cf. Gloria Hernández, op. cit., pp. 9-10; J.L. Perdomo Orellana, op. cit., pp. 34-40.

audacia estética con la audacia política en su lúcido enfrentamiento del fracaso. Sin duda muchos de los que en aquellos días de romance incuestionado con el guerrillerismo llevaron y trajeron chismes y condenas contra el autor reconocerán hoy la certeza de aquel diagnóstico, aunque tal vez sólo deseen pasar la página y proseguir con los trajines de sus nuevos posicionamientos en la sociedad neoliberal. Una cosa es reconocer la derrota y otra asumir el fracaso. La segunda postura implica lucidez, reflexión ética y sobre todo una rara libertad que no existe frente a los dictámenes del éxito, cualidades que explican la actual vigencia de esta primera novela de Flores y de las secuelas que más tarde escribió.

La libertad concedida por el fracaso político sin duda se condice con la libertad estética. Flores fundó su vocación testimonial en su voluntad estética y en el rico código modernista al que ésta lo condujo. Conoció en Miguel Ángel Asturias el potencial de su propio medio lingüístico y descubrió en Joyce la libertad creativa de narrar.<sup>31</sup> Recuerdan a Joyce y a otros modernistas de lengua inglesa, recursos empleados en *Los compañeros* como: 1) la serie no lineal de voces narrativas, 2) el desfile de una galería de personajes circunstancialmente conectados entre sí, que discurren en discurso directo libre (o lo que también se llama *flujo de conciencia*) sobre ocurrencias libremente asociadas, desplazando la sucesión causal de episodios; 3) la consiguiente disgregación de la trama en múltiples constelaciones de eventos que conectan sólo parcialmente, y 4) otros mecanismos narrativos que contribuyen a plasmar la narración como un enjambre de estímulos, signos, e imágenes que crean el efecto de inmersión en una experiencia no procesada; 5) de donde surge una trama que parece formarse desde la propia experiencia de la lectura. Estos procedimientos joyceanos, a los que también contribuyó Virginia Woolf, persiguen, en fin, que el propio acto de lectura se convierta en una peripécia interpretativa semejante a la que viven los personajes y que por esa vía la actividad misma de leer penetre

<sup>31</sup> Cf. J. L. Perdomo Orellana, op. cit., pp. 42, 112-113; Gloria Hernández, op. cit., p. 188.

en el mundo narrativo y comparta la dimensión de la experiencia representada en la narración, imprimiéndole a su vez la actualidad viviente de la persona real que lee. La gracia es que *Los compañeros* despliega estos procedimientos formales en función de un ejercicio testimonial y una reflexión política. La indagación de la experiencia política se beneficia así del poder que poseen estos procedimientos artísticos formales para integrar la complejidad y multiplicidad de la vida. La entrega al desconuelo y el fracaso le otorgan al narrador la suficiente lucidez y libertad como para que aproveche al máximo, sin concesiones ideológicas ni agendas instrumentales, esta conjunción de medios modernistas y propósitos testimoniales.

Si la forma modernista inspirada en Joyce y semejantes, y el trabajo vanguardista de las hablas guatemaltecas, inspirado en Asturias, transforman aquí el modelo narrativo guerrillero plasmado en las narraciones de Ernesto Guevara<sup>32</sup> y el modo generalmente épico-heroico del discurso guerrillero, también lo hace el contenido temático, no sólo por sus críticas específicas, sino por la plétora de imágenes y signos heterogéneos que complican el escueto planteamiento ideológico de tal discurso. Ya hemos comentado el modelo guevarista plasmado en *Pasajes de la guerra revolucionaria*<sup>33</sup> y la manera en que tan tarde como 1981, se produce en Guatemala un texto narrativo que exacerba los rasgos foquistas de ese modelo.<sup>34</sup> El texto ficticio de Flores, dado su abordaje fuertemente testimonial de la experiencia guerrillera (1962-1969) que antecede a la de *Los días de la selva* (1971-1976), le opone a este último relato (hoy día que podemos compararlos) una doble diferencia: contiene mayor profundidad temporal, dado que remite a la experiencia de una década apenas comentada por Payeras, y moviliza la amplitud de recursos lingüísticos y formales que le concede una densa tradición literaria. La diferencia es explosiva. No en balde los medios culturales y académicos influidos por los *gruppies* guerrilleros de esos tiempos le dieron bola negra a

<sup>32</sup> Ver supra, cap. 1.

<sup>33</sup> Cap. 1.

<sup>34</sup> Cap. 2, dedicado a *Los días de la selva*, de Mario Payeras.

*Los compañeros* y acogieron con gran beneplácito a *Los días de la selva*, sin reparar en la transformación que había sufrido el contexto histórico referido por este relato foquista tardío en los momentos en que salió a la luz pública.<sup>35</sup> Poco importó que cuando se premia y difunde sin obstáculos el libro de Payeras, ya ha sobrevenido la derrota estratégica de la guerrilla guatemalteca. Son los gajes de oficio de la lucha ideológica. Pero nunca es tarde para valorar una aportación histórico-literaria que se defiende por sí misma.

La novela de Flores gira enteramente en torno a la experiencia guerrillera urbana centrada en la capital guatemalteca durante 1962-1969. Su aliento testimonial de hechos directamente vividos nunca decae. Sin embargo, los recursos narrativos empleados (en especial la ya mencionada yuxtaposición de monólogos interiores en estilo directo libre que siguen una deriva asociativa) le permiten saturar la trama, apenas delineada, con una plétora de contenidos del mundo vivido. Anécdotas íntimas y públicas de diverso calado en la memoria vital, fragmentos de conversaciones, obsesiones, extractos de dramas familiares, dramas callejeros, micro-escenas de la vida cotidiana, percepciones y sensaciones, gestos, peripecias violentas, sesiones de tortura, momentos de abyección, derivas alcoholizadas, discursos de poder, opiniones políticas, consignas de izquierda, interjecciones, maldiciones, sexo, juegos de palabras espontáneos, y otros elementos heteróclitos conforman, en fin, un enjambre de experiencias fuertemente fundido al segmento de tiempo y espacio recreado, así como a sus personajes, lo que sostiene un intenso efecto de realidad y para nada suscita digresiones mágicas o fantásticas, si bien algunas secuencias suplen un contenido pesadillesco, hiperreal. Tal textura, por su masiva acogida de lo múltiple, con efecto realista, desestabiliza el asunto mismo de la lucha guerrillera, tan fuertemente alineado a un repertorio ceñido de actores, tramas y temas.

<sup>35</sup> Me incluyo entre los tributarios de esa *presbicia* histórica. Cf. Juan Duchesne Winter, "Las narraciones guerrilleras: Configuración de un sujeto épico de nuevo tipo", en Juan Duchesne Winter, *Narraciones de testimonio en América Latina* (San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1992).

La estructura narrativa es igualmente provocativa. Cada capítulo lleva el nombre de uno o más monologantes de un elenco limitado: El Bolo, Chucha Flaca, el Rata, y el Patojo.<sup>36</sup> Sus respectivos ‘turnos al habla’ o capítulos se repiten sin frecuencia o distribución regular y sin orden cronológico, aunque van designados con algún año de la década del sesenta. La ausencia de orden cronológico socava toda noción de trayectoria y desarrollo en la lucha guerrillera. La preeminencia de monólogos desconectados de lógica causal clara, en los que se refieren episodios típicos de una lucha armada, pero entremezclados con todo tipo de situaciones, al desplazar el rol de la acción en la organización del relato, socavan también la jerarquía de la acción bélica, que en el *ethos* guerrillero es “la forma superior”<sup>37</sup> de lucha. Ni que decir los apodos, en este caso obviamente indignos del tipo de personaje heroico construido en relatos modelo como los de Guevara y Payeras. No requiere mayor comentario el hecho de que, de entrada, los particulares apodos desacralizan al personaje guerrillero.<sup>38</sup> Es conocido que este tipo de nombres de guerra irreverentes y cómicamente degradantes han tendido a incrementar en las guerrillas contemporáneas conforme estas se alejan de los tiempos más heroicos de los sesentas, pero vemos aquí el predominio de estos apodos en esos mismos años. Tatiana no lleva un apodo denigrante. Ella es la única mujer colocada en el mismo nivel de los personajes principales. Sin embargo, Tatiana sólo aparece como segunda persona ausente de un monólogo que lleva su nombre. Quien le habla a ella es presumiblemente el Bolo, quien por iniciar y terminar la novela y hablar más que nadie, además de ser escritor, se impone como personaje principal y doble del autor (encima, Marco Antonio Flores es conocido en los medios literarios centroamericanos como “el Bolo”).

<sup>36</sup> “Chucha” = perra (este apodo se aplica a un hombre), “Bolo” = borracho, “Patojo” = niño, “Rata” va de suyo: soplón, traidor...

<sup>37</sup> Ver Cap. 1.

<sup>38</sup> Otros sobrenombres, de personajes secundarios en el relato, son: el Oso, la Lince, el Látigo, la Guaca, el Watusi, la Zorri y el Gran Gallina (el apodo femenino no siempre corresponde a una mujer).

El Bolo o “Borracho”, entonces, simplemente porque ‘habla’ más en el relato, no porque tenga alguna ascendencia política sobre sus cuates, preside sobre una tropilla de monologantes que coinciden en la militancia guerrillera, sin que la trama proponga un desarrollo ulterior de las relaciones entre ellos. Los comunica el careo con el fracaso y la muerte, en un medio que no ofrece vías de redención. La derrota político militar del proyecto en que participan estos “hijos de la chingada” es sólo el ángulo explícito de un fracaso general y profundo, de dimensiones existenciales, que se extiende a un país y a una sociedad. Los “compañeros” son sobre todo “los bois” (*boys*), es decir, una comunidad esencialmente masculina que ritualiza continuamente sus credenciales machistas en escenarios de juega, sexo y violencia.

Cuando salimos del puerto de San José y pasamos por la garita, todos íbamos cantando, aguardentososos, chiguatosos, con manos en clítoris de putierres nájeras, las chinvergüenchonas alegronas, calientotas, tentadonas, sentadonas en nuestras canillotas. Eran para cinco y contenían. La noche anterior nos emborrachamos a todo dar, nos las cogimos en sanguche, uno tras otro una tras otra, en cola, bando al último [...] chupamos hasta las cinco de la mornin.<sup>39</sup>

El “guaro” o alcohol, de alguna manera asociado a un sentido de delectación en la derrota y como oxímoron que reúne gozo e impotencia, es la sustancia que enlaza a estos personajes. Beben en casi todos los episodios. De hecho, la omnipresencia opresiva del alcohol en la sociabilidad guatemalteca es tema de un ensayista como Cardoza y Aragón.<sup>40</sup> Otros narradores de la experiencia guerrillera, como Mario Roberto Morales, Plinio Eduardo Cortés, Miguel Ángel Sandoval y Santiago Santa Cruz Mendoza, aluden a una infaltable combinación de alcohol y militancia;<sup>41</sup> enfatizan además que los combatientes de

<sup>39</sup> Marco Antonio Flores, *Los compañeros*, op. cit., 31.

<sup>40</sup> Luis Cardoza y Aragón, *Guatemala. Las líneas de su mano*. (La Habana: Casa de las Américas, 1968), pp. 440-441.

la resistencia sostenían grandes francachelas y frecuentaban sin mayor precaución casas, bares y clubes que se hicieron notorios por su presencia, lo que en ocasiones conllevó la realización de acciones festinadas en estado de intoxicación, la ruptura de la compartimentación clandestina y la captura por las fuerzas represivas. La ficción de Flores no se separa en este tema de las narraciones documentales. La indulgencia en el sexo asume formas carnavalescas, celebratorias, de lenguaje gozoso, pero también, en ocasiones, degradantes, mediadas por relaciones de prostitución o por un lenguaje abyecto, denigrante de la mujer y el hombre. La violencia permea todo el cuerpo social y los guerrilleros urbanos se involucran en su espiral sin demasiada previsión, pero ellos no figuran como reales protagonistas de la violencia. Simplemente caen en la provocación que les tiende el aparato represivo. En su avatar más sádico y vicioso, la violencia proviene del aparato contra-insurgente. La violencia más dramática de la novela pertenece a las escenas de tortura desarrolladas en los monólogos correspondientes al Patojo. Pocas novelas contemporáneas han penetrado tanto en el horror de la tortura. El recurso al estilo directo libre permite yuxtaponer varias micro-tramas: juegos eróticos adolescentes, conversaciones políticas, orgías prostibularias y hasta la pesadilla de su propio nacimiento se intercalan en la escenificación de los cuatro días que pasa el Patojo en las cámaras de tortura.

Me habían dado por todas partes, no tenía un lugar sin dolor. Nuevamente la sensación viscosa en las mejillas, al sacar la lengua y sentir el sabor agrio lo supe todo /el Maya y la culata de su fusil/ Traté de arrastrarme hacia las rejas, pero estaba

<sup>41</sup> Marco Antonio Morales es quien primero presenta la mezcla alcohol+sexo+guerrilla prevaeciente en el primer ciclo de los sesentas. Regresa al tema del alcohol en *Los muchachos de antes*, donde concluye que “la borrachera es una cortina de humo que oculta la locura, la frustración”, op. cit., p. 182. Otros han confirmado la omnipresente combinación de alcohol y militancia: Mario Roberto Morales, op. cit., pp. 21, 40; Plinio Eduardo Cortés, op. cit., p. 80; Miguel Ángel Sandoval, op. cit., p. 70; Santiago Santa Cruz Mendoza, op. cit., p. 39 y passim.

amarrado de pies y manos, siempre esa sensación de estar agarrado de pies y manos, cuando traté de darle el primer beso sabía que estábamos solos, que no había nadie cerca, que la abuela se había ido a la iglesia y el abuelo al traspatio, que ella quería, sin embargo me sentía atado de pies y manos. Me arrastraba para llegar a la luz.<sup>42</sup>

El monólogo final del Patojo ocurre en una sesión de interrogatorio donde finalmente expira, destrozado por un asesor estadounidense. La revelación de las debilidades morales de los “compañeros” va entonces acompañada de una exposición de la violencia estatal a la que se enfrentan. El Patojo, de hecho, parece redimir al resto de “los bois” al soportar cuatro días de tortura y morir sin claudicar.

Uno de los hombres rubios se levantó despacio, con calma, con seguridad, sacó de su bolsa un papel amarillo, como de teletipo, lo desarrugó con parsimonia y caminó lento hacia el prisionero, cuando estuvo cerca de él, se tapó la nariz y le puso el papel frente a la cara. ¿Qué creará este gringo pendejo, que todavía puedo leer? Aunque sea lo último que haga, voy a escupir a este hijo de noventa putas. El individuo rubio retiró la mano con asco, tiró el papel al suelo y sacó un pañuelo, se limpió la mano y fue hasta su silla, allí descolgó un garrote de goma con plomo dentro, se tapó la nariz con una mano y con la otra comenzó a golpear, en la cabeza, en la cara, en las piernas, en el pecho, en la silla, en los lazos, en los güevos, en los pies.<sup>43</sup>

El asesor estadounidense se tapa la nariz por razón de la mezcla inmundada de sangre y excrementos que embarra a la víctima tras días de maltrato, ello es índice de que ninguna circunstancia ni ninguna persona queda a la altura del heroísmo trágico pero inconsecuente del Patojo, lo que abona al sentido de culpa infinita y sin causa específica que agobia a todos los personajes. Además, el Patojo tuvo una resistencia heroica en la tortura, pero no fue capturado precisamente en combate, sino cuando se emborrachó con las putas de Marta's Bar y se

<sup>42</sup> Ibid., p. 52.

<sup>43</sup> Ibid., p. 198.

puso a gritar “¡Vivan las FAR!” Uno de los combatientes, presumiblemente el Chucha Flaca, ejecuta días después a un policía desprevenido, a modo de venganza, pero luego padece insomnio por lo poco revolucionario de su acto (“Compañero, cuando no es necesario matar al enemigo, es asesinato hacerlo”<sup>44</sup>). Por otro lado, no todo es degradación e impotencia para estos *golden* “bois” de la guerrilla urbana, por debajo de la constatación de su incapacidad para poner en práctica los valores y la disciplina demandados por una estrategia político-militar que no parecen haber internalizado, se percibe una loa a su hedonismo irredento, un canto a un espacio de la experiencia que constituyó un hiato, un paréntesis de posible comunidad alternativa frente a la sociedad conformista que los rodeaba, algo así como un fugaz “hola y adiós” a la utopía. Este rescoldo de fuego en las cenizas de la comunidad insurgente, explica quizás el deseo del autor de retornar una y otra vez a la escena del fracaso de la utopía, como ha hecho en sus novelas *En el filo* (1993) y *Los muchachos de antes* (1996).

En suma, la novela muestra así la materia demasiado humana de que están hechos los guerrilleros, quienes (ya es un tópico decirlo) distan mucho del “hombre nuevo” invocado en los escritos de Ernesto Che Guevara. Esta perspectiva hiperrrealista del fenómeno histórico ya de por sí basta para explicar la reacción hostil hacia la novela en los medios que hemos descrito, pues contiene, por demostración implícita, una fuerte crítica a una estrategia y a una visión de la política que no tomó en cuenta las condiciones subjetivas de los actores reales de la lucha en sociedades opresivas, dependientes y expoliadas. Estos actores fueron jóvenes de la pequeña burguesía urbana dotados de los vicios y virtudes de una clase poco numerosa, con muy ambigua posición frente a las estructuras de poder de una sociedad dependiente. Las demandas épico-heroicas de la guerra revolucionaria lograron como mucho apelar a su idealismo ingenuo, juvenil, y como poco, a una cultura de la masculinidad en la cual el valor físico extremo exigido por el enfrentamiento a un estado contrainsurgente excepcio-

<sup>44</sup> Ibid., p. 34.

nalmente despiadado y sádico, redituaba de una combinación inconducente de valentía temeraria e irresponsabilidad absoluta. En ese plano, la guerrilla también funcionó como un ritual de masculinidad que extremó los límites de lo humanamente tolerable y terminó en la tragedia, pero una tragedia no exenta de contacto con la abyección. La novela no moraliza contra los compañeros, más bien les rinde un homenaje incondicional, actuando como epitafio colectivo de quienes murieron y de quienes sintieron que morían con esa experiencia.

Hemos visto cómo la intensa labor crítica de *Los compañeros* trasciende el nivel temático e involucra varios niveles de textualidad, afectando la construcción del más mínimo episodio o segmento de la narración, pasando por las motivaciones de los personajes, sus modos de actuar y padecer en el mundo narrado, los índices del contexto y el lenguaje que articula todo esto en tramas y micro-tramas. Vemos cómo la loable voluntad de resistencia de un personaje, gracias a la técnica de narración a múltiples niveles, se desmadeja en una serie de frustraciones de personalidad, sentimientos de culpa, obsesiones sexuales, pulsiones de muerte y relaciones personales irresueltas, además de la obvia motivación política y ciudadana para tomar las armas. “Madre, déjame ser, déjame vivir” repite uno de los jóvenes que emprende su viaje a La Habana para recibir entrenamiento guerrillero, en un monólogo que apenas registra el discurso político de superficie que típicamente acompañaría ese tipo de episodio y que mayormente discurre sobre la relación del personaje con una madre maltratada: “La vi joven, adulta, vieja, muchacha en los brazos de mi padre que llegaba, la cogía, la dejaba [...] sin más hijos hombres a quienes amar”<sup>45</sup>. En comparación con este tipo de desplazamiento crítico del discurso narrativo, los comentarios que descalifican directamente la política revolucionaria conducente a la guerrilla pasan a un segundo plano en *Los compañeros*, no empece haber suscitado la ira de otros “compañeros” en su momento. Hoy día se aceptan en muchos medios de izquierda las francas descalificaciones del credo político sesentista expresadas en la novela:

<sup>45</sup> Ibid., p. 25.

- Contra la estrategia de lucha armada: “No sólo matando se hace la revolución. El Partido debió comprender esto a tiempo y no ensartarnos a todos en la lucha armada. Fue un error garrafal aceptar la presión de los aventureros.”<sup>46</sup>
- Contra el alegado intervencionismo del gobierno cubano, incluyendo lo que el narrador señala como la práctica de becar jóvenes para estudios en Cuba con el propósito de reclutarlos para el entrenamiento guerrillero, lo que al parecer no se les advertía a todos: “Al final de esa pinche reunión, se acordó que todos los becados teníamos que pasar en entrenamiento militar para preparar el movimiento guerrillero. ¡Qué pendejada!” [... /...] “Teníamos que correr a escondernos porque nosotros no llegamos a La Habana para entrenar guerrillas, nosotros llegamos a estudiar carreras técnicas. Eso fue lo que nos dijeron en Guatemala. Ahora estamos más embarcados que el carajo.”<sup>47</sup>
- Contra el *cubanocentrismo*: En lugar de figurar en la novela como la meca del culto revolucionario, la isla provee un trasfondo tropical a la epifanía del Bolo, quien se da cuenta que no le interesa la utopía cubana, sino la mujer cubana, en especial Tatiana: “Es lo único que me queda ahora, tus ojos clavados y yo teniendo la sensación de error, de derrota. Yo no soy revolucionario”<sup>48</sup> El Bolo se enamora de Tatiana no empeece ella haber saboteado su *performance* de macho guatemalteco cuando le declara en la cama que es lesbiana y se resiste a la penetración. No siempre queda claro a qué se refiere la “sensación de error” que él reitera.

Indudablemente, señalamientos como estos motivaron en la superficie el oprobio recibido por el autor de *Los compañeros* en los medios ‘políticamente correctos’ de los ochentas. Hoy día tales recriminaciones y desencantos son parte del sentido común de amplios sectores de la izquierda. El más duradero legado crítico de esta novela yace en la virtuosa mezcla de testimonio y estética modernista que he señalado.

*EN EL FILO* (1993) asume la voz en tercera persona del narrador omnisciente y funciona como un *thriller*, distanciándose

<sup>46</sup> Ibid., p. 68.

<sup>47</sup> Ibid., p. 181.

del enfoque testimonial de *Los compañeros*. Es un paréntesis atípico en la narrativa de Flores. Relata un fenómeno bastante frecuente en la guerrilla latinoamericana: la traición de dirigentes claves que se pasan a las filas de la contrainsurgencia, con obvios efectos deletéreos.<sup>49</sup> El relato provee un estudio psicopolítico de la de traición y de la dinámica interna que desata en el colectivo afectado. Pocos militantes clandestinos ofrecen ante la tortura la resistencia heroica que vimos en el personaje de la novela antes descrita (el Patojo), y tanto menos si son dirigentes. El Tigre es el típico cuadro intermedio destinado a “quebrarse”: acumula resentimientos derivados de la pugna por el poder, ha sido sancionado por actos de indisciplina y de corrupción, y se le ha separado de la organización. Además, es un soberano macharrán alcohólico. La novela comienza cuando el ejército captura al Tigre y la noticia provoca el pánico en la organización. Se presume que el Tigre hablará ante la tortura y señalará personas y casas de seguridad que conoce gracias a la pobre compartimentación y a su antiguo puesto de mando. Una cosa es el concepto de compartimentación clandestina y otra que se aplique como es debido; la impericia flagrante en este aspecto es tema de varios relatos de la resistencia urbana de Guatemala. Aquí el alto mando regional se reúne para controlar el daño. La descripción de esta escena denota un nivel de discusión política relativamente mediocre, media un lenguaje degradante que expresa escasa camaradería:

Putá muchá, pareciera que estamos en una sesión del congreso burgués, ¿pero es que no se dan cuenta de la situación? [...] Ese hijo de la gran puta la única organización que conoce es la nuestra. Además anda bien mordido con nosotros porque lo mandamos a la mierda. ¿No agarran la onda? A estas alturas debe estar negociando nuestro pellejo

<sup>48</sup> Ibid., p. 157.

<sup>49</sup> Un caso muy notorio fue el del miembro de la cúpula de los tupamaros en Uruguay, Héctor Amodio Pérez, cuya colaboración con la contrainsurgencia significó el colapso repentino de la organización. Cf. Hugo Fontana, *La piel del otro: la novela de Héctor Amodio Pérez* (Montevideo: Cal y Canto, 2001).

y nosotros discutiendo parsimoniosamente si nos vamos a la mierda o no. [...] debemos platicar al chile un repliegue ordenado antes de que nos cargue la chingada.

La escena simplemente muestra la forma en que la lógica militar impone un bajo rasero a las discusiones y las relaciones entre los militantes. El debate de lo sucedido no supera el nivel de esta cita, con excepción de una dirigente que comunica cierta cordura y cordialidad mínima. Curiosamente, ella ha quedado paralítica en un incidente de combate y usa muletas para sostenerse. Pero las palabras políticamente sensibles de esta dirigente resultan militarmente equivocadas. El Tigre efectivamente negocia con sus captores. Los torturadores le dan a escoger entre perecer destrozado en la tortura o colaborar. Para corroborar sus intenciones debe matar a sangre fría al compañero que lo ha delatado bajo tortura, lo cual hace sin vacilar demasiado. El traspaso de la barrera de la ética y de la humanidad ocurre con una celeridad que vale mil páginas sobre el tema de la banalidad del mal. De ahí en adelante la sucesión de atrocidades cometidas por la unidad de contrainsurgencia a la cual se ha unido el Tigre se descorre como una fila de dominós. Casi todos los guerrilleros urbanos son asesinados y más de uno se pasa al bando del ejército. El propio Tigre, convertido en borracho insomne e impotente, es eventualmente eliminado por sus nuevos socios militares, que nunca confiaron en él. El único personaje que sobrevive el derrumbe físico y moral en la derrota es la dirigente regional antes mencionada. Ella emerge en el relato como un personaje con densidad psicológica, en episodios que exploran su sexualidad de mujer físicamente impedida, en la intensa relación amorosa que sostiene con el compañero combatiente más tarde caído junto a los otros; así como también se consigna su manera de abordar críticamente el proyecto político al que pertenece. La narración elabora a esta figura como alegoría femenina de una posible redención moral y política. El acto de esta mujer de sobreponerse espiritualmente ante la violencia de la derrota, así como a la propia mutilación física, alegoriza la superación nacional de las heridas de la guerra...

Quería dar testimonio con su existencia de la existencia del amor, de la perseverancia, del valor, de la rebeldía, del conocimiento aunque supiera, muy dentro, que alguna parte de sí estaba muerta. Y comenzó a escribir una historia. Esa historia de lo que habían sido ella y él, y todos sus compañeros.

Esta parrafada suena tan bienpensante que no parecería salida de la pluma corrosiva de Flores, aparte de que *En el filo* no alcanza los altos registros literarios de *Los compañeros*. Sin embargo, el texto ofrece el valor de exponer una faceta diferente del proceso histórico al cual Flores dedica toda su obra novelística. La pequeña novela presenta una variación melódica en lo que de otra manera sería una deriva monocorde. La trama histórica articulada en la obra narrativa de Flores se enriquece con el tratamiento contrastivo, de sencillez alegórica, que se hace aquí de los dos extremos humanos: el gran macharrán abocado a la traición abyecta, y la guerrera herida y mutilada que emerge transformada y reivindicada de los escombros de la experiencia.

*LOS MUCHACHOS DE ANTES* despliega una galería de retratos y epitafios sobre las vidas jóvenes caídas, dañadas o echadas a perder en el torbellino revolucionario de su país. Esta galería de una generación devorada por la historia alcanza una elocuencia que nos recuerda los versos del famoso “Aullido”, de Allen Ginsberg: “He visto a las mejores mentes de mi generación destrozadas por la locura”. Sin embargo, la novela del guatemalteco no persigue la intensidad elegíaca, sino la corrosión de la sátira. Si bien se puede presumir que la novela le canta a “las mejores mentes” de una generación, se trata de una presunción implícita que queda a cargo del lector, pues el texto ofrece una descarga satírica que desafía muchas presunciones. En la primera sección del texto, titulada “Museo de cera”, la mirada del narrador sobrevuela como el búho de Minerva la ciudad de Guatemala en los momentos crepusculares que anteceden a una típica noche de los años sesentas, escanea los seres noctívagos que salen de sus guaridas como en un poema de Baude-

laire; y luego el foco de esa mirada se precipita en *zoom* sobre un restaurante chino. Se trata del conocido Fu Lu Sho, el lugar de reunión favorito de los conspiradores más connotados de Ciudad Guatemala en los sesentas.<sup>50</sup> No parecería importar que tantos conspiradores coincidieran en el mismo lugar.<sup>51</sup> La descripción de Flores no juega a la nostalgia, o si lo hace, no es con interés de idealizar lo abyecto:

[...] timba, peladero y refugio de vagos. [...] El dueño era un chino cabrón que masticaba el español y era un águila para hacer pisto. [...] volándole ojo a las meseras, a todas les pasaba fierros antes de darles el empleo. [...] Luego ellas se agarraban el gusto al pipe y conectaban garañón para la hora de salida; el chino cobraba su comisión por el levante. Era un chino pícalo y cablón.<sup>52</sup>

El legendario punto de reunión de los hijos de la rebeldía sesentista se presenta aquí como poco más que un prostíbulo simulado. La insistencia en la sordidez, en anotar las más bajas cotas de degradación en un idiolecto burlesco que combina la inagotable mordacidad del español clásico, giros quevedescos, y notables recursos del español guatemalteco, en verdad persigue impugnar, no a “los muchachos”, sino a una sociedad. “Este país es una mierda, se traga a los muchachos”<sup>53</sup> —lamenta el

<sup>50</sup> Varias narraciones guerrilleras se refieren al Fu Lu Sho. Mario Roberto Morales cuenta que allí acudió a su primera cita de reclutamiento para la acción clandestina, op. cit., p. 14. Chiqui Ramírez recuerda que allí se celebraban los círculos de estudio de la Juventud Comunista, op. cit., 87. Miguel Ángel Sandoval se refiere a “nuestras frecuentes reuniones [conspirativas] en el café de siempre, el Fu Lu Sho”, op. cit., p. 55.

<sup>51</sup> Aquí incide la notoria falta de rigor en las reglas conspirativas durante la primera ola insurgente, señalada en más de un testimonio: “Claro que considerábamos que toda esa vaina era clandestina; pero, ¿quién podía ser realmente clandestino en aquel relajo organizativo que se armó cuando el partido comenzó a desmantelarse en aras de los aparatos ligados a la lucha armada?”, *Los muchachos de antes*, op. cit., p. 83.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 16.

narrador, refiriéndose a la sociedad oligárquica y dependiente que porta la máscara de “país”. El tono es tragicómico. Los retratos albergan tras sus giros esperpénticos un lamento amargo por las vidas perdidas, que no sólo corresponden a quienes se unieron a las guerrillas, sino a los que se consumieron en el conformismo de la sociedad impugnada. Hay epitafios:

A la mesa del Sherif se sentaban otros dos malentretenidos: Leony y Bazoc. El primero era hijo de un chafarote mero malacate que en lugar de regañarlo lo pateaba, por lo que el retoño, en pleno desquite, se hizo miembro de la juventud comunista. Se las llevaba de poeta y para todo era mish. Ingenio y disciplinado creía, a pie juntillas, en la infalibilidad divina de los dirigentes iluminados. En ese atrabiliario camino de la fe llegó a las últimas consecuencias: murió acribillado por el ejército.<sup>54</sup>

Pero no todos son muertos ni necesariamente guerrilleros, algunos simplemente son personajes característicos del ambiente donde se acrisoló, según el narrador, la estructura sentimental que sirvió de caldo de cultivo a la guerrilla. Se trata de una estructura sentimental subyacente, que no es congruente con el discurso de superficie de los ideales y proyectos políticos. La historia de las ideas, en otras palabras, el discurso bienpensante de los ideales no le interesa al novelista, más bien le interesa la semiótica de las conductas que lo sabotean. Sus semblanzas de los “muchachos” son, por eso, sarcásticas, irreverentes. Desfilan las microbiografías de tipos como el Cholero, “actor de teatro, drogo a más no poder, vago y padrote de rucas”; el Cuervo, “que se alzaba del suelo metro y medio, [...] ente agresivo (del diente al labio, por supuestísimo) que manejaba fabla cargada de insultos y de alegorías”; el Colorado (Otto René Castillo), “quezalteco tímido, taimado y traicionero, cantineador y bolo a más no poder; poemador y conspirativo”, en suma, un fichero satírico de unos doce personajes (una especie de *The Dirty Dozen*) que luego serán desarrollados en

<sup>53</sup> Ibid., p. 76.

<sup>54</sup> Ibid., p. 18.

el resto de la novela. Todos presentan síntomas grotescos de agresividad difusa, pulsiones sexuales irresueltas, fantasías de evasión, alcoholemia, machismo, irresponsabilidad, abulia, acedia, melancolía, ingenuidad, temeridad, inseguridad, complejo colonizado, alienación y pulsión de muerte (esto último explicaría la, de otra manera inexplicable, entrega de algunos al martirio revolucionario). El comentario final de esta primera sección declara la fatalidad histórica que sella tal colección de muñecos de cera:

En resumen, aquella era la fauna aviesa y avisada que pululaba en aquel año del Señor de 1962 (en el que se iniciarían los Señores balazos y yo viajaría a la isla del Señor Fidel) por el Fu Lu Sho, lugar de ligue sexual, de contacto drogo y conspirativo, de fabla dispendiosa, de argüende y de chisme bobalicón.

Los muchachos eran bisoños e ingenuos; el mayor no pasaba de los veinticinco y, sin saberlo, la mayoría se estaba preparando para morir muy pronto.<sup>55</sup>

Es significativo que el narrador fije su “museo de cera” del Fu Lu Sho justo en el año 1962, pues los testimonios revolucionarios ven en las jornadas pre-insurreccionales de marzo y abril de 1962 el verdadero crisol político de la guerrilla guatemalteca.<sup>56</sup> Algunos testigos comparan el impacto de ese evento con el 68 de Tlatelolco y París, dado su contenido eminentemente juvenil y su capacidad para afectar al conjunto del país. Cientos de jóvenes universitarios y escolares ocuparon las calles durante semanas en protesta contra la clausura del espacio social y político operada por el estado contrainsurgente que el presidente Idígoras, electo fraudulentamente, reorganizaba en ese momento. Sectores obreros y de clase media se unieron a las protestas, que adquirieron ribetes pre-insurreccionales. La Zona 5 de la capital funcionó como un territorio liberado. Los hechos sellaron el destino de una generación y constituyeron

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 30.

<sup>56</sup> Véase, por ejemplo, Chiqui Ramírez, *op. cit.*, p. 91; Miguel Ángel Sandoval, *op. cit.*, p. 21.

el evento que la plasmó como sujeto histórico.<sup>57</sup> Sin embargo, Flores obvia por completo ese fenómeno y fija su lente en un antro semi-prostibulario donde reúne, para la misma fecha, una docena de caricaturas esperpénticas de supuestos protagonistas del fermento político-cultural que prohió a la insurgencia. Esto se explica por el nivel infrapolítico de su mirada, que no deja de ser político. El narrador penetra en los antros del deseo, usando los recursos estilísticos de la sátira en su mejor vena hispana letrada. De esta manera, Marco Antonio Flores despliega una inconfesable estrategia moralista. No hay sátira sin postura moral. En su narrativa la revolución parece haber fracasado por culpa de las debilidades de los hombres, es decir, por causa del extravío de su deseo, que sólo parece capaz de realizarse como exceso degenerador. Esto aplica también a su novela *Los compañeros*, pero en *Los muchachos de antes* resalta mucho más claramente, dado que la primera enfoca los destrozos debidos a la desigualdad del enfrentamiento entre la insurgencia y la contrainsurgencia, además de expresar algunas críticas a la concepción y los presupuestos políticos que desembocaron en la lucha armada. Mas en *Los muchachos de antes*, el foco se amplía para incluir una tendencia al exceso y el desorden que rebasa el ámbito inmediato de las condiciones de lucha. En otras palabras, en *Los compañeros*, cabe todavía la premisa de que la lucha armada condujo al extravío, pero *Los muchachos de antes* admite la premisa de que el extravío de una generación malició la lucha armada (y toda otra posibilidad de cumplimiento de un proyecto de nación). Sin embargo, en ambos casos el narrador responsabiliza a los dirigentes de su sed de poder, pero exonera a la generación de “muchachos” y “compañeros” en cuanto prole victimizada de una sociedad enferma.

Hasta donde hemos comentado, se podría presumir que *Los muchachos de antes* es un retorno a la misma escena de *Los compañeros* y que casi funciona como un bloque de apostillas a esta novela primera, como si se tratara de “Los compañeros

<sup>57</sup> Mario Maldonado, “Marzo y abril de 1962: el inicio de la guerra”, *Diálogo* (FLACSO-Guatemala), No. 47, febrero 2006, pp. 2-6.

*revisited*". Podría aceptarse esa inferencia hasta cierto punto. Ciertamente *Los muchachos de antes*, como sugiere el propio título, regresa a una escena originaria. El título cita una conocida letra de tango, género por excelencia de la nostalgia. El tango "Volver" también le aplicaría. Pero si bien algunos episodios, a partir de la sección introductoria ya citada, incluyen retrospectivas a la escena de los sesentas, toma mayor relieve la trama de un *triple retorno*, algo más complejo que "revisitar" lo antes narrado. Al gesto de revisar temas y hechos históricos de una novela anterior, se agrega la necesidad de dar cuenta de un nuevo hecho histórico: el retorno de la guerrilla en los años setentas, justo cuando la novela anterior había sido entregada a los editores. *Los muchachos de antes* agrega testimonios de la segunda década de insurgencia. Y encima de eso, el autor que declaró, según el epígrafe citado al principio, que ha de "volver a dar testimonio del fracaso de las gestas heroicas y de otras utopías mortíferas", no sólo vuelve a narrar esas gestas, sino que efectivamente se reincorpora a la lucha clandestina para experimentar una vez más en carne propia el fracaso del que ha dado cuenta en su primera novela. En el libro de entrevistas concedidas a Perdomo Orellana, Flores cuenta:

[...] en 1977 cometí un error gravísimo: una organización supuestamente revolucionaria me pidió que colaborara en la construcción de un partido de masas, y yo, de estúpido, acepté. En diciembre de 1980, hastiado, asqueado [...] y arrepentido de mi estupidez renuncié a aquella pandilla de aventureros militaristas y criminales. Reafirmé mi convicción de que la lucha armada no solucionaba los problemas del país, y que, por el contrario, contribuía a la militarización salvaje y creciente de la sociedad y a aumentar el sacrificio y la muerte entre la población civil, ajena en su mayoría a aquella aventura irracional.<sup>58</sup>

*Los muchachos de antes* sostiene esa tesis y testimonia la experiencia que la confirma. Notemos que Flores se refiere en la entrevista a la intención y promesa de establecer una

<sup>58</sup> En J.L. Perdomo Orellana, op. cit., p. 40.

organización *política* de masas, es decir, de corregir el error del foquismo y sus vicios supuestamente inherentes, como el militarismo, el autoritarismo, la corrupción interna criminalizante y la propensión a desencadenar respuestas violentas del estado sin prever sus consecuencias sobre una población desprotegida. En la misma época en que este autor constata su parecer de que el modelo foquista desplaza toda otra opción política de izquierda en Guatemala, se está publicando *Los días de la selva* (1981), de Mario Payeras, texto que ignora esa línea de reflexión crítica, reinstala el modelo del foco guevarista<sup>59</sup> y le reimprime a ese modelo agotado en la década anterior una conciencia feliz y bienpensante con aspiraciones *beletristas* reconocidas por el Premio Casa de las Américas. *Los muchachos de antes* se puede leer, por tanto, como contratexto o respuesta al libro mucho más conocido de Payeras. La novela de Marco Antonio Flores expresa la conciencia desdichada que pocos se atreven asumir. Su obra contribuye así a configurar el espacio de la experiencia de la guerrilla latinoamericana como *locus* de una experiencia crítica fundada en la lucidez del fracaso, más allá de las rememoraciones agotadas en la mera retención o retorno de unas vivencias.

La conciencia desdichada de esta novela se adscribe a la conciencia del intelectual en tiempos de violencia. El personaje apodado “el Bolo” figura en *Los compañeros* como uno más de los “bois”, que por mera inferencia se aproxima a la posición del que escribe, es decir, del intelectual. En cambio, el narrador principal, sin nombre, de *Los muchachos de antes*, asume la posición del intelectual que articula tesis más o menos explícitas sobre los hechos que refiere, sin que los sucesivos embragues estilísticos de primera, segunda o tercera persona desplacen el hilo de su voz. Su conciencia desdichada es la de un testigo con sentimientos ambiguos ante los hechos que presencia, que se siente involucrado en ellos, pero no puede simplemente sumarse a la vorágine que lo rodea sin experimentar una fuerte repugnancia hacia ese medio. Contrario a personajes intelectuales situados en vorágines revolucionarias similares, como

<sup>59</sup> Ver cap. 2 de este trabajo.

el ya clásico protagonista de *Los de abajo*, del mexicano Mariano Azuela, el narrador de esta novela asume su conciencia desdichada como postura de principios, negándose a asumir la complicidad cínica con la corrupción del proceso. Esta postura constituye la reserva moral de su original modo satírico, que le permite abordar el exceso, el desorden y el error de su generación en un tono burlesco que mezcla notas festivas y amargas, y muchas veces autodespectivas.

Los segmentos que refieren los intentos del narrador de ingresar a la “organización supuestamente revolucionaria” para organizar el movimiento de masas, aunque se intercalan entre semblanzas y anécdotas dispersas no agrupadas en sucesión cronológica, preservan internamente un trasunto de progresión causal que parece mantenerse hasta el final de la novela. De esta manera, la aventura del intelectual que pretende intervenir racionalmente en los acontecimientos caóticos que sólo alcanza a reportar como enjambre informe, aporta una precarísima unidad al conjunto narrativo, que de todos modos desemboca en la constatación del fracaso. Un monólogo lo presenta de regreso en Guatemala, solo y parado en una esquina, esperando a alguien que no llega, en postura que evoca, en clave *posnacional*, a aquel “hombre que está solo y espera”,<sup>60</sup> de lugar y época tan diferentes.

[...] y ahora mi certeza es que voy hacia las armas, la montaña, y que lo demás es transitorio, circunstancial y que debo romper con todo y con todos, con ese pasado vacilante, acomodaticio y aún no sé, parado en esta esquina, que jamás voy a lograrlo y que cuando mi decisión sea más firme y haya roto amarras con ese que fui y que a pesar de todo sigo siendo. Alguien en la sombra de la clandestinidad se opondrá a este compromiso autoimpuesto, aduciendo que mis infidelidades manifiestas y mi búsqueda del ser en el coño de las mujeres y mi incapacidad de tener una moral incólume me impiden buscar la muerte como un moderno campeador, por lo que se considerará inconveniente mi inserción en los destaca-

<sup>60</sup> Cf. Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre que está solo y espera* (Buenos Aires, Editorial Albatros, 1951 [1931]).

mentos guerrilleros porque a sus combatientes prístinos voy a contaminarlos con mis absurdas visiones de la realidad, con mi rebeldía irracional, con mi irrespeto a las mujeres, y que me van a dejar vestido y alborotado, con las manos quemadas, con mis decisiones heroicas trucas [...] y [que] me pudra al canto de los imbéciles y me refugie en este oficio solitario de dar cuenta y cuento como desovador infantil de mi conciencia [...].<sup>61</sup>

La semblanza dedicada a Otto René Castillo, el venerado poeta mártir de la guerrilla guatemalteca, aborda la variante del intelectual que sí logró encarnar el viejo ideal hispánico de maridar las armas y las letras, *pedigree* que encandila a no pocos socios del gremio (de las letras, que no de las armas) desde tiempos del amoroso y valeroso Garcilaso de la Vega. Pero el narrador ve en esta opción de su “amigo de Leipzig”<sup>62</sup> un acto de infidelidad hacia la postura crítica que ambos compartieron:

Al final tuve razón: cuando marchaste a morir a la montaña me mentiste, me traicionaste, me jugaste la vuelta, fuiste desleal, porque sabías que yo no estaba de acuerdo con esa aventura suicida, con esa presión criminal que te obligaba a entregar tu vida por ambición de poder.<sup>63</sup>

La supuesta “presión criminal” recoge la opinión sostenida invariablemente por Flores a propósito de que los “ñángaras”,<sup>64</sup> es decir, los cubanos, ejercieron presión indebida en el reclutamiento de jóvenes guatemaltecos para la guerrilla.<sup>65</sup> El

<sup>61</sup> Marco Antonio Flores, op. cit., p. 67.

<sup>62</sup> Como Payeras, Castillo estudió filosofía en Leipzig.

<sup>63</sup> Ibid., p. 86.

<sup>64</sup> Ibid., p. 28.

<sup>65</sup> Ya hemos referido la anécdota originaria, testimoniada en *Los compañeros*, que explica esta opinión; cf. supra. Otros testimonios refieren también presiones del régimen cubano en sentidos contrarios, imponiéndose u oponiéndose, con respecto a la actividad de guerrillas en Guatemala. Cf. Chiqui Ramírez, op. cit., pp. 212-213 ; Julio César Macías, op. cit., pp. 179-180, 210-211. Naturalmente, los cubanos

narrador no se explica qué hicieron los “ñángaras” para convertir a un “poeta frágil” en un “tiratiros cualquiera”.<sup>66</sup> La semblanza alude a las presuntas hazañas alcohólicas y mujeriegas de Castillo, a una anterior negativa suya de trabajar para la clandestinidad por un salario de 50 quetzales y al poco honroso ataque de pánico supuestamente sufrido por el poeta (al punto que la madre tuvo que exigirle más compostura) cuando él y el narrador cayeran juntos en manos de las fuerzas represivas en su primera juventud. Estos detalles demasiado humanos, que no viene al caso tomar como factuales, constituyen, por supuesto, el plato fuerte de una pluma esencialmente satírica. Otto René no puede responder desde la tumba a tales comentarios. El narrador lo interpela en un largo monólogo en segunda persona sin recibir respuesta. Lo que el protagonista denuncia realmente es la conversión del intelectual crítico (independiente), en intelectual orgánico (vinculado a organizaciones revolucionarias) por la que transitaron no pocos intelectuales latinoamericanos.

El segmento titulado “El gato y el ratón” presenta a otro intelectual orgánico, en este caso vivo, llamado el Gordo, jefe regional de la organización a la que solicita ingreso el irreverente narrador, lo que inspira un diálogo desencontrado entre el intelectual orgánico y el intelectual crítico:

[Intelectual orgánico:] —Debo advertirte que tu militancia no podrá tener posiciones de decisión política a causa de las mierdas que has escrito criticando personas, organizaciones y países revolucionarios, y por los insultos que has soltado en cantinas, reuniones, la universidad y conciliábulos que te han puesto muy mal. Así que vas a comenzar por la base.

[Intelectual crítico] —No hay clavo (gordo recerote, sólo mierditas es, se cree muy salsa el pedazo de caca; no sé ni por qué le llevo el rumbo), nunca he tenido aspiraciones de

---

variaron sus prioridades con respecto a las guerrillas latinoamericanas según las razones de estado que prevalecieron en una época u otra; cf. Jorge Castañeda, *Utopia Unarmed: The Latin American Left After the Cold War* (New York: Vintage Books, 1994).

<sup>66</sup> Flores, op. cit., p. 87.

poder omnímodo [...]; con callarme el hocico estaría a toda móder en un país socialista [...].<sup>67</sup>

El intelectual orgánico le aclara a su contraparte que la crítica es factible siempre que se confine a los canales internos correspondientes. Ante lo cual se pregunta el narrador: “¿cuándo putas se podrá hacer una crítica interna?, si nomás abre uno el pocillo ya lo andan echando a la mierda y acusándolo de traidor.”<sup>68</sup> Algo que el narrador confirma cuando se entera más adelante que el propio Gordo fue ejecutado por la organización debido a “su posición crítica frente a la camarilla”.<sup>69</sup> Así, el intelectual crítico no puede sino reiterar en una conversación entre amigos escritores:

No la jodás, si en primer lugar dentro de las organizaciones no hay lucha ideológica sino centralismo democrático, o lo que es lo mismo, la camarilla hace lo que le ronca el culo. En el enfrentamiento con el enemigo también los tiratiros fijan la línea y a cualquier propuesta de un intelectual la tildan de liberal y se limpian la raya con ella.<sup>70</sup>

El problema es que “en las organizaciones se han enquistado camarillas de tiratiros que han hecho de la revolución su negocio personal” y que no vacilan en asesinar “con la pantalla de ajusticiamiento a quienes se les oponen dentro y fuera” de sus grupos.<sup>71</sup> La crítica contra la dirigencia no puede ser más clara. Las “organizaciones” y “camarillas” mencionadas en la novela tienen referentes históricos concretos: no son otras que el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), dirigido por el comandante Rolando Morán (Ricardo Ramírez), a cuyo Comité Ejecutivo perteneció el autor de *Los días de la selva* hasta su retiro hostil de la organización en 1984; las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), encabezadas por el comandante Pablo Monsanto (Jorge Soto) y

<sup>67</sup> Ibid., op. cit., pp. 209-210.

<sup>68</sup> Ibid., p. 210.

<sup>69</sup> Ibid., p. 233.

<sup>70</sup> Ibid., p. 225.

<sup>71</sup> Ibid., p. 229.

la Organización del Pueblo en Armas (ORPA), comandada por Gaspar Ilóm (Rodrigo Asturias), hijo del premio Nobel Miguel Ángel Asturias. Estos grupos, junto a un desprendimiento del PGT menos importante, conformaron la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG),<sup>72</sup> que actuó en las negociaciones de paz. Marco Antonio Flores no inventa los hechos sobre este tema y ni siquiera los exagera. La práctica extendida de ejecuciones internas de disidentes en el seno de estas organizaciones fue confirmada por diversas fuentes.<sup>73</sup>

Los matones de la contrainsurgencia secuestran finalmente al narrador. En una secuencia tipo *thriller*, éste logra fugarse espectacularmente, para averiguar que su organización, por razones obvias, estaba más bien contenta con su caída en manos del enemigo y no pensaba hacer nada por él. Todo ello determina su decisión de fugarse, con ayuda de unos pocos compañeros fieles, de un país donde tanto el régimen como las organizaciones insurgentes han hecho imposible la única postura intelectual que para el protagonista vale la pena: la independencia crítica y la libertad de creación. Este episodio se basa en la experiencia real del autor, según él permite inferir en entrevista: “Todavía en 1981, luego de que fui víctima de un intento de secuestro por parte del ejército, del que salí herido, una de las organizaciones aseguró que si los chafas no lo habían logrado, ellos sí podían hacerlo”.<sup>74</sup>

Marco Antonio Flores es sin duda uno de los novelistas que más ha escrito sobre la experiencia guerrillera en América Latina. Sus ficciones no pretenden poseer equivalencia factual y documental para cada referencia y en ese sentido no cum-

<sup>72</sup> La URNG fue apenas una sombrilla representativa hacia el exterior: “En el caso de Guatemala, no se puede hablar de una sola estrategia para la toma del poder.” —Santiago Santa Cruz Mendoza, op. cit., p. 138.

<sup>73</sup> Cf. Comisión para el Esclarecimiento Histórico de las Violaciones de los Derechos Humanos y los Hechos de Violencia que Han Causado Sufrimiento en la Población Guatemalteca (CEH), *Guatemala: Memoria del silencio*. Tomos I-XII (Guatemala: F&G Editores, 1999). Ver discusión de este tema en Capítulo 2 de este trabajo.

<sup>74</sup> En J.L. Perdomo Orellana, op. cit., p. 164.

plen con los requisitos de lo que se ha llamado el “género de testimonio”,<sup>75</sup> pero sí cumplen una función testimonial en el orden de la articulación narrativa, al producir una *verdad de la experiencia* en la mimesis de la vivencia histórica, con la ayuda de los recursos de la ficción enriquecidos por una voluntad estética, según hemos visto. Esta verdad de la experiencia corresponde, a su manera, a la verdad empírica, pero no es su doble inerte.<sup>76</sup> La verdad de la experiencia pasa por una reflexión lingüística, simbólica e imaginariamente mediada cuya perspectiva crítica niega la mera reescenificación de la vivencia del pasado, para afirmarla como espacio articulado de lo vivido. Su verdad radica en que el espacio de la experiencia se constituye como crítica de la experiencia, y no en la reproducción pasiva de los hechos. Como veremos, las ficciones de Flores inauguran una senda crítica en la cual se pueden situar las narraciones heteronormativas de la guerrilla guatemalteca, pero no se puede decir lo mismo de *Los días de la selva* de Mario Payeras, la cual no remite a otro espacio que la norma trazada de antemano en el modelo guevarista de los *Pasajes de la guerra revolucionaria*.

## El otro trauma: Mario Roberto Morales

### *Los que se fueron por la libre*

Mario Roberto Morales es autor de *Señores bajo los árboles. Brevísima relación de la destrucción de los indios* (1994),<sup>77</sup> una de las más importantes piezas sobre la violencia política es-

<sup>75</sup> Ver nota 9.

<sup>76</sup> Dice Paul Ricoeur: “...la función de reconfiguración de lo real que reconocemos en la ficción poética implica que dejemos de identificar realidad y realidad empírica o, lo que viene a ser lo mismo, que dejemos de identificar experiencia y experiencia empírica. [...] Por eso exige incluso que reconsideremos nuestro concepto convencional de verdad, es decir, que dejemos de limitarla a la coherencia lógica y a la verificación empírica, para que pueda tomarse en cuenta la pretensión de verdad vinculada con la acción transfiguradora de la ficción”. Cf. Paul Ricoeur, *Del texto a la acción* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000), p. 27.

critas en tiempos contemporáneos. Si bien esa impresionante crónica representa las voces de las víctimas de la estrategia genocida desatada contra la población maya por el ejército guatemalteco, no aborda en modo directo la experiencia guerrillera ligada a ese fenómeno. *Los que se fueron por la libre (Historia personal de la lucha armada y la guerra popular)* (1998), obra del mismo autor relacionada directamente con la experiencia guerrillera, es menos conocida y menos innovadora literariamente, pero aporta mucho a la memoria crítica de esa forma de lucha.

Morales le imprime un tono franco a su “historia personal” al dejar de lado las motivaciones bellas y políticamente correctas, para admitir una motivación innegable de muchos varones jóvenes que se metieron a guerrilleros en su generación: “yo lo que quería era ser guerrillero, y guerrillero de las FAR porque mi modelo era Turcios Lima y quería parecerme un poco a él. [...] Nada de andar estudiando [marxismo]. Quería echar reata.”<sup>78</sup> Este es el tono desenvuelto del relato, no necesariamente satírico, como el de Flores, pero sí libre de fórmulas que acarician la buena conciencia hasta dormirla. En ese tono, Morales repasa también los *thrills* o aventuras alcoholizadas de velocidad y violencia que condimentaron la lucha armada para muchos machos jóvenes. Sus comentarios al respecto atestiguan un innegable investimento de deseo:

La verdad era que yo —y como yo, mucha gente de la militancia revolucionaria sesentera— había mezclado los tragos con la militancia, no como excepción a la regla sino como regla casi sin excepción. [...] anduvimos por la ciudad con armas en la cintura, automóviles veloces y pensando que la revolución se haría cualquier día de estos, sí señor.<sup>79</sup>

Lo que sí marca a esta voz con cierta *actitud*, es la brecha entre el yo ingenuo del pasado y el yo escarmentado del pre-

<sup>77</sup> Mario Roberto Morales, *Señores bajo los árboles. Brevíssima relación de la destrucción de los indios* (Guatemala: Editorial Cultura, 2007).

<sup>78</sup> Mario Roberto Morales, op. cit., p. 9.

<sup>79</sup> Ibid., pp. 40-41.

sente narrativo, a la vez que se acude a una imputación de engaño. Sobre la facilidad con que fue reclutado para dedicar 25 años de su vida a una militancia que implicó muchas renunciaciones, Morales concluye, culpando a los compañeros que lo reclutaron: “Eso se llama embarcar gente”.<sup>80</sup> El problema con ese expediente moral es que evade la responsabilidad por el propio deseo. La lectura de estos testimonios guerrilleros revela precisamente que los involucrados *ansiaban* ‘embarcarse’ y que en cualquier caso compartieron la responsabilidad de ‘embarcarse’ mutuamente. En otras palabras, los *compañeros* se *embarcaron* juntos en un investimento de deseo colectivo (por eso son compañeros), no empece que más tarde sintieran que ese deseo fuera traicionado. La mirada de Morales basa entonces su particular ironía en la conciencia del engaño. El autor no recurre a frases hechas como ‘cuan engañado estaba’, o ‘¿qué hacía un chico como yo metido en esto’, o ‘lo debí sospechar desde un principio’, pero ésta es la actitud que proyecta el texto. Transmite una ironía simpática que encaja mayormente a coetáneos del *baby boom* ‘curados’ de las ilusiones políticas de los sesentas y setentas, además de asumir sin ambages la perspectiva de la clase media. Esa perspectiva determinó en gran medida el ya mencionado trance de alteridad social, no desprovisto de una mezcla de gozo y angustia que el contacto con una comunidad insurgente significó para algunos. Pocos narradores de la guerrilla han sabido dar cuenta de ese trance desde su perspectiva de clase con igual franqueza:

Para mí, por tanto, el desclasamiento fue algo grandioso y hasta vergüenza me daba tener carro, estudiar en la Landívar y que mi familia fuera una familia acomodada, con sirvientes y chofer y todo eso. [...] A la vez que una nueva personalidad se posesionaba de mí, el aislamiento de mi clase social y de mis expectativas de triunfo burgués se disipaban. No sabía entonces que esa era una parte importante de mí mismo, aunque mis compas y yo considerábamos esa parte como despreciable y, claro, superable.<sup>81</sup>

<sup>80</sup> Ibid., p. 9.

<sup>81</sup> Ibid., p. 24.

Materia de constatación más puntual es el testimonio de Morales a efectos de que Luis Turcios Lima, el legendario jefe de las FAR, fue efectivamente víctima de un atentado. El narrador asegura que el Mini-Cooper en el que viajaban Turcios, su novia y una segunda muchacha que resultó ser la única sobreviviente, no se volcó aquella noche de octubre de 1966 por mero exceso de velocidad, como se supuso por mucho tiempo, sino por efecto de una bomba colocada en el motor. Morales se basa en lo que años más tarde le contó la muchacha sobreviviente. Aprovecha para señalar la mano del PGT, aduciendo el descontento de los comunistas con la oposición de Turcios a la candidatura presidencial de Méndez Montenegro que ellos impulsaban.<sup>82</sup> El narrador alude así, desde el principio de su relato, a la “leyenda negra de la izquierda” a la cual su propio caso no vacila en sumarse.

Poseen valor histórico intrínseco ciertas puntualizaciones que hace Morales sobre el reposicionamiento organizativo ocurrido durante el intermedio de reflujo entre los dos ciclos de la guerrilla guatemalteca. Recordemos que para la época referida por Morales, la presidencia de Méndez Montenegro (1966-1970) ya había contrariado las expectativas de los sectores democráticos. El antiguo profesor de derecho, no empujó su hoja de vida alusiva a los ideales de Revolución de Octubre, firmó lo que hoy se conoce como el Pacto Secreto con el Ejército<sup>83</sup> y se dispuso a servir de pantalla para el *aggiornamento* del estado contrainsurgente. La ofensiva represiva,

---

<sup>82</sup> Ibid., p. 32. Existen otras conjeturas: Chiqui Ramírez atribuye la bomba a un agente local adiestrado e infiltrado por la C.I.A., Cf. Ramírez, op. cit., p. 189 y Cap. 4 de esta serie. Julio César Macías da cuenta de una investigación a propósito de la muerte de Turcios que descartó tanto la teoría de la bomba, como el sabotaje enemigo y la traición, concluyendo que se trató de un accidente, op. cit., p. 140. El volumen de textos biográficos y doctrinarios sobre Turcios Lima publicado por la Tricontinental incluye una entrevista a la segunda pasajera del automóvil y única sobreviviente, quien asegura que se trató de un accidente, Cf. Orlando Fernández, César Montes, et al. *Turcios Lima* (La Habana, Tricontinental, 1967), pp. 153-160.

<sup>83</sup> Ver texto del pacto en Miguel Ángel Sandoval, op. cit., pp. 177-180.

en ciernes desde antes de las elecciones, puso fuera de circulación a las FAR (y a casi toda expresión de oposición civil o armada) hacia 1967,<sup>84</sup> dejando en pie sólo a remanentes de la Resistencia urbana, la Regional de Occidente (FAR) y el MR-13. Pocos activistas sobrevivieron o permanecieron en Guatemala después de 1968. Morales brinda un ángulo<sup>85</sup> de cómo se reorganizaron algunos de esos resistentes, al dar cuenta del surgimiento de una organización poco conocida, que nunca pasó a formar parte de la posterior URNG. Según él, cuadros remanentes de la Regional de Occidente de las FAR profundizaron su clandestinaje en medio de la desbandada general, pasando desapercibidos. Este sector se llamaba a sí mismo la “Orga”. Asumía en términos generales la autocrítica realizada por los sobrevivientes de la guerrilla del primer ciclo, resultante en la “Carta del Frente Guerrillero Edgar Ibarra”, relacionada sobre todo con la necesidad de incorporar a la población indígena en torno a una guerra popular prolongada. Esta Regional de Occidente u “Orga”, se divide en 1976. Una mitad es la ORPA, comandada por Gaspar Ilóm, que se hace pública en 1979; la otra mitad emerge tan tarde como 1982, llamándose Movimiento Revolucionario del Pueblo Ixim (MRP). Estas mitosis proliferantes de organizaciones y siglas que asemejan una sopa de letras, invariablemente responden a pugnas de poder entre comandantes. No bien un comandante se ausenta, en Cuba o en la capital, otro le arrebató el mando, entonces el desplazado funda otro grupo con sus fieles. Ese es el caso aquí referido, en que Gaspar Ilóm aprovecha que su compañero de mando, Edgar Palma está en Cuba, para capturarle la organización. Por otro lado, no dejan de existir diferencias de concepción política.<sup>86</sup> El lazo entre sectarismo, autoritarismo y diferencias políticas sustantivas es, según estos testimonios, inextricable.

<sup>84</sup> “[...E]n agosto de 1967 ya no existía más la guerrilla rural organizada en Guatemala”—afirman Régis Debray y Ricardo Ramírez, op. cit., p. 299.

<sup>85</sup> Chiqui Ramírez, op. cit., Edmundo Urrutia, op. cit., y Miguel Ángel Sandoval, op. cit., muestran otros ángulos sugerentes de ese período, ver más adelante.

<sup>86</sup> Ibid., pp. 49, 65.

Si algo cree aprender Morales, es que “La izquierda siempre fue antropófaga de sí misma”.<sup>87</sup>

Sobre esta base de actitudes y experiencias vitales y a partir de esta trayectoria organizativa es que Mario Roberto Morales construye un *caso de denuncia* que abona a las leyendas negras de la izquierda: “Cuento esto porque es un caso típico de calumnia de izquierda, de leyenda negra de izquierda, de mentira negra de izquierda, de bravuconada de izquierda”.<sup>88</sup> Su narración de vida presenta un alegato sobre la persecución que la URNG desata contra él, y contra el MRP-Ixim, donde él militó. A juzgar por lo que dice Morales, la URNG aplicó aquí el repertorio típico del estalinismo: asesinato de disidentes, cárcel, tortura psicológica, e intento de marginación y silenciamiento. Al parecer, la razón de tal ensañamiento fue la actitud crítica de la organización rival. El MRP-Ixim emprendió una intensa actividad crítica sobre la forma en que las organizaciones integrantes de la URNG condujeron la guerra. La crítica del grupo apuntaba a los siguientes hechos:

Las guerrillas eventualmente vinculadas a la URNG, en especial el EGP, iniciaron en forma prematura acciones bélicas sin prever las consecuencias; sobre todo, sin asegurar la protección de las comunidades indígenas cuyo apoyo habían recabado con grandes promesas de triunfo inmediato.

Cuando el ejército (siguiendo el clásico objetivo contrain surgente de quitar el agua al pez) lanzó una ofensiva de corte genocida, la guerrillas *uneregeistas* se replegaron y dejaron desprotegida a la población, haciendo muy poco para impedir que el ejército guatemalteco realizara uno de los más grandes holocaustos<sup>89</sup> de la historia. Decenas de miles de indios fu-

<sup>87</sup> Ibid., p. 83.

<sup>88</sup> Ibid., p. 74.

<sup>89</sup> Entre 1981 y 1982 el ejército asesinó a más 150,000 ciudadanos de ancestro maya mediante procedimientos especialmente diseñados para paralizar de terror a grandes grupos humanos: masacres a la luz del día escenificadas como orgías de sangre, selección de víctimas especialmente vulnerables, como niños, mujeres embarazadas y ancianos; tortura, mutilación, quema de cuerpos, destrucción de medios de vida; cf. Mario Roberto Morales: *Señores bajo los árboles. Brevisima relación de la destrucción de los indios*, op. cit.; CEH, *Guatemala: memoria del silencio*, op. cit.

eron masacrados en cuestión de meses a partir de 1981. En contraste con estos hechos, los comandantes guerrilleros, guarecidos en sus zonas de repliegue, proclamaban que la guerrilla permanecía intacta y triunfante.

Para 1982, cuando oficialmente se constituyó la URNG, el ejército le había propinado una derrota estratégica a la guerrilla: había diezmado y paralizado de terror a las antiguas bases indígenas, consiguiendo el propósito de quitarle el agua al pez. Por otro lado, la comandancia de la URNG habían perdido legitimidad política ante una población indígena que se vio abandonada por sus autoproclamados liberadores. Sin acometer una crítica profunda de estos acontecimientos, la URNG propagaba lo que Morales llama, “la mentira de la década”.<sup>90</sup> Su activa red de solidaridad y propaganda mantenía a nivel internacional la imagen de que estaba ganando la guerra, gracias a lo cual se aseguraba un flujo de recursos y un aparato burocrático que no correspondía a su actividad real en el terreno.

Con el señalamiento crítico de estos hechos, según Morales, el MRP-Ixim pretendía superar la derrota estratégica sufrida por las fuerzas revolucionarias, sobre las bases de un debate amplio y una unidad real de la izquierda guatemalteca. La respuesta del EGP, principal integrante de la URNG, no se hizo esperar:

En un frente nuestro cerca de la frontera con México, la gente del EGP había llegado a unas aldeas [indígenas] organizadas y amenazado con la muerte a quienes no se pasaran a su organización. Los *egipcios* [EGP], habían exigido también a nuestros compas que izaran las banderas del EGP en sus aldeas. Ante la negativa de los compas nuestros, los egipcios procedieron a fusilar a 32 compañeros del Ixim y a torturar a otros 20.<sup>91</sup>

Morales, en sus funciones de portavoz internacional del MRP-Ixim, realizó una gira de denuncia de estos hechos en Nicaragua y Costa Rica. Él mismo asegura, aunque de pasa-

<sup>90</sup> Ibid., p. 93.

<sup>91</sup> Ibid., p. 92.

da, que su denuncia fue escuchada eventualmente por las entidades internacionales que más apoyaban a la URNG, como el gobierno sandinista, el gobierno cubano y otras, y que ello condujo a cierto distanciamiento de la comunidad internacional de izquierda con respecto a las pretensiones de la URNG. Pero en el lapso de tiempo que les tomó a las denuncias de Morales surtir su efecto, la URNG, en complicidad con algunos funcionarios sandinistas, consiguió hacer pasar al incómodo denunciante por una traumática experiencia de encierro y tortura psicológica en una prisión de Managua destinada a disidentes políticos.

Mario Roberto Morales atestigua que la experiencia guerrillera produjo en él *otro trauma* no siempre considerado junto al trauma derivado del combate con el enemigo: esto es, el trauma de la represión sufrida en el interior de la insurgencia, ya sea a manos de la propia organización o de organizaciones rivales. Morales implica que este traumatismo puede tener efectos tanto o más perniciosos psicológicamente que el inducido por el enemigo contrainsurgente. No sería difícil comprenderlo, si tomamos en cuenta que al ser inducido por aquel gran *super-yo* (la Revolución) al que el sujeto ha adherido su capacidad misma de desear, este tipo de traumatismo en cierta manera le confisca su deseo, lo desidentifica del mismo y lo despoja de su sentido de identidad. Se trata incluso de algo más que un robo, ya que el sujeto siente que le ha donado su deseo al *super-yo*, pero éste le responde ultrajando ese deseo.

El interés especial de la narración de Morales radica en la manera en que articula su trauma como espacio crítico. Cabe considerar que no sólo el estado es imputable de violaciones de los derechos humanos, se puede argumentar que otros sujetos de poder que le disputan el monopolio de la violencia al estado hasta el punto que operan en ciertos ámbitos como entes para-estatales también son imputables de violaciones a los derechos humanos. Ese es el caso de Mario Roberto Morales, quien fuera reprimido por instituciones guerrilleras precisamente por intentar narrar, con sus versiones de los acontecimientos, otra experiencia de la guerrilla. La posibilidad de afirmar su otra experiencia en el ejercicio de la crítica consti-

tuye una reivindicación inherente a las motivaciones básicas de su acción política originaria. Con ello se afirma el derecho de ese *otro trauma*, y de la crítica que posibilita, a pertenecer al legado de la experiencia guerrillera.

### **La resistencia ética: Edmundo Urrutia**

#### ***Naufragio de las palabras***

Sin recurrir al arsenal modernista y verbal de Marco Antonio Flores, Edmundo Urrutia construye una novela de gran penetración en la suma de incertidumbres que componen las convicciones de sus personajes. Para ello al narrador omnisciente en tercera persona le basta moverse en un estilo indirecto convencional. Los hechos corresponden al reflujo político de entre décadas al que nos hemos referido. Se alude, por ejemplo, al secuestro y asesinato del embajador estadounidense Gordon Mein en agosto de 1968 y a la conmovedora muerte de Michèle Firsk.<sup>92</sup> El protagonista, un jovencito de clase trabajadora llamado Rodrigo, ansía participar en lo que el imaginario de la izquierda revolucionaria de la época considera “la forma más alta de lucha”, atribuyéndole una superioridad automática a las situaciones que suscitan el recurso a la fuerza,

<sup>92</sup> La novela menciona el suicidio de “la francesa Sophie, agente de la inteligencia cubana que estaba en Guatemala haciéndose pasar por periodista y en realidad evaluando la situación de la guerrilla luego de la debacle de los pasados tres años”; cf. Edmundo Urrutia, op. cit., p. 17. Cuando fuerzas combinadas la detectaron y penetraron en su apartamento, la joven Michèle Firk presumiblemente se suicidó para evitar la violación y la tortura a que el ejército sometía a casi todas sus prisioneras antes de asesinarlas. (Meses antes la estudiante de arquitectura y ex reina de belleza Rogelia Cruz había sido violada, torturada y asesinada por los militares.) Cf. Régis Debray y Ricardo Ramírez (Rolando Morán), op. cit., p. 311; Julio César Macías, op. cit., pp. 87-88. Originariamente militante del Partido Comunista Francés, la teórica de cine de la revista *Positif*, que participó en la lucha argelina y entregó su vida en tareas de solidaridad anticolonial, no ha sido olvidada: cf. Terk Boris, *Michèle Firsk est restée au Guatemala. Portrait d'une cineaste en armes* (Paris: Syllepsie, 2004).

pues “veía con desdén todo el trabajo [político] que no estaba ligado directamente a la lucha armada”.<sup>93</sup> Aunque para nada Rodrigo se cuestiona en qué consiste esa superioridad de la acción armada, emerge en él un principio de turbación cuando se le concede la oportunidad:

Supuestamente debía estar alegre de todos modos porque tener una escuadra significaba que iba a tener la acción que tanto había deseado, y que tanto había insistido en tener. [...] Pero esa noche sus emociones eran confusas. A la vez que sentía la excitación de pensar que iba a enfrentarse al enemigo, saldar las cuentas con el mal, castigar al poderoso, vivir el peligro de una acción, sentía que daba pasos hacia algo desconocido, abismal, que caminaba hacia algo que no podía describir, que le producía cierta ansiedad y que se asemejaba a la pérdida de algo que no podía entender [...].<sup>94</sup>

Mas esa turbación en un principio no puede más que su deseo de cumplir el rito de pasaje masculino que para muchos compañeros constituyó “la primera acción”: matar a alguien. Generalmente este alguien podía ser un esbirro policíaco o militar. Pero muchas veces era el usual “traidor”. Según vimos en capítulos anteriores, matar al traidor cobra especial importancia en el imaginario guerrillero de la acción trazado por modelos como el de Guevara o Payeras, hasta el punto que el asunto puede ocupar más páginas que el combate con el enemigo. Es una acción que refunda la ley dominante (de la fuerza) en el seno mismo de la actividad insurgente que pretende interrumpir esa ley (según encarnada por el estado). Interrumpir el monopolio de la violencia del estado supone entonces reclamarlo para sí, que no es otra cosa que refundar la ley misma (de la fuerza) que se combate.<sup>95</sup> La novela de Urrutia gira en torno a este problema, destacándolo como interrogante ética fundamental de la lucha armada.

<sup>93</sup> Ibid., p. 21.

<sup>94</sup> Urrutia, op. cit., p. 13.

<sup>95</sup> Cf. Michel Foucault, *El pensamiento del afuera*. Trad. Manuel Larranz Lázaro (Valencia: Pre-Textos, 2004), pp. 51-52. Ver epígrafe al Cap. 1.

Pese a las crecientes incertidumbres que lo acechan, Rodrigo prosigue su rito de pasaje hacia la hombría, que en el limitado repertorio de los modelos de acción que le ofrece el contexto histórico a jóvenes guatemaltecos como él, resulta coincidir con su “pasaje al círculo de los que han abrazado el camino del peligro, el heroísmo, y la revolución”.<sup>96</sup> El poder del modelo que abraza es mitológico, poblado de “proezas de guerrilleros legendarios como Canción, Jara, Nils, Chema Vides, Fuguché, Turcios Lima [...]”. Sus fantasías lo llevan a recombinar los episodios famosos de estos héroes masculinos, figurándose en su lugar. El significativo gesto de matarse con la última bala que queda para evadir la captura “encarnaba la esencia de la masculinidad, todo lo que significaba ser un hombre: enfrentar la muerte consciente y fría”.<sup>97</sup> Esta pulsión de muerte imaginaria también tiene sus afluencias hormonales, expresadas en la atracción hacia Isabel, la jovencita recién ingresada en la clandestinidad que lo intriga. Ellos dos se inauguran en el trance de alteridad al que hemos aludido, proporcionado por la vida insurgente:

La tarde era asoleada y calurosa y el mundo caminaba sobre los rieles de una normalidad a la que Isabel y Rodrigo no pertenecían. Ambos eran conscientes de que no eran personas ordinarias, que estaban involucrados en algo especial, fuera de lo común, que no pertenecían al devenir normal de la vida de los demás. Les agradaba sentir esa aureola de excepcionalidad y misterio que solamente ellos conocían. [...] Los dos sentían menosprecio hacia las vidas de los otros, con sus pequeñas tribulaciones cotidianas, sus penas triviales y fugaces alegrías.

Pero, pese al anticipo de vivencia utópica que en un principio parece depararle la vida clandestina, las dudas de Rodrigo continúan acumulándose, siquiera tan sólo porque obtiene

<sup>96</sup> Urrutia, op. cit., p. 15.

<sup>97</sup> Ibid., p. 29.

oportunidad de reflexionar durante el período en que se le pospone su prometido debut en “la acción” por la falta grave de disparar accidentalmente la primer arma que le confían (este accidente, muy común en debutantes guerrilleros, mime-tiza algo así como una *ejeculatio precox*).

Lucio, el tipo del guerrillero intelectual que lidia sin mucha suerte con las faenas “antropofágicas”<sup>98</sup> de la comandancia, no interactúa mucho con Rodrigo, pero su voz expande conceptualmente las turbaciones del colega menor. Lucio es el vehículo del narrador para formular varias tesis críticas sobre la experiencia guerrillera en su país. Aparte de las críticas contra el autoritarismo, el caudillismo y la impermeabilidad de la dirigencia ante cualquier reflexión política seria manifestada por las bases, Lucio expone (en sus reflexiones interiores) la convicción de que el modelo del foco guerrillero nunca ha sido superado por las organizaciones guatemaltecas, ni siquiera en el segundo ciclo, a cuyos preparativos él asiste. Advierte que los comandantes que habían pasado por la autocritica posterior a la debacle del 1967 decían haber dejado atrás el foquismo, “[p]ero al parecer no era así, se mantenían firmes y vivas las confiadas y fáciles creencias que sostenían la estrategia de Régis Debray y del Che Guevara”.<sup>99</sup> Más allá del cuestionamiento del foquismo, el texto arriba al cuestionamiento explícito, desde una posición de izquierda, de la estrategia armada en que se han involucrado por décadas tantos ciudadanos del país. Lucio cita a “un guatemalteco exiliado en México”, en el sentido de que...

[...] la guerrilla le había dado al ejército y a las clases dominantes la excusa para destruir a toda la oposición, a aquellos individuos y grupos que no estaban involucrados en la guerra, que, incluso, no estaban de acuerdo con la lucha armada y se oponían a ella. Me acuerdo que me dijo: se les dio el pretexto para eliminar a la izquierda moderada y desarmada, a todos

<sup>98</sup> Sobre la “antropofagia” sectaria, ver sección anterior. Lucio se enfrenta a la orden de la comandancia de “subir a la montaña”, dirigida a cancelar su creciente liderato en la resistencia urbana.

<sup>99</sup> *Ibid.*, p. 72.

aquellos que preconizaban cambios, que demandaban mayor participación política y mejores condiciones de vida para el pueblo, pero por medios pacíficos. Han sido esos sectores quienes han sufrido más la represión porque son los más desguarnecidos.<sup>100</sup>

Esta alusión al exiliado en México coincide con lo que hemos referido de Alfredo Guerra Borges, el ya citado dirigente comunista que se opuso desde principios de los sesentas a la opción de la lucha armada en el seno del Comité Central del PGT, y que además ha reconocido luego que ese curso, aunque incorrecto, resultó históricamente inevitable.<sup>101</sup> Esta referencia histórica se fortalece en otros episodios del texto donde Lucio vuelve a rememorar expresiones coincidentes hechas por un “viejo militante del PGT”, un tal “Miguel Ángel Gutiérrez”, a quien ha visitado en México y que le comenta su oposición temprana a la lucha armada, añadiendo, con respecto a las posibilidades del momento en que habla (presumiblemente 1970, según la cronología interna de la novela):

La lucha armada no tiene ninguna posibilidad en Guatemala y lo único que se logra es una polarización de las fuerzas políticas, la unidad de las clases dominantes alrededor de sus expresiones más reaccionarias por un lado, y por otro una política de represión y de exclusión de parte del estado.<sup>102</sup>

La novela se publicó en 1998, por lo que se podría decir que estas palabras pretenden constatar lo que la historia verificó al cabo de la derrota estratégica de la guerrilla en 1982 y la firma de los acuerdos de paz en 1996.

Si el personaje de Lucio provee soporte a la deriva crítica de esta novela, Rodrigo le imparte la tónica existencial. Finalmente se le concede la oportunidad tan ansiada del “pasaje a la acción”, es decir, a “las formas más altas de lucha”, cuando su jefe inmediato, Abel, le asigna ejecutar al Chino, jefe de

<sup>100</sup> Ibid., p. 41.

<sup>101</sup> Ver primera sección de este capítulo.

<sup>102</sup> Ibid., p. 114.

otra sección que se ha rajado en la tortura y ha colaborado con el ejército: “Abel calculaba que Rodrigo sufriría una metamorfosis al tener que matar así, a sangre fría y, entonces, se haría duro, severo, frío, dejaría todas esas sensiblerías que lo caracterizaban”. En un principio Rodrigo “no cabía de gozo y estuvo muy serio y concentrado en todo el proceso de preparación”.<sup>103</sup> Sin embargo, una vez la célula secuestra al Chino y Rodrigo tiene que enfrentarse a la humanidad de su antiguo compañero, doblegar su cuerpo asustado, escuchar sus confesiones bajo un “turbulento interrogatorio” y soportar sus imploraciones de clemencia, siente “una fractura de su yo”.<sup>104</sup> En el momento en que le toca cumplir su rol de verdugo, Rodrigo se salta fuera de su rol y del modelo de “guerrillero heroico” al que venía condicionándose, para entrar en lo que Maurice Blanchot ha llamado “la relación neutra”:

La situación era tan abrumadora para Rodrigo que su yo se anegó en angustia, convirtiendo su subjetividad en puro reflejo mudo de lo que pasaba. El adolescente se convirtió totalmente en lo que percibía, perdiendo la dimensión de sí mismo. Frente al forcejeo del Chino y sus gritos, “¡no me fusilen! ¡no me fusilen!”, Rodrigo perdió su fuerza de voluntad y durante el transcurso de los eventos, se movió en el espacio siguiendo el movimiento de los otros, como el actor que en una obra de teatro ha olvidado su papel y se mueve y habla determinado por la acción y las palabras de los otros. Si alguien hubiera tratado de tocarlo en ese momento, seguramente hubiera pasado a través de él, no hubiera tocado nada porque Rodrigo había perdido toda sustancia.<sup>105</sup>

Rodrigo en fin, ha accedido a la relación con el otro “que excluye cualquier relación o cualquier referencia a otra relación que pudiera englobarla”<sup>106</sup> Blanchot la llama “relación neutra”, no porque sea indiferente a la posición del otro, sino porque es indiferente a toda posición, rol, meta, programa, concepto

<sup>103</sup> Ibid. p. 152.

<sup>104</sup> Ibid., p. 157.

<sup>105</sup> Ibid., p. 160.

<sup>106</sup> Ibid., p. 111.

o ideología que pudiera intervenir en la relación con el otro. Blanchot vincula esta “relación neutra”, en su diálogo con Emmanuel Levinas, al surgimiento de la ética. En el pasaje citado, Urrutia muestra de manera inmejorable el momento de la discontinuidad existencial, de la completa suspensión en que sobreviene lo que Blanchot llama “la resistencia ética”, es decir “la resistencia de lo que no resiste a nada” frente a la cara del otro...

[...] que veo alzarse ‘desde el fondo de aquellos ojos sin defensa’ [...] Ante la cara —subraya Levinas— *ya no soy poder*. Y esto es la cara: que ante ella la imposibilidad de matar —el “No matarás”— se pronuncie a partir, precisamente, de aquello que se expone del todo a mi poder de dar la muerte.<sup>107</sup>

En la escena en que accede a la “relación neutra”, Rodrigo queda suspendido como un actor sin rol que jugar y sin “sustancia” propia precisamente porque queda traspasado por la mirada del otro más allá y más acá de toda identidad, papel o máscara posible (ya sea de verdugo, traidor, héroe, o justiciero) en este encuentro del todo-poder con el sin-poder. Así, el teatro de la ley de la fuerza es interrumpido por la suspensión ética. Además está decir, que a partir de su renuncia a matar, Rodrigo renuncia también a la guerrilla. La reflexión del narrador casi se funde en determinado momento con la de Rodrigo a partir de este episodio. Da la impresión que después de todo, el narrador en algún momento de su vida fue Rodrigo. Él insiste en calificar la experiencia ética de Rodrigo como un “no acto”, desprovisto además de cualquier intención “humanitaria”. Con ello, a mi juicio, desliga el acto ético de todo modelo de acción preestablecido, así como de cualquier proyecto, obra o voluntad, para destacarlo cual evento de *pasividad radical*. La *pasividad radical* implica el rechazo de unos modelos dados de la acción recurriendo a modos de conducta que

<sup>107</sup> Maurice Blanchot, Trad. Pierre de Place, *El diálogo inconcluso* (Caracas: Monte Ávila, 1996), p. 104.

lucen o aparentan ser pasivos, es decir, “no actos” desde la perspectiva dominante.<sup>108</sup>

El tratamiento que Edmundo Urrutia le confiere a la escena del asesinato fundante tan crucial en muchas narraciones guerrilleras revela especial honestidad literaria cuando se le compara con la solución filisteo que Mario Payeras le impone al mismo tema en su testimonio *Los días de la selva*, al pretender estetizar el momento e imprimirle un toque pedagógico mediante la cursi alusión al canto de los pájaros y la moraleja final (“desde entonces fuimos mejores”).<sup>109</sup>

### Chiqui Ramírez

#### ***La guerra de los 36 años vista con ojos de mujer de izquierda***

El primer ciclo de la guerrilla guatemalteca apenas se beneficia de la participación de mujeres en sus frentes rurales, pero éstas sí contribuyen de manera crucial a la resistencia urbana, a pesar de constituir una clara minoría. En el segundo ciclo la participación femenina se expande a los frentes rurales, sobre todo con el ingreso de contingentes considerables de mujeres indígenas. Sin embargo, las mujeres nunca acceden a los altos mandos estratégicos en el curso de la insurgencia, algo que no debe sorprender en la subcultura masculina de la violencia propia de la tradición guerrillera, sólo relativa y gradualmente permeable al mensaje de igualdad de género contenido en su programa de modernización e igualdad social. Mujeres que han actuado en diferentes niveles de dirección o próximos a éstos, han narrado la experiencia guerrillera de Guatemala. Son notables las narraciones de Yolanda Colom, Aura Marina Arriola y Chiqui Ramírez.<sup>110</sup> Destaca la última por su aguda perspectiva crítica.

<sup>108</sup> Cf. Thomas Carl Wall, *Radical Passivity: Levinas, Blanchot and Agamben* (New York: State University of New York Press, 2002), passim.

<sup>109</sup> Mario Payeras, *Los días de la selva* (Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1982), pp. 49-51. Ver análisis en el Capítulo 2.

<sup>110</sup> Cf. Yolanda Colom, *Mujeres en la alborada* (1998), op. cit.; Aura Marina Arriola, *Ese obstinado vivir* (2000), op. cit. y Chiqui Ramírez, *La guerra de los 36 años* (2001), op. cit..

Indudablemente, la perspectiva crítica de Chiqui Ramírez toma como punto de mira sus “ojos de mujer”, pero esto no debe llevarnos a suponer que el campo visual de tales “ojos de mujer” se limita a temas relacionados con “la participación de la mujer” (i.e., desigualdad, machismo o maternidad en la guerrilla), ni a la supuesta capacidad femenina de percibir mejor las relaciones humanas y los detalles de la cotidianidad. Sí, todo eso está ahí, pero insertado en una visión integral en la que figuran reflexiones políticas y estratégicas atinentes a los más diversos aspectos de una insurgencia de amplio impacto y duración. Para empezar, ésta y las demás narradoras de la guerrilla distan mucho de la imagen condescendiente de la “compita” que asumen algunos homólogos suyos en sus escritos.<sup>111</sup> Alguien que evita ese tipo de imagen es Edmundo Urrutia, quien, casualmente, en la novela *Naufragio de las palabras* presenta a un personaje cuyo referente histórico bien pudiera ser la autora que nos ocupa:

En ese momento alguien tocó la puerta. Era Chiqui. Entró con su común actitud desafiante, su pelo cortísimo y sus jeans flojos. Era bonita, delgada, un poco descuidada y desnutrida. La confianza en sí misma dentro de la organización la había edificado desde que descubrió su sangre fría ese día en el que, vestida de monja, ajustició a un policía judicial conocido como torturador, sacando de debajo de los hábitos religiosos una inexorable ametralladora. Colocó una escuadra Browning y también una granada sobre la mesa [...] <sup>112</sup>

La Chiqui de esta novela documental pudiera también *no* ser Chiqui Ramírez, pero en todo caso presenta una imagen que tiene menos que ver con la “compita” representada por algunos narradores masculinos de la guerrilla, pues se acerca mucho más a la narradora del relato que estamos interpretando en la medida en que habla de una persona con plena “confianza en sí misma dentro de la organización”.

Chiqui Ramírez, una vez cerrado el largo capítulo de las armas, con plena confianza en sí misma dentro de la izquierda

<sup>111</sup> Cf. Mario Roberto Morales, op. cit., passim.

<sup>112</sup> Edmundo Urrutia, op. cit., p. 93.

y dentro de la ciudadanía democrática en la que cree, articula una visión histórico-política de la insurgencia. Se la ha ganado, no con la teatralidad de la escena novelística antes citada (que nunca está demás), sino con una práctica política consciente y reflexiva de la insurgencia que cruza los dos ciclos de la guerrilla y más de dos décadas. Sus percepciones, análisis, críticas e iniciativas incisivas han conllevado, en un medio político autoritario y militarizado, marginaciones, castigos, amenazas y “congelaciones” aplicadas por la propia izquierda en la que ha militado. Chiqui Ramírez también fue encarcelada durante meses por el gobierno sandinista, como lo fue el escritor guatemalteco Mario Roberto Morales,<sup>113</sup> aunque en el caso de ella estas medidas represivas no se relacionan con un choque sectario entre organizaciones rivales, sino con los celos, la inseguridad y la hostilidad que suscita en los dirigentes (aún en otras mujeres dirigentes) precisamente la voz de una mujer “con confianza en sí misma dentro de la organización”. En agrupaciones políticas con ideologías rígidas, y con mecanismos de legitimación basados en la ascendencia militar, una voz crítica femenina tiende a quedar permanentemente contrarrestada por el mayor arraigo de la supremacía masculina en subculturas de la violencia. La mujer puede negociar esa hostilidad de fondo en la medida en que se supedita al modelo de conducta que se le asigna (de “compita” o sombra de los jefes que muchas veces son sus parejas) y si se ciñe a los dogmas establecidos, pero no si asume una voz crítica e independiente. Se han dado excepciones en ciertos lugares por breves períodos que confirman la regla.<sup>114</sup>

Un hilo conductor en las reflexiones político-militares de Chiqui Ramírez es la constatación de que...

La guerra que libró el Ejército en Guatemala fue contra la población civil desarmada, no contra un ejército insurgente. La

<sup>113</sup> Ver sección dedicada a Morales en este capítulo.

<sup>114</sup> Para el caso de Nicaragua, cf. Mónica Baltodano, “Mujeres inconvenientes”, entrevista realizada por Claudia Korol, Sao Paulo, 2003.

guerrilla, por su parte, nunca, después del Comandante Yon Sosa, se propuso disputar realmente al Estado guatemalteco, ni el terreno, ni la población. Nunca se pasó de la guerra de guerrillas, de la guerra de hostigamiento. De allí, aunque hubo cruentos combates, en donde valientemente murieron hombres y mujeres de la guerrilla, que jamás a nivel nacional se llegó a una guerra de movimientos y menos de posiciones, como tenía que haber sido para tomar el poder.<sup>115</sup>

La narradora expone este juicio cuando narra su actividad en la selva del Petén en el Frente Mardoqueo Guardado de las FAR, en los años inmediatamente posteriores a la ofensiva contrainsurgente genocida de 1981-1982, que algunos consideran le infringió una derrota estratégica a la guerrilla en su conjunto.<sup>116</sup> La pregunta que surge cuando se mira este período, es ¿qué hizo la guerrilla durante todo el tiempo que se extiende entre 1981 y 1996, cuando firma la paz y se desmantela? Ramírez nos permite arribar a una conclusión clara: ocuparon todo ese tiempo precisamente en sostener las apariencias mínimas de una actividad insurgente. No es difícil razonar, a partir de ahí, que este empeño en mantener a toda costa las señales, aunque fueran mínimas, de un estado de insurgencia larvado tuvo la función, dada la disminución de la base popular real de las organizaciones afectas a la URNG, resultante del genocidio

<sup>115</sup> Chiqui Ramírez, op. cit., 293.

<sup>116</sup> Ello se concluye en el análisis realizado por Mario Payeras en abril de 1985. Por razones obvias, él no usa el termino “derrota” pero se refiere al cumplimiento de los objetivos del enemigo, a la pérdida de la iniciativa estratégica por parte de la guerrilla, y a la necesidad de “recuperación de la lucha revolucionaria”, en fin. Cf. Mario Payeras, *Los fusiles de octubre*, (México: Juan Pablos Editor, 1991), pp. 44, 56-58. Otro narrador sí menciona la “derrota estratégica” en esas palabras: “Para el EGP, esos golpes [la ofensiva contrainsurgente genocida de 1981-1982] habían significado una derrota militar estratégica para la toma del poder por esa vía. La represión, el terror y el control de la población disminuyeron en forma dramática esa posibilidad”. Santiago Santa Cruz Mendoza, op. cit., p. 126. Este autor no admite en iguales términos una derrota estratégica tan temprana para su propia organización (ORPA), pero su evaluación de la situación general de la guerrilla no difiere, en sustancia, de la del EGP.

de 1981-1982, de proveerle una pantalla de legitimidad beligerante a los comandantes durante la larga búsqueda de una salida negociada que se extiende hasta 1996.<sup>117</sup> Se asumió una estrategia de presión, contención y control de daño, con “desgastantes ciclos de avances y retrocesos”<sup>118</sup> que realmente correspondía al abandono del objetivo estratégico de la toma del poder.<sup>119</sup> En este caso se puede decir que fueron muchos los embarcados, pues quienes seguían hablando y recabando apoyo en aras de hacer la revolución ya no pensaban exactamente en *hacerla*, sino en negociar una salida airosa.

En suma, que se trataba, a partir del 1982, de una guerrilla del *como si*, librada por comandantes que habían asumido, conciente o inconcientemente actuar *como si* no se hubiera sufrido un revés catastrófico ante la masacre de las decenas de miles de campesinos mayas que constituyeron su base socio-política y como si estuvieran en condiciones de extender una guerra que en verdad se reducía a su mínima expresión sobre el terreno táctico y estratégico. La narradora empieza a constatar esta escandalosa verdad tan pronto arriba al Petén. Tras regresar a su país y reincorporarse a las FAR como “un acto de desesperación”<sup>120</sup> se enfrenta al “desencanto de la guerra que no se hace”. El primer proyecto que se le asigna, montar una estación de radio, es una farsa: “[...] el técnico no

<sup>117</sup> Cf. Mario Roberto Morales, “Oralitura y Testinovel (Prólogo)”, *Señores bajo los árboles. Brevísima relación de la destrucción de los indios*, op. cit., pp. 7-18.

<sup>118</sup> Santiago Santa Cruz Mendoza, op. cit., p. 174.

<sup>119</sup> Ello trasluce en declaraciones del comandante citado, cercano a la cúpula de la ORPA, en previsión de los planes para 1986: “En los meses finales de 1985 se comenzaron a crear las condiciones para un cambio regional que desembocaría irremisiblemente en las soluciones político-negociadas de los conflictos armados”; y más adelante: “Esta nueva situación [1989] no auguraba un panorama propicio para el mantenimiento de un esfuerzo bélico, sino más bien para una solución político-negociada. Para ésta teníamos que llegar en la mejor posición de fuerza posible, descartando la opción de la victoria militar”. Cf. Santiago Santa Cruz Mendoza, op. cit., p. 119.

<sup>120</sup> “Mi reincorporación a la lucha guatemalteca fue más que nada un acto de desesperación”, Ramírez, op. cit., p. 274.

era técnico; ni el político era político; ni el sargento funcionaba como sargento. Y yo desarmada [...]”<sup>121</sup>

Las iniciativas subsiguientes de Ramírez, basadas en su suposición de que se ha reincorporado a la organización y se le ha designado como cuadro intermedio para hacer algo, se topan con la obstrucción y la hostilidad de la comandancia regional. Ella organiza una campaña de reclutamiento popular con unidades móviles de teatro y propaganda. Pero es desautorizada por el jefe militar del Petén, quien aduce: “Se nos va a meter un montón de gente y no sabemos qué hacer con ella”.<sup>122</sup> Ella establece reuniones de compañeras para discutir la discriminación y “la utilización sexual que se hacía de las mujeres”,<sup>123</sup> pero los comandantes les prohíben a las mujeres de la guerrilla reunirse solas. Las iniciativas de Ramírez para ampliar la base social de la guerrilla también se detienen por falta de interés de la dirección. Así sucede con el intento de aplicar nuevas tácticas hacia las PAC. Las Patrullas de Autodefensa Civil constituyeron un vasto sistema de control de la población. Casi un millón de indígenas fueron encuadrados por el ejército en milicias destinadas a vigilar y servir de avanzada de las tropas regulares en la represión. Resistir el reclutamiento conllevaba la muerte inmediata para estos campesinos. La guerrilla quedaba en la posición insostenible de atacar a esta población cautiva.<sup>124</sup> Ramírez y su equipo más inmediato de compañeros establecen acuerdos de no agresión con las PAC, lo que le permite a la guerrilla neutralizar a estos civiles militarizados sin alienarse grandes sectores y poder actuar con más libertad contra el ejército. Tales iniciativas, muy lógicas en una insurgencia *bona fide*, se interpretan con hostilidad y celo por el jefe militar inmediato, un tal capitán Oswaldo. La cúpula, léase Pablo Monsanto (Jorge Soto) parece haber apoyado a Ramírez en ciertos reclamos, pero sin mucha efectividad. Las fricciones aumentan hasta que los compañeros de

<sup>121</sup> *Ibid.*, p. 277.

<sup>122</sup> *Ibid.*, p. 281.

<sup>123</sup> *Ibid.*, p. 288.

<sup>124</sup> CEH, *Guatemala: Causas y orígenes del enfrentamiento armado interno*. (Guatemala: F&G Editores, 2000), pp. 146-147.

Chiqui Ramírez temen que sea asesinada por órdenes de los oficiales guerrilleros disgustados con ella y le crean una escolta de seguridad. En verdad las constantes iniciativas de una dirigente intermedia que se tomaba la guerra de guerrillas en serio exponían la mediocridad de la jefatura guerrillera.

Según ella señala, la imagen de la guerrilla entre los pobladores del área era cada vez más negativa,<sup>125</sup> los jefes regionales alienaban a la población con una actitud de miedo y sospecha hacia los civiles: “Este temor se había cultivado por una ausencia de combates planificados, la inanición de la tropa, los problemas internos, la corrupción de los altos mandos, tráfico de influencias”.<sup>126</sup> Encima, la guerrilla había realizado redadas de tipo estalinista, de limpieza y ajusticiamiento, matando civiles sospechosos del área. Esta actitud de maltrato a la población de parte de los frentes guerrilleros del Petén se verifica precisamente en la coyuntura de la infame campaña contrainsurgente de 1982:

El terror impuesto por el Estado guatemalteco arrasando aldeas, asesinando a sus moradores [...], empujó a los campesinos a las filas insurgentes. Esta incorporación masiva de la población pudo haber desembocado en una insurrección nacional, de haber sido guiada adecuadamente. Pero no fue aprovechada por la izquierda. Había armas y hombres dispuestos al combate, pero la dirección político-militar brilló por su ausencia, como otras veces.<sup>127</sup>

Mientras tanto, los mandos regionales, según la descripción de Ramírez, actuaban como tiranuelos de la selva que mantenían un régimen de maltrato hacia sus subordinados, de despotismo sexual hacia las mujeres,<sup>128</sup> de tráfico de privilegios y poderes. En última instancia sus intereses coincidieron con los de los altos mandos del ejército, por lo que ambos bandos llegaron a coincidir en la estrategia de no atacarse mutuamente, mientras los cuadros medios de ambas organizacio-

<sup>125</sup> Ramírez, op. cit., p. 291.

<sup>126</sup> Ibid., p. 288.

<sup>127</sup> Ibid., p. 279.

<sup>128</sup> Ibid., p. 283.

nes, ejército y guerrilla, “cargaban el peso de la tropa”. Dice Ramírez, hablando por los cuadros intermedios que “muchos fuimos purgados, amenazados y eliminados por nuestros propios compañeros [de los altos mandos].”<sup>129</sup>

Como resultado de sus posturas críticas en el Petén, Chiqui Ramírez fue sacada de la selva y “congelada” en una casa de seguridad en la capital, para esperar una entrevista con el comandante en jefe de las FAR, Pablo Monsanto (Jorge Soto), la cual le fue concedida al cabo de un año y medio. Después de una conversación con él, cuyo contenido ella apenas refiere con palabras reticentes, Chiqui Ramírez sale al exilio.

Así se coronan, como con un portazo sonoro de reclamos reverberantes, estas memorias de un trayecto político que comienza en la temprana juventud de la narradora a principios de los sesentas. Los últimos episodios de su militancia en el Petén la retratan como una militante dotada de iniciativa, con juicio propio, con actitud reflexiva. Los episodios previos no permiten deducir si la militancia de la memorialista siempre tuvo el mismo tesón afirmativo. Esa parte del texto está armada como un álbum o collage que intercala fechas, listas de nombres, fotos, textos noticiosos de época que parecen recortados de periódicos, citas de documentos partidarios y organizativos, fragmentos de manuales de contrainsurgencia y anécdotas de la insurgencia, unas chuscas y otras trágicas, además de breves reflexiones políticas de la autora y algunos recuentos de experiencias suyas. El conjunto crea un efecto más memorial que autobiográfico. Logra sobre todo suscitar la efervescencia política de principios de los sesentas, las ideas, los eventos, las emociones y la estructura sensorial y sentimental compartida por una generación.

Se desprende de los capítulos iniciales que gran parte del espíritu democrático y crítico de la narradora pudo gestarse en las luchas de masas que originaron su vocación política. Ella fue una activista femenina y estudiantil<sup>130</sup> desde antes de

<sup>129</sup> Ibid., p. 292.

<sup>130</sup> Milita en asociaciones estudiantiles y luego en la Juventud Patriótica del Trabajo (JPT – comunista). Eventualmente llega a ser encargada de propaganda nacional del PGT.

las famosas jornadas de abril y mayo de 1962, las cuales fueron el resultado de un intenso activismo juvenil inspirado por la tradición de la Revolución de Octubre de 1944. Fue el amplio trabajo político de masas de una generación que asume la tradición de lucha democrática anterior y logra imprimirle el *sensorium* de la época, nuevos lenguajes, nuevas sensibilidades y expectativas, lo que desembocó en la eclosión pre-insurreccional. En marzo y abril de 1962 un compacto pero extraordinariamente capaz e influyente sector de jóvenes activistas toman, mediante acciones cívicas que convocan a amplios sectores, el espacio ciudadano que el estado contrainsurgente les estrechaba y cerraba. Sectores urbanos fueron “territorios liberados” por semanas. El gobierno ilegítimo de Idígoras se tambaleó. Esta experiencia les proporciona a los jóvenes un germen de identidad política que busca definirse y afirmarse en el espacio nacional. La clase política no reconoce campo de maniobra ni de negociación, por lo que se impone la represión. A partir de las jornadas de 1962 cristaliza entonces la opción de la lucha armada, pero lo hace como desbordamiento o intento de desbloqueo de una efervescencia democrática obstruida. El sector juvenil democrático ingresó a la lucha armada para expresar por otras vías el impulso de participación y agencia que el estado y una sociedad civil estrechísima le frustraban, por lo que la lucha armada fue un intento de continuar el movimiento juvenil que ya había comenzado a renovar políticamente su entorno nacional.

El imaginario militante de Chiqui Ramírez participa mucho de la Revolución de Octubre de 1944, no sólo porque la vive como herencia familiar muy próxima, sino porque participó en el intento de su generación de hacerla suya, como demuestran las primeras páginas de sus memorias. El imaginario de Octubre no salió del molde revolucionario más dogmático gestado con el impacto de la Revolución Cubana, y que se impuso *in crescendo* desde los sesentas hasta los setentas.<sup>131</sup> La transfe-

<sup>131</sup> Es notable que Chiqui Ramírez no muestra mayor deslumbramiento con la revolución cubana; de hecho, critica fuertemente las desigualdades y el autoritarismo que observa en la isla durante su

rencia de una herencia gestada en luchas de masas urbana a un nuevo molde compartimentado y cerrado, como el que impone la insurgencia moderna, indudablemente causó disloques. Esa transferencia se relaciona con lo que hemos llamado aquí el trance de alteridad, de dislocamiento de la vida social cotidiana que supone la creación de un espacio de vida insurgente, de comunidad insurgente: “Nos organizaron en la clandestinidad y nos preparamos para abandonar en cualquier momento las aulas estudiantiles y los hogares paternos”.<sup>132</sup> Ramírez ingresa a ese *afuera* de lo social y se convierte en encargada nacional de los Grupos de Agitación y propaganda de la Resistencia urbana.<sup>133</sup> Es significativo en ese sentido el señalamiento de la narradora de que el machismo de los compañeros y la sumisión de las compañeras se incrementó con el ingreso de gente que no venía de la lucha de masas vinculada a la herencia de la Revolución de Octubre, que entró directamente a la acción armada. Cabe citar *in extenso* sus reflexiones sobre las relaciones de género en ese momento histórico-político desde la perspectiva de las muchachas militantes:

Las mujeres, pocas por cierto, tuvimos que enfrentarnos al machismo exacerbado de los nuevos compañeros militaristas. Ya no se trataba de los compañeros de los primeros años de lucha, con quienes se compartían ideales de igualdad y oportunidades para la mujer, no.

[...]

A las mujeres nos quisieron relegar [a partir de entonces] a las tareas propias de la mujer, incluyendo la función sexual para solaz de los compas dentro de la organización, a lo que algunas nos opusimos violentamente desde el principio, logrando cierto grado de reconocimiento a la experiencia acumulada en años anteriores y por nuestra actitud firme y correcta. Es larga la lista de casos en que las mujeres fueron marginadas de cargos de dirección políticos y militares, haciendo que la participación de la mujer en las filas revolucionarias fuera y sea escasa.

---

exilio allí, y resiente la influencia ideológica de los revolucionarios cubanos en Guatemala, op. cit., cap. 12.

<sup>132</sup> Ibid., p. 102.

<sup>133</sup> Ibid., pp. 146-147.

Otras, impresionadas por los guerrilleros valientes, olorosos a sudor, tabaco, pólvora y sexo, caían enamoradas sin pensar mucho [...]. La falta de conciencia de ellas, los desvaríos amorosos de los muchachos, los problemas económicos y la agudización de la represión, más las golpizas que muchas de ellas recibían, provocó que algunas mujeres denunciaran a sus propios maridos [ante las fuerzas represivas].<sup>134</sup>

Uno de los pocos y breves recuentos relacionados con la vida personal de la memorialista la presentan embarazada, recibiendo los parabienes de los más admirados guerreros de la resistencia, Camilo Sánchez, Percy Jacobs (Canción) y Sustos, y luego pariendo en el hospital, corriendo el riesgo de ser identificada, recibiendo la visita clandestina del marido<sup>135</sup> (que toma un receso del combate) y al fin dando a luz nueva vida justo en los momentos en que escucha los rumores de la muerte de Camilo Sánchez y Michéle Firk acaecidas durante la salvaje ofensiva contrainsurgente de esos meses, que descalabró a la guerrilla del primer ciclo.<sup>136</sup> La hemorragia de parto no le impide levantarse y buscar a un contacto clandestino en el hospital para obtener información sobre la muerte de Camilo. Vida y muerte, espacios políticos, íntimos y corporales se tocan y entrecruzan. Los ciclos de vida de la narradora intersecan los ciclos de la insurgencia, en una trayectoria vital que en momentos se le revela como un destino funesto cuando entra en una casa de seguridad vacía, que en verdad es metáfora, con su vaciamiento de toda señal de vida hogareña, del trastoque de la vida social que opera la clandestinidad, ella se dice: “Me había absorbido la clandestinidad. Un vacío se instaló en mi corazón preparándome para la inminencia de la muerte, mi tristeza por esa generación que estaba siendo mutilada [...] se hizo crónica”).<sup>137</sup> Ése es el espacio de la al-

<sup>134</sup> *Ibid.*, pp. 130-131.

<sup>135</sup> El esposo de la autora en esa época era Arturo Berganza Bocalletti, quien cayera abatido en combate pocos años más tarde cuando ingresara, sin la aprobación de ella, al germen de lo que sería la ORPA.

<sup>136</sup> *Ibid.*, pp. 217-221.

<sup>137</sup> *Ibid.*, pp. 125-126.

teridad que le depara la opción fatal de su época y lugar. El trance impreso en su piel y en su memoria a lo largo de la guerra de los 36 años, cuyos fragmentos ha ido recogiendo y guardando para producir una narración que en sí misma levanta otra experiencia, la experiencia de la afirmación crítica que le permite salir de las trampas del pasado dando un portazo definitivo.

### **Narraciones normativas y mixtas: crónica del desgaste**

Las narraciones guerrilleras del corpus guatemalteco que llamamos normativas y mixtas se caracterizan por mantener su mimesis de la acción en un plano representacional de la experiencia insurgente que apenas acomete una elaboración crítica y mucho menos convierten dicha elaboración en una experiencia por sí misma, es decir, que no construyen la experiencia narrativa como negación, en el sentido que hemos planteado desde el principio. Las que hemos designado como mixtas muestran algún asomo de catarsis crítica, pero no se distinguen mucho de las normativas. Sus desviaciones con respecto al modelo realmente giran sobre desacuerdos personales, señalamientos de errores y, sobretodo, sentimientos de postergación personal. Prevalece en las narraciones mixtas y normativas el modelo guevarista de la acción y de la narración o, en casos que enfocan actividades no siempre relacionadas con el combate, el modelo guerrillero de la política de izquierda en general. Tanto el carácter de estas narraciones para repetirse unas a otras, como la propia entropía histórica del accionar foquista dan cuenta del desgaste de dicho modelo y en cierta manera se produce el efecto de una vieja película pasada en reversa.

*TRUENO EN LA CIUDAD* (1987), de Mario Payeras, es un texto mixto, que oscila entre la norma y su crítica. Presenta un contraste enorme con *Los días de la selva* (1981). Se podría haber titulado “Última hora en la ciudad”, pues el *tempo* y el ritmo se aceleran dramáticamente. Además, lo que en *Los días de la selva* toma años en construir, un foco de acción político-militar,

en *Trueno en la ciudad* se desbanda en semanas.<sup>138</sup> Lo que en la primera es germinación, en la segunda es terminación. El testimonio de la lucha urbana asume una andadura de *thriller*. Su recuento de los incidentes relacionados con la destrucción del aparato de resistencia urbana del EGP durante la ofensiva antiguerrillera de 1981 acude a varios motivos de modelación y ejemplaridad de la típica narración guerrillera (epitafios-homenajes a los caídos, descripción selectiva de hazañas, contrastes entre héroes y traidores, glorificación de la frialdad operativa). Por otra parte, la narración muestra los límites del modelo político-militar ante una acción contrainsurgente modernizada<sup>139</sup> y vincula dichos límites al carácter artificial de las organizaciones urbanas, convertidas “en retaguardia aparatista o en caja de resonancia de la guerra de guerrillas” sin arraigo en el activismo popular propio de la ciudad.<sup>140</sup> Aun así, sólo el “Prólogo”, fechado en 1987, cuatro años después de la narración, se refiere a la necesidad de abandonar del todo el modelo político-militar para construir un “instrumento político”. El relato minucioso de los golpes que una nueva maquinaria de contrainsurgencia<sup>141</sup> va propinando a la organización clandestina de la ciudad, acompañado de la enumeración de incontables fallas concretas de la estructura guerrillera urbana emprendida aquí por Payeras, funciona como un expediente contra el modelo político-militar, pero no es explícito.

<sup>138</sup> Anota Dirk Kruijt: “Desde mediados de 1981 a principios de 1982 las operaciones de inteligencia llevaron a la destrucción de 28 casas de seguridad de la URNG en la ciudad de Guatemala. La guerrilla nunca pudo recuperarse de este golpe”. Cf. op. cit., p. 70 nota.

<sup>139</sup> La contrainsurgencia coteja bases de datos urbanos (facturas de electricidad, registros de propiedad) para detectar casas de seguridad, alterna la tortura con comodidades para poner al prisionero a escribir su autobiografía o sus conceptos político-militares, y otras; ver op. cit., pp. 71, 82-83.

<sup>140</sup> Mario Payeras, op. cit., pp. 11, 71 y *passim*.

<sup>141</sup> En esos años, informa Dirk Kruijt, “[c]omo parte de su campaña de contrainteligencia, la inteligencia del Ejército de Guatemala se valió de un programa de computadora elaborado por el Mossad de Israel, diseñado para detectar casas de seguridad, que consistía en rastrear aumentos significativos de consumo eléctrico en residencias urbanas”. Cf. op. cit., p. 142.

La crítica de Payeras siempre es analítica. Siempre habla el comandante, con su mirada táctica y estratégica de conjunto. Las escenas son ejemplos, casos útiles para la demostración de un argumento, pero ese argumento crítico no se desarrolla como experiencia vital del narrador ni de los personajes. El único momento en que el narrador se instala directamente en el seno de la experiencia vivida, lo hace en tercera persona, refiriéndose a “el autor”. Ese momento rescata la escena ideal de escritura del *autor como guerrillero*, inmerso, con su máquina de escribir, en el texto que leemos y en la acción que ese texto presenta, creando un efecto de *mis-en-abîme* o puesta en abismo. En una casa de seguridad, mientras la contrainsurgencia asedia las calles y los compañeros andan en misiones secretas, el comandante escribe y escribe, presumiblemente el propio texto que narra ese momento, *Trueno en la ciudad*, acompañado de una taza de café, una metralleta *Scorpion* a un lado y una pistola *Beretta* al otro, sin faltar el envase de gasolina para quemar los documentos en caso de irrupción de las fuerzas enemigas.<sup>142</sup> Indudablemente, esa escena del *escritor armado* es la que sigue autorizando la voz de uno de los más coherentes narradores e ideólogos del foco, en la época de su vida en que se apresta a hacer su transición hacia la crítica teórica definitiva del foquismo y de las formas de acción política revolucionaria que le son tributarias.<sup>143</sup> Pero él nunca instala su arte narrativo en el seno de esa crítica, es decir en el seno de la negación de la experiencia como forma crítica de la experiencia.

Mucho menos lo hace Julio César Macías, quien también arma, en su narración *LA GUERRILLA FUE MI CAMINO*, todo un anecdotario a ratos memorialista y a ratos autobiográfico sin abandonar una incoherente posición discursiva de tercera persona. Para asumir esa incómoda tercera persona, el narrador se desdobra, en una maniobra interesante, entre el autor con

<sup>142</sup> Payeras, op. cit., p. 55.

<sup>143</sup> En 1984 Payeras y su esposa Yolanda Colom renuncian al EGP y fundan una organización política que pretende, sin éxito, refundar una estrategia de masas, no militarista, llamada Octubre Revolucionario.

nombre real, y el protagonista en tercera persona que lleva su legendario nombre de guerra, César Montes. A ello responde el sugestivo subtítulo, *Epitafio para César Montes*. Sin embargo, tal desdoblamiento no conduce a la dialéctica negativa con respecto a los valores foquistas que parece anunciar, más bien sirve de comodín para intercalar, sin mayor sonrojo, incontables loas y semblanzas admirativas de ese “otro yo” cuyo “epitafio” se redacta.

Así, Julio César Macías presenta el expediente extraordinario de César Montes, imagen viva del eterno guerrillero loadado en las trovas de Silvio Rodríguez, (“La última vez lo vi irse entre humo y metralla... / Iba matando canallas con su cañón de futuro”). César Montes es el hombre que estuvo en todos los grandes escenarios de la revolución centroamericana y conoció a todos sus protagonistas: como segundo al mando junto a Luis Turcios Lima en el inaugural Frente Guerrillero Edgar Ibarra de las FAR, comandando la expedición de implantación del EGP en el Ixcán (si bien Mario Payeras hace todo lo posible por no mencionarlo), junto a los comandantes de Guazapa en la guerrilla salvadoreña y asesorando a los sandinistas en la lucha contra los “contras”. El texto presenta una extensa secuencia, no siempre cronológica, de breves secciones con títulos alusivos a escenarios, personas o eventos notables de la guerra revolucionaria, señalando en qué medida Montes lo protagonizó o presenció, impartiendo opiniones más bien reticentes y en ocasiones enigmáticas. Arma de ese modo un nutrido anecdotario que bien podría hacer las veces de libro de consulta sobre la experiencia revolucionaria centroamericana y los chismes y vericuetos del mundillo guerrillero. Su pluma registra también el salvajismo del régimen contrainsurgente, las vidas que destrozó, y dedica semblanzas sobrias a los caídos, con particular reconocimiento de importantes mujeres de la militancia. Algunos pasajes de resumen histórico son plagiados *ad verbatim* del conocido texto de Debray y Ramírez sobre la primera insurgencia guatemalteca.<sup>144</sup> El recuento de

<sup>144</sup> Cf. Julio César Macías, op. cit., pp. 150-151; Régis Debray y Ricardo Ramírez, op. cit., pp. 293-294.

las reuniones que Montes sostiene con Fidel Castro después que la ofensiva contrainsurgente de 1966-1967 desbandara a la guerrilla chapina, confirma la manera en que la relación cubana con la guerrilla guatemalteca oscilaba entre facilitar e impedir su desarrollo, según se inclinara la política internacionalista de los “ñángaras” (comunistas cubanos en el argot guerrillero):

Al volver a la casa del comandante Castro, se reinició la conversación. Fidel propuso que viajaran de regreso con César unos cuarenta internacionalistas cubanos, casi todos con grado de comandantes. “Serán absolutamente leales”, afirmó.

—¿Leales a quién?, preguntó César.

—Fidel se molestó: “Coño, carajo, ¿quién eres tú, jovencito imberbe,<sup>145</sup> para responderme con esa pregunta? ¿Qué quieres decir?”

—Bueno, que cuando más adelante usted les ordene regresar y yo les ordene quedarse, ¿a quién le harán más caso?<sup>146</sup>

A renglón seguido César Montes le reclama a Castro que se abstenga de retener en Cuba a unos 50 combatientes guatemaltecos (refugiados en Cuba) a quienes no deja salir hacia Guatemala por no concordar con la manera en que los jefes chapines conducen la guerra en su propio país. Es significativo que pocos días después de esa conversación reportada por Macías, el 7 de octubre de 1967, caería Guevara en Bolivia. La expedición boliviana de Guevara había seguido precisamente el modelo internacional-foquista que Castro acababa de proponerle a Montes: es decir, el expediente de penetrar un país o región al mando de un grupo archiselecto de combatientes internacionalistas con la intención de generar *ab ovo* un movimiento popular insurreccional. No queda claro si se pretende

<sup>145</sup> Tómese en cuenta que la primera guerrilla guatemalteca fue un movimiento esencialmente juvenil, es decir, literalmente “imberbe”. Con excepción de Ricardo Ramírez, el oficial guerrillero más viejo tenía 26 años a la sazón. Cf. Timothy Wickham-Crowley, op. cit., p. 20.

<sup>146</sup> Julio César Macías, op. cit., pp. 179-180.

dar conducción política y militar centralizada desde La Habana. Montes sospecha del aspecto “internacionalista” de dicho modelo en el que le parece que se insinúa un control cubano, pero no así su fundamento político-militar. Montes narra también las vivencias de un largo periplo por Vietnam y Corea, aparentemente recabando fuentes alternativas de apoyo, pero su recuento no es explícito al respecto. Salta sin transición y sin explicaciones al proyecto de invasión cubano-guatemalteca que finalmente se puso en marcha, sin que quede claro cuál era el grado de control guatemalteco o cubano en el mismo. Los planes de invasión fueron recibidos de diversa manera por la insurgencia guatemalteca que permanecía luchando sobre el terreno después de la salvaje ofensiva antiguerrillera del 1966-1967. La entonces encargada nacional de propaganda de la Resistencia urbana, Chiqui Ramírez, da cuenta de su oposición en su libro aquí comentado.<sup>147</sup> El plan era bastante aparatoso; contemplaba desembarcos marítimos y paracaidísticos combinados por la frontera entre Belice y México. Pero Castro lo canceló a última hora:

Cuando todo estaba preparado le dijeron a César que el Comandante Fidel Castro recomendaba no volver a Guatemala, que había objetivamente un reflujo en la guerra de guerrillas en América Latina, que deberían esperar un mejor momento más adelante. [César Montes] no aceptó las sugerencias y pidió fechas de salida.

Nuevamente le comunicaron que decía Fidel que corrían el peligro que los mataran a todos, que quién se creía César, que si ya habían matado al comandante Guevara [...] <sup>148</sup>

El gobierno cubano se desconecta entonces de los insurgentes guatemaltecos vinculados a César Montes (el eventual

<sup>147</sup> “¡Y para qué queremos nosotros a los cubanos en las filas guerrilleras guatemaltecas! —grité, indignada. [...] E]l mismo Fidel Castro había diseñado la táctica y estrategia del desembarco, con mapas de Guatemala y delegando funciones en cada uno de los compañeros. Querían nada menos repetir la historia del desembarco [del Granma...]”. Chiqui Ramírez, *op. cit.*, pp. 212-213.

<sup>148</sup> Julio César Macías, *op. cit.*, pp. 210-211.

EGP) y estos ejecutan a riesgo y cuenta propia un nuevo plan de expedición, mucho menos aparatoso, que los colocará en el Ixcán en 1971. No fue fácil lograr que el gobierno cubano permitiera la salida de Cuba del grupo, a juzgar por las cartas que Aura Marina Arriola debió cursarle a Castro solicitando la libertad de movimiento para su marido y otros integrantes del EGP.<sup>149</sup> Estas desavenencias operacionales marcan los límites de la experiencia crítica del relato de Julio César Macías sobre las aventuras de su admirado doble, César Montes.

Aura Marina Arriola y Yolanda Colom tienen en común haber sido parejas de comandantes históricos de la guerrilla guatemalteca (Ricardo Ramírez, alias *Rolando Morán*, y Mario Payeras, alias *Benedicto*). Ambas se iniciaron en la militancia de izquierda y en la clandestinidad por cuenta propia, conociendo luego a sus compañeros de vida. Pero su experiencia en la insurgencia estuvo muy vinculada a ese lazo consensual y político, que no debe subestimarse en organizaciones político-militares con estructuras de autoridad piramidal y vertical como las comandadas por sus maridos. Como dice Edgar Gutiérrez, refiriéndose a una de las organizaciones, “los cuadros medios resentían el poder de las mujeres en la dirección que se ejercía de manera informal a través del círculo de ‘las mujeres de los comandantes’”.<sup>150</sup> Ambas, Yolanda y Aura, narran desde posiciones privilegiadas (pero expuestas al escrutinio público) que les inducen a guardar discreción aún tras la clausura de la experiencia guerrillera. La voz más atrevida es la de Aura Marina Arriola, quien en la autobiografía política, *ESE OBSTINADO SOBREVIVIR* (2000), da a entender que su espíritu independiente y crítico le significó la marginación en las organizaciones dirigidas por su pareja. Reporta con detalles el chisme que Régis Debray, a principios de los setentas, les lleva a los cubanos con respecto a

<sup>149</sup> Aura Marina Arriola, op. cit., pp. 168-172.

<sup>150</sup> Edgar Gutiérrez, “¿Quién quiso asaltar el cielo? Encuentros y Desencuentros de la Izquierda en Guatemala”, en Edelberto Torres Rivas, comp., *Guatemala, izquierdas en transición*. (Guatemala: FLAC-SO / Magna Terra Editores, 1994), p. 72, n. 9.

los contactos que ella sostiene con trotskistas de París.<sup>151</sup> Estos y otros factores le valen a Arriola un prolongado ostracismo en Europa que la aliena de la organización y de su marido, si bien mantiene la militancia en el exterior, que incluye tareas de apoyo logístico y diplomático. Sus memorias analizan diversos momentos del proceso revolucionario de su país, partiendo de la premisa de que, si fue cierto que la opción de la lucha armada resultó inevitable, también “fue un error pasar directamente a las acciones armadas, porque se descuidó toda la experiencia de masas acumulada en ese momento [1962] de tensión en la sociedad civil”.<sup>152</sup> Sobre su compañero Ricardo Ramírez, aparte de reconocer su brillantez, apunta el impedimento de su sectarismo y la medida en que permitió que la larga estancia en un medio tan “terriblemente machista” como el cubano, marginara de la discusión política a las mujeres de la organización, incluida ella misma.<sup>153</sup> Es preciso recordar que Ramírez fue el comunista guatemalteco que se asiló junto al Che en la embajada mexicana durante el golpe contra Jacobo Arbenz de 1954, trabando una amistad inaugural para el argentino, quien luego fue padrino del hijo de Arriola y Ramírez. Esta relación tuvo indudable peso en la relación del líder guatemalteco con el régimen revolucionario cubano. El hijo de la pareja Arriola-Ramírez y ahijado del Che, en efecto prologa el libro de su madre, pero marca distancias con respecto a sus posturas críticas.

Yolanda Colom incurre menos en la crítica y abunda en excelentes descripciones de la inclemencia de la lucha guerrillera rural. Por razones obvias de adaptación física y aislamiento, muy pocas mujeres ladinas de origen urbano soportaron largas estadias en “la montaña” y Colom figura entre esas pocas. *MUJERES EN LA ALBORADA* (1998) tiene la virtud de no idealizar la cotidianidad guerrillera rural ni la participación de las muje-

<sup>151</sup> Ver la correspondencia que documenta el asunto en *ibid.*, pp. 173-185.

<sup>152</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>153</sup> *Ibid.*, pp. 43 y 62.

res en la misma. Da cuenta del rigor extraordinario, realmente aniquilador, que impone el medio selvático y montañoso guatemalteco, agravado por los continuos movimientos, con cargas enormes y equipo limitadísimo que tuvieron que sostener las guerreras y guerreros de su época ante la implacable persecución de una contrainsurgencia adiestrada y equipada por Estados Unidos e Israel. El lector siente que se desvanece con las descripciones de continuas subidas y bajadas de cerros, las cargas en la espalda, la humedad, el acecho de alimañas, el escozor de la vegetación. En comparación con la experiencia aquí descrita, los *Pasajes de la guerra revolucionaria* del Che Guevara, parecen un *pic-nic* británico a la vera del río Avon. La selva le ofrece a la narradora, sin embargo, un desafío ambiguo: “alternativamente me exasperó, me alucinó, me cautivó”.<sup>154</sup>

Las reflexiones políticas de Yolanda Colom giran en torno a las limitaciones que el EGP nunca logró superar. El relato comienza donde termina *Los días de la selva*. Mario Payeras nunca la menciona a ella, pero ella sí lo menciona y convierte la obra en un homenaje al esposo y compañero de armas. Ella explica cómo la incapacidad para constituir una columna madre (como la creada por Fidel Castro y conceptualizada por Guevara en *Pasajes de la guerra revolucionaria*), deja desprovista a la guerrilla de una columna vertebral efectiva, estancando su desarrollo. Empleando otras palabras, ella apunta a la incapacidad para pasar de la guerra de hostigamientos a la guerra de movimientos según lo prescribe la teoría guerrillera. Atribuye ese problema a varios factores:

La subestimación de la política era generalizada dentro de la organización, incluso en la capital donde al principio cifrábamos nuestras esperanzas. Numerosos compañeros consideraban que hacer política —y por lo tanto, pensar, dirigir y actuar políticamente— era perder el tiempo. Y orientar a las masas a que impulsaran luchas amplias, amparadas en una ley que sólo existía en el papel, era mandarlas al matadero. Más bien decían que debíamos armarlas para que arrebatáramos el poder y que luego habría tiempo para prepararnos y

<sup>154</sup> Yolanda Colom, op. cit., p. 195.

formar el partido. En la configuración de este pensamiento influían varios factores. Entre ellos la práctica conservadora, politiquera y oportunista de los partidos políticos existentes; la impunidad y la intolerancia del régimen que provocaban el exilio o el asesinato de aquellos intelectuales, políticos y luchadores sociales que levantarán banderas de democracia y justicia social; la herencia militarista y cortoplacista de las guerrillas de la década anterior; y, finalmente, la influencia foquista cubana.<sup>155</sup>

La ceguera política se traduce, según ella, en incapacidad militar, reflejada en la dificultad del EGP para contar con un número de cuadros políticamente capacitados con la iniciativa que se necesita para crecer, interactuar con la población y abrir nuevos radios de acción. Esa ceguera es incluso incapaz de aprovechar el germen de alteridad social y política que en primer lugar atrae a los campesinos a ingresar en la guerrilla:

Les atraía la vida en colectividad y el trato fraternal que privaba entre nosotros; el modo respetuoso y la actitud de escuchar que les expresábamos; la convicción que mostrábamos sobre la necesidad de luchar por una sociedad justa. Intuían en nuestra vida compensaciones que la suya no les daba.<sup>156</sup>

Las inclemencias naturales y represivas narradas por Yolanda Colom, la descripción del machismo enfrentado, no tanto en el seno de la guerrilla, sino de las comunidades que ésta abordaba y las limitaciones en la concepción y práctica de esa forma de lucha, no parecen borrar en su narración el germen de otra vida posible que, después de todo, constituye un legado perdurable de su experiencia.

*EL SUEÑO QUEBRADO* (2004), de Plinio Eduardo Cortés es una crónica profundamente marcada por la derrota y el sentido de inutilidad del sacrificio. El relato permanece en el ámbito de la fatalidad al insistir en dar constancia de la heroicidad del com-

<sup>155</sup> Ibid., p. 197.

<sup>156</sup> Ibid., p. 276.

batiente de base, cuestionando la postura de negociación final de los comandantes,<sup>157</sup> sin entrar en una crítica del modelo mismo de la acción abrazada. Cortés militó en el frente universitario del EGP, participando en episodios que coinciden con el proceso descrito en *Trueno en la ciudad*, de Mario Payeras. Un examen detallado permitiría confrontar las visiones que sobre un mismo evento tienen el estratega letrado y el militante de base. Es reveladora la reacción del jovencito de entonces ante significativas manifestaciones de militarismo y machismo que predominaron en la época. El narrador se refiere así a una sesión de entrenamiento:

Algo no me gustó de ese entrenamiento. Danilo se creía el gallito. Posero a más no poder. Se creía un Rambo proletario. Esas poses, creía yo, contradecían el valor de la humildad que debía poseer un guerrillero. Comenzó a desvanecerse en mí la idea del hombre nuevo que propugnaba la organización, porque dentro del mismo EGP había hombres y mujeres con deficiencias y fallas muy serias.<sup>158</sup>

Quizás ese jovencito que fue el narrador de *El sueño quebrado* figurara entre el puñado de jóvenes uniformados que Payeras describe cuando participan en una anacrónica ceremonia guevarista de incorporación a la guerrilla, celebrada en una casa de seguridad urbana, con palabras de ternura que no asumen responsabilidad por la muerte muy probable a la que van destinados los compañeritos, dada la situación tan precaria que vivía la estructura urbana.<sup>159</sup> El escepticismo del narrador de *El sueño quebrado* hacia los rituales del *hombre nuevo* produce ruido de interferencia si se le cita al lado de la evocación fervorosa del comandante escritor. Eduardo Plinio Cortés transmite un sentimiento de decepción profunda que contrapone el idealismo de los militantes a la incapacidad de los dirigentes para cumplir con los sueños que les ofrecieron. Payeras se extiende dando explicaciones estratégicas y teóri-

<sup>157</sup> Plinio Eduardo Cortés, op. cit., pp. 16, 138.

<sup>158</sup> Ibid., p. 121.

<sup>159</sup> Payeras, *Trueno en la ciudad*, op. cit., p. 57.

cas de la derrota. A Cortés no le interesa eso. Le interesan las señas de un fracaso humano y moral. Quiere hacer constar que los estrategas no estuvieron a la altura del heroísmo y el espíritu de entrega con que actuaron los militantes de base. Hacia el final el texto adjunta un elocuente “Recuento de daños”, una simple enumeración de bajas que habla por sí misma, constataando la siega aniquiladora que el estado oligárquico aplicó contra jóvenes que albergaron un sueño:

Pipirino y Chus murieron luego de abandonar el Paraninfo Universitario donde estaban siendo velados los restos de los caídos en la Embajada de España. Tras la invasión de la policía en la delegación diplomática murieron Quincho, otro compañero de Economía y Magali, una compañera a la que nunca conocí. Ana María murió salvajemente torturada. La capturaron viva cuando realizaba un sabotaje en el centro capitalino. El Chero chiquito murió en circunstancias que desconozco. Venancio y Benjamín cayeron en San Lucas Sacatepéquez, víctimas de las balas de soldados que atacaron el reducto. Isaías y otro compañero murieron despedazados por el artefacto explosivo que debían colocar en la carretera a El Salvador. Felipe cayó en una casa que ocupó el ejército. Mosco y Pelusa fueron secuestrados y nunca aparecieron.<sup>160</sup>

...Y así prosigue la enumeración por varios renglones seguidos. Es la nómina de peones caídos que Cortés antepone al ajedrez del estratega Payeras.

*LOS AÑOS DE LA RESISTENCIA* (1998) y *LA HORA CERO EN TIEMPOS DE GUERRA* (1997), de Miguel Ángel Sandoval y Ángel Cantú Aragón son textos redactados para decir “¡Yo también estuve ahí, no lo olviden!”, más que para expresar alguna reflexión, reclamo, crítica, perspectiva o interrogante singular sobre la experiencia guerrillera. Aparte de corroborar y añadir algunos detalles históricos, no parecen enunciar nada especial. El primero narra algunos eventos de la resistencia urbana de los sesentas y provee retratos plásticos de caídos célebres. El segundo narra estampas más bien anodinas de la campaña de las segundas

<sup>160</sup> Cortés, op. cit., p. 276.

FAR en el Petén. Ello se acompaña de una notoria ausencia de combate y acción insurgente concreta. Destaca una notable afición por las costumbres alimenticias y excrementicias de la guerrilla. Se pueden contar decenas de páginas seguidas dedicadas a pormenorizar estos menesteres y sus resultados. El narrador se sirve además de la más mínima oportunidad brindada por el relato para adular a los comandantes de las FAR, en especial, al Comandante en Jefe. Quizás esta afición se relacione con la anterior.

Santiago Santa Cruz Mendoza demuestra, por otro lado, desde el interior de una concepción guevarista con la que podemos o no coincidir, una versión más consistente de lo que es la lealtad al comandante de una fuerza militar o a un jefe político, sea o no revolucionario. Su actitud lo coloca, salvadas las distancias, en la liga de guerreros escritores como Bernal Díaz del Castillo. No empece a que eventualmente el capitán Santa Cruz asciende al grado de comandante, mantiene su identificación vital con el guerrillero de a pie, elige permanecer siempre en el terreno de combate, y es capaz de criticar con dureza a su jefe político-militar y rechazar por principios una orden a riesgo de recibir represalias, sin vulnerar una lealtad militante básica. Su narración, *INSURGENTES* (2004), es una crónica de servicio militar, más que revolucionario, que emula ciertos rasgos del Guevara narrador, como la sobriedad emocional, la capacidad de encarar errores propios y ajenos, la perseverancia ante la adversidad, y el reconocimiento de las derrotas.

El texto de Santa Cruz es también una crónica del desgaste. Registra y confirma el agotamiento operativo y político de determinada concepción revolucionaria de la lucha armada. Dicha constatación es tanto más válida por cuanto viene de uno de los últimos guevaristas, de alguien que asumió hasta el final el concepto de la guerra de guerrillas, perseverando frente a enormes adversidades en la rigurosa aplicación del mismo, verificando su imposibilidad en el curso de los días, meses y años que empeñó en ello hasta testimoniar la autocombustión final del impulso al que nunca renunció. La paradoja es que, precisamente por no renunciar nunca al modelo militarista de

la acción revolucionaria, la terca práctica guerrera de Santa Cruz se va vaciando de contenido político revolucionario. Con él el guevarismo se momifica, preservado en su pura envoltura militarista. Para emplear el vocabulario de Badiou, en este caso, la originaria fidelidad al acontecimiento (revolucionario) se degrada en fidelidad al simulacro del evento.<sup>161</sup>

Santa Cruz nos presenta la historia de un combatiente de la revolución que poseyó todas las credenciales. Médico de profesión, se inició en la guerrilla de la ORPA en 1981 por convencimiento idealista. Su familia también ingresó a la insurgencia. En ella perdió trágicamente tres hermanos y otra cantidad de primos. El recuento de su carrera político-militar no elabora temas de disidencia o desencanto político. Su única confrontación con el Comandante en Jefe (Gaspar Illom / Rodrigo Asturias), en 1993, responde a diferencias operativas, a una crisis de confianza de tipo profesional. Regresa a la organización sin mayor cuestionamiento político de fondo tan pronto pasa la crisis en sus relaciones con Asturias. Por eso las palabras de este narrador tienen un peso especial, su recuento profesionalista de la misión a la que tercamente se apega, irónicamente lo asimila al espíritu de cualquier otro cuerpo militar, incluido el propio ejército guatemalteco al que ha combatido. No es de extrañar que la parte final del libro que reporta las amistosas reuniones de los oficiales guerrilleros con los oficiales del ejército en el marco de las negociaciones de paz, revelen una franca solidaridad gremial entre los representantes de los bandos formalmente hostiles, en cuya descripción casi celebratoria el autor logra insinuar, sin proponérselo, una perturbadora complicidad subyacente.<sup>162</sup>

Pero el relato es candorosamente aburrido. No podemos atribuirle el aburrimiento a su estilo culto y correcto ni a la

<sup>161</sup> Alain Badiou, op. cit., p. 74.

<sup>162</sup> Sobre las negociaciones secretas y acuerdos recíprocos de impunidad entre altos mandos militares y comandantes guerrilleros durante las negociaciones de paz en Guatemala, ver Mario Roberto Morales, "La izquierda en el entresiglo: los principios y el realismo político", en Edelberto Torres Rivas, comp., *Guatemala, izquierdas en transición*, op. cit., pp. 57-59 y ss.

voz narrativa que discurre sobre incidencias de combate con inteligencia, aunque cierto vocabulario de manual militar lastra la lectura. El principal problema es que el narrador pretende contar lo que hizo y no hizo durante casi 15 años de guerrilla,<sup>163</sup> le asigna un capítulo a cada año, y todos son más o menos iguales. En fin, el último guevarista no tiene una *buena aventura* que contar. El relato guerrillero ya aburre porque no pasa nada nuevo. Ello corresponde, por supuesto al hecho de que Santa Cruz, no empece “la euforia y efervescencia revolucionarias”<sup>164</sup> testimoniadas, realmente ingresa a la guerrilla justo en el punto de inflexión (1981-1982) en que se verifica la derrota estratégica de la misma, resultante de las acciones genocidas del ejército que literalmente eliminan la base popular de la insurgencia. No importa que la dirigencia lo haya reconocido o no, lo cierto es que la actividad insurgente se estanca desde esas fechas, según todos los criterios políticos y militares pertinentes,<sup>165</sup> y de ahí en adelante pasa por un lento desgaste. Esto es válido para todos los frentes guerrilleros, de los cuales se puede decir lo mismo que Santa Cruz dice con respecto a la ORPA: “Objetivamente, no pudimos lograr el mantenimiento y desarrollo de los propósitos, viviendo desgastantes ciclos de avances y retrocesos”.<sup>166</sup> El narrador, con una franqueza estoica que recuerda a Guevara cuando relata su fracaso en el Congo, reconoce el paulatino desgaste a lo largo de la crónica:

Lo lamentable era que seguía la reducción de combatientes, sin visualizar la forma de evitarla y remontarla. [...] En tres años nos habíamos reducido a menos de la mitad. [...] El talón de Aquiles de la lucha guerrillera guatemalteca se evidenciaba una vez más en su insuficiencia numérica.<sup>167</sup>  
[...]

<sup>163</sup> Esos años incluyen los viajes de descanso, consulta política y entrenamiento, más el paréntesis de la renuncia en 1993-1995.

<sup>164</sup> Santiago Santa Cruz Mendoza, op. cit., p. 13.

<sup>165</sup> Ver análisis de varios autores en Edelberto Torres Rivas, comp., *Guatemala, izquierdas en transición*, op. cit.

<sup>166</sup> *Ibid.*, p. 174.

<sup>167</sup> *Ibid.*, p. 84.

También aprendí que la guerra cansa, su prolongación embota y el descuido acecha.<sup>168</sup>

[...]

No bastaba la claridad política de los objetivos, el soporte económico y la columna logística bélica, cuando el apoyo de la población no se daba en los términos esperados y los combatientes no llegaban.<sup>169</sup>

[...]

Y lo más grave, la población quería cambios, pero no la guerra; apoyar, pero no pelear.<sup>170</sup>

No sólo los combatientes no llegaban, sino que cuando la ORPA los fue a buscar y realizó una campaña de reclutamiento entre los refugiados guatemaltecos que habían huido hacia México como resultado de las masacres perpetradas por el ejército, ni siquiera las ofertas de corto plazo, con incentivos atractivos, convencieron a los jóvenes de ingresar en la guerrilla: “Respondían con indiferencia a la propuesta de participación”.<sup>171</sup>

Finalmente, en marzo de 1996, al último reducto de guerreros del frente Javier Tambriz de la ORPA, alojado en los volcanes de Guatemala, le llega el parte radial de la suspensión definitiva de operaciones. Sobrevenien las negociaciones de paz y concluye la ordalía de una de las guerras de guerrillas más longevas del continente.

La pregunta que plantea una crónica del desgaste como ésta es: ¿Qué fuerza anímica sostuvo a este guerrillero en una práctica militar y política más o menos coherente con sus principios básicos a lo largo de un proceso de 15 años tan cargado de reveses, entre ellos las muertes trágicas de tres hermanos, la pérdida de compañeros de lucha admirados y amados, en una lucha tan desprovista de señales mínimas de éxito? Es casi imposible responder. Pero el relato insinúa dos claves: una se inscribe en la hermenéutica de la confianza y supone que aquí

---

<sup>168</sup> Ibid., p. 112.

<sup>169</sup> Ibid., p. 219.

<sup>170</sup> Ibid., p. 222.

<sup>171</sup> Ibid., p. 227.

se expresa una ética del desgaste y de la derrota para la cual el más perdurable triunfo humano radica en el careo sobrio con el fracaso. La otra clave pertenece a una hermenéutica de la sospecha parecida a la que guía al gran satirista del tema guerrillero, Marco Antonio Flores: la vida guerrillera le proporcionó a este personaje un espacio de alteridad con no despreciables cuotas de escape del conformismo social, de poder sobre otros seres humanos y de ritualidad masculina relacionados con la violencia y la regular ingesta de “guaro” que adorna sus anécdotas. Es posible que ambas claves contribuyan a descifrar este enigma del deseo.

## Capítulo cuatro

### La Guerrillera y los comandantes: Entrevista a Chiqui Ramírez

Chiqui Ramírez (CR)

Juan Fratti (JF)

Juan Duchesne Winter (JD)

#### Escribir la guerrilla

JD: ¿Cuándo decide usted escribir *La guerra de los 36 años, vista con ojos de mujer de izquierda*?<sup>1</sup>

CR: Fue en México, en el año 1980. Me percaté que de toda la generación de los sesentas, de los que estuvimos metidos en el movimiento armado, que habíamos empezado la lucha armada en Guatemala, quedábamos muy pocos vivos. Recordé la gente que estuvo dentro de FUEGO,<sup>2</sup> la organización de estudiantes secundarios que dio origen a un montón de movimientos sociales en esos años, y me puse a hacer cuentas y resultaba que me sobraban los dedos de las manos para ver cuántos estábamos vivos. De algunos yo no sabía si seguían vivos realmente, como Mario René Robles que murió el año pasado y que era compañero mío de la escuela secundaria y luego se integra to-

<sup>1</sup> Entrevisté a Chiqui Ramírez en octubre de 2008 en su casa en Toronto. Participó en la entrevista Juan Fratti y estuvo presente Áurea María Sotomayor. El punto de partida para el diálogo fue el libro de Chiqui Ramírez, *La guerra de los 36 años vista con los ojos de mujer de izquierda* (Guatemala: Editorial Óscar de León Palacios, 2001).

<sup>2</sup> F.U.E.G.O., Frente Unido del Estudiantado Guatemalteco Organizado, se fundó en 1958.

talmente a la guerrilla de las FAR<sup>3</sup> en Chimaltenango y toda su vida estuvo allí metido. Se me ocurrió empezar a escribir. Yo vivía en casa de mi hermana en Ciudad de México y era un apartamento muy pequeñito donde había que destrabar la mesa para poder comer. Mi hermana trabajaba y no la podía yo desvelar con la luz encendida en la noche, que era cuando se me venían las ideas, los recuerdos y todo. Empecé a escribir a mano y buena parte del libro lo escribí sentada sobre la tapa del inodoro para que mi hermana no se despertara con la luz. Eso me llevó mucho tiempo, me ayudó muchísimo porque yo pasaba por una etapa dura. Yo estaba separada de mis hijos, no tenía absolutamente nada más que mis recuerdos y me dije que había que ponerlos en papel. Resultó que mi hermana me dijo “necesitas una máquina de escribir”. Fuimos a trabajar en FLACSO en ese momento y fuimos a pedir prestado una máquina de escribir a un señor que era no sé si de Ecuador, no me acuerdo, pero era un teclado en inglés, no era en español. Me la prestó por un montón de tiempo. Yo no recordaba las fechas exactas, se me escapaban detalles, entonces me dije “lo termino”, y después me meto en el Petén en el 82.<sup>4</sup> Completé unos doce capítulos.

JD: ¿Entonces ingresó en el Petén después de haber empezado el libro?

CR: Sí, entonces me meto en el Petén y estando en el Petén sigo escribiendo. Se lo di a leer a un compañero, a Mario Valdez, que estuvo en FUEGO también y que reencontré en la selva. Se lo di a leer y me ayudó muchísimo, porque tiene una memoria de elefante el hombre; me ayudó con detalles y de todo. Terminé, saqué tres copias y las llevé a un lugar, para regresar

---

<sup>3</sup> F.A.R., Fuerzas Armadas Rebeldes, fundadas en 1962 por Luis Turcios Lima.

<sup>4</sup> El Petén es la región mayormente selvática del noreste de Guatemala, de población relativamente escasa, donde las FAR, que habían sufrido una derrota estratégica en 1966, establecen un nuevo frente a fines de los 70, activo hasta el desarme general negociado por el conjunto de las organizaciones guerrilleras (URNG) en 1996, en el contexto de los acuerdos de Paz.

de nuevo al Petén. Después, cuando Juan<sup>5</sup> y yo nos vamos de la guerrilla, y de las FAR, regreso a buscar mis copias.

JD: ¿Regresas a México después de estar en el Petén?

CR: A México, a la agencia de noticias de la guerrilla. El libro lo habían mutilado. Me costó un mundo conseguir una copia, pues habían mutilado la parte del manuscrito donde yo hablaba propiamente de la guerrilla. Yo no había mencionado ciertas cosas, porque si era cierto que cuando yo estaba escribiendo, las cosas dentro de la militancia guerrillera se pusieron difíciles, todavía no lo eran tanto. Yo tuve que vivir allí [en el Petén] para darme cuenta que muchos asuntos de la organización estaban caminando mal. Pero entonces tampoco se trataba de una venganza, no era que me propusiera: “Ahora que me fui voy a escribir otras cosas que no son” —no. Regresé a Guatemala después de la firma de la paz y me propuse ir, durante tres meses, todos los días a la hemeroteca a buscar. Por eso combino la escritura de mis recuerdos con citas de noticias pertinentes tomadas del periódico...

JD: Sí, noté que se crea un sentido de crónica, también de álbum...

CR: Incluyo la noticia que sale en el periódico, porque es como el respaldo a mi recuerdo de lo que sucedió. Yo no pretendía nada literario, digamos, hacer una novela, sino producir simplemente un testimonio de algo que yo había vivido. Porque toda la gente que yo menciono en el libro es gente que tenía una cara. No era un número. A mí me interesaba rescatar la imagen de mis compañeros porque era gente joven, gente con ideología, gente con sueños. No se sabe si hubieran cambiado después, no se sabe si hubiera sido pasajero el asunto, pero era ese momento de los sesentas cuando nos aglomerábamos en los cafés en la ciudad de Guatemala, especialmente este café que le llaman el Fu Lu Sho, que todavía existe...

---

<sup>5</sup> Juan Fratti, esposo de Chiqui Ramírez, fue combatiente con grado de oficial en las FAR.

**Fu Lu Sho**

JD: Sí, todavía existe el Fu Lu Sho, me he enterado...

CR: Que le quiero tomar unas fotos. Incluso tienen, no sé si ya los quitaron, pero hace como dos años llegué y tenían los mismos cuadros en la pared. Había un amigo, Mario Bazoc que era filósofo y se había inventado una historia por cada cuadro, por unos animalitos que aparecían por allí, ¿verdad? Pero el propósito era ése, rescatar del olvido a mis compañeros porque años más tarde supimos de gente que escribió que las cosas habían empezado en los setentas cuando no es así. Eso era echar un velo total sobre toda esa generación de los años sesenta.

JD: Un paréntesis sobre el Fu Lu Sho, antes que se me olvide. Lo mencionan varias narraciones que testimonian esos años. Describen cantidad de reuniones clandestinas celebradas en el mismo local, donde se reunía gran parte de la izquierda clandestina. Lo que lleva a cuestionar cómo es posible que tantos militantes clandestinos de diferentes organizaciones se reúnan continuamente en el mismo café y puedan preservar la consabida compartimentación.

CR: Era difícil, en realidad no había compartimentación.

JF: Ya viendo la situación con más distancia, uno se pregunta en qué cabeza cabía, pues además el lugar ése está como a una cuadra de los cuarteles de la policía.

JD: ¿A una cuadra de la policía? [risas]... Recuerden además el retrato que presenta el Bolo en *Los muchachos de antes*.<sup>6</sup>

CR: Sí, sí, también recuerdo al Bolo, porque vemos, nosotros salimos todos de los institutos de secundaria. Yo digo [en mi libro] que la red de institutos y la organización FUEGO, fueron una cantera de patriotas porque de allí salimos todos, pues.

---

<sup>6</sup> Referencia a la novela del escritor conocido en su país como “El Bolo”, Marco Antonio Flores, *Los muchachos de antes* (México: Alfabeta, 1996), la cual dedica excelentes páginas a una esperpéntica estampa del Fu Lu Sho, representado como un “museo de cera”. Ver Cap. 3 de esta serie.

JD: ¿Y eran jovencitos?

CR: Muy jóvenes, por ejemplo Pablo Monsanto<sup>7</sup> en ese tiempo tenía 14 años.

JD: ¿Catorce años tenía Monsanto?

CR: Sí, catorce años. El que es ahorita, por ejemplo, vicedirector de Gobernación en Guatemala, el Chino Ruiz, él tenía once años, once años tenía el muchachito. Yo siempre lo he tratado como que fuera mi hermano chiquito, porque nos daba pena que le podía pasar algo. Y yo todavía tenía como entre quince y dieciséis años. Otto René Castillo<sup>8</sup> ya era una gente a la que nosotros mirábamos así, como grande, porque era de la universidad. Y Mario Bazoc...

JD: ¿Te refieres a Bazoc, el filósofo?

CR: Sí, sí, él fue presidente de la Asociación de Estudiantes de Humanidades, porque antes estaban juntas todas esas escuelas. Venimos todos de lo mismo. Nos juntamos en la Sexta Avenida, era el lugar de conexión. Ahora está lleno de ventas, pero antes era donde la gente se iba a pasear en las tardes al salir del instituto. Salíamos de los institutos y nos íbamos a pasear con los libros bajo el brazo y tomábamos un café ahí. Entonces se fundó un montón de células de la Juventud Comunista en el Fu Lu Sho, y allí era donde se discutía de todo; cosa contraria a lo que pasó, por ejemplo, en Nicaragua. Mientras nosotros teníamos una vida intelectual de discusión y de leer libros y todo bien profundo, eso no se dio en Nicaragua, por el nivel de asfixia intelectual que imponía la dictadura de Somoza. Y de Nicaragua llegaban a Guatemala, había vínculos con

---

<sup>7</sup> Pablo Monsanto (*nom de guerre* de Jorge Ismael Soto) llegaría a ser comandante en jefe de las FAR en el segundo ciclo estratégico de esta organización. Monsanto fue también uno de los cuatro comandantes generales de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), frente sombrilla de las organizaciones armadas que en diciembre de 1996 firmó los acuerdos de paz con el gobierno de Guatemala, que pusieron fin a la guerra civil que se extendió por más de tres décadas.

<sup>8</sup> Poeta y guerrillero guatemalteco, combatiente de las FAR, capturado, mutilado y quemado vivo por las fuerzas represivas en marzo de 1967 —autor de “Vamos, Patria a caminar”.

la Juventud Comunista. También llegaban jóvenes de El Salvador; incluso se entrenó gente del Farabundo Martí después en Guatemala.

JD: Eso no se menciona casi...

CR: Sí, estuvieron entrenándose en Guatemala.

JD: ¿Entonces, volviendo al Fu Lu Sho, no había realmente compartimentación?

CR: No porque a la hora [risas]... Por eso es que cuando la represión viene, es terrible, es terrible, ¿verdad? Porque uno creía que era muy clandestino pero todo el mundo sabía qué hacía cada cual. Cuando yo paso a la clandestinidad propiamente, ya a la guerrilla urbana, la gente sabía que yo estaba en algo, aunque no se sabía exactamente en qué; suponían que había allí algo raro. Entonces esto lo llenaba a uno de misticismo. Y resultó que éramos tres mujeres, chaparras las tres, más o menos de la misma edad y a las tres nos decían "Chiqui". Resultaba que si yo hacía algo, pues era yo, bien, pero cuando las otras "Chiqui" lo hacían, también se pensaba que era yo. Entonces se fue agrandando mi reputación de tal manera que, como me decía otro compañero que mataron: "Cría fama y échate a dormir"... En fin, ése fue un propósito importante del libro, rescatar ese ambiente juvenil que ahora motiva estas preguntas.

JD: ¿Cómo ve usted el libro ahora mismo, a siete u ocho años de haber salido?

CR: Se sigue vendiendo, lo están usando en muchos lugares como libro de consulta, porque dentro de los acuerdos de paz está el conocer la historia de Guatemala. El libro se usa mucho como base testimonial y documental para dar a conocer mejor ese período de los sesenta, que es la parte del libro que la gente encuentra más compenetrada de un ambiente vital. Pero me duele que de eso yo no miro un centavo; siguen publicando, siguen vendiendo...

JD: El editor es...

CR: Oscar de León Palacios. Cuando un editor decide quemar placas es porque va a vender, sabe que puede sacar 10.000 libros de buena calidad o más. Hablé con él pero todo se quedó así. Quisiera poder agregar otras cosas al libro, ya viéndolo

desde otro punto de vista, con información que he obtenido ahora de gente con quien he platicado y que hemos visto... como lo que te comentaba la vez pasada de este amigo, al cual el mismo Luis Turcios envió a hacer un curso de estado mayor en Vietnam. Resulta que después de percibir, en la reunión de la Tricontinental,<sup>9</sup> la actitud, según él, insatisfactoria, que tenían los cubanos, Turcios se pegó entonces con los vietnamitas —parece que estaba metido en eso el general Nguyen Giap, el que dirigió la batalla de Dien Bien Phu— y elaboró con la ayuda de ellos un plan militar para Guatemala.

JD: ¿Cómo se llama este amigo?

CR: Se llama Guillermo. Le voy a preguntar, porque como... [risas] se las dan de bravos... Le voy a preguntar y si me autoriza te paso el email de él, para ver. El otro día le comenté, pero no me contestó. Sí recuerdo que se refirió a este plan que tenían para desarrollar la guerra en Guatemala... porque Vietnam tiene condiciones muy, muy parecidas a Guatemala: la selva, la población multicultural y multiétnica, todo eso. El documento de este plan tenía una sola copia y cuando llegó a Guatemala el Partido<sup>10</sup> la hizo desaparecer.

JD: El documento contenía un plan...

CR: Que hizo Turcios con los vietnamitas.

JD: ¿Contenía también un acuerdo?

CR: No, no, no era un acuerdo, era sólo un plan para el desarrollo de la guerra. Eso lo sé yo ahora, eso no lo sabía cuando empecé a escribir el libro...

JD: ¿Por qué Turcios estaba descontento con los cubanos?

CR: Posiblemente los cubanos mostraron su desconfianza o

---

<sup>9</sup> En la Primera Conferencia Tricontinental, celebrada en La Habana en enero de 1966, se fundó la Organización de Solidaridad con los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAL), dedicada a respaldar a los pueblos enfrascados en luchas anticoloniales y revolucionarias. Delegados de numerosos movimientos insurgentes, entre ellos, importantes cuadros guerrilleros guatemaltecos, concurren y recibieron inspiración y ayuda de los revolucionarios cubanos.

<sup>10</sup> Se refiere al Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), afiliado a la Tercera Internacional Comunista, con el cual las FAR mantuvo un estrecho, aunque problemático vínculo en su primera época.

no les parecía bien Turcios, porque Turcios era más que nada un militar —que tenía preparación, claro, pues no era un tonto, era un tipo con carisma, pero en fin, un militar. A mí personalmente no me caía bien, pero era un tipo con capacidad de dirigir, que pudo haber realizado un montón de cosas en Guatemala.

JD: ¿Lo llegaste a conocer?

CR: Sí, sí, lo conocí personalmente. Pero no me gustaba, como persona no me gustaba... Bueno, este tipo de cosas quisiera yo agregarle al libro y preparar una nueva edición. Yo quiero que salga una nueva edición con estos aspectos que pienso introducir, que son importantes para poder juzgar la guerra de otra manera, ¿no?... Sé que ello podría ser novedoso para la historiografía de Guatemala, porque hasta el momento se ignora. Y hay otros aspectos críticos, hasta ahora silenciados, que a mí me interesaría añadir, y tratarlos con claridad, tal cual ya lo había hecho con el caso de la muerte de Moralitos, por decir algo...

### Caso Moralitos

JD: ¿Quién era Moralitos?

CR: Un compañero que lo mata Trejo<sup>11</sup> en una discusión de cantina.

JD: Ahora recuerdo, leí algo sobre ese episodio en el libro de Morales.<sup>12</sup>

CR: Sí.

JD: Estaban bromeando y se zafó un tiro, ¿no?

<sup>11</sup> El subteniente Luis Trejo Esquivel participó junto a al subteniente Luis Augusto Turcios Lima y el teniente Marco Antonio Yon Sosa en la rebelión del 13 de noviembre de 1960 gestada por oficiales descontentos del ejército guatemalteco, la cual constituye el acontecimiento catalizador de la guerrilla guatemalteca, a raíz del cual surgen las FAR y el MR-13 (Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre), dos de las primeras organizaciones guerrilleras en América Latina inspiradas por la revolución cubana.

<sup>12</sup> Mario Roberto Morales, *Los que se fueron por la libre* (México: Praxis, 1998).

CR: Esa fue la primera versión que me dieron a mí. Pero hablé con el hermano de él y me dice: “Voz decís esto y esto pero... —somos amigos desde hace muchos años— ...fijate que mi hermano se dio cuenta que Trejo vivía en una casa de unos compañeros y estaba teniendo relaciones sexuales con la mujer del compañero.”

JD: ¿La mujer del Moralitos?

CR: No, Trejo con la mujer del colaborador.

JD: De la casa.

CR: Entonces Moralitos lo llamó a una reunión porque no estaba de acuerdo con eso. Moralitos era como todos nosotros, con ideales, pensaba que la gente militante debía ser honesta; la mística política era profunda, pues. Morales era el tipo de militante que, cómo te explico... Doy un ejemplo: yo sé que yo le gustaba, pero nunca me dijo nada porque pensaba que esa clase de asunto no era para chiste, que no era para un rato no más, que había que respetar un contexto y toda esa cosa; entonces lo más que llegó a decirme fue que qué bien me quedaba el uniforme, aunque los uniformes nunca son bonitos [risas], ese tipo de cosas... Y luego me dice el hermano de Moralitos: “Fijate, la verdad es que mi hermano llegó a hacerle una crítica a Trejo, le exigió que se portara de otra manera porque buscar la mujer del compañero no era revolucionario”. Y ya sabemos como Trejo reaccionó. Nosotros sabíamos que los militares no eran revolucionarios sólidos y que no tenían la mística que nosotros manejábamos.

JD: Pues Trejo venía de los militares.

CR: Sí, él era de los de la banda de oficiales del 13 de noviembre. En aquélla época ellos se la llevaban de *playboys*, muy de liberados y embarazando mujeres. Turcios tiene como tres hijos varones que todos se llaman Luis Turcios. Embarazaba a varias mujeres casi al mismo tiempo, porque él era muy popular en ese momento, y esa conducta es uno de los factores que lo lleva a la muerte.<sup>13</sup> Porque él no tenía que andar en la calle a esas horas...

---

<sup>13</sup> El comandante de las FAR, Luis Turcios Lima muere junto a una pasajera acompañante cuando el Mini Austin rojo en que viajaban se

JD: De eso yo quería hablar contigo.

CR: Entonces yo sí quisiera hacer una nueva edición.

JD: Con esos detalles...

CR: Bueno, mejorar algunos aspectos, yo sé que me han criticado que...

JD: Volviendo al caso de Moralitas... Una vez herido, para proteger a Trejo, sus propios compañeros lo meten en el baúl de un carro...

CR: Y lo van a tirar al Hipódromo del Norte.

JD: ¿En vez de llevarlo al hospital, lo dejan desangrarse?

CR: Sí, y para nosotros fue terrible porque él era parte de todos nosotros y de repente aparece la noticia que un hombre vestido de traje... Porque la gente iba a estudiar a la universidad con atuendo muy formal, con traje, no iban así nada más en camisa. Entonces se encuentran al hombre tirado y dijeron: "Qué raro porque es un hombre bien vestido, se ve que es no es un indigente". Después surge el escándalo cuando lo identifican y se difunde la explicación de que todo se debió a una discusión entre amigos borrachos, que por bromas el militar (entonces convertido en guerrillero) le había apuntado a su compañero de la organización con el arma y se le habían escapado los tiros. Pero esa versión fue una componenda para ocultar la verdadera razón.

JD: Pero a Trejo lo disciplinaron en las FAR ¿No?

CR: Bueno, él huye a México, regresa a Guatemala y es entonces que se somete a la sanción que le pusieron, que fue atenuada porque él se entregó. Lo condenaron a servir una cadena perpetua permaneciendo siempre en la primera línea de combate de la guerrilla y así cayó, un tiempo después.

JD: ¿En combate?

CR: Sí, lo mataron, iba al frente de una patrulla, le clavaron un tiro en la cabeza y allí se quedó, en Barrios, Izabal.

---

incendia en plena calzada Roosevelt, de la capital, a las 2:50 de la madrugada del 2 de octubre de 1966. La muerte de Turcios, el guerrillero más carismático de la historia guatemalteca, provoca una crisis de liderato político y militar que sella la derrota estratégica de las FAR en su primer ciclo.

JD: ¿Sientes deseos de escribir y narrar más sobre la experiencia de la guerra interna desde la perspectiva de la insurgencia?

CR: [Risas]. Sobre la insurgencia, sí, he estado escribiendo, pero estoy escribiendo novela.

JD: ¿Y el texto que me enviaste, uno que se titula “Vamos al fútbol”?

CR: Ah, ése es parte de unas historias que he estado escribiendo.

JF: Cuentos.

CR: Relatos cortos, sí. Que más o menos cuentan la situación que se vivía. En varias partes me han publicado algunos de estos cuentos. Una amiga en Quebec hizo unas traducciones al francés muy buenas. Pero hay que buscar editor, ¿no? Ayer la convencí que me ayudara otra vez a traducir, porque es muy buena.

JD: ¿Vas a escribir más ficción?

CR: Sí, ya terminé la novela que te digo, ahorita precisamente el Bolo Flores la está revisando.

JD: ¿Flores? ¡Qué bien!

CR: Él me la está revisando y estaba muy emocionado y para que él se emocione es difícil.

JD: Sí porque él es difícil, ¿no?

CR: [Risas]. Difícil de que se emocione. “Me impactó”, me dijo. Me quedé impactada yo, porque él es bien difícil.

JF: Editar en cualquier lugar es difícil, pero en Guatemala lo es más porque encima no hay mucho público lector.

CR: Pero hay muchos escritores.

JF: Y el editor malo... por ejemplo en el caso de... es un arreglo... el tipo dice “bueno, ustedes ponen tanta cantidad, yo pongo tanto, les regalo 200 copias”, suponga. Y allí...

CR: Allí murió la obra.

JF: Ah, bueno y “le hago la propaganda para la inauguración...”

CR: El editor de mi libro sobre la guerra estaba sorprendido con la asistencia a la presentación, porque me dijo, “es lo más que hemos tenido...”.

JD: ¿Oscar de León?

CR: Sí. “A una presentación de libro llegan 100 gentes”, me dijo, “lo más”. Pero yo recuerdo que cuando convocábamos en mi época de militancia juvenil, y hacíamos publicidad, llegaba mucha gente, porque yo fui dirigente estudiantil y puedo saber por dónde agarra el arte de movilizar. Cuando lo de este libro fui a la Alianza Francesa a solicitar que me prestaran un local y me enseñaron... “Haceme un chiquito”, le dije al señor. “En el patio pues” me dijo él. “Ah bueno, hagámoslo en el patio de la Alianza Francesa”, respondí. Llegaron más de 850 gentes. Primera vez que llegaba algo así...

JD: ¡Impresionante asistencia a una presentación de libro en cualquier lugar del mundo!

CR: La primera presentación me la hizo Ana María Cofiño, que edita la revista *La Cuerda*, que lleva años...

JD: ¿Cuántas ediciones van?

CR: No sé, no sé, es que él me dijo... el editor: “¿Quiere que probemos una máquina que la saca por computadora, porque tengo la bodega llena de libros, la gente pide y se hacen mil, se queman placas y cada vez se hacen mil y no se venden”. Entonces el que fue candidato a la presidencia, este Sandoval,<sup>14</sup> el que fue por URNG-MAIZ...<sup>15</sup>

JD: Claro, Sandoval el candidato por URNG es el mismo del libro, ¿Sí?

CR: Sí, en cuanto se firmó la paz él escribió un libro sobre la

<sup>14</sup> Miguel Ángel Sandoval Vázquez militó en las células urbanas armadas durante los años sesentas; al finalizar estudios de sociología en París a principios de los setentas, participó en la fundación del EGP (Ejército Guerrillero de los Pobres); estuvo en el equipo de la URNG que negoció los acuerdos de la Paz Firme y Duradera, pero renunció antes de la firma por inconformidad; fue candidato presidencial en las elecciones del 9 de septiembre de 2007.

<sup>15</sup> La UNRG (Unión Nacional Revolucionaria Guatemalteca) se creó en 1982 para cobijar a las cuatro principales organizaciones guerrilleras del país bajo una sola coordinación, pero funcionó más bien como una sombrilla de relaciones internacionales de los cuatro grupos hasta que se firmó el acuerdo de paz el 29 de diciembre de 1996 bajo la supervisión del Secretario General de las Naciones Unidas. A partir de esa fecha la UNRG se convierte en partido político electoral.

resistencia de esos años.<sup>16</sup> Entonces él fue con Oscar de León y dijo: “Esto se va a vender como pan caliente”... Tiraron el montón de libros, y por eso el editor me dijo: “Mire lo que pasó con Sandoval, allí sacamos 1000 ejemplares y si mucho se han vendido unos 20”. Y entonces... “¿A cómo los tiene?” le pregunté yo. “A 15 quetzales” me dijo. “5 le doy”. “Ah no, se los regalo” [Risas]. Por eso él pensó que mi libro iba a ser algo así, ¿verdad? Y agarró el manuscrito y se lo dio a leer a la hermana. La hermana militó con nosotros también en la época ésa, y el que era marido de la hermana de don Óscar de León Palacios también participó con nosotros. Y entonces don Óscar dice que un día llegó y encontró a la hermana llorando por leer el libro, por leer un montón de cosas, y allí fue cuando dijo “lo publicamos”.

JD: ¿Distingues tú entre describir la verdad factual de la aventura guerrillera en los campos, y decir la verdad propia de quien la relata a través de un texto de ficción?

CR: Sí, pero me divierto más (risas).

JD: ¿Te diviertes más con la ficción?

CR: No es ficción, es una tendencia que hay ahorita, no soy la única. Hay una tendencia literaria que mezcla hechos reales con situaciones surreales que invaden a uno en momentos determinados de la guerra. Por ejemplo, hubo momentos en que tuve que preguntarme: “¿Qué estoy haciendo aquí?”, “¿Esto es real?” No sé si te pasó a vos [se dirige a Juan Fratti], pero de momentos me decía: “¿Cómo es posible? Cómo es posible que en un momento determinado, estando en la guerrilla yo me sentía como que era un palo, que olía a moho, tenía moho, el olor a moho en el cuerpo de la humedad del lugar, de la falta de jabón para bañarse, y uno sobrevive. Entonces uno se plantea, me planteaba yo, esta situación es surreal, como que no fuera real, no existe; sin embargo pasó y en ese momento la percepción de las cosas era diferente. Entonces, bueno a mí me gusta bañarme todos los días, cambiarme y allí no se podía. Y sin

<sup>16</sup> Se refiere a *Los años de la resistencia. Relatos sobre las guerrillas urbanas de los años 60* (Guatemala: Óscar de León Palacios, 1998). Ver Cap. 3 de esta serie.

embargo, no sé como... ¿Lo hacíamos verdad? [a Fratti] Como si hiciéramos magia.

JF: Había ocasiones que no había agua (claro, cuando llovía había agua hasta para...). En la estación seca teníamos a veces que hacer pozos o buscar donde estaban las huellas de los caballos en los caminos; entonces agarraba uno su lapicero así, quitaba la mina, y a sorber el agua...

CR: Como no se iba a enfermar uno pues... Una vez era año nuevo y yo estaba enferma (en realidad pasaba mucho tiempo enferma), por lo que me fui a acostar temprano y al otro día que me levanto en el campamento, entre la selva aparecían unas mujeres con vestidos brillantes, amarillos con botas de hule. Porque como iba a haber fiesta andaban llevando los vestidos de fiesta en la mochila para ponerse lindas para bailar. Son esas situaciones en las que uno se dice...

JD: Mágico, ¿verdad?

CR: Sí, es lo que digo. Entonces hay una tendencia a escribir mezclando realidades con sueños o con anhelos, o con situaciones que uno imagina que pudieron haber pasado o que van a pasar. Le digo a Juan que una vez estábamos bajo un..., era un bosque de zapote. ¿Conoces los zapotes, no? Es una fruta, café la cáscara. Es un árbol grande, como una Ceiba.

JF: Creo que le dicen mamey en algunos lados.

JD: Quizás es el mamey.

CR: Tiene una semilla grande café por dentro que huele muy sabroso como una almendra y la carne es roja.

JD: La carne del mamey que conozco es más bien rosada.

CR: Puede ser... entonces en un bosque de esos, los árboles enormes y los zapotes así como cabezas, que están cayendo. Y de repente tuve la imagen certera de que iba a asomar detrás de todo eso una banda musical de esas militares, vestida toda de rojo, sonando tambores (risas). Cosas que se te ocurren, no sé, como que ya estaba loca, pero hay una necesidad de mezclar, de integrar las sensaciones en un conjunto.

JD: Dicen que la ficción se presta más que el relato de la vigilia para relatar esos espacios de extrañamiento.

CR: No, no es extrañamiento, no, es... ¿Cómo le dijera yo? Por ejemplo, lo que estoy escribiendo ahora, lo que terminé,

es una novela que hace conexión entre los indígenas de Norteamérica, el pueblo conocido como los Cri, con los pueblos de Guatemala y las profecías mayas.

JD: Cierto, entonces es una aventura de la imaginación integradora.

CR: Eso es lo que estoy tratando de agarrar, de juntar esas cosas.

### **Las guerrilleras actúan**

JD: La segunda parte del título del libro dice: “Vista con ojos de mujer de izquierda”... ¿Crees que la mujer militante tuvo o tiene una visión diferente de la experiencia insurgente? ¿En qué se fundaría esa visión diferente de la mujer militante con respecto al hombre?

CR: Mucho machismo, mucha marginación, mucha utilización de la mujer como objeto sexual, que no tendría que ser así en un movimiento revolucionario del tipo que fuera, no sólo en la guerrilla. Prueba de eso es que por mucho que uno hiciera, por mucho que uno trabajara, por mucho que mantuviera unos principios y todo, la promoción de una mujer a grados militares era difícil.

JF: Que no fuera por vía sexual o por la relación de pareja con un dirigente. Como el caso de la mujer de Monsanto, que llegó a Teniente de Comunicaciones.<sup>17</sup>

CR: Sí.

JF: Le hablo del caso de las FAR, no puedo...

CR: Pero fue lo mismo en todos lados.

JF: Porque en el Petén, a la única que le dieron el grado de sargento fue a aquella muchacha, ¿Brunilda era que se llamaba? Aquella muchacha que era escudera...muy buena ella...

CR: Ah ya sé, sí, sí. Pero no recuerdo si ella llegó a... [inaudible].

JF: Pero nadie, ninguna mujer llegó a teniente...

---

<sup>17</sup> No se refiere a la primera esposa de Monsanto, Aura Marina Arriola, autora de *Ese obstinado sobrevivir. Autoetnografía de una mujer guatemalteca* (Antigua, Guatemala: Ediciones del Pensativo, 2000), narración comentada en esta serie de estudios.

CR: Las compañeras se quejaban, yo tuve una experiencia bastante desagradable porque en el pleno frente, Monsanto me puso a la par de él, y eso me condenó con los demás, ¿verdad? [a Fratti].

JD: ¿De qué manera?

CR: Especialmente con su hermano. Entonces estaba yo en México cuando me llamó Monsanto y me dijo: “Mirá, hay como trescientos incendios en el Petén, se está desertando la gente y los informes dicen que la única que puede parar esa deserción sos vos, así es que te vas allá.”

JD: ¿Eso fue...?

CR: En el 84, tal vez

JD: ¿No estabas en México?

CR: Sí, pero yo salí a México por la conferencia, a un pleno político, entonces salí y regresé al Petén. Luego, cuando llegué, había un plan para hacer trabajo político en una parte del Petén que tiene frontera al sur con la Verapaz y con el Quiché. Desde el río Pasión hacia abajo. Estaba la tropa entera en un área y me fui a otra área a la cual esa tropa se proponía avanzar, a realizar trabajo preparatorio de avanzada. Me puse a trabajar con los campesinos y colonos un mes, explicándoles que nosotros nos íbamos a mover a la zona indicada, que íbamos a crear condiciones para que la guerrilla pudiera llegar allí y golpear al ejército, que había varias bases militares y que en ese lugar tenían que esperarse mientras tanto. Tuve que repetir miles de veces que tenían que esperarse, que tenían que entender que la propaganda era para que la gente sembrara maíz, porque yo personalmente consideraba que era muy difícil para los campesinos que llegara alguien de afuera, una patrulla de 100 gentes, de 50 gentes, a comerse el maíz que les iba a servir a ellos. Por eso la propaganda se centraba en decirle a la gente: “Siembre otra cuerda más de maíz porque debe sembrarla [para abastecer la guerrilla cuando arribe]”. Pero a algunos que no querían sembrar, los mismos de la aldea que estaban de acuerdo con nosotros les advertían: “Bueno, si no sembrás, te fregaste porque te van a comer el maíz, mejor sembrala, ¿para qué te estás buscando problemas?”. Entonces la gente sembró maíz. Una cuerda más de maíz en todos lados,

era un montón de maíz. Ése era el trabajo preparatorio que fuimos a hacer nosotros, de llegar familia con familia, hablándoles y todo. Era necesario convencer a la gente de eso, que tenían que esperarse, que prepararse y que cuando estuvieran las condiciones nos íbamos a mover para allí. Según lo veo yo, en ese momento, esto era un plan dentro de otro proyecto más grande que uno tenía que conocer, ¿verdad? Pues supuestamente, se proponía avanzar más hacia el sur para llegar a poblados... no sé, yo me imaginaba que el Estado Mayor estaba haciendo su trabajo en ese sentido. Entonces aparece un compañero (que por cierto ahora anda por ahí, en New Jersey trabajando como pelador de pollos) y me dice, en medio de la tropa (él es cakchiquel): “Mirá, por qué no tocas el tema de las mujeres, es importante que se hable de las mujeres porque lo que están haciendo las compañeras no está bien<sup>18</sup> y uno quiere una mujer para toda la vida”. Y entonces voy y les digo a las mujeres: “Está bueno ¿ah?, ¿qué dicen uds.?” Y las mujeres: “Sí, hablemos”. Nos empezamos a juntar las mujeres para crear relaciones de solidaridad entre nosotras y discutir el problema del machismo en la organización. El hermano de Monsanto autorizó las reuniones al principio, entonces nos juntábamos con entusiasmo...

JD: Era el comandante.

CR: Era el comandante.

JD: ¿Ismael?

CR: No, es hermano de él, estaba muy chiquito él cuando primero conocí a Soto, porque es menos viejo que Soto. Bueno, la cuestión es que empezamos a hablar con las mujeres y había mucho lío entre ellas por sus relaciones con determinados oficiales. Había uno que, pues, había sido padrote en un pueblo, en Escuintla.

JD: ¿A qué le llamas padrote?

CR: Al que tiene mujeres, prostitutas.

<sup>18</sup> Se refiere a ciertas actitudes de rivalidad entre las mujeres combatientes o auxiliares de la guerrilla que se disputan relaciones amorosas con jefes y dirigentes, en detrimento de sus intereses de género y de su solidaridad interna dentro de la organización. Ello se discute en el libro de Ramírez. Ver Cap. 3 de esta serie.

JD: Chulo.

CR: Proxeneteta, sí. Él había sido padrote en el sur, en Escuintla. Y luego en la guerrilla resulta metido con una y con otra, como que era un gallo, ¿verdad? [a Fratti]. Y estas muchachas se peleaban entre ellas por el hombre ése. Tenían unas situaciones difíciles, una quiso matar a la otra y cosas así. Mi plan era que ellas se dieran cuenta que en realidad no había motivo para que unas se sintieran más que otras. Las que eran radistas<sup>19</sup> discriminaban contra las que no eran radistas y que simplemente andaban cargando cosas y todo, las trataban remal. Establecían jerarquías. Esto provocaba peleas feas entre ellas. Y empezamos a hablar y la conclusión a la que se fue llegando, porque yo las hice que ellas hicieran un análisis a ver qué pasaba (eran puras campesinas todas), y llegamos a la conclusión de que en verdad el hombre no merecía que pelearan por él, y que la rivalidad estaba entre ellas, no en el hombre, ¿verdad?

JD: Claro.

CR: Y cuando esta nueva conciencia de ellas se empezó a notar, los oficiales mandaban a sus mujeres a que espieran y que les vinieran a contar todo.

JF: Tú estabas con la contrainteligencia...

CR: Parte de las críticas y de lo que ellas se lamentaban, en especial las que estaban en la base, que eran las que se las llevaba el río, yendo a cargar, yendo a los combates y todo: era que a ellas no las dejaban ni que dieran las más mínimas órdenes de mando a una tropa. O sea, se hacía por turnos: cada uno tenía que aprender a dirigir la tropa, a una escuadra, a darle órdenes de mando, a movilizarse, a correr, a entrenarse y todo, pero a ellas no les permitían eso. Una de estas compañeras dijo que ella quería hacerlo y entonces se empezaron a burlar todos porque ella quería ser jefe de patrulla siendo sólo una cargadora y eso les molestaba a estas compañeras con funciones más manuales; estaban muy dolidas. Entonces, entre otras cosas que platicamos ahí, que fue bastante interesante, era el argumento que yo les planteaba: “¿Para qué se prestan sexualmente, si ellos no las quieren? Ellos van a estar

<sup>19</sup> Operadoras de radio-comunicaciones.

pidiéndoles esos favores porque están necesitados, pero aquí ustedes no vienen a prostituirse, eso es prostituirse... Que si les van a dar un poco de azúcar... ¿Cómo toleran eso?" Y esas cosas... Era hablar pelado. Ah... lo que hablábamos en las reuniones empezó a llegar a la comandancia. Entonces un día de tantos dice el comandante: "Mirá, ya no se pueden juntar, ya no". "¿Ya no nos podemos juntar? —le dije— ¡vaya!". Y repite el comandante que no. "A la hora de almuerzo —ellas me insistieron— con las que haya nos juntamos". Les dije: "Pues seguimos yendo a platicar". Pero después, en la formación de la mañana, el comandante ordenó: "La compañera Esther (mi nombre de guerra en ese entonces) tiene prohibido reunirse con las mujeres". Y yo sabía que si yo lo seguía haciendo me fusilaban. ¡Ah sí!, ¡Eso lo sabía yo! Lo podían hacer y podían inventar cualquier cosa, y mientras se averiguaba... Me quisieron poner trampas, de que me fuera con los fulanos para allá, que sólo iba yo... Pero los mismos muchachos me decían: "Esos la quieren matar, nosotros la vamos a proteger." Y yo sin tener grado oficial, sin tener ningún mando ahí... Pero a mí me trataban como si tuviera mando y tenía guardaespaldas voluntarios entre los muchachos. No que a mí me los pusiera la jefatura. Era que los muchachos me andaban cuidando: para irme a bañar, para lo que fuera, andaban conmigo. Me estaban cuidando de las represalias que la dirección pudiera tomar en mí contra por esa situación. Ésa es, entonces, la percepción que yo tengo de las mujeres en la guerrilla.

JF: También para algunos de esos muchachos ella era como una imagen materna que tenían...

CR: Sí.

JF: Ellos eran muy jóvenes y tú, pues, les enseñaste a leer y escribir.

CR: Sí, es que en el campamento donde yo estaba... me consultaban todo. Fíjate que yo estaba en esa zona, que como digo, era un lugar por donde tenía que pasar, por el mismo lugar, el ejército y nosotros, y la población no se podía ir para otro lado. Entonces en el campamento... Ése no era el campamento de los políticos, era el campamento de Esther, así lo llamaban ellos. En esa época el oficial decía... Después que purgaron al

anterior, quedó otro. ...Y éste decía: “No vayan donde Esther porque ella fuma y el humo se mira y el ejército lo va sentir; que allí donde esté, ella junta fuego al mediodía para comer”. Y llegaba yo y le replicaba: “Sí, sí junto fuego, pues yo no voy a comer frío”. Y el oficial, que si viene el ejército. “Mire, usted y yo sabemos —le decía yo— que para que pase la avioneta tiene que primero pasar para allá, después para allá, dar la vuelta para ver dónde está el humo, mientras yo ya lo apagué —le digo— y no va, que yo no voy a comer frío”. También los oficiales reclamaban “que Esther se acuesta a dormir la siesta”. Cierto, me dormía 10 minutos porque yo leí que Ho Chi Minh aguantó una guerra tan larga porque dormía la siesta y trataba de no estresarse.

JD: Claro.

CR: ¿Qué podía hacer uno ahí pues, verdad? Entonces los otros con un miedo terrible, un miedo que los mataba, al punto que en ese lugar donde estábamos nosotros había varias mujeres: recuerdo a una señora ya más grande, como de la edad que tengo ahora, como de sesenta años y una niña de once años, un niño de once también, un compañero que era el que nos abastecía, que lo peleé yo porque era bueno para cazar, para pescar, para todo. Con él no nos moríamos de hambre, me lo peleé para que nos los dieran porque sabía yo que con él no nos moríamos de hambre. Y además, las mujeres... en ese campamento, cuando alguien estaba enfermo, me lo iban a dejar a mí, o pedían ir allí, sabían que allí conmigo siempre había comida.

JD: [Risas].

CR: De hecho, la gente que tenían que pasar por ahí se desviaba para llegar conmigo, para el campamento de Esther. Entonces, estando en el campamento ya bueno, la noche se nos iba platicando —“y que la política”— hablando; y discutíamos temas de cultura general, eventos del día y todo. Tanto, que en una de esas reuniones surgió una cuestión que decían: “Es que fíjese compa, me dijeron que el abastecimiento [del Ejército] para Poptún (que no estaba esa carretera como está ahorita) viene por aire”, Y yo: “¿De verdad?”. “Sí”. “¿Está seguro?” “Sí”. “¿Y usted conoce la pista?” “Sí”. “¿Y está buena la pista?” “Sí”. Nos pegamos a platicar y se fue conformando la idea con unos

que eran morteristas, con Pável y esa gente que ahorita están en el Petén con una cooperativa, de destruirles [a los militares] la pista de aterrizaje en Poptún. Era una buena acción. Y empecé a averiguar. Pero cuando supieron eso, el Oswaldo, asustadísimo, no aprobó la acción.

JD: Oswaldo era...

CR: El capitán que quedó después del Comandante anterior. Pero en esa época, le digo, en fin, que para una mujer era muy, muy difícil, muy difícil...

JD: Pero yo colijo del libro suyo que el comandante Monsanto la apoyó a usted en ocasiones, cuando surgían protestas o quejas...

CR: No, no creo que del libro se derive eso. Cuando yo estuve prácticamente presa... [por órdenes de Monsanto, en “congelamiento” en una casa de seguridad] ...Él no tiene nada que decirme a mí. Absolutamente nada. El otro día me mandó a llamar cuando salió el libro, que quería que habláramos. Le dije: “Yo no tengo nada que hablar con vos”. Él lo tomó como un ataque personal. Y no... Si se da, quizá alguna vez se va a dar la oportunidad, pero no lo busco...

JD: Él ha sido candidato de...

CR: Candidato por la NN a la presidencia.

JD: ¿Alianza Nueva Nación?

JF: Sí.

CR: Pero es que él le robó ese partido a Nineth Montenegro, la persona que fundó las madres de los desaparecidos... ¿cómo se llama ese colectivo?... del GAM.<sup>20</sup>

JD: Aparte de eso quiero preguntar, y estoy desviándome un poco, sobre la noticia de que un destacamento de miembros de las antiguas FAR le están proveyendo la seguridad personal al presidente Colóm. ¿Qué piensa de eso?

CR: Sí, Monsanto es el jefe de la seguridad, me comentaron que está metido en eso.

---

<sup>20</sup> La Fundación Grupo de Apoyo Mutuo (GAM), se estableció en 1984 por madres, esposas e hijas de desaparecidos bajo el terrorismo de la dictadura. Prosigue hoy día su acción de solidaridad y concientización a partir del marco de derechos humanos provisto por los Acuerdos de Paz en 1996.

JD: ¿Simplemente es encargado de seguridad? ¿Es que no tiene proyecto político propio después de la derrota electoral?<sup>21</sup>

CR: Ya no.

JF: Es una de las cosas de la guerra. Yo fui a tratar de darle capacitación a gente que había quedado lisiada del EGP...

JD: Ah, ¿veteranos del EGP?

CR: Sí, trabajamos con los lisiados.

JF: Y ya lo más que podía alcanzar mucha de la gente campesina que peleó mucho tiempo en la guerra es a ofrecerse como guardia de seguridad.

JD: Entiendo.

CR: No tienen ninguna otra capacitación .

JD: Porque esa fue la única experiencia que ocupó tantos años de sus vidas, ¿no?

JF: Algunos que fueron comandantes, que tenía grados universitarios, fundaron ONGs y de eso viven. Incluso el que está a cargo del archivo de la Policía Nacional, o de lo que se encontró del mismo, fue comandante del EGP, es Gustavo Meoño. Él fue de los comandantes...

### **Legado obrero y estudiantil**

JD: Para regresar a los años formativos: ¿Quiénes en su familia tenían ya experiencia en movilizaciones populares, sociales y políticas?

CR: Cercanos, cercanos, así, un tío segundo que era del sindicato de ferrocarrileros en Zacapa, que yo lo menciono en el libro porque lo admiraba mucho. Y mi abuelo paterno que participó en el derrocamiento de Estrada Cabrera<sup>22</sup>, el dictador

---

<sup>21</sup> Pablo Monsanto postula como candidato presidencial a las elecciones de noviembre de 2007, a las que también concurrió como candidata presidencial la premio Nobel Rigoberta Menchú, sin obtener el apoyo de los principales “ex-comandantes” de la guerrilla.

<sup>22</sup> En 1920 una movilización popular condujo a la dimisión del presidente Carlos Estrada Cabrera quien, desde 1898, había regido el país con métodos dictatoriales particularmente sanguinarios, recogidos en la novela de Miguel Ángel Asturias, *El señor presidente* (1946).

que antecede a Ubico. Mi abuelo era artesano, toda la familia eran artesanos, eran talabarteros y carpinteros. Mi abuelo era talabartero y ellos habían creado los gremios. El era parte de los gremios en los veintes. Es interesante porque el papá de mi mamá era militar, y ese abuelo materno era gente de Estrada Cabrera, de los malos de plano. Ese abuelo era militar, pero cuando murió, murió como morían los militares en ese tiempo, sin ningún apoyo, en la pobreza. Él era contador de libros, tenedor de libros le decían en ese tiempo. Y todo el tiempo que trabajó con Estrada Cabrera su familia estuvo bien económicamente. Pero cuando cayó Estrada y mi madre estaba por nacer en un pueblo de esos en que mi abuelo estaba como gobernador, él salió huyendo dadas sus obvias relaciones políticas con la gente del dictador. Y entonces los enemigos de mi abuelo mandaban a los indios a interrogar a mi abuela embarazada. Ellos le ponían el machete en la barriga y le decían: “Dónde está el coronel o te sacamos ese hijo”. Pero un chino que se compadeció de la señora con los hijos los sacó escondidos en una carreta, dentro de un montón de paja, y así se salvaron; los llevaron a la capital. Entonces en la familia de mi mamá corría un gran odio y todavía hay un resentimiento muy fuerte contra los indios. No faltan los comentarios prejuiciados, que si son traicioneros, que son esto y que lo otro. Eso por el lado materno. Mi abuelo paterno, por otro lado, fue de los que decidieron ya no hablar más lengua. Porque la gente dejaba de hablar la lengua indígena para que no los discriminaran y sentirse parte de la ladinidad. Es decir, era la única vía de aceptación como ciudadano en esa época. Pensamos que mi abuelo paterno asumió ese proceso. Si lo ve usted, el físico es indígena, venía de Antigua. Mi abuela paterna viene de Quetzaltenango, gente sencilla, gente indígena pues, pero que dejó de hablar la lengua por alguna razón, no sé, eran mestizos, no sé. Pero la experiencia de grandes movilizaciones organizadas no existía en la época de mis abuelos y padres. Aparte de las protestas que removieron a dictadores como Estrada Cabrera y las jornadas de junio de 1944 que iniciaron la Revolución

de Octubre,<sup>23</sup> en Guatemala había muy poca experiencia de ese tipo. Las grandes movilizaciones que involucran mucho a la juventud suceden en los sesentas como producto de condiciones muy especiales, internacionales.

JD: Hablando de los ejemplos y factores internacionales en los sesentas, si ponemos como punto de referencia la revolución cubana, ¿desde cuándo comienza la militancia suya en la izquierda, antes o después de la revolución cubana y en qué movimiento u organización? ¿Empezó en FUEGO?

CR: Mi militancia empieza en FUEGO, en el 62.

JD: ¿Frente Unido de Estudiantes Guatemaltecos Organizados?

CR: Sí, yo empecé a participar como dirigente estudiantil en el 59 cuando entro a la secundaria.

JD: O sea, que eso es antes del triunfo de la revolución cubana.

CR: Sí, pero como dirigente estudiantil. De allí salgo como delegada ante el FUEGO, que empezaba. Luego me expulsan de allí, paso al INCA<sup>24</sup> para estudiar Magisterio y ahí es donde me encuentro un día en una gaveta de escritorio con una citación del PGT<sup>25</sup> para que militara en la Juventud. Yo encontré el papel, y allí decía que querían la autorización de los papás para que uno fuera parte de la Juventud Comunista. Y yo agarré el papel emocionada, era de ver con quién podía hablar, porque no aparecía persona que pudiera explicarme... Me puse a observar [en mi círculo de amistades] y me di cuenta del movimiento raro en algunas de ellas. Entonces llegué con la Carlota Vargas que estaba allí. “Mirá esto”, le dije. “¿Dónde lo

<sup>23</sup> La Revolución de Octubre de 1944 culmina un proceso de resistencia cívica que derroca la dictadura de Ubico (en manos de un sucesor designado), dando inicio a la única década de democracia disfrutada por Guatemala en el siglo veinte.

<sup>24</sup> Instituto Nacional Centroamérica, institución de educación superior dedicada a la formación de maestros.

<sup>25</sup> El PGT (comunista) se funda en 1949 durante la única apertura democrática experimentada en Guatemala en el siglo veinte, bajo el gobierno de Juan José Arévalo, primer presidente electo en unas elecciones transparentes.

encontraste? me preguntó con aquel enojo. “Yo quiero estar allí” le dije. “Y por qué me dices a mí?” me responde. “Porque vos estás en esto”. Y se enojó porque creía que era clandestina de verdad.

JD: [Risas].

CR: Entonces, sí, empieza a decir... “Pero esto es muy difícil, muy delicado... que no sé qué, tenés que...”

JD: ¿Y ya iban al Fu Lu Sho?

CR: Ya, ya íbamos, sí.

JD: [Risas].

CR: Y la persona que me recluta añade: “Tenés que aprender... tenés que leer esto”. Ella no lo leía, yo sí lo leí todo. Entonces, cuando ya leí todo, ya con más argumentos, les enseñé a mis papás el papel y nunca me dijeron que no. Yo daba por hecho que estaba bien la cosa. Y entonces empiezo a militar, pero las compañeras de mi círculo inmediato de activistas y conocidos, estaban celosas y me ponían mucha traba, mucha, mucha traba. Pero a los pocos meses —eso fue antes del 62— yo ya había fundado otro círculo en el INCA y ni modo ya éramos mucha gente y tenían que separarse para que fueran dos o tres círculos, no me acuerdo. Entonces yo me quedé responsable de un grupo y se vienen las vueltas de marzo y abril del 62. Allí yo me voy para arriba porque iban a ser las elecciones en el INCA. Nosotros estábamos constituidos en “República”, una asociación especial de estudiantes. El propósito nuestro era que las estudiantes aprendieran cómo funcionaba un congreso, los tres poderes y todo eso. Entonces teníamos congreso, teníamos ejecutivo y legislativo y hacíamos todo eso. Cada alumna tenía una cédula. Y hacíamos campañas políticas e iban a votar con la cédula. Era bonito...

JF: Educación cívica..

CR: Bonito, a iniciativa de las estudiantes. Hacíamos eventos y todo, y nosotros nos encargábamos del mantenimiento del edificio —que es un edificio grande—, de la oficina y de todo. De allí, de las actividades, sacábamos para pintar, para reparar vidrios rotos, de todo; la grama, todo estaba bonito. Pero cuando el 62 yo era candidata a la presidencia para el próximo período...

JD: Del...

CR: Del INCA y era un montón de gente que nos seguía. Los discursos y las cosas alegres. En una de esas llegó una maestra, iba subiendo unas gradas. Se acostumbraba uno a pintarse el ojo... y la maestra era nueva auxiliar y para desgracia de ella me vio con los ojos pintados y —ella venía bajando, yo subiendo—, me paró y me quiso tocar la cara. Le agarré de las manos y... “Usted a mí no me toca la cara”— yo gritándole y todo el mundo se paralizó, por poco la echamos de allí. Después nos hicimos muy amigas. Después de eso hay una reunión de FUEGO...

JD: ¿Ya se usaban *bluejeans*?

CR: Hay una cosa interesante allí, porque hicimos una excursión a un puerto... ¿a cuánto está Amatitlán de la capital?

JF: 25 kilómetros, algo así.

CR: Dispusimos irnos a pie, desde el INCA a ese lago y todas en pantalones. Era una protesta porque en ese tiempo en Guatemala no aparecían las mujeres empantalonadas así. Y en toda la carretera nos chuleaban, nos felicitaban, nos maltrataban, de todo pasó allí. 1964.

JD: Ah, ya allí había guerrilla y todo.

CR: Sí. Y nos salimos en pantalones y la gente ya sí miró de otro modo. Porque “en casa las muchachitas decentes no usaban pantalón”.

JD: Quiero volver a la influencia de la revolución cubana, que ya está en el libro, pero quisiera saber si tenía algo que añadir.

CR: Influencia total. Usábamos el radio para escuchar Radio Habana, los discursos de Fidel. Acogimos el llamado a la lucha contra el imperialismo de Estados Unidos.

JF: Pero eso era generalizado. Mi papá oía Radio Habana, incluso él trabajó mucho en caminos en la época de la contra-insurgencia y en la zona de Zacapa, donde estaba duro. Pero igual él ponía su radio y oía... Incluso había militares por ahí. Pero lo trataban bien y decían: “Vos, vos sos comunista”. A lo que en broma él respondía: “Cuando triunfe la revolución vamos a untar el paredón con la grasa de los militares” [risas].

JD: [Risas].

CR: Lo que sí es claro es que en esos años del inicio de la guerrilla, la guerrilla urbana fue muy activa y teníamos mucho apoyo, mucho apoyo.

JD: Sí, en lo que respecta a las grandes acciones de masas que se hicieron en marzo y abril del 1962; ¿se podría decir categóricamente que era un movimiento juvenil?<sup>26</sup>

CR: Sí, pero también hubo apoyos de sindicatos; estaba el sindicato de la bananera por ejemplo, y del ferrocarril, que fueron los que sobrevivieron a la represión y quedaron funcionando un tiempo. Había gente del partido allí, yo estuve con ellos como miembro del partido.

JD: Pero fue la juventud la que encendió la chispa inicial, ¿verdad?

CR: Mira, en ese momento hubo un fraude electoral, pues. Y los primeros que lanzan la consigna de que era fraude...es a nivel de la universidad. La Asociación de Estudiantes Universitarios, la AEU, jugó un papel bien importante en ese período, porque ellos hacían estudios y los hacían públicos a la población con un vocabulario más sencillo, y esto ayudó a que comprendiéramos un montón de situaciones del país. Entonces ellos son los que empiezan a denunciar eso como un fraude. Y nosotros los apoyamos tomando en cuenta nuestras reivindicaciones como futuros maestros, pues el régimen decretó medidas en las que perdíamos un montón de ventajas laborales. Por ejemplo, la lucha contra el descongelamiento del escalafón magisterial fue fuerte. Eso ya estaba metido dentro de esas luchas que empiezan en el 59 y que se extienden hasta el 65, cuando expulsan a la gente. Además militarizaron los institutos de varones.

---

<sup>26</sup> Haciéndose eco de la creciente indignación popular acumulada desde el golpe de 1954 contra Arbenz y atizada por el fraude electoral de noviembre de 1961, la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU) convocó a una Huelga General que se convirtió en el más importante evento de desobediencia civil en la historia guatemalteca después de las jornadas de Octubre de 1944 (contra la dictadura de Jorge Ubico). La movilización de 1962 constituyó un acontecimiento fundacional, a partir del cual se articuló el *sujeto* revolucionario de la época y la secuencia revolucionaria que le siguió.

JF: Se extendió por varios años, porque creo que la militarización la levantaron como en el 67.

CR: Metieron militares como directores de los institutos.

JD: ¿Esos institutos eran públicos?

CR: Públicos. Era donde se formaban maestros. Militarizaron todos los institutos.

### **Transición a la lucha armada**

JD: Entonces ocurre una transición entre estudiantes que están acostumbrados a acciones cívicas, de movilización, que luego pasan a la lucha militar cuando se desarrollan las guerrillas. Esa transición... ¿se dio en un momento de alza, de ascenso del movimiento popular, o se dio en un momento de baja? Lo pregunto porque hay casos en que la lucha armada surge porque de alguna manera las luchas de movilización de masas se ven bloqueadas, entran en baja, y entonces la lucha armada se organiza para contrarrestar el reflujo. En otras ocasiones la lucha armada corona y prolonga el auge de la lucha de masas, y aún en otras, la lucha armada contrarresta el efecto de la lucha de masas, tiene un efecto anticlimático.

CR: Mire, en el 54 hay un descontento terrible. Se logra meter Castillo Armas, saca a Arbenz, a todo sus seguidores, pero el descontento que quedó fue tremendo porque mataron a mucha gente.<sup>27</sup> Lo que pasa es que eso ahora se les olvida, pero la reacción golpista mató a sindicalistas y activistas, hubo una gran represión contra todos los sectores populares. Incluso nuestra familia... nosotros, nos fuimos a vivir pocos meses antes de la caída de Arbenz a la casa donde había estado la escuela Claridad que era del PGT. A esa escuela, antes que cayera Arbenz, la derecha había llegado a apedrearla, le tiraron

<sup>27</sup> Jacobo Arbenz le sucede a Juan José Arévalo como segundo presidente electo democráticamente en la historia de Guatemala. Su plan de reformas sociales incomoda a Estados Unidos. El gobierno del presidente Dwight Eisenhower en 1954 decide montar la operación PBSUCCESS para derrocar a Arbenz. Carlos Castillo Armas fue el jefe militar reclutado por la CIA para encabezar el levantamiento golpista.

una bomba y el techo se fue para abajo. Había una ventana atrás de un sitio baldío y por allí se salió un compañero del partido corriendo y como a las tres cuadras lo agarraron y lo estaban linchando, entonces se metió la policía y lo sacaron de eso. Había toda una movilización de intereses de la derecha que golpeó a las luchas populares y aplastó la democracia. El alzamiento militar del 13 de noviembre de 1960<sup>28</sup> da entonces la pauta de respuesta que inspira a la izquierda. Pero era un movimiento golpista, como fueron todos en Guatemala. El propósito inicial de los alzados no era una guerra a largo plazo para cambiar el sistema y realizar una revolución radical, no, más bien era golpista, para derrocar al gobierno y sustituirlo en lo inmediato, pero fracasa. Entonces ellos se van al monte como respuesta, como para decir “va a haber presión”. Mientras, se da otro montón de movilizaciones alrededor de este alzamiento, pero el propósito no era comenzar una guerra, y menos tan larga. Entonces dentro del PGT, la Juventud, inspirada por el alzamiento de los jóvenes militares, empieza a presionar de que tenemos que tener también una participación militar y bajo esa presión autorizan que se forme la guerrilla donde cayó preso Rodrigo Asturias<sup>29</sup> también.

JD: Ah sí, cayó preso demasiado pronto.

CR: Entonces él hace que nosotros en ese momento veamos la lucha armada como una salida, como una respuesta, sobre todo en la capital, a toda la represión que estaba habiendo, que era bastante. Un cuñado mío, tío de mis hijos, cae preso dentro del grupo de los 28 desaparecidos,<sup>30</sup> los primeros. Y cuando

<sup>28</sup> Se refiere al levantamiento de jóvenes oficiales iniciado el 13 de noviembre de 1960 en el Castillo de Matamoros y encabezado por Luis Augusto Turcios Lima y Yon Sosa, quienes poco después fundaron las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) y el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13), respectivamente.

<sup>29</sup> Rodrigo Asturias (nombre de guerra, Gaspar Illom). Hijo de Miguel Ángel Asturias (premio Nobel y autor de *El señor presidente*), Rodrigo eventualmente funda la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA) y se convierte en uno de los comandantes rectores de la Unión Nacional Revolucionaria Guatemalteca (URNNG).

<sup>30</sup> Se refiere al caso de los “28 desaparecidos”, que en verdad fueron 33. Se trató de un operativo dirigido por el coronel Rafael Arriaga

las FAR captura a los personeros del régimen para exigir que aparezcan los 28, era una respuesta a esa gente que sabíamos que los habían capturado. Incluso a mi cuñado lo curaron para después torturarlo y matarlo en la tortura.

JD: ¿Lo curaron para después...?

CR: Ajá, porque querían que hablara, no querían que se muriera. Por eso lo curan y después lo torturan, para eso. Supimos en ese tiempo que los habían echado al volcán que estaba en erupción, o al mar. Queríamos que aparecieran, Ricardo era parte de todos nosotros.

JF: En ese momento ya había consejeros, asesores militares norteamericanos participando en la represión.

CR: Ah sí, ellos se metieron desde que llegó Castillo Armas, ya estaban todos ahí. Entonces el planteamiento de Guillermo Paz<sup>31</sup> a mí me parece interesante porque si uno se pone a analizar la historia, en realidad en Guatemala el propósito es inmediatista. Cuando botan a Estrada Cabrera ocurre una movilización en la ciudad y esa vez estuvo alegre porque todos los funcionarios del gobierno se metieron en el Palacio Arzobispal, porque no había Palacio Nacional. Entonces mi papá me contaba y mi abuelo, que gritaban: “Que saquen al toro, que saquen al toro” y sacaron a uno de los funcionarios de Cabrera y allí lo lincharon, lo mataron. “Saqueen otro toro”. Y así se los echaron a todos, somos un país de linchamientos pues, eso no es nuevo ahora; y mataron a todos los de él; ya Cabrera se habría ido seguramente. Con Ubico es la misma historia. La movilización es de gente diversa, participan improvisadamente, hay balazos,

---

Bosque, viceministro de defensa nacional, y asesorado por la CIA, mediante el cual 33 personas, algunos dirigentes, otros militantes y otros simplemente vinculados de manera fortuita por los servicios represivos con el PGT, las FAR y el MR-13, fueron secuestrados, torturados y ejecutados secretamente entre diciembre de 1965 y marzo de 1966. Sus cuerpos nunca aparecieron. Este operativo marca el inicio de la práctica de “desaparecer” personas en Guatemala que se extendió hasta el 19 de octubre de 1993, engrosando una lista 45,000 ciudadanos desaparecidos.

<sup>31</sup> Guillermo Paz Cárcamo es autor de importantes estudios sobre historia y sociedad en Guatemala.

unos cuantos heridos. Muere la maestra esta, Chinchilla y toda esa cosa, pero el propósito era el mero golpe de Estado. Así mismo el concepto de guerra de guerrillas se queda en guerra de guerrillas, nunca evolucionó como proyecto de toma del poder y cambio real, y eso es lo que ahorita está en discusión en medio de [risas]... Porque hay gente que dice: “No, no es cierto”; pero los que lo dicen no conocen de lo militar pues, lo que están hablando son tonteras porque... que estudien y que miren y se van a dar cuenta que en realidad...

JD: Se refiere a que la guerra de guerrillas nunca pasó a la ofensiva estratégica, a la guerra de posiciones, ¿no?

CR: En la primera fase de la guerra de guerrillas el propósito es de hostigamiento, para atacar y retirarse, para descontrolar, para hacer presencia, pero de eso no pasamos acá. Y menos pensar en guerra de posiciones, jamás de la vida.

JF: ¿Nunca se...?

CR: Nunca se planteó eso, nunca

JD: ¿Y se llegó a liberar territorio? ¿O nunca hubo territorio liberado?

CR: No, no. Incluso el ejército daba la impresión en el Petén, para mí pues, que como dicen, iba pidiendo trabajo, pero rogándole a Dios que no le dieran de trabajar [risas]. Entraban las patrullas del ejército hasta un punto, se acampaban y regresaban; si en esa se topaban con la guerrilla, qué bueno, pero si no, no, y regresaban tranquilos [risas]. Así era y entonces la guerrilla evadiendo también de toparse con ellos. Que ése era el pleito mío, por lo que yo les traía mal a los comandantes. Que se escuchaba un tiro y... a caminar un montón. Mi pregunta era: “Pero si lo que queremos es combate pues, ¿por qué no nos quedamos?”. Los comandantes: No que no se qué, que la seguridad y cuánta cosa... O como él [se refiere a Juan Fratti], que acaba de entrar al Petén y oye que están repartiendo los plomazos; lógicamente, lo que hace es emboscarse de inmediato para esperar al enemigo y atacarlo, porque él venía de la capital y allí era diferente la cosa; la gente se embosca esperando que vengan, ¿verdad? Y después le preguntan los oficiales: “¿Por qué te quedaste? —había que salir corriendo” [risas].

JD: [Risas]. Sí, que no había un propósito activo de controlar territorio.

CR: Es que no había ningún plan, eso tenía que ir dentro de un plan estructurado de guerra.

JF: Mire, a lo más que se llegó —yo me acuerdo cuando se conformó la UNRG— era un plan de cinco puntos, pero los puntos se quedaban en un enunciado político muy general, porque eran como unos parrafitos así, y nunca se llegó a desarrollar nada claro en realidad... Había gente capaz en las universidades de elaborar un programa completo de gobierno, gente brillante cuyo talento no fue aprovechado.

CR: Eso se podría haber hecho.

JF: Como este Saúl Osorio que se murió hace poco.

CR: Sí, fue rector de la universidad, un economista brillante.

JF: Era del PGT el señor, pero nunca...

CR: Nunca le dieron participación a la gente.

JF: Faltaba un escrito programático que dijera se va a hacer esto y esto, se va a hacer una reforma agraria, se va a tratar de tecnificar esto y esto, desarrollar unas pequeñas o medianas empresas, etc.

CR: Y todavía, todavía... Estudios hay, porque la universidad de San Carlos hizo muchos estudios que han sido favorables. Parte del problema que yo tuve con ellos [los comandantes], fue eso de plantearles: "Tenemos que abocarnos a los que conocen de esto, a los profesionales que conocen de economía, de agronomía, sociología, que puedan aportar los elementos; no nos va a quitar nada, nosotros estamos para hacer la guerra, pero después el gobierno qué, y prueba de eso son los tratados de paz. No hay nada de eso. En los tratados<sup>32</sup> no vas a encontrar una sola cláusula que apoye a los obreros para que

<sup>32</sup> Alusión a los acuerdos de paz final concluidos en diciembre de 1996 tras un proceso comenzado en México en 1991. Estas negociaciones se cumplieron efectivamente sólo en los aspectos relacionados con la seguridad y el establecimiento formal de libertades civiles, con garantías para los ex-comandantes guerrilleros y sus seguidores, quienes pudieron reorganizarse en partidos electorales. El programa social nunca se implementó.

puedan organizarse en sindicatos, no existe, no existe. ¿Cómo es posible?

### **Comandantismo**

JF: Es más, cuando fueron a la negociaciones, eran a puerta cerrada entre representantes del ejército y representantes de alto nivel de la guerrilla. A los mediadores nunca les permitieron traer a participar a gente del movimiento de masas... Bueno de lo que quedaba del movimiento de masas y del movimiento sindical, que fueron muy, muy golpeados.

CR: Pero no les dieron pelota. Y se quedó fuera la gente que podía haber aportado un montón, indígenas que podían haber aportado un montón desde su perspectiva. Las cláusulas sobre los reclamos y derechos de los indígenas allí son un poco menos limitadas, pero a mí se me hace que tuvo mucho que ver en eso, en los acuerdos esos, el que es el cuñado del actual presidente. El hermano de su mujer, es un hombre brillante, que es ahorita el asesor jurídico del sindicato de maestros, un tipo muy, muy brillante. Pero gente como él, en verdad la tiraron por un tubo, incluso cuando ya se iba a dar la firma de la paz, se deshicieron de todo porque había que agarrar lo más que se pudiera y entonces, de todos aquellos que habían ido a negociación, que habían estado allí, no quedó ninguno. El hombre del PGT liquida el partido.

JD: ¿Cuál es ese?

CR: El Partido Comunista, lo liquida ahí, sí...

JF: Como que ya no tenía razón de ser...

JD: Y esas declaraciones que hace Mario Roberto Morales,<sup>33</sup> en las que él alega —claro uno nunca sabe, uno lo lee— que cuando se dio el proceso de negociación hubo un dinero que ofreció la comunidad europea a las ONGs para la paz... Él dice que ese dinero se lo repartieron entre los negociadores militares y los negociadores de la guerrilla, ¿no hay nada escrito sobre eso? [a Fratti].

---

<sup>33</sup> Ver Mario Roberto Morales, *Los que se fueron por la libre* (México: Praxis, 1998).

JF: Mire, supimos que a algunas gentes que habían tenido grados más o menos equivalentes al de teniente, como parte de los acuerdos les habían dado compensaciones de unos cinco mil dólares más o menos...o tres mil dólares.

CR: Ay no, quince mil quetzales.

JF: En ese tiempo eran como tres mil dólares al cambio.

CR: Sí, pero no se compensó a todos.

JD: Y él [Mario Roberto Morales] dice que un síntoma de eso es que Asturias muere en su casa en la piscina. Cuando tú hablas de una casa con piscina en Guatemala estás hablando de un nivel social, de una élite, y [Mario Roberto Morales] sugiere que esa anécdota es un síntoma de qué era lo que había detrás de todas las negociaciones, ¿no? Sin embargo, tampoco se puede fundar todo el análisis en una anécdota como esa.

JF: Posiblemente hubo...

CR: Yo lo que sé es que Mario Roberto, bueno yo no creo que sea mentiroso. Si está hablando algo es porque no está especulando. A veces él cae en algunas discusiones que... yo por eso dejé de leerlo... Recurre mucho a alegar “que alguien me dijo” y “que yo le dije” y esas cosas. Pero cuando hace planteamientos serios, tiene voz independiente... Porque a él le hicieron mucho daño, lo descalificaron horriblemente y todo, porque esa era la costumbre, descalificar a la gente de entrada, sin considerarla. Él se mantiene y es muy crítico y es muy agudo. Yo pienso que ha de tener alguna base para decirlo. Sería de preguntarle, ¿verdad?, en qué se basa para decir todo eso.

JD: Porque otro tema es el secuestro de la señora Novella, él sugiere que los comandantes, en cierta manera buscaron negociar su jubilación en las negociaciones de paz, como si dijeran: “Bueno tengo tal edad y ya vamos a cerrar todo este proyecto guerrillero, pero ahora la pregunta es: ¿Dónde está la pensión?”. Por lo que, según Morales, hacen el secuestro de la señora Olga de Novella, con supuesto conocimiento de la policía y el ejército, quienes miran a otro lado y lo permiten a modo de canje, y mediando el sacrificio de uno de los guerrilleros secuestradores, como peón entregado por el comandante

Rodrigo Asturias. Es una acusación muy atrevida, que no ha sido formalmente refutada que yo sepa.<sup>34</sup>

CR: Sí, mire, ahí el problema es que hay tanta corrupción y tanta cosa que cualquier cosa es posible de creer. Con Monsanto, antes que fuera diputado, supimos que andaba despilfarrando dinero de una manera que... que no me venga con cuentos, porque ese es el asunto. Yo lo conocí desde antes, conocí a toda su familia, a su mamá, a su papá, todos y era gente pobre pues. Y ahora que me salen con que las herencias, de dónde, y que ¡herencias que traían de Italia! si los que llegaron de Italia venían más pelaos que... vinieron a América porque no tenían nada de nada.

JF: Yo le voy a decir una cosa, personalmente yo considero que parte de la inflada que se dieron ellos fue por los cubanos.

CR: ¿Por qué?

JF: Porque a ellos, al llegar a Cuba, se lo digo porque yo estuve en esas residencias de protocolo, los trataban como jefes de estado: chofer particular, cocinera... Imagínese en ese tiempo la gente en Cuba qué hacía pues, y los funcionarios no cargaban nada y les entregaban grandes casas con tres o cuatro personas de servicio. Usted se sentaba e iba el mesero de blanco y le iba a preguntar a las diez de la mañana qué quería tomar y usted le mencionaba cualquier trago y allí se lo preparaban.

JD: Eso era en la casa de Monsanto...

CR: No, no, en Cuba

JF: ¿De plano el Ministerio del Exterior? [a Chiqui].

CR: Bueno, el Departamento América, sí.

CR: Sí, a ellos los trataron...

JF: En México por ejemplo, cuando yo estuve allí en Cuernavaca, visitando la comandancia, noté que tenía él [Monsanto] una casa con piscina y me vino a decir que en un parqueo les habían robado un Mercedes Benz. Imagínese, a qué estúpido

---

<sup>34</sup> Ver Mario Roberto Morales, *La articulación de las diferencias o el Síndrome de Maximón (Los discursos literarios y políticos del debate interétnico en Guatemala)*. Guatemala: FLACSO, 1998.

se le puede ocurrir en México cargar un Mercedes Benz, cuando en México la gente de plata cargaba un Lincoln o un Grand Marquis, que eran los que cargaban los políticos mexicanos en aquellos años. Cómo no iba usted a ser notorio en un Mercedes Benz...

CR: Pero un Mercedes Benz que fue obtenido a través de OXFAM. Esas son las cosas que dan cólera, porque yo hablé con Renato, el cura, sobre ese tema. “¿Y este carro?” —le digo porque a mí me llevó el cura de Tapachula, de Chiapas al DF y entonces ahí miré el carro. “¡Púchica!” me dije yo. “¿Por qué este carro?” pregunto, pues uno se fija. “Para la cobertura del comandante”, me dijo.

JD: En ese tipo de “cobertura” se gastaba el dinero de la solidaridad.

CR: No joda... Es que era ilógico, lo mejor era, si quería pasar desapercibido, que se comprara un Volkswagen y que anduviera allí como todos, ¿verdad?

JD: Gajes de la “cobertura”...

CR: Pues sí, o podía ir en bicicleta como andaba Víctor Manuel Gutiérrez, el dirigente del PGT, desde los primeros tiempos, nadie lo conocía, andaba en bicicleta. Disfrazado de obrero.

JD: Igual que Lenin.

CR: Sí, todo el tiempo.

### **Lucha armada y lucha de masas**

JD: Otra pregunta que tenía, volviendo al período de la transición a la lucha armada, desde 1962 en adelante. Los activistas y cuadros que pasaron a la lucha armada, ¿dejaron de hacer trabajo de masas cuando pasaron a las armas? Es decir, ¿se encerraron y dejaron de hacer trabajo de masas?

CR: Sí, de hecho sí. Ya estábamos desvinculados de la gente, porque al dejar de asistir a las escuelas y a los centros de trabajo, uno se desvincula. Cuando pasamos a la clandestinidad nos desconectamos de ciertas cosas. Lo que yo puedo contar es del lado de la resistencia urbana. Nos daban un estipendio de 50 quetzales al mes y con eso pagábamos para comer y movernos.

JF: La renta también...

CR: Todo, todo. Lo que hacíamos era que nos juntábamos a vivir dos o tres, o bueno, lo que yo hacía era dormir en casas de colaboradores. No tenía casa propia.

JD: O sea que allí hubo una ruptura con las masas...

CR: Con las masas. Ahora bien, hasta cierto punto. En mi caso, yo no pierdo toda la vinculación, porque como era miembro del PGT, del Partido Comunista, yo trabajaba en propaganda y fui encargada de propaganda a nivel nacional. Por tanto, yo me movía a los lugares en toda la república donde había aparatos de impresión, mimeógrafos y eso, llevando la orientación, el tipo de volante que se tenía que hacer. A veces llevaba el mensaje verbal y en el lugar lo redactábamos y ya se distribuía. La gente pedía que quería hablar conmigo y era interesante porque se armaba toda una red para recibirme en los lugares. La otra vez me estaba acordando, por ejemplo, que yo llegaba a las nueve de la noche a un punto en la carretera y ahí me estaban esperando. Entonces nos metíamos a pie por un montón de lugares y en principio me decía: ¿Serán como búhos? ¿Qué se harán ellos que con silbidos o sonidos iban avisando? Cuando llegaba estaba el montón de gente en el lugar, y a platicar y a preguntar. Entonces yo mantuve mucha vinculación con la gente en ese sentido, incluso estando embarazada de mi hijo más grande todavía pude hacer ese trabajo. Me gustaba, porque para mí era la única manera de actuar políticamente. Así como yo, había varios que lo que nos gustaba era trabajar con la gente directamente, no estar a niveles donde uno puede perder la perspectiva...

JD: Del aparato armado. Pero en general y contemplando el movimiento en su conjunto se podría decir que los que pasaron a la lucha armada...

CR: Se tenían que desvincular de las masas, sí.

JD: ¿Y eso causó que la lucha de masas bajara?

CR: No, no, hay que estar claro, lo que hizo que la lucha de masas bajara fue la represión tan grande que se vino.

JD: Pero la lucha de masas perdió cuadros y organizadores que se trasladaron al aparato armado, y en consecuencia quedó sin...

CR: Ah, sí, sí, se iban a la cabeza, en ese sentido sí.

JD: Y eso debilitó el movimiento de masas...

CR: Se iban a la cabeza, porque se dio un estado de terror durante varios años, por varias décadas era un estado de terror. Cualquiera que subiera la voz... No sé si te comenté o fue a otra gente, en el 72 ha de haber sido, que yo regresé a la universidad, me volví a meter a la universidad. Entonces nos dijeron que iba a haber un festival en Cobán. Era un evento de medios que auspició la burguesía a manera de un festival indígena. En él se hacían pasar los trajes de los pueblos indígenas como si fuera un desfile de modas, como en pasarela. Y pasaban las muchachas indígenas con sus trajes típicos y las aplaudían, porque se puso de moda que las mujeres de la burguesía usaban trajes típicos de los más caros, de los más elaborados, con pantalones de lona. Se puso de moda eso, entonces era de ir a ver que...

JF: ¿Era como muy hippie, verdad?

CR: Muy hippie y muy chic, porque eran... para dar un ejemplo, se usaba un huipil que podía costar en ese tiempo trescientos quetzales, que era un montón de dinero, con un pantalón fino que era de lujo, pues era hecho a mano, todo elaborado, el teñido y todo. De la universidad nos dijeron que había que ir a cubrir eso para hacer un trabajo y fuimos. Y habíamos ido tres. Llegamos y empiezan a pasar las gentes por la pasarela. Pero antes del evento, yo había platicado con las que estaban allí y me llamó la atención una muchacha chiquita como de unos diecinueve años con un huipil blanco de Quetzaltenango. Tenía unas manchas rojas, y le digo: “¿Y eso por qué?”. “Es ceremonial” —contesta— porque esto representa la sangre”. Seguí hablando con ella y resulta que era maestra. Después, en el desfile empiezan a pasar una por una. Era todo muy organizado y la burguesía ahí sentada y pasa esta muchachita, y cuando va pasando cerca del maestro de ceremonias, que va pasando la candidata de Quetzaltenango, ella le quitó el micrófono y dijo: “Estamos celebrando en este lugar tan elegante, que sé yo... la felicidad, mientras que fuera de este recinto hay millones de indígenas guatemaltecos como nosotros que están sufriendo de hambre, de opresión...”. En fin, dio un gran dis-

curso. Entonces yo hablo con el organizador del concurso, que de hecho, era maestro mío de la universidad. “Bueno y quién va a ganar? La de Quetzaltenango”, le digo yo misma. “No” me dijo. “¿Por qué?” pregunto. “Pues porque habló”. A los pocos meses la mataron.

JD: ¿La mataron?

CR: La mataron. Ese era el estado de terror que se vivía, terrible. Incluso la gente joven ahorita ya no entiende. A mi hijo le cuesta entender por qué mis papás tenían tanto miedo y eso. Al principio era barrer con toda la familia, agarraban a uno y si Juan iba contigo y tú no tenías nada que ver, igual te mataban. Fue terrible. Después agarraron selectivamente, entonces agarran a Juan y a sus compañeros militantes o simpatizantes solamente, de manera que los hermanos y la familia y hasta los mismos papás dicen “Pa´ qué se metió en cosas”. Ahí hubo una reacción...

JD: Como luego se decía en Argentina: “En algo andaban...”.

CR: Sí, porque de esa manera se pretendía justificar que los mataran, ya que los militares vieron que el otro procedimiento de la represión completamente indiscriminada lo que provocaba era que la gente se enojara más, porque estaban agarrando gente inocente, ¿verdad? Pero ya cuando empezaron a ser selectivos la gente empieza a decirse: “¿Para qué se mete en cosas?”, “¿Qué no se meta!”.

JD: Esa es la lógica de la selectividad, o de la apariencia de selectividad.

CR: Casi como lo que esta pasando ahorita con las mujeres que aparecen en Guatemala muertas, que es terrible lo que está pasando allá. Nomás aparece una mujer muerta y ya dicen: “Anda en drogas”; “es prostituta”.

JD: ¿En Guatemala o en Ciudad Juárez?

CR: En Guatemala. Mucho, mucho peor que en México...

JD: ¿Peor que en Ciudad Juárez?

CR: Sí, más que Ciudad Juárez. Igual se relaciona con el narcotráfico. En gran medida. Pero eso no puede justificarse, que si una mujer aparece muerta, ya se diga que es porque es drogadicta, o porque esté en mafias o por que es prostituta. Porque eso encierra una lógica falsa. Es como pensar: “Ya de

hecho es prostituta, pues que la maten, ¿verdad? ¡Qué importa!”. Volviendo a la represión cuando la guerra, eso se vio allá. Se fue seleccionando la gente...

JD: Y si alguien dijera: “En Guatemala no había necesidad de montar un movimiento de lucha armada, se debió continuar con la lucha cívica de masas, aunque fuera en la clandestinidad”. Edmundo Urrutia afirma algo parecido en su novela de tesis, *Naufragio de las palabras*.<sup>35</sup> Otros dicen: “Bueno, en Chile se lidió una lucha no armada contra Pinochet, y se logró sacar la dictadura. Otros aún alegan que Lenin organizó la resistencia clandestina contra el zarismo, pero no montó aparatos armados, sino un aparato político que organizó las masas y entre ellas, los soldados del Zar. ¿Tienen sentido estas afirmaciones en el escenario que conocieron ustedes?”

CR: Yo lo que propongo aquí es ver la experiencia mexicana, la conspiración se ha dado en México durante muchos años con ese propósito, sin embargo el gobierno ha tenido la capacidad de penetrar esas organizaciones, y acabar con ellas.

JD: No era muy viable la organización clandestina de las masas.

CR: No, lo que pasa es que Edmundo vivió otras cosas y tiene otra visión de las cosas. Cuando Edmundo presentó el libro, yo estaba en Guatemala y le dije a mi hijo: “Vamos a verlo”. Entonces al tiempo que yo me iba acercando a él, había uno que le estaba diciendo a Edmundo: “Lo que admiro de vos, es la capacidad que tuviste para decir ‘que no’ en el momento apropiado”. Y yo iba llegando: “¿Ah sí?” le dije yo [risas]: “Por un montón de cerotes como éste que dijo ‘que no’, es que estamos bien jodidos ahora” [risas]. Pero como Edmundo me conoce, se mataba de la risa, y el otro miraba así [risas]. Porque la verdad es ésa, que muchos dijeron que no, pero claro, era su derecho de decir que no, ¿verdad?”

JD: ¿Que no siguieron en la lucha armada?”

CR: No, no siguieron porque.... Mira yo pienso que hay ra-

<sup>35</sup> Véase Edmundo Urrutia, *Naufragio de las palabras* (Guatemala: Editorial Cultura/Magna Terra Editores, 1998). Comentado en el Cap. 3 de este libro.

zón en no seguir, porque si uno no confiaba en los dirigentes, el desencanto viene, como vino por generaciones. Se metía la gente, se daba cuenta de lo que estaba pasando, se desencantaba y se iba. Luego venía otro grupo y recomenzaba... por eso tardó tantos años.

JF: Incluso hasta algunos de los que hicieron escuelas en Konsomol se desencantaron ahí mismo.<sup>36</sup>

CR: Sí pues, de los konsomoles que fueron a estudiar, ¿cuántos quedaron en la lucha? [a Fratti]. Sólo Robles y Julio, que tampoco estuvo metido en el rollo así tanto.

JD: Los del Konsomol... ¿Se desencantaba ahí mismo?

CR: Sí, cuando regresaban ya no querían nada, como el Nicolás, ¿verdad? [a Fratti].

JF: Otra cosa sobre la represión es que ya en los finales de los setentas y en los ochentas, al ejército lo hicieron de alguna forma participar más en el poder. Eso modificó el carácter de la represión. Miembros del Ejército comenzaron a gerenciar empresas para hacerse cargo directamente de la represión de los sindicatos. Está el caso de la Coca Cola. A la Coca Cola le mandaron de jefe de personal a un teniente kaibil.

JD: ¿Un teniente kaibil?

JF: Sí y su carta de entrada fue el asesinato del secretario general del sindicato. Mataron al que estaba, luego su sucesor asumió el cargo. Fue a negociaciones al Ministerio del Trabajo, lo mataron a él también; el que seguía subió, lo volvieron a matar.

JD: Resultar electo a la dirección del sindicato era una condena de muerte.

JF: Sí, sí.

CR: Sí, cualquiera que simplemente pensara se convertía en un objetivo. ¿Cómo matan a Fito Mijangos? que es un intelectual guatemalteco en silla de ruedas. Lo matan entrando al ca-

---

<sup>36</sup> El Konsomol (Kommunisticheski Soyuz Molodiozhi), era la organización juvenil del Partido Comunista de la Unión Soviética. Los partidos comunistas de América Latina, entre ellos el PGT, acostumbraban incentivar a sus militantes juveniles con visitas a campamentos de verano y otras actividades del Konsomol en la Unión Soviética. También hubo muchos becados para realizar estudios.

rro, en ese momento que está más desvalido, que se mueve de la silla al carro. Cualquier persona que pensara era enemiga de ellos. Y así fue como descabezaron la universidad.

JF: Hubo un momento en que el Movimiento de Liberación Nacional<sup>37</sup> tenía sus grupos paramilitares, la policía tenía también pero hubo un momento en que todo eso...

CR: Se juntó.

CF: Lo asume el ejército y entonces ya ellos asumen el sica-riato.

CR: Pero aquí también hay que ver, con Arana, me parece que fue, que los gringos ensayan en Guatemala la estrategia de dejarlos que se enriquezcan, para darles un incentivo. Antes del 44 el ejército estaba en la calle. Quien puso al ejército en una posición de dignidad fue la misma Revolución de Octubre, no fueron otros. Entonces ellos se asientan, pero funcionan al servicio de la oligarquía, de la burguesía, del capital foráneo.

JF: Como perros guardianes.

CR: Pero cuando se les permite a ellos de alguna forma acceder al poder económico...

JF: Fundar sus bancos...

CR: Entonces ellos ya se refuerzan y aquí pasa algo interesante, porque los militares de El Salvador eran totalmente sometidos al ejército gringo, a los mandatos norteamericanos. El ejército de Honduras lo mismo, el de Nicaragua, lo mismo. Todos los ejércitos de allí eran sumisos, pero éstos no, los de Guatemala, no completamente, pues comienzan a tener intereses económicos propios.

JD: ¿Porque se convierten en empresarios?

CR: Se convierten en empresarios, se convierten en gentes que tienen su banco del Ejército al que pedían préstamos, prácticamente sin intereses, sin aval, sin nada, pues... ahí estaba el dinero.

JF: Se ganaban el dinero además los mismos militares...

JD: Tenían gestión económica propia.

---

<sup>37</sup> Grupo paramilitar y partido político de extrema derecha que dominó la vida política guatemalteca durante la segunda mitad del siglo veinte, fundado en la década de 1950 por Mario Sandoval Alarcón.

CR: Tenían casas, tenían comisariatos, tenían un montón de cosas. Cuando ellos se fortalecen en esto, entran en pleito con la oligarquía tradicional, porque ya como militares con dinero, querían hacer parentesco con las oligarquías tradicionales. Querían casarse con las hijas de los oligarcas y eso los oligarcas no quisieron.

JD: Como dice Severo Martínez Peláez con respecto a otros grupos de la era colonial, llevaban una lucha de clases, no para derribar a la clase dominante, sino para *entrar* en la clase dominante.

CR: Sí, porque tienen el poder de...

JD: Y la burguesía ahora no los dejó entrar del todo, dijo: “No, gracias por sus servicios, pero hasta aquí”. Pero volviendo de nuevo al inicio de la lucha armada, que provoca tantas desconexiones y desplazamientos en los lazos de los militantes con respecto a su mundo social previo... Hay un momento en el libro que me parece especialmente interesante, que es la escena en que la narradora, Chiqui, retorna sola a la casa de seguridad de la laguna... Es una escena en que a Chiqui le sobreviene una sensación aguda, emotiva, de pérdida, de vacío ocasionado por las muertes de compañeros ocurridas y por ocurrir, y por todas las ausencias.

CR: Sí, es que era especial.

JD: Hay un momento interesante en que Chiqui dice: “Acostada sobre el colchón frío y sin sábanas, mientras aspiraba el humo de un cigarro, dejé vagar mi mente en blanco, me había absorbido la clandestinidad”.

CR: Es que allí me di cuenta.

JD: Como si se entrara en otra dimensión: “Un vacío se instaló en mi corazón, preparándome para la inminencia de la muerte. Mi tristeza por esa generación que estaba siendo mutilada, esa generación de la cual yo era parte, se hizo crónica”.

CR: Es que fue cuando más cayeron casi todos nuestros compañeros, fue un período bien difícil, porque fue en la capital y la acometida que dio el ejército, y la policía, contra nosotros fue terrible por la falta de una compartimentación real y efectiva. No había medidas de seguridad para parar esas cosas. Y en lo que toca a estos años, yo culpo (en parte) por esa

gran matanza que hubo, la idea del PGT de becar a los jefes de la unidades militares. El PGT, el partido comunista, decidió becar a los que tenían experiencia, dejándonos descabezados. Me parece que los dirigentes del PGT calcularon con cierto celo que nosotros estábamos agarrando mucha fuerza, mucho poder y beligerancia en la capital... Porque sonaban los balazos y la gente que andaba allí nos apoyaba, nos metían en sus carros para sacarnos de los lugares y las cosas que se estaban dando. Por tal razón éramos un grupo compacto, un grupo que estaba claro con lo que quería y dispuesto a todo. Pero cuando nos sacan a los jefes de las unidades militares y los mandan a estudiar al Komsomol en la Unión Soviética, no nos consultan para saber si era correcto o no. Sino que se los empiezan a enamorar de uno en uno: "Mirá tú deberías de ir y que no se qué... que allá vas a estudiar, te vas a preparar". Pesó la ambición de ser dirigente después y toda esa cosa. Y jóvenes con ganas de pasear, de conocer otras cosas... Claro, se fueron.

JF: Además, tenían ganas de ver cómo era la experiencia socialista.

JD: La cual, por lo que ustedes cuentan, no les complació demasiado a todos.

CR: Sí, pero el caso es que sube a tomar las riendas de cada unidad gente que no tenía mucha experiencia.

JD: ¿Para qué año es eso?

CR: 1966, a finales del 66.

JD: ¿Que ya la lucha estaba en caída, no?

CR: No. En ese momento que el PGT nos sacan a la gente para la Unión Soviética, la guerrilla urbana estaba fuerte. Teníamos mucho apoyo, mucha base social. Pero en ese momento, para mí fue una jugada del PGT para debilitarnos. Cuando ellos hacen eso...

JD: ¿Por celos?

CR: Deseos de dirección, de poder, también directrices que les llegaban de otro lado. Yo no sé ahora qué podría haber sido, pero nos sacan a la gente y tenemos que meter a compañeros a que sustituyan a aquéllos, sin contar con la experiencia necesaria.

JD: Era también una forma de establecer influencia y control

ideológico sobre el proceso de integración de tanta juventud a la lucha.

CR: Sí, posiblemente eso era. A mí me vinieron a ofrecer la beca también y los mandé al gran carajo. A mí no me interesaba, porque sabíamos cómo las cosas se estaban dando en Guatemala. Le fueron ofrecer beca a Jarita también, les dijo que no. Entonces nos quedamos Chalío, Sustos, me quedé yo y quise mantener la organización clandestina, pero no pudimos...

JD: Mantener su célula funcionando.

CR: No pudimos porque la situación misma demandaba más acciones para mantenernos. Y en esas acciones, por la misma descompartimentación, estábamos expuestos a un montón de cosas. A mí lo que me salvó fue que yo no manejo. Yo empecé a manejar y entonces vi que me pasaba los semáforos en rojo y me dije “Yo no manejé más”. Entonces agarraba la bicicleta, a pie, o como sea, pero a ellos, como la ciudad era chiquita, poca gente, pocos carros...

JD: Los identificaban.

CR: Esperaban, si habían localizado un carro. Las fuerzas represivas acechaban en la calle, cerca del carro, y cuando los compañeros los iban a traer a su carro, allí les caían.

JF: Además muchos de los carros eran ¡wao! y se habían usado en muchas acciones también.

JD: Estaban quemados, desde luego. ¿Y entre los guerrilleros se puso de moda el Alfa Romeo, no?

CR: Ah sí, eso estuvo muy bueno [risas] y el Mini Austin, era de lo más que usábamos. Yo usaba mucha bicicleta, pero ya cuando vi que la cosa se puso muy difícil, ya no me iba con los muchachos en los carros, porque yo sabía que era más peligroso. Y yo les decía: “No joda hombre, no anden en carro que es más peligroso, movámonos a pie”. Pero la comodidad y todo eso pudo más. Además, hay veces que hay que llevar esto y lo otro, llevar carga. Eso impidió que la gente se protegiera debidamente. Cuando las fuerzas represivas nos empiezan a dar... Es que era un caído hoy en la mañana, otro a medianoche, al otro día siguiente. Terrible, terrible. A veces con este Sosa Montalvo y con otros compañeros de la resistencia urbana pasó lo mismo, que separándonos de ellos o esperándonos

que llegaran a algún contacto, oíamos los tiros. Fue terrible, terrible. Los del partido [PGT] estaban clandestinos, ellos no salían. Nosotros éramos los que salíamos y nosotros éramos los que conseguíamos el dinero y los que hacíamos las cosas. Entonces era de ver la gente que llegaba con los maletines llenos de dinero a entregarlo al Partido. No agarrábamos ni un centavo para nuestras operaciones, esperando que otros administraran, porque confiábamos que eso tenía que ser así.

JD: ¿Los del PGT?

CR: Sí pues, por eso se da el rompimiento. Y lo que nosotros planteábamos, y digo nosotros porque lo pusimos en práctica, era que tenía que haber un proceso para llegar a la guerrilla en el monte. Que la gente que llegaba a la guerrilla tenía que ser la que tenía más capacidad, con más mística, con más preparación revolucionaria. Eso al principio. No como se volvió después, que uno llegaba al campo porque lo sancionaban.

JD: La resistencia urbana era una especie de antesala a la guerrilla rural. Al principio, pasar de la acción urbana a la guerrilla rural era una graduación, un reconocimiento. ¿Pero dices que después se convirtió en una sanción?

CR: Sí, por sanción.

JD: ¿Era un castigo directamente?

CR: Sí, era un castigo.

JD: Me puse a leer la novela de Edmundo Urrutia. Menciona a alguien que se llama Chiqui...

CR: ¿Quién sabe quién es....?

JD: [Risas] Ese personaje, Chiqui, ¿es usted?

CR: Eso dice él.

JD: [Risas]. Bueno, es parte de la novela, nunca es una verdad literal.

CR: Le digo yo a Edmundo: “Ese pasaje que habla de la tal Chiqui es contradictorio, porque me estás poniendo flaca, desnutrida, y después ponés que me saco debajo de la sotana una ametralladora”. “Ah, es una novela —me dice él— una novela”.

JD: [Risas].

CR: Está de embajador en Inglaterra.

## El pediatra asesino

JD: Lo otro que quería comentar es esa niebla que rodea la muerte de Turcios Lima, que todavía se discute si fue asesinato o no.<sup>38</sup>

CR: Fue asesinato.

JF: Sabotaje.

CR: Fue asesinato. El carro estaba aquí, ¿verdad? Un carro chiquito, él viene aquí, parece que la bomba... El napalm estaba conectado al pedal del acelerador para que al llegar a una velocidad se activara. Turcios Lima queda totalmente calcinado porque estaba dirigida para acá, iba para acá [señala hacia su cuerpo].

JD: Ah, claro.

CR: La amiga que iba con él se quema las piernas pero el cuerpo no. Las bombas de napalm las llevaron a Guatemala por esa época. Venían en una cosa como una billetera de cuero negro así. Entonces aquí tenían los tubos de cobre que uno tenía que apachar para hacer contacto y eso le daba a uno media hora. En este carro de Turcios Lima lo colocaron de tal manera que al llegar a cierta velocidad... Se hiciera el contacto. El napalm en esas bombas tira una llamarada de hasta tres metros. Que fue lo que lo envolvió a él. Y este carro estuvo en las manos de Ronny Morales el día antes. Él era un espía entrenado en Uruguay, en la escuela de Dan Mitrione. Es médico, está vivo.

JF: ¿Ronny Morales? ¿Vivo?

CR: Sí, está vivo.

JD: ¿Él reparaba el auto? ¿Por qué estaba en manos de él?

CR: Lo que pasa es que... el riesgo que se corre siempre. Cuando hay una organización en la lucha de ese tipo, hay un momento en que tiene que crecer, tiene que ampliarse para agarrar lo más gente posible. Entonces, uno de los compañe-

---

<sup>38</sup> Recordar que la madrugada del 2 de octubre de 1966, el comandante de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), Turcios Lima, conducía un Alfa Romeo por la calzada Roosevelt de la capital, que se convirtió en una bola de fuego en la cual murió incinerado.

ros, que fue de los últimos jefes de la resistencia, llegó y me dijo: “Fíjese sapa —sapa me decía— que hay un médico bien bueno que conoce de carros y que qué se yo... y trabaja en el Roosevelt”. “¡Ah, que bien!” y “fíjese que él es pediatra”. Casi todos le habíamos llevado nuestros hijitos. Entonces tal vez era una diarrea que se podía quitar con una dieta, pero él le zampaba un antibiótico y el muchachito estaba bueno en horas. Una gran fe que le agarramos todos. A través de los hijos, él nos localizó a todos o a casi todos. En el caso de Turcios, Ronny reparaba los carros, porque tenía conocimiento de ese tipo de automóvil. Les enseñó a los muchachos a dar la vuelta de 360 grados en un Mini Austin para regresar. Él mismo los entrenaba y daban vueltas así en redondo y regresaban. Con esa táctica se podía evitar una persecución en un momento de esos y disparar y toda la cosa, y los muchachos entusiasmados. Nosotros, totalmente impresionados. Yo me di cuenta que él era mafioso. Sí, fue después que pasó lo de Turcios. Él mismo tuvo un atentado, casi lo matan también. Porque resultó secuestrando gente para cuestiones económicas de él. Entonces este tipo le dijo al papá de mis hijos que yo lo que quería era que lo mataran, que yo lo que quería era que no saliera de Guatemala para que lo mataran, y al otro día en una discusión se le salió: “Es que allí dice Ronny...” y una mujer capta cosas que los demás no se dan cuenta. Entonces yo empecé a mirar y a darme cuenta y a ver cómo se comportaba y hubo un momento que yo le dije al papá de mis hijos: “Mirá, con ese hay que tener cuidado”. Pero cuando eso ya había pasado lo de Turcios. Entonces llegó gente del partido, aunque nosotros ya no estábamos militando con el partido. Llegó gente del partido a decirle al papá de mis hijos: “Mirá, queremos que matés a Ronny”. Porque Ronny nos frecuentaba a nosotros. Y llega el papá de mis hijos y me dice: “Fíjate que me dijeron...”. Pero le dije yo: “Primero, no sos sicario, en segundo, por qué no lo hacen ellos, y en tercero, ese Ronny es tan jodido que se va a dar cuenta de eso y te va a matar a vos primero”. Porque así era, chaparrito así el hombre, una cosita. Era difícil con él, no era así de fácil.

JD: ¿Y está vivo todavía?

CR: Está vivo pero le hicieron un atentado.

JD: ¿Vive dónde?

CR: Me dijeron que estaba en El Salvador. Esa gente que entrenaron en Uruguay era de toda América Latina. De todos lados y eran entrenados casi como agentes 007 que podían hacer cosas, conocían de armas, un montón de cuestiones. Entonces ellos estaban preparados en eso. Yo creo que yo me salvé en el caso de ése porque él le agarró cariño a mi hijo más grande; yo creo que tal vez eso lo limitó a él. Pero la muestra es que cuando yo salí de Guatemala, él sabía el nombre y el apellido de mi pasaporte que era falso. Cuando matan al papá de mis hijos, a los pocos meses agarraron a una muchacha con el mismo nombre de mi pasaporte y la desaparecieron.

JD: ¿Cómo mataron a su esposo?

CR: En una acción urbana.<sup>39</sup>

JD: Él entró a la ORPA, ¿no?

CR: Sí, era como una rama de la ORPA, con Edgar Palma Lau.

### **Reflujo entre ciclos**

JD: En los años que siguen a la muerte de Turcios Lima, finales de los sesentas a principios de los setentas, se pierde un poco la pista de la militancia revolucionaria, pues hubo una gran represión, la guerrilla fue derrotada y aparentemente mucha gente se fue. ¿Pero sí quedó una gente sobre el terreno trabajando, siguió un poco de gente manteniendo los restos de la organización?

CR: En 1970...

JD: Y hubo una directriz, creo que de Monsanto, para dejar el trabajo armado e irse a la lucha de masas.

JF: Mire, yo lo que le puedo decir para principios de los setenta es que quien había hecho un trabajo de masas en Guatemala era la Democracia Cristiana.

---

<sup>39</sup> Arturo Abilio Berganza Bocaletti muere en 1977. Militó junto a Chiqui Ramírez en las FAR, pero luego ingresa, sin el consentimiento de ella, en la ORPA.

CR: Sí.

JF: Y las FAR en ese caso llegó a un punto... o lo que quedaba de las FAR llegó a un punto y reclutó a gente de la Democracia Cristiana. También hubo como un relajamiento del sistema, porque yo me acuerdo que a mediados de los sesentas hasta casi principios de los setentas se vivía en estado de sitio casi continuamente. Por ejemplo, estaba uno en su casa y de repente decían “estado de sitio”, “toque de queda” y llegaban las unidades militares, los estudiantes de la escuela militar...

CR: Como hicieron también aquellos grandes cateos, que agarraban por zonas...

JF: Sí, cuadra por cuadra.

CR: Agarraban por zonas y cateaban todo y hubo una vez, 1971 ha de haber sido, que el ejército se fue por toda la ciudad a buscar de casa en casa.

JF: Mi papá, que tenía un rifle 22, hizo un hoyo en la tierra y allí lo enterró. Yo me acuerdo que mi mamá y mi papá les ofrecieron a unos muchachos que estaban estudiando para subtenientes en la Politécnica, café a las cuatro, tres de la mañana y pan dulce, pues era una forma de decirles: “Nosotros no estamos contra ustedes”. Daba miedo, que lo llegaran a levantar a usted, lo levantarán de la cama, del colchón y todo.

CR: Es que hay lo que yo te explicaba, que la represión, como se dejaron ir contra nosotros fue brutal. Cualquiera que diera una declaración de algo, allí venía toda la fuerza represiva.

JD: Y ahora un análisis del desarrollo del movimiento insurgente arroja que a partir de esos años se conforma una situación en que los comandantes se alienan de las bases del movimiento armado, en que su real o alegada falta de competencia y su conducta poco clara crea un resentimiento notable entre sus mismos seguidores.

CR: En los años 68-69, se habla de la gran marcha de los 100 años. Era una marcha que se dirigiría hacia el Petén.<sup>40</sup> Pero

<sup>40</sup> En 1968-1969, ante la derrota sufrida a manos de la represión, las FAR decide reconcentrarse en el Petén. Se lanza la consigna *todo para el frente*. Un grupo selecto de guerrilleros intenta en vano establecer una zona de operaciones.

la gente de los diferentes frentes que quedaban entonces en el país, que eran pocos —estaban diezmados. En el sur y el oriente, en el occidente, no había mayor cosa como grupo armado. Se dio la consigna que todos debían viajar en tren. En ese momento se había conseguido un dinero y se suponía que la gente se iba a juntar en el Petén. Algunos se van por el lado de Quiché, me parece que los perseguía el ejército y sólo porque se suben a los cerros de los Cuchumatanes logran evadir la persecución. Cuando llegan al Petén llevan los pies envueltos en trapos, enfermos, todos golpeados, no sé cuanto tardaron en hacer eso. Se perdieron. Todo quedó en nada. En ese momento en la capital se le habían dicho al Chino Yon Sosa que se hiciera cargo de las FAR cuando realmente no había condiciones... esa fue una manipulación fea.<sup>41</sup> Hubo un grupo de compañeros de la capital que tenía un dinero asignado para la movilización al Petén. Entre ellos estaba Canción.<sup>42</sup> Yo estaba esperando que me creciera más el embarazo para irme del grupo, y cuando yo me voy del grupo ése, para tener a mi hijo a mediados de julio (porque él nació en agosto o a principios de agosto, me acuerdo), ellos tienen una disputa con Monsanto, agarran el dinero y se van a México y en México los matan.

JD:¿Se robaron el dinero?

CR: Se robaron el dinero que supuestamente iba para el Frente, para fortalecer la reunión esa que se iba a tener allí en Petén y decidir qué se hacía.

---

<sup>41</sup> En presencia de Chiqui Ramírez y otros, Camilo Sánchez le ofrece a Marco Antonio Yon Sosa informes falsos sobre las condiciones de las células remanentes de las FAR. Ver el libro de la autora que motiva esta entrevista.

<sup>42</sup> Se refiere aquí a la ruptura ocurrida en julio-agosto de 1970 en el seno de las FAR, entre Percy Amílcar Jacobs Fernández (nombre de guerra Canción), y Pablo Monsanto. Percy Jacobs y un grupo de disidentes responsabilizaron a Monsanto del fracaso de la implantación de la guerrilla en el Petén. Tomaron control del dinero recuperado en la serie de secuestros de figuras diplomáticas de EEUU y Alemania Occidental realizada meses antes y se fueron a México. Aparecieron ejecutados en San Marcos, sin que se aclarara el móvil específico y las circunstancias.

JD: Y reunir todos los restos de las FAR...

CR: Sí, ese era el propósito, ver qué se hacía en ese momento. Pero lo que se había conseguido en la capital éstos lo usan, se lo roban. No sé ni cuánto era. Esto me lo cuenta a mí Sustos, porque a Sustos, como era de los más jóvenes y los menos importantes allí, le dicen: "Mirá vos, tenemos que irnos porque aquí la cosa está fregada y en México vamos a cambiar la situación. Allá le dan como dos mil dólares y lo dejan botado. Y ellos se van y ponen una carnicería. Porque Canción era carnicero, pues en calor le decían a la carne "canción", y le quedó el apodo a él. Los agarran, los matan.

JD: ¿Los mexicanos?

CR: El ejército mexicano los detectó, pero no son quienes los ejecutan. Se regresa Sustos a Guatemala, se va a esconder donde la hermana de Edmundo [Urrutia]. Años, años estuvo escondido en una casa y ella lo mantenía y todo porque era maestra. Cuando pudo salir se consiguió otra mujer... Bueno, este incidente descontroló, yo me quedé desconectada. El día que nace mi hijo matan a Camilo Sánchez. A Camilo, el que era el comandante, muy entregado, gente que venía desde FUEGO. Su nombre real es Carlos Ordóñez.

JF: Él era el novio de Michèle Firk, la periodista comunista francesa.

JD: Sí, recuerdo que ella fue una gran militante internacionalista, que se suicidó cuando los militares intentaron secuestrarla, para evitar la tortura y la violación a que ellos sometían a las mujeres antes de asesinarlas.<sup>43</sup>

CR: Sí, Camilo era su compañero. En ese periodo del 68 yo me desprendo de la organización para cuidar a mi hijo. Después en el 69 nace mi hija. Y por los setentas prácticamente no había oposición, no había. Y es entonces cuando la Democracia Cristiana empieza a surgir con mucha gente de la base que nos ayudaba a nosotros. ¿Cuándo matan a Colom Argueta? [a Fratti].

JF: En el 78.

<sup>43</sup> Ver Terk Boris, *Michèle Firk est restée au Guatemala. Portrait d'une cineaste en armes* (Paris: Syllepsie, 2004).

CR: 1978, pues Colom Argueta funda su partido y lleva todo como es, y el Ejército le tiene miedo, al extremo que para matarlo —ya le habían hecho un atentado—, metieron helicópteros y emboscadas en plena ciudad. Lo de Colom Argueta fue así a lo descarado. Todo el mundo se dio cuenta en la capital.

CF: Pero quién se iba a oponer, ¿verdad? Y Colom Argueta era... la gente hubiera votado por él porque como alcalde había hecho mucha obra, incluso las únicas dos plantas de tratamiento de agua potable que tiene Guatemala fueron obra suya. Nadie ha hecho nada más. El proyecto del Transmetro era de Colón Argueta. Él hizo un colector de aguas subterráneas para que la ciudad no se inundara, que corre por 80 metros bajo tierra. Después colapsó por falta de mantenimiento en ese famoso hoyo que se hizo en el barrio San Antonio, que se tragó como dos cuadras a la redonda. Es obra de él, y ya nunca más ningún alcalde se preocupó por dar mantenimiento a carreteras.

### **Comandantismo y mediocridad**

JD: Bueno, para ir atando ya una evaluación general de toda la experiencia insurgente, pues corre el tiempo y ya debo cansarlos a ustedes con tantas preguntas: ¿A qué conclusiones se puede llegar con respecto al desarrollo de la guerrilla guatemalteca y su larga duración? ¿Fueron las cualidades de la dirigencia o la ausencia de éstas un factor principal? pues existen muchas críticas y recriminaciones al respecto.

CR: Yo pienso que sí, no se colocaron a la altura de la expectativa de la gente. Yo lo que miro es que cuando un movimiento es golpeado tan fuerte como el de Guatemala, se impone la mediocridad, pues el enemigo tiende a eliminar a los mejores líderes en todos los niveles. Ese es un primer punto, el descazamiento del movimiento popular; y un segundo punto es la mediocridad de los dirigentes que se enquistaron.

JD: La historia mundial del movimiento revolucionario muestra que existe mucho autoritarismo en gran parte de las dirigencias históricas, eso es conocido. Pero cuando al autoritarismo se añade la falta de capacidad...

CR: En tales condiciones no es posible hablar de un movimiento unitario que pueda trascender la vida personal de ciertos individuos. Y ese problema se extiende hasta ahora, más allá de las condiciones de la lucha armada. Por ejemplo, la importancia de la participación de una mujer indígena en este momento no fue valorada como debería ser. No era Rigoberta Menchú como tal, no era ése el hecho, era el significado histórico de una candidata indígena. Pero prevaleció la ceguera política.<sup>44</sup>

JD: Ha existido y todavía existe lo que se llamó el “comandantismo”.

CR: Claro, claro, si de hecho, por ejemplo, cuando las FAR están en el Petén, yo salgo del Petén porque al comandante en ese momento le digo: “Mire usted, a la hora de querer hacer que se triunfe por las vías que sean y cuando uno tenga participación en el país, ¿qué vamos a decir?” Él: que si tenemos un folleto que dice que es programa de gobierno; pero le digo que eso no es programa de gobierno. Es un programa de buenas intenciones, pero no es programa de gobierno. Entonces le planteo que sería bueno —yo con toda la buena voluntad— pedirle a los intelectuales que están en el extranjero, que han salido por la represión, que son brillantes, que elaboren un

---

<sup>44</sup> La militante por los derechos indígenas de Guatemala, Rigoberta Menchú, ganadora del premio Nobel de la Paz, fue candidata a la presidencia en las elecciones de noviembre de 2007. Edelberto Torres-Rivas hizo un llamado a la izquierda a votar por Rigoberta Menchú: “Las izquierdas guatemaltecas tienen que hacer una valoración histórica de cómo puede variar el mapa político de ahora en adelante; las izquierdas deben considerar el apoyo a esta candidata por lo que tiene de renovación y desafío en el interior de nuestra cultura política. No hacerlo, sería negar la herencia que las izquierdas hoy día reciben de la Revolución de Octubre [1944], de los programas iniciales que acompañaron la insurgencia armada, y la cultura política que viene de la ilustración, de los principios socialistas, de las luchas sociales”; en *Las izquierdas, Rigoberta Menchú, la historia* (Guatemala: F&G Editores, 2007), p. 41. Rigoberta Menchú acudió a los comicios con el Encuentro por Guatemala, sin el apoyo de las formaciones electorales derivadas de la guerrilla, para obtener un magro 3.09% de los votos. Pablo Monsanto, ex-comandante de las FAR, obtuvo el 0.59 %.

proyecto y que ayuden a presentarlo. “Está bueno” me dijo el hombre, y fui a México. Como yo fui militante del Partido, me conoce un montón de compañeros del Partido que reside en México. Fui a hablar con Saúl Osorio, en la UNAM. Ya se hablaba de conversaciones de paz. El hombre estaba haciendo un proyecto económico para Guatemala y me dice: “En eso estoy trabajando, mirá aquí esto” y yo contenta. Tuvimos reuniones con el negro Figueroa y otra gente del partido que se había diseminado. Pero el mismo comandante que me autorizó a salir del Petén para realizar este reclutamiento de intelectuales, arma una historia a su manera para inventar que yo había ido a México a amenazar de muerte a una gente. ¡Ay Dios santo! La verdad es que no me quedaban ni ganas de hablar, lo dejan a uno anonadado de las cosas que hacen, pues porque nada que ver.

JD: ¿Y ese tipo de personas todavía sigue activa en la política con las mismas actitudes...?

JF: ¿Sabe qué pasa? ...que mucha de la gente intelectual que no participó en la lucha armada tiene hoy día una especie de cargo de conciencia, entonces dicen: “Ah, aquél es comandante”.

CR: “Estuvo allí metido”.

JF: Los tratan con mucha deferencia.

CR: Y lo que digan está bien.

JF: Y finalmente en Guatemala, como en muchos lados, a nivel de tragos se arregla la gente...

JD: ¿Y qué sobre el nuevo PGT?

CR: El nuevo PGT acusa a Ricardo Rosales Román de haber liquidado al partido y es cierto, lo liquidó. Ellos desarrollan argumentos interesantes sobre ciertos temas, pero como que no se ubican, porque no se puede hablar de un partido del proletariado en Guatemala, no tenemos proletariado fuerte como para eso. No hay cambios...

JD: Bueno, al menos no se puede hablar de aquel proletariado estrictamente industrial, sino de un proletariado neocolonial amplio, que incluya a las masas urbanas y rurales desplazadas, a amplios sectores del campesinado, las mujeres, las comunidades, los indígenas...

JF: Pero la izquierda en Guatemala, al menos los que siguen en los moldes de aquella época, es machista y racista.

CR: Sí. Esa gente en su pedestal, nunca se dio el trabajo de hacer amistad, de relación con un indio. Nunca. El Bolo me cuenta que está haciendo una novela sobre un militante llamado Camilo, que era un dirigente indígena del PGT. Lo mandaron a Vietnam a estudiar un curso de Estado Mayor, estuvo en Cuba estudiando también. Y cuando regresa a Guatemala los comandantes del EGP lo vieron como amenaza y lo mandaron a matar. Camilo, al ver que no caminaba la estrategia establecida para desarrollar la guerra, quiso hacer otra organización y la respuesta fue matarlo. No había visión para nada. Ese es un racismo terrible. En los ochentas la guerrilla se fortalece con toda la gente que venía huyendo de las aldeas indígenas arrasadas.<sup>45</sup> En ese momento había armas, pero era el miedo a los indígenas. Garavito, que estuvo de capitán en el Petén... me dice: "Hay que hacer que la gente se meta en la guerrilla, piensa en algo". "Teatro" le dije yo, y montamos una obra de teatro. Yo emprendí la tarea un poco difícil de explicarle a una gente que nunca había visto teatro, cómo montar obras. Tuve una experiencia previa en Nicaragua que me sirvió mucho. Por ejemplo, le decía a un campesino que debía hacer un papel de patrullero:<sup>46</sup> "¿Usted recuerda, señor, cuando a usted lo obli-

<sup>45</sup> A principios de la década de 1980 el Ejército guatemalteco aplicó un vasto plan genocida contra las comunidades indígenas que percibió como bases políticas de la guerrilla. Este plan recibió ayuda material y asesoría de Estados Unidos, Argentina e Israel. Conllevó un itinerario planificado de masacres colectivas practicadas en aldeas indígenas, combinado con la concentración de la población en aldeas modelo fuertemente vigiladas y el reclutamiento forzoso de cerca de un millón de milicias paramilitares para auxiliar al Ejército. Momentáneamente, la guerrilla vio crecer sus rangos debido al influjo de miles de desplazados en fuga. Pero no estuvo preparada para articular esa afluencia de población. Ello significó la derrota estratégica de la guerrilla, que perdió así su base social y política.

<sup>46</sup> Se les llamaba Patrullas de Autodefensa Civil (PAC), a las milicias campesinas reclutadas forzosamente. El Grupo de Apoyo Mutuo (GAM) ha documentado hasta el momento unas 259 masacres perpetradas por estas fuerzas paramilitares adjuntas al Ejército.

garon a ser patrullero? y si no le sale usted invente”. Y así se hacían las obras y salía bonito. Una vez unos músicos hicieron canciones, concertinas, guitarras y mantas, y ensayaban. Lo malo es que cada ensayo era fiesta [risas], no era ensayo sino que se volvía ya el estreno definitivo [risas] de lo mucho que se disfrutaba. Cuando presenté la obra ante este capitán, estábamos todos entusiasmados. Porque nos decíamos: los militares toman la aldea y nosotros presentamos la obra como respuesta. Pero el capitán me dice: “Fíjate que no”. “¿Por qué” le pregunto. “Porque toda esa gente se nos van a venir para adentro”. “¿Y no es eso lo que me están pidiendo? ¿No necesitamos reclutar?” le digo yo. “No, no —me dice— porque después no sabemos qué hacer con tanta gente”. Él no *sabía* qué hacer con tanto pueblo, en fin.

JD: ¡Qué mediocre!

CR: Es lo que te digo, es mediocridad y cómo él sabe que yo sé eso... y él ahora anda de jefe de la Liga de Salud Mental por la Paz y no sé que...

JD: Van a tener que autoanalizarse porque...

CR: No, no, para ellos todo estuvo bien. Además, ese tipo de persona tiene su organización y tiene de qué vivir.

JD: Sí, el comandante Santa Cruz no es muy crítico tampoco...<sup>47</sup>

CR: Él, su libro lo escribí para decir: “Nosotros estuvimos allí, y fuimos muy chingones y somos valientes y todo estaba bien”.

JD: Claro, así de pronto nadie puede desarrollar una crítica metódica de esa experiencia. Lo que conlleva que no cambien tantas actitudes contrarias a una concepción revolucionaria auténtica, como el racismo.

JF: Las actitudes continúan, el encargado de la seguridad de Monsanto fue el jefe que trajeron del Chimaltenango.

CR: Así, así me dijeron a mí. Me dijo el hermano de Monsanto: “Yo prefiero tener de seguridad gente de Chimaltenango —me dijo— porque están más acostumbrados a la servidum-

<sup>47</sup> Véase Santiago Santa Cruz Mendoza, *Insurgentes, Guatemala, la paz arrancada* (Santiago de Chile: LOM, 2004). Ver Cap. 3 de esta serie.

bre”. Y podías ver escenas increíbles: el comandante así sentado, el fuego ahí y ellos, la que llamaban “servidumbre”, le calentaban la tortilla para dársela a un metro de distancia, no, qué grosería. No jugaron lo que tenían que jugar.

JD: El Che Guevara herviría de indignación ante un espectáculo así. ¿Además, la comandancia central se mantenía fuera del territorio nacional, verdad?

CR: Casi todo el tiempo. El argumento es que ellos tenían que conseguir dinero afuera. Según yo lo veía, para desarrollar la guerrilla, había que apoyarse en la población.

JD: Por eso Mao desarrolló el método de las fuerzas locales que se establecen con las comunidades campesinas, trabajan con ellos, siembran y cosechan. Ni siquiera usaban uniformes. Esas fuerzas (la Guardia Roja) se combinaba con los destacamentos móviles del Ejército Rojo, que habían sido seleccionados entre los mejores de las fuerzas locales.

CR: No es fácil tener un gran ejército —cómo lo mantiene uno, cómo lo alimenta...

JD: Cómo come sin ser una carga para el campesino. Ése es el problema. El Ejército Rojo chino expropiaba a los terratenientes ricos. Con eso pagaba el arroz a los campesinos. Es decir, les creaba un mercado para su producto. La llegada del Ejército Rojo significaba un aumento de la demanda en el mercado de arroz y otros productos, lo que cambia las actitudes del campesinado.

CR: Fijese que nuestros campamentos estaban ahí pegados a la orilla del río, haciendo nada, porque por el río pasaba el abastecimiento. Eso no tenía que ser así. Del lado de Belice había otras patrullas que estaban también en conexión con los narcotraficantes, entonces ellos autorizaban la siembra y cuidado de plantaciones de marihuana y de cosas. Como pasó con el ORPA, en uno de los volcanes. Ellos también estaban con eso y de allí sacaron dinero. Del lado donde estábamos nosotros no, porque el comandante Ruiz, el que es ahora viceministro de Gobernación nunca aceptó eso.

JD: Otra pregunta que no quiero se me quede en el tintero: dada la cantidad de acciones que usted dirigía, ¿nunca obtuvo rango?

CR: No. No me hizo falta [risas].

JD: ¿Y nadie lo mencionó?

CR No, nunca. No podía ser porque, en primer lugar yo no era mujer de ninguno de ellos. En segundo lugar, yo siempre fui muy crítica y en tercero, yo estaba en una zona donde los comandantes no querían estar.

JD: ¿No querían estar?

CR: Porque decían que era muy peligroso y porque allá... entonces sentían feo que una mujer, ya más vieja estuviera ahí metida, actuando, proponiendo ideas, acciones, eso les golpeaba.

JD: ¿Qué edad tenía a esa altura?

CR: En el 1982, tenía cuarenta y pico, sí, como 42.

### **Congelada y descongelada**

JD: ¿Y el período en que estuvo congelada en la casa de seguridad?

CR: Eso duró como año y medio en México.

JD: ¿Estuvo en México, en una casa de seguridad, esperando todo ese tiempo a que el comandante Monsanto viniera a reunirse con usted para discutir los reclamos que había hecho?

CR: Sí.

JF: Su príncipe azul [risas].

JD: Esperando a Monsanto. Esperando a Godot.

CR: Esperando.

JD: ¿Pero era una sanción de la dirección?

CR: No, simplemente ellos dispusieron algo entre ellos que yo no sabía, y decidieron culparme a mí vaya a saber de qué cosa. Entonces, cuando yo vi a Monsanto la última vez me dijo: "Dicen que vos sos la que está causando los problemas". Le dije: "Bueno yo no me voy a poner a discutir con vos, si yo tengo culpa vamos al Petén —le dije— y si yo tengo culpa y por mí es que están pasando las cosas, fusíame. Andá a ver". Y cierto es que fue. Cuando fue al Petén nomás, bajó del carro para pasar el río, y todo el mundo le empezó a decir de los problemas. De hecho, encontró al Estado Mayor fuera del Petén.

JF: En México, del otro lado...

CR: Del lado de Usumacinta en México, y esa vez sacó a su propio hermano de la comandancia; degradó a Ruiz; sacó a sus hermanas de la cosa. porque toda la familia estaba metida... nepotismo, en fin. Y nosotros ya que vimos todo eso, ya nos vamos.

JD: ¿Y a los comandantes les molestó que se fueran?

CR: ¡Andá a saber! Pero cuando llegaban los muchachos de la organización yo les decía: “Yo no voy a desertar, porque me voy por esa puerta delante de todos con mi maleta” y así fue. Después de eso Monsanto nos mandó precisamente al cuñado de Colom a que fuera a hablar con nosotros en México. “Mirá —dice el cuñado— el comandante Monsanto, al que vos irrespetuosamente le decís ‘Mansanta’, dice que regresés que ya está todo resuelto, que no hay problema”. Le dije: “Decile que si no se acuerda... —porque me acusaban de que yo me había agarrado un radio transmisor— ...que sino se acuerda que él mismo me autorizó el radio, es porque estaba borracho; decile que se lo digo yo. Yo no estoy jugando, él que se vaya al carajo”. De malcriada le añadí: “Vos estarás ahí, porque yo no me creo menos ni más que él, simplemente que anda desubicado”. Entonces ahí quedó todo; fue la última vez que supe de Monsanto, hasta después del libro, que mandó a decir que quería que discutiéramos el libro y como ya conté, le mandé a decir: “Yo no tengo nada que discutir”.

JD: ¿Por qué no podía tomarse un radio en esas circunstancias?

CR: Porque un radio transmisor en una situación de guerra supone el conocimiento de claves para comunicarse uno con quien tenga que comunicarse y a mí me dieron un entrenamiento de las claves que se usaban para comunicarme. Pero entonces eso ya les pareció a algunos que le rodeaban a él...

JD: Estabas tomando una posición superior...

CR: Que tal vez según ellos no me correspondía, pero en tanto que yo era responsable de la propaganda —y siempre fue así— tenía que saber qué estaban haciendo para poder transmitir los mensajes o para hacer la propaganda. Siempre el que está encargado de la propaganda en un partido político tiene que conocer qué está pasando. No es nada más el impresor de

papeles, yo nunca fui sólo impresora de papeles; toda mi militancia fue propaganda y siempre en el partido, en la juventud, tenía mi lugar como encargada de la propaganda. Resentían mi carácter pensante, porque una vez me manda a decir Monsanto: “Llamá a la insurrección nacional”. Yo cuestioné: “¡Tú estás loco! ¡Como voy a llamar ahorita a la insurrección nacional! Porque había habido una huelga de no sé qué en la capital y él ya imaginándose que eso iba a ser un rollo insurreccional... Estaba borracho, te juro. Sí, entonces yo pienso que ahí la mujer de él, que ya murió, que era la encargada de comunicaciones, la única que hubo, la capitana de comunicaciones, intervino. A ella yo nunca le caí bien. Entonces a saber, ya yo no sé ni qué pasó ahí. Cuando quieren hacer esas purgas se puede usar cualquier cosa, se inventa, se manipula...

JD: Es la herencia del estalinismo.

CR: Ah sí, todos los partidos de América Latina y creo que también los de África fueron formados con...

JD: Esa es la maldición.

JF: Y cuando hablábamos del centralismo democrático, los comandantes decían: “Ahorita no, porque hay condiciones de guerra, el centralismo tiene que prevalecer sobre la democracia”. Nunca había rendición periódica de cuentas, no había elecciones para los cargos.

JD: ¿Ni elecciones para aprobar programas, reglamentos, línea estratégica...?

CR: Ni discusión política, nada de debate. En el último pleno que hubo de las FAR, yo miraba que pasaban las horas y no se le entraba al tema. Hablaban de todo pero nada con relación al desarrollo de la guerra directamente. Entonces hice el planteamiento: “Aquí realmente me preocupa porque yo vengo del frente, miro cómo están las cosas y no se puede resolver nada. Yo quisiera que enfocáramos el asunto propiamente de la guerrilla, que es lo que tenemos que hacer”. Entonces, se miraron entre ellos y le dijo Monsanto al hermano: “Da un informe”. “No” dijo el otro. “¿Por qué?”. “No vengo preparado”. Ay Dios mío, cuando dijo: “No vengo preparado”.

JF: Era para sancionarlo ahí mismo.

CR: “No vengo preparado” ...Una gente que está metida ahí

para poder explicar qué había. Entonces Ruiz le sacó las castañas y empieza a decir que esto que lo otro. Pero yo sabía que muchas de las cosas que estaba explicando no eran así. Traje un planteamiento sobre las Patrullas de Autodefensa Civil, respecto a la política que debíamos asumir hacia gente que había sido movilizada forzosamente. Entonces se paró uno y pidió la palabra. “¿Saben qué? —dijo— que ya son las once y tenemos que ir a dormir, no podemos estar desvelándonos”. Ahí ya me enojé yo, me dije: “Estos hombres no quieren hacer nada”. La excusa fue que no se querían desvelar. Pero dieron las dos de la mañana y se les podía ver todavía, estaban chupando [alcohol] muertos de risa y desvelándose.

JD: Una comedia. ¿Y en qué fecha fue eso?

CR: 1986, aproximadamente.

JD: ¡Increíble!

CR: No, pero menos mal que ya pasó y lo que estamos viendo ahora está más edificante, porque la gente discute y la gente quiere hacer cosas y está unida, eso es lo importante

JD: Está el movimiento indígena.

CR: Sí, muy fuerte. No es que estén graníticos todos juntos, pero se respetan.

JD: Y es iniciativa propia.

CR: Yo tengo buena relación con ellos y he hablado con ellos y todo.

JD: ¡Muchas gracias!

CR: Ahora tengo una pregunta para ti, si quieres apaga la grabadora [risas]. ¿Qué te..? [FIN DE LA CINTA].

## Capítulo cinco

### Relatos de la militancia guerrillera en la Argentina: composición de sujeto

#### I - CONSIDERACIONES HISTÓRICAS, TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS

##### Giro subjetivo

**E**n El Salvador, Guatemala y otros países, la insurgencia armada fue derrotada estratégicamente y forzada a negociar en condiciones perdidasas que en diverso grado les reservaron un espacio político a sus organizaciones representativas,<sup>1</sup> pero en el caso de Argentina la derrota estratégica de la insurgencia conllevó la casi aniquilación física de las organizaciones revolucionarias y el drástico debilitamiento de su capacidad de acción política. La represión desatada tras el golpe militar de 1976 y aún antes del mismo, tuvo un carácter extraordinario, dado que respondió a una crisis de hegemonía<sup>2</sup> ante la cual el estado implementó una “guerra de exterminio preventiva inmediata”,<sup>3</sup> contra la masa política contestataria gestada en las fábricas, las comunidades religiosas y los cen-

<sup>1</sup> Cf. Dirk Kruijt, *Guerrilla: guerra y paz en Centroamerica* (Guatemala: F&G Editores, 2009), en especial cap. VI.

<sup>2</sup> Cf. Pilar Calveiro, *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70* (Buenos Aires: Norma, 2005.), pp. 27 y 188.

<sup>3</sup> Cf. Juan Carlos Marín, *Los hechos armados. Argentina 1973-1976* (Buenos Aires: Editorial La Rosa Blindada, 2003), p. 21.

tros educativos del país,<sup>4</sup> cuyo blanco de ataque manifiesto fue la izquierda radical. Este vasto operativo, que previó la instalación de cientos de campos de concentración,<sup>5</sup> afectó a toda la izquierda y con ella a la insurgencia. Uno de sus resultados fue la rápida liquidación mediante exterminio en masa de las dos principales organizaciones político-militares, los peronistas Montoneros, y los marxistas-leninistas PRT-ERP, que aún contados por separado llegaron a constituir las guerrillas urbanas más desarrolladas en la historia de América Latina. Las guerrillas quedaron simplemente fuera de combate y nadie negoció rendición alguna con ellos. El proceso de recomposición de la hegemonía del estado que dio fin a la dictadura, en cierta manera dio seguimiento a la tarea de exterminio cumplida por ésta, al lograr excluir a los revolucionarios sobrevivientes de la nueva apertura civil. Un antiguo militante y guerrillero del PRT-ERP, el escritor Eduardo Anguita, resume el desconcertante efecto de exclusión: “Hubo una masacre de los que participamos de esa lucha y la sociedad quedó bastante dividida; me parece que el salto abrupto de Malvinas a la democracia dejó de lado a quienes fuimos protagonistas de esos años”.<sup>6</sup>

El auge y caída de las organizaciones revolucionarias luce vertiginoso ante el resumen retrospectivo. Entre 1966 y 1976 existieron, en Argentina, unas 17 organizaciones armadas, de las cuales destacaron cinco de presencia nacional:<sup>7</sup> las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), El Partido Revolucionario de los Trabajadores – Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) y Montoneros. Hacia fines de 1971, una encuesta arroja un 49% de aprobación pública de

<sup>4</sup> Cf. Martin Andersen, *Dossier secreto. El mito de la guerra sucia* (Buenos Aires: Planera, 1993), pp. 209 y ss.

<sup>5</sup> Cf. Pilar Calveiro, *Desapariciones. Memoria y desmemoria de los campos de concentración argentinos* (México: Taurus, 2002).

<sup>6</sup> Mónica Soraci, “He vivido muchas vidas” [Reportaje a Eduardo Anguita], *Noticias*, año xxii, N° 1495, 20-08-09, obtenido en [www.noticias.uol.com.ar/edicion\\_1495/nota\\_04.htm](http://www.noticias.uol.com.ar/edicion_1495/nota_04.htm)

<sup>7</sup> Cf. Pablo Pozzi, “Por las sendas argentinas...” *El PRT-ERP: la guerrilla marxista* (Buenos Aires: EUDEBA, 2001), p. 18.

la lucha armada. Las dos principales organizaciones político-militares, Montoneros y PRT-ERP se expanden como globos a partir de la apertura democrática correspondiente al triunfo electoral de Héctor Cámpora en 1973. El periódico *Noticias* (de Montoneros) y *El Mundo* (del PRT), alcanzan en ese período de apertura circulaciones de 150,000 y 40,000, respectivamente. El frente político de Montoneros, Juventud Peronista (JP) moviliza decenas de miles de manifestantes en las calles. Los combatientes de todas las organizaciones armadas juntas alcanzan un pico de al menos 5,000 (hay quien cita 15,000) hacia principios de 1975. Pero la campaña represiva iniciada por el operativo paramilitar de la Triple A y acelerada con el “Proceso” genocida instalado a raíz del golpe del 24 de marzo de 1976, sin embargo, diezma en cuestión de meses al sector militante revolucionario. Entre los 30,000 presuntos simpatizantes de izquierda asesinados también muere la gran mayoría de los militantes armados (4,000 – 10,000). Se cita que en los tres años siguientes perece en manos del régimen el 80% de los combatientes montoneros. El PRT-ERP es desbaratado como organización nacional en mayo de 1977 y sufre una división terminal, en un Sexto Congreso (celebrado en Italia en 1979) del cual la organización política nunca se repondrá. Montoneros, luego de varias divisiones internas, renuncia a la acción armada en 1982 y se autodisuelve como movimiento en 1983.<sup>8</sup>

Por tanto, no sorprende que pese a más de un intento, estas organizaciones nunca se recompusieron políticamente cuando el régimen contrainsurgente fue efectivamente desmantelado por la resistencia civil de amplias capas de la población, incrementada a principios de la década del ochenta<sup>9</sup> en el curso de

<sup>8</sup> Comentan las citas cuantitativas, entre muchos otros autores: María José Moyano, *Argentina's Lost Patrol. Armed Struggle 1969-1979* (New Haven: Yale University Press, 1995), pp. 103-104; Richard Gillespie, *Soldiers of Perón* (Oxford: Clarendon Press, 1982), pp. 98, 178; Donald Hodges, *Argentina's "Dirty War". An Intellectual Biography* (Austin: University of Texas Press, 1991), p. 235. La encuesta es comentada en Eduardo Anguita y Martín Caparros, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en Argentina 1966-1973*. Tomo I (Buenos Aires: Norma, 1997, p. 504.

exitosas campañas cívicas de denuncia del terror de estado y de remoción del gobierno militar que implementó ese terror. El estrepitoso fracaso en la guerra de las Malvinas (consumado el 14 de mayo de 1982) desacreditó a tal punto a los militares que la Confederación General de Trabajadores (CGT) pasó a retar al régimen en convergencia con otras fuerzas de la sociedad civil, entre las cuales las diezmadas organizaciones revolucionarias tuvieron un rol muy menor. Amplias multitudes movilizadas por fuerzas de la sociedad civil expresaron su hartura con el terror, el autoritarismo asfixiante y la incapacidad de gestión política y económica consustanciales al régimen militar en una serie de marchas y huelgas generales que condujeron a la abdicación de los generales en diciembre de 1983. Inmediatamente comenzó un proceso de impugnación y enjuiciamiento de los represores que tuvo estancamientos y retrocesos pero que no se ha detenido hasta el momento.<sup>10</sup> Si los antiguos actores revolucionarios armados no eran ya actores políticos en ese nuevo escenario de impugnación, no sólo se debía a su debilitamiento organizativo, sino a que la extraordinaria acción represiva del estado había simplemente exterminado gran parte de su base política y había anulado mediante los efectos neutralizantes del terror a la otra parte restante, esto sumado a que no pocos sectores resintieron la continuación del accionar guerrillero en 1973, tras una victoria electoral del peronismo, el cual reservaba, pese a su giro a la derecha, extensas simpatías populares. Muy poco compensó esta pérdida de base social y política el hecho de que tanto el

---

<sup>9</sup> Curiosamente, la resistencia civil masiva contra la dictadura cobra vuelo justo cuando se sella la completa inviabilidad de la vía armada con el colapso de la Contraofensiva Montonera de 1979-1980; Hodges califica este fenómeno de “paradójico”, ver op. cit., p. 208.

<sup>10</sup> Las leyes de impunidad, consistentes en: Punto Final (1986) y Obediencia Debida (1987), decretadas por el presidente Raúl Alfonsín, y los indultos a acusados de crímenes cometidos durante la dictadura concedidos por el presidente Carlos Menem, consiguieron obstaculizar la justicia hasta 2003, cuando el Congreso declaró nulas las dos primeras leyes, y 2006, cuando la Cámara de Casación Penal estableció la inconstitucionalidad de los indultos.

PRT como Montoneros descartaran programáticamente y en los hechos la lucha armada y adecuaran aspectos de su discurso a las nuevas condiciones de legalidad democrática.<sup>11</sup>

La denuncia de la represión criminal fue el único punto del programa contestatario de los años previos de insurgencia popular que la nueva movilización cívica rescató en alguna manera, en la medida en que correspondía al reclamo de desmantelamiento de la dictadura. El discurso cívico contestatario repudió al estado *cua* estado represor, pero no en cuanto estado oligárquico-dependiente según lo había hecho la insurgencia. Ese repudio limitado fungió como lema importante de una nueva estrategia de gobernabilidad. A pocos les interesó reparar que el avatar democrático-constitucional del sistema político argentino simplemente reciclaba al estado oligárquico-dependiente para cumplir sus objetivos clasistas por medios menos repugnantes y más efectivos. El lenguaje que hubiera podido explicar que terminaba la dictadura gubernamental, pero continuaba la dictadura de clase, ya no tenía oyentes ni hablantes. El único rol protagónico que realmente les cabía a los pasados actores del auge insurgente de los sesentas-setentas, tanto los desaparecidos como los sobrevivientes, era el de víctimas.<sup>12</sup> Si alguna militancia les correspondía a los sobrevivientes y a quienes se identificaban con ellos, era la del activis-

<sup>11</sup> Remanentes del PRT y de Montoneros se unieron en 1985 al Frente del Pueblo (FREPU) junto al resto de la izquierda no ex-guerrillera, pero apenas alcanzaron el 2% de los votos. Miembros del PRT practicaron el entrismo en la Juventud Intransigente para luego instituir el Movimiento Todos por la Patria (MTP). Ver nota 12. Los antiguos montoneros se dividieron en una tendencia que pretendió constituirse independiente a la izquierda del peronismo central para luego aliarse oportunistamente a la derecha peronista, y otra tendencia que buscó integrarse; ninguna de las dos recabó ni la sombra del apoyo popular que tuvieron otrora. Ver comentarios sobre esta pérdida de ascendencia en la población, en Hodges, op. cit., p. 203 y ss.

<sup>12</sup> Esto se reconfirma con el fracaso de los esfuerzos de sobrevivientes del antiguo PRT dirigidos por Enrique Gorriarán Merlo por reciclar su propuesta revolucionaria a través del Movimiento Todos por la Patria (MTP), el cual reincidió en la desviación militarista (ahora con rasgos blanquistas) al realizar el trágico ataque al cuartel de La Tablada en enero de 1989. Ver Juan Salinas y Julio Villalonga,

mo de derechos humanos y por la consolidación del estado de derecho convencional.

El predominio de la testimonialidad victimista se explica en función de imperativos políticos y hegemónicos propios de la transición posdictatorial, pues respondía tanto a la necesidad ético-política de denuncia y justicia, como a la definición constitucionalista del nuevo sistema de gobernabilidad que reemplazaba a la dictadura. Las intervenciones de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) y las sesiones del Juicio a las Juntas Militares aportaron un modelo influyente. Como explica Roberto Pittaluga...

El propósito era instituir un veredicto sobre el terror de Estado y sobre quienes ejercieron el poder en esos años [de la dictadura de 1976-1983], un veredicto que requería de una forma del testimonio capaz de constituirse como prueba ante el juez. El proceso judicial, que implicaba por un lado una dimensión reparadora, exigió, por otro lado, un tipo de testimonio *en el que prevalecía el carácter de víctimas de los testigos, colocando su pasada militancia política y social en una zona de invisibilidad*.<sup>13</sup>

El modelo presidió la situación discursiva del espacio público. Los parlamentos de la víctima y de sus protectores sustituyeron los enunciados del militante.<sup>14</sup> La memoria de la vícti-

*Gorriarán. La Tablada y las guerras de inteligencia en América Latina* (Buenos Aires: MANGIN, 1993), pp. 236 y passim; y Claudia Hilb, "La Tablada: el último acto de la guerrilla setentista", *Lucha Armada en la Argentina* N° 9 año 3. Buenos Aires.

<sup>13</sup> Roberto Pittaluga, "Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)", en Marina Franco y Florencia Levin (compiladoras), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (Paidós: Buenos Aires, 2007), p. 129. Énfasis suplido.

<sup>14</sup> Afirma David Blaustein: "Nosotros siempre nos constituimos en sujetos históricos que querían un cambio de esta realidad. Ese es el costo político que pagamos. De alguna manera hay un discurso dentro de los organismos de derechos humanos que es el tema de la inocencia, de que mayoritariamente los 30 mil desaparecidos eran inocentes, y esto no es verdad"; citado por Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga en *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia*

ma podía reivindicarse como registro de agravios y pedido de reinstalación de la persona cívica conculcada, al precio de disimular su pasada agencia histórica e incluso de renegar de ella. En consonancia con esa postura, la admisión casi penitente, no sólo de la derrota, sino del fracaso ético y político y la promesa poco menos que explícita de no reincidir, se convirtieron para muchos en requisitos de legitimidad del relato memorial y victimista.<sup>15</sup> Se postuló la preexistencia y recuperación posterior de una sociedad neutra, que al modo de algunos productos manufacturados, se suponía que trajera una vocación republicana<sup>16</sup> pre-instalada de fábrica, por *default*, que había sido dañada por los antagonistas presuntamente simétricos del aparato represor y la insurgencia armada, y que tras 1983 tocaba reinstalar en su modo de funcionamiento normal. En congruencia con esta “teoría de los dos demonios”<sup>17</sup> acogida por la nueva gobernabilidad, el “nunca más”<sup>18</sup> debía asumirse

y *pensamientos sobre la historia* (Buenos Aires: Ediciones el Cielo por Asalto, 2006), p. 121.

<sup>15</sup> Resumen Oberti y Pittaluga: “Durante esos iniciales años de la posdictadura, incluso las formas de la testimonialidad predominantes [...] estuvieron orientadas primero a las estrategias de denuncia del Terrorismo de Estado y luego por la necesidad de la construcción de la prueba judicial [...]. Entre los efectos de este necesario proceso, estuvo el fortalecimiento de ciertas figuras y modos de ejercicio de la memoria que constriñeron los temas posibles de investigación al modelar un campo de determinaciones o presiones sobre las formas de exploración del pasado reciente”; en *op. cit.* p. 25.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pp. 24-25.

<sup>17</sup> Resume María Soderéguer la “teoría de los dos demonios”: “La sanción jurídica al Terrorismo de Estado [...] se formuló ligada a un presupuesto que homologó la opción por la violencia de los grupos políticos armados con la metodología represiva. De ese modo, la violencia del gobierno militar fue explicada como resultado del accionar de dos sectores a los que se atribuyó la misma responsabilidad criminal: las organizaciones guerrilleras y las Fuerzas Armadas”; en “Los relatos sobre el pasado reciente en la Argentina: una política de la memoria”, tomado en 9-10-09, de: [www.prodiversitas.bioética.org/nota5.htm#a9](http://www.prodiversitas.bioética.org/nota5.htm#a9).

<sup>18</sup> “Nunca más” fue el lema titular del informe (1984) de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) creada por el gobierno argentino en 1983 para investigar las atrocidades cometidas por la dictadura, entre éstas, los campos secretos de exterminio.

a partes iguales por reprimidos y represores. La memoria de la víctima, si no silenciaba del todo su militancia insurgente, debía contener siquiera como premisa no dicha, un “nunca más vuelvo a hacer lo que hice”, como para que “nunca más me hagan lo que me hicieron”.

No me refiero a coacciones legales ni extralegales, sino a un régimen hegemónico de legitimación del discurso, compartido espontáneamente por amplios sectores, en el cual se emplaza la guerrilla narrada en la Argentina. Se puede converger con este régimen hegemónico de legitimación del discurso desde muchas direcciones y a partir de distintas motivaciones. Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga señalan que los propios sectores históricamente vinculados a la experiencia armada asumen “un silencio estratégicamente dictado por la necesidad de dar cuenta de los crímenes de la dictadura; silencio que contribuyó a generar una *doxa* donde las víctimas de la dictadura fueron presentados resaltando fundamentalmente ese carácter, desprovistos de todo otro atributo”.<sup>19</sup>

Por otro lado, Beatriz Sarlo, en aras de cuestionar el excesivo valor epistemológico concedido a la vivencia subjetiva no mediada en esta época posmoderna de exhibicionismo yoico, impugna lo que llama “el giro subjetivo” de los testimonios autobiográficos de víctimas de la represión, muchos de ellos militantes. Sarlo reconoce que los relatos de las víctimas y sobrevivientes del Proceso son necesarios “para la instalación de regímenes democráticos y el arraigo de un principio de reparación y justicia”, pero no concede más.<sup>20</sup> Según ella estos testimonios no deben exceder la función estricta de contribuir a los esfuerzos de formalización de una ética pública, en su dimensión institucional. Pero el caso es que estos relatos son protagonizados por gente que efectivamente militó y que en muchas instancias todavía postula, con inevitable pasión subjetiva, un proyecto político dirigido a la crítica y transformación de las condiciones sociales y de la institucionalidad (la academia, la historiografía, la ciudad letrada) cuya normativa

<sup>19</sup> Oberti y Pittaluga, op. cit., p. 68.

<sup>20</sup> Cf. Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2005), pp. 62 y passim.

del discurso público ella asume. No es muy difícil apreciar que los estrictos requisitos de distanciamiento de la subjetividad impuestos desde esa normativa relegan muy convenientemente a estos enunciados *políticos* que cuestionan las bases de tal normativa al margen epistemológicamente pantanoso de la experiencia subjetiva. No cabe sino preguntarse si serán efectivamente tan subjetivos estos relatos, si la única forma de leerlos es como constataciones de la ingenuidad con que se avala la experiencia personal no mediada en estos tiempos del exhibicionismo yoico, o si más bien tienden a proponer, más que un “giro subjetivo”, una perturbadora fidelidad a un evento muy especial, ello es, el acontecimiento de la militancia revolucionaria, lo que en sí mismo implica un *giro de sujeto* más allá de los giros subjetivos circulares en torno al no-evento de la vida cotidiana institucionalizada. Cabe plantearse, en fin, que estas apasionadas profesiones de lealtad al acontecimiento de la militancia revolucionaria, en efecto, construyen una posición de sujeto que se distancia del giro subjetivo propio de los narcisismos del yo predominantes en la socialidad posmoderna y neoliberal. Mi planteamiento, de hecho, se inspira en la crucial advertencia de Sarlo a propósito de que “[u]na utopía revolucionaria cargada de ideas recibe un trato injusto si se la presenta sólo o fundamentalmente como drama posmoderno de los afectos”.<sup>21</sup> Mi reclamo es que existe una porción pertinente de narraciones de la militancia revolucionaria (la mayoría remitentes a la guerrilla) que presentan algo más que ese “drama posmoderno de los afectos”, y que no se pueden inscribir, sin más, en el “giro subjetivo”. De lo que sí correspondería hablar en estos casos es de un giro de sujeto.

### **Giro de sujeto**

En un escenario que reserva cualquier espacio de prominencia sólo al discurso de la víctima encuadrado como denuncia de violación de derechos humanos, se precisa distinguir un enunciado de la militancia que contradice la reducción re-

<sup>21</sup> Beatriz Sarlo, op. cit., 91.

formista de la memoria política operada bajo la institucionalidad liberal convencional, es decir, un enunciado que articula a un sujeto político configurado como producto y actor de una secuencia de acontecimientos históricos radicales. Asumo, en este sentido, las narraciones de la militancia guerrillera como enunciados constitutivos de un modelo matricial del sujeto revolucionario. Baso este marco interpretativo en mi lectura libre de algunos conceptos de Alain Badiou.<sup>22</sup> Si un filósofo como Santo Tomás de Aquino nos sirve para explorar el giro de sujeto del *milites* cristiano medieval tardío, un Alain Badiou deberá servirnos para indagar ese tipo de giro en la militancia revolucionaria de la modernidad tardía, independientemente del grado de adhesión que puedan suscitar en nosotros sus respectivos escolasticismos.

Podemos suponer que el sujeto articulado por las narraciones guerrilleras argentinas no corresponde a una entidad social (por ejemplo, de clase) ni a una subjetividad particular (cultural o psicológica) ni a figuración alguna del “yo” o el ego, sino, a la entrada en composición de  $x$  individuos o colectividades con lo que Alain Badiou postula como el acontecimiento político transformador de una situación histórica dada, ello es, el acontecimiento revolucionario.<sup>23</sup> Interpreto libremente

<sup>22</sup> Para la ontología básica de Alain Badiou, cf. *El ser y el acontecimiento* (Buenos Aires: Editorial Manantial, 1999).

<sup>23</sup> Dice Badiou: “Aquí es necesario prevenir que el ‘sujeto’, así concebido, no recubre al sujeto psicológico, ni aun al sujeto reflexivo [en el sentido de Descartes] o al sujeto trascendental [en el sentido de Kant]. Por ejemplo, el sujeto inducido por la fidelidad a un encuentro amoroso, el sujeto del amor, no es el sujeto “amante” descrito por los moralistas clásicos. Porque un tal sujeto psicológico depende de la naturaleza humana, de la lógica de las pasiones. Mientras que aquello de lo que nosotros hablamos no tiene ninguna preexistencia ‘natural’. Los amantes entran como tales en la composición de un sujeto de amor, que los excede a uno y a otro. De la misma manera, el sujeto de una política revolucionaria no es el militante individual, ni tampoco, por supuesto, la quimera de una ‘clase-sujeto’. Es una producción singular que ha tenido nombres diferentes [a veces ‘Partido’, a veces no]. Es cierto que el militante entra en la composición de este sujeto, que una vez más también lo excede [es justamente este exceso el que

la definición de Badiou y veo este acontecimiento, no necesariamente como un acontecimiento puntual, propio de una revolución consumada en el sentido clásico (insurrección general, derrocamiento del poder establecido y constitución de un nuevo poder —independientemente del éxito o fracaso de esta secuencia), sino como un enjambre de eventos concatenados a partir de los cuales se escenifica la experiencia política como negación de “lo que hay”, del *status quo*. La negación de “lo que hay” conlleva la negación de las subjetividades particulares, las cuales se desprenden del estrato realmente existente de lo social en el cual han medrado y se despolarizan en diversa medida de sus particulares intereses identitarios en lo socioeconómico y cultural. Muchas de estas subjetividades se repolarizan en torno al hiato imaginario abierto por la negación del mundo tal cual. En ese hiato se instala un horizonte de la espera por encima de los intereses particulares, y con él se levanta la idea del comunismo inherente a la potencialidad universal de la espera colectiva concretada como producción del *común* a todos los hombres y mujeres o la “comunidad de los iguales”.<sup>24</sup> Muchas subjetividades (configuraciones particulares de carácter psicosocial y cultural) se imantan, en cuanto asumen el proyecto que acontece más allá de sus particularidades, a la forma de un sujeto revolucionario de la acción que se eleva como sujeto universal, articulando sus diferentes contenidos a una idea o voluntad colectiva, que contiene una trama de la acción traducible a múltiples códigos. Se trata de una trama matricial, aglutinadora de un registro amplio de enunciados narrativos.

---

lo hace advenir como inmortal]”. Manejo la traducción inglesa: Alain Badiou, *Ethics. An Essay on the Understanding of Evil*. Trans. Peter Hallward (London: Verso, 2001), p. 43. Acudo también a la versión en español de la cita, tomada de [www.elortiba.org](http://www.elortiba.org), texto íntegro cedido por *Acontecimiento* N° 8 - octubre/94 - Argentina. Traducción: Raúl Cerdeiras, Alejandro Cerletti y Nilda Prados.

<sup>24</sup> Cf. Gianni Vattimo, *Ecce Comu* (Buenos Aires: Paidós, 2009), p. 107 y *passim*.; Alain Badiou, “La hipótesis comunista”, *New Left Review*, núm. 49, marzo-abril 2008 (Edición en castellano por Akal, Madrid), pp. 33 y 34.

El sujeto revolucionario es una construcción ideal en la que inciden las múltiples y diversas formas y contenidos de la experiencia política en la medida en que asumen el carácter transformador y universal del acontecimiento. Distintas subjetividades se asumen o dejan de asumirse como sujetos revolucionarios en la medida en que practican lo que Badiou llama la lealtad al acontecimiento. La lealtad al acontecimiento se concreta en actos nombrables a partir del mismo, que nombran el acontecimiento y reciben su nombre de éste al replantear sus postulados fundantes. Es una lealtad que incluye necesariamente la crítica continua de las teorías y prácticas inspiradas en el evento que las nombra y que, también, aunque parezca contraintuitivo, niega la experiencia particular del acontecimiento, en aras de su transmutación en universal-concreto atinente a múltiples experiencias. Obviamente, una de las vías para proyectar un acontecimiento revolucionario y abrirlo como espacio común de la espera es la construcción de la memoria. La memoria leal al acontecimiento no reproduce la vivencia subjetiva asumible como inmediatez incuestionada de lo dado, sino que se asume en todo caso como memoria crítica,<sup>25</sup> es decir, no como recuperación de la vivencia particular configurada en torno al acontecimiento, sino como negación y transformación crítica de tal experiencia en aras de su validación universal y de la recreación continua de su potencial transformador. La reconfiguración crítica del espacio de la experiencia mantiene abierto el horizonte de la espera siempre que la posibilidad de ruptura o éxodo transformador con respecto al espacio de “lo que hay” no encierre ni selle ese espacio de la experiencia dentro de la mera positividad fáctica. Asimismo, el juicio fáctico del éxito o el fracaso no define la validez ni el sentido del acontecimiento. La derrota histórica es un rasgo constitutivo del acontecimiento en la medida en que aporta a la crítica, no sólo de los factores de la derrota, sino de las premisas y objetivos de toda posibilidad de victoria. La derrota se convierte en elemento potenciador<sup>26</sup> del

<sup>25</sup> Bien dice Roberto Pittaluga que “el ‘rescate’ de la experiencia militante solo es posible si media la crítica; de lo contrario es pura repetición”; op. cit., p. 145, nota 18.

acontecimiento en la medida en que el trabajo de rescate, memoria, reconstrucción imaginaria, simbolización y legación lo lanza más allá de la situación coyuntural en la cual emerge y lo propone como *idea* realizable en cualquier escenario geohistórico presente y futuro, es decir, como buena nueva universal. La derrota del proyecto que nos concierne provee, por tanto, un marco interpretativo que no necesariamente descalifica a sus actores ni los principios que los animaron (si bien tampoco debe excluir tal descalificación). Dentro de tal lógica es perfectamente atendible este balance de la experiencia de los militantes de la lucha armada en la Argentina:

Por último, se debe aclarar que no se derrotaron sino que los derrotaron. La guerrilla cometió numerosos errores, pero la represión le impidió la posibilidad de visualizarlos en profundidad y corregirlos. No sólo no hubo tiempo sino que fueron muertos aquellos cuadros que podían haber corregido el déficit y haber consolidado la organización. Por primera vez en la historia argentina se intentó una alternativa de poder revolucionario para la clase obrera. Pero al mismo tiempo no se logró consolidar una estructura de militantes formados. Y su debilidad se reveló cuando, con la muerte de tantos cuadros históricos experimentados, la formación no pudo resistir los efectos ideológicos de la derrota. La derrota fue humana, militar, política pero sobre todas las cosas, ideológica. Como producto de la derrota, durante la década de 1980 muchos de los sobrevivientes se alejaron del socialismo y la revolución para adoptar posturas cada vez más nacionalistas y reformistas. Y en general, estos son los que han tenido la posibilidad de escribir la historia.<sup>27</sup>

Un marco interpretativo que dé cabida a este tipo de balance, así como a otros balances que cuestionan la concepción misma de la militancia armada e incluso de la concepción si-

<sup>26</sup> Ver reflexión sobre la derrota como fundamento ético y político de la narrativa latinoamericana post-setentas, en Ana María Amar Sánchez, "Apuntes para una historia de perdedores. Ética y política en la narrativa hispánica contemporánea", *Iberoamericana*, No 21, marzo 2006.

<sup>27</sup> Pablo Pozzi, "Para continuar con la polémica sobre la lucha armada", *Lucha Armada en la Argentina*, núm. 5, febrero-abril, 2006; p. 53.

gloveintista del “proyecto revolucionario”, nos permite situar un corpus de la guerrilla narrada que ofrece un rico espectro de configuraciones de la acción política y de las subjetividades emergentes en esa dinámica, así como de las hablas y las inscripciones afluyentes a un legado histórico-cultural abierto a nuevas irrupciones del acontecimiento mismo de lo político. Parte de ese legado histórico-cultural son las distintas propuestas del arte de narrar y legar, y las proyecciones políticas que ese arte implica en sus diversas modalidades. Desde el punto de vista de la lealtad al acontecimiento capaz de *producir* un sujeto, los actos de narrar y legar son consustanciales: la narración lega una experiencia en la medida en que la niega-transmuta críticamente y salva las ilusiones de inmediatez de la vivencia, haciéndola saltar del plano subjetivo al *plano-sujeto*, del trauma psicológico al acontecimiento-sujeto con clara pretensión de universalidad. Legar, en este caso, significa mucho más que recuperar o preservar. Presume e involucra la lealtad al acontecimiento como práctica simbólica de construcción de sujetos políticos.

### Poner el cuerpo

Las narraciones guerrilleras exponen la trama realmente existente de dicha práctica de construcción de sujetos políticos, que si se quiere considerar más allá de las apologías mitificantes, ha de ser leída en su problematicidad. El discurso narrativo, debido a que despliega las acciones humanas en la única forma en que se las puede transmitir como experiencia, como articulaciones de los cuerpos y las palabras sobre los ejes del tiempo y el espacio, motivadas por emociones, demandas, deseos, impulsos e ideas conocidos y por conocer, se presta para exponer la densidad material e ideal del acontecimiento que rebasa la racionalidad dada de cada época. “El tiempo se hace humano —plantea Paul Ricoeur— en la medida en que se articula en un modo narrativo”.<sup>28</sup> La narración per-

<sup>28</sup> Cf. Paul Ricoeur, *Tiempo y narración* (México: Siglo XXI, 1995), p. 113.

mite, en resumen, la emergencia de lo complejo y lo problemático en su entrelazamiento íntimo con lo desconocido y lo inconsciente, y por tanto, de una crítica más plena que la que pueda otorgar un discurso ceñido al análisis de las evidencias positivas u objetivas.

Narrar es también legar elementos expresivos y corporales indispensables para la crítica de las prácticas del sujeto sobre cuya urgente necesidad dentro de la cultura revolucionaria ya advertía León Rozitchner en “La izquierda sin sujeto”, ensayo publicado en 1966 en *La Rosa Blindada*, una de las revistas emblemáticas de los sesentas. Este texto se puede apreciar hoy día como una profecía crítica en torno a la ausencia desastrosa de la *crítica del sujeto* en la izquierda. Rozitchner anticipa el llamado de atención con respecto al sujeto que hoy apreciamos en Badiou.<sup>29</sup> Sin acontecimiento no hay sujeto y sin sujeto no hay acontecimiento, nos dice Badiou: “El sujeto no preexiste para nada a un proceso. El es absolutamente inexistente en la situación “antes” del acontecimiento. Se dirá que el proceso de verdad induce un sujeto”.<sup>30</sup> Ese proceso de verdad que induce un sujeto también es constitutivo del acontecimiento como verdad, es decir, la emergencia del sujeto construye el sentido y la significación sin los cuales un hecho u ocurrencia cualquiera no alcanzaría el rango de acontecimiento. (No hablamos de La Verdad, sino de procedimientos de la verdad contrastables con ciertas secuencias de acciones en situaciones dadas.) Según el lenguaje matemático que le sirve a Badiou como herramienta heurística,<sup>31</sup> dado el conjunto de elementos que integran una situación dada, el acontecimiento no responde a la determinación de los elementos pertenecientes a dicho conjunto, más bien es imposible, inexplicable, a partir del mis-

<sup>29</sup> Badiou, op. cit.

<sup>30</sup> Manejo la traducción inglesa: Alain Badiou, *Ethics. An Essay on the Understanding of Evil*, op., cit., p. 43. Acudo también a la versión en español de la cita, tomada de [www.elortiba.org](http://www.elortiba.org), op. cit.

<sup>31</sup> Algunos comentaristas, sin embargo, le confieren centralidad ontológica a las matemáticas de Badiou, cf. Peter Hallway, *Badiou, a Subject of Truth* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2003), p. 82.

mo. El acto creativo mediante el cual se constituye y produce el sujeto es lo único que provoca y explica el acontecimiento. Sujeto y acontecimiento se co-producen en un solo proceso irreductible a los elementos dados de la situación. Lo que conmina al individuo a devenir sujeto es un exceso con respecto a lo que hay (la situación, el status quo) en cuya concreción como acontecimiento se involucra. En fin, no hay acontecimiento revolucionario sin sujeto revolucionario, si bien el sujeto, en este caso, constituye una posición en la trama del acontecer (y en su configuración lingüística) que no equivale a un sujeto psicosocial determinado. Una lectura de León Rozitchner nos permite apreciar que esta concepción requiere más carne, más materialidad mundana. “La izquierda sin sujeto” plantea, en un lenguaje menos esquemático que Badiou, la insuficiencia de las determinaciones objetivas de una situación (según articulada por una racionalidad teórica dada, en este caso el análisis marxista de la Argentina de los sesentas) para concitar el acontecimiento revolucionario:

Debería ser evidente que las interpretaciones teóricas reducidas a lo político-socio-económico no bastan para justificar el hecho de que la revolución, tan esperada entre nosotros, no haya acudido a las innumerables citas que la izquierda le dio. Todas estas son explicaciones con exterioridad, donde la distancia que media entre el contenido “objetivo” —datos económicos, políticos, históricos, etc.— hasta llegar a la densidad de nuestra realidad vivida, deja abierto un abismo de incompreensión que no sabemos cómo llenar. ¿Qué agregar a la necesidad ya descubierta a nivel teórico en la experiencia histórica del marxismo para que sea *efectivamente* necesaria?<sup>32</sup>

Rozitchner agrega preguntas atinentes a la crítica del sujeto, que realmente comienzan con ésta: “¿No será que estamos pensando la razón sin poner el cuerpo en ella?”<sup>33</sup> A partir de

<sup>32</sup> León Rozitchner, “La izquierda sin sujeto”, en Néstor Kohan (compilador), *La Rosa Blindada: una pasión de los '60* (Buenos Aires: La Rosa Blindada, 1999), p. 177.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 178.

ello insiste en la urgencia de una teoría y práctica de la militancia asumida como producción de sensibilidad, de corporalidad, pensamiento e imaginación, es decir, como un proceso que signifique la “modificación de todo el contenido subjetivo, de las estructuras racionales y afectivas de toda persona de izquierda”,<sup>34</sup> así como la negación y reparación de la experiencia de escisión del sujeto propia del modo de producción capitalista. El texto hace claro que no propone una versión del *cuidado de sí* individualista solicitado por la ideología burguesa, sino una práctica crítica realizada en función de la transformación revolucionaria, en la cual “[s]e hace pasar lo interior a lo exterior [en cuanto] conecta lo imaginario con lo real”.<sup>35</sup> “Poner el cuerpo” significa para Rozitchner, más allá del uso coloquial, negar la escisión del individuo con la trama de lo social en todos los órdenes de la acción y la cotidianidad militante:

Por eso decíamos que había que poner el cuerpo: porque este tiempo y este espacio no es el de las ‘categorías *a priori* de la sensibilidad’. Es el tiempo y el espacio con el cual la corporeidad, la experiencia sensible *vivida en el medio de los otros*, llena la racionalidad abstracta con la sustancia de la propia vida: le da su propia forma y la hace descender entre los hombres.<sup>36</sup>

Se trata también, por supuesto, del tiempo y espacio concreto al que accede en forma privilegiada la narración, es decir, el género discursivo en el cual casi por definición se inscriben los testimonios de la militancia, incluida la militancia guerrillera. La guerrilla narrada no sólo transmite unas vivencias, sino que en ese mismo acto constructivo de transmitir, elabora, configura instancias de la subjetividad modeladas al calor del acontecimiento revolucionario. En ello la guerrilla narrada da cuenta de la medida en que la izquierda nunca acometió la crítica de la subjetividad que alguien como Rozitchner reclama-

<sup>34</sup> Ibid., p. 285.

<sup>35</sup> Ibid., p. 287.

<sup>36</sup> Ibid., p. 288 (énfasis suplido).

ba ya en 1966.<sup>37</sup> Como advierte Rozitchner, la militancia por sí misma, la sola participación en un proyecto revolucionario, no garantiza la transformación y construcción crítica de nuevas subjetividades: “participar en las diversas organizaciones de izquierda no es una garantía para afirmar que estamos en la verdad del camino”. Para decirlo en términos de Badiou, la fidelidad al acontecimiento revolucionario, si es que constituye una posición de sujeto consustancial al mismo, en el sentido ideal, deja abierto el problema de la construcción crítica de la subjetividad. Si la fidelidad al acontecimiento es condición necesaria, no por eso es condición suficiente para acometer la tarea que plantea Rozitchner. Él exige una crítica, no sólo del acontecimiento, sino de la encarnación del tipo concreto de subjetividad que adviene en el mismo, incluida su práctica e identidad psicosocial concreta en las dimensiones múltiples ya mencionadas. Para Rozitchner no cualquier subjetividad *x* puede alcanzar una composición de sujeto-acontecimiento plenamente crítica:

Bien puede darse, y se da de hecho, que las organizaciones de izquierda le propongan al militante actuar de modo tal que lo lleven a interiorizar la racionalidad revolucionaria *en un solo nivel*, el aspecto político-social, ocultando así que la acción lo abraza en *todos* aquellos niveles personales que lo impulsaron a ella.<sup>38</sup>

Lo cierto es que la práctica política de las organizaciones armadas absorbió la cotidianidad de los militantes, no sólo por el intenso activismo en torno a problemas que interrumpían la estabilidad de lo cotidiano, algo que por sí trastoca la manera de vivir la cotidianidad del activista, sino por motivo de las condiciones aislantes de la clandestinidad. Los ámbitos celulares se convirtieron en sucedáneos de la familia y otros

---

<sup>37</sup> Dado que Rozitchner nunca ha avalado la estrategia de lucha armada en la Argentina, cabría suponer que la militancia armada en ese contexto presentaría desde su punto de vista aporías adicionales en el proceso de construcción de nuevas subjetividades.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 291 (énfasis del autor).

grupos íntimos de afinidad, creando lo que María José Moyano ha llamado una “resocialización” de los individuos.<sup>39</sup> En consonancia, es cierto también que, como dice Ricardo Forster, las organizaciones crearon una máquina militante que fue sutilmente “envolviendo de tal modo la vida de sus miembros que éstos ya no pudieron, llegado el momento, diferenciar sus ideas políticas, sus convicciones ideológicas de las obligaciones emanadas de la organización”. Forster repara en cómo se creó...

...una forma de vida que involucraba las ideas y la existencia familiar, los estudios y el trabajo, la elección de pareja y las amistades hasta consolidar una verdadera máquina de construcción de la subjetividad, de una subjetividad que se definía desde y a partir de la organización a la que pertenecía.<sup>40</sup>

Es preciso notar que, hasta el punto en que las organizaciones absorbieron “todos los niveles personales” de los militantes, en el sentido en que lo explica Forster, la razón política organizativa colonizó, en su peor aspecto burocrático, múltiples esferas de la subjetividad. Sabemos que es en su aspecto burocrático que las organizaciones revolucionarias calcan la racionalidad estatal y que la superación de ese lastre acaso hubiese sido una precondition para habilitar su capacidad de transformación real de la sociedad de clases sostenida en el estado. Poco contribuyó ese aspecto burocrático a cerrar la escisión de la subjetividad y a concretar el imperativo de “poner el cuerpo”. Por ese lado lo que hizo fue suprimir o sustraer el cuerpo en aras de una operacionalidad organizativa. Sin embargo, ése es sólo un aspecto de la experiencia militante. No hay que olvidar la portentosa rebeldía que la animó. También hubo una conquista en la dirección opuesta, en la medida en que el inevitable poner el cuerpo en una lucha de ruptura radical de los moldes institucionales del Estado, resultante de

<sup>39</sup> María José Moyano, op. cit., p. 6.

<sup>40</sup> Cf. Ricardo Forster, *El laberinto de las voces argentinas* (Buenos Aires: Ediciones Colihue, 2009), pp. 163-164.

una rica práctica militante, por lo mismo que suponía un investimento integral de la subjetividad en la acción insurgente contra las determinaciones psicosociales del medio, modeló elementos subjetivos contradictorios con la racionalidad del estado y con esa racionalidad organizativa burocrática sujeta a éste, que lastró a la izquierda de la época. Aspecto importante, entonces, de la interpretación de la guerrilla narrada que aquí nos concierne es calibrar en qué medida configura modos de *poner el cuerpo* en el devenir dialéctico de una racionalidad subjetiva si no antagónica al Estado, heterotópica con respecto a su orden de distribución de los cuerpos y las palabras. El enigma de Spinoza sobre “lo que puede un cuerpo” concierne a este planteamiento, pero de una manera que trasciende la corporalidad narcisista posmoderna, pues no atiende a la corporalidad biológica, sino al cuerpo como subjetividad concreta. Por tanto, no nos concierne cómo puede el individuo *realizarse* a través de *su* cuerpo, sino más bien participar de cuerpo entero en una idea, hacerla acontecer-en-sujeto.

### ¿Cuál el acontecimiento a narrar?

Como hemos visto en otros estudios de esta serie, el acontecimiento mismo se estructura, de entrada, como una narración. Hemos visto que no hay evento anterior a la narración, y ello conlleva que toda secuencia de hechos alcanza el estatuto de acción, de acontecimiento-sujeto (Badiou) sólo en la medida en que constituye lo que Ricoeur llama la mimesis I, es decir, una secuencia de actos subjetivamente configurados a partir de modelos previos de la acción, mimesis que no deja de ser, por supuesto, construcción, antes que copia. La narración en cuanto enunciado verbal o textual constituye entonces la mimesis II, mientras la lectura o interpretación crítica es la mimesis III. En cada instancia interviene un trabajo constructivo antes que la mera copia o imitación. El enjambre de eventos a partir de los cuales se escenifica la experiencia política como negación de “lo que hay”, se configura, en términos del giro de sujeto que los preside, como militancia. En suma, se puede decir que el acontecimiento es la militancia misma en cuanto

*agregado de acción-narración* que protagoniza la efervescencia revolucionaria de los sesentas-setentas en la Argentina —efervescencia que fue factor central en una crisis de hegemonía de clase y de poder del estado que resultó en el “Proceso” represivo de 1976-1983.<sup>41</sup>

El acontecimiento de la militancia es metodológicamente irreductible a la lucha armada sin más. Es importante no caer en la consabida mitificación de la lucha armada como “forma superior de lucha”. Concederle excesivo protagonismo pudiera abonar a esa mitificación. Sin embargo no se renuncia necesariamente a la crítica de esa concepción mítica si se reconoce que la lucha armada tuvo, de hecho, un rol protagónico, mal que bien, en el acontecimiento señalado. Nunca faltaron organizaciones de la izquierda revolucionaria que practicaron una militancia predominantemente no armada, aun en la ilegalidad y la clandestinidad. Es el caso de algunos grupos como el Partido Socialista de los Trabajadores y Política Obrera.<sup>42</sup> Por otra parte, la facción alternativista (Alternativa Independiente) de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) si bien asumía la necesidad de la lucha armada, le concedía decidida primacía al trabajo político de masas, en repudio del foquismo. El sector de los “Iluminados” que se desprende de los alternativistas, pasa de la crítica del foquismo y el “fierrerismo” (militarismo) al cuestionamiento de la lucha armada.<sup>43</sup> Pero la rebeldía armada realmente determinó las condiciones de desarrollo de toda militancia radical en el periodo. Los militantes con *fierro* no serían en muchos casos, en un sentido estrictamente

<sup>41</sup> Cf. Pilar Calveiro, *Política y/o violencia*. op. cit., p. 188.

<sup>42</sup> Cf. Christian Castillo, “Elementos para un “cuarto relato” sobre el proceso revolucionario de los ’70 y la dictadura militar”, *Lucha de Clases*, N° 4, tomado de [www.ips.org.ar/article.php?id\\_article=23](http://www.ips.org.ar/article.php?id_article=23). Castillo propone un “relato” histórico que destaque la lucha de masas durante el proceso revolucionario de 1966-1978 sobre lo que considera el protagonismo excesivo concedido a la militancia armada.

<sup>43</sup> Cf. Eduardo L. Duhalde y Eduardo M. Pérez, *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base. Tomo I: Las FAP* (Buenos Aires: De la Campana, 2002), pp. 75-81.

político-organizativo, militantes más importantes y ni siquiera más numerosos que los *sin fierro*, pero su actividad involucró a estos últimos en una misma dinámica política absorbente. La dinámica guerrilla-fuerzas represivas, dado el carácter parcialmente indiscriminado de la represión, afectaba a *ferreros* y no *ferreros* y además empujaba a éstos últimos a asumir la vía armada o a actuar dentro de las severas limitaciones que el cerco represivo impone a la actividad política. A ello se suma que predominó en muchos círculos revolucionarios la concepción guevarista según la cual de algún modo la acción armada constituía una consagración dialéctica de la militancia. Esto no significa que se pueda reducir esta concepción a un simple culto a la violencia, pues le subyace una reflexión estratégica de mucho peso en esos años, que no fue prédica exclusiva del Che Guevara y que, por ejemplo, un teórico no necesariamente guevarista resumía con gran precisión:

Si un dirigente popular de nuestro tiempo ignora la estrategia [militar], si no sabe pasar de una forma de saber subjetivo revolucionario a una forma de poder objetivo popular, si no se sabe responder a la violencia pretoriana con la violencia de las masas populares, no es digno de ser político ni dirigente de masas, en esta época revolucionaria.<sup>44</sup>

Esta dinámica no impedía que tanto los militantes con *fierro* como los *sin fierro* se definieran en torno a una posición de sujeto prevaleciente: la revolucionaria, que aquí se define como compromiso con *la toma del poder* y la transformación anticapitalista de la sociedad, en un contexto histórico-cultural en que el asalto revolucionario al poder se imagina casi exclusivamente como producto de la acción armada.<sup>45</sup> Quienes afirman la centralidad de la militancia revolucionaria entran en composición de sujeto con el acontecimiento independientemente de su actitud hacia la lucha armada. Y esa composición de sujeto se prolonga más allá del evento puntual que cifra la matriz del acontecimiento, como tradición o legado, si se quiere, gracias a la fidelidad al mismo. Así lo hace, por ejemplo, un Martín Caparrós, autor de obras literarias diversas que ha de-

dicado tres libros a la reivindicación (crítica) de la militancia, a saber, las novelas *No velas por tus muertos* (1986) y *A quien corresponda* (2008), y la crónica *La voluntad* (tres tomos: 1997-1998; escrita con Eduardo Anguita). Reivindicación y negación crítica del acontecimiento *qua* vivencia repetible se adunan en las declaraciones de Caparrós de manera expresa:

Yo reivindico de aquellos años la idea generalizada de la posibilidad de la revolución, pero jamás diría, porque no lo creo, que nada pueda ser si no es repetición de eso. Al contrario, ante una experiencia política de izquierda que sólo quiera ser repetición de lo hecho en los setenta, huiría despavorido. Pero aquí conviene hacer una distinción. Huiría, pero no por lo que suelen sostener los que cuestionan esos años; es decir, no es que no quiero que se repitan por la violencia que atravesaron: sigo suponiendo que hay situaciones en que la violencia es lamentablemente necesaria, en su papel de “partera de la historia”.<sup>46</sup>

Como veremos más adelante, ni la ficción ni la crónica histórica de Caparrós (y Anguita) establecen la lucha armada en sí misma como fulcro de definición crítica del acontecimiento militante, ese aspecto ni se reivindica ni se deja de reivindicar: lo que cuenta es el emplazamiento subjetivo con respecto a la toma de poder, la acometida práctica y concreta de la demanda de cambiar la vida. Lo mismo se puede decir del conjunto de las narraciones de la militancia guerrillera en la Argentina aquí examinadas. Corresponde, antes de entrar en el análisis de los relatos de la militancia guerrillera y de sus artes de narrar y de legar, definir mínimamente algunos rasgos pertinentes de esa acometida en la que guerrilla rural, guerrilla urbana,

<sup>44</sup> Abraham Guillén, *Estrategia de la guerrilla urbana* (Montevideo: Ediciones Liberación, 1969), p. 9.

<sup>45</sup> Otro sería el contexto de Chile, para citar un ejemplo cercano.

<sup>46</sup> Javier Trímboli, *La izquierda en la Argentina* (Buenos Aires: Manantial, 1998), p. 57.

lucha política de masas, legalidad e ilegalidad se entrelazan y comparten un mismo *momentum* histórico.

Salvo excepciones notables pero efímeras, como el levantamiento de Uturuncos en Tucumán (octubre 1959 – febrero 1960), la expedición del EGP en Salta (junio 1963 - mayo 1964), el campamento de las FAP en Taco Ralo (septiembre 1968) y la Compañía de Monte organizada por el PRT-ERP en Tucumán (mayo 1974-noviembre 1976),<sup>47</sup> la guerrilla argentina convirtió la ciudad en su principal teatro de operaciones. Históricamente, la expresión “guerrilla urbana” deriva de una extensión del concepto principal de *guerra de guerrillas*. Los estrategas fundadores suelen presumir que la guerrilla revolucionaria concierne a la guerra irregular lidiada principalmente en zonas rurales, vinculada a poblaciones campesinas, si bien disponen la creación de células urbanas de apoyo mayormente logístico y propagandístico, así como la organización de brazos políticos que coordinan movimientos de masas urbanas. Mao, por ejemplo, aunque no siempre establece una dicotomía campo-ciudad en su teoría político-militar, presume en todo momento que el campo y sus pobladores constituyen el soporte principal del Ejército Rojo.<sup>48</sup> El Che Guevara, por otro lado, sí establece un binomio campo-ciudad; además le resta toda independencia e incluso toda iniciativa táctica a las operaciones armadas y políticas urbanas, las cuales concibe como apéndice enteramen-

<sup>47</sup> Cf. Ernesto Salas, *Uturuncos. La guerrilla olvidada de la resistencia peronista* (Buenos Aires: Biblos, 2003); Gabriel Rot, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en Argentina. La historia de Jorge Ricardo Massetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo* (Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto, 2000); Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973*. Tomo I. (Buenos Aires: Norma, 1997), pp. 212-220; Eduardo Anguita, *La Compañía de Monte* (Buenos Aires: Planeta, 2005).

<sup>48</sup> Mao dice taxativamente que “[e]n cuanto a las grandes ciudades, las estaciones ferroviarias y ciertas zonas de llanura que el enemigo controla con fuerzas importantes, la guerra de guerrillas sólo puede extenderse hasta sus contornos y no al interior de dichos lugares...” —Mao Tse-Tung, “Problemas estratégicos de la guerra de guerrillas contra el Japón”, *Selección de escritos militares* (Peking: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1967), p. 188.

te subordinado al comando rural de la guerrilla.<sup>49</sup> Es preciso relacionar el no muy alto concepto de la guerrilla urbana que poseían el Che y los comandantes cubanos, con los conflictos internos entre la “sierra” y el “llano” que emergieron durante la guerra revolucionaria en la isla caribeña. El equipo dirigente de Fidel Castro, una vez radicado en la Sierra Maestra, tuvo que labrar su hegemonía dentro del Movimiento 26 de Julio a contrapelo de una organización urbana a la cual consideraba reformista y pequeño-burguesa.<sup>50</sup> En el ensayo *¿Revolución en la revolución?* que publicitó ampliamente el concepto del foco guerrillero durante los sesentas, Régis Debray cita cómo para Fidel Castro “la ciudad es un cementerio de revolucionarios y recursos”. Refiere que el comandante no solamente exigió el envío del grueso de armas y recursos a la sierra, sino que siempre hizo subir a los dirigentes del llano a la sierra a reunirse con él, en lugar de él bajar a la ciudad para reunirse con ellos; esto no sólo por razones de seguridad, sino con toda la intención de enfatizar la primacía política y militar de la guerrilla rural.<sup>51</sup>

Sin embargo, no empece el escepticismo de los revolucionarios cubanos con respecto a la estrategia urbana, en los militantes latinoamericanos que acudieron a la meca revolucionaria de La Habana prevaleció el estímulo vanguardista de la experiencia militar y política cubana más que unas preferencias específicas de tácticas y estrategias; no pocos militantes

<sup>49</sup> Cf. Ernesto Che Guevara, *La guerra de guerrillas*, en *Obra revolucionaria* (México: Era, 1967) pp. 45-46.

<sup>50</sup> Cf. Ernesto Che Guevara, “El partido marxista-leninista”, en op. cit., p. 567.

<sup>51</sup> Régis Debray, *¿Revolución en la Revolución?* (La Habana: Cuadernos Casa de las Américas, 1967); cito una reproducción digital tomada de [www.elhistoriador.com.ar](http://www.elhistoriador.com.ar), p. 17. Este consejo de Fidel Castro no siempre fue escuchado; en 1966 el auto deportivo que conducía el comandante de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), Turcios Lima por las avenidas de ciudad Guatemala se convirtió en una bola de fuego en la cual murió incinerado. Había acudido desde el frente rural a una reunión en la capital, citado por el Partido Guatemalteco de los Trabajadores (PGT, comunista). Un agente enemigo aprovechó para plantar una bomba incendiaria en el auto. Ver Caps. 3 y 4 de este libro.

latinoamericanos supieron inspirarse en la gesta cubana para crear modalidades de lucha basadas en sus realidades; si redundaron en el foquismo, se trató de un foquismo ajustado a sus realidades. En el caso argentino, tan temprano como 1962, Ángel Bengochea sostuvo en Cuba una polémica cordial con Guevara mientras se entrenaba con la ayuda de éste para la lucha armada, en la cual sostuvo que en países como Argentina debía prevalecer la lucha en las ciudades, sin descartar la importancia del campo.<sup>52</sup> Bengochea sigue en este punto una tradición más peronista que guevarista. Su (frustrado) proyecto guerrillero poseía una estructura mixta rural-urbana.<sup>53</sup> Ya en 1956 la revista *El Guerrillero*, había publicado unas directivas generales del Comando de la Resistencia peronista que colocan la guerra de guerrillas en un contexto obviamente urbano.<sup>54</sup> Es cierto que, como enfatiza la *Segunda Declaración de la Habana* en 1962, la población rural posee una enorme importancia en la mayoría de las sociedades latinoamericanas, pero no es menos cierto que desde mediados del siglo veinte las zonas urbanas concentraban la mayoría de los habitantes en varias regiones. Abraham Guillén, teórico hispanoargentino de la insurrección armada, que en 1959 había inspirado el breve episodio de guerrilla rural de los Uturuncos, calibró en 1965 la evolución demográfica en las grandes ciudades de países como Chile, Venezuela, Uruguay y Argentina, y recomendó en esos casos la estrategia de la guerrilla urbana. Sus conclusiones de 1965 contrarían la ortodoxia guevarista de la guerrilla rural:

En países con fuerte desarrollo capitalista, o con más población urbana que rural, el rendimiento de la guerrilla urbana (política y estratégicamente) es muy superior al de la guerrilla de la montaña: maniobrada o aislada con bombardeos de “napalm” y con caballería del aire (cientos de helicópteros), que le cortan el cordón umbilical con su población favora-

<sup>52</sup> Cf. Sergio M. Nicanoff y Axel Castellano, *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina* (Buenos Aires: Ediciones del CCC, 2006), p. 73 y otras.

<sup>53</sup> Eduardo L. Duhalde y Eduardo M. Pérez, op. cit., p. 55.

<sup>54</sup> Cf. Eduardo L. Duhalde y Eduardo M. Pérez, op. cit., p. 156.

ble para agotarla logísticamente, lo que no ocurriría a una guerrilla urbana, siempre entre su población, en un medio donde existen todas sus posibilidades logísticas, cosa que parece no haber entendido Regis Debray, más filósofo que estratega.<sup>55</sup>

Guillén no puede ser más terminante en su opción por la ciudad:

Sí un país de una, dos o tres megápolis donde las masas humanas están al 70% [como el caso de Argentina], se optara por la guerra revolucionaria de campo y montaña, tal estrategia absurda pondría el carro por delante de los bueyes, conduciendo finalmente a la derrota, o a una guerrilla montaraz, que no pasaría de ser un picnic, propio de Tartarín de Tarascón.<sup>56</sup>

La guerrilla urbana eventualmente alcanzó gran estatura estratégica y política en América Latina, dadas las impactantes experiencias acumuladas en 1963 con los destacamentos urbanos de las FALN en Venezuela,<sup>57</sup> las células urbanas en Ciudad de Guatemala en 1964-1967, los paradigmáticos Tupamaros (1964-1972) en Uruguay, el M-19 (1974-1990) en Colombia y la que alcanzó a ser la guerrilla urbana más grande en América Latina, Montoneros en Argentina, que compartió su escenario con la organización político militar no peronista, PRT-ERP, también centrada en la acción urbana (no empece su serio intento de abrir la Compañía de Monte en Tucumán). A inicios de los setentas la insurgencia urbana constituía, por derecho propio, una variante principal de la guerrilla revolucionaria continental.

<sup>55</sup> Abraham Guillén, op. cit., pp. 17-18.

<sup>56</sup> Ibid., p. 85 y ss. Guillén incorporó a sus análisis consideraciones geo-ecológicas relativas a la "crisis de la civilización urbana". No sabemos de otro teórico de la insurrección armada que haya incorporado el tema en ese marco filosófico.

<sup>57</sup> Ver la interesante evaluación que hace Regis Debray de esta experiencia venezolana, menos conocida que las otras, en *El castrismo: la larga marcha de América Latina* (Montevideo: Editorial Sandino, 1967), pp. 71-84.

La mayor parte de las experiencias urbanas de resistencia armada en América Latina derivan orgánicamente, al igual que las rurales, de un intenso accionar político que nutre sus filas, pese a que paulatinamente se distancian del mismo en el curso de un proceso de inducción paulatina dentro de la lógica del enfrentamiento armado. El desconocimiento y la distorsión mediática quizás expliquen el predominio de cierto prototipo del guerrillero como estudiante ingenuo y eufórico que salta de la grácil conversación del café a la montaña o al laberinto clandestino de la ciudad, fusil en mano, sin más motivación que la aventura ni más preparación que la ilusión desahogada. Pese a la impresión que pueda causar la gran cantidad de expediciones guerrilleras aparentemente improvisadas y efímeras ocurridas en los años sesentas lo cierto es que la decisión de tomar las armas de muchos de estos hombres y mujeres culminaba profundas experiencias de militancia política en centros de trabajo y comunidades proletarias, así como procesos de estudio y discusión colectiva relativamente intensos. Aún los integrantes de la guerrilla *que no pudo ser*, las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional (FARN), cuyo núcleo dirigente pereció el 21 de julio de 1964 en una explosión accidental antes de siquiera emprender el camino al monte, eran militantes fogueados en largas luchas reivindicativas, en su mayoría obreros o estudiantes seriamente proletarizados, que habían forjado vínculos con bases políticas en centros populares conurbanos como Berisso, Ensenada y La Plata. Su decisión coronaba, además, un proceso de formación y reflexión teórica.<sup>58</sup> Una parte importante de la guerrilla urbana en Argentina mantiene desde sus inicios a fines de los sesentas fuertes vínculos con la militancia política de masas<sup>59</sup> aunque también es cierto que este vínculo se debilita hacia 1974-1975, dado el enorme énfasis en la acción militar asumido por Montoneros (iniciado mucho antes por el no peronista ERP) ante la represión anti-izquierda desencadenada por la derecha peronista

<sup>58</sup> Cf. Sergio M. Nicanoff y Axel Castellano, op. cit. pp. 41-47.

<sup>59</sup> Cf. Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad*, op. cit., *passim*.

(Triple A) tras la ruptura definitiva de Perón con la tendencia revolucionaria el primero de mayo de 1974 y tras su muerte en julio de 1974. La norma de la época anterior a 1974-1975 era que un guerrillero realizara trabajo político regular en organismos sindicales, estudiantiles, comunales o culturales al mismo tiempo que cumplía gestiones específicas del ámbito armado. Esta incursión en la vida proletaria activa se conocía como proletarización,<sup>60</sup> y fue cumplida por cientos de jóvenes. Si bien, como advierte Pilar Calveiro, no se puede idealizar el vínculo de las organizaciones armadas con el ámbito laboral,<sup>61</sup> que nunca fue idílico, éste trabajo se emprendió con resultados nada desdeñables. Basta citar que según diversas fuentes el PRT-ERP llegó tener células en más de 400 fábricas del Gran Buenos Aires.<sup>62</sup> Con frecuencia un guerrillero o guerrillera consagraba más tiempo a su labor política y organizativa en uno o más frentes de masas que a las tareas del ámbito estrictamente político-militar. Antes de 1974 y aún cierto tiempo después no eran pocos los miembros de organismos político-militares que apenas tocaban un “fierro” muy de vez en cuando.<sup>63</sup> Por ejemplo, durante el pico de su gesta militar, sólo el 50% de los militantes del PRT tenían a cargo actividad armada.<sup>64</sup> No sería inapropiado referirse en muchos de estos casos a *militantes con práctica armada*<sup>65</sup> si no fuera por lo pesado que resulta repetir la primera expresión y porque las hablas de la época se refirieron casi indistintamente a “guerrilleros”, “combatien-

<sup>60</sup> Cf. Pablo Pozzi, op. cit., pp. 34-35.

<sup>61</sup> Pilar Calveiro, *Política y/o violencia*, op. cit., pp. 150-151.

<sup>62</sup> Cf. Pablo Pozzi, op. cit., p. 24, 36-37.

<sup>63</sup> A lo sumo eran “guerrilleros de weekend”, como le dice un militante fundador a María José Moyano, en op. cit., pp. 120-121. Ver incontables casos de esta articulación entre el accionar político y la gestión armada en Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad*, tomo I, op. cit., passim.

<sup>64</sup> Cf. Pablo Pozzi, op. cit., p. 21.

<sup>65</sup> Término mencionado por Marcelo Larraquy en *Fuimos soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera* (Buenos Aires: Aguilar, 2006), p. 16. Larraquy, por su parte, dado que se refiere a combatientes de la fase militarista extrema de Montoneros, posterior a 1976, emplea muy a propósito el término “soldados”.

tes” y “militantes” sin reparar demasiado en la frecuencia de su relación directa con los “fierros” y los “operativos”.<sup>66</sup> Pero lo cierto es que si bien la militancia armada tiene raíces en una militancia de masas no armada, el vector de politización prevaliente hace que sea esta última la que alimente a la primera, es decir, los militantes no armados se mueven hacia una militancia armada que expresa el incremento de su “desarrollo” político y casi nunca en dirección inversa,<sup>67</sup> aunque debería contarse como contrapeso a esta tendencia, al menos con anterioridad a 1975, el mandato a la proletarianización que cumplieron cientos de militantes de las organizaciones armadas que se convirtieron en obreros y en activistas sindicales importantes. A fin de cuentas es la militancia armada la que suele institucionalizar el advenimiento de los activistas de masas como nuevos sujetos políticos antagónicos al Estado. En la época se consideró el paso a la militancia propiamente armada como un salto de radicalización ineludible, como capítulo culminante de toda narración de una trayectoria revolucionaria.<sup>68</sup> Ello se verá con claridad en los levantamientos de masas de 1969.

El 1969 fue el año de la emergencia orgánica, pública y definida, de la guerrilla argentina. No es casualidad que el ‘69 sea también el año de eclosión de levantamientos insurreccionales de masas en varias ciudades importantes. La militancia armada que desemboca en la guerrilla no sólo se vincula a ricas experiencias de militancia política, como hemos dicho, sino que además arraiga en el enjambre de eventos insurreccionales de masas transcurridos entre 1969 y 1971, conocidos como el Rosario, el Cordobazo y el Viborazo, que estuvieron acompañados de levantamientos populares concurrentes en diversas ciudades. Como consecuencia de los grandes cambios en el

<sup>66</sup> María José Moyano aborda esta disyuntiva semántica y opta por una solución semejante en lengua inglesa, cf. op. cit., p. 5.

<sup>67</sup> Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga, *Memorias en montaje*, op. cit., p. 49.

<sup>68</sup> Si bien cerca de la mitad de la matrícula del PRT no estaba asignada a la lucha armada, se requería haber participado en al menos una acción de este tipo para alcanzar el rango de “militante”: cf. Pablo Pozzi, op. cit., p. 21.

“patrón de acumulación” gestados por el estado y los capitales de la industria y las finanzas a partir de 1960, que alteraron “el mundo del trabajo y las condiciones de vida de los asalariados en general”,<sup>69</sup> se produjo una secuencia de planes de lucha sindical, gremial y comunitaria que alcanzó características insurreccionales en 1969. Fueron especialmente impactantes las luchas callejeras de Rosario en mayo y septiembre de 1969, y en 1971 (el Viborazo), y las de Córdoba en mayo de 1969, en las cuales las masas derrotaron a las fuerzas represivas y tomaron el control de grandes zonas. Según Beva y Beatriz Balvé, estos eventos instituyen una inédita “relación de lucha en relación al estado mismo”<sup>70</sup> y dado su carácter de enfrentamiento directo con el estado en la calle, enarbolando reivindicaciones asumidas desde una perspectiva de clase antagónica al régimen de acumulación capitalista existente (perspectiva proletaria), configuran un sujeto revolucionario en cuya composición participan los diversos actores contestatarios del ‘69 (obros sindicados, gremios profesionales, estudiantes, mujeres, adolescentes, desempleados). Se efectuó el justo momento en que la “clase” como mero lugar social se convierte verdaderamente en *clase* en el sentido dialéctico, es decir, en *fuera de lugar* político donde, según Badiou, se construye el cuerpo de *heterogeneidad inmanente*<sup>71</sup> cuyo posicionamiento de sujeto cabe ocupar a toda subjetividad antagónica al dominio de clase, independientemente de su ubicación social convencional.<sup>72</sup> En ese fuera de lugar se instituye un sujeto revolucionario en cuya composición entra el programa de combate de las nuevas guerrillas. Las acciones concertadas de las guerrillas y las acciones de los sindicatos<sup>73</sup> se convierten en “la cara y cruz de

<sup>69</sup> Cf. Beba C. Balvé y Beatriz S. Balvé, *El '69. Huelga política de masas* (Buenos Aires: CICSO y Editorial Contrapunto, 1989), p. 77.

<sup>70</sup> *Ibid.*, p. 65.

<sup>71</sup> Alain Badiou, *Logic of Worlds*, op. cit., p. 496.

<sup>72</sup> Cf. Alain Badiou, *Theory of the Subject*. Trans. Bruno Bosteels (London: Continuum, 2009), “Part I: The Place of the Subjective”; p. 25, 27 y *passim*.

<sup>73</sup> Cf. Pablo Pozzi, op. cit., p. 37.

<sup>74</sup> Alain Badiou, *Theory of the Subject*, op. cit., p. 27.

una misma moneda”,<sup>74</sup> sin que ello presuponga la existencia de una relación organizativa directa entre ambos actores. Dada esa composición, Beatriz y Beba Balvé señalan que también la “estrategia de poder de la clase dominante [...] inicia la construcción de su nuevo programa ideológico normativo, a partir de 1969”.<sup>75</sup> Las autoras se preguntan si los actos de represión de 1969 presentan ya, “el indicador de que se ha constituido una fuerza [...] que se encuentra en disposición de guerra y comienza a implementar sus nuevas operaciones”,<sup>76</sup> y sostienen, en consecuencia, que los hechos se aproximan “al punto exacto de intersección entre el momento de la represión y la transición al momento del aniquilamiento como política”.<sup>77</sup> Ello, unido a la institución del sujeto revolucionario en el acontecimiento de las luchas callejeras, prefigura una situación de guerra civil de marca revolucionaria. Si leemos con cuidado distintos testimonios de los actores del '69, notamos que si bien las distintas formas de lucha llegan a subordinarse a la “lucha directa de masas callejera” en la que se hace presente un nuevo sujeto social,<sup>78</sup> también esta lucha directa, en respuesta a la estrategia de aniquilamiento impuesta por el estado, sirve de laboratorio de gestación de una estrategia de guerrilla urbana de estructura celular permanente y especializada. Algunas organizaciones matrices de la guerrilla (como el PRT, las FAR y las FAP) hacían trabajo de masas en las agrupaciones estudiantiles y sindicales participantes en el 69.<sup>79</sup> Las emotivas arengas guevaristas que el “Gringo” Mena, cuadro del PRT, para citar un ejemplo, daba en las asambleas estudiantiles preparatorias del Cordobazo no eran improvisaciones aisladas, sino expresiones de un trabajo organizativo.<sup>80</sup> Es decir, que la incipiente guerrilla urbana contribuye al fermento insurreccional de 1969 y emerge como su institucionalización estratégica en respuesta a las operaciones

<sup>75</sup> Beba C. Balvé y Beatriz S. Balvé, op. cit., p. 18.

<sup>76</sup> Ibid., p. 89.

<sup>77</sup> Ibid., p. 90.

<sup>78</sup> Ibid., p. 147

<sup>79</sup> Cf. Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973. Vol. I*, op cit., pp. 270-300.

<sup>80</sup> Ibid., p. 283.

de aniquilamiento de los actores sociales contestatarios implementadas por el estado como parte de su predisposición a la guerra civil. Las guerrillas emergentes en el seno de los acontecimientos del '69 son advocaciones organizativas del nuevo sujeto constituido en ese acontecimiento fundante, de cuya narrativa ellas constituyen un capítulo indispensable.

### **Tres modelos de acción-narración: Che Guevara, La Resistencia peronista y la teología de la liberación**

Tres eventos se desprenden como tres frutas maduras de la ruptura que ocasionó la militancia revolucionaria de los sesentas-setentas en Argentina, sin que venga al caso colocarlos en orden de importancia: son el ejemplo de Ernesto Che Guevara, la tradición popular de la Resistencia desarrollada tras el golpe militar de la "Libertadora" que depuso al presidente electo Juan Domingo Perón en 1955 y la prédica de la teología de la liberación encabezada por los Sacerdotes del Tercer Mundo. Los tres eventos comportan tres modelos de *acción-narración* de alto calibre imaginario e intelectual que convergen en un mismo magma insurgente, lo que no impide trazar aires de familia predominantes en distintos actores de los sesentas-setentas. Por ejemplo, se podría decir que el PRT-ERP ofrece un fenotipo guevarista innegable, que las FAP fluyen casi directamente del torrente de la Resistencia y que Montoneros tuvo antecedentes *teoliberacionistas* de peso, pero toca a otros estudios desmenuzar y constatar estas genealogías.<sup>81</sup> Lo cierto es que los tres modelos fueron factores indisolubles del repertorio ideológico, imaginario y narrativo que definió una concepción revolucionaria compartida por casi todos los militantes de la situación que nos concierne.

<sup>81</sup> Cf. Julio Santucho, *Los últimos guevaristas: la guerrilla marxista en la Argentina* (Buenos Aires: Vergara, 2004); Eduardo L. Duhalde y Eduardo M. Pérez, *De Taco Ralo a la Alternativa Independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base. Tomo I: las FAP* (Buenos Aires: de la Campana, 2002); Gustavo Morello, *Cristianismo y revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina* (Córdoba: Editorial de la Universidad Católica de Córdoba, 2003).

Ernesto Che Guevara se auto modela con sus hazañas y sus relatos sobre ellas, así como con sus interpretaciones críticas sobre el drama que protagonizó. Es decir, que proporciona instancias de las mimesis I, II y III que perfilan el acontecimiento-sujeto central de la militancia revolucionaria latinoamericana de los sesentas-setentas, incluida la argentina: ello es, el ciclo insurgente iniciado por la Revolución Cubana triunfante en 1959. El guevarismo adquiere innúmeras interpretaciones en diversos órdenes de las acciones y las hablas argentinas. Tanto quienes se desmarcan como quienes asumen su impronta son tocados por el fenómeno. Beatriz Sarlo, por ejemplo, pone distancia entre su propia participación en la militancia revolucionaria dentro del PCR (maoísta) y el entusiasmo guevarista de la época, distancia que es congruente con su deriva intelectual y que contribuye a definirla.<sup>82</sup> José Pablo Feinmann sostiene, en cambio, que "...el verdadero rostro de la izquierda peronista es el de Guevara". Alude con énfasis a la gran convocatoria guevarista contenida en "el film constitutivo de la izquierda peronista"<sup>83</sup> *La hora de los hornos* (1966), título tomado de la cita de José Martí que encabeza el testamento revolucionario de Guevara en su "Mensaje a la Tricontinental".<sup>84</sup> Se debe colocar el impacto del guevarismo en el contexto amplio de lo que significó la Revolución Cubana en el campo político e intelectual de Argentina. Silvia Sigal advierte que la experiencia de Cuba proveyó "una identidad imaginaria, que puede llamarse el 'partido cubano', el partido de un consenso sin instituciones y contradicciones"<sup>85</sup> donde convergieron sectores de la iz-

<sup>82</sup> "[E]l Che no fue un centro de mi mito revolucionario. Me molestaba [...] que en él hubiera algo del revolucionario aristócrata, algo santo y dandy al mismo tiempo."—afirma Sarlo; en Javier Trímboli, *La izquierda en la Argentina. Entrevistas* (Buenos Aires: Manantial, 1998), p. 224.

<sup>83</sup> José Pablo Feinmann, *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia* (Buenos Aires: Planeta/Booklet, 2007) pp. 54-55.

<sup>84</sup> Ernesto Che Guevara, "Mensaje a la Tricontinental" en *Obra revolucionaria* (México: Ediciones Era, 1967), p. 640.

<sup>85</sup> Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2002), p. 170.

quierda marxista no peronista y el peronismo de izquierda que de otra manera no se hubieran encontrado ni en la tradición de la resistencia peronista ni en la trayectoria marxista que venía del acatamiento de la política de coexistencia pacífica de la Unión Soviética y de la compañía de viaje con el antiperonismo liberal.

Se ha hablado mucho sobre la teoría guevarista del foco. En otro estudio que forma parte de esta serie discuto las dos vertientes de esta concepción, una atinente a la estrategia de implantación de la guerra de guerrillas, otra relacionada con la construcción de la hegemonía revolucionaria forjada en el curso y desenlace de la lucha insurgente. La primera, resultante de una lectura desenfocada de la insurgencia cubana que subestimó la política de alianzas extremadamente amplias que la hizo posible, reveló sus graves aporías y límites político-militares en el curso de la guerrilla sigloveintista latinoamericana; la segunda es indisociable de la capacidad del proceso revolucionario cubano para sostenerse como aparato de captura y control de la efervescencia popular por un período inigualado históricamente, independientemente de los serios problemas que éste haya enfrentado y de su desenlace tras medio siglo de persistencia. Esta segunda vertiente del foquismo garantizó la forja de un núcleo de vanguardia altamente disciplinado, purificado<sup>86</sup> y capaz de articular un poder revolucionario hegemónico. Su paternidad corresponde tanto a Fidel Castro como a Guevara, pero correspondió al Che su formulación textual más acabada y su divulgación internacional. El comandante argentino era muy conciente de las críticas que veían en el foco una deriva militarista desconectada de la política de masas imprescindible a toda gestión revolucionaria moderna. Intenta responder a estas críticas en un artículo escrito a principios de los sesentas:

Por el camino de la polémica, suele criticarse a aquellos que quieren hacer la guerra de guerrillas, aduciendo que se olvidan de la lucha de masas, casi como si fueran métodos

<sup>86</sup> Sobre los procesos subjetivos atinentes a la "purificación" o concentración de la fuerza antagónica, ver Alain Badiou, *Theory of the Subject*, op. cit., pp 39-41.

contrapuestos. Nosotros rechazamos el concepto que encierra esa posición; la guerra de guerrillas es una guerra del pueblo, es una lucha de masas. Pretender realizar este tipo de guerra sin el apoyo de la población, es el preludio del desastre inevitable.<sup>87</sup>

Por supuesto que ni el Che ni sus émulos pretenden separar la acción insurgente de la lucha de masas. Presumen una ligazón orgánica entre captación política de masas y acción guerrillera que conduzca a la guerra popular. El problema es que la concepción foquista, relativamente metódica en lo militar, no provee la metodología que salve la brecha casi abismal entre la capacidad de acción de la vanguardia y la capacidad de acción de las masas. Ni la voluntad ni los intentos faltaron, faltó la manera efectiva de lograrlo. Aparte de pretensiones y propósitos, no contar con esa metodología vinculante, de hecho, condujo al desastre en la mayoría de los casos. El aparente militarismo de Guevara no se funda ni en el culto a la violencia ni en el desprecio de la política de masas, sino en un profundo rechazo a la versión de “democracia” impuesta por el liberalismo parlamentario. No se comprende el contenido altamente político de la estrategia foquista (coincidamos o no con ella) si se permanece dentro de una concepción de la política suscrita a la gobernabilidad. Sólo desde una concepción de la política como ruptura dialéctica y forzamiento de las contradicciones antagónicas, presidida por el planteamiento de la igualdad, se puede comprender el pensamiento de Guevara. La primera vez que él enuncia los conocidos tres axiomas establecidos por la Revolución Cubana, en su libro *La guerra de guerrillas*,<sup>88</sup> el Che

<sup>87</sup> Ernesto Che Guevara, “Guerra de guerrillas: un método”, op. cit., p. 551.

<sup>88</sup> “Consideramos que tres aportaciones hizo la Revolución Cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América, son ellas: 1. Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército. 2. No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas. 3. En la América sub-desarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo.” Ernesto Che Guevara, *La guerra de guerrillas* (1960), en op. cit., p. 27.

le añade una salvedad al segundo axioma: “Donde un gobierno haya subido al poder por alguna forma de consulta popular, fraudulenta o no, y se mantenga al menos la apariencia de legalidad constitucional, el brote guerrillero es imposible de producir por no haberse agotado las posibilidades de la lucha cívica”.<sup>89</sup> Esta salvedad desaparece del artículo antes citado, escrito dos o tres años después. Más bien se esboza una advertencia contra el supuesto velo de la legalidad democrática:

[N]o debemos admitir que la palabra democracia, utilizada en forma apologética para representar la dictadura de las clases explotadoras, pierda su profundidad de concepto y adquiera el de ciertas libertades más o menos óptimas dadas al ciudadano. Luchar solamente por conseguir la restauración de cierta legalidad burguesa sin plantearse, en cambio, el problema del poder revolucionario, es luchar por retornar a cierto orden dictatorial preestablecido por las clases dominantes: es, en todo caso, luchar por el establecimiento de unos grilletos que tengan en su punta una bola menos pesada para el presidiario.<sup>90</sup>

El artículo enfatiza que la superficie presuntamente formal, democrática y constitucional no desmiente la dictadura de clase consustancial a los regímenes oligárquico-capitalistas y neocoloniales de América ni tampoco la violencia estructural ejercida día a día por éstos. Con ello Guevara pretende despojar la democracia liberal de toda carta de solvencia moral ante la necesidad de la acción revolucionaria, dejando que sólo consideraciones de estrategia política decidan si, en efecto, la existencia de una legalidad democrática (o su apariencia), impide que la guerrilla forje las condiciones objetivas para su desarrollo y triunfo en determinado contexto. Por eso este artículo de 1963 declara sin ambages que la acción guerrillera es el “eje central de la lucha” en América. A ello Guevara suma el concepto espiral de la relación entre rebelión y represión:

Hay que violentar el equilibrio dictadura oligárquica – presión popular. La dictadura trata constantemente de ejercerse sin el

<sup>89</sup> Ibid., pp. 27-28.

<sup>90</sup> “Guerra de guerrillas: un método”, en op. cit., pp. 554-555.

uso aparatoso de la fuerza; el obligar a presentarse sin disfraz, es decir, en su aspecto verdadero de dictadura violenta de las clases reaccionarias, contribuirá a su desenmascaramiento, lo que profundizará la lucha hasta extremos tales que ya no se puede regresar.<sup>91</sup>

Esta formulación crítica de Guevara encierra un germen narrativo, un *narrema* que sirve de pie forzado a un repertorio de modelos de la acción construidos por los militantes argentinos y es posible trazar su despliegue en las trayectorias de la guerrilla de ese país y en los relatos que las articulan. Efectivamente, la acción combativa obligó al estado oligárquico a mostrar “su aspecto verdadero de dictadura violenta de las clases reaccionarias” y ello profundizó la lucha “hasta extremos tales que ya no se [pudo] regresar”. El detalle es que esos “extremos tales”, concebidos como la mera remoción de un “velo”, resultaron en el genocidio de los militantes de izquierda y de sus simpatizantes sin que una lucha verdaderamente popular pudiera alzar vuelo. Precisamente la remoción de las libertades que se interpretaron como “velo” democrático y puro efecto de superficie, eliminó una de las condiciones en que podía prosperar una efervescencia política de masas. La militancia guevarista no concibió que aquello que se presentaba ante la mirada del místico Guerrillero Heroico como mero enmascaramiento, era para las masas un importantísimo espacio de expresión y agencia autónoma. No fue posible, una vez más, suturar la brecha entre la capacidad de acción de la vanguardia que presume no necesitar las libertades meramente formales de la democracia “burguesa” y la capacidad de acción de las masas, es decir, de los simples mortales que requieren de estas libertades para articular la plena presencia pública que permite su real incidencia en el espacio político. No es que el Che y sus émulos no tuvieran razón sobre el efecto de veladura de ciertas instituciones prohijadas por la democracia liberal, es que no hubo manera de que las masas se “enteraran” de que ese carácter de veladura no era vital

<sup>91</sup> Ibid., p. 556.

para su existencia política, como en efecto se comprobó que lo era. Cuando una verdad teórica no logra convertirse en verdad concreta para las masas, no alcanza a ser una verdad política. El narrema guevarista, sin embargo, como hemos visto, articula una concepción teórica irreductible a los cultos a la violencia, a la muerte o al heroísmo que tanto se invocan a la hora de interpretar las trayectorias inscritas en la guerrilla narrada. Las poses de “aristócrata”, “dandy” o “santo” revolucionario que Beatriz Sarlo detecta en la imagen de Guevara<sup>92</sup> giran semántica y culturalmente en torno a la figura heroica que él innegablemente cultivó. Todavía no se ha hecho una exégesis satisfactoria de los aspectos cúlticos y narcisistas relativos al *cuidado de sí* del Comandante Heroico, pero cabe suponer que este aspecto notable de su conducta se articula a una concepción teórica irreductible, en este caso relacionada con la centralidad del sujeto en el pensamiento del revolucionario argentino.

El conocido ensayo de Ernesto Che Guevara titulado “El socialismo y el hombre” en Cuba aborda el problema de la constitución del sujeto revolucionario, bajo la polémica consigna del “hombre nuevo”. Este ensayo se publicó en 1965 en *La Rosa Blindada*, revista emblemática de la efervescencia cultural e intelectual de la izquierda argentina en esa década. El texto abre con una invocación de la centralidad del sujeto en el proceso revolucionario: “Durante este proceso [de la guerrilla cubana], en el cual sólo existían gérmenes de socialismo, el hombre era el factor fundamental. En él se confiaba, individualizado, específico, con nombre y apellido, y de su capacidad de acción dependía el triunfo o el fracaso del hecho encomendado.”<sup>93</sup> Este “hombre” constituye una subjetividad a labrar y convertir en sujeto del acontecimiento revolucionario. Sin tal sujeto no hay acontecimiento; sin tal acontecimiento no hay sujeto. Hombre nuevo y acontecimiento revolucionario se co-producen. En esa

<sup>92</sup> Ver nota 82.

<sup>93</sup> Ernesto Che Guevara, “El socialismo y el hombre en Cuba”, en la selección de artículos de la revista compilada por Néstor Kohan, *La Rosa Blindada: una pasión de los '60* (Buenos Aires: Ediciones La Rosa Blindada, 1999), p. 143.

composición recíproca debe insertarse la construcción de la subjetividad particular, que encarna en un tipo de individuo determinado: “El individuo fue el factor fundamental”.<sup>94</sup> La práctica combativa revolucionaria se concibe como *vía de la perfección*, es decir, como método de producción de un sujeto universal: “En la actitud de nuestros combatientes se vislumbraba al hombre del futuro”. Además, este sujeto se quiere inmortal (en el sentido filosófico del concepto): “Encontrar la fórmula para *perpetuar* en la vida cotidiana esa actitud heroica es una de las tareas fundamentales desde el punto de vista ideológico”.<sup>95</sup> Y como recuerda Guevara, “[c]ada uno de los combatientes de la Sierra Maestra que alcanzó algún grado superior en las fuerzas revolucionarias, tiene una historia de hechos notables en su haber”.<sup>96</sup> Él mismo asumió, en su colección de relatos *Pasajes de la guerra revolucionaria*<sup>97</sup> y en otros textos, su parte en la tarea de contar tales hechos, es decir, de narrar la guerrilla y sostener el trazo del acontecimiento. Indudablemente, la guerrilla narrada es, para este guerrero que escribió en casi cada alto de su marcha, consustancial a la articulación del sujeto que le interesa.<sup>98</sup>

La primacía del sujeto, tal cual la sostiene Guevara, converge con el interés por el estatuto político-filosófico del sujeto que manifiestan en la Argentina de los cincuentas y sesentas los medios culturales emergentes tras lo que se ha llamado “desintegración del consenso antiperonista en el campo intelectual”. Hacia fines de los cincuentas y principios de los sesentas más y más intelectuales jóvenes se desmarcan de las posiciones liberales que rigieron el campo intelectual. Un ejemplo ilustrativo es el rechazo amplio a la revista *Sur*, cuando ésta dio la bienvenida al golpe contra Perón en 1955 y prescribió explícitamente el credo liberal-burgués de la cultura en su No 237, recordado hoy por alguien de aquella hornada como “cé-

<sup>94</sup> Ibid., p. 144.

<sup>95</sup> Loc. cit., énfasis mío.

<sup>96</sup> Loc. cit.

<sup>97</sup> Ernesto Che Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria*, en *Obra revolucionaria*, op. cit.

<sup>98</sup> Ver el estudio que dedico a *Pasajes...* en esta serie.

lebre naturalmente por lo necio y por lo soez”.<sup>99</sup> Uno de los medios que inmediatamente discrepó de *Sur* en la antesala a los sesentas, fue la revista *Contornos*, escenario de una notable deriva sartreana presidida por la antropología existencialista en la cual el sujeto alcanza su plenitud dialéctica mediante la asunción del compromiso con la situación y con la acción (en otras palabras, con el acontecimiento<sup>100</sup>),<sup>101</sup> disposición filosófica general a la que ni Guevara ni muchos guevaristas de distintas latitudes eran ajenos.<sup>102</sup> Sin embargo, es preciso aceptar que en la particular subjetividad del Guerrillero Heroico existen rasgos individualistas como los señalados por Beatriz Sarlo, intraducibles a la doxa marxista-leninista y siquiera “badiouista” del sujeto.

En lo que concierne a los flujos guevaristas que afectan a la guerrilla narrada, cabe distinguir las secuencias fundantes encabezadas por John William Cooke, Jorge Ricardo Masetti y Ángel Bengochea. Cooke, fue el delegado personal de Juan Domingo Perón para la Argentina en los años (1956-1959) inmediatamente posteriores al golpe militar que sacó del poder y del país al presidente electo dos veces por las masas populares. Cooke contribuyó a organizar el Comando Nacional de la Resistencia de la capital federal y la lucha insurreccional lar-

<sup>99</sup> Cf. Jorge Cernadas, “Notas sobre la desintegración del consenso antiperonista en el campo intelectual: *Sur*, 1955-1960”, Enrique Oteiza et al., *Cultura y política en los años 60* (Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, 1997), p. 135.

<sup>100</sup> La noción de “fidelidad al acontecimiento”, de Badiou, comentada en la sección anterior, guarda correspondencias manifiestas con Sartre: en una línea argumental no lejana del actual planteamiento de Badiou. Sartre “retuvo la noción de la práctica subjetiva individual como único principio productivo” y trató de integrarlo a la práctica colectiva, según Peter Hallaway, op. cit., p. 42. Notar la convergencia con esta deriva sartreana en el texto de Rozitchner citado en la sección anterior.

<sup>101</sup> Cf. Marcela Croce, *Contorno: Izquierda y proyecto cultural* (Buenos Aires: Ediciones Colihue, 1996), pp. 34, 36, 44 y passim.

<sup>102</sup> Sobre el encuentro del Che con Jean Paul Sartre en La Habana, véase Iván de la Nuez, *Fantasma roja: los intelectuales de izquierda y la revolución cubana* (Barcelona: Debate, 2006).

varia que se extendió desde 1956 hasta 1964, lidiada por innúmeros “comandos” locales descentralizados y relativamente autónomos, la cual involucró tácticas de insurrección urbana y en cierto modo culminó con el breve episodio de guerrilla rural de los Uturuncos entre 1959 y 1960.<sup>103</sup>

El episodio rural de Uturuncos es ciertamente atípico, pues las bases populares de la resistencia peronista operaron mayormente en zonas urbanas y suburbanas dentro de una estructura horizontal tipo red distinta del modelo piramidal del foco. La idea de establecer este foco rural surgió, de hecho, del sentido de inutilidad que dejaron cuatro años de insurgencia difusa expresada en los miles de actos de sabotaje y de atentados con “caños” (explosivos caseros), la conspiración del general Del Valle y la toma cuasi-insurreccional del frigorífico Lisandro de la Torre.<sup>104</sup> Uturuncos fue organizado por el Comando 17 de Octubre, de Tucumán y recibió inspiración y guía de Cooke y Abraham Guillén, pero no respondió organizativamente a una comandancia nacional.<sup>105</sup> Se sostuvo, además, sobre bases políticas y logísticas enteramente urbanas de la región y su preparación para el medio rural fue casi nula.<sup>106</sup> La acción más importante de Uturuncos, el asalto a la comisaría de Frías, tuvo características tácticas propias de la guerrilla urbana, pese a que los guerrilleros se instalaron en el monte.<sup>107</sup>

La experiencia de la resistencia, incluyendo el capítulo de Uturuncos, demostró que la estructura de red, pese a ser más inclusiva, democrática<sup>108</sup> y políticamente resistente que la piramidal, tiene la desventaja de que no acumula ni concentra la fuerza político-militar, es decir, el destacamento de vanguardia necesario para articular alianzas, generar hegemonía, conducir el asalto al poder y asegurar su transformación radical. De ahí el interés de Cooke por ciertos aspectos del foquismo de

<sup>103</sup> Cf. Ernesto Salas, *Uturuncos. La guerrilla olvidada de la resistencia peronista*, op. cit.

<sup>104</sup> *Ibid.*, pp. 51-53.

<sup>105</sup> *Ibid.*, pp. 41, 50, 51.

<sup>106</sup> *Ibid.*, pp. 60 y ss.

<sup>107</sup> *Ibid.*, pp. 69 y ss.

<sup>108</sup> *Ibid.*, p. 126.

Guevara. En esos años Cooke dejó de ser el delegado de Perón como resultado de su activismo cada vez más orientado a la izquierda. Se exilió en Cuba, donde conoció al Che y se dedicó a reclutar peronistas y no peronistas de izquierda para adiestrarlos en la isla y conformar tentativas insurgentes en torno a distintas agrupaciones, incluida la dirigida por él y su esposa Alicia Eguren, Acción Revolucionaria Peronista (ARP). Lo más significativo de Cooke para los propósitos de este estudio es la convergencia de su visión insurreccional con la concepción de Guevara, especialmente en lo que se refiere al propósito de forjar un núcleo revolucionario comprometido que garantice la radicalización del proceso revolucionario (es decir, la captura y reconducción de la efervescencia insurgente) y la transformación del orden existente ante las posturas negociadoras y reformistas de los sectores concebidos como claudicantes (burgueses y otros) que participan de la lucha de liberación nacional.<sup>109</sup> Para Cooke ese núcleo humano, con atributos subjetivos específicos, es la esencia del foco guevarista, y debe templarse como el acero, en los hornos de la lucha armada. Pese al crucial campo de fogueo que las ciudades les proveyeron a los militantes de la resistencia, Cooke advierte que sólo en el campo puede consolidarse una fuerza tal que desafíe y destruya al ejército regular del estado. En una declaración de ARP, la organización dirigida por Cooke, fechada en julio de 1967 se enuncia con claridad esta convicción:

No desconocemos la relevancia de la lucha urbana en un país que como el nuestro cuenta con un movimiento obrero numeroso y organizado, con bases que han demostrado hasta el hartazgo coraje, capacidad y espíritu de sacrificio. Pero esta misma década de sabotajes, atentados, tomas de fábricas y huelgas generales, ha demostrado que es necesario para dar permanencia, continuidad, proyección y perspectiva a esas luchas, la formación de un ejército revolucionario que opere en el monte, en el campo y en la selva y se plantee como

---

<sup>109</sup> Cf. Donald C. Hodges, *Argentina, 1943-1987. The National Revolution and Resistance* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1988), pp. 52-55.

objetivo estratégico la toma del poder político mediante la destrucción del ejército regular...<sup>110</sup>

Cooke, en suma, encarna un vínculo clave del viejo peronismo de la Resistencia con el nuevo paradigma de la Revolución Cubana representado por Guevara. Conecta dos flujos históricos modelantes, dos tradiciones insurgentes definitorias.

Jorge Ricardo Masetti y Ángel “El Vasco” Bengochea participaron, en cambio, en una ambiciosa estrategia continental de Guevara cuyo objetivo a mediano plazo era la Argentina. Masetti y Bengochea dirigieron, cada cual por canales logísticos y de adiestramiento completamente separados y sin más relación entre sí que el nexo con el proyecto de Guevara, dos intentos de implantación guerrillera casi sincrónicos a principios de los sesentas (1963-1964).<sup>111</sup> En el citado artículo “Guerra de guerrillas: un método”, escrito en esos años, Guevara enarbola la consigna de Fidel Castro en el sentido de que “La cordillera de los Andes está llamada a ser la Sierra Maestra de América”.<sup>112</sup> En consonancia, Guevara gestaba a la sazón, con la colaboración internacionalista de la oficina del comandante cubano Manuel “Barbarroja” Piñeiro,<sup>113</sup> la Operación Andina, que perseguía crear una especie de colmena madre de múltiples focos guerrilleros con corredores logísticos en Perú, Bolivia y Argentina. Según consignamos en una sección anterior de este estudio, Bengochea, guiado por su amplia experiencia política en el peronismo de izquierda y el trotskismo entrista, asumió críticamente sólo parte de la concepción de Guevara,

<sup>110</sup> “Acción Revolucionaria Peronista” en *Cristianismo y Revolución*, No. 6-7, abril 1968, p. 15.

<sup>111</sup> Manuel Enrique Mena, el organizador de los Uturuncos, dirigió por las mismas fechas un último intento de implantación de este grupo en Tucumán (muy probablemente integrado al proyecto de Guevara), que sin embargo se desmovilizó sin realizar mayores acciones, en vista del establecimiento del gobierno de Illia por la vía electoral; cf. Ernesto Salas, op. cit., p. 114.

<sup>112</sup> Op. cit., p. 559.

<sup>113</sup> Para un resumen del importante rol internacionalista de Piñeiro: Jorge G. Castañeda, *Utopia Unarmed. The Latin American Left After the Cold War* (New York: Viking Press, 1994), pp. 51-67.

entregándose a la preparación autónoma de un proyecto insurgente mixto con bases operativas de campo y ciudad, con recursos estrictamente argentinos. El legendario dirigente de la Resistencia peronista, John William Cooke, muy cercano a Bengochea desde lides anteriores, es quien coordina la reunión de “El Vasco” con el Che. Pero Masetti, amigo personal del Che desde que lo entrevistó en la Sierra en 1958, fue más derivativo del guevarismo ortodoxo. Operó en coordinación directa con su compañero argentino y la oficina de Manuel Piñeiro, nutrido por cuadros internacionalistas cubanos. Ambas tentativas concluyen pronto y mal. La guerrilla de Masetti, el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), se interna en las montañas selváticas de Salta desde principios de 1963 hasta abril de 1964, cuando su exhausta tropilla, diezmada por los rigores tropicales, es interceptada por los gendarmes y Masetti desaparece, devorado por la selva. La guerrilla del “Vasco” Bengochea, Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional (FARN), nunca pudo ser, pues como ya indicamos, su cúpula (incluido Bengochea) pereció en una explosión accidental el 21 de julio de 1964, en vísperas de la expedición que iniciaría las operaciones. Sin embargo, no pocos sobrevivientes de ambas experiencias se integrarían más tarde a la militancia revolucionaria y la guerrilla de finales de los sesentas.<sup>114</sup> No corresponde aquí examinar en detalle estas secuencias ni analizar su desenlace típicamente foquista, sino consignar:

El vínculo directo de estos narremas con el accionar y el pensamiento del Che Guevara —la manera en que a partir de las acciones y elaboraciones críticas del comandante escritor, se construye una mimesis I;

El entronque de al menos uno de sus protagonistas (Bengochea) con las tradiciones de la Resistencia peronista (la relación de Masetti con el peronismo es difusa);

<sup>114</sup> Documentación indispensable de las empresas de Masetti y Bengochea: Gabriel Rot, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del pueblo*, op. cit.; y Sergio M. Nicanoff y Axel Castellano, *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina. La historia del ‘Vasco’ Bengochea y las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional*, op. cit.

El carácter originario que adquieren estas secuencias en la configuración del acontecimiento de la militancia revolucionaria.

En lo que concierne al cristianismo de izquierda posterior al Concilio Vaticano II de 1962, su flujo argentino resulta casi inseparable de la Resistencia peronista y del guevarismo. Pasa por un núcleo de articulación nacional cuya importancia es difícil exagerar: el grupo Cristianismo y Revolución, que “estuvo integrado por militantes que en la mayoría de los casos pasaron a formar parte de Montoneros, [siendo] su influencia [...] decisiva en la reconciliación de los militantes cristianos con la lucha armada”.<sup>115</sup> El grupo, fundado hacia 1966 con la revista *Cristianismo y Revolución*, dirigida por Juan García Elorrio y su esposa, Casiana J. Ahumada, albergó tres equipos de acción: el de producción de la revista, el Centro de Estudios Camilo Torres y el Comando Camilo Torres, base del Movimiento Camilo Torres, descrito por varios historiadores como una “proto-guerrilla”.<sup>116</sup> Es de conocimiento general que este grupo sentó las bases para la organización de Montoneros al articular la herencia de la Resistencia peronista con el guevarismo y con el cristianismo posconciliar de izquierda. Fue una doble articulación, discursivo-ideológica y corporal, pues efectivamente, fundadores históricos de Montoneros como Fernando Abal Medina, Norma Esther Arrostito y Mario Fimenich, abrevaron en el pensamiento de *Cristianismo y Revolución* y se entrenaron política y militarmente en Cuba bajo sus auspicios. La portada del décimo número de la revista, no puede ser más gráfica en su afán de unir peronismo y guevarismo; sobre el fondo de las mayúsculas gigantescas “CHE”, se inscribe “Perón” en letras rojas más pequeñas. Por el tamaño y ubicación de cada nombre se sabe, sin embargo, quién marca el fundamento. Publicado en octubre de 1968, el número rememora tanto el 17 de octubre de 1947 de la tradición popular peronista (cuando las masas salieron a defender al caudillo), como el primer

<sup>115</sup> Gustavo Morrillo, op. cit., p. 137.

<sup>116</sup> Ibid., p. 145.

aniversario de la muerte del Che el 8 de octubre de 1967. El contenido de cada número de esta revista fundacional de la nueva izquierda argentina que se publicó hasta 1971 combina los tres modelos de acción-narración que hemos consignado: Guevara, la Resistencia y el Cristianismo de izquierda. Textos del colombiano Camilo Torres, el sacerdote guerrillero caído en combate en 1965, se dan la mano con textos de Ernesto Che Guevara, acompañados de iconografías y exégesis sobre las obras y hazañas de ambos. Abundan documentos del peronismo combativo relacionados con figuras como John William Cooke y Raymundo Ongaro. Reflexiones de la teología de la liberación ocupan decenas de columnas. Corona todo ello un invariable compromiso internacionalista con informaciones y análisis sobre luchas revolucionarias y reivindicativas en toda América Latina, África y Asia, incluyendo el movimiento de independencia de Puerto Rico y el Poder Negro de Estados Unidos. La línea editorial de la revista ofrece un narrema aglutinador: la ineludibilidad de la lucha armada como culminación dialéctica de toda militancia revolucionaria, tal es el subtexto de cada noticia y cada historia. En este sentido, la convicción estratégica y filosófica de Ernesto Che Guevara sobre la urgencia de oponer la acción armada revolucionaria a los ejércitos de las oligarquías y las potencias imperialistas, es el principio conductor de esta empresa periodística, principio en el que, como hemos señalado, sus miembros “pusieron el cuerpo” al organizar la proto-guerrilla del Comando Camilo Torres, a la cual pertenecieron Abal Medina, Arrostito y Firmenich. Además, las páginas de la revista siempre estuvieron abiertas para informaciones, debates, declaraciones y necrológicas dedicadas a diversos grupos armados que se iniciaban en la Argentina (FAP, FAR, PRT-ERP, Montoneros), así como de organizaciones armadas de Bolivia, Uruguay, Guatemala y otros países, en un ambiente periodístico que censuraba ese tema casi por completo. En un editorial de septiembre de 1968 titulado “Resurrección del Che”, el editor, Juan García Elorrio dice “Cada pueblo tiene su camino por donde debe transitar hacia la Liberación, hacia el Socialismo, hacia el Hombre Nue-

vo”.<sup>117</sup> Pero tal camino es un carril en dirección única, quien lee la revista sabe que siempre pasa por “[l]a justa violencia de los oprimidos”.<sup>118</sup> Por otra parte, en las páginas de *Cristianismo y Revolución* el “hombre nuevo” de Guevara se funde al “varón perfecto”, al “Cristo obrero” y al “hombre total” de los teólogos de la liberación, así como al “hombre de acción” de Sartre (citado por Regis Debray). De hecho, Debray nos habla, en un artículo publicado en *Cristianismo y Revolución*, de la forja de “hombres en el sentido pleno de la palabra”, en términos que se aproximan al planteamiento de León Rositzchner sobre el *sujeto y la izquierda* que ya he comentado en otra sección de este estudio. El filósofo francés de la guerrilla se refiere a... “la Revolución como fenómeno total que involucra a todo el hombre en la producción de bienes materiales y espirituales, en las relaciones de hombre a hombre, en las relaciones del hombre con la mujer, en las relaciones de la vida con la muerte.”<sup>119</sup>

Las tres acciones-narraciones modelantes que acabamos de examinar (Guevarismo – Resistencia peronista – Cristianismo *teoliberacionista*) convergen en la configuración de una nueva relación de sujeto con respecto al estado, en cuanto constituyen instancias de insurgencia revolucionaria que coinciden en una demanda antagónica de igualdad, designando una posición única frente al poder en cuya composición debe entrar toda la heterogeneidad concebible. Esa posición articula y captura las múltiples demandas y sensibilidades de la eferescencia antisistémica. En tal capacidad, se ubica en ella un nuevo sujeto, fundado en su fidelidad al nuevo acontecimiento de militancia revolucionaria que lo define, consustancial al trazo (el conjunto de acciones, organizaciones, enunciados que materializan esa fidelidad) inseparable de la consistencia real de este sujeto. La figura guevarista del “hombre nuevo” en la cual coinciden las tres acciones-narraciones modelantes, concebido como ser humano integral e inmortal, en el sentido

<sup>117</sup> Juan García Elorrio, “Resurrección del Che”, *Cristianismo y Revolución*, N° 9, septiembre 1968, p. 3.

<sup>118</sup> *Ibid.*, p. 16.

<sup>119</sup> Regis Debray, “América Latina: teoría y revolución”, *Cristianismo y Revolución*, N° 5, Noviembre 1967, pp. 24-26.

ético-filosófico, es el fruto de este particular proceso de establecimiento de una verdad política. Según Badiou, “[t]odos los afectos son necesarios para que la incorporación del animal humano se despliegue en un proceso subjetivo de tal manera que la gracia de ser Inmortal le sea acordada a este animal en la disciplina de un Sujeto y en la construcción de una verdad”.<sup>120</sup> En el pensamiento de Badiou la “inmortalidad” se refiere a la capacidad de los acontecimientos revolucionarios para crear sujetos capaces de instituir tradiciones libertarias perennes, fundadas en verdades eternas atinentes a la libertad y la igualdad. Estos sujetos son irreductibles a personas o psicologías individuales, si bien comportan atributos subjetivos integrales (“todos los afectos”), pues su concreción política radica en las organizaciones, es decir, en los cuerpos colectivos que los hacen presentes en el espacio político, con todas sus contradicciones reales. Las acciones insurgentes (es decir, de acción directa anti-estatal, armada o no armada), alcanzan para Badiou el estatuto de acontecimientos constitutivos de sujeto en la medida en que le imponen al estado un punto de ruptura local y concreto con respecto al cual éste debe medir el fantasma de su poder infinito y omnipresente, forzándolo a revelar su materialidad finita y perfectamente localizable.<sup>121</sup> Un acontecimiento político de esta naturaleza interpela poderosamente a las colectividades humanas que invoca (sectores capaces de entrar en una composición de sujeto anti-estado) en tanto y en cuanto hace fehaciente la posibilidad de la rebeldía eficaz y abre un hiato para una labor de subjetivación que se pretende nueva. En ese punto se ruptora la relación ideológica entre pueblo y estado, y se inserta el nuevo sujeto. Corresponde a la organización política revolucionaria en cuanto sujeto, capturar los efectos del cuerpo de combate de acuerdo a una lógica hegemónica; ya sea esta tarea eventualmente productiva o contraproducente,<sup>122</sup> es su objetivo perdurar como cuer-

<sup>120</sup> Alain Badiou, *Logic of Worlds. Being and Event II*. Translated by Alberto Toscano (London: Continuum Books, 2009), p. 87.

<sup>121</sup> *Ibid.*, p. 70.

<sup>122</sup> *Ibid.*, p. 46.

po de un sujeto sustanciado en su lealtad al acontecimiento señalado por el trazo. Dicha lealtad al acontecimiento supone la crítica de los hechos en aras de sostener el proceso de establecimiento de la verdad política que trasciende la experiencia o vivencia particular y las limitaciones inmediatas.

Me baso en estas consideraciones para proponer, en fin, el problema de la articulación de la subjetividad, el sujeto y la militancia revolucionaria como ejes metodológicos del análisis de las narraciones de la guerrilla.<sup>123</sup> En esta articulación intervienen *acciones-narraciones* modelantes que conllevan una construcción del sujeto revolucionario y un hacerse cuerpo como organización, es decir, una lógica de la acción en la cual participa directamente el enunciado narrativo a examinarse. Se trata, por tanto, de una articulación histórica y teórica, en el desprendimiento de cuyos sentidos nos ayudarán las escolásticas filosóficas contemporáneas, ya aludidas, que remiten a los paradigmas del sujeto y la acción asumidos por la militancia revolucionaria de la modernidad tardía.

---

<sup>123</sup> Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga han llamado la atención sobre la “producción de subjetividad” correspondiente a “las políticas en las memorias” de la militancia armada de la época. Cf. *Memorias en montaje*, op. cit., p. 31.

## II - LAS NARRACIONES

### No velas a tus muertos

*No velas a tus muertos*, de Martín Caparrós, aparecida en 1986,<sup>1</sup> es una de las primeras narraciones de la militancia armada del período revolucionario de los sesentas-setentas que se publica tras el fin del Proceso de Reorganización Nacional implementado por la dictadura militar a partir del golpe del 24 de marzo de 1976, “proceso” que fuera desmantelado casi ocho años más tarde, en 1983. Caparrós es coautor de *La Voluntad*, extensa narración épica de la militancia revolucionaria de los setentas contada por varias decenas de actores sobrevivientes, que se ha convertido en texto de referencia universal sobre el tema.<sup>2</sup> *No velas a tus muertos* se podría leer como un prólogo íntimo a *La Voluntad*, precisamente porque asume una estructura de ficción dada a la exploración de la interioridad de los personajes, mientras la otra se presenta como “historia”, es decir, como enunciación pública en que los personajes se proyectan en cuanto entes sociales, aunque no dejan de exponer aspectos de su vida cotidiana. La novela nos presenta a

---

<sup>1</sup> Martín Caparrós, *No velas a tus muertos* (Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1986).

<sup>2</sup> Martín Caparrós y Eduardo Anguita, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina. Tomos I, II y III*. Buenos Aires: Norma, 1997-1998).

los personajes en distintas etapas de su “militancia con práctica armada”<sup>3</sup> dentro de Montoneros, desde que se inician en el activismo político difuso y luego en la militancia orgánica, hasta que se involucran definitivamente en operativos militares, cuando se les puede cualificar sin ambigüedad alguna como combatientes.

Es interesante la manera en que al principio los personajes de la novela, todos jóvenes, se mueven con fluidez entre actividades sociales (conciertos, cines, fiestas, iniciaciones sexuales) propias de la efervescencia político-cultural de la juventud del momento, y proceden paulatinamente a realizar cada vez más tareas de militancia orgánica y gestiones conspirativas-operativas. La actividad de los protagonistas se sitúa entre 1968 y principios de 1976 (semanas antes del golpe). El lapso de militancia individual que cubre la novela (pininos en la lucha política y armada) apenas atisba hacia el final del relato la secuencia de militarización extrema, desconexión política y caída que culminaba la trayectoria promedio de un guerrillero de entonces. Además, el lapso histórico abordado sólo recorre hasta su punto máximo la curva de desarrollo de la lucha armada. Recordemos que poco después de 1976 las organizaciones armadas (PRT-ERP y Montoneros) colapsan, si bien Montoneros sostiene capacidad operativa dentro del país hasta fines de 1977. En suma, la trama de la novela se suspende en el momento álgido de la trayectoria típica de los militantes individuales y de la historia de la guerrilla: termina justo antes del comienzo del fin. El resultado es que la narración privilegia las etapas de iniciación y auge del militante guerrillero, dejando casi fuera de pantalla el momento en que éste adquiere el estatuto de víctima.

*No velas a tus muertos* abre su trama *ab ovo*, con el principio, pero no cierra con el fin, sino *in medias res*. El título mismo alude literalmente a la negativa, no digamos a consumir el trabajo de duelo, sino a siquiera velar a los muertos. Existen combatientes que escuchar, pero no se aceptan muertos por velar. Sin embargo esta escucha tiene algo de fantasmal. Arma

<sup>3</sup> Ver discusión en la sección anterior de este capítulo.

casi todo el texto un montaje de voces alternadas de militantes, muchas de las cuales dialogan continuamente con oyentes no mencionados, cuyas virtuales líneas de diálogo quedan sustraídas, provocando el conocido efecto de escuchar un solo lado de una conversación telefónica ajena. Hernán conversa con algún compañero silente apenas identificado como “el pato” (sic: el texto desconoce mayúsculas). Carlos pronuncia un soliloquio en segunda persona con trazos inciertos de monólogo interior o flujo de conciencia. Estela escribe un diario y a veces conversa con personajes no identificados. El diálogo de estos personajes se sostiene más bien como *monodiálogo*; los escuchamos hablar con *nadie*, ante interlocutores invisibles y silentes, y por tanto, ausentes. La única banda narrativa que presenta diálogos más o menos sostenidos simula ser un guión de cine y funciona como vértebra diegética del conjunto al mantener una cronología lineal progresiva. Esta banda-guión presenta secuencias relacionadas con la discusión y ejecución de un operativo armado justo dos meses antes del golpe, secuencias en las cuales saltan a la vista algunos de los aspectos más deletéreos del militarismo jerárquico predominante en la organización Montoneros. Pero los cuestionamientos apenas se esbozan y no hallan desarrollo ni respuesta. El lector no puede sino asociar este simpragma discursivo de la novela a la situación histórica de una generación o al menos de un gran segmento de una generación que no halló una interlocución seria en su país.

Las razones, emociones, deseos, demandas y reclamos que motivan la aventura política asumida por estos personajes, no sólo se entrelazan con el desarrollo de las nuevas subjetividades de la época, relacionadas con la “liberación de la juventud” y la contracultura gestada en el seno del incipiente mercado cultural global (primera apertura de un mercado estrictamente juvenil, capaz no sólo de mercadear bienes, sino subjetividades *ready-made*: rock, moda, consumo, conciencia sexual), sino que se mezclan con la dudas, premoniciones, desconciertos y críticas sobre el desenvolvimiento real de las organizaciones específicas a las que pertenecen y sobre francas incompatibilidades entre el discurso revolucionario enunciado por las ha-

blas predominantes de la época y el *sensorium* cotidiano de las nuevas generaciones que asumían dicho discurso. La textura argumentativa de la novela es, por tanto, definitivamente crítica, no se agota en el gesto recuperador, sino que queda abierta en un gesto de cuestionamiento suspendido, que también es un *autocuestionamiento*.

“Ayer fui a mi primer acto” —consigna Estela en su diario con una emoción que bien pudiera corresponder a su primer acto sexual. “Cuando llegué a casa, alrededor de las doce y media, mamá estaba esperándome despierta en el living”<sup>4</sup> —anota la chica de clase media acomodada (padre comerciante) para quien asistir a los actos políticos del peronismo (y sobre todo de la Tendencia Revolucionaria del movimiento) representa una transgresión tanto o más importante que el sexo, en un país donde sectores amplios de las clases medias atesoraron la fobia al peronismo como joya entrañable de su identidad. Los fragmentos del diario registran el proceso de *desidentificación* sociopolítica (que no de clase) de la vida cotidiana de Estela (“...idea suprema, aspiración máxima, IRME A VIVIR SOLA!”).<sup>5</sup> No ocurre tanto un abandono de una identidad de clase, pues el proceso no pasa enteramente por ahí, sino una repolarización de la subjetividad, un poderoso reinvestimiento de deseo en ciertos objetos prohibidos social y políticamente, lo que no desdice ni banaliza la convicción política adquirida, sino todo lo contrario: la profundiza y encarna en un cuerpo nuevo, que es sólo relacionalmente nuevo en la medida en que se politiza de acuerdo a un código ideológico. “Ayer me masturbé pensando en él [cuadro guerrillero de quien se enamora]” —escribe Estela, y añade— “...¿en qué se basa la condena de la masturbación femenina? [...] ¿por qué será que mi sensación posterior es distinta según cómo me masturbe?”<sup>6</sup> Los fragmentos sucesivos de un diario muestran a Estela enamorada de un cuadro guerrillero, acompañando su entrega a la revolución con una entrega al amor de pareja en el marco de una precaria

<sup>4</sup> Op. cit., p. 20.

<sup>5</sup> Ibid., p. 27. Énfasis del texto.

<sup>6</sup> Ibid., p. 28.

pero intensa síntesis político-erótica. No sólo Estela, sino Hernán, Carlos y otros personajes del relato adunan el compromiso revolucionario adquirido al descubrimiento de un nuevo amor y una relación nueva con su cuerpo. Hernán recuenta que “estar juntos era también una forma de militancia [...], el sueño y objetivo de la pareja militante”.<sup>7</sup> Esta síntesis pasional de lo erótico y lo político revela su precariedad en el curso del relato. Los equívocos de la infatuación, la no correspondencia y el desamor acompañan el puro goce de los encuentros. La comedia de los sexos ocupa gran parte del relato y le inyecta un tono casi picaresco; Hernán, tras contar la sucesión de novias militantes amadas y dejadas de amar advierte: “Pero estoy pensando que esto parece un cuento de corín tellado [sic], no? Puras historias de minas...”.<sup>8</sup> La marca cualitativa de estas relaciones es que quedan reinvestidas por el *animus* revolucionario, que no es otra cosa que la posición de sujeto en torno a la cual se polarizan los componentes de sus respectivas subjetividades en la medida en que se articulan mal que bien a transformaciones subjetivas propias del evento revolucionario. El aura del acontecimiento revolucionario que enmarca estas “historias de minas” otorga un grado de singularidad a lo que de otra suerte sería una manera más de cambiar para no cambiar, según el desenvolvimiento circular de los mores de la sociedad capitalista moderna. El goce erótico se potencia (y exalta), si bien de una manera precaria y efímera, con la pasión revolucionaria que lo enmarca.

*No velas a tus muertos* acude al testimonio de los vivos para escuchar el goce de la militancia. ¿Por qué los militantes gozan más? —se pregunta, perturbado, el poder, sin reparar en que no hacen nada tan diferente de otros jóvenes, y que es el aura del evento político en que invisten su deseo lo que los unge, precisamente porque en él han investido su deseo. Ante el terrible y envidioso *dictum* de que el mejor subversivo es el subversivo muerto, esta novela reclama el goce del militante vivo. Tras un proceso represivo que no descansó hasta ase-

<sup>7</sup> Ibid., p. 136.

<sup>8</sup> Ibid., p. 209.

gurarse que el militante *no gozara* en el plano de sujeto en que lo hacía, y que pretendió borrar su vida, este relato no se conforma con recuperar los restos biográficos de una víctima, ni siquiera se atiene a rescatar su clamor de justicia, sino que pretende inscribir la escucha de su palabra plena. Precisamente, por ser plena, pese a no hallar respuesta, esta palabra no requiere apostillas míticas ni hagiográficas, tampoco rellenos anecdóticos. Pues tal palabra entraña, por mediación de la crítica, su propia negación como experiencia exclusivamente subjetiva. Por eso una de las voces (Carlos, el personaje más próximo a la figura de un intelectual y escritor) se reconoce en la frustración y culpa provocados por el olvido de los muertos y la dificultad de “darles la vida que no fue”; así, juega con la paronimia surgida entre la auto recriminación —“no velas a tus muertos”— y el acto de escribir “novelas a tus muertos”.<sup>9</sup>

La organización es investida por el deseo militante y en ello se consume su capacidad de captura localmente hegemónica de las subjetivaciones juveniles del medio y de la época. Hernán recuenta el proceso de verticalización del frente estudiantil donde milita: “nos creíamos totalmente independientes, democráticos por encima de todo y recién mucho después nos enteramos que el ruso y el polaco estaban encuadrados por los desca,<sup>10</sup> que sin decirnos una mierda nos hacían seguir como locos las consignas de la d...”.<sup>11</sup> Su monodílogo aporta índices del creciente autoritarismo, burocratización, militaris-

<sup>9</sup> Ibid., p. 267.

<sup>10</sup> “Desca” y “d” son abreviaturas coloquiales para la organización político-militar peronista Descamisados, que emerge en 1969 y se funde con Montoneros a fines de 1972. Parte de sus miembros provino de un sector juvenil radicalizado de la Democracia Cristiana; cf. María José Moyano, op. cit., p. 25. Descamisados compartió con las demás organizaciones peronistas armadas que eventualmente se fundieron (con excepción de las FAP) a Montoneros, una práctica eminentemente autoritaria y militarista: cf. Pilar Calveiro, *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70* (Buenos Aires: Norma, 2005), p. 110; sobre la excepción de las FAP, ver María Matilde Ollier, *Golpe o revolución. La violencia legitimada* (Buenos Aires: Editorial de la Universidad Nacional Tres de Febrero, 2005), p. 322 y passim.

<sup>11</sup> Martín Caparrós, op. cit., p. 43.

mo y consecuente vaciamiento político y pérdida de contacto de Montoneros con las bases populares: “tenía la impresión de estar en un ghetto muy cerrado [...]. Así que hablábamos y hablábamos y no decíamos nada”.<sup>12</sup> La “orga” (Montoneros) “despromueve” y efectivamente margina a Hernán y a sus compañeros más allegados, simplemente por hablar de política en reuniones no autorizadas por la “conducción”. Los jefes montoneros, por supuesto, temen un afloramiento de la crítica que debilite su autoridad incuestionada sobre la organización y aplican medidas internas de censura al pensamiento no muy distintas de la iglesia católica. La brecha entre la cotidianidad militante y la dirigencia desconectada de esa cotidianidad prueba que la posición de sujeto atinente al evento revolucionario no reside en una configuración subjetiva particular, sino que se produce o deja de producir de acuerdo a los aciertos y desaciertos, encuentros y desencuentros de una práctica colectiva múltiple profundamente compenetrada de la densidad de la vida cotidiana. Que una dirigencia mediocre, o premisas políticas y teóricas equivocadas de palmo a palmo echen a perder (entre tantos otros factores atinentes a una situación revolucionaria dada) la oportunidad de culminar un evento revolucionario no significa que la memoria narrada no pueda configurar los rasgos que expliquen y sustenten la fidelidad al mismo, en tanto posición de sujeto posible, de potencia histórica abierta. La negación crítica es, en este sentido, imprescindible. Pero también es indispensable la afirmación del goce.

Las secuencias estrictamente cronológicas contenidas en los fragmentos del guión de cine escenifican el curso militarista y despolitizante que según más de un crítico contribuyó a la inviabilidad de Montoneros.<sup>13</sup> La célula operativa integrada por Estela, Carlos y Hernán recibe órdenes de ejecutar a un personero sindical. Estela, la chica que había asumido la militancia como un descubrimiento del amor y el gozo revolucionario,

<sup>12</sup> Ibid., p. 230.

<sup>13</sup> Véase Claudia Hilb y Daniel Lutzky, *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (Política y violencia)*, (Buenos Aires: Centro Editor, 1984), p. 33 y passim; Pilar Calveiro, op. cit., pp. 131-133 y passim; María Matilde Ollier, op. cit., p. 103 y ss.

se ha convertido, en esta secuencia ubicada en las semanas previas al golpe militar, en un cuadro que transmite órdenes inflexibles de la dirección y manipula las reuniones para evitar la discusión política de la agenda. Pese a que Carlos arguye que la crisis política del peronismo, inmovilizado tras la muerte de Perón en junio de 1974 y crecientemente aislado durante la presidencia de Isabel en la pugna interna entre la derecha (representada por ella y López Rega), el centro y la Tendencia Revolucionaria, no se va “a aclarar reventando gente por ahí”, que lo que sí se va hacer es “darles más argumentos a los militares para el golpe”,<sup>14</sup> Estela impone la realización del atentado homicida, invocando una disciplina militar ciega. Carlos actúa ambigualmente, dice aceptar, pretextando que “en la medida en que comparto una política general tengo que [...] asumir cada una de sus iniciativas”, pero también pretende seducir a Estela con un beso espectacular durante el curso del operativo, casi echándolo a perder, y finalmente abandona la escena final de la acción, huyendo en medio de los tiros. Dado que la organización ha obturado toda verbalización crítica, Carlos ha decidido criticarla con los pies. Huye, sin más, de la mortífera trampa en que se ha convertido la “orga”. Los múltiples pasajes dubitativos y escépticos de sus soliloquios, influidos por el espíritu libertario del mayo del 68 francés y cada vez más distanciados de la concepción vanguardista de la revolución, ya anunciaban este desenlace.

El largo parlamento de Hernán intercalado alternadamente lo largo del texto afirma, por su parte, el goce de la militancia, si bien no deja de expresar angustia y desconcierto con el curso desaforado de la “orga” (“[m]e jode que nos hayamos podido equivocar así”).<sup>15</sup> Prevalece el placer de una rica oralidad cargada de humor, mechada con las hablas juveniles urbanas de los setentas y con trazos lunfardos. El narrador aprovecha cada anécdota para celebrar “la joda”, “el gran quilombo”, “la gran desbandada” de la militancia y las actividades de masas, nimbadas de una idea platónica del “común” que eleva

<sup>14</sup> Ibid., p. 92.

<sup>15</sup> Ibid., p. 155.

las identidades particulares a un plano de asociación libre de las diferencias humanas, al calor de eso “que nos juntaba más que si nos conociéramos de toda la vida [...] simplemente porque estábamos en la misma, porque nos jugábamos igual...”.<sup>16</sup> Como ya hemos mencionado, semejante tono de desenfado (casi celebratorio) tienen las aventuras eróticas con las “minas” militantes.

La voz de Hernán concluye la novela, recriminando a Carlos, el intelectual desafecto: “Lo que nos hizo Carlos cuando vos [le habla, como siempre, a alguien llamado Pato] caíste preso aquella vez, justo antes de esa operación, te acordás, eso no tiene nombre! Cómo va a rajarse así, dejándonos plantados a todos, a nosotros, a la operación, a la orga, a todo...!” Se trata de la frecuente denuncia del militante de base contra la supuesta falta de compromiso del intelectual. No se ofrece conciliación entre la espontaneidad afirmativa de Hernán y la reflexividad negativa de Carlos. Sin embargo, de alguna manera ambas se pertenecen íntimamente en esta novela. Lo que queda planteado es cómo ambas actitudes configuran la lealtad al evento. Estela atraviesa las dos instancias, las entradas en el diario la muestran en el curso de reordenamiento de sus afectos y sensaciones que acompaña su inserción en la actividad política. Pero las secuencias del guión cinematográfico, correspondientes al ascenso de Estela dentro de la organización y su entrada en la lucha armada, muestran el incremento gradual del tedio de una cotidianidad completamente operacionalizada que suprime su afectividad dentro de la maquinaria organizativa. La descripción de sus gestos plasma un desencanto personal profundo no verbalizado. El lector se pregunta, como el cónyuge de un matrimonio mal avenido, ¿dónde está ahora aquella chica plena de entusiasmo espontáneo que integró su cuerpo deseante, su búsqueda afectiva y maduración intelectual al sujeto revolucionario de su tiempo? Aquella Estela no es reconocible en la militante funcional que repite las instrucciones de la conducción y corta todo asomo de discusión política en la célula de base y que apenas conversa con su

<sup>16</sup> Ibid., p. 104.

pareja, el guerrillero adorado de antaño, agobiada por el cansancio operativo y las medidas de seguridad que restringen la comunicación franca entre amistades y parejas.

Al repasar el desenvolvimiento de estas subjetividades que entran en composición con el sujeto revolucionario percibimos que el proceso de poner el cuerpo, es decir, de materializar un cuerpo personal congruente con el cuerpo organizativo, es un proceso reversible, nunca definitivo. Además, notamos que los militantes entregan su cuerpo, pero que este movimiento no es correspondido por la organización, la cual no llega a madurar un cuerpo revolucionario colectivo en sintonía con las fuerzas afectivas de sus integrantes, suficientemente consistente como para afrontar los cambios políticos y los golpes de la represión. La jerarquización de los procedimientos intelectivos, críticos, decisionales y ejecutivos, la tecnificación del accionar político-militar y el autoritarismo impiden que los militantes se articulen a un accionar colectivo pleno en el cual se involucren las ideas y los afectos atinentes a una transformación subjetiva acorde con el sujeto revolucionario que se pretende construir. En fin, no se produce, para mal o para bien, la disciplina colectiva conducente a una cohesión duradera entre cuerpo, subjetividad y sujeto, entre deseo y acción política. Lo que sí se intuye es que el modelo jerárquico-militar no provee muchas claves para articular esa disciplina en el futuro.

### **La compañía de monte**

Decíamos que la novela *No velas a tus muertos* (1986), de Martín Caparrós provee un prólogo íntimo al gran panel épico en tres volúmenes sobre la militancia setentista titulado *La voluntad* (1997-1998). En cambio, Eduardo Anguita, co-autor con Caparrós del tríptico *La voluntad*, le parece añadir al mismo un epílogo igualmente íntimo con su novela *La compañía de monte* (2004).<sup>17</sup> La novela de Caparrós se publica a pocos años de la experiencia revolucionaria, y rehúsa, como dice el título

---

<sup>17</sup> Eduardo Anguita, *La compañía de monte* (Buenos Aires: Planeta, 2005).

lo, velar a los muertos, optando por afirmar el goce militante con lo que éste tiene de placer, ironía y desconcierto (sobre todo cuando resulta en una derrota trágica), lo cual deja al enunciado narrativo en estado de suspenso. Pero la novela de su compañero coautor de *La voluntad*, publicada un tercio de siglo después del acontecimiento, hurga el duelo por los muertos para reivindicar el retorno terapéutico del trauma hecho *tiempo pasado*. *La compañía de monte* es en gran medida una novela de saneamiento y sanación que tiende a clausurar el enunciado narrativo con un expediente melodramático. El saneamiento es de carácter histórico-público, le asigna un lugar “adecuado” en la secuencia del tiempo a un acontecimiento maldito, el de la militancia revolucionaria, que estuvo desencajado de toda secuencia histórica tanto por su desafuero inmanente como por la gestión oscurantista que procuró borrarlo. La *sanación* corresponde al giro subjetivo abordado por Beatriz Sarlo: el militante reafirma su identidad de víctima al sublimar el traumatismo colectivo del acontecimiento como convalecencia personal sujeta a una terapia de conciliación íntima. La militancia revolucionaria (con sus extravíos y secuelas) se convierte en herida personal y como tal, encuentra su bálsamo en el melodrama. Sarlo advierte, según citamos en la sección anterior de este estudio, que “[u]na utopía revolucionaria cargada de ideas recibe un trato injusto si se la presenta sólo o fundamentalmente como drama posmoderno de los afectos”.<sup>18</sup> La novela de Anguita más bien oscila entre el drama de las ideas y el melodrama de los afectos personales; hay que concederle que no se reduce a lo segundo. Pero de todos modos, la novela rehabilita las ideas revolucionarias sólo en la medida en que las relega a su lugar en el pasado histórico y las desafilía de ese *fuera de lugar* que, según Badiou, debería mantener a las verdades revolucionarias de todos los tiempos en la agenda del presente.<sup>19</sup> Una cosa es que el drama de las ideas políticas sustentadas por la militancia setentista descrito en la

<sup>18</sup> Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2005), p. 91.

<sup>19</sup> Alain Badiou, *Logic of Worlds. Being and Event II*. Trans. Alberto Toscano (London: Continuum, 2009), p. 509.

novela reciba del narrador un tratamiento justificatorio, y otra que se confine tal justificación a una secuencia histórica dada, sin atisbar por un momento el *fuera de lugar* perturbador desde el que las ideas revolucionarias continúan problematizando el presente. El confinamiento de las ideas a “su lugar” en el tiempo pasado las erige, por supuesto, en correctos objetos de museo. Veamos.

Como decía Käte Hamburger, cualquier discurso que pretenda presentar un discurrir del pensamiento en tercera persona se instala estructuralmente en la ficción, independientemente de la factualidad o no factualidad de sus contenidos.<sup>20</sup> Esta novela de Anguita cumple ese requisito mediante un narrador omnisciente que maneja secuencias paralelas de diferentes caracteres y flota sobre los hechos narrados sin ubicarse en ellos como personaje. No es, por tanto, el uso de la primera persona ni su autopresentación testimonial (en el sentido restringido del concepto: “hablo porque estuve allí”) lo que le confiere el giro subjetivo al relato. Ese giro lo consigue el marco narrativo.

En la novela hay dos bandas narrativas y tres tiempos. La primera banda narrativa concierne al encuentro entre la generación de la ex-militancia y la generación postmilitante. A ambas generaciones las separa el trauma del exterminio sufrido por la militancia a manos del estado. Están separadas de sí mismas, la una porque queda alienada de la posición de sujeto que definió su vida en una etapa de vida definitiva en sí misma, la otra porque queda separada de la secuencia histórica que la antecedió y todavía determina su existencia. Están separadas además entre ellas, dada la supresión de toda transmisión crítica de la experiencia que definió a la primera y que le es vedada a la segunda. Un foso divide el espacio de la experiencia y separa a las generaciones de la ex-militancia y la postmilitancia. La subjetividad suprimida e invisibilizada por la represión, y luego por el consenso, que ha debido transitar de la militancia a la ex-militancia para sobrevivir, procura establecer una conexión significativa con la generación postmilitante confinada

<sup>20</sup> Käte Hamburger, *The Logic of Literature* (Bloomington: Indiana University Press, 1993), p. 59 y ss.

a un presente despolitizado y desasido de un pasado maldito. La generación postmilitante, a su vez, busca insertarse en una trama narrativa de la cual ha sido desgajada.

Los tres personajes de la militancia son tres amigos, Dalmiro, jefe de circulación de un periódico, Ramón, vendedor de seguros y Alejandro, profesor y tallerista literario. Tras borrar casi todo rastro de sus pasados militantes para adaptarse al dominio hegemónico e incontestado del viejo enemigo de clase, los tres se han conciliado con la supervivencia clase-mediera fronteriza y un activismo comunitario *light*. Matiza el conformismo de estos personajes un magro tributo al acontecimiento indecible que unió sus vidas: recordar una vez al año, en una discreta reunión con asadito y vino, la muerte del Hippie, único miembro de la claqué que alcanzó el estatuto de héroe al morir en combate. El pequeño culto al Hippie que reúne a estos amigos no trasciende, sin embargo, el duelo lamentatorio y autoinculporio: es un lastre del pasado, no un trazo del acontecimiento en cuanto verdad resultante de un procedimiento crítico.

Por su parte, la postmilitancia tiene nombre en la novela: se llama Esperanza, la joven nacida en pleno golpe militar (1976) cuya madre se rehúsa a hablarle sobre el padre ausente. Aunque los móviles setentistas tales como “cambiar el mundo” no están siquiera al alcance de su radar, los resortes melodramáticos sí mueven a Esperanza. Con ello el personaje justifica su nombre alegórico. El comentario de una amiga respecto a la antigua militancia de Alejandro (“Como un rumor, le dijo que ‘estuvo en Tucumán en los años de plomo’.”)<sup>21</sup> conduce a Esperanza intuitivamente hacia el taller literario del hombre mayor con pasado oscuro que le recuerda la oscura ausencia de su padre. Además del fantasma del incesto, se instala la consabida escena de seducción pedagógica: profesor mayor/joven estudiante. Una escena instructiva y erótica figura entonces a primera vista como punto de encuentro entre las dos generaciones, la ex-militancia dicta lecciones a la postmilitancia. La lección de escritura acompaña la lección erótica, todo queda

<sup>21</sup> Eduardo Anguita, op. cit., p. 21.

listo para el juego virtual de corporalidad y lenguaje a que se reduce la subjetividad posmoderna en sustitución de la acción de sujeto cara a lo real. Las subjetividades se colocan así en relación de *total make-over* mutuo.

No se debe olvidar que Alejandro es hombre, adulto mayor de edad y maestro en una relación obviamente asimétrica. Para él hay tres vías de conexión con Esperanza: hacerlo desde una identidad alterada, suprimiendo por completo la antigua militancia (vía oscurantista), desde una identidad reciclada como conciliación de militancia y postmilitancia (vía reformista-reaccionaria) y desde la lealtad al acontecimiento que interroga a la postmilitancia más allá de toda propiedad de lugar (i.e., jerarquía) historicista o culturalista (vía revolucionaria).<sup>22</sup> Alejandro escoge la segunda vía. La identidad militante reciclada como conciliación liberal entre militancia y postmilitancia ya está consignada en la referencia de diccionario que sirve de epígrafe al libro, en la cual se presentan varias acepciones de la palabra “monte”, entre ellas: “mata de vello en la región del pubis”, es decir, monte de Venus. El texto reitera esta ambigüedad de sentido en varios pasajes donde se juega de manera un tanto forzada con la incursión de la guerrilla en el “monte” y el escarceo del “monte” sexual. Las fantasías de duermevela que acompañan a Alejandro en el tren que lo lleva a Tucumán a incorporarse a la compañía de monte no pueden ser más redundantes al respecto:

Los ojos de Alejandro quedaban clavados en el pubis de ella: una mata de pelo hirsuto que formaba un triángulo perfecto. Sus manos se entrelazaban y ella conducía las de él hacia el preciado monte. “Vení, no te pierdas la compañía del monte, bombón”. Mientras su mano peinaba y despeinaba el montecito y se hundía en las profundidades húmedas de Violeta, sintió que sus genitales explotaban como una tormenta de verano. La lluvia inundaba el desconocido monte

<sup>22</sup> Sobre las tres figuras del sujeto, ver Alain Badiou, op. cit., pp. 50-67.

tucumano y Alejandro estaba desnudo, aferrado a su fusil...<sup>23</sup>

Es imposible eludir un subtexto tan obvio que ni siquiera alcanza a ser un *lapsus* freudiano: para ganar la compañía del “monte” de Esperanza, Alejandro le cuenta las aventuras de la compañía de monte. Aquel pasado en que las palabras “eran instrucciones para la acción”<sup>24</sup> y los actos poseían sujetos, se conecta aquí, mediante la polisemia del “monte”, al presente posmoderno de las palabras “dañadas” donde el verbo “militar” se confunde con el sustantivo o adjetivo,<sup>25</sup> donde los cuerpos y los lenguajes producen efectos virtuales de subjetivación.

Pero una revelación casual, tipo telenovela, interrumpe esta escena de seducción y convoca el fantasma del incesto a la vez que lo desplaza: durante la entrevista demasiado íntima en la que deben generar ideas y palabras para el taller de escritura, Alejandro cae en cuenta que Esperanza es la hija de Claudia, una guerrillera del PRT-ERP que acompañó a los tres amigos en el monte y que fue amante de Alejandro, de Dalmiro y de Matías, jefe guerrillero muerto en combate. La cronología deja claro que Alejandro no es padre de Esperanza, pero confirma que ella es hija de Dalmiro o de Matías. Finalmente, Alejandro deja de lado su plan de seducción y propicia el feliz y sano encuentro entre Esperanza y Dalmiro, el único posible padre que está vivo. Ello no impide que sobrevuele la relación entre Esperanza y los tres amigos un fantasma difuso de paternidad dudosa e incesto. Toda esta intriga del encuentro entre la ex-militancia y la postmilitancia se dirime la misma noche del asadito en recuerdo del Hippie. Es significativo que una intriga de esta naturaleza, que articula taller de escritura literaria, escena de seducción, melodrama de paternidad restablecida, duelo lacrimoso por el héroe y conciliación entre generaciones desconectadas, provea el marco de la banda narrativa sobre los hechos

<sup>23</sup> Ibid., pp. 54-55.; ver además, pp. 170, 274 y otras.

<sup>24</sup> Ibid., p. 216.

<sup>25</sup> Ibid., pp. 42-43.

de la compañía de monte, a la cual corresponde reconstruir la secuencia revolucionaria escamoteada por la hegemonía burguesa triunfante. Es como si una narración no necesariamente deprecatoria de la lucha armada, dedicada a rescatar los sucesos de la mayor guerrilla rural en la Argentina, solo pudiese legitimarse, al menos literariamente en cuanto novela, en el marco de una transacción de reconciliación familiar que encierra una alegoría de reconciliación nacional. Como dice Dalmiro, “es curioso que aquello [la aventura revolucionaria] termine siendo una historia privada”.<sup>26</sup> En ese marco, un sacudimiento colectivo de las proporciones de una lucha revolucionaria en la que mueren más de 30,000 personas, recibe un lugar aceptable en la cadena de enunciados sociales sólo a cambio de ser sinónimo de frases tan políticamente inocuas como “hacer cosas por los demás”, o “luchar por un mundo mejor”, es decir, en cuanto móvil indistinguible de cualquier gesto individual bienpensante. No de otro modo lo recibe Esperanza, quien mientras escucha a Alejandro, fuma marihuana con rostro impasible y lamenta que su nuevo amante viejo se las ingenie “para hablar sólo de sí mismo”<sup>27</sup> (es decir, de los sucesos de la compañía de monte y los proyectos revolucionarios) sin darle mayores noticias de lo que verdaderamente le interesa a ella, su mamá y su papá. Esperanza tiene razón en gran medida, pues el contenido vicariamente épico de la aventura guerrillera de Alejandro se ha convertido, en el escenario erótico-instructivo que lo enmarca, en un modo de hablar de sí mismo, subordinado a su estratagema de seducción de la joven. Él habla, según la conocida expresión inglesa, como un “has been”, como “alguien que ha sido alguien”, y ha construido una identidad romántico-nostálgica en torno a ello. El relato lo retrata como un *flâneur* deprimido que surca la ciudad con fruición solitaria:

Es curioso. En aquellos tiempos [de la guerrilla] traspasaba los riesgos para hablar, preguntar, compartir y sentir que todo lo que hacía tenía sentido en otros. Ahora, en cambio, camina por las calles para evitarlos. Cruza miradas sólo para detectar cómo

<sup>26</sup> Ibid., p. 34.

<sup>27</sup> Ibid., p. 220.

distanciarse sin conflictos. Sabe distinguir ladrones, putas, dealers, borrachines, almas en pena tan desesperadas como la suya, pero sintiendo que no tiene nada en común.<sup>28</sup>

El personaje asume esta alienación como *modus operandi* de su proyecto de escritura. Cuando enuncia un estilo monológico congruente con la vivencia postmoderna de la separación existencial, el narrador opta por lo que Sarlo llama “el giro subjetivo”: “En vez de escribir notas sobre la historia del monte, se sorprende escribiendo sobre él, sobre sus historias guardadas, sobre sus deseos”. Redacta entonces una pequeña fantasía sexual protagonizada por él y “Esperancita” donde recurre, por enésima vez, la metáfora monte (espesura agreste) = monte (de Venus): “se subió al banco, desnuda, y me acariciaba las mejillas con su monte”.<sup>29</sup> Luego, reporta el narrador, siempre en tercera persona: “No es un mal momento, para nada, se dice. ‘Sale en primera persona y escribo sobre mí mismo’. Alejandro sigue escribiendo lo que le sale y siente que el texto va tomando forma de cuento.”<sup>30</sup> Aquí se presenta lo que Zizek llama un esquema de “abstracción emocional” recurrente en la literatura y el arte, vinculado a experiencias históricas traumáticas, en que la intensidad emocional evade el pensamiento crítico para realizar “una fuga de la red socio-política”. El monte de Venus de “Esperancita” sustituye el monte de la guerrilla rural correspondiente a otra dimensión de la esperanza. Por cierto, en el personaje de Alejandro hay toques del héroe romántico tal cual lo caracteriza Zizek:

¿No es la posición del héroe romántico, centrado narcicístamente en su propio sufrimiento y desesperanza, haciendo de éstos incluso una fuente de goce, no es esta posición en sí misma una farsa, una pantalla ideológica que enmascara el verdadero trauma de la realidad histórica mayor?<sup>31</sup>

<sup>28</sup> Ibid., p. 271.

<sup>29</sup> Ibid., p. 274.

<sup>30</sup> Loc. cit.

<sup>31</sup> Slavoj Žižek, *A propósito de Lenin. Política y subjetividad en el capitalismo tardío*. Traducción de Sebastián Waingarten (Buenos Aires: Parusia, 2004), p. 56.

Para resumir hasta aquí: la primera banda narrativa orienta el episodio de la guerrilla de Tucumán en función de la alegoría paternalista de reencuentro conciliador entre militancia y postmilitancia donde al pasado le corresponde lo pasado y al presente lo presente, sin la interferencia de los valores, proyectos, ideas, voluntades, pasiones, culpas e interrogantes perturbadoras legadas por el pasado ni la intervención de las críticas, alienaciones y creaciones vitales surgidas en el presente. Todo esto se yuxtapone en la novela, pero nunca se asume la interrupción y la interferencia latente entre ambos tiempos, no hay confrontación dialéctica.

Los tres tiempos de la novela son: el tiempo de sanación (presente), el tiempo del trauma (pasado) y el tiempo de convalecencia (el hiato borroso —de 30 años— entre el primero y el segundo). La segunda banda narrativa se remonta al tiempo del trauma y aclara parcialmente el hiato de tiempo confuso que lo separa del presente. Esta banda contiene el episodio revolucionario que da nombre a la novela: el proyecto de implantación de un frente de guerrilla rural en el norte de Argentina emprendido por el PRT-ERP entre 1974 y 1975. Dicho frente estuvo a cargo de la compañía de monte Ramón Rosa Jiménez (mártir de la lucha revolucionaria en el norte argentino). El episodio es eslabón e imagen sintética de la militancia revolucionaria de toda una época dado que reúne, por su envergadura e importancia, los elementos esenciales que la conforman. El título y la trama de la novela le dan centralidad al episodio, y de hecho, lo recuperan adecuadamente si nos atenemos a su configuración y representación interna, pese a que, como hemos visto, el efecto de marco narrativo tiende a neutralizar su potencial crítico e interrogador del presente. No empece las reducciones acotadas, el núcleo narrativo así enmarcado rebasa en cierta medida el giro subjetivo y provee indicios de la creación de un cuerpo nuevo para el acontecer de un nuevo sujeto. Por ello es preciso repasar los contornos históricos de esta irrupción del acontecimiento antes de examinar su tratamiento narrativo en la novela.

La documentación y los análisis de Daniel de Santis<sup>32</sup> y Pablo Pozzi confirman que “el PRT-ERP fue en la Argentina la organización que más se aproximó a lo que se entiende por desarrollo militar revolucionario y también en cuanto a ligazón entre lucha armada y lucha de masas”.<sup>33</sup> Un examen somero de la consistente articulación de concepciones y acciones efectuada por esta organización en el doble ámbito político-militar nos revela que fue una de las pocas de su tipo en América Latina que si no captó la iniciativa estratégica de la guerra revolucionaria, se propuso seriamente lograrlo. Hubo *putschismo*, aventurerismo, ultraizquierdismo<sup>34</sup> y cualquier tipo de “desviaciones” en el accionar del PRT-ERP, pero todo ello se recorta sobre en una práctica político-organizativa consistente como pocas en la región. Así, el ambicioso proyecto de la Compañía Ramón Rosa Jiménez conoció las “desviaciones” mencionadas, con la consiguiente plaga de errores, pero respondía a una lógica político-militar consistente con las concepciones estratégicas de largo plazo de la organización. El PRT-ERP no adoptó la lucha armada para ubicarse, crisis mediante, como factor de poder en el reacomodo hegemónico del capital, motivación que sí se desprende de las expresiones y acciones de Montoneros. Para el peronismo la “toma del poder” significaba el regreso de Perón al gobierno, para el peronismo de izquierda, aún la llamada “tendencia revolucionaria”, esa “toma del poder” significaba convertirse en factor hegemónico en un gobierno peronista. Por tanto, para ellos la lucha urbana actuaba como herramienta táctica de presión y posicionamiento en el rejuego del poder existente.<sup>35</sup> Pero el PRT-ERP no asume el em-

<sup>32</sup> Daniel de Santis, *A vencer o morir. PRT-ERP. Documentos. Vols. 1 y 2* (Buenos Aires: EUDEBA, 2000).

<sup>33</sup> Pablo Pozzi, *¡Por las sendas argentinas! El PRT-ERP. La guerrilla marxista* (Buenos Aires: EUDEBA, 2001), p. 271.

<sup>34</sup> Cf. Mao Tse-Tung, “Sobre la rectificación de las ideas erróneas en el Partido”, *Selección de escritos militares* (Peking: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1967).

<sup>35</sup> Las organizaciones armadas peronistas se integraron a una política populista en que toda iniciativa de masas se articulaba al poder del caudillo como efecto subordinado de presión, nunca como cons-

pleo de la violencia como medio con arreglo a unos fines políticos cualesquiera, sino como dialéctica ineludible de la ruptura antagónica con el sistema capitalista. Para esta organización marxista que repudió toda concesión ideológica al peronismo, tomar el poder significa destruir el poder de la burguesía, lo cual no se consigue sin destruir el estado y el ejército creados por ésta. El guevarismo del PRT-ERP no es sólo ético sino conceptual y filosófico, como lo demuestra su asunción de dos dogmas centrales del primer guerrillero argentino: la necesidad de contar con un ejército revolucionario que destruya el ejército de la oligarquía y la necesidad de destruir los moldes de la institucionalidad existente, incluidas las burguesías nacionales, su cultura y su identidad, que sólo cuentan como factores del poder global del imperialismo. Dadas estas concepciones, una organización tal no puede conformarse con el empleo indefinido de la guerrilla urbana, sabiendo, como lo afirma Luis Mattini, que dicha estrategia no permite la necesaria acumulación de fuerzas para asumir una ofensiva estratégica.<sup>36</sup> No por nada, Mao, Guevara, Debray y otros teóricos de la guerra de guerrillas han insistido en la primacía de la guerrilla rural. Es de conocimiento general que la dinámica urbana de la guerra por sí sola no brinda espacio ni tiempo para consolidar retaguardias seguras, ni zonas liberadas en las cuales acumular los recursos humanos, políticos y logísticos indispensables para enfrentar en batallas decisivas a los ejércitos altamente compactos, centralizados, móviles y potentes del estado contrainsurgente. El espacio urbano constituye una cuadrícula espacial sobrecodificada y saturada por la presencia física, semiótica y virtual del estado. El

trucción de un poder verdaderamente alterno ni autónomo: cf. León Rozitchner, "Exilio, guerra y democracia: una secuencia ejemplar", en Saúl Sosnowski, comp., *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino* (Buenos Aires: EUDEBA, 1988), pp.178 y passim.

<sup>36</sup> Luis Mattini, *Hombres y mujeres del PRT-ERP: de Tucumán a la Tablada* (Buenos Aires: Editorial De la Campana, 1995), p. 286. Mattini perteneció al Buró Político de la organización y sucedió a Santucho en el puesto de Secretario General, cargo que éste hubo ocupado hasta caer en combate.

disfraz,<sup>37</sup> la velocidad y las técnicas de compartimentación y seguridad a duras penas permiten resistir y sabotear por tiempo indefinido<sup>38</sup> a un aparato contrainsurgente que está prácticamente encima, a la vuelta de cada esquina, mucho menos entonces permiten acumular las grandes fuerzas capaces de atar a ese enemigo a ciertos espacios y tácticas, para pasar a la iniciativa estratégica. La dirigencia del PRT-ERP no interesaba medrar en la crisis de seguridad permanente ni acumular ferros y muertos para negociar posiciones de poder con los caudillos populistas, sino hacer la revolución, por lo que debió arreglárselas para aplicar el axioma guevarista en un país donde más del 80% de la población vive en zonas urbanas. Ello requirió inventiva y pasión. Mario Roberto Santucho, el dirigente histórico del PRT-ERP enfrentó personalmente el reto inédito en los anales de la guerra de guerrillas, de extender el teatro de guerra más allá de las ciudades argentinas, sabiendo que en la mayoría de las zonas operativamente apropiadas para alojar y desplazar grandes contingentes guerrilleros, la densidad poblacional es tan baja que aún si se contara con la adhesión total de las masas contiguas, se dificultaría que éstas proveyeran el apoyo político, logístico y humano necesario para sostener una retaguardia insurgente (i.e., una zona liberada). Santucho tuvo que haber leído el conocido texto de Mao sobre las condiciones que permitieron el desarrollo de las bases de poder popular del Ejército Rojo encabezado por el Partido Comunista. Para contestar a la pregunta que da título al texto “Por qué puede existir el poder rojo en China?”, Mao reconoce que “la existencia prolongada, en un país, de una o varias regiones pequeñas bajo el Poder Rojo, completamente cercadas por un régimen blanco, es un fenómeno que jamás había ocurrido

<sup>37</sup> Se puede leer la típica acción urbana como una puesta en escena, con guión, actores, vestuario, maquillaje, utilería, local, decorado y movimientos escénicos; ver la descripción del secuestro del general Aramburu en Gabriela Saidon, *La Montonera. Biografía de Norma Arrostito* (Buenos Aires: Sudamericana, 2005), pp. 9-15.

<sup>38</sup> Mattini aduce esta apreciación de la dirigencia del PRT-ERP; ver loc. cit., donde alude a los casos de guerrillas urbanas crónicas como el ERI irlandés y la ETA vasca.

en parte alguna del mundo” y convierte este reconocimiento en la premisa para su argumento: “No puede darse [el poder rojo] en ningún país imperialista ni en ninguna colonia que se encuentre bajo el dominio directo del imperialismo”. Aduce entonces que: 1) una pugna interna entre caudillos militares que debilita a las fuerzas estatales contrarrevolucionarias), 2) un relativo distanciamiento de las bases campesinas del poder de este estado en sí debilitado y 3) el carácter indirecto de la intervención imperialista, se combinan para permitir el florecimiento de zonas relativamente aisladas e independientes en las cuales el Ejército Rojo implementa la reforma agraria y el poder popular. Mao no incluye en su argumento un dato adicional que su medio le permite dar por sentado: que estas zonas operativas contienen la densidad poblacional necesaria para mantener en pie de lucha a 5,000 combatientes del Ejército Rojo y proporcionar reclutas que permitan su crecimiento. En otro texto de la época Mao informa que el Ejército Rojo es capaz de alimentar a sus hombres gracias a la expropiación y tributación de terratenientes locales, de lo cual se derivan fondos para comprar arroz a los campesinos. Explica también la manera en que el Ejército Rojo defiende la existencia del Poder Rojo constituido por asambleas que aplican la reforma agraria y políticas de redistribución social igualitaria. Este Poder Rojo, por supuesto, apoya al ejército revolucionario con reclutas y otros recursos.<sup>39</sup>

Eso es lo que reporta Mao Tse-Tung en 1928 desde las lejanas montañas de Chinkang. Pero el PRT-ERP debía levantar un ejército revolucionario de envergadura estratégica en la Argentina de los setentas, bajo la presencia inmediata de una fuerza contrainsurgente muy cohesiva, sometida a la tutela directa del imperialismo, en una provincia como Tucumán, la cual si bien arroja una densidad demográfica relativamente alta, concentra su población en determinadas ciudades, pueblos y zonas agrícolas de mayor actividad laboral, en contraste con el despoblamiento de la ruralía montañosa apta para

<sup>39</sup> Mao Tse-Tung, “La lucha en las montañas Ching kang”, op. cit., p. 28.

alojar y desplazar una guerrilla. El reto de Santucho y el Buró Político del partido es captar el requisito estratégico esencial para cumplirlo bajo condiciones inéditas. Lo esencial es extender el teatro de guerra más allá de la cuadrícula urbana, abrir corredores de heterogeneidad espacial y temporal que permitan transitar una mayor diversidad de condiciones geográficas con el fin de aprovechar tácticamente sus diferencias de tiempos, espacios y ritmos, y sumar bases políticas locales. El Buró Político es consciente que bajo las condiciones realmente existentes, la lucha urbana y la rural deben complementarse estrechamente, que una nunca será separable de la otra. Dice el parte de guerra que el 1 de julio de 1974 anuncia en *Estrella Roja* el inicio de operaciones de la Compañía de Monte: “A partir de ahora, uniéndose y complementándose, las guerrillas urbanas y rurales avanzarán con una nueva dinámica hacia la formación de un poderoso Ejército Revolucionario del Pueblo...”.<sup>40</sup> La estrategia de creación de poder rojo de Santucho no puede contar con una retaguardia inexpugnable como las montañas de Ching kang, pero la multiplicidad agregada por las montañas de Tucumán y su población obrera rural (la cual no se concentra exactamente en el área operativa montañosa, sino en núcleos cercanos),<sup>41</sup> podrían proveer el juego de pie mínimamente necesario para desarrollar la multiplicidad y extensión de un potencial poder popular: “Esa multiplicidad y extensión del poder popular dificultará grandemente las posibilidades represivas y hará viable que unidades guerrilleras locales de pequeña y mediana envergadura defiendan exitosamente el nuevo poder.”<sup>42</sup> Según Santucho, el poder rojo no podía surgir aisladamente, sino en múltiples zonas, primero en forma enmascarada y después abierta. Se infiere de los escri-

<sup>40</sup> Daniel de Santis, op. cit., 220.

<sup>41</sup> Las primeras bases políticas del PRT, fundado en 1965, provienen del intenso activismo laboral realizado entre los trabajadores azucareros de Tucumán por una de sus organizaciones antecedentes, el Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP), fundado en 1961 por los hermanos Santucho.

<sup>42</sup> Roberto Santucho, “Poder burgués y poder revolucionario”, en Daniel de Santis, op. cit., pp. 298-299.

tos de Santucho que la estrecha dinámica urbana-rural debería posibilitar el enmascaramiento relativo y la multiplicidad. En verdad dicha dinámica resultó ser tan íntima, que la guerrilla rural asumió aspectos de la guerra urbana y viceversa. Para determinadas acciones las unidades rurales viajaban en vehículos de motor a zonas semiurbanas del llano y se unían a unidades urbanas (evento Catamarca y otros). Se nota que la concepción de Santucho entrañaba crear una red de corredores geopolíticos heterogéneos de gran extensión para viabilizar el desplazamiento nacional de grandes contingentes de combate que potenciaran el pasaje a la iniciativa estratégica. Más que la existencia de una retaguardia específica, contaba la diferenciación misma del teatro de guerra en dos modalidades estrechamente imbricadas, la urbana y la rural. Se dividiría el país en dos regiones estratégicas, Sur —con epicentro en Buenos Aires— y Norte —con base en Tucumán. Se presumía que el Ejército no podría lidiar con ambos ámbitos a la vez.<sup>43</sup> Ello serviría de sucedáneo a las retaguardias inexpugnables que el medio argentino no podía proveer, y daría pie al surgimiento de poderes locales.

Pero todo esto, aunque luce interesante, fue insuficiente ante una respuesta enemiga de proporciones insospechadas. El general Vilas, implementador del Operativo Independencia, que sirvió de preludio al “Proceso” genocida postgolpista, no subió al monte a buscar a la guerrilla, sino que aplicó una campaña de secuestro, tortura, desaparición de simpatizantes y persecución de civiles resultante en la destrucción del 80% de las bases políticas urbanas del PRT y otros sectores de la izquierda en Tucumán.<sup>44</sup> La Compañía de Monte quedó así, demasiado cerca del enemigo y demasiado lejos de sus fuentes de aprovisionamiento. Destruído el entorno político urbano y semiurbano del Norte tucumano, correspondió a las unidades

<sup>43</sup> Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad*, Tomo II, op. cit., pp., 564-565.

<sup>44</sup> Esta maniobra de atacar a la población civil para “dejar sin agua al pez” fue aplicada en 1981-82 en Guatemala, en proporciones genocidas, contra las bases indígenas del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) en el Quiché.

del sur no sólo suplir la casi totalidad de los combatientes de monte, sino la totalidad de los recursos logísticos. Luis Mattini, reflexiona críticamente que “el abastecimiento total a la guerrilla desde las regiones del sur del país fue, quizás, una hazaña más grande que la existencia de la Compañía de Monte”.<sup>45</sup> La guerrilla rural del PRT-ERP, a pesar de su auspicioso comienzo, languideció bajo el acecho enemigo en una especie de vacío político, como pez sin agua, una vez aniquiladas sus bases populares en el norte, hasta que el Comité Ejecutivo decidió desmovilizarla<sup>46</sup> en el invierno de 1976 cuando la ofensiva postgolpista diezmaba las filas del PRT-ERP en todas partes. En suma, la guerrilla rural del PRT-ERP fue el capítulo trunco de una trama político-militar estratégicamente razonada, coherente y creativa, que sin embargo se enfrentó a una potencia destructiva nunca antes conocida.<sup>47</sup>

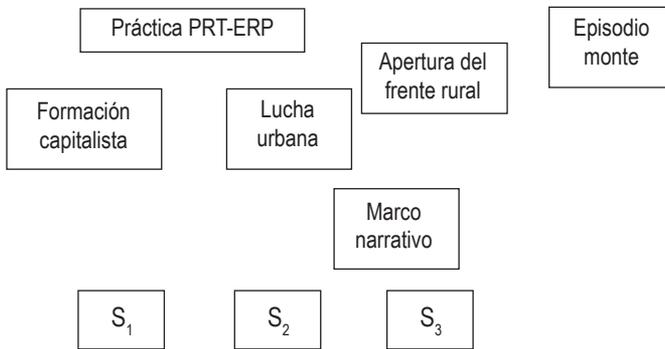
Ese capítulo histórico ocupa el centro de la novela *La compañía de monte*, donde invita a una lectura desobediente de la convención del marco narrativo, es decir, una lectura que lo sitúe en un fuera de lugar literario homólogo al fuera de lugar cuyos contornos acabamos de resumir, el cual comporta un sujeto inseparable del acontecer de esa salida de lugar.

<sup>45</sup> Luis Mattini, op. cit., pp.391-392.

<sup>46</sup> “En esos días también se reunió el comité ejecutivo del PRT y decidió que los pocos guerrilleros que quedaban en el monte tucumano enterraran las armas y bajarán a hacer trabajo político. En casi dos años de campaña habían muerto unos 50 militares —15 de ellos en accidentes aéreos— y 180 guerrilleros. El Ejército también mató a otras 140 personas, con mayor o menor relación con el ERP, y hubo alrededor de 400 desaparecidos”; registran Eduardo Anguita y Martín Caparros, *La voluntad*. Tomo III, op. cit., p. 94.

<sup>47</sup> Nadie en América Latina, no se diga en Argentina, estaba preparado para enfrentar un sistema moderno de campos de tortura, exterminio y desaparición inigualado en la historia continental. Se debe contar ese factor a la hora de atribuir el desenlace de las organizaciones insurgentes a sus particulares concepciones y prácticas. Siempre debe atenderse a la pregunta: ¿Otras concepciones habrían garantizado otro desenlace?, a menos que se incluya en el apartado “otras concepciones”, la capitulación o el repliegue estratégico, lo cual ya no es siempre cuestión de concepciones, sino también de opciones coyunturales.

Ese es el sujeto revolucionario que, según Badiou, se supone emerja justo en el fuera de lugar con respecto a la formación político-social existente, y que es fuerza contra otra fuerza (el monopolio estatal de la violencia), fuera de lugar que la teoría y práctica del PRT-ERP crean contra el cerco de la realidad histórica dada.<sup>48</sup> La expedición guerrillera en el monte de Tucumán fue también una salida de lugar con respecto a la práctica político-militar exclusivamente urbana que el PRT-ERP había conducido hasta el momento, sin lograr pasar de la resistencia al posicionamiento estratégico para la toma del poder. De tal manera, podemos expresar la relación lógica entre lugar, fuera de lugar, acción y narración en este esquema:



Aquí,  $S_1$ ,  $S_2$  y  $S_3$  son avatares del sujeto inseparables del acontecimiento de forzadura del lugar que lo instaura. En la medida en que este sujeto no niega ni borra el acontecimiento, asume una figura revolucionaria. Para leer este episodio de la novela según esta lógica, se debe tomar en cuenta que la esencia de la práctica leninista es la concentración de la fuerza, pero se trata de una concentración que se depura y al mismo tiempo se expande, según resume Badiou las 4 lecciones derivadas por Lenin de la experiencia de la Comuna de París en 1872:

<sup>48</sup> Sobre el fuera de lugar y el sujeto revolucionario, cf. Alain Badiou, *Theory of the Subject*, Trans. Bruno Bosteels (London: Continuum, 2009), p. 45.

“Practicar una política marxista, no una revuelta local romántica, obrerista o populista” —En ello coincide la crítica del PRT-ERP al peronismo.

Mantener una concepción nacional de la lucha —Plan de extensión nacional tanto del PRT como de la guerra revolucionaria, en el que se inserta la Compañía de Monte.

Forjar una alianza con las masas rurales —No es necesario abundar en este objetivo de la Compañía de Monte.

Golpear y desbaratar la contrarrevolución mediante una ofensiva militar ininterrumpida y centralizada —Otro objetivo perseguido con la expansión del teatro de guerra y la constitución de destacamentos mayores que los anteriores.<sup>49</sup>

El movimiento dialéctico es sencillo: concentrar para penetrar, romper y expandir. Las subjetividades elaboradas en el episodio guerrillero de la novela adoptan esta lógica, al menos en parte de su desenvolvimiento narrativo. Veamos.

El narrador omnisciente aprovecha un recurso sólo accesible a la ficción para mejor elaborar este desenvolvimiento de las subjetividades, pues logra presentar las reflexiones íntimas de distintos personajes en paneles simultáneos, algo imposible de representar en el modo estrictamente documental o testimonial. Alejandro se convierte en personaje-foco para la voz narrativa, lo que lleva a identificarlo con ésta y crea un efecto retroactivo de primera persona fantasma, algo muy frecuente en personajes en tercera persona fuertemente focalizados por el narrador: el lector luego cree recordar que leyó en primera persona lo que eran monólogos en estilo indirecto. Este efecto se adecua a la centralidad concedida en toda la novela a este personaje, lo que propende a una triple identidad no declarada: personaje/narrador/autor real que rinde testimonio autobiográfico de su experiencia como militante revolucionario. El periplo de Alejandro es homólogo al de todos los personajes de este episodio que lo acompañan en la aventura de la compañía de monte. Este periplo estructura de por sí la trama: ascenso al monte/descenso del monte. La trama de la lucha en el monte, según dijimos al principio, es la parte que asume el lugar del

---

<sup>49</sup> Ibid., p. 46.

todo: la secuencia de la militancia revolucionaria de 1966-1976. Por esta razón, el relato no abunda en otras experiencias militantes de los personajes previas o posteriores a la campaña en el monte, pues este segmento asume el lugar alegórico de toda su militancia. Así que la subida y bajada del monte alegoriza la subida y bajada de la militancia revolucionaria.

Los primeros segmentos del episodio nos presentan a un Alejandro relativamente disperso, amigo de un viejo anarquista, lector de Roberto Arlt y enamorado de una vedette de barrio. No queda claro qué tipo y calidad de militancia ejerce en este período borroso. Ya hemos comentado el paralelismo un tanto forzado que el personaje establece entre el monte de Venus de Violeta, la vedette, que constituye un posible nuevo “teatro de operaciones” para la sexualidad del nuevo militante, y el llamado de la organización a movilizarse con la Compañía de Monte. La verdad es que este efecto poético algo tosco consigue señalar la corporalidad inherente a toda subjetividad, incluso en el avatar político de la militancia. Como hemos dicho en otra sección de este estudio, la composición de sujeto revolucionaria magnetiza, adecuada o inadecuadamente, según cada caso, todos los resortes de la subjetividad. Todos suben al monte con sus cuerpos, sus sueños y sus deseos precarios, incompletos, reprimidos o “liberados”, igualmente electrizados por un norte: “el inmenso deseo de probarse en el nivel de entrega de la militancia revolucionaria”.<sup>50</sup> Desean vivir. Nada tiene que ver esta pasión con deseo alguno de muerte, sino todo lo contrario, el advenimiento a una composición de sujeto fiel a su punto de forzamiento del lugar histórico en el tiempo, es decir, al acontecimiento, es una pasión de inmortalidad, dado el carácter universal de la verdad revolucionaria de la que se da fe en la militancia. En ese sentido, vivir no equivale a entretener el menú de virtualidades del cuerpo y el lenguaje, sino a integrar cuerpo y lenguaje al presente subjetivo de una verdad, es decir, “vivir por una Idea”,<sup>51</sup> según lo enuncia la filosofía de la militancia revolucionaria de Alain Badiou.

<sup>50</sup> Eduardo Anguita, op. cit., p. 54.

<sup>51</sup> Alain Badiou, *Logic of Worlds*, op. cit., 510.

El ascenso al monte de Tucumán se asemeja al ascenso al Monte Carmelo del militante místico. Las palabras y los sentidos se transubstancian en función de una verdad universal. Esta segunda banda narrativa de la novela describe la vida en el campamento como entrega a un procedimiento de la verdad revolucionaria. El narrador presenta un panel de escenas individuales y grupales de los guerreros que incluye sus escarceos eróticos, sus esfuerzos de ajuste físico, la vulnerabilidad de sus psiquis, y sobre todo el nivel de compromiso apasionado, que se confunde con el placer y el dolor para integrarse como goce. La relación entre Claudia y Dalmiro parece presentar una articulación de su afectividad en función del nuevo cuerpo constituido por la organización revolucionaria:

Se habían conjurado en no nombrar el futuro ni el pasado y en consecuencia tampoco hablar del presente. El que habían construido [...], era un tiempo sin medida de tiempo. Horizontal. Ellos miraban a los demás a la misma altura, sin escalas jerárquicas. Era el tiempo de estar tirados, enganchados por piernas y pelos, por olores y caricias, fluía sin necesidad de palabras. Se oponía al vertical, que reclamaba precisiones, discursos, reuniones y órdenes.<sup>52</sup>

Esta articulación elabora la contradicción entre el pequeño mundo del individuo y el colectivo. Claudia realiza montajes de afectividad a partir de tal contradicción, asignándole, por ejemplo, el “tiempo horizontal” a un amante, el compañero guerrillero Dalmiro, y el “tiempo vertical” a otro amante, el jefe de pelotón, Matías. Ella parece más capaz que los demás militantes, de “compartir la revolución y el placer del cuerpo” y de lidiar con estas contradicciones al tiempo que forja una disciplina particularmente dura.<sup>53</sup> El relato no deja de presentar de manera sobria contradicciones de diverso tipo: entre jefes y subordinados, entre mando vertical y discusión democrática,<sup>54</sup> entre

<sup>52</sup> Ibid., p. 125.

<sup>53</sup> Ibid., p. 176.

<sup>54</sup> El relato enfatiza más las decisiones unívocas, verticales, pero existen testimonios de que se practicó la discusión democrática de los operativos en casos pertinentes dentro de la Compañía de Monte

la apertura al pueblo y la desconfianza en infiltrados,<sup>55</sup> entre una lucha que debe liberar al pueblo y el poder organizativo que a veces se impone sobre éste, entre armas de muerte e ideario de vida. El relato presenta una organización que a veces aborda estas contradicciones y a veces las obvia, pero el caso es que en las diferencias correspondientes media la crítica y autocrítica antes que la confrontación antagónica. Esta apreciación coincide con estudios como el de Pablo Pozzi.<sup>56</sup> Al mismo tiempo, el narrador discurre, asumiendo una voz ensayística, sobre las motivaciones políticas y estratégicas de la organización, sus aciertos y sus errores. Nos muestra que la subjetividad integrada a un proceso de verdad nunca puede ser, aunque así se pretenda, unívoca ni monológica, sino una permanente y precaria actividad de montaje y articulación de ideas, afectos y sensorialidades<sup>57</sup> en función de ese proceso abierto y contradictorio. Las subjetividades engarzadas a la práctica de un nuevo sujeto colectivo crean un cuerpo compuesto por su organización y disciplina. La disciplina no siempre es la oficial, sino la realmente elaborada por sus practicantes. El relato muestra las acciones de que es capaz dicho cuerpo, entre ellas, no sólo enfrentar al enemigo, sino interpelear exitosamente a la población y ampliar su presencia política en la geografía nortea. Cada guerrillero se convierte en expresión de esta expansión de las facultades físicas e intelectuales comportada por la formación político-militar en el monte. El hecho de que tal experiencia haya sido truncada no borra el potencial de que da testimonio concreto el relato mismo. Pero si la lógica leninista de la acción se despliega en la secuen-

---

del PRT-ERP, lo que incluso conllevó una posible desviación demócrata, según la entiende el ideario marxista-leninista asumido por los militantes; cf. Pablo Pozzi, op. cit., p. 305.

<sup>55</sup> Por ejemplo, es muy extensa la secuencia que desarrolla la tensión entre dos guerrilleros y un posible informante que han hecho prisionero.

<sup>56</sup> Pablo Pozzi, "*Por las sendas argentinas...*", op. cit., passim.

<sup>57</sup> La sensorialidad, en especial su dimensión perceptiva, recibe bastante atención en el relato, ver por ejemplo, el tema de la vista y la mirada en el monte, en *ibid.*, p. 183.

cia de concentrar para penetrar, romper y expandir, toda la empresa se suspendió en la etapa de penetrar. Igualmente se suspende la trama narrativa que la inscribe.

La pura fuerza de las armas del enemigo interrumpe el ascenso al monte, en su sentido literal y alegórico. El Híppie muere heroicamente en combate. Ramón y Alejandro resultan heridos. Claudia es evacuada más tarde por razón de su embarazo. Ningún personaje deserta (lo que coincide con el historial real de esta organización, caracterizada por un bajo nivel de desertión y una política flexible frente al asunto). El narrador no llega a atribuir la derrota del PRT-ERP a alguna concepción específica, aunque menciona más de una vez el voluntarismo y el militarismo, e incluso el “vanguardismo suicida”.<sup>58</sup> Se manejan, acriticamente, por supuesto, tópicos de la crítica liberal a la experiencia de la lucha armada. Esto puede motivar críticas políticas a la novela y a su autor. Pero no siempre se puede leer el sentido político de este tipo de ficción a partir de las opiniones de los personajes, o incluso del narrador. Por ejemplo, Alejandro le admite a Esperanza:

Un buen día, me dije que como el mundo no había cambiado, al menos en la dirección que yo quería, tenía que cambiar la manera de mirarme en el mundo. A partir de allí me excita mirar, tratar de entender. Más de una vez recurro a la ironía y me digo que se trata de contemplar el mundo y no de cambiarlo.<sup>59</sup>

Se inscribe así un estado emocional característico de quienes convalecen de una derrota traumática como la narrada,

<sup>58</sup> Ibid., p. 203.

<sup>59</sup> Ibid., p. 217. Stella Grenat destaca varias expresiones de Alejandro, entre ellas, la arriba citada, para concluir que Anguita está “montado en el discurso de la burguesía victoriosa”. Es posible que las palabras citadas permitan aducir esto sobre Alejandro, y quizás sobre Anguita en cuanto referente implícito del personaje ficticio, pero todavía queda interpretar el sentido político de la novela como enunciado múltiple y complejo, aparte de que realmente no hay por qué identificar la contemplación con la “burguesía victoriosa”; cf. Stella Grenat, “Derretidos por el fuego. Acerca de *La compañía de monte*, de Eduardo Anguita”, *Aromo*, noviembre 2005, p. 11.

que urge consignar en una novela que asume la referencia histórica seriamente. Ahora bien, es cierto que estos trazos del discurso hegemónico tienden, de hecho a prevalecer sobre expresiones de mayor fidelidad al acontecimiento, pero no bastan para adjudicar el carácter “demoliberal” o “reaccionario” de una obra. Si se quiere hacer ese tipo de lectura adjudicativa, se debe tomar en cuenta el efecto de marco analizado al principio de este examen crítico, efecto que pretende clausurar el tema de la militancia revolucionaria, presentándolo como secuencia de sanación conciliadora del trauma, para devolver el fuera de lugar revolucionario al lugar consensual de “lo que hay”. La lectura desobediente que hago del episodio centrado en los sucesos de la Compañía de Monte, sin embargo, me permite forzar de nuevo un fuera de lugar de la estructura narrativa, en el que se puede replantear la radicalidad del acontecimiento y el sujeto que le es indisociable, en cuanto elementos esenciales del proceso de elaboración de una verdad que se desata provocadoramente de su *tiempo pasado*.

### Los compañeros

La primera novela de Rolo Diez<sup>60</sup> también se afilia estructuralmente al campo de la ficción, asume su lógica narrativa, independientemente de que refiere hechos reales con efectismo documental.<sup>61</sup> Dos series de segmentos se alternan el hilo narrativo: la una llamada “Roberto”, relatada en primera persona, donde domina el presente verbal y la otra llamada “Los compañeros”, donde rige la tercera persona, pasado verbal. La serie “Roberto” licúa la inmediatez autobiográfica de la primera persona mediante un presente verbal que se aproxima más al tiempo y la experiencia de la lectura que a la retrospección propia de lo autobiográfico. En cambio, el protagonista, Rober-

<sup>60</sup> Rolo Diez, *Los compañeros* (Buenos Aires: Editorial De La Campana, 2000).

<sup>61</sup> El enunciado de los estados de conciencia de una tercera persona se inscribe estructuralmente en la ficción, ver Käte Hamburger, op. cit., p. 59 y ss.

to, de la serie “Los compañeros”, aunque aparece en tercera persona, focaliza la perspectiva de tal manera que se contamina de la primera persona de la otra serie. Esta oscilación cruzada impone efectos de inmediatez y testimonialidad valiéndose de los propios recursos narrativos de la ficción antes que de la atestación de factualidad. El efecto de testimonio prescinde así, o al menos se desgaja en gran medida, del recurso a la experiencia subjetiva como garantía de veracidad. Apuesta a la capacidad del lector para articular la experiencia de la ficción a los conocimientos disponibles sobre los hechos factuales y elaborar por cuenta propia la verdad potencial del acontecimiento, aquella que trasciende la experiencia y la historia y que no necesariamente es sinónimo de la veracidad de los hechos contados. En este sentido, no es necesario concebir el testimonio como género particular del discurso, ni siquiera como efecto lingüístico, o acto de habla, sino como *acción cualitativa* tal como lo define Paul Ricoeur en este pasaje: “El término testimonio debe aplicarse a palabras, obras, acciones y vidas que atestan una intención, una inspiración, una idea situada en el corazón de la experiencia y de la historia, que sin embargo trasciende la experiencia y la historia”.<sup>62</sup> De tal suerte, *Los compañeros* se puede leer como testimonio de la interrupción trágica de un proceso revolucionario. Presenta la recta final de una marcha que conduce al precipicio en los momentos en que ese destino transita de lo impensable a lo palpable. Describe milimétricamente cómo se materializa una derrota y se debate en ella la pasión por la idea testimoniada contra toda historia.

A pesar de la derrota sufrida en la batalla de Monte Chingolo en la navidad de 1975, el PRT-ERP se encuentra en el pico de su crecimiento organizativo, cuando en el otoño de 1976 es “golpeado en la cabeza”<sup>63</sup> y sigue recibiendo “golpes sobre el

<sup>62</sup> Paul Ricoeur, “The Hermeneutics of Testimony”, *Essays on Biblical Interpretation* (Philadelphia: Fortress Press, 1980), p. 119-120. Mi versión en español. Cita textual: “The term testimony should be applied to words, works, actions, and to lives which attest to an intention, an inspiration, an idea at the heart of experience and history which nonetheless transcend experience and history”.

<sup>63</sup> Rolo Diez, op. cit., p. 76.

vértice de la pirámide”<sup>64</sup> que han de descalabrar una década de militancia revolucionaria en cuestión de meses. El hecho de que el 1975 haya sido su año de mayor reclutamiento obrero, pese a que a mitad de ese año ha comenzado el reflujo de masas en el país,<sup>65</sup> es quizás uno de los factores que le permite al Partido ignorar ese reflujo y subestimar gravemente la precariedad de su situación. El Buró Político tiene la osadía de reunir al Comité Central el 28 de marzo, justo 4 días después del golpe militar que inicia el Proceso de Reorganización Nacional (i.e., el plan de exterminio de la izquierda diseñado por los militares). Los informes vertidos en la sesión del CC son tan positivos, pese al catastrófico revés de Monte Chingolo, que Domingo Menna, miembro histórico del politburó puede exclamar: “Este es el informe más completo que hemos tenido en el Partido. ¡Somos 6,000 compañeros organizados!”<sup>66</sup> Al otro día las tropas caen sobre la casa quinta de Moreno donde se ha concentrado temerariamente la casi totalidad de la dirigencia nacional, la cual logra a duras penas retirarse del área, con la pérdida de militantes valiosos y de documentos que dejan incontables secretos operativos en manos del enemigo.

*Los compañeros* gira alrededor de ese punto de inflexión irreversible. Su intriga, no empuja las necesarias retrospectivas, realmente comienza con el comienzo del fin. El protagonista, Roberto, es un cuadro nacional del aparato de inteligencia que debe sortear el *control de daños* en medio del descalabro mortal que lo rodea. El relato sigue una deriva de desarticulación paranoide de todos los referentes cotidianos pertenecientes a una larga militancia. La paranoia no es mental, sino objetiva: está alojada en una realidad circundante saturada por la vigilancia omnipresente del Estado. Si el Partido ha subestimado la capacidad represiva del Estado, éste en cambio, se

<sup>64</sup> Luis Mattini, op. cit., 483.

<sup>65</sup> Cf. Pablo Pozzi, op. cit., p. 76.

<sup>66</sup> Gustavo Plis-Sterenber, *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina* (Buenos Aires: Planeta, 2003), p. 395. Se cita una apreciación mucho más sobria del estado de la organización discutido en dicho CC, en Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad* (tomo III), op. cit., p. 32.

ha encargado de sobrestimar a la guerrilla.<sup>67</sup> “A medida que el juego democrático se va deteriorando” esta disparidad se materializa, según el narrador, en una red panóptica que pesca y analiza informaciones mientras los cuadros partidarios rinden informes eufóricos sobre su crecimiento.

Agentes dormidos en los centros de conflicto que comprarán la prensa y pedirán un contacto. Orejas sembradas en los bares. Una cantidad desconocida y mítica de porteros de edificios de departamentos y taxistas. Especialistas cuya herramienta es la memoria, que pueden alojar en su cabeza más de cien fotografías diferentes. Rastreadores lanzados a la calle a peinar barrios enteros, día por día, rutinaria y sistemáticamente, buscando una señal en el comportamiento, en el detalle: una mujer detenida en una esquina sin motivo visible, sin pintura en las manos ni en la cara, quizás con restos de tinta entre las uñas...<sup>68</sup>

Por lo que impera la necesidad de “mimetizarse” en la ciudad. No sólo disfrazar la apariencia, sino camuflar cada gesto y cada nervio, cuando...

[...] lo que se busca es el chispazo de la mirada de gato en unos músculos tensos, el reflejo de barrer el sitio con los ojos, la palidez verdosa en el verano, contracciones involuntarias en las carnes y tendones que rodean la boca, algo en la forma de fumar, de levantar el vaso, pasarse la mano por la cara o por el pelo, consultar la hora en el reloj pulsera o levantarse para ir al baño; un estilo de ser y de estar culpable o perseguido [...]

Hay que esmerarse, entonces, derrochar histrionismo y convicción, para que los gestos fingidos del lunes vayan volviéndose naturales el miércoles y reconozcamos el viernes que son nuestros [...] Se cometen errores, por supuesto. Fallos que remiten a la suerte, como lo que pasó hace menos de una hora.<sup>69</sup>

---

<sup>67</sup> Ver declaración de Luis Mattini, último secretario general del Partido, citado en *ibid.*, p. 421.

<sup>68</sup> Rolo Diez, *op. cit.*, p. 34.

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 43. Coincide con otros testimonios del trabajo de camuflaje comportado por la clandestinidad: “Las mujeres no podíamos

El aprendizaje de los compañeros ha sido rápido, abnegado, pero la realidad siempre lo excede; además, no sólo van sobrando los indicios de que se ha hecho tarde para aprender más, sino que la apreciación partidaria de la situación no madura al ritmo vertiginoso de transformación de las condiciones políticas reales. Condensa dicho fenómeno colectivo el encuentro de Roberto con el capitán Pepe del ERP, su superior inmediato. Éste trata de transmitirle a su subalterno la teoría (sustentada por el Santucho y el Politburó), del “desastre en que está sumida toda la burguesía y la incapacidad de la represión para frenar las luchas revolucionarias”.<sup>70</sup> La discusión entre Pepe y Roberto, sobre varias copas de vino, degenera en una especie de monólogo interior en estilo libre que adquiere ribetes surrealistas y expresa, no sólo la borrachera de ambos compañeros esa noche, sino la ebriedad triunfalista del colectivo. Esto, antes del ataque a la quinta de Moreno donde cae, entre otros, el capitán Pepe.

A la ebriedad sigue la resaca. Ya en mayo de 1977 el impacto represivo es tan anonadante como una explosión. El panóptico se convierte en pandemonio. La casa que se creía más segura, el militante más precavido, frentes enteros con cientos de militantes, son detectados, abatidos, secuestrados y torturados en los campos de concentración. “Los mutilaban, los serruchaban vivos y cantaban. Agarraban a otros, les arrancaban los dientes y cantaban [...]. Era el fin”.<sup>71</sup> El ritmo es geométrico. La captura de unos conduce a la captura de muchos más:

Por el momento son demasiadas preguntas y está todo muy confuso. Día a día se van enterando de la progresión y con-

---

andar en jean, teníamos que andar con pollera porque en las mujeres era como detectable que podías ser subversiva [...T]eníamos que salir todas las mañanas a barrer las veredas, para hacer los que hace una señora de barrio normal, teníamos que fijarnos qué hacían para no ser diferentes”; en Ana Guliemucci, “Dar la vida y la muerte por la revolución. Moral y política en la praxis militante” en *Lucha Armada en la Argentina*, núm. 5, febrero-abril, 2006, p. 85.

<sup>70</sup> Ibid., p. 47.

<sup>71</sup> Ibid., p. 87.

tinuidad de las caídas. Se enlaza a grupos enteros que han quedado sin responsable, a compañeros sueltos que vienen a dos o tres citas y luego desaparecen, muertos, chupados, desertores, imposible saberlo. [...] Los sobrevivientes se buscan, se encuentran por la calle, revisan ciertos bares, cruzan ciertas plazas, determinadas calles a determinadas horas; cada quien tiene sus puntos de referencia y acude a ellos por la necesidad de saber, juntarse, hablar con otros del desastre. Cualquier contacto puede estar aguantando [en la tortura] el nombre o alguna señal que permita detectarlos; en algún momento pensará que ya ha soportado suficiente, se hará conformista a la velocidad de la luz eléctrica que le achicharra las bolas [...]. Cualquier timbre que aprieten puede despertar a unos sujetos que descansan de las fatigas del reviente. Cualquier teléfono puede estar intervenido...<sup>72</sup>

La organización se desmorona como torre de naipes. El drama es mortífero, las atrocidades represivas le sirven de trasfondo. Los episodios más típicamente novelísticos del texto, que lo colocan en el modo de la intriga, son los que muestran la carrera contra la represión lidiada por las unidades de combate al mando de Roberto, dirigida a amortiguar los daños del desastre e, interesadamente, a conocer sus resortes y causas: los fallos humanos y operativos que deberían explicarlos, pero también las posibles “desviaciones” políticas que habrían contribuido al incremento de esos fallos y a acentuar su impacto. Este aspecto detectivesco no siempre explícito, convierte la novela también en un drama de conocimiento. Sucesivos diálogos y escenas persiguen conocer quién ha sido quebrado por los represores para hacer una cita “envenenada”, servir de “marcador” o montar un operativo de inteligencia enemiga más complejo, como es el caso de Manuel y su pareja, Maruja. Tanto la expectativa del desenlace del ámbito de inteligencia montado en torno a esta pareja, como el enigma de la traición, alimentan el efecto de suspenso del relato. Las indagaciones sobre el enigma de la traición constituyen un hilo central de las partes II y III de la novela.

<sup>72</sup> Ibid., p. 101-102.

*Los compañeros* ha sido objeto, junto a otras obras literarias, de las pormenorizadas reflexiones de Ana Longoni sobre las actitudes divergentes y encontradas que genera la traición en la cámara de tortura, cuando se interpreta la militancia revolucionaria y la secuela represiva en Argentina. Dichas reflexiones nos permiten situar esa figura como un umbral de conocimiento sumamente perturbador, vinculado a los límites de la voluntad y la integridad humana, por el que tiene que pasar, al menos ética y teóricamente toda concepción política revolucionaria. Longoni evalúa las condiciones de posibilidad para que prevaleciera en su país un concepto estrecho, autoritario y mitológico de las conductas aceptables ante la tortura enemiga y una asociación automática entre la traición y la supervivencia al cautiverio exterminador. En el caso particular argentino, el sobreviviente de campos diseñados para el exterminio, como testigo de pasaje de ese umbral, revela experiencias existenciales contradictorias y a veces simplemente incompatibles con algunos de los modelos de subjetividad presupuestos por determinadas concepciones políticas de la revolución. Por ello se prefiere cuestionar a cambió de qué el sobreviviente logró evitar la muerte en un sitio donde el 99% moría, antes qué analizar el relato de sus experiencias.<sup>73</sup> El principal modelo cuestionado por la crítica de este fenómeno es, por supuesto, el del héroe sacrificial, contraparte infaltable del traidor. Sin embargo ante el tipo de crítica avanzada por Longoni y otros, cabe distinguir entre la ética heroica inherente a un procedimiento abierto de la verdad, y el culto mítico a conductas histórica y culturalmente jerarquizadas y clausuradas. La crítica de Longoni va dirigida contra el mito antes que contra la apertura ética al problema.

En la novela de *Diez la traición* se inserta en la problemática más amplia de una disciplina revolucionaria cuya consistencia radica precisamente en sus exigencias sobrehumanas frente a la finitud del ser histórico. La disciplina revolucionaria es in-

---

<sup>73</sup> Cf. Ana Longoni, *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión* (Buenos Aires: Norma, 2007), pp. 43-44, 77-79 y passim.

humana. No puede ser de otra manera, dado que el imperativo de la disciplina revolucionaria es inmanente al propósito de crear un sujeto congruente con acciones que trasciendan el molde de lo humano dado en la historia, para forzar las salidas del marco histórico que precisamente *hacen* historia. Una organización que constituye el cuerpo de un sujeto revolucionario aspira a forjar un cuerpo inhumano, dadas las aspiraciones inhumanas de ese sujeto. El partido leninista, con todas sus derivas autoritarias y elitistas, ha sido hasta la fecha el único intento consistente de construir tal cuerpo. Fue concebido, a partir de la práctica política insurgente, como un artefacto de resolución de las contradicciones<sup>74</sup> derivadas del choque entre la infinitud de la voluntad y la finitud del cuerpo humano. No se puede disputar que el PRT-ERP asumió tal modelo como ninguna otra organización en su entorno lo hizo.<sup>75</sup> Cabe leer *Los compañeros* como testimonio de una secuencia político-histórica en la que dicho artefacto entra en crisis al no poder resolver ni aprovechar las contradicciones que le son inherentes, frente a una fuerza represiva que supera su capacidad, en condiciones imprevistas de reflujo político-social. La narración de los eventos centrales de la novela relativos al capítulo final del PRT-ERP, va acompañada de anécdotas retrospectivas y prospectivas en las que se escenifica alguna contradicción del cuerpo colectivo, al que se le puede llamar PRT-ERP o “Los

<sup>74</sup> En la literatura marxista-leninista se cataloga las contradicciones al interior del partido como no antagónicas y secundarias, resolubles mediante la crítica y la autocrítica. Se emplea el verbo “resolver” (las contradicciones), pero no en el sentido de anularlas, lo cual se conceptúa como imposible e indeseable toda vez que la contradicción es el motor inherente a todo proceso cambiante. En tal sentido, “resolver” la contradicción significa hacer prevalecer el aspecto progresivo de los polos contradictorios, sin pretender cancelar el otro polo y sin dejar de reconocer que los contrarios mantienen una estrecha y necesaria correlación. Históricamente, sin embargo, la práctica ha honrado muy pocas veces esta concepción teórica. Cf. Mao Tse-Tung, “Sobre la contradicción”, *Obras escogidas* (Peking: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1972), pp. 333-370.

<sup>75</sup> El Partido Comunista Argentino (PCA) fue un partido “soviético”, antes que leninista.

compañeros”, según se enfoque el cuerpo de principios constitutivos del sujeto-acontecimiento o las subjetividades que entran en composición con el mismo.

El partido leninista oscila entre ser un partido de cuadros y un partido de masas. Por un lado debe concentrar esfuerzos en forjar cuadros altamente capacitados, “profesionales”, pero al mismo tiempo debe captar las masas, ya sea por incorporación directa o mediante frentes. La disciplina del partido redundante en una alta capacidad de acción propagandística y organizativa que le permite a un pequeño grupo de militantes comunicar un ideario radical y complejo a una población relativamente extensa y establecer vínculos con amplias y diversas demandas y resistencias de masas. Este cuerpo disciplinado de prácticas e ideas actúa como relevo, centralizador y acumulador de resistencias que de otra manera quedarían dispersas, desconectadas y truncas. El programa del partido articula la lucha de masas como contrapoder antagónico al estado burgués. Pero esta misma capacidad de articulación, plantea una contradicción permanente con la espontaneidad, heterogeneidad y amplitud de las masas. La estricta organización partidaria puede potenciar o bloquear la lucha de masas. Obviamente, la contradicción debe resolverse a favor de las masas. Pero lo que no es tan obvio es que insistir en una ofensiva cuando las masas se repliegan equivale a bloquear la dinámica de las masas, una de cuyas fases puede ser el repliegue. El bloqueo separa al partido de las masas, lo que equivale a un autobloqueo aislante. Esto es lo que se palpa en los episodios iniciales de la novela de Rolo Diez. Los “compañeros” se involucran en actividades internas intensas, es decir, sostienen complicadísimas relaciones cotidianas *entre ellos mismos*: disciplinarias, organizativas, ideológicas, de contrainteligencia, de capacitación; que dan pie a interesantes diálogos. Sin embargo, aparte de sus contactos de inteligencia con personeros del estado, el protagonista dialoga con obreros externos al partido sólo en un capítulo que relata su breve incursión laboral en los frigoríficos cuando se le ordena “proletarizarse”.

La lucha armada en que prioriza la organización acentúa este bloqueo, dadas las condiciones de clandestinidad y com-

partimentación. La circularidad de la actividad organizativa coloniza la vida militante, creando dependencia del individuo con respecto al aparato en lugar de capacidad de gestión autónoma. Entonces la colectividad que debió potenciar la gestión política del individuo, restringe su ámbito real de acción, se convierte en refugio y trampa a la vez.<sup>76</sup> Un acercamiento a las masas compromete siempre la seguridad del aparato clandestino, pero un alejamiento lo asfixia. La ironía es que el narrador termina señalando la línea de masas impulsada por Santucho como el factor que explica la infiltración y descalabro del aparato clandestino: “La explicación fue abriéndose paso entre los agujeros de la línea de masas”.<sup>77</sup> No obstante las conocidas alegaciones sobre el militarismo del PRT-ERP, según el narrador, la línea que prevalece en la organización y que compromete su existencia, es “el obrerismo”:

El temor a incurrir en los odiados vicios de derecha (el militarismo y al aparatismo fueron los más trajinados), inclinó la balanza para el lado del obrerismo [...]. No era fácil, por eso mismo, admitir que la ideología y la política, la estrategia y las tácticas del partido de masas hubieran sido barridas por una operación de inteligencia.<sup>78</sup>

Si una hipótesis como la del protagonista de esta novela fuera confirmada, abonaría a la reflexión sobre la manera de elaborar la contradicción partido/masas de manera más favorable para una efectiva articulación de la lucha de masas. Ello

---

<sup>76</sup> Dicha dinámica se acentúa, como hemos dicho, en los meses previos al golpe y en todo el período posterior. Montoneros pasa por el mismo proceso, según testimonia una militante: “Los últimos dos años de mi militancia en Montoneros no hice sino tomar medidas de seguridad todo el día, fue lo único que hice. Ya me di cuenta que el proyecto iba mal. No se relacionaba con la lucha de clases. Pero yo no podía abandonar la organización porque era más peligroso estar fuera que dentro”; citada por Patricia Marchak, *God's Assassins. State Terrorism in Argentina in the 1970's* (Montreal: McGill University Press, 1999), p. 182. Mi versión en español.

<sup>77</sup> Rolo Diez, op. cit., pp. 210-211.

<sup>78</sup> *Ibid.*, p. 212.

no implicaría necesariamente abolirla ni “resolverla”, pues se trataría de una dialéctica materialista inherente a la acción, concertada por la transformación revolucionaria de la sociedad. Lo interesante sería hallar un concepto de disciplina que no derive de los modelos del estado y el ejército según asumidos por la tradición leninista del siglo veinte. En el caso de decenas de organizaciones sigloveintistas como el PRT-ERP es evidente la conformación a tales modelos: el partido se calca sobre el estado y la guerrilla sobre las instituciones armadas del estado. Lo grave de esto es que el estado y su inseparable ejército constituyen la forma política consustancial al dominio de clases. Es una forma que tenderá a determinar la contradicción en detrimento del potencial de la lucha de masas. La disciplina fundada en el dominio de clase es verticalista, negativa, unilateral, monológica. Otra disciplina, horizontal, afirmativa, multilateral y dialógica ha quedado sin considerar.

El verticalismo de la disciplina leninista se expresa en la disfuncionalidad del centralismo democrático. La democracia interna del partido no es directamente cuestionada en la novela, pero sí se consigna el daño ampliado que provoca cada golpe “en la cabeza” o en el “vórtice de la pirámide” de la organización. Por un lado la caída de un dirigente conlleva la desaparición o desconexión de cientos de militantes. Por otro, la necesaria apertura a la línea de masas pone en peligro a la dirección. No es fácil dirimir tan acuciante contradicción de dos principios indispensables: fomentar la lucha de masas (multiplicidad expansiva) y acumular sus efectos políticos (ofensiva concentrada) para resistir y golpear el aparato centralizado del estado burgués. Pero sí consta, como expresa la novela, que el centralismo es el polo que determina la contradicción hasta el punto de imposibilitar la supervivencia del partido en el caso vivido por los personajes. En otros casos el centralismo ahoga la democracia interna e impone la dictadura de la dirección sobre la base, expresándose como contradicción dirigencia/militancia.

Otra contradicción hermanada a las anteriores se expresa entre el principio marxista de abolición de la desigualdad de clase, y por ende, de trascendencia universal de la sociedad de

clases y el postulado de la asunción de la clase obrera como concreción social por excelencia del sujeto revolucionario. Una cosa es diagnosticar que la clase obrera es el sector social más apto, por su posición en la producción capitalista, para entrar en una composición de sujeto revolucionario, pero que no es en sí misma la encarnación ya dada del sujeto revolucionario, y otra es creer que la clase obrera en sí, tal cual socialmente determinada en cualquier coyuntura o formación social, debe encarnar al sujeto revolucionario del cual el partido es la expresión no mediada. Vera Carnovale considera el peso de esta aporía del marxismo-leninismo en el PRT-ERP y cita las ambivalencias del propio Lenin, quien a partir de *Qué hacer* (1902), se inclina por la primera perspectiva: "...ante este rasgo común de los miembros... [la actividad revolucionaria]... debe entenderse por 'inteligentes' en materia de organización sólo a los revolucionarios profesionales, *sin que importe si son estudiantes u obreros*".<sup>79</sup> Más claro no puede ser. Pero es la afinidad con la segunda perspectiva, que esencializa a la clase obrera como clase en sí, la que lleva a la "desviación" obrerista que el protagonista señala. Podría parecer contraintuitiva la aprensión del narrador contra el "obrerismo" en una organización caracterizada generalmente por tener una composición demográfica mayormente estudiantil y "pequeño-burguesa". Pero tal preconcepción ha quedado desmentida por los análisis empíricos de Pablo Pozzi sobre una muestra enorme de antiguos miembros del Partido y su organización armada que le permite proyectar el siguiente estimado: el 45% de sus miembros procedía de la clase obrera (producción e industria), y el 42% pertenecía a asalariados de servicios y profesiones. Es decir, un 87% pertenecía a la clase obrera y otros sectores asalariados.<sup>80</sup>

El narrador y protagonista de *Los compañeros* prodiga comentarios críticos e irónicos sobre la línea obrerista de la organización. Como mencionamos antes, un capítulo relata el

<sup>79</sup> Vera Carnovale, "Postulados, sentidos y tensiones de la proletarización en el PRT-ERP", *Lucha Armada en la Argentina*, núm. 5, febrero-abril, 2006, p. 31. Énfasis nuestro.

<sup>80</sup> Pablo Pozzi, op. cit., p. 72.

intento de proletarización de Roberto, asumido por instrucciones de la dirección:

- [...] y un día me dijeron:  
 —El problema tuyo es el militarismo.  
 —Son problemas de clase.  
 —Tenés que ir a las masas.  
 —Proletarizarte.<sup>81</sup>

En consecuencia, Roberto se traslada a un centro suburbano industrial y consigue trabajo en un frigorífico de carnes. Allí reencuentra a un curioso compañero, Chacho, “ex-militante y ahora simpatizante, estudiante universitario que se proletarizó en serio, y ahora no quiere militar, pero quiere ser obrero, convertirse en obrero”.<sup>82</sup> Chacho se ha sumido tan profundamente en la clase en sí, que asume sus actitudes y mores sociales ordinarios. Puede simpatizar, movilizarse en torno a algunas demandas, pero no tiene demasiado interés en los rigores de la militancia revolucionaria, las complicaciones de la teoría marxista, la aventura de la toma del poder, etc. Es categórica, en este sentido, la advertencia de Lenin respecto a que la toma de conciencia revolucionaria de la clase, es decir, su constitución en sujeto, no emana orgánicamente de alguna esencia interna (cultural, psicológica, social), sino que viene de los cuadros intelectuales revolucionarios: “No hay término medio —dice Lenin— el desarrollo espontáneo del movimiento de la clase obrera lleva a su subordinación a la ideología burguesa...”.<sup>83</sup> Irónicamente, Chacho es impermeable al reclutamiento porque se ha proletarizado demasiado. Se podría decir que ha asumido plenamente el mandato a la proletarización en el plano social. En el encuentro entre Roberto y Chacho se evidencia que Roberto sólo se “proletariza” en un sentido político si, a diferencia de Chacho, asume la misión del organizador revolucionario: que consiste realmente en *desproletarizar* hasta cierto punto al obrero, en función de actividades e ideas

<sup>81</sup> Rolo Diez, op. cit., p. 69.

<sup>82</sup> Ibid., p. 70.

<sup>83</sup> Citado por Slavo Zizek, op. cit., p. 38.

universales que lo abstraen parcialmente de su cotidianidad ordinaria. Nunca queda claro en estas organizaciones siglo-veintistas si proletarizarse significa realizar trabajo político con los obreros (como corresponde a Roberto) o *convertirse* en obrero (como hace Chacho) o ambas cosas (cual parecen implicar las instrucciones de la dirección recibidas por Roberto). La falta de articulación de esta contradicción entre el principio anti-clasista de toda organización marxista y la subjetividad obrerista de las bases de masas emerge una y otra vez en este relato sobre los “compañeros” del PRT-ERP. Independientemente de que el diagnóstico del narrador corresponda a la situación real, el énfasis del relato apunta a una contradicción clave a la hora de poner sobre el tapete la cuestión de las subjetividades atinentes al acontecimiento de la militancia revolucionaria. Toda disciplina comporta la forja de subjetividades y cabe cuestionar, cual lo hace la narración, el fetichismo de la identidad obrerista en sí, como elemento determinante de la subjetividad revolucionaria, incluso plantearse si tal fetichismo acaso no comportaría una epistemología burguesa por su acento desmedido en la identidad y genealogía familiar de las personas.

El fetichismo identitario obrerista se extiende a varios ámbitos de la disciplina partidaria y plasma como “moral proletaria”. Roberto narra el tragicómico episodio de su “enjuiciamiento” por adulterio dentro de la organización. Precisamente cuando su mujer está embarazada con mellizos, Roberto entabla una relación con una joven militante a quien se le ha encomendado reclutar, por lo que decide terminar su matrimonio. Su superior político, quien pese a ser casado, arrastra una relación extramatrimonial por años, pero con el máximo secreto y duplicidad, le monta a Roberto un enjuiciamiento por adulterio.

—Ya te había encomendado como responsable militar de la regional —me dice—, y mirá lo que me hacés.

—¿Por qué es sagrado y por qué le interesa al partido que se mantenga un matrimonio que ha sido un error y que no hace feliz a nadie? —le pregunto.

—Ese no es el enfoque. Lo tomás al revés. Lo que tenés

que hacer es defender tu pareja, hacer todos los esfuerzos para salvar tu matrimonio con la mujer que te ha acompañado siempre. Ese es el punto de vista proletario.

Cuando dice estas cosas me mira con una fijeza especial, que enfatiza la insignificancia y miserabilidad de mis actitudes románticas, cuando las observa desde el punto de vista proletario.<sup>84</sup>

Varias audiencias colectivas con “toneladas de psicodrama político-existencial” no consiguen que Roberto termine su nueva relación y regrese a su matrimonio, por lo que es sancionado. Queda abierta en su memoria militante una herida resultante de la contradicción entre moral colectiva y ética personal. Este episodio posee un referente real en la conocida inclinación moralista del PRT-ERP en cuestiones sexuales. Se presumía sin cuestionamiento alguno, como en tantas organizaciones marxistas-leninistas del siglo veinte, que existía una “moral proletaria” y se la codificó en un folleto instructivo que fungió como catecismo de la organización.<sup>85</sup> La castidad relativa a circunstancias extramatrimoniales era un ideal explícito, cuán aplicado no se sabrá nunca, pero con efectos bastantes evidentes como para ganarles a los militantes del PRT-ERP el mote de “los monjes rojos”.<sup>86</sup> Esto no quiere decir que esta agrupación calcara la moralina religiosa, sino que seleccionó críticamente algunos elementos del repertorio disponible de destrezas disciplinarias de su medio para forjar un cuerpo en sintonía con las nuevas subjetividades requeridas por la lógica revolucionaria de la acción. Es posible que a la luz del democratismo liberal hoy dominante no se comprenda el (relativo) ascetismo de los revolucionarios de aquella época, pues el principio de libertad que lo inspira es diferente. Aquel principio de libertad revolucionario trascendía la ideología de la libertad sexual basada en la ruptura del tabú y el *thrill* de la transgresión; más bien afirmaba la capacidad del cuerpo y el deseo para *participar* de una idea.<sup>87</sup>

<sup>84</sup> Ibid., p. 58.

<sup>85</sup> Pablo Pozzi, op. cit., p. 144.

<sup>86</sup> Ibid., p. 147.

<sup>87</sup> Alain Badiou, *Logic of Worlds*, op. cit., p. 34.

Todo lo anterior nos permite apreciar la manera en que esta novela testimonia los últimos días de una organización insurgente derrotada y traduce el relato del trauma en un método de conocimiento de las contradicciones políticas inherentes a un proyecto revolucionario, tomando en cuenta, con gran agudeza crítica, los problemas de la creación de un nuevo cuerpo y unas nuevas subjetividades capaces sustentar en la acción los principios comunistas de la igualdad. Rolo Diez no se limita aquí a recuperar una experiencia, sino que afirma un conocimiento indispensable, tanto más confiable cuanto está cargado de más preguntas que respuestas, a tono con un estilo expositivo que coloca las preguntas y proposiciones más álgidas en renglones de diálogo, sin apresurar respuestas perentorias. Es precisamente ese tenor crítico el que plantea la posibilidad de subjetividades que contrarresten la colonización burocrático-instrumental de la vida subjetiva generada por disciplinas tributarias del modelo del estado burgués.

### **La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina**

Ya hemos examinado, en otras secciones, sendas novelas de Eduardo Anguita y Martín Caparrós. Ellos, como los demás autores de las narraciones guerrilleras examinadas en esta serie de estudios, escriben desde su experiencia militante. El primero perteneció al PRT-ERP y el segundo a Montoneros, por lo que las experiencias de ambos dentro de las dos mayores organizaciones del auge revolucionario argentino convergen en la obra que escriben a dúo, *La voluntad*, extenso montaje narrativo publicado inicialmente en tres tomos<sup>88</sup> y luego en cinco.<sup>89</sup> La factura del conjunto es documental y cronística, su estro es épico y dramático, el enfoque es relativamente sobrio y crítico. Quienes esperan una palinodia más, creen percibir

---

<sup>88</sup> Martín Caparrós y Eduardo Anguita, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina. Tomos I, II y III*. Buenos Aires: Norma, 1997-1998).

<sup>89</sup> Ver edición Booket, 2007.

aquí una insufrible apología de las tropelías setentistas. Precisamente, lo que no cumple esta obra son las expectativas de quienes consumen apologías irredentas de un heroísmo sin fisuras o de quienes esperan otra confesión más de militantes arrepentidos.

El montaje asume alternativamente el foco de poco menos de 30 militantes relacionados con distintas organizaciones, tendencias, modalidades y frentes de lucha, entre quienes se incluyen los autores. No los define el hecho de haber sido combatientes, *ferreros* o conspiradores, sino militantes revolucionarios en la acepción radical del término. El efecto de testimonio coral que este arreglo pudiera tener se amortigua con un narrador en tercera persona que articula aún las más extensas citas, monólogos, diálogos e intercalaciones documentales a su régimen de enunciación, sin perder el hilo de cada uno de los principales actores enfocados alternadamente a lo largo de todo el período histórico cubierto (1966-1978). A penas hay coro, pues prevalece el montaje de secuencias distintivas. El lector puede seguir, de este modo, pese a la constante alternancia, la historia de cada individuo, cuyo foco, se presume, ofrece una perspectiva dada de los acontecimientos centrales de la experiencia insurreccional vivida como acontecimiento singular por una especie de comunidad, colectividad o población militante irreductible a las múltiples organizaciones, tendencias y facciones participantes. Este procedimiento narrativo despliega una zona de común exposición de numerosas personas de diversa procedencia a un proceso paradójico de heterogeneidad inmanente,<sup>90</sup> constitutivo de una posición universal de sujeto. En dicho proceso, las diferencias (ideológicas, sociales, psicológicas y culturales) de los múltiples actores se valoran en cuanto aportan a la tensión de la forma universal en cuya composición participan. Adviértase que no nos referimos aquí al “sujeto universal” dotado de contenido y existencia sustancial (masculino, blanco-occidental y burgués), sino a una posición de universalidad formal, indisociable del principio de militancia por la igualdad social y política y la lógica

<sup>90</sup> Cf. Alain Badiou, *Logic of Worlds*, op. cit., p. 496.

de la acción que esto plantea. Emerge así, una constelación de subjetividades en transformación, con características contradictorias. De cada cual se narra su devenir revolucionario, en cuanto práctica infinitamente precaria y azarosa, dotada de más optimismo que desencanto.

Cada capítulo abarca poco más o poco menos que un mes en una secuencia mayormente lineal, con muy pocas retrosecciones o proyecciones. Se produce así un recorrido del pasado bajo una especie de *modo presente*. Como en ciertas intrigas vertidas en diarios o epistolarios, el modo temporal de lectura se aproxima el modo temporal del acontecimiento vivido, en cuanto la anticipación de los eventos por narrarse o la incidencia del pasado sobre el presente, no están al alcance inmediato que un recorrido no lineal permitiría. Ello refuerza el efecto cronístico de presenciar, en el sentido de *tener presentes las indeterminaciones mismas del presente real*, los momentos indecibles de la experiencia pasada. Así, las opciones y decisiones de los personajes se presentan en su apertura a lo desconocido, en su calidad de saltos éticos a duras penas sustentados por las determinaciones culturales y morales de los individuos y su entorno, como exceso en el cual se constituye el sujeto del acontecimiento. Ya hemos referido cómo Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga dan cuenta del silencio estratégico asumido por algunos participantes históricos en la militancia revolucionaria en torno al estatuto de sujeto de la acción que realmente definió a quienes a raíz de la postdictadura se tendió a representar como víctimas de un proceso represivo, antes que como actores de un proyecto de cambio radical. Los investigadores citan las palabras de Nicolás Casullo en torno a una autosupresión estratégica que él asumió como “lo necesario y lo trágico”: “La memoria no sería la nuestra, sino escrituras recicladas. Pasábamos a ser sólo víctimas, cuerpos, hijos, desaparecidos, inocentes. En el reconocimiento del pasado me vuelvo otro”.<sup>91</sup> Podríamos añadir que se pasaba a ser todo menos sujeto del acontecimiento en el sentido antes descrito. Oberti y Pittaluga precisamente

<sup>91</sup> En Oberti y Pittaluga, op. cit., p. 67.

detectan en *La voluntad*, “un giro, que se aprecia desde mediados de los noventa, a partir del cual ya no hay sólo víctimas, cuerpos, hijos; hay sobre todo sujetos”.<sup>92</sup>

Sin embargo, es preciso tomar en cuenta que los autores del mejor análisis realizado hasta la fecha sobre esta obra, le reprochan a la misma el carácter constructivo, artístico, de montaje, predispuesto a imponer una coherencia lineal que predomina sobre la posibilidad de rescatar, no sólo las voces directas de los militantes entrevistados, sino la brecha que debieron revelar entre lo pasado vivido y el recuento presente, entre las afirmaciones de entonces y las vacilaciones, ambigüedades, interrogantes y críticas que la distancia histórico-temporal se supone habilite. Lamentan que el “esfuerzo de reponer la lectura que se hacía de los hechos en aquella época”,<sup>93</sup> prevalezca sobre el diálogo crítico que esa lectura exige veinte años después. Sin negar del todo la pertinencia de estos señalamientos, podemos conferirle a *La voluntad* una lectura en sintonía con su propuesta. Veamos.

Según acabamos de examinar, la estructura narrativa de *La voluntad* entraña una construcción de sujeto afincada en la afirmación del acontecimiento mismo que lo instaura. Dado tal principio de afirmación, esta narración de aliento épico no puede sino sintetizarse como “un conjunto coherente”, con “sujetos íntegros, fieles a sus ideales”, con un “fundamento último [que] rige sus vidas”, tal cual lo señalan Oberti y Pittaluga, Todo ello se consigue con un trabajo de montaje que asume la inevitable linealidad del laberinto de lo real reconocida por el mismo Borges,<sup>94</sup> en contraste con el laberinto de lo imagina-

<sup>92</sup> Ibid., p. 68.

<sup>93</sup> Ibid., p. 69.

<sup>94</sup> “Yo sé de un laberinto griego que es una línea única, recta. En esa línea se han perdido tantos filósofos que bien puede perderse un mero detective” —dice Lönnrot en “La muerte y la brújula”. Y seguidamente Scharlach le promete que en otro avatar lo matará en “ese laberinto, que consta de una sola línea recta y que es invisible, incesante”. Luego le dispara. En Jorge Luis Borges, *Obras completas* (Buenos Aires: Emecé, 1989), tomo I, p. 507. Sobre el laberinto *unicursivo* en Borges, cf. Giovanni Bottioli, “‘La muerte y la brújula’ y la refutación

rio. En el laberinto de lo real las bifurcaciones imaginarias se pliegan a la irreversibilidad de la entropía. No hay manera de construir un sujeto fiel al acontecimiento que no asuma la irreversibilidad del acontecer mismo, es decir, de la linealidad de la acción (que no es otra cosa que una precaria serie de saltos más o menos ciegos en el laberinto infinitamente bifurcado de lo imaginario (como el salto a lo real que se dispone a realizar el protagonista borgeano de “El sur” justo al final del relato), acción que a fin de cuentas lo fundamenta como sujeto.<sup>95</sup> Si se toma en consideración el principio afirmativo que da razón de ser a la obra desde su título mismo, destaca la admirable coherencia de su propuesta estético-política: ofrecer un montaje abarcador del sujeto de la militancia revolucionaria de cierta época, en cuanto abanderado de unas verdades que no avanzarían un paso en los interminables procedimientos de su legitimación, si no se enraizaran en el desafortunado y excesivo acto de lealtad con que las sostiene el sujeto que las afirma, acto cuyo nombre puede ser también “la voluntad”. Este exceso subjetivo, voluntarista, si se quiere, no es necesariamente incompatible con el diálogo, con la crítica, ni siquiera con la negación de la propia vivencia particular que le sirve de premisa circunstancial. La feliz referencia de Oberti y Pittaluga a Bajtin y a la facultad dialógica de todo enunciado toma en cuenta que el dialogismo es constitutivo del acto mismo de enunciación, por lo que aflora independientemente de las intenciones implícitas o manifiestas del hablante.<sup>96</sup> Ha de ser posible, en consecuencia, leer diálogos y críticas implícitos y explícitos, en las series de enunciados que arman *La voluntad*, aun dentro del montaje lineal organizado por el narrador en tercera persona del relato. Oberti y Pittaluga proveen magníficos ejemplos de

---

del tiempo”, en Fabio R. Amaya, ed., *Reencuentros con Borges* (Bergamo: Bergamo University Press, 2006), p. 56. Interpreto que Lönrot ha vivido simultáneamente los dos avatares (y laberintos) en cuestión, Imaginario y Real, y que en ambos queda mortalmente atrapado.

<sup>95</sup> “Dahlmann empuña con firmeza el cuchillo, que acaso no sabrá manejar, y sale a la llanura”. En Jorge Luis Borges, *Obras completas* (Buenos Aires: Emecé, 1989), tomo I, p. 530.

<sup>96</sup> *Ibid.*, p. 71.

cómo la alternancia de estilo indirecto libre, estilo indirecto y estilo directo, en el armado de los diálogos, apunta a un narrador habitado por múltiples voces, que incluso nos asoma a una dimensión imaginaria, novelada, del texto.<sup>97</sup> Hay instancias de invención aún más contundentes, especialmente cuando se proveen monólogos interiores de los personajes, algo que según Käte Hamburger invariablemente instala a cualquier enunciado en la ficción, por la simple razón de que un narrador no puede reportar como hecho factual el pensamiento interior, instantáneo, nunca proferido, de una tercera persona. Basta referir el breve pasaje en que se expone en estilo indirecto lo que el conocido combatiente montonero, Sergio Berlín imagina mientras agoniza de sus heridas mortales.<sup>98</sup> El narrador queda atravesado por una voz ubicada en los portales de la muerte que no puede ser sino una invención suya, una voz *otra*. El lector atento puede multiplicar los ejemplos.

La pluralidad de voces expone al narrador a un dialogismo que en este caso abarca a la voz de la crítica, siempre explícita y directa. El registro crítico incluye el cuestionamiento de los dirigentes. Leemos, por ejemplo, el reporte indirecto de un diálogo a esos efectos, entre militantes que cuestionan la importante figura de Juan García Elorrio, director de la revista *Cristianismo y Revolución* y jefe del Comando Camilo Torres, proto-guerrilla de donde provienen varios fundadores de Montoneros:

El Flaco le contó [a Graciela Daleo] que esos compañeros se habían hartado del liderazgo indiscutible de Juan [García Elorrio], de que se creyera el jefe por derecho divino, y que lo único que le interesaba del Camilo [Comando Camilo Torres] era seguir sacando la revista [Cristianismo y Revolución] y que no hacía nada para construir realmente el foco guerrillero.<sup>99</sup>

Igual se incluye, *in extenso*, como pieza documental, la muy citada entrevista que Gabriel García Márquez le hiciera al di-

<sup>97</sup> Ibid. P. 73.

<sup>98</sup> Eduardo Anguita y Martín Caparros, op. cit., tomo III, p. 150.

<sup>99</sup> Ibid., tomo I, p. 173.

rigente máximo de Montoneros, Mario Firmenich, donde éste, sin ofrecer el menor asomo de sensibilidad, prodiga cálculos grandilocuentes sobre los miles de combatientes sacrificados como peones por sus jefes, a fin de incrementar el prestigio político de la organización con la cantidad de cadáveres acumulados.<sup>100</sup> La aguda pérdida de confianza en la dirección de Montoneros sentida por los militantes de base y de dirección intermedia queda debidamente registrada, destacándose la desmoralización general provocada por la manera inconsulta en que los comandantes salen del país y abandonan a la base a su suerte tan pronto aprieta la represión tras el golpe de marzo de 1976.<sup>101</sup> También se incluye el texto donde Rodolfo Walsh destroza los presupuestos y conclusiones del *Informe sobre las conclusiones políticas de la reunión del Consejo Ejecutivo de la OPM Montoneros* (octubre de 1976) con aseveraciones como ésta:

Es un grave error olvidar que ésta es una lucha política y que para la construcción organizativa las operaciones militares deben servirnos ante todo para hacer política, y no para construir un ejército cuando todavía no tenemos ganada la representatividad de nuestro pueblo. Lo que nosotros tenemos es una lucha de clases, con niveles crecientes de violencia, que debemos masificar, no es una guerra todavía.<sup>102</sup>

Al rechazar el objetivo de construir un ejército insurgente y negar la existencia misma de una guerra revolucionaria, Walsh descalifica por completo la línea estratégica de Montoneros y cuestiona la pertinencia de un equipo dirigente cuya escasa legitimidad pende de esa estrategia tan rápidamente desbandada por los hechos.<sup>103</sup> Hoy día el argumento de Walsh luce casi obvio ante la capacidad de retrospectión otorgada por

<sup>100</sup> Ibid., tomo II, pp. 426-427.

<sup>101</sup> Ibid., tomo III, pp. 94, 97-98.

<sup>102</sup> Ibid., tomo III, p. 244.

<sup>103</sup> Ver análisis de este diferendo en Ernesto Salas, "El debate entre Walsh y la conducción montonera", *Lucha Armada en la Argentina*, año 2, núm. 5, febrero-abril 2006.

el juicio del tiempo, pero no lo era para gran parte de una militancia que estaba inmersa en el laberinto lineal (“invisible, incesante” dice Borges<sup>104</sup>) de lo real, sin más asidero que la dictadura del presente, en un espacio disciplinario que no admitía la discusión formal de la línea estratégica. El diálogo que nunca se dio en la época, se potencia ahora en el tiempo de la lectura, mediante un montaje secuencial que en cierto modo presenta al lector una antología de enunciados críticos para armar. Además de la línea estratégica, la crítica abordada en el relato cuestiona el militarismo y autoritarismo en cada hito de la historia de la militancia donde éstos se hacen patentes. Recibe especial atención el prolongado conflicto entre la Columna Norte y la burocracia central de Montoneros. El desarrollo de este conflicto se intercala episódicamente en la cronología del tomo III hasta relatarse la disgregación final de la columna y la condena a muerte<sup>105</sup> que reciben sus miembros de parte de una dirección que intenta legitimar su liderato político-militar transmitiendo úcases draconianos desde miles de millas de distancia del teatro de guerra.

La crítica al militarismo profundiza además en la subcultura desarrollada por la colectividad, evitando adjudicar todos los males a la dirección según el antiquísimo síndrome del *buen vasallo/mal señor*, del que no escapa la izquierda revolucionaria.<sup>106</sup> Le comenta Emiliano Costa a Nicolás Casullo en septiembre de 1973:

...a mí me parece que hay algunos compañeros que se están lumpenizando. Hay tipos que se acostumbran demasiado fácil a lo peor: si necesitan un auto van y lo levantan, saben que la guita les va llegar de la orga, les gustan las jinetas y los fierros

<sup>104</sup> Ver nota 94.

<sup>105</sup> Ibid., tomo III, p. 321. Cf. más detalles sobre la Columna Norte de Buenos Aires en Marcelo Larraquy y Roberto Caballero, *Galimberti. Crónica negra de la historia reciente de Argentina* (Buenos Aires: Aguilar, 2002), p. 257.

<sup>106</sup> La canción de Joan Manuel Serrat titulada “La montonera”, que integra la banda sonora de la película *Cazadores de utopías* (David Blaustein, 1995), parafrasea el verso del cantar medieval del *Mío Cid*: “¡Qué buen vasallo, si hubiese buen señor!”: “Qué buen vasallo sería si buen señor tuviera”.

y el poder que les dan... Se están profesionalizando, ya ni se acuerdan de cómo era la vida común, la de todo el mundo.<sup>107</sup>

De hecho, los tempranos planteamientos de la célula a la que pertenece Casullo, en torno al “arma reemplazando el razonamiento político en tiempos de retroceso, la concepción de guerra como idea rectora”, reciben por respuesta un emplazamiento a juicio revolucionario por insubordinación, sin que el resto del colectivo se escandalice demasiado ni cuestione el tratamiento dado a sus compañeros.<sup>108</sup> Se implica claramente que la base compartía y naturalizaba un desprecio de la democracia interna en el cual participaba toda la colectividad.

Este dialogismo crítico se extiende también a los episodios referentes al PRT-ERP, aunque éstos no exhiben ni la desmoralización general ni el repudio moral a la dirigencia de esa organización que se manifiesta en el caso de Montoneros. Debe tomarse en cuenta que la compenetración del PRT-ERP con ciertas concepciones organizativas de la tradición marxista-leninista indujo un flujo de discusión democrática limitado, poco formalizado, pero constante,<sup>109</sup> y una dirigencia con mayor legitimación interna que la de Montoneros. En suma, un denso tramado dialógico de voces críticas satura el montaje narrativo de *La voluntad*, pese a que las entrevistas a los militantes se subordinan a una enunciación narrativa unitaria. Sería redundante persistir en dar mayor cuenta de ello.

La heterogeneidad immanente, constitutiva de la universalidad formal del sujeto imbricado al acontecimiento de la militancia revolucionaria, se alimenta de la pluralidad de voces críticas dialogantes ya señaladas. El otro aspecto relacionado al duplo *heterogeneidad/universalidad formal*, que me interesa subrayar en esta lectura de *La voluntad*, es la constelación de subjetividades en transformación que emerge en el montaje, sugiriendo la posibilidad de una disciplina de la acción revolucionaria de carácter dialógico, horizontal, multilateral y que

<sup>107</sup> Ibid., tomo II, p. 181.

<sup>108</sup> Ibid., tomo II, p. 450.

<sup>109</sup> Cf. Pablo Pozzi, “*Por las sendas argentinas...*”, op. cit., pp. 158-159, 160-162.

sea abnegada, pero no sacrificial (en el sentido mitologizante de este concepto). Hay elementos de esa disciplina en casi todas las anécdotas que elaboran las intensas relaciones afectivas existentes entre los militantes. Se debe comenzar por la cantidad de parejas sexuales que pueblan las páginas de esta épica y las anécdotas que refieren sus vidas afectivas y cotidianas. Igual importancia tienen las relaciones de amistad y los simples lazos de camaradería que llegan a conformar una comunidad cuyo eje de unión rebasa cualquier eje comunitario, dada la trascendencia singular del ideal que los reúne. Quizás en los capítulos finales dedicados a la catástrofe represiva, que más ponen a prueba esta comunidad “incomunitaria”, es que, paradójicamente destacan elementos de esa disciplina horizontal. Se cuenta cómo las militantes, especialmente las mujeres, establecen y restablecen continuamente lazos de ayuda y afectividad mutua en la clandestinidad, bajo condiciones de asedio represivo extremo. Las militantes Graciela Daleo y Susana Sanz tienen energías para celebrar actividades sociales, dar refugio y afecto a decenas de compañeros que no siempre son amigos ni familiares o siquiera conocidos, no necesariamente siguiendo los canales burocráticamente establecidos de la disciplina partidaria.<sup>110</sup> Ellas forjan sobre la marcha disciplinas del cuerpo y el espíritu, motivadas por las redes de relaciones subjetivas informales que realmente sostienen la colectividad. Ana Gugliemucci ha explicado, a partir de su trabajo investigativo de campo, el desarrollo, especialmente entre las mujeres militantes del PRT-ERP y Montoneros, de redes de reciprocidad horizontales, basadas en la “cadena de dones”, mediante las cuales ciertas exigencias disciplinares emergen y se motivan autónomamente a partir de principios orgánicos como compartir todo y validar el creer con el hacer en cada detalle de la relación con el compañero en un ambiente de testimonio mediante la acción:

...quien decía ‘creer en la revolución’ no sólo expresaba su adhesión a un sistema de enunciados que se tenían por

<sup>110</sup> *La voluntad*, op. cit., tomo III, pp. 103, 228-229.

verdaderos, afirmaba una certeza personal o dejaba constancia de su convicción, sino que —fundamentalmente— daba testimonio a los suyos de una fidelidad.<sup>111</sup>

Además, se desarrolla, independientemente de la línea oficial, una disciplina alterna que les permite a los militantes redefinir los cánones de la fidelidad al acontecimiento de la militancia y discutir horizontalmente, en confianza, la propia viabilidad de su militancia y valorar el significado del sacrificio, sin la coerción vertical de la dirección partidaria. Bajo esta disciplina alterna, optar por desmovilizarse no necesariamente equivale a la desertión ni a la traición.<sup>112</sup> Al decidir asuntos entre ellos, no pocos militantes son capaces de atender a cada caso en su singularidad, sin aplicar normas rasantes de corte militarista.

Es homólogo a esa disciplina horizontal el concepto estético y discursivo de *montaje* que, tal cual incorporado al título del libro de Oberti y Pittaluga sirve, no sólo para describir los discursos memorialistas de la militancia, sino para concebir una trama de la militancia misma según se la despliega en una obra como *La voluntad*. Es decir, propongo que la propia trama de acción-narración articulada en ese ambicioso texto se lea como modelo de una práctica militante alternativa. La narración montada por Eduardo Anguita y Martín Caparrós es una *performance* de la voluntad de articular la heterogénea adhesión de miles de seres humanos a un principio universal de transformación social encarnado por el evento de la militancia revolucionaria. Esa articulación narrativa lega las formas de construir prospectivas intervenciones de sujeto en la historia y contra la historia, derivables del conocimiento crítico de las tradiciones revolucionarias interrumpidas. La diversidad de origen social de los entrevistados alcanza para ofrecer una muestra representativa, aunque no proporcional.<sup>113</sup> Hay alguien de casi cada sector, pero predominan los personajes de

<sup>111</sup> Ana Gugliemucci, op. cit., pp. 74-77.

<sup>112</sup> Ibid., p. 111 y passim.

<sup>113</sup> Cf. Christian Castillo, "Elementos para un 'cuarto relato' sobre el proceso revolucionario de los '70 y la dictadura militar", *Lucha de Clases*, N° 4. Este autor señala dicha desproporción en *La voluntad*,

sectores medios. La diversidad aflora en los dialogismos del enunciado, más que en los personajes principales entrevistados. Pero es mucho más imponente la diversidad de motivaciones, aunque éstas no tienen un valor causal, sino interpretativo. Es decir, pocos personajes aducen que ingresan en la militancia por causa de *x* o *y*, sino que interpretan su opción a partir de unos tópicos que vinculan su experiencia a la coyuntura sociopolítica. Este ejercicio ocurre más, por su puesto, en los primeros capítulos. Por otra parte, la multiplicidad de trasfondos sociales, formaciones culturales y motivaciones psicológicas registradas en las voces del montaje no explican nada si no se imantan a una pertinencia universal: la interpelación de la idea de la acción trascendente en beneficio de unos principios fundamentales de igualdad, solidaridad y gestión autónoma de la vida colectiva. A ello apunta Alberto Elizalde Leal, a partir de un lugar común, cuando explica que... “Le parecía que la [militancia] política era, también, la manera de zafar de la pequeñez de pueblo chico, la forma de buscar un destino más trascendente. [...] En esos días, Alberto empezó a pensar que había pocas cosas tan importantes como pelear por un ideal que valiera la pena.”<sup>114</sup> Todas las particularidades psico-sociales relatadas en torno a este personaje, entre ellas, su orfandad, su relativo desclasamiento, su rebeldía ante las normas escolares, cobran un significado singular sólo cuando se adunan, como plisadas por un broche, a la opción de actuar por el ideal “que valiera la pena”, tal cual lo ofrece la militancia revolucionaria, en la arenga que el cuadro político del PRT, Domingo Mena dirige a los estudiantes de Córdoba en 1969:

---

y la poca atención conferida en ese texto a las luchas de masas insurreccionales. Sin embargo, interpreto que el protagonismo de las masas del Cordobazo (y otros eventos similares) adquiere singular intensidad en el primer tomo de la obra. Pablo Pozzi ha señalado la tergiversación “porteño-céntrica” de *La voluntad*, en “Para continuar con la polémica sobre la lucha armada”, en *Lucha Armada en la Argentina*, núm. 5, febrero-abril, 2006, p. 45. Habría que ver si la sola cantidad de anécdotas referidas a Buenos Aires tergiversa por sí misma la proyección nacional de los testimonios.

<sup>114</sup> *La voluntad*, op. cit., tomo I, pp. 52-53.

La lucha por las condiciones y calidades de la enseñanza es muy importante pero, aún así, no es más que un detalle, un escalón de una larga escalera: nuestra lucha, la lucha de todos, en definitiva, es contra el sistema. Hay que convertir cada universidad, cada fábrica y cada barrio en una fortaleza... ¡Compañeros, sigamos el camino del Che Guevara hacia la construcción del socialismo!<sup>115</sup>

Alejandro Ferreira, quien se siente interpelado por esta arenga, hasta el punto de optar por la militancia en el PRT en los días en que el partido comenzaba a montar su Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en Córdoba, es vástago dilecto de una familia burguesa, no es huérfano, ni desclasado, aunque sí rebelde con la policía. Si algo aparece como denominador común de los personajes que abrazan una vida de militancia revolucionaria cuales los que protagonizan *La voluntad*, ello es, por supuesto, una rebeldía indefnida que no va ligada a contextos sociales específicos ni a rasgos de personalidad. Un ejemplo de esta diversidad de personalidades capaces de ser rebeldes a su manera, es el de Graciela Daleo, muchacha más bien introvertida, callada, disciplinada socialmente, que se une al Comando Camilo Torres, primero, y luego a Montoneros, sostenida por un fuego rebelde dulcemente soterrado. Según el relato, ella, igual que Elvio Vitale, es interpelada por el compromiso político contestatario e insurgente por vía de la religión. A Elvio Vitale, las palabras del padre Carlos Mugica, importantísima figura del caldo insurgente de los sesentas-setentas "...le sonaban diferentes, no habían sido como el resto. Había un compromiso cristiano, y además un compromiso político. Lo asumías o lo dejabas pasar, pero de una forma u otra no te podías hacer después el boludo, el distraído..."<sup>116</sup>

La voz narrativa que hila el montaje de la crónica, ducho en "recortes" de prensa de la época, en anécdotas elocuentes que captan su espíritu y en todo tipo de documentos, congrega en su factura dialógica unificada, una nueva comunidad, o

<sup>115</sup> Ibid., p. 283.

<sup>116</sup> Ibid., p. 306.

más bien incomunidad,<sup>117</sup> compuesta por aquellos que *no deben* tener nada más en común (ninguna identidad, genealogía, afiliación, orientación psicológica o cultural) que su singular adhesión en cuerpo y espíritu al ideal de la militancia.<sup>118</sup> Es la asociación necesariamente incomunitaria (aunque tal incomunidad se exprese sólo virtualmente) de quienes entran en composición de sujeto con una verdad formalmente universal: “Era un grupo —dice el narrador sobre uno de los muchos grupos que describe— de universitarios, obreros y profesionales que se juntaban a estudiar marxismo mientras pensaban cómo organizarse para la acción”.<sup>119</sup> En otras palabras, este grupo diverso no tiene nada virtualmente en común que no sea el acto de involucrarse en la acción-narración de su gesta igualitaria y libertaria. Cada círculo de compañeros forma una micro-comunidad de nuevo tipo que es en verdad una trama narrativa de montaje dialógico, homólogo al montaje del propio texto que nos expone esta historia. El principio de montaje de este texto habilita la emergencia de una constelación de subjetivaciones articuladas a una disciplina *otra*: horizontal, dialógica, multilateral, afirmativa y abnegada pero no sacrificial. Esa constelación se define gracias a las críticas a la razón operativa de organizaciones político-militares que siguen conformadas, pese a su radicalidad, al molde institucional, paraestatal, que le proveen los modelos disponibles en su época. Emerge dicha red de subjetivaciones, también, gracias a la abigarrada y dialógica factura que entrelaza las luchas cotidianas de los militantes, irrespectivamente de sus identidades partidarias y de las opiniones que tengan sobre el accionar que los reúne. La afirmación de vida, que complementa una abnegación no necesariamente sacrificial se destila en el tomo III, dedicado a los años (1976-1978) de la catástrofe represiva.

<sup>117</sup> Cf. Juan Duchesne Winter, *Fugas incomunistas* (San Juan: Vértigo Editores, 2005). Esta colección de ensayos se beneficia, como deja ver su título, de las ideas de Jean-Luc Nancy respecto a la comunidad “desobrada” o “inoperante”.

<sup>118</sup> Sobre la identidad colectiva fundada en el lema de “dar el cuerpo y alma”, ver investigaciones de Ana Gugliemucci, op. cit., p. 74.

<sup>119</sup> *Ibid.*, p. 237.

En medio del minuet macabro con las fuerzas represivas que persiguen, en palabras de Walsh, “machacar la sustancia humana hasta quebrarla”, existe quien no se quiebra. Es decir, existen excepciones. Gracias a la excepción imponderable que da pie a todo sujeto y a todo acontecimiento, existe también quien lega palabras como las de la militante montonera Graciela Daleo:

Las nuestras fueron opciones vitales desde el deseo profundo de vivir nosotros y los otros en un mundo mejor. Aprendimos que éste no cambiaría por inercia fatal, sino sólo si los pueblos, sus hombres y mujeres, nos poníamos hacerlo con voluntad e inteligencia. Decidimos vivir y morir por conseguirlo. Una forma de vivir que quiere trascender aun después de llegado el fatal desemboque de cada vida, porque no desconoce la certeza de cada muerte propia y ajena, que hoy la cultura inmediata pretende ignorar.<sup>120</sup>

---

<sup>120</sup> Ibid., tomo III, p. 472.



## Capítulo seis

### Pasajes del Congo: La deriva trasatlántica de Ernesto Che Guevara

El relato africano de Ernesto Che Guevara mantiene el mismo título del principal texto narrativo de ese autor, *Pasajes de la guerra revolucionaria*, y sólo añade, entre paréntesis: *Congo*.<sup>1</sup> Tal titulación advierte, por supuesto, que se trata de una continuación de la guerra revolucionaria ya aludida en el volumen anterior,<sup>2</sup> pero practicada en otro lugar del mundo;<sup>3</sup> lo que inscribe las luchas referidas en la antigua vocación internacionalista del marxismo y las adscribe a las concepciones de resistencia global de nuestros días. Cuba se

<sup>1</sup> Ernesto Che Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria (Congo)* (Buenos Aires: Sudamericana, 1999).

<sup>2</sup> Ernesto Che Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria*, en *Obra revolucionaria* (México: Era, 1967).

<sup>3</sup> La participación de Ernesto Che Guevara en las rebeliones del Congo es ampliamente referida por sus biógrafos (ver nota 4). Ocurrió en 1965, cuando encabezó un contingente de 107 soldados y 4 médicos cubanos en operaciones de auxilio e instrucción militar en las estribaciones montañosas del lago Tangañika. No debe sacarse de proporción este incidente relativamente marginal en la complejísima y vasta historia de rebeliones congoleesas que se extienden hasta nuestros días, a partir del asesinato (1961), a manos de la dictadura de Mobutu, del ejército belga y la CIA, del primer presidente congolés democráticamente electo (1960), Patrice Lumumba, conocido por sus ideas anticoloniales pioneras. Sin embargo, el episodio narrado por el Che constituyó una experiencia clave en la historia de la ayuda internacionalista cubana a organizaciones y gobiernos revolucionarios y demócratas populares en África. Cf. Piero Gleijeses, *Conflicting Missions: Havana, Washington and Africa 1959-1976* (Chapel Hill : University of North Carolina Press, c2002).

convierte, entonces, en *un pasaje* de una amplia guerra revolucionaria de carácter transnacional y por tanto en un volumen de la serie que la relata, que para este autor incluye el pasaje del Congo, y presumiblemente, el de Bolivia. En el caso de Bolivia, Guevara redacta justo el tipo de diario que sirvió de base para la redacción de los volúmenes de *Pasajes* dedicados a Cuba y el Congo, pero la muerte le impidió convertir el diario de Bolivia en un presunto *Pasajes de la guerra revolucionaria (Bolivia)*.

La trayectoria vital de Guevara es un apasionado manifiesto mundialista; basta referir el anecdotario biográfico<sup>4</sup> y autobiográfico<sup>5</sup> que dramatiza, no sólo su *Wanderlust* juvenil, sino su militancia internacionalista en Guatemala, México, Cuba, el Congo y Bolivia, incluyendo un inquieto itinerario de misiones diplomáticas revolucionarias que abarcan el globo. La palabra “mundo” aparece en los escritos del Che casi con tanta frecuencia como las expresiones “América Latina”, “África” y “Asia”. Él no se conforma con mencionar un solo país en sus reflexiones o declaraciones. Su lente asume tanto el primer plano como el gran angular panorámico. Guevara es el autor intelectual de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAL), proyecto tan ambicioso como la Primera Internacional Comunista, con el plus de que transfiere el protagonismo de la lucha de clases a un proletariado colonial muy ampliamente concebido.<sup>6</sup> Una vez concluido el *Pasajes... (Congo)*, Guevara se apresta a continuar elaborando en Bolivia

<sup>4</sup> Cf. Jon Lee Anderson, *Che Guevara. A Revolutionary Life* (New York: Grove Press, 1997); Jorge G. Castañeda, *Compañero: Vida y muerte del Che Guevara* (New York: Vintage, 1997); Paco Ignacio Taibo II, *Ernesto Che Guevara, también conocido como el Che* (Madrid: Planeta, 1997).

<sup>5</sup> Ernesto Che Guevara, *Diarios de motocicleta. Notas de viaje* (Madrid: Ediciones B, 2005).

<sup>6</sup> El marxismo anticolonial incluye al campesinado, al llamado lumpenproletariado y a amplios sectores subalternos en la configuración de un sujeto antagónico al imperialismo que bien podría considerársele como un proletariado colonial global; esto a pesar de que muchas veces el marxismo anticolonial mantiene una terminología ortodoxa en la definición de las clases sociales. En ese sentido, “los condenados de la tierra” de Fanon, constituyen un gran proletaria-

el germen de lo que debía ser el Ejército del Proletariado Internacional. Mientras tanto, se celebra sin su presencia, pero bajo su inspiración directa, en enero de 1966, el Primer Congreso de la Tricontinental de La Habana, al cual acuden cientos de representantes de organizaciones revolucionarias del Sur Global. Con el célebre “Mensaje a la Tricontinental” de mayo de 1967, Guevara ofrece el toque penúltimo (justo antes de Bolivia) al manifiesto internacionalista que constituye la trayectoria misma de su vida. La ocasión de ese mensaje, afirma Malcolm Lowy: “Fue la primera vez desde hacía mucho tiempo, que un dirigente comunista de dimensión mundial trataba de esbozar una estrategia revolucionaria que no fuese en función de un Estado”.<sup>7</sup> Allí asume una primera persona plural muy distinta del “pueblo” asumido por la mayoría de los políticos modernos, incluidos los de la izquierda revolucionaria: “nosotros, los explotados del mundo”. En nombre de ese sujeto un tanto más complicado que el de “pueblo”, él expone una estrategia global. Dicha estrategia, resumible en el célebre llamado a visualizar “dos, tres, muchos Vietnam”, toma en cuenta que el caso de Cuba es irreplicable como evento individual, dada la consigna contrainsurgente —“no permitiremos otra Cuba”— implementada por los aparatos estadounidenses.<sup>8</sup> Pero el “Mensaje a la

do global. Algo semejante componen “los explotados del mundo” de Ernesto Che Guevara. Véase Frantz Fanon, *Les Damnés de la terre* (París: François Maspero, 1961); Ato Seyki-Otu, *Fanon's Dialectic of Experience* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1996), 157 y ss.; Ernesto Che Guevara, “Mensaje a la Tricontinental”, en *Obra revolucionaria* (México: Era, 1967).

<sup>7</sup> Malcolm Lowy, *El pensamiento del Che Guevara*. Trad. de Aurelio Garzón del Camino (México: Siglo XXI, 1971), p. 127. Signo de que dicha estrategia no obedeció a ninguna *razón de estado* particular, es la cantidad de desavenencias y reprobaciones, de parte de la Unión Soviética y de otros estados del campo socialista y el campo no aliado, que las campañas internacionalistas le produjeron a Guevara y al propio estado cubano (el cual invariablemente se implicó en su prédicas y/o acciones insurgentes internacionales). Ver Anderson, op. cit., passim; Castañeda, op. cit., passim.

<sup>8</sup> Ernesto Che Guevara, “Mensaje a la Tricontinental”, en op. cit., p. 643.

Tricontinental” sí sostiene que el ejemplo de Cuba es repetible en un teatro ampliado cuyo elenco, a diferencia de la Primera Internacional Comunista y del marxismo occidental, incorpora la contradicción entre el imperialismo y los pueblos coloniales a la dialéctica de la lucha de clases. Tanto las burguesías de los centros dominantes del capitalismo como las burguesías neocoloniales conforman, en dicho análisis, una clase dominante global a la que se deberá enfrentar un proletariado internacional constituido por las multitudes explotadas de tres continentes ubicados en la subalternidad del sistema mundial del capitalismo. Luchas de clases y luchas anticoloniales se imbrican, en el “Mensaje a la Tricontinental” y otros textos de Guevara, en una dialéctica tan universal como plural, que asume complejidades propias del desarrollo del capitalismo como *sistema mundial* imprevistas por el marxismo clásico, entre las que se incluyen las grandes diferencias inherentes a las experiencias de aquellos explotados cuya posición de sujeto el autor instala en el discurso. Guevara propone, no sólo una lucha internacional, sino una organización internacional de la lucha, cuando sugiere que en América se articulen “grupos en armas [que] pudieran formar algo así como Juntas de Coordinación [entre distintos países] para hacer más difícil la tarea represiva del imperialismo yanqui y facilitar la propia causa”.<sup>9</sup> Con ello implica claramente que sólo en un teatro mundial de lucha ocupado por múltiples frentes es viable repetir la hazaña cubana, dadas la extraordinarias previsiones tomadas por el aparato contrainsurgente tras la proverbial “sorpresa” de enero de 1959. El autor del mensaje ubica el embrión organizativo de la resistencia internacional en América, luego de repasar los conflictos principales del sur global, y lo enuncia precisamente después de haber conocido, en su pasaje congolés, algunas diferencias en las formaciones subjetivas coloniales atribuibles a tan abigarrado mapa de experiencias de lucha.

Independientemente de lo atinado o desatinado que resulte ser el concepto internacionalista de Guevara, lo cierto es que una narración como *Pasajes de la guerra revolucionaria* (Con-

<sup>9</sup> Ibid., p. 647.

go) sólo adquiere su sentido pleno en ese contexto. Jorge G. Castañeda parece atenerse al adagio de que “nunca segundas partes fueron buenas” cuando presume que este segundo volumen de los *Pasajes* pretende reestrenar la gesta de la Sierra Maestra en los escenarios del lago Tangañika: “Guevara quiso repetir en el Congo su historia de la epopeya de la Sierra Maestra; ni la copia ni el original correspondían a la realidad” —aduce el biógrafo, para sumar esta “aventura” a los “delirios” de un personaje que según su lógica, pretendería *autoplagiar* un “original” (cubano) de por sí desconectado de la realidad.<sup>10</sup> La perspectiva global antes descrita descalifica esa lectura reduccionista.

Las experiencias de la Sierra Maestra obviamente le sirven al narrador de los *Pasajes* del Congo como fondo interpretativo, en especial para remarcar más diferencias y contrastes que semejanzas, pero nunca éste confunde las distintas modalida-

<sup>10</sup> Castañeda, op. cit., p. 394. *Pace* Castañeda, Piero Gleijeses disuelve, mediante un pormenorizado análisis de la estrecha coordinación de la misión congoleña del Che con los dirigentes del estado cubano, y de su absoluta concordancia con la política exterior y específicamente, africana, de Cuba, toda noción de que las acciones del Che constituyan una especie de aventura despechada del ‘caballero andante descontento con sus pares’. Concluye el profesor norteamericano: “Che’s Africa trip was not the quixotic preambulations of the rebuffed, but the expression of the policy of the Cuban government. [...y más adelante:] The Zairean operation was a key initiative of Cuba’s foreign policy; it was not Che’s personal escape”; Gleijeses, op. cit., p.105. Otro de los hallazgos de Gleijeses que incide en este punto es la evidencia testimonial y documental que demuestra que Benigno Alarcón nunca estuvo en África con el Che, contrario a lo que él sostiene, mostrando así la mendacidad de sus anécdotas no confirmadas por nadie más, que él alega reportar de primera mano en calidad de testigo presencial, referentes a las actitudes y la conducta del comandante argentino en la campaña del Congo; cf. *ibid.*, op. cit., pp. 144-146. Este extraordinario desmentido, por supuesto, arroja dudas sobre la credibilidad general del conocido libro de Benigno; cf. Benigno (Dariel Alarcón Ramírez), *Memorias de un soldado cubano: vida y muerte de la revolución* (Barcelona: Tusquets, 1997). Castañeda sustenta gran parte de sus apreciaciones sobre la aventura congoleña del Che en las versiones de Benigno.

des de participación en la guerra revolucionaria abordadas en cada caso. En los *Pasajes* cubanos se relata (narrador en primera persona mediante) el inicio y desarrollo de una guerra revolucionaria, a escala nacional, en la que el narrador adquiere un rol protagónico como combatiente internacionalista. En los *Pasajes* congolese, la guerra revolucionaria adquiere desde el título mismo, como hemos señalado, una dimensión internacional en la que se inserta retroactivamente la experiencia antes narrada. Se implica que la guerra revolucionaria cubana se ha redimensionado desde la perspectiva internacionalista, convirtiéndose en un episodio (señero, de vanguardia, si se quiere, pero parcial) de una guerra a gran escala. El texto nunca presume que el Che y sus expedicionarios cubanos se instalan en la montañas vecinas al lago Tangañica para “hacer la revolución” congolese, ni mucho menos para crear las condiciones subjetivas de esa revolución cual lo estipulaban los folletos de Regis Debray dedicados a la teoría del foco guerrillero. Queda claro que de lo que se trata aquí es de brindar ayuda de emergencia a una insurrección de posible alcance revolucionario, malamente asediada por la contra-insurgencia imperialista conjunta de mercenarios belgas, agentes de la CIA y gendarmes neocoloniales.

“Esta es la historia de un fracaso”... declara la primera oración del texto y luego: “Más correctamente, esta es la historia de una descomposición”. Se establece así el tono fundamental una verdadera anatomía de la derrota, desplegada en prosa tersa, lacónica y analítica, en ciertos puntos aburrida dada la postergación continua del drama y el suspenso, bajo una mirada desilusionada, aunque nunca degradante. Pero el fracaso que concierne al texto no es el de la insurgencia anticolonial lidiada por los congolese, que ha comenzado pronto y mal mucho antes de la llegada de los cubanos y que sufrirá muchos avatares después. La suerte de los revolucionarios congolese atribula profundamente al autor, pero la tarea que le corresponde realizar como actor casi circunstancial en un drama muy vasto, del país políticamente más complejo de África, es ponderar, mediante su narrativa crítica, el revés sufrido por el proyecto de Ejército Proletario Internacional en

un escenario tan poco auspicioso, para derivar las lecciones necesarias:

Lo más interesante aquí no es la historia de la descomposición de la Revolución congoleña, cuyas causas y características son demasiado profundas para abarcarlas todas desde mi punto de observación, sino el proceso de descomposición de nuestra moral combativa, ya que la experiencia inaugurada por nosotros no debe desperdiciarse, y la iniciativa del Ejército Proletario Internacional no debe morir frente al primer fracaso.

Debe tomarse en cuenta que a partir de su expedición congoleña, Guevara encabeza una inédita modalidad de la guerrilla latinoamericana, que es la guerra internacionalista de estado revolucionario. Pese a su gesto de desvincularse del estado cubano, renunciando a todos los cargos oficiales y a la ciudadanía misma del país, el Guerrillero Heroico sigue operando, quiera o no, dentro de la esfera de ese estado revolucionario. Toda la inteligencia, la contrainteligencia, la logística, los suministros, el dinero, las comunicaciones, el armamento y el personal de la expedición al Congo corren a cargo del estado cubano. Los 107 combatientes cubanos suplidos al Che son soldados del ejército y otras ramas de la seguridad, la inteligencia y la contrainteligencia del estado. El Che no se incorpora a las guerrillas congoleñas como un combatiente más, tal cual sucedió al conocer a Fidel Castro en México. Ahora llega a su nuevo escenario encabezando una expedición operada con los recursos de un estado, pequeño pero vigoroso, situación incomparable a la insurgencia emprendida desde el margen del poder estatal. En ningún momento el narrador se confunde al respecto ni pretende repetir la epopeya de la Sierra Maestra. Advierte que ya no puede ser el guerrillero de antaño: “[M]i peculiar situación me convertía al mismo tiempo en soldado, representante de un poder extranjero, instructor de cubanos y congoleños, estratega, político de alto vuelo en un escenario desconocido y un Catón-censor...”<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> Ibid., 266.

Si los expedicionarios internacionalistas cubanos continúan aplicando la táctica de la guerra de guerrillas, ésta se subordina a la estrategia de la misión internacionalista, cuyo objeto no es la “toma del poder”, sino la expansión de la guerra internacionalista misma, es decir de extender los frentes de lucha, y por tanto, las retaguardias y corredores necesarios para frustrar la consigna contrainsurgente del orden global, de “no permitir otra Cuba”. Se presume que la estrategia guerrillera conducente a la toma del poder le corresponde a los revolucionarios orgánicos de cada proceso nacional o local. Esa es la misión de la guerra de guerrillas orgánica en la que se insertaba el Che en Cuba. Ahora se trata de una participación muy distinta, cuyos objetivos son auxiliares: es decir, pedagógicos, ejemplarizantes y en caso óptimo, catalizadores. La metodología del foco desarrollada en el primer volumen de los *Pasajes de la guerra revolucionaria*, consiste en convertir la guerra irregular rural contra la dictadura de Batista en un proceso de selección, depuración, y concentración que produzca un destilado de militantes-combatientes con conciencia política excepcional, es decir, una vanguardia destinada a garantizar la continuidad y radicalidad del cambio revolucionario, así como su propia hegemonía una vez tomado el poder del estado. Así la hemos descrito en el estudio dedicado a ese aspecto. Pero tal metodología, articulada por Guevara en los *Pasajes* cubanos con el fervor con que se practica una alquimia, se debe ajustar aquí a los objetivos auxiliares de la misión internacionalista.

Los *Pasajes* del Congo esboza el objetivo continuamente frustrado de crear un cuerpo mixto de combatientes cubanos y congolese que luchen hombro con hombro, donde los unos se fortalezcan como combatientes internacionalistas y los otros aprovechen la experiencia de una revolución victoriosa como la cubana, a la cual el autor atribuye el rol ejemplar de la vanguardia. De tal pedagogía compartida se derivaría el doble beneficio de formar combatientes congolese ejemplares que refuercen la revolución africana y seleccionar futuros combatientes, cubanos y africanos para el futuro Ejército Proletario Internacional al cual correspondería auxiliar y catalizar de la misma manera más y más frentes en

los escenarios globales:<sup>12</sup> “Había venido con la idea de hacer un *núcleo ejemplo*, pasar todas las dificultades al lado de los congolese y mostrarles con nuestro espíritu de sacrificio el camino de un soldado revolucionario”.<sup>13</sup> Esto supone “dirigir la lucha y formar una columna mixta especial bajo mi mando directo”.<sup>14</sup> También conlleva, según el narrador, “que el mando [del *núcleo-ejemplo*] estuviera totalmente en manos de los cubanos [...]. Este ultimátum era necesario”.<sup>15</sup> El lector no puede sino preguntarse a dónde lleva esta pedagogía vanguardista de enseñanza mediante el ejemplo, si en todo momento arranca de la superioridad indiscutible del modelo de acción-narración propio. En esta “academia” guerrillera del Congo, el director es el Che, los cubanos combinan funciones propias de alumnos aventajados y maestros auxiliares, y toca a los congolese el llano rol de discípulos. Más clara no puede exhibirse esa verticalidad pedagógica y disciplinaria que en estas francas palabras:

La idea que nos guiaba era la de hacer luchar juntos hombres experimentados en batallas por la liberación, luego contra la reacción en Cuba, con hombres sin experiencia [los congolese] y provocar con esto, lo que nosotros llamábamos la “cubanización” de los congolese. Se verá que el efecto fue diametralmente opuesto y cómo se produjo con el tiempo la “congolización” de los cubanos. Llamábamos “congolización” a la serie de hábitos y actitudes frente a la Revolución que caracterizaron al soldado congolés en aquellos momentos de la lucha; esto no entraña una opinión despectiva hacia el pueblo congolés...<sup>16</sup>

Es extraordinaria esta declaración, por la serie de posicionamientos subjetivos que maneja. En primer lugar, el revolu-

<sup>12</sup> Recordemos que, según ampliamente referido por los biógrafos, uno de esos futuros frentes es el corredor Bolivia-Argentina, que el Che intentará abrir después de abandonar el Congo.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 172; énfasis mío.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 159.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 163. Siempre refiere al mando de ese “núcleo-ejemplo”; en todo momento el Che rechaza responsabilidades de mando que rebasen ese ámbito tal cual negociado con los dirigentes congolese.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 32.

cionario latinoamericano llegado a África se asume como el tipo “experimentado”, una suerte de Prometeo del fuego de la liberación que brinda su saber al nativo “sin experiencia”. Luego, bajo el entendimiento de que la transmisión efectiva de esta cultura liberadora presupone la asimilación del otro a lo propio, se asume también una misión de asimilación cultural del nativo (“la cubanización de los congolese”) y se atribuye el fracaso de esta tarea asimiladora al efecto inverso de “congolización de los cubanos”. Ello implica atribuir el eventual derrumbe moral de los expedicionarios cubanos a un efecto de asimilación invertida que equivale al contagio con la negatividad inherente al nativo. Claro, ello “no entraña ninguna opinión despectiva” sobre el nativo aludido. Si cambiáramos las palabras alusivas a la misión guerrillera del Che por términos neutros, cualquier colono belga coincidiría con él en lo que respecta a la tamaña e ingrata “dificultad” que entraña “ayudar” al nativo congolés a “mejorarse”. Este paradójico emplazamiento del liberador anticolonial justo en el lugar intersubjetivo que históricamente ocupa el amo colonialista frente al nativo colonizado no puede ser más transparente y perturbador. Es posible que el carácter tajantemente heterogéneo, desprovisto de las mediaciones pseudo-familiarizantes de la nacionalidad compartida, que exhiben las contrastantes subjetividades participantes en este intento internacionalista por constituir un sujeto revolucionario, nos ayude a encontrar una de las aporías de la dinámica subjetiva e intersubjetiva, vinculadas a la colonialidad del sujeto, que más lastra el afán incompleta o distorsionadamente universalista de la militancia revolucionaria tal cual se desarrolla en una situación marcada por imposiciones irresueltas de una *mismidad* occidental con pretensiones universales. Odette Casamayor-Cisneros sintetiza la historiografía crítica sobre el estatuto político del negro cubano que indica cómo los discursos revolucionarios, desde las gestas martianas por la independencia, incorporan al negro en el imaginario nacional sólo en la medida en que se ‘educa’ y ‘mejora’ a través de los valores reivindicativos nacionales según definidos por los revolucionarios en el marco estricto de la ‘oportunidad que les brinda’ la revolución, sea

la de la independencia o la efectuada contra el orden neocolonial:

As Bronfman, Ferrer and De la Fuente have demonstrated, under Martí's precepts, black Cubans would become full patriots only by embracing the revolutionary cause and pledging absolute loyalty to their 'liberators', the pro-independence leaders who were also their former masters. Therefore, the black subject will be integrated only when he is capable of bettering himself, leaving behind the 'atavisms' attributed to his race and culture, and devoting himself completely to nationalist, revolutionary, and finally Marxist ideologies (after the revolution adopted Marxist–Leninist doctrine in 1961). In short, the black subject has never been identified with the modelic national subject. He is always the Other, constantly urged to improve himself, to set aside his history and the color of his skin, and to stop, precisely, being Other.<sup>17</sup>

Esta perspectiva nos permite sugerir que el intento de la misión internacionalista cubana en el Congo, de supuestamente “cubanizar a los congoleses”, implica toda una serie de encuadramientos inter-subjetivos *desigualitarios*, entre ellos, aplicar a los congoleses, concebidos desde el inicio como sujetos *sin experiencia*, el mismo molde de “mejoramiento” por el que han pasado ya los cubanos negros en su trayectoria nacional, quienes han pasado por la interdicción no declarada que niega su piel, según lo sintetiza Casamayor-Cisneros. Por tanto, lo que están enfrentando los congoleses, en lo que a la misión cubana respecta, no es una práctica internacionalista a la altura de los

<sup>17</sup> Odette Casamayor-Cisneros, “Confrontation and Occurrence: Ethical-Esthetic Expressions of Blackness in Post-Soviet Cuba” *Latin American and Caribbean Ethnic Studies*, 4:2, 2009, 103-135. Casamayor-Cisneros presenta aquí una síntesis original de señalamientos hechos (*inter alia*) por Alejandra Bronfman, *Measures of Equality. Social Science, Citizenship, and Race in Cuba, 1902-1940* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 2004); Alejandro de la Fuente, *A Nation for All. Race, Inequality, and Politics in Twentieth-Century Cuba* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 2001); Ada Ferrer, *Insurgent Cuba. Race, Nation and Revolution, 1868-1898* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1999).

discursos explícitos de Guevara y de su mayor mentor filosófico en la gesta africana, Frantz Fanon, sino una proyección de las interdicciones raciales de la hegemonía nacional criolla, tal cual se ésta traduce en la incorporación del negro a la militancia revolucionaria.

Una lectura atenta de este tipo de “pasaje” de la guerrilla narrada permite sostener la hipótesis de que precisamente esa aporía de la intersubjetividad asimétrica subalternizante y colonialista es la que condiciona el fracaso moral del pasaje al Congo según expresado en la narración misma, así como la inviabilidad de los objetivos declarados de esa empresa internacionalista: auxiliar a la Revolución congoleña y avanzar en la construcción del Ejército Proletario Internacional. Estamos ante un caso en el que la dialéctica de los conflictos coloniales de raza y clase cruza el Atlántico y se traslada a África, entrando en contacto conflictivo con otra dialéctica colonial con especificidades propias, generando interferencias, estática comunicativa y desencuentros prácticos muy serios. Pero no se puede adjudicar esta desavenencia a la sola interposición de dialécticas diferentes. Los expedicionarios cubanos, en cuanto representantes efectivos del estado revolucionario, cargan con una dinámica aporética del programa y la práctica revolucionaria inmanente al proceso político cubano y caribeño. En un importante artículo atinente a los encuentros y desencuentros de la revolución cubana y las luchas anticoloniales de las Indias Occidentales anglófonas, Shona N. Jackson compulsa los límites de inclusividad del mestizaje y la negritud (en un sentido amplio de identidad afrodescendiente), toma en cuenta el balance realizado por Alejandro de la Fuente sobre los avances y carencias de la política racial cubana, y acude a la lectura de Santiago Colás sobre las razones que tuvo C.R.L. James para descalificar la gesta cubana como verdadera revolución caribeña. Siguiendo a James y a Colás, Jackson reconfirma la premisa de que el mestizaje continuó funcionando en Cuba como ideología de superioridad blanco-europea y de blanqueamiento social pese al programa explícito de los revolucionarios, dado que éste se aplicó desde la práctica autoritaria de una élite intelectual revolucionaria criolla subordinada

a la racionalidad colonialista y racialista en la cual se forma históricamente. Un programa progresista redundaba entonces en una práctica continuista del racismo pese a las medidas igualitarias efectivamente tomadas:

For James, although the Revolution represented itself as such [as committed to African peoples], its brand of nationalism did not reflect a true movement and will of the people. This meant that the people would not direct the postrevolutionary government's policies created to govern them. Cuba's postrevolutionary government's open commitment to establishing racial equality, to supporting black freedom struggles in Africa and America, was precisely that, a government commitment: it did not originate with nor was it defined by its people, despite their echo of support. Further, Cuba revealed itself to share a more broadly Latin American ideology with regard to race.<sup>18</sup>

La autora se refiere, al mencionar “a more broadly Latin American ideology”, a la ideología del mestizaje, la cual, como resume ella misma en su artículo, habilita a los sujetos inmersos en su lógica para autorrepresentarse como no-racistas y al mismo tiempo reproducir prácticas de desigualdad racial. Ello es posible porque el mestizaje condiciona la imaginación a una virtual y a veces efectiva mezcla de razas que invisibiliza, junto a la *diferencia* del negro, la continuidad misma de su subordinación. Es la ideología que precisamente permite que, pese a la actitud de trato absolutamente igualitario sostenida por el Che-narrador hacia los congolese en la dinámica cotidiana del campamento guerrero, de todos modos se entranpe en una estructura intersubjetiva aporética en la cual les impone a sus subordinados africanos su pedagogía épico-militar de la insurgencia anticolonial sin mayor contemplación, en desco-

---

<sup>18</sup> Shona N. Jackson, “Guyana, Cuba, Venezuela and the ‘Routes’ to Cultural Reconciliation between Latin America and the Caribbean,” in *small axe* 19, February 2006, p. 55. Jackson cita extensamente a Santiago Colás, “Silence and Dialectics: Speculations on C.L.R. James and the Politics of History,” in *Rethinking C.L.R. James*, ed. Grant Farred (Cambridge: Blackwell Publishers, 1996).

nocimiento de su capacidad como sujetos autónomos. Sobre el efecto de invisibilización del negro-en-su-diferencia, tanto cubano como congolés, volveremos más adelante.

Cabe abundar aquí en torno al igualitarismo formal del comandante argentino con respecto a los congolese para constatar que funciona dentro de los parámetros del mestizaje programático oficial. Su igualitarismo es performativo: incluye la asignación de tareas, la repartición de comida y de todo tipo de efectos personales y de combate. Además del texto de *Pasajes*, otros testigos del momento confirman esta disciplina igualitarista del Che, según reporta el biógrafo Castañeda:

Sus colaboradores recién llegados quedaron atónitos cuando, por ejemplo, Fernández Mell como jefe de Estado Mayor de la expedición le ruega al Che que pida botas a Kigoma para la tropa cubana y cambio recibe la réplica lapidaria: “Los negros andan descalzos, los cubanos también tienen que hacerlo”.<sup>19</sup>

El comandante argentino combate continuamente, sin mucho éxito, los residuos racistas expresados en el tratamiento de los cubanos hacia los congolese. Pese a las correcciones del Che, los cubanos les dicen “congos” a sus anfitriones, palabra cubana con connotaciones racistas. El hecho de que los cubanos seleccionados para componer el cuerpo expedicionario fueran casi todos negros, incluyendo a uno de los jefes principales, debió aportar “una nota simpática y de unidad”, pero no parece ayudar, según el narrador: “A unos de esos prietos oí decir: ‘Mándame a dos negros de esos para acá’, dos congolese”.<sup>20</sup> Resume: “El congolés, sensible al extremo por los vejámenes sufridos a manos de los colonialistas, notaba ciertos gestos de desprecio en el trato de los cubanos y lo sentía en lo más hondo”.<sup>21</sup> Admite el narrador que “aquella identidad que soñé, entre nuestra tropa de hombres experimentados, con una disciplina de ejército, y los congolese, no se

<sup>19</sup> Castañeda, op. cit., 382.

<sup>20</sup> Ernesto Che Guevara, *Pasajes* (Congo), op. cit., p. 261.

<sup>21</sup> Loc. cit.

realizó jamás”.<sup>22</sup> Sin embargo, personalmente, el narrador se precia de tener relaciones excelentes con los campesinos del área, quienes, según su percepción, escuchan con entusiasmo sus discursos y se muestran comprensivos y cooperadores, dando testimonio claro de que distinguen absolutamente sus actitudes igualitarias de las de los colonialistas belgas.<sup>23</sup>

El Che empuja hasta sus límites el espacio que le ofrece la ideología del mestizaje, lo que por supuesto le permite un registro de comunicación con la población congoleña que adquiere cierto impacto político. De hecho, esta capacidad del Che para dialogar de tú a tú (traductor mediante) con el campesino y compartir la comida en su choza, despierta los celos de los jefecillos locales de la resistencia congoleña, que se distinguen, según él, por sus actitudes arrogantes, autoritarias y distanciadadas de la población insurgente. Es notable el episodio donde el comandante argentino le solicita a una aldea campesina la transportación de suministros desde la orilla del lago a la base guerrillera en las montañas. Los campesinos aceptan de buena gana transportar los bienes y encima rechazan la oferta de entregarles parte de los suministros como compensación, aduciendo que su deber es ayudar a las fuerzas de liberación sin pedir nada a cambio.<sup>24</sup> Sin duda el Che debió haber leído este pasaje lírico de la relación entre militantes y campesinos en el África, antes de arribar al Congo, pues fue él quien insistió en la publicación de *Los condenados de la tierra* en Cuba, justo antes de cruzar el Atlántico para su misión africana:

El militante nacionalista [anticolonial] que, en vez de jugar al escondite con los policías en los centros urbanos, decide poner su destino en manos de las masas campesinas no pierde jamás. El manto del campesino lo cubre con una ternura y un vigor insospechados. Verdaderos exiliados en el interior, cortados del medio urbano donde habían precisado las nociones de nación y de lucha política, estos hombres se han convertido de hecho en guerrilleros. Obligados constantemente a

<sup>22</sup> Loc. cit.

<sup>23</sup> Ibid., pp. 187-189.

<sup>24</sup> Ibid., p. 153.

cambiar de lugar para escapar a los policías, caminando de noche para no llamar la atención, van a tener la ocasión de recorrer el país y conocerlo. Se olvidan entonces los cafés, las discusiones sobre las próximas elecciones, la maldad de aquel policía. Sus oídos escuchan la verdadera voz del país y sus ojos contemplan la grande, la infinita miseria del pueblo. Se dan cuenta del tiempo precioso que han perdido en vanos comentarios sobre el régimen colonial. Comprenden, finalmente, que el cambio no será una reforma, no será una mejoría. Comprenden, en una especie de vértigo, que no dejará ya de asediarlos, que la agitación política en las ciudades será siempre impotente para modificar y derrocar al régimen colonial.<sup>25</sup>

Fanon y Guevara coinciden en incluir al campesinado dentro de un amplio concepto de proletariado colonial, distinto del proletariado estrictamente industrial y urbano de la ortodoxia marxista. El volumen cubano de los *Pasajes* ya elabora esta confianza casi lírica en el potencial transformador de la relación militante/campesino, contrapesada por el rechazo de la ciudad como antro pequeñoburgués. En estos *Pasajes* cubanos el Che coincide completamente con el gran ideólogo trasatlántico de la revolución anticolonial y refiere la expresión “vestir de yarey a la guerrilla”,<sup>26</sup> que recoge la sensación de protección y envoltura que las relaciones con el campesinado brindan a los guerrilleros de la Sierra Maestra. El comandante Guevara cruza el Atlántico indudablemente inspirado por los pasos de Fanon. La viuda del martiniqueño, Josie Fanon, entrevista al argentino para la revista *Revolution Africaine*, justo antes de la empresa congoleña.<sup>27</sup>

<sup>25</sup> Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*. Trad. Julieta Campos (México: Fondo de Cultura Económica, 1963), pp. 116-117. Llamó mi atención sobre este pasaje la cita del mismo que incluye Ato Sekyi-Otu en op. cit., pp. 176-177.

<sup>26</sup> Ernesto Che Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria*, en op. cit., pp. 243; ver también sobre la oposición guevarista sierra-llano, en el mismo relato: pp. 245, 250-252, y passim. En otros estudios de esta serie abordamos también el tema.

<sup>27</sup> Cf. Anderson, op. cit., p. 619.

En consonancia con lo anterior, el Che logra crear entre la población campesina congoleesa una especie de grupo de opinión favorable a su persona, que amortigua la hostilidad celosa de los jefecillos políticos. Ello es significativo, si bien hay que aceptar que dadas las grandes barreras lingüísticas y culturales, y la condición de forastero *blanco* del personaje, tal sector de opinión no puede considerarse como una base política. Este es uno de los pocos aspectos que sí reeditan la experiencia de la Sierra cubana en África. Pero hasta aquí alcanza el registro político abierto por la ideología del mestizaje en la relación del Che con la población negra africana y congoleesa. Notemos que la parte fluida y feliz corresponde al hecho de compartir un ideal amplio anticolonial, en una dinámica dialógica discursiva entre letrados (Fanon-Guevara) o una dinámica vertical (jefe criollo blanco abierto al mestizaje - población africana iletrada). El conflicto emerge cuando se trata de una dinámica militante práctica, de agencia compartida entre iguales-en-la-diferencia, que según los principios anticoloniales de la solidaridad, requiere simetría, reciprocidad y reconocimiento del otro como agente autónomo igualmente capaz. En ese caso vemos que son los militantes congoleeses quienes entonces presentan la mayor resistencia ante el modelo de subjetivación revolucionaria que les presentan el Che y sus misioneros cubanos. Pues son ellos quienes mayor contacto tienen con la implementación del modelo cubano de la resistencia político militar y de la guerra, a diferencia de los campesinos civiles, con quienes existe una relación laxa.

Quizás el estricto código igualitario defendido por el Che explica que la mutua desconfianza larvada de cubanos y militantes congoleeses no llegara a provocar choques violentos entre ellos. Pero justo el malfuncionamiento del código mismo es lo que pone de relieve el carácter estructural del malentendido que de todas maneras arruinó el proyecto. El código igualitario no rinde resultados porque se impone sobre una relación maleada *ab initio* por el dispositivo del mestizaje, entre otros posibles. Ahí se evidencia la ceguera del Che hacia las desiguales formaciones subjetivas con que debe lidiar la militancia internacionalista en el escenario neocolonial. Pese a todos sus

escrúpulos igualitarios, él no puede evitar que le desconcierte y literalmente deprima la actitud hacia el combate de los congolese y de los contingentes ruandeses<sup>28</sup> que los acompañan. Esta diferente conducta subjetiva ante los hechos bélicos, este desplazamiento del concepto hispanoamericano del valor personal y de la resistencia política simplemente saca de quicio al Comandante Guevara tanto como a los acompañantes cubanos cuyo racismo latente recrimina: “el soldado revolucionario congolés —declara Guevara con una sobriedad que no oculta su impaciencia— es el más pobre exponente del luchador que he tenido la oportunidad de conocer hasta ahora”.<sup>29</sup> Los escrúpulos anticolonialistas no le permiten decir que sencillamente considera que los combatientes congolese, ruandeses y sus jefes son unos cobardes irremediables, pero poco falta. El narrador registra hasta el cansancio (suyo y del lector) las innumerables “evidencias” de la incompatibilidad de los dirigentes, militantes y reclutas congolese (nunca incluye a los campesinos civiles) con la figura del revolucionario integral tal cual él y sus compañeros cubanos la conocen. El texto despliega un ejercicio de decepción y distanciamiento acelerado con el *otro* revolucionario contactado en el Congo, cumpliendo así, al menos algunas de las peores expectativas del colono blanco que penetra en el supuesto “corazón de las tinieblas.”<sup>30</sup> Los *Pasajes* del Congo padece cierto grado de autismo, subjetiviza sólo al narrador y a sus guerreros cubanos. Allí realmente nunca se *narra* al revolucionario congolés, sólo se reporta su fuga y desvanecimiento como sujeto. El revolucionario congolés es el personaje imposible del texto, que falla

<sup>28</sup> Por esas fechas (1965) actúan en los lagos contingentes político-militares de ruandeses, en solidaridad con los congolese y con la expectativa de una acción recíproca que coadyuve a realizar una revolución en Ruanda; formalmente hablando, son combatientes tan internacionalistas como los cubanos, pero el narrador los aborda de todas maneras como “nativos”, igualmente recipientes de la ayuda cubana.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 257.

<sup>30</sup> Metáfora negrófoba y racista si las hay, manejada por tantos después de Joseph Conrad, autor de *Heart of Darkness*.

en presentarse debidamente ante el narrador y en cierta manera pervierte la narración y delinque contra ella, pues sólo cuenta como obstáculo para conformar una trama decente de la acción ejemplar: *Querido lector, ya sé que este nuevo recuento de mis hazañas guerrilleras no cumple las expectativas de mis anteriores Pasajes de la guerra revolucionaria; es decir, sé que aquí no pasa nada, que usted se aburre; pero permítame explicarle que en esta ocasión sólo vine a apoyar una revolución en el Congo, y resulta que los revolucionarios congolesees son una decepción, ni son revolucionarios ni se ayudan ellos mismos y eso no sólo ha desmoralizado a mis guerreros cubanos, sino que me ha deprimido como nunca. ¡Qué otra cosa puedo contar!* Este enunciado en cursiva jamás saldría de la pluma de Ernesto Che Guevara ni de su boca, pero sí se aloja en el nivel subtextual del relato.

Antes de viajar al Congo, desde que el narrador se reúne en Tanzania con los representantes de unas diez organizaciones africanas y de sus respectivas facciones, los representa como una congregación “tumultuaria” que no comprende ni acepta su propuesta internacionalista, por lo menos en la manera en que él la concibe. Quieren obtener dinero y facilidades de adiestramiento en Cuba pero, según él, no comprenden la necesidad de contar con destacamentos internacionalistas mixtos en África que adiestren a los combatientes sobre el terreno de la acción, para luchar contra un único enemigo imperialista sin distinción de fronteras. “La reacción fue más que fría”<sup>31</sup> —cuenta el Che, dejando ver que su estratégico Ejército Proletario Internacional obtuvo cero votos. A primera vista la visión de montar una escuela de insurgencia africana sin fronteras pudiera lucir de avanzada, dada su raigambre internacionalista y su proyección global, mientras que la reacción “tumultuaria” de los africanos parecería chovinista, si no tribalista. Sin embargo, aquí el lector debe tomar en cuenta el lugar de enunciación del narrador, como intelectual blanco de nacionalidad argentina y representante de un estado criollo trasatlántico, que pretende consolidar en un solo paquete “africano” la ayu-

<sup>31</sup> Ibid., pp. 36-38.

da a diversos y heterogéneos procesos, con muy desiguales coordinadas subjetivas. Este no era un antojo particular del Che, en los inicios de su actividad internacionalista en el África subsahariana, los cubanos les propusieron a varias organizaciones rebeldes la idea de consolidar el entrenamiento de todos los contingentes africanos en el Congo (Zaire), donde se pretendía reforzar el foco de insurgencia existente para convertirlo en centro irradiador de la revolución continental. Esta visión nunca fue compartida por las organizaciones africanas, a las cuales el estado cubano eventualmente complació, aportando ayuda a cada una por separado, según sus necesidades particulares.<sup>32</sup>

Disuelto el sujeto panafricano revolucionario concebido por Guevara, él prosigue su búsqueda en los campos del Congo, con cuyos jefes rebeldes ha acordado adiestrar a combatientes en la escuela misma de la acción guerrera. Por esas fechas, en la parte oriental del Congo que bordea el lago Tangañika, los rebeldes Simbas sostienen todavía varias posiciones entre Fizi y Baraka. Pero cuando el Che cruza el lago con el contingente inicial de cubanos, para internarse en las sierras del margen occidental en busca de los futuros alumnos insurrectos, descubre que el revolucionario congolés es el personaje que no se presenta o que cuando lo hace, se desintegra como sujeto revolucionario, provocando un efecto instantáneo de auto-destrucción (como el “self-destructing artifact” de Marcel Duchamp). El primero que no aparece es Laurent Kabila,<sup>33</sup> con

---

<sup>32</sup> El estado cubano se conformó a las peticiones de las distintas organizaciones y gobiernos demócrata-populares africanos, proveyendo asesoramiento, adiestramiento militar y fuerzas de combate que cumplieron tareas internacionalistas específicas, sin pretender encuadrar a las organizaciones en moldes preconcebidos. Las grandes derrotas infligidas por los soldados internacionalistas cubanos al ejército sudafricano en la guerra de Angola contribuyeron al fin del régimen del apartheid en África del Sur. Véase Piero Gleijeses, *op. cit.*, p. 87 y *passim*.

<sup>33</sup> Laurent-Désiré Kabila dirigió el brazo armado de la organización de Gastón Soumaliot en el oriente swahili-dominante del Congo cuando ambos convergieron con el levantamiento lumunbista de Pierre

quien Guevara había negociado la misión cubana en la visita anterior a Tanzania. La espera por Kabila condena a Guevara y sus guerreros a contener todo proyecto de acción significativa por largas semanas. La actitud “huidiza” de Kabila expresa posiblemente su renuencia a aceptar el programa de trabajo un tanto agresivo que promueve el expedicionario argentino. Hay que tomar en cuenta que el Che Guevara impone su presencia personal en el Congo sin advertirle nada a los dirigentes africanos en general, incluyendo al mismo Kabila. “Estaba realizando un chantaje de cuerpo presente” —acepta el Gue-

Mulele en 1964. Los diversos sectores convergentes con Pierre Mulele formaban una alianza muy flexible y descentralizada, el Conseil National de Libération (CNL), con grandes diferencias internas. Entre todos “liberaron” un amplio territorio del país que fue parcialmente reconquistado en 1965 por fuerzas de Mobutu, mercenarios belgas y cubanos exiliados empleados por la CIA. Durante un largo período del cual se tiene muy poca información (1967-1986), el Parti de la révolution populaire (PRP) y sus Forces armées populaires (FAP), encabezados por Kabila, controlaron una zona “liberada” en el sur de Kivu y al oeste del lago Tanganika, que según algunos fue un modelo de socialismo congolés y según otros, un despótico señorío de guerra que enriqueció a Kabila. En 1988 Kabila “cerró” su mini-estado y desapareció misteriosamente hasta que en octubre de 1996 reaparece al mando de la amplia Alliance des forces démocratiques pour la libération du Congo-Zaire (AFDL), que en mayo de 1997 derroca la dictadura de Mobutu y coloca a Kabila en la presidencia del país. Un populismo oscilante entre la entrega de los recursos naturales y su defensa, el neoliberalismo pro-norteamericano y el nacionalismo, la corrupción y el saneamiento del fisco, caracterizó al gobierno de Laurent Kabila hasta que él fuera asesinado en enero de 2001 por una conspiración militar. Cf. Nyuda ya Rubango, “De Lumumba, à Mulele, à Mobutu, à Kabila”, *Canadian Journal of African Studies/Revue Canadienne des Études Africains*, vol. 33, No 2/3, 1993; Jean-Claude Villame, “The ‘Friends of the Congo’ and the Kabila System”, *A Journal of Opinion*, Vol. 26, No. 1, Central Africa in Crisis (1998); y para una crónica apologética de su presidencia (1997-2001): Ludo Martens. *Kabila et la Révolution congolaise: Panafricanisme ou néocolonialisme* (Antwerp: Éditions EPO, Tome 1, 2002). Empleo comillas cada vez que menciono zonas o territorios liberados, dado que el concepto de liberación de un territorio en la resistencia congoleña es mucho más lúbil que el conocido por la guerrilla latinoamericana o asiática de los 60 y 70.

rrillero Heroico.<sup>34</sup> Sin duda el gesto conlleva una desconsideración hacia organizaciones y líderes africanos tomados por sorpresa. El historiador Piero Gleijeses asegura que los líderes Simbas nunca aprobaron formalmente la presencia del Che, meramente lo toleraron.<sup>35</sup> El Che además insiste en establecer un cuerpo mixto de cubanos y congolese (y ruandeses internacionalistas) que sirva de academia militar en combate, donde los congolese aprendan la guerra de guerrillas sobre la marcha y se les pueda seleccionar para establecer un núcleo de los mejores revolucionarios. Se incluirían clases de cultura general y de educación política. Pero los congolese prefieren que los cubanos simplemente se distribuyan como asesores individuales por todas las unidades congolese de la región. A lo que no se inclina el Che, insistiendo en la primera opción...

...por razones militares y políticas; militares porque garantizaríamos una conducción de acuerdo con nuestra concepción de la lucha guerrillera (que creemos es justa); políticas porque con nuestros éxitos podríamos ayudar a disipar la atmósfera que se crea en torno a tropas extranjeras...<sup>36</sup>

No sólo Kabila sino los demás subordinados suyos que sí se aparecen por el terreno, sostienen la que para Guevara es una actitud de constante disimulo, ambigüedad, evasión, mendacidad. “No decían ni sí ni no” —se queja. Se muestran de acuerdo sólo “de boca para afuera” —duda.<sup>37</sup> El revolucionario congolés se autodestruye como sujeto interpelable ante la mirada atónita del Che cuando le cuenta batallas fantásticas, simplemente increíbles, o sostiene su creencia inamovible en la *dawa*, la magia que le provee inmunidad ante las balas. Esto le parece al Che peor que el hábito congolés y ruandés de disparar con los ojos cerrados hasta vaciar el cargador y luego descartar el arma y echarse a correr desfavorido.<sup>38</sup> Deserciones

<sup>34</sup> *Pasajes... (Congo)*, op. cit., 40.

<sup>35</sup> Gleijeses, op. cit., p. 118.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 65.

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 69-72.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 78.

masivas de hasta 90% de los combatientes congolese (y un poco menos ruandese) caracterizan cada combate. Además de la evasividad congolese generalizada, contribuye a la auto-desintegración del *otro* revolucionario, lo que Guevara percibe como una ausencia catastrófica de disciplina. Aquí también parecen participar todos, desde los dirigentes, como Kabila, que sólo visitó el frente por cinco horas en toda la estadía cubana y que, según supo o creyó saber el Che, se la pasó entreteniéndose mujeres, viajando como un *jet-set*, bebiendo whisky y conduciendo su Mercedes-Benz. Además, nunca queda claro quién obedece a quién, si el subordinado al jefe o al revés: la línea de mando es enigmática. El Che caracteriza al “Ejército Popular de Liberación” de los Congolese como un “ejército parásito” que medra en la inacción absoluta a costa de explotar y maltratar a los campesinos.<sup>39</sup> También percibe un distanciamiento total entre la base y los “pequeño-burgueses” educados en la Unión Soviética, en China o en Bulgaria, que constituyen los cuadros medios y los comisarios políticos.<sup>40</sup> Todo ello le provee... “botones de muestra que indican la magnitud del camino que tendríamos que recorrer para poder hacer un ejército de esta masa informe de hombres”.<sup>41</sup> En fin, que no encuentra al sujeto revolucionario africano en el que creyó firmemente cuando leía a Frantz Fanon, y ahora anda “buscando un hombre” como Diógenes: “En ese momento, enfocábamos a tientas nuestra linterna buscando un hombre entre los jefes congolese”.<sup>42</sup> Su desesperación por encontrar o construir un sujeto revolucionario entre esa “masa informe” asume metáforas que parecen sacadas no sólo de la pedagogía misionera, sino de la leyenda judía del *golem*:

Seguíamos [in]tentando, por todos los medios, [de] incorporar congolese a nuestro pequeño ejército y darles rudimentos de instrucción militar, para tratar de salvar de ese núcleo

<sup>39</sup> Ibid., p. 56.

<sup>40</sup> Ibid., p. 43.

<sup>41</sup> Ibid., p. 97.

<sup>42</sup> Ibid., p. 96

lo más importante: el alma, la presencia de la Revolución. Pero los encargados de darle el soplo divino, los cubanos, cada vez tenían más débil el hálito vital. [...] Quería infundirles todo lo que sentía, convencerlos de que lo sentía realmente, pero el transformador de la traducción y, quizás, la piel, lo anulaba todo.<sup>43</sup>

En fin, el aparente *golem* de la revolución congoleña nunca cobra vida, en parte porque su supuesta falta de vida ha desmoralizado a los encargados de insuflarle el “soplo divino” que reviva en él el “alma de la revolución”. Así, el sujeto revolucionario africano se auto-desintegra entre las manos del Guerrillero Heroico latinoamericano. No empleo la metáfora “*golem*” para coincidir con la visión prejuiciada del congolés que resalta aquí, sino para resaltar la cosificación y pasividad cadavérica a que se le ha sometido, quizás con las mejores intenciones de la época.

La mejor manera de refutar de esta visión realmente insultante del congolés no consiste en:

probar que el narrador miente o distorsiona la realidad; ni en probar, que en efecto, los militantes congoleños sí suelen ser valerosos, disciplinados, consecuentes, racionales y justos sujetos revolucionarios y que en muchísimas ocasiones lo han demostrado, a pesar de los casos observados por este narrador...

...si no en dejar a un lado estos dos expedientes para examinar qué mirada, qué posicionamiento de sujeto produce este desencuentro entre subjetividades que la ideología revolucionaria compartida en la época de las primeras revoluciones anticoloniales debía hacer coincidir y de hecho, hizo coincidir en términos generales, pero no de la manera profunda que anticipaba el Che (quizás cuando hizo una lectura lírica de Fanon) antes de enfrentar los hechos narrados en sus *Pasajes* del Congo. Ese posicionamiento de sujeto conducente a la aporía intersubjetiva mencionada se relaciona con una barrera alu-

<sup>43</sup> Ibid., p. 166.

dida siempre muy de pasada por el propio narrador: la piel. Pero no se trata de la piel literalmente asumida por los oficiales cubanos que reclutan soldados cubanos negros para su misión internacionalista en el Congo, pensando garantizar con ello la “simpatía” y la “unidad”. Tampoco es la piel metafórica, significante de desigualdades de clase y de una subalternidad general históricamente acumulada, que bien podría caracterizar a un sujeto colonial de piel clara u oscura. Se trata de la *piel negada* por un universalismo hegemónico, presente precisamente en situaciones de socialidad política que pueden haber superado el racismo oscurantista, pero desconocen el residuo yacente en la negación misma de la existencia del racismo y del contenido positivo de la diferencia racial. Ello incluye la negación de la piel que el sujeto negro debe *pagar* constantemente como alcabala de camino para acceder a la condición de sujeto, especialmente cuando se impone el modelo de democracia racial adoptado en las culturas de colonización hispana conocido como mestizaje.<sup>44</sup> Si examinamos este requisito de negación de la piel tal cual se aplica a la incorporación del negro cubano a la militancia revolucionaria, reducido a la calidad de candidato a “mejoramiento”, según lo sintetiza Casamayor-Cisneros,<sup>45</sup> obtenemos una situación en la que el combatiente internacionalista cubano de raza negra se le presenta al congolés como un modelo de subalternidad con el que el congolés militante prefiere no identificarse. El negro cubano se le presenta al congolés como subjetividad que accede a la impuesta oportunidad de “mejoramiento”, al precio de su invisibilidad, es decir, de la supresión de su identidad-en-la-diferencia. Es elocuente al respecto la repetida expresión de los congoleses, citada por el narrador, cuando rechazan transportar carga en sus hombros a través del monte “No soy camión ni soy cubano”. Rehúsan transportar la carga porque

<sup>44</sup> Sobre este tipo de negación en el Caribe, bajo el “modelo hispánico de blanqueamiento racial”, ver Eleuterio Santiago-Díaz e Iliá Rodríguez, “Desde las fronteras raciales de dos casas letradas: habla Piri Thomas”, *Revista Iberoamericana*, vol. LXXV, núm. 229, octubre-diciembre 2009, pp. 1199-1221.

<sup>45</sup> Vid. *supra*.

esto implicaría identificarse con la negación encarnada por los afrodescendientes cubanos. Lo que el congolés rechaza es la negación representada por el cubano invisibilizado en cuanto sujeto mestizo vía la militancia revolucionaria. Se trata de una negación doble y paradójica la efectuada por la hegemonía criolla neocolonial: se niega que existe realmente la diferencia de piel y se niega que deba dejar de existir esa diferencia, pues al negarse sostenidamente la identidad negra, se está bloqueando la posibilidad de que ésta se asuma como otra cosa que negación de sí misma, es decir que se descubra como posibilidad de igualdad basada en la afirmación positiva de su diferencia. Por eso captamos en un narrador ostensiblemente no racista, al que resulta muy difícil achacarle veleidades de ese orden, una extraordinaria parquedad sobre el asunto racial en una situación donde éste se impone por definición. Pero la cuestión racial *no puede* no emerger: a una región devastada por las exacciones y la explotación genocida<sup>46</sup> de la gestión colonial e imperialista, inundada de colonos blancos, entre ellos mercenarios que masacran a la población en resistencia, arriba de pronto un contingente de negros descendientes de esclavos transportados desde el otro lado del Atlántico que, recorriendo en reversa el antiguo *pasaje* Atlántico, vienen a ayudar a los negros africanos a hacer la revolución anticolonial y anticapitalista. Todo suena muy “políticamente correcto”. Pero resulta que vienen comandados mayormente por oficiales blancos y que todos, blancos y negros, practican la ideología de la doble negación de la piel, negando la diferencia a cambio de una igualdad limitada, que de suyo niega la desigualdad fundada en esa diferencia. A esto hay que acotar que el propio Guevara reconoce la desigualdad objetiva en las posiciones de mando accesibles a los negros cubanos en la expedición,<sup>47</sup> pero no afirma la piel diferente como posible contenido positivo del

<sup>46</sup> Sobre el vasto sistema belga de trabajo forzado, que significó la tortura, mutilación, asesinato y deceso por inanición de grandes sectores de la población congoleña a la vuelta de siglo (xix y xx), véase: Adam Hochschild, *King Leopold's Ghost. A Story of Greed, Terror, and Heroism in Colonial Africa* (New York: Houghton Mifflin, 1999).

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 65.

sujeto negro. Más bien la roza sin reconocerla, como cuando casi adivina la actitud racialista basada en la negación, que genera el desencuentro subjetivo e invisibiliza al sujeto militante congolés tras una pantalla de reproches:

Los cubanos no están mucho mejor [que los congolese], desde Tembo y Siki [dos oficiales cubanos, uno negro y otro blanco] hasta los soldados. Todo el mundo justifica sus propias culpas echándoselas sobre los hombros de los congolese. Sin embargo, en nuestros combates, a los errores míos se agregan las debilidades graves de los combatientes cubanos. Además ha sido muy difícil el lograr un trato cordial entre ellos y que los cubanos se quiten el espíritu de hermano mayor despectivo. [...] Mi observación: [...] No establecimos un trato totalmente fraterno y siempre nos sentimos, un poquito, la gente superior que viene a dar consejos.<sup>48</sup>

Ese “poquito” de sentimiento de superioridad constituye en verdad un factor importante en el posicionamiento de sujeto militante asumido por el Che (y sus compañeros expedicionarios), un posicionamiento de sujeto ubicado en el mestizaje homogenizante y velador de las diferencias, que pretende invisibilizar al *otro* sujeto militante, o inferiorizar su diferencia irreductible, y presentarlo como una entidad incapaz de aparecer o presentarse como sustancia subjetiva real, por lo que, en consecuencia, se autodestruye y desvanece por acto propio. Se instala así la aporía de la intersubjetividad asimétrica, subalternizante y colonialista que condiciona el fracaso moral del pasaje al Congo según expresado en la narración de esta pedagogía verticalmente disciplinaria, realmente insultante para el congolés de la resistencia. Lo que sustenta y a la vez encubre esa instalación subjetiva, permitiéndole subsistir como buena conciencia de la desgracia del otro congolés, y como absolución técnica de la propia desventura, es precisamente la *piel negada* por la pseudo-democracia moderna de las razas, encarnada en el mestizaje, particularmente tal cual se desarrolla en las culturas de colonización hispana.

---

<sup>48</sup> Ibid., p. 202.

Ahora bien, una vez detectamos este efecto de invisibilización sustentada en la negación “progresista” de la piel, en cuanto residuo racista *desigualador* de las relaciones intersubjetivas y como impedimento a la composición de un sujeto de la militancia revolucionaria formalmente universal, cabe al menos señalar qué fue *lo otro negado* junto con la negación de la piel. Fue negada la sustancial diferencia de la experiencia del sujeto congolés en la resistencia contra el colonialismo, y su capacidad como sujeto para sostener esa diferencia ante la agresividad disciplinaria de los expedicionarios que llegan a auxiliar su liberación, si no “a liberarlo”. Aquí es pertinente contrastar los paradigmas de resistencia de los cubanos y los congolese. Los cubanos acarrear una experiencia relacionada con la construcción de estados nacionales en Latinoamérica. Ésta incluye luchas contra la esclavitud, largas luchas anticoloniales por la independencia originadas a principios o a mediados del siglo xix (caso de Cuba) y luchas posteriores a la independencia contra las sujeciones del capitalismo neocolonial, conducentes a la primera revolución netamente socialista en América Latina. Las particularidades disciplinarias, los cuerpos organizativos construidos y las subjetividades que los vertebran, difieren mucho de la experiencia congolese, que no debe ser definida sólo por sus carencias, sino por sus aportaciones e invenciones. La experiencia congolese simplemente no sigue las mismas rutas que la cubana.

El sistema directamente colonial impera en el Congo con modalidades propias entre el siglo xix y mediados del xx. Cuando adviene la independencia en 1960, hacía sólo dos años que Patrice Lumumba había fundado el Mouvement national congolaise (MNC). Fue electo primer ministro en 1960, derrocado por un golpe de estado meses después y pronto asesinado (con ayuda de la CIA). Pierre Mulele, otro dirigente clave de la resistencia congolese, introduce el marxismo por primera vez en el Congo en 1958 y desata la primera guerra de liberación nacional en enero de 1964.<sup>49</sup> En suma, en cuestión de meses el país

<sup>49</sup> Anónimo, « Le jeune Mulele devient un combattant anti-colonialiste », *Révolution Congolaise*, No 1, 2003, p. 4.

ve surgir su primer partido político netamente anticolonial y nacional, sus militantes atisban los primeros libros marxistas, adviene la independencia, le sucede una invasión de 10,000 soldados belgas, y su primer presidente electo tiene apenas unos meses para implementar por primera vez en la historia del Congo una doctrina demócrata-popular y nacional antes de ser derrocado. Al momento de su independencia el país, de 14 millones de habitantes, contaba con apenas unas docenas de graduados superiores,<sup>50</sup> pues el gobierno colonial belga no permitió el establecimiento de instituciones de educación superior hasta 1948.<sup>51</sup> Es en estas condiciones precarias, en etapas quemadas aceleradamente, para bien o para mal, que los congolese deben producir una dirigencia política popular, acumular experiencias e inventar formas organizadas de resistencia. La guerrilla surgida en 1964 con la rebelión de Pierre Mulele y la convergencia posterior de otros lumumbistas no sólo ha tenido poco más de un año para desarrollarse en el momento en que el Che conoce la facción oriental de la misma (dirigida por Gaston Soumaliot y Laurent Kabila), sino que sólo posee el magro antecedente ideológico y organizativo<sup>52</sup> de seis años de lucha independentista y anticolonial a escala nacional, lidiada siempre bajo el asedio de las fuerzas represivas imperialistas conjuntas de Bélgica, Portugal, Estados Unidos y las Naciones Unidas. Ciertamente el imperialismo logró aquí su cometido de “no permitir otra Cuba”: le cayó encima a Lumumba y a sus correligionarios con todos los hierros tan pronto asomaron la cabeza. Algo que no le sucedió al movimiento de Fidel Castro hasta cuando estuvo mejor preparado.

De hecho, estas condiciones de desarrollo extremadamente hostiles determinan en parte la fragmentación ideológica y or-

---

<sup>50</sup> Tomás Mestre, *Africa como conflicto* (Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1968), p. 469.

<sup>51</sup> Cf. Renée C. Fox, Willy de Craemer, Jean-Marie Ribeaucourt, “The ‘Second Independence’: A Case Study of the Kwilu Rebellion in the Congo”. *Comparative Studies in Society and History*, vol. 8, No 1 (Oct. 1965), p. 84.

<sup>52</sup> Cf. Claude E. Welch Jr., “Ideological Foundations of Revolution in Kwilu”, *African Studies Review*, Vol. 18, No. 2 (Sep., 1975).

ganizativa del movimiento lumumbista, tal cual se reinicia con el levantamiento de Mulele, llamado por algunos “la segunda independencia”. Pese al adiestramiento obtenido por sus líderes máximos en China, se disputa todavía hasta qué punto las guerrillas de Mulele y de Kabila se podían comparar a la típica guerrilla marxista-leninista de América Latina o Asia.<sup>53</sup> Ernesto Che Guevara obtuvo información correcta aunque muy vaga sobre la mayor cohesión organizativa e ideológica del *maquis* de Kwilu. Se ha confirmado un alto nivel de disciplina colectiva, sobre todo administrativa, en el manejo de los territorios por el *maquis* de Kwilu. También se refieren principios de convivencia comunal y colectivista.<sup>54</sup> Pero ciertos estudios indican que esta coherencia tenía más relación con los saberes autóctonos de la resistencia milenarista rural lidiada por sectas anteriores a la independencia, como las Nzombi-Malembe, Dieudonné y Mpeve, que con el presunto maoísmo de Mulele.<sup>55</sup> El Che escribe en *Pasajes... (Congo)* que hasta horas antes de la evacuación final del contingente cubano, él estuvo acariciando la idea de internarse por su cuenta en las profundidades de la selva congoleña junto a dos tres guerreros fieles, en busca de la insurgencia de Pierre Mulele.<sup>56</sup> Es difícil decir a Guevara si le hubiera desconcertado la organización de Mulele tanto o más que la supuesta *desorganización* de Kabila, pues los militantes de Kwilu habrían estado más preparados para contraponer un cuerpo de concepciones ideológicas y organizativas propias, como las contenidas en el documento interno *Ordre Mission des Partisans*,<sup>57</sup> a la pedagogía disciplinaria vertical de los cubanos. Por otro lado, un integrante del Estado Mayor de Mulele, Thomas Mukwide, publicó en octubre de 1964 un texto sobre la necesidad de conformar un “núcleo de vanguardia revolucionaria” cohesivo, compuesto de los mejores militantes y combatientes, que garantizara la radicalidad de la revolución

<sup>53</sup> Claude E. Welch Jr., op. cit., p. 118.

<sup>54</sup> Ibid., p. 123.

<sup>55</sup> Renée C. Fox et al., op. cit., p. 99.

<sup>56</sup> *Pasajes... (Congo)*, op. cit., 246.

<sup>57</sup> Citado en Renée C. Fox et al., op. cit., p. 95.

y articulara las relaciones con las masas.<sup>58</sup> La aparente raigambre leninista y maoísta de este concepto de “núcleo” habría interpelado a Guevara mucho más que las cartas evasivas de Kabila.

En octubre de 1968 los militares de Mobutu apresaron a Mulele, lo descuartizaron vivo y le sacaron los ojos. En 1967 Kabila estableció una zona “liberada” al sur de la antigua área de operaciones del Che, que se mantuvo invicta por 19 años. A todo esto hay que añadir que las guerrillas de Mulele y luego las de Kabila eran más bien milicias territoriales organizadas por líneas tribales. Pese al inmenso territorio que abarcó el *maquis* de Mulele, y la cantidad de partisanos que incorporó (unas 100,000 personas —una tercera parte mujeres jóvenes— organizadas en cientos de “equipos” clandestinos),<sup>59</sup> nunca ocuparon ciudades ni pasaron a la ofensiva estratégica nacional. En su momento, las fuerzas represivas las fueron a buscar al monte y toda la red se vino abajo. Todo indica que se trataba de un movimiento más partisano-ruralista que guerrillero, que labraba un inventivo pero dificultoso camino propio hacia formas organizativas de mayor alcance, movilidad y coordinación, aprovechando enseñanzas del marxismo anticolonial y experiencias autóctonas de resistencia.

Todo esto debe considerarse cuando se leen las expresiones del Che Guevara sobre la supuesta “masa informe” de hombres entre quienes no pudo encontrar un sujeto revolucionario, al cual buscó con la linterna de Diógenes. Cabe conjeturar, con poco margen para la duda, que las actitudes supuestamente indisciplinadas, pusilánimes, incoherentes y poco revolucionarias que el expedicionario argentino creyó identificar en los militantes y partisanos congolese con que trató, en gran medida constituían tácticas de resistencia a una disciplina impuesta desde el exterior, con posicionamientos de sujeto homólogos a los colonialistas. Ante los ojos de los congolese,

---

<sup>58</sup> Thomas Mukwide, « Corriger nos erreurs, relancer la Revolution », *Révolution Congolaise*, No 1, 2003, pp. 14-15.

<sup>59</sup> Anónimo, « L'organisation est la clé de la victoire », *Révolution Congolaise*, No 1, 2003, p. 12.

esta disciplina no parecía apropiada a sus circunstancias y deseos, no encajaba con sus formas históricas de subjetividad. Esto no les impidió a los congolese, sin embargo, pese a todos los desencuentros, reservarse una digna autonomía de acción y en última instancia respetar al guerrillero cuyos principios y ejemplo admiraban; y tampoco le impidió a él preservar su confianza en la capacidad de los congolese para eventualmente encontrar su propia manera de pasar de la resistencia a la revolución. Lo importante es desentrañar las aporías intersubjetivas que lastran el propósito de construir un sujeto revolucionario formalmente universal, en cuanto éste persigue incorporar y articular igualitariamente formaciones subjetivas diversas. Aquí vemos cómo se invisibilizan y excluyen las formaciones diversas, precisamente bajo la influencia de preconcepciones supuestamente anti-raciales (mestizaje) y anticoloniales (guerra de guerrillas), en un intento concreto de forjar un sujeto revolucionario universal arraigado en una heterogeneidad inmanente.<sup>60</sup> El relato de Guevara contribuye a dilucidar este problema dada su lucidez crítica y una entrega tal al acontecimiento revolucionario que facilita captar aun las aporías y los puntos ciegos de su discurso.

---

<sup>60</sup> Cf. Alain Badiou, *Logic of Worlds. Being and Event II* (London: Continuum, 2009) p. 496.







